LA ÚLTIMA DEUDA

ANTONIO SANTATERE



Antonio Santatere (Madrid, 1980) es consultor de marketing y profesor en diversas escuelas de negocios. Combina su carrera en el ámbito académico y de los negocios con su pasión por la escritura. Su viaje literario ha sido impulsado por el deseo de crear historias que no solo entretengan, sino que también provoquen una reflexión que despierte emociones profundas en sus lectores.

Depósito Legal: M-35849-2023
I.S.B.N.: 978-84-09-55206-1



unoeditorial.com

Índice

A veces, cuando tomas decisiones valientes suceden cosas increíbles.

Para Abril y June.

«Cuando finalmente conseguimos mirar al pasado trascendiendo los límites del simple uso de nuestra memoria o la de los demás, por fin comenzamos a vivir el presente: simplemente nos miramos a nosotros mismos».

Capítulo 1

Cárcel de San Esteban, 1937

El día del asalto de los milicianos

—¡Sal de ahí! —gritó el Ángel hacia el patio interior del improvisado presidio—. Ya te he dicho cómo están las cosas, ¡canalla!

La columna de mercenarios ya se había desperdigado por las inmediaciones y los presos o estaban muertos o aprovecharon para tomar las de Villadiego ante el lógico despiste de los funcionarios. El director del presidio, más acostumbrado a lidiar con vaquillas en pequeñas plazas de pueblo que a enfrentar las embestidas del poderoso toro de lidia miliciano, había superado con creces las expectativas de su cargo.

El Ángel volvió a intentarlo por segunda vez.

—¡Que salgas ya, hostia puta!

Para Clemente, conocido entre las milicias como «el Ángel», no existía tal cosa como la lealtad. Ni falta que hacía. La lealtad era, no obstante, lo primero que el propio Ángel exigía a los nuevos miembros de la *columna* bajo la fiel promesa de abrirlos en canal en caso de incumplimiento. Aunque en determinadas ocasiones —con más frecuencia de la debida—, la lealtad tenía más impacto visual que cualquier otra cosa, y aún menos una verdadera significación en quienes se enorgullecían de llevarla por bandera. Después de todo, ser leal en el remate de los años treinta era tan fácil como saber golpearse en la pechera con el puño bien cerrado y apuntar hacia el cielo con el dedo índice extendido.

Precisamente, por aquella relajada concepción de la lealtad se encontraba ahora el líder de la columna a las puertas del convento de San Esteban —en un punto perdido en el mapa en las inmediaciones de Toledo— que hacía las veces de cárcel improvisada para unos doscientos presos del bando nacional (además de otros tantos reclusos de afiliación política dudosa), donde había ocupado por iniciativa propia el rol de guardia de prisiones.

Sus motivaciones, aquellas que el propio Ángel había expuesto con tanta convicción ante la improvisada junta de selección de la prisión, eran diametralmente opuestas a la realidad de sus intenciones: «Para mí, los presos son hombres indefensos —les había contado, haciendo gala de la desbordante labia que le caracterizaba—, gente que merece un trato con el respeto y la

urbanidad propios de nuestra ideología… blablablá…».

Una absoluta patraña encapsulada en una interpretación merecedora de un Óscar al mejor actor protagonista.

Su *speech* resultó tan convincente a la junta de selección que acabó siendo formalmente reclutado como «sargento de varas» —así es como se referían los propios presos a estos fenómenos de la generosidad y el altruismo— en menos de dos horas desde que se presentara *in situ* en la misma oficina del director Alcudia, con no más argumentos que el ceño fruncido y su par de cojones de anarquista sobre la mesa.

Si bien no era un guardia de prisiones como tal, el sargento de varas solía ser un socorrido voluntario, ocasionalmente un preso modélico que, bajo las órdenes del oficial de turno, ponía lo mejor de su empeño en conseguir algún tipo de privilegios. Y estando tan cortos de presos modélicos, el director Alcudia no pudo negarse a los encantos del Ángel ni de nadie que, como él, se ofreciera voluntariamente a trabajar sin pedir a cambio más que la paga mínima y la innegociable condición de poder mantener un estrecho contacto con determinados presos a su elección. Una verdadera ganga en época de vacas flacas para un director de presidio que a duras penas conseguía sacar el ánimo suficiente para soñar con aquellos lejanos años en los que su *única* labor consistía en hacer inventario de la colección de obras de arte del marqués de Viana.

Como telón de fondo en la cárcel convento donde se encontraba ahora mismo el Ángel, una lluvia torrencial trataba de borrar las huellas de la sangrienta masacre que acababa de tener lugar intramuros mientras, en la lejanía, los pájaros motorizados soviéticos dejaban caer su pesada artillería allí por donde pasaban en su camino hacia la hostigada capital.

Solo le acompañaba Luciano Fresnedo, devoto lacayo capaz de quitarle hasta la merienda a los prisioneros de la cárcel con tal de ganarse el favor de su idolatrado Ángel, y tal vez recibir alguna galletita como premio.

Para su sorpresa, se encontró el Ángel prestándole más atención al incesante goteo que caía sobre una techumbre situada a pocos metros de su situación que a la dantesca imagen que tenía frente a sí. Cuerpos inertes por montones y la noche adueñándose de todo lo visible tras largas horas de un asedio brutal, encarnecido y despiadado.

El Ángel era alto, al punto espigado, pero también fuerte y ágil como la rama del bambú. Inteligente, sosegado y calculador. Venoso de los pies a la cabeza, frío como el hielo. Sus ojos, de un espectacular color verde no-te-creo que bien podía presentarse

ante uno con la mayor buenaventura o llevarle al paredón sin dudar ni un solo momento de su miserable existencia, al tiempo que el negro interminable de sus pupilas se revelaba como un siniestro fondo de armario perfecto para la ocasión.

Al rey de las «sacas» no le temblaba el pulso cuando tocaba elegir a dedo los siguientes en desfilar frente al pelotón de fusilamiento. Fueras de un bando u otro, cruzarte con el Ángel en tu camino podía ser tu peor paso en falso.

Sentado de espaldas a la pared, con su escopeta entre las piernas y apoyada sobre su pecho, calculaba los minutos antes de su siguiente movimiento estratégico. También contaba con un bisturí de cuatro palmos amarrado al cinturón, un machete en condiciones. Aunque había sido diseñado para el fusil Mauser M1893, también era compatible con otras escopetas de la época. Cincuenta centímetros de hoja con muchos kilómetros de cuellos en su haber. Aunque la funda de cuero se encontraba en perfectas condiciones, el tornillo de sujeción empezaba a dar problemas. Una merma en su eficiencia que el susodicho compensaba de largo con la salvaje determinación que imprimía en cada una de sus estocadas.

Así las cosas, el recién nombrado sargento de varas esperaba no echar a perder el incansable trabajo que venía desempeñando durante los últimos días con el único objetivo de ganarse la confianza de Martín Velasco, el preso más codiciado por la canalla revolucionaria. Era mucho lo que había en juego, muchísimo, así que decidió plantear el siguiente movimiento con sangre espesa y calculada calma.

Aunque trataba de resultar conciliador, el tono en su voz empezaba a desteñir la beligerancia que le caracterizaba y por la que era bien conocido.

Por su parte, a Martín Velasco se le agotaban las opciones con cada segundo que transcurría. Había sido encarcelado una semana atrás acusado de colaborar con el bando nacional tras pasar los últimos cinco años trabajando como maestro polvorista en la fábrica de artillería de El Huétor, situada en las inmediaciones de Illescas, también cerca de Toledo. Lo único que Martín sabía de la guerra eran las toneladas de munición que pasaban por sus manos, lo que, paradojas de la vida, no era poco saber.

Bajo el control del bando nacional fiel al Generalísimo Franco, la fábrica era dirigida con diligencia por el coronel Ramiro Píbode, de quien se consideraba a Martín mano derecha. Lo anecdótico de encontrarse encarcelado en una cárcel republicana era que el propio Martín se había entregado en cuerpo y alma a

perpetrar incesantes tareas de sabotaje dentro de la fábrica, manipulando cientos, si no miles, de explosivos, salvando incontables vidas en el frente y jugándose el cuello cada nuevo amanecer. Nada por lo que fueran a ponerle una placa conmemorativa ni a recibirle con una gran pancarta de agradecimiento el día de su ingreso en el presidio.

Porque, una vez encarcelado, ¿qué recluso no habría contado cualquier historia con tal de ganarse el favor de sus captores? ¿Quién le habría creído al referirse a los miles de obuses trucados que iban directos al campo de batalla gracias a él? Tantos, que incluso el mismísimo Franco se había dado cuenta de que algo no iba bien en las plantas de producción de artillería de su propio bando.

Las cosas pintaban cada vez peor para Martín. Habiendo dormido a duras penas ni pegado bocado en las últimas cuarenta y ocho horas, el asalto al convento por parte de la columna de milicianos que lideraba el Ángel se le estaba haciendo cuesta arriba. Iba menguado de munición y no tenía a nadie de su lado. Y, por si esto fuera poco, el frío lo congelaba y el agua lo empapaba con tal intensidad que estaba empezando a experimentar serias dificultades para moverse con soltura.

El convento de marras entre cuyas ruinas Martín trataba de parapetarse era, llegado a tal punto del despiadado asedio a la cárcel, un berenjenal de cuerpos inertes. Ni de los anarquistas de la columna quedaban ya más que el propio Ángel junto a su devoto Fresnedo, una rémora que de mala hierba no lograban acabar con él, ni de los refuerzos que llegaron a apoyar a los presos se sabía ya nada.

Simpatizando con el bando contrario —el nacional, también referido como el bando de los sublevados—, acudieron a la llamada varias familias de alta cuna con tres o más hijos mayorcitos que, a caballo y ataviados con sus blancas camisolas y los zahones de cuero, transitaban de pueblo en pueblo para acabar con cualquier yesca republicana susceptible de incendiar la moral nacional.

Después de unas horas intercambiando posturas con los milicianos rojos a golpe de cuartos traseros —sin ínfula de ningún tipo ni ganas de llevarse ninguna gloria, aquellos rocines partían cráneos como quien parte nueces para aliviar el hambre —, a estos orgullosos miembros de la sociedad acomodada se les dejó de ver tremolar sus sombreros con tanta alegría como al dejar atrás el último pueblo conquistado.

Para colmo de males, todos los esfuerzos del director Alcudia (teléfono y fusil en ristre) para recibir el apoyo de la Guardia de

Asalto habían resultado totalmente inútiles, habiéndole dejado esta a merced de la turba de milicianos exaltados. Ahí te las compongas, como suele decirse en estos casos.

Y es que, en una contienda como aquella, una colosal marabunta podía transformarse con rapidez en un nutrido camposanto sin más decibeles que los de las gotas de sangre al golpear sobre las superficies de latón.

Clavado en el sitio, y sin reparar ni en el hambre ni en sus pies doloridos ni en su frente sangrando profusamente, el Ángel intentó sacar a su presa de la madriguera por tercera vez:

—¡Sal ya, por mis huevos!

Martín no contemplaba abandonar la protección que le daban las paredes del viejo convento.

—¡Que te jodan! —respondió. Su respiración parecía la de un bebé, acelerada al máximo por los picos de adrenalina que le generaba cada sonido inesperado a su alrededor.

Después echó a correr hacia la iglesia, detrás de cuyas poderosas columnas esperaba encontrar mejor abrigo que atrincherado en el patio exterior del convento.

No tardaron el Ángel y su fiel escudero Fresnedo en seguirle el paso, parapetándose a una distancia razonable junto a la entrada a la iglesia, dentro del claustro que rodeaba el patio exterior del edificio.

Ambos, el Ángel y Martín, gritaban a voz pelada para hacerse escuchar el uno al otro. En la guerra de trincheras se charlaba más de lo que uno podría pensar. Cuando la munición empezaba a apurar en alguno de los frentes, unas situaciones tristemente cómicas comenzaban a ser de lo más frecuente cuando unos trataban de convencer a los otros de deponer las armas.

Enarbolando su rifle de asalto, Fresnedo comenzó a balbucear una suerte de improperios ininteligibles. Trataba con ello de copar la conversación o parte de aquella, siempre de acuerdo con su escasa sesera, esperando poder participar de un momento a otro del diálogo entre los dos antagonistas que apenas reparaban en su ignota presencia.

—¡Sal, que no te va a pasar nada! —prometió el Ángel.

—¡Ja! —rio forzadamente Martín—. ¡A otro pájaro con ese cuento!

Mientras el violento líder de la columna trataba de negociar una salida pacífica con Martín, una llamada a la razón «solo para hablar», Fresnedo permanecía a su vera como un perrito faldero. Ambos se encontraban de espaldas a su solitario enemigo, protegidos por uno de los pocos muros del convento que aún permanecían de una sola pieza.

El fiel vasallo —el único que le había sido leal hasta aquel punto— miraba directamente a los ojos de su admirado protector como el can que espera recibir un trozo de pan, orbitándole como una minúscula luna alrededor del enorme planeta cubierto de gases insondables que era el Ángel.

—¿Voy a por él? —Ríos de color escarlata fluían sobre el blanco en los ojos de Fresnedo, proyectados por su infinita sed de sangre.

—No. —Una respuesta simple, fácil de entender para alguien del nivel intelectual de su escudero. Quizás demasiado pedirle a Fresnedo.

—¿Por qué no? —insistió el lacayo, de mentalidad cortoplacista y satisfacción inmediata.

—Porque no sabemos con qué artimaña nos puede salir, ¿entiendes? ¿O eres tan cafre como para no entender ni siquiera eso?

El Ángel trataba de ganar algo de tiempo. Sabía muy bien que Martín solo podía hacer acopio de ladrillos, bombillas rotas y botes de cristal llenos de agua como única defensa. Y muerto, el maestro polvorista no tenía ningún valor para él. Su principal preocupación en aquel punto era que el idiota de Fresnedo acabara con Martín solamente por impresionarle, por ganarse una palmadita en la espalda, así que empezó a considerar seriamente la idea de pegarle un tiro allí mismo. Un movimiento así de teatral le vendría realmente bien para acabar de ganarse la confianza de Martín. Fresnedo podía ser un idiota consumado, un cabestro de manual, pero lo de espetar cuerpos de todos los colores, rojos, negros o albicelestes, se le daba increíblemente bien. Era algo natural en él.

Algo innato.

El cazador tiró de la cuerda una vez más, un dulce deje conciliador en su voz con el que no conseguía engañar a nadie.

—¡Vámonos de aquí, Martín! ¡Nadie más que tú y que yo!

Martín también era alto, tanto o más que Clemente, pero su piel era del color aceituna y su cabello, negro zaino como el de un toro de lidia. Y no tenía nada de lo que arrepentirse en aquella guerra, salvo de no haberla visto venir a tiempo para no acabar engullido por el vinagre revolucionario de un bando u otro. Lo mismo daba decir donde dije digo que todo lo contrario: si te topabas con alguien con ganas de ver en ti al enemigo, te acabaría viendo como tal. De una forma u otra, encontraría el modo de hacerlo.

Martín no tenía ni un pelo de tonto. Su muerte a manos del Ángel estaba más que anunciada, eso lo sabía muy bien. Lo

asumió desde el mismo momento en que la columna irrumpió en el convento en el que se encontraba preso y el sargento de varas no puso el menor reparo en dejar a la turba revolucionaria cepillarse a todos los reclusos que no estaban en su particular agenda expoliadora.

En aquel infierno, cubierto ahora por un tapiz de mansedumbre, con la lluvia perdiendo enteros y los pájaros mecánicos tomando otros rumbos, convencido de su fatal destino, Martín quería echarse a la muerte cuanto antes. Pero no le servía morir de cualquier forma, sino de un modo concreto, como le había explicado el viajero. Un deceso maquinado en su cabeza durante las últimas horas, calculado tal como debería proceder. Una muerte más bien dolorosa y no precisamente rápida, como habría sido el caso de desfilar por el pelotón de fusilamiento en una de las frecuentes «sacas» que todos temían con buenas razones para hacerlo.

Cuando tienes la certeza de que no vivirás un día más para contarlo, cuando tu día a día ha sido convivir con la traición a la vuelta de la esquina y, qué cojones, cuando respiras pólvora de fulmicotón cincuenta horas a la semana, a la fuerza aprendías a no cogerle tanto cariño al día de mañana. Solamente por eso confiaba Martín en que, llegado el momento, tal vez lograría doblegar el embrujo de anhelar una larga existencia.

Vivir la *buena vida* ya no iba a ser una opción para él.

Todo dependía de lo que bien que se le diera a Martín la misión de sacar al Ángel de sus casillas, de guiar los actos de su verdugo de forma que este actuara como él quería que lo hiciera. Era una firme apuesta por el futuro de su familia en el largo plazo, y le iba a costar caro. Le iba a costar la vida. Y el perrito faldero del Ángel podía echarlo todo a perder de un momento a otro, lo que serían malas noticias para ambos. Tanto para el Ángel como para Martín, para quien morir de un tiro a cañón seco habría sido el fin de su meticuloso plan. Un disparo a bocajarro no habría dejado las marcas que Martín necesitaba dejar inscritas en su cuerpo inerte, más allá de convertirlo en un coladero.

El mensaje, *su* mensaje, debía ser claramente legible en un futuro no muy lejano…, al menos si la idea disparatada que le venía rondando la cabeza durante los últimos días, extraños días, para qué engañarnos, acababa por esconder algo de cierto.

Fresnedo, por su parte, presentaba una frente en forma de cuña, con la factura de una pista de despegue desde la que se podían lanzar avioncitos de juguete. Jorobado, con el cráneo en forma ovalada y la nariz huraña de Gargamel, se le notaba cada vez más impaciente ante la perspectiva de abrir en canal a Martín por el

simple gusto de infligirle dolor. Quería que rodaran cabezas y no atendía a razones. Empezaba a mostrar unos claros síntomas de un nerviosismo que al Ángel no le interesaban para nada en aquel momento, así que este último no se tomó la molestia de esperar a que Fresnedo abriera la boca una vez más para descerrajarle un tiro a bocajarro sobre su frente en forma de cuña.

Como era de esperar y, dado que las balas del fusil con el que el Ángel solía sentar las bases de sus relaciones personales no eran precisamente avioncitos de juguete, según entró por la frente, el proyectil le salió a Fresnedo por el cogote dibujando un perfecto eje de abscisas.

Cayó a plomo al instante, sobre su propio costado, dejando un rastro de sangre y materia gris en la fría pared de la iglesia en ruinas.

Después, el Ángel alejó el cuerpo de su lado a base de fuertes empujones con su bota paramilitar cubierta de barro. Las dejó impolutas usando para ello el cadáver aún caliente de su compinche.

Entonces, se dispuso, henchido de un aire fresco de motivación, a aprovechar el reciente movimiento en su favor.

—¡Lo ves o no! —vociferó girando el cuello en un ángulo reptiliano, imposible de concebir en un ser humano—. ¡Este gañán quería ir a por ti!

Martín se tomó unos segundos para responder.

—¡Ya veo!

—He tenido que frenarle los pies, ¡inmundicia humana! ¡Menuda basura!

Lejos de tranquilizarle, aquel acto de teatral mortalidad solo había sido la confirmación de que el Ángel, sin importar el precio a pagar, haría cualquier cosa por arrebatarle el legado de su familia.

Abatido, Martín hundió su cabeza entre los hombros y se echó a llorar cubriéndose la cara con las manos, cuidándose mucho de no dejar salir ni un solo soplo de lamento. En ese instante comenzó el ejercicio de asimilar la realidad de lo que iba a suceder de un momento a otro.

—Padre nuestro, que estás en los cielos…

Aunque no podía adivinar las intenciones de Martín, el Ángel comprendió que este apenas presentaría resistencia por la fuerza.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*… —recitó burlándose de su presa—. ¡Rezar no te va a servir de nada, Martín! ¡Ni siquiera en este lugar!

Aquello concedió al asesino la seguridad necesaria para

adentrarse un poco más en los confines de la iglesia, ya en un ruinoso estado de salud. Aprovechó una suerte de piedras y maderos para parapetarse y tomar posición nuevamente, ya a poca distancia de Martín.

Refugiado tras un pilar de orden corintio con el fuste en forma de prisma hexagonal, Martín se tomó un descanso momentáneo y pegó su espalda a uno de los seis cantos de la columna, como si tal acto pudiera convertirle en un gas ligero y esfumarse lentamente. Podría parecer poca cosa, pero pertenecía a ese tipo de pequeñas comodidades que uno agradecía en épocas de enfrentamiento.

Había amainado la tormenta y ahora solo rumoraba un hormigueante goteo por aquí y por allá, dejando por fin de hacerse necesario hablar a grito pelado.

—Dejémonos de tonterías, Martín. Sabes bien lo que quiero. Dámelo y mañana estarás con tu familia. Pensarás que todo esto ha sido un mal sueño.

«Claro que lo quieres, canalla», pensó Martín.

—El que va a estar jodido voy a ser yo —continuó el Ángel—. ¿Lo entiendes, Martín? Esta guerra no pinta nada bien para los rojos, y menos para los de alto rango como yo.

Bajo el liderazgo de personajes de la talla del Ángel, algunas de las llamadas columnas revolucionarias —aunque no todas, ni mucho menos— arrasaban con pueblos enteros allí por donde pasaban. La *marea roja*, tal como eran conocidas las andanzas de estas columnas entre estómagos revueltos y esfínteres de imposible doma.

Registraban en su camino las casas de los más pudientes para ver cómo iban saliendo a la luz, bajo la atenta mirada de los aterrorizados paisanos, las valiosas reliquias que estos, con tanto celo, guardaban a lo que ellos creían que era un buen recaudo.

Casi todas aquellas riquezas tenían su origen en la Iglesia: estelas bordadas de hacía cinco o más siglos, cálices y custodias de estilo gótico, tallas románicas y, por encima de todo, algunos de los más importantes lienzos de los grandes maestros de la pintura castellana. Y entre todos ellos, dos obras de un pintor afincado en Toledo cuyo paradero ahora solo conocía Martín Velasco: el Greco. Dos lienzos cuya existencia había llegado hasta el conocimiento del Ángel por una suerte de circunstancias encadenadas, comenzando, como en tantas otras ocasiones, por un codicioso vecino de nombre Alfonso Pailá.

—¿Me has oído, Martín? —le insistió.

Guardar silencio le pareció a Martín el primer movimiento para hacer perder los estribos al Ángel. Y funcionó a las mil

maravillas.

—¡Me has oído, hijo de la gran puta! —Por mucho que Martín supiera que el insulto era el arma de defensa de los débiles, no estaba en situación de menospreciar a su adversario—. ¡Te pregunto si me has oído!

Una larga semana tratando de ganarse su confianza para averiguar el paradero de las dos obras había sido para el verdugo demasiado medir sus impulsos de tomar la vía rápida y someter a Martín a las peores torturas hasta hacerle cantar como un gorrioncillo.

Con la espalda pegada a uno de los lados de la columna, Martín palpó su muñeca izquierda con la mano contraria, sintiendo una fuerza desmedida al presionarla repetidas veces. Se preguntó qué se sentiría al perder un miembro de un corte limpio y decidido. Un frío intenso, una fuerte punzada, quizás.

«Será lo que tenga que ser», pensó apesadumbrado.

A continuación, hizo lo propio con la muñeca contraria, palpándola con la mano opuesta para comprobar su respuesta al dolor. Ya no caían lágrimas de sus ojos. Un profundo suspiro era lo único que podía permitirse.

—Sí, sí. Te he escuchado, canalla… —respondió Martín rompiendo el silencio.

A continuación, exclamó en contra de todo instinto de supervivencia:

—¡Pedazo de mierda!

Con cada frase que salía de sus labios, Martín sabía que estaba un poco más cerca del desenlace. Tenía miedo. No volvería a verla a ella, ni a sus hermanos, ni a nadie. Pero lo sentía especialmente por María José, que no era precisamente del tipo de mujeres de sangre fría que gritaban con orgullo a los cuatro vientos aquello de *mejor ser viuda de un héroe que estar casada con un cobarde.*

Pensó en salir corriendo. ¿De qué servía toda la riqueza del mundo, a fin de cuentas? Al menos estarían juntos. Quizás podría negociar con Clemente —le conocía por su nombre de pila—, después de todo. Dejarle algo, lo suficiente para tenerlo satisfecho.

Volvió a palparse las muñecas, primero una y después la otra. Clavó sus uñas con fuerza en ellas hasta que el dolor se hizo áspero e inaguantable.

El Ángel tuvo que contenerse para no sacar su bayoneta y lanzarse con todo a coser a su adversario a base de estocadas. Pero era más inteligente que eso, así que supo encontrar la forma de contenerse.

—¡Creía que éramos amigos, Martín!

Martín se encontró hablando entre dientes cada vez que el Ángel dejaba una vez más la pelota en su tejado. Jamás había conversado consigo mismo de aquella manera, pero reparó en que hacerlo le proporcionaba algo de alivio.

«Ahora vamos a ser amigos…».

La presencia casi magnética del Ángel, un salvaje con la piel de un cordero, hizo que Martín reconsiderara lo acertado de su plan. ¿Qué pasaría si todo era un engaño? ¿Si solo eran patrañas y se había dejado seducir por una fe sin fundamentos? Las historias del más allá que Medardo, un mero compañero de celda en la prisión, le había contado, ¿y si no eran más que fantasías de un prisionero empujado al límite de su resistencia?

Mejor ser viuda de un héroe que estar casada con un cobarde.

De forma súbita, Martín se propinó un fortísimo guantazo a mano abierta en la mejilla. Después, en el carrillo contrario. Llegaba la hora de ir afinando el dolor. El momento había llegado.

Volvió a presionarse con fuerza las muñecas, primero una y después la otra, sintiendo los tendones, músculos y pequeñas venas que discurrían por estos. Quería vacunarse contra el dolor, si eso tenía algún sentido.

—¡Quieres esto, eh! —Martín asomó un brazo por un lado de la columna y agitó un trozo de papel en el aire—. ¡Vas a tener que cortarme las manos para quitármelo!

Acababa de lanzar el cebo, justo en el momento en que al Ángel empezaba a acabársele la paciencia.

—Hijo de puta —le respondió al momento—, ¡créeme muy capaz de cortarte las manos, los pies y de abrirte en canal si hace falta!

El sargento de varas se echó la mano al cinturón en un abrir y cerrar de ojos. Dedicándole más horas a afilar el acero de su bayoneta que a su propia higiene personal, no había miembro que opusiera la menor resistencia a su principal herramienta para impartir justicia. Cortaba ropas, tendones y huesos como quien rebana un ladrillo de mantequilla para untar las tostadas del desayuno.

Tenía ahora a Martín en su visual directa, alineado con la columna detrás de la que este trataba de parapetarse a tres o cuatro metros de distancia. Y la ventaja de no estar de espaldas a su contrario, algo de lo que Martín no podía gozar. En caso de estar armado, su presa ya habría empuñado el arma hacía un buen rato. Y no había sido el caso.

Confiado, el Ángel se alzó del suelo con suficiente agilidad

como para no tener que soltar la bayoneta y echó a caminar lentamente hacia la columna.

—Martín, Martín…

El verdugo caminó un poco más, sorteando la infinidad de casquillos y sacos de harina que los presos habían tratado de utilizar a modo de barrera contra la horda de milicianos.

—Martín, Martín… —repitió con insistencia—… me vas a dar lo que quie…

Para su sorpresa y sin dejarle terminar la frase, Martín saltó como un resorte en la dirección de su oponente desde detrás de la columna, abalanzándose hacia él agitando por todo lo alto el papel que tenía agarrado en la mano a puño cerrado.

El aludido no tuvo más que apuntar al cielo con su bayoneta para amputarle limpiamente la mano a la altura del antebrazo.

«Así que esto es lo que se siente», pensó el maestro polvorista emitiendo un abominable grito de dolor ahogado, rendido a su inevitable destino.

Martín cayó de rodillas al suelo, contemplando el final de su brazo cercenado con los ojos fuera de sus órbitas. Reconoció, ya sin atisbo de esperanza, la devastadora realidad de su inminente muerte. Así debía ser.

El verdugo centró su atención en su objeto de deseo, el trozo de papel aún prendido entre los dedos de la mano recién diseccionada.

Aterrorizado por la escena, Martín solo fue capaz de rascar un último resquicio de valentía para llevarse la otra mano sutilmente a la espalda y desenfundar temerosamente una pistola imaginaria. Suficiente ficción para tocarle el nervio al Ángel, quien no dudó ni un segundo en seccionarle la mano a la altura de la muñeca de una rápida estocada. Después, hendió su afilada bayoneta en su poblada coronilla con el arte de una media verónica. Dos muertos más en su haber en poco más de una hora.

Satisfecho, el Ángel se giró hacia el miembro amputado, no muy lejos del cuerpo de Martín, y lo pisó a la altura de los huesos de la muñeca. Los dedos soltaron el papel y se agachó a recoger su ansiado tesoro.

Sabía que en él habría escrito algún tipo de mensaje en clave que tendría que descifrar. Por lo general, las indicaciones que los presos transmitían a sus familiares sobre el paradero de sus objetos de valor —escondidos de mala manera y en el último momento— no eran difíciles de adivinar. Se trataba más bien de burdos acertijos que incluso un niño admirador de Poirot con el apoyo entregado de unos padres comprensivos habría conseguido descifrar.

Junto con la información que le facilitaban los propios presos después de ganarse su confianza, el Ángel tan solo tenía que encontrar la forma de unir las piezas del rompecabezas para localizar sus escondrijos.

Después de todo, aquella solía ser su única motivación al ofrecerse como guardia de prisiones allí donde se rumoreaba haber presos políticos con dinero, como era el caso de Martín. Encontrarse con un *Velasco* en su camino había sido el premio gordo.

Expectante por la recompensa, imaginándose ya el olor de las pinturas, su tacto, su canje en efectivo en el mercado negro, el Ángel se dispuso a desplegar el papel cuidándose mucho de no malograrlo.

Una rabia titánica se apoderó de su rostro en una fracción de segundo. Sus facciones angelicales se tornaron repentinamente en las de un maniaco psicópata. Lo iba a pagar con el cadáver de Martín, ya lo creía que sí, pero hasta en eso fue capaz de contener sus impulsos de ensañarse a cuchilladas con su cuerpo inerte. Eso habría sido demasiado impetuoso, de principiante.

Una porción de la pared que separaba la iglesia del claustro haría el trabajo, casi a punto de derrumbarse como un árbol al que ya se le ha practicado el corte de tala. Solo tenía que empujar el muro con toda su mala fe para dilapidar el cuerpo de su rival bajo doscientos kilos de ladrillo.

Y así lo hizo sin dudarlo un solo segundo. Todas esas conversaciones en las que se había entregado en cuerpo y alma al arte de la farsa, al punto de hacerle confiar tanto a Martín en él como para tenerle en más de una ocasión a medio milímetro de decirle abiertamente el paradero de todo su patrimonio familiar. La comprensión por su situación privado de libertad, los momentos de complicidad ahora revelada como una mascarada. Nada de eso, ni por un solo instante, hizo tener un mínimo de compasión al verdugo. En su lugar, disfrutó sepultando el cuerpo de Martín bajo el pesado muro de ladrillo.

Mus.

Anotaciones del conteo de una partida de mus. Eso era lo único que podía leerse escrito sobre el papel que unos instantes atrás Martín hacía ondear en el aire, fingiendo tratarse de una carta de despedida a sus familiares con un mensaje encriptado en ella.

Antes de abandonar el lugar para unirse a cualquier otra columna, el Ángel registró los bolsillos de Martín por ambos lados del muro bajo el que yacía su cuerpo inerte. Encontró un rosario, un juego de tabas y un viejo cuaderno sujeto con dos anzuelos cuyo contenido en ese momento no se molestó en

hojear, pero que también conservó por cuestión de tener algo que leer en su divagar por el terruño. No encontró, sin embargo, aquello que verdaderamente ansiaba encontrar: un manuscrito que contuviera la nota de despedida de Martín, donde seguramente habría dejado pistas a sus familiares sobre la ubicación de los dos cuadros del Greco previamente escondidos de las manos ajenas. Lamentó amargamente su impulsiva decisión de haber enterrado a Martín bajo un pesado muro de ladrillos. Sabiendo que los presos a menudo escondían sus mensajes de despedida en las costuras internas de sus pantalones para que sus seres queridos los encontraran, le llevó más de dos horas despojar a Martín de los suyos. Pero todo ese esfuerzo resultó inútil al no hallar ningún tipo de mensaje.

Sin darse por vencido, el Ángel se abrió paso con decisión entre las ruinas del antiguo convento hasta la vasta celda colectiva situada en el segundo piso. Tras dos horas de intensa búsqueda, descubrió quince fragmentos de diversos materiales: hojas de libros, papel fotográfico y hasta papel de fumar, todos con inscripciones más o menos legibles. Temió que si alguno de ellos era la nota de despedida de Martín, eso jamás llegaría a saberlo. Después se esfumó de aquel lugar y desapareció para no ser más visto durante los largos años de la posguerra.

Cuando despuntó el primer sol después del alba, alrededor de las siete y media de la mañana, multitud de diminutas crucecitas rojas dispuestas sobre círculos blancos comenzaron a hacerse fácilmente visibles desde el cielo. Eran los efectivos de la Cruz Roja, que llegaban con retraso a las inmediaciones del convento con sus distintivas gorras de personal sanitario para solamente poder confirmar la muerte de Martín Velasco y de los otros tantos caídos en una refriega de dimensiones épicas.

Capítulo 2

Actualidad

—Calma, que nada está perdido todavía, ¿de qué empresas hemos recibido hasta ahora una negativa incondicional? —le preguntó Luis Velasco a su mujer tratando de mantener a raya el impulso de tirar la toalla.

—¿Negativa incondicional? —respondió Helena.

—Sí, hombre, las que se han cerrado en banda.

Un silencio aséptico dominó todo alrededor de la pareja hasta que Helena se decidió a anunciar el resultado de sus vagos intentos por conseguir patrocinadores.

—¿Alrededor del 99,9%?

La expresión de hastío en el rostro de Helena Durán y su marido, Luis Velasco, era el mejor testimonio del delicado momento que les tocaba atravesar, uno de esos momentos para el recuerdo en sus vidas ya de por sí complicadas. De aquellos momentos que sabían que marcaría a fuego un antes y un después para la familia.

Y más les valía que así lo hiciera, o acabar devorados por el implacable afán recaudador de las más diversas entidades de crédito (a las que se habían visto obligados a recurrir por fuerza mayor) se pondría en el primer puesto entre sus amenazas más inmediatas.

Sin ayudas de ningún tipo y con mejor intención que conocimiento, trataban de organizar a contrarreloj un evento para una recaudación de fondos que pudiera ayudar a encontrar una cura a la enfermedad de su hijo Marc, de tan solo tres años prácticamente recién cumplidos. El pequeño padecía una de las más de siete mil enfermedades consideradas raras, aquellas para las que no se había encontrado aún un tratamiento específico. Quizás de las más improbables, si sacaban la hoja de estadísticas.

A esas alturas en la organización del evento los nervios estaban a flor de piel, pero el cariño hacia el pequeño de sus dos hijos quedaba por encima de todo lo demás. Como cualquier padre y madre abnegados, no había nada en el mundo que no estuvieran dispuestos a intentar con tal de darle un futuro mejor a la criatura, cuya esperanza de vida podía contarse en meses. Y esto incluía sencillamente *todo*.

Aun así, solicitar la ayuda desinteresada de *tus* vecinos no resultaba tarea fácil de gestionar, especialmente para Helena.

Según su punto de vista, podrían surgir recelos entre quienes todavía pensaban que ese tipo de cosas era mejor llevarlas en silencio, para uno mismo. ¿O acaso no era esa la mentalidad habitual en los pueblos, e incluso en las ciudades pequeñas?

Por no hablar de quienes creían —que no eran pocos— que cada uno tenía en esta vida lo que merecía, y que de esa enfermedad algo serían responsables los padres. Y ya para el colmo de la mala idea, estaban quienes sacaban a relucir la cuando menos paradójica circunstancia de que, dedicándose Helena a la medicina y dándose los aires de superioridad que se daba, según decían, tuviera que lidiar con una enfermedad sin remedio ni cura en su propia casa, ¡chúpate esa! Mientras tanto, la pareja no encontraba ni un solo segundo de respiro en su piso de sesenta metros cuadrados, con la mesa baja de su escueto salón como centro de operaciones y tratando de evitar a toda costa la llegada a un punto muerto en la carrera por la vida de su hijo.

Helena manoseó la montaña de papeles que yacían amontonados sin ningún orden sobre la mesa, resoplando una vez tras otra, cuando finalmente localizó el papel que iba buscando. Lleno de anotaciones, tachones y dibujos por ambos márgenes, aquel papel era la representación visual perfecta de una madre al borde del colapso.

—A ver… —suspiró repasando la lista de posibles entidades colaboradoras—, Nike, Adidas… Estas marcas no están para hacer favores a mindundis como nosotros… Oh My Cut no tienen presupuesto este año. Y con las de bebidas isotónicas, imposible que te pasen con alguien medianamente responsable. Luego están los supermercados, del tipo Carrefour y Mercadona, que están por contactar. Las farmacéuticas… ni siquiera se han molestado en responder.

—A las farmacéuticas ni me las menciones.

El tiempo había convertido la discreta ciudad de Pontedeume en una suerte de prisión para Helena. Siempre supo cuál era su sitio en la vida, pero no por ello iba a renunciar a labrarse una carrera con prestigio. La imagen de ver el tiempo escurrirse entre sus dedos trabajando de sol a sol por tres cochinos euros en un comercio del montón había sido incentivo suficiente para llevarla por el camino de la medicina, aunque no por vocación.

Luis, por su parte, hacía gala del carácter propio de quienes no llegan a echar raíces en ningún sitio. Original de Toledo, su familia era una de tantas de las que buscaron asilo huyendo de su patria chica en los años cuarenta. Recordaba pedirle a su madre una y otra vez relatarle las andanzas de su abuelo Martín, el maestro polvorista, y cómo su tatarabuelo fue el fotógrafo

personal de uno de los más famosos marchantes de arte de la época, el enigmático marqués Arcadio de Silvela y Osma. Entre uno fabricando misiles y el otro capturando la esencia del famoso comerciante con su cámara de fotos, Luis recordaba ir siempre al colegio sobrado de historias con las que ganar en las frecuentes discusiones sobre quién de todos era el mejor: *mi abuelo fabricaba pepinos que pondrían todo tu barrio patas arriba, y mi bisabuelo era el fotógrafo más famoso del mundo.* A esas edades, se escatimaba en todo menos en edulcorante para hacer que cualquier historia fuera más impactante y dominar el patio, al menos hasta haberlo repetido tantas veces como para que dejara de surtir efecto.

Luis y Helena se habían llevado siempre de maravilla. Él aseguraba no recordar ni una sola discusión en los más de quince años que llevaban juntos —Helena solía desmentir aquella afirmación con una grotesca mueca y un demoledor «tú tienes memoria selectiva, tío»—, y lo cierto era que, hasta el diagnóstico de Marc, su ficha técnica matrimonial era envidiable. Él solía tratar de arrancarle una sonrisa a última hora del día diciéndole chorradas como «¿Sabes que si mueves la jarra de arriba abajo debajo del grifo se llena antes de agua?», entonces ella le miraba sin decir nada, con una sonrisa cansada, pero sincera, y él clausuraba el festival de la comedia con un «¿pero acaso lo has intentado?». No es que ahora discutieran a todas horas ni que saltaran a la primera de cambio, pero si era honesta consigo misma (si conseguía sacar en primer lugar el tiempo suficiente para echar la vista atrás), Helena habría sabido indicar con precisión de relojera los días que Luis llevaba sin arrancarle una de aquellas sonrisas sinceras de medianoche. Y lo peor no era eso, lo peor era tener que tragarse la pena sin poder darse el beneplácito de echarlo un poco de menos.

La tarea de localizar empresas locales que quisieran patrocinar el evento (una carrera solidaria como tantas de las que anunciaban con frecuencia en el *Telediario*) estaba siendo más frustrante de lo que ambos habían pensado en un principio.

A las once y media de la noche pasadas, sus párpados caían por su propio peso y atravesaban serias dificultades para mantener la mínima concentración indispensable y no dar más pasos en falso cuando el tiempo corría en su contra. ¿Por qué siempre tenían que caer los buenos? Resultaba extremadamente difícil apartar ese pensamiento de sus cabezas.

Trabajando a media jornada, desde la comodidad de su propia casa y a un ritmo físico infinitamente menos exigente que el que se traía Helena en el hospital, a Luis todavía le quedaban baterías suficientes para aguantar un rato más si hacía falta. Y siempre

hacía falta.

Imperó un momento de silencio. Podía sentirse el peso de la frustración en cada palabra, en la respiración ocasionalmente entrecortada, en los movimientos de tráquea al tragar saliva o en los labios resecos, desiertos de áridas dunas como abruptas gargantas en la corteza del pan seco a última hora del día.

—¿Llegaste a hablar con la charcutería? —preguntó Luis sin dejar de aporrear las teclas de su ordenador portátil.

La mirada que Helena le dedicó a Luis rezumó incredulidad como un mango de crema pastelera.

—¿Estás de broma?

Luis permaneció en silencio durante un par de segundos, mirándola detenidamente, con sus dedos colocados sobre las teclas como soldados en el frente de batalla.

—¿Qué? —respondió elevando las cejas como un títere abandonado en el taller del titiritero. Luis no alcanzaba a entender por qué su mujer no era capaz de aceptar la escala de grises. Cuerda, viento, percusión. No se te ocurriera sacarla de ahí.

—¿Cómo que *qué*? —replicó Helena.

Luis entendió rápidamente que el tema de la charcutería iba a traer tela. Pero para las horas en las que estaban entrando, mejor sería atajarlo cuanto antes. En la gestión de sus emociones, Helena tenía la capacidad innata de mantenerse a flote, sobre la superficie, donde siempre aterrizaba un rayo del sol cayendo en picado de entre las sombras. Ahora bien, no se te ocurriera cortarle al hablar tres veces seguidas.

Tratando de no resultar demasiado impetuoso, Luis retiró las manos del teclado. Bajó lentamente la pantalla de su antiguo portátil marca Acer, de los más baratos, y se dirigió hacia su mujer tratando de mantener la compostura.

—¿Qué problema tienes con la charcutería?

Sin cientos de empresas peleándose por patrocinar la carrera, a Luis no le parecía que estuvieran en posición de poder elegir a sus socios en aquel viaje. Helena, por su parte, lo tenía todo muy claro.

Según qué marcas patrocinaran el evento solidario, el público se lo tomaría como algo serio o simplemente no le prestaría la menor atención.

Helena inspiró una bocanada de aire, cerrando los ojos con suavidad en el momento de oxigenar por completo los pulmones, y los volvió a abrir lentamente mientras expiraba el aire desde el diafragma. Se podía ver el peso que todo esto suponía para ella, la carga y responsabilidad junto al agotamiento físico y

emocional que acompañaban, como una pesada mochila que le hubieran cosido sobre la piel, a grito pelado, sin anestesia y habiéndole avisado con el tiempo suficiente para que el miedo inherente a la espera hiciera que el dolor fuera aún más insoportable.

—¿No podemos tratar de apuntar más alto, al menos por una vez? —dijo con voz firme, lista para la feroz batalla.

Puestos a ir en plan cutre por la vida, Helena podía pasar por alto un boquete inoportuno en la caña del calcetín; en el tacón, incluso…, pero no me vengas con un agujero del tamaño de Pontevedra en la punta del dedo gordo, ¡no me jodas con eso, hombre!

Si ella pecaba de ambiciosa, Luis pecaba de conformista. Pero si en algo coincidían también era en aquella continua sensación de derrota que los llevaba persiguiendo desde hacía meses. Les unía algo más que un papel del Registro Civil, después de todo.

—Por cierto —dijo Helena.

Toda situación tensa a última hora del día podía ir siempre a peor. Siempre.

—¿Hablaste con aquella tipa?

—¿Aquella tipa? —A Helena pareció deslizársele la máscara de tipa dura, lo justo para dejar asomar una expresión de duda—. Ah, sí. ¿Sandra, dices?

—Sí, supongo. —Luis carraspeó como si se le hubiera atragantado un hueso de aceituna—. No me quedé con su nombre.

—No me digas —respondió ella sazonando sus palabras con una pizca de sarcasmo de última hora.

—¿Entonces?

—Sí, hablé ayer con ella.

—¿Y bien?

—No te resulta… no sé, ¿un poco raro?

—El qué, ¿qué quiera hacer algo por nosotros?

—No por nosotros, por nadie en particular. Me cuesta creer que se ofrezca sin pedir nada a cambio y además así, como caída del cielo… Venga ya, hombre.

Luis midió bien sus palabras antes de responder algo que volviera a encender la llama de una discusión absurda a punto de rozar las diez de la noche.

—¿Tenemos una alternativa? —cuestionó Luis, y reconoció la sensación de estar caminando sobre una capa de hielo del grosor de un cabello—. Ya ves cómo están las cosas ahora mismo.

—No, supongo que no la tenemos.

—Entonces, ¿cuál es la pega? Si esa mujer está dispuesta a

deshacerse de algunos trastos para recolectar algo de dinero, bien por ella. Y mejor para nosotros, ¿no crees?

—Solo digo que me resulta algo sospechoso. Quizás podrías investigarla mañana cuando tengas un rato.

—¿Investigarla? ¿Qué soy ahora —preguntó Luis—, el CSI?

Pese al frescor de las noches gallegas incluso en verano, conciliar el sueño no siempre resultaba fácil para los críos. Poniendo una muy necesitada pausa en la discusión entre Luis y Helena, el pequeño Marc apareció por sorpresa caminando por el pasillo, entró al salón y se agarró sin apenas fuerza a la pierna de su madre como un pequeño koala en un bosque de eucaliptos. Estaba completamente sudado, chorreando de la frente a la cintura.

—Lo que nos faltaba —resopló Helena, tomándole la temperatura al pequeño con un beso en la frente.

—¿Fiebre? —preguntó Luis.

—No parece —respondió Helena, con un alivio absurdo considerando la implacable condición que padecía el menor de sus dos hijos.

Se veía a la legua que el pequeño Marc estaba más dormido que despierto, el norte de sus mejillas dando cuenta de sus pestañas cortitas como las patas de dos ciempiés aprisionados por sus párpados.

Por el momento, el síndrome de osteoporosis con pseudoglioma que le habían diagnosticado a Marc unos once meses atrás, justo tras cumplir los dos años, no le impedía caminar con soltura, pero el retraso motor era más que evidente. Y aquello solo era el principio de un largo camino. Aquella afección, considerada como una de las enfermedades más raras dado el ínfimo número de casos que había en el mundo, tenía aún mucho margen para ir a peor. Margen para torcerse, para luxarse como los huesos del pequeño, igual de maleables que barritas de regaliz.

En cualquier momento, la debilidad ósea con afección ocular propia de esta condición —cuyo origen genético ahora conocían con seguridad— podía tomar nuevos rumbos, rumbos en los que ni Luis ni Helena querían llegar siquiera a pensar. Afortunadamente, la enfermedad no afectaba al pequeño a nivel cognitivo, como sí sucedía en otros casos, pero el riesgo de padecer fracturas espontáneas en sus huesos y de perder la visión eran muy altos. Terriblemente altos, de hecho.

Menos de un caso entre varios millones de nacimientos era, como cabría esperar, un durísimo trago difícil de digerir para cualquier familia.

Aun así, lo peor de todo estaba en esos pequeños detalles, las

insinuaciones veladas, frases como aquella ocasión en la que les recomendaron no cogerle demasiado cariño al crío. Por Dios, ¿cómo podía un médico ser tan rematadamente insensible? Un compañero de profesión, para más inri. Y no lo habían soñado, había ocurrido tal cual. Les había ocurrido a *ellos*. No vayan a cogerle ustedes demasiado cariño.

Por aquella noche había sido ajetreo más que suficiente. Ya retomarían el día siguiente la conversación con otra mentalidad y sin el optimismo en números rojos, como era el caso cuando caía el pesado telón de la noche para cerrar una actuación sin actores de renombre ni un condecorado director al mando ni un público entregado a sus actores favoritos.

Luis guardó el ordenador portátil debajo de la mesa y se acercó hacia Helena para despegar al pequeño Marc de sus piernas, a las que permanecía adherido gozando, medio dormido, del siempre balsámico calor materno.

Una vez de cuclillas junto a su pequeño, no le costó convencerle para alejarlo de la seguridad materna. Su hombro izquierdo, que en innumerables ocasiones había hecho las veces de mullido refugio para Marc, bien le servía al pequeño en aquel momento como somnífero. Sus manitas apenas hicieron el mínimo gesto de agarrar las piernas de las que estaba prendido como filamentos de una tira de velcro a la que apenas quedaba ya poder de adherencia.

—¡A dormir, grandullón! —exclamó Luis sin controlar el volumen de su voz.

Apretando los labios como una lanzadora de jabalina en el momento álgido de un lanzamiento de récord mundial, Helena le dedicó una mirada asesina a Luis, acompañándola de un más sonoro todavía:

—¡Tshhhhh!

—¡Qué! —exclamó Luis con expresión indignada en su rostro.

—Solo falta que ahora se nos desvele el pobre.

Ya con Marc en brazos —su moflete izquierdo aplastado cómodamente contra el confortable deltoides de papá, poco o nada musculado debido al abrupto abandono del ejercicio y a su alimentación de gasolinera—, Luis comenzó una lenta procesión hacia el cuarto de los niños. Con la sensación de absoluta inmunidad que le procuraba el hecho de tener a Helena justamente a sus espaldas, Luis le dedicó una sucesión de esperpénticas muecas con el único fin de sentirse un poco mejor burlándose de ella, aunque sin verdadera malicia. Ni de lejos.

—¡Luis! —le espetó ella, espatarrada a sus anchas sobre el sofá de piel marrón de dos plazas.

—Dime —respondió él haciendo un alto momentáneo en su camino, mirando hacia sus espaldas con el fatigado rabillo del ojo.

—Te he visto.

Cuando Luis giró de nuevo la vista hacia el frente, la imagen de algo que había pasado por alto al llegar del trabajo volvió a hacerse visible para Helena en su misma retina. Valiéndose de la poca energía que aún le quedaba, se alzó del sofá como un resorte y caminó hacia la entrada del piso. Contempló la pila de sobres que había amontonados sobre la mesa del recibidor, sorprendiéndose por no haber colapsado antes. Lo último que quería era perder una cita médica y encontrar la notificación unos cuantos meses después debajo de un sofá.

—¿No eras tú el encargado del correo? —gritó hacia el cuarto de los niños, aunque estando concentrado en volverle a leer el libro de las buenas noches a Marc, Luis ni siquiera llegó a escucharla.

Una vez junto a la cómoda situada en el recibidor, Helena manoseó por encima de los sobres tratando de identificar algo importante. No tuvo más que zarandearlos un poco para quedar petrificada al instante:

—Luis… oh, no, no. Por Dios, esto *ahora* no…

El correo ordinario tenía todas las papeletas de ser el medio de comunicación que más odiaba Helena en la actualidad. Y lo odiaba con tal fuerza como para sentir su estómago reducirse a la mínima expresión de sí mismo, acongojado por las circunstancias. Si en el espacio para el remitente aparecía el sello del Hospital Clínico de Santiago, el pulso se le aceleraba al ritmo vertiginoso de cero a cien en una milésima de segundo, tanto que, si tenía algo en las manos, se aseguraba de agarrarlo con el doble de fuerza.

Aparte, y dada la macedonia de créditos en los que se habían ido metiendo para poder costear los primeros medicamentos que debían administrarle a Marc, el mundo se les caía encima cuando el remitente era una entidad bancaria, rompiéndoles su frágil espíritu en pedazos. Los bancos se limitaban bien a gastar papel enviando resúmenes y extractos innecesarios o bien a meterles más presión de la que ya tenían encima. Lo que aquellas cartas no traían nunca, jamás de los jamases, eran buenas noticias.

Helena intentó una vez más llamar a filas a su marido, aunque solo consiguió arrastrar lánguidamente sus palabras a lo largo del suelo de parqué estilo dama de bajo presupuesto. Ni siquiera reparó en el débil tono en su voz, que ni en mil años habría conseguido sacar a Luis del sueño profundo en que se encontraba

un instante después de dejar caer sus párpados, tieso como una vieja raqueta de tenis junto al pequeño Marc.

—Luis… —se desinfló en un susurro que acabó de consumirla por completo.

Ni siquiera se esforzó en elevar el tono de voz, frágil y quebradiza como la delicada cubierta de chocolate de una tarta Comtessa después de cinco minutos fuera del congelador.

—Carta del banco… —fue lo único que consiguió añadir.

El pacto entre ellos estaba claro. Ninguno de los dos abría un sobre sin estar el otro delante, ni del hospital ni de una entidad bancaria.

Mientras sus músculos bucales estiraban al máximo las dos sílabas que componían el nombre de su marido, sus manos tomaron la delantera y Helena procedió a desgarrar lenta y pausadamente la solapa pegajosa del sobre en el más absoluto de los silencios.

—Oh, Luis…

Solamente al abrir repentinamente sus ojos y hacer el ademán de acabar de leer la última página del cuento, Luis alcanzó a escuchar a su mujer, sollozando lastimosamente en la distancia. Sobresaltado por el repentino llanto de Helena, se despegó de Marc con extremo cuidado, dejándolo dormido en la su cama y, una vez de pie, echó a correr hacia el pasillo. La encontró en el recibidor, su espalda resbalando pegada a la pared hasta quedar finalmente sentada sobre el suelo, abrazando sus rodillas y llorando desconsolada.

Sujetaba la carta con una mano, usando el envoltorio como improvisado abanico que agitaba sin ritmo ninguno con la mano contraria.

—¿Se puede saber qué pasa?

Helena se limitó a extender el brazo hacia un lateral con la carta de la entidad bancaria en la mano.

—Se acabó. Y mañana lunes, otra vez.

Cada comienzo de semana era el principio de un nuevo martirio para Helena, que apenas tenía fuerzas para apagar el despertador. Y desde aquel primer esfuerzo sobrehumano para arrancar el día, todo iba a peor.

—¿Se acabó el qué?

Luis extendió la mano como un autómata y agarró la carta, volteándola un par de veces con las dos manos antes de hacer acopio de ánimos para leer su contenido.

Inmóvil, Helena alzó nada más que la mirada. Sus ojos empantanados resultaron a Luis la viva imagen de la pérdida de esperanza.

—Otro impago más y…

—¿Y? —preguntó Luis ansioso, con el pulso corriendo al ritmo de una carrera en el hipódromo.

—Y estamos en la calle.

Capítulo 3

Las noches en las que la espesa niebla cubría el terreno a pocos metros de altura eran perfectas para acoger todo tipo de eventos en los sinuosos parajes de Cabo Prior, especialmente en el viejo campo de tiro abandonado que cercaba la playa de Santa Comba por su lateral izquierdo. Esto lo sabían muy bien un inmenso número de jóvenes que empezaban a segregar hormonas a diestro y siniestro después de la cena y que, aprovechando la oscuridad de la noche, se escapaban de sus casas de verano para montarse la juerga padre.

Hasta el momento preciso de volver a hurtadillas a sus respectivas casas, la caseta acristalada que permanecía orientada hacia las dunas situadas a ambos lados del camino que transcurría hasta la playa se prestaba a hacer de escenario perfecto para sus batallas, litros de alcohol de por medio, cigarros de manzanilla y poco más por lo que sus padres debieran preocuparse. Las fiestas de Doniños en pleno mes de julio eran motivo más que suficiente para aguantar la retahíla paternal de turno: conciertos, puestos de tatuajes a los que asomarse y comida a raudales. Ligues, algo más de alcohol y después a dormir la mona hasta el mediodía siguiente.

Así que, para calentar bien motores, la música sonaba ya desde hacía rato en el interior de la caseta del campo de tiro; raro era que ningún lugareño en los chalés que lindaban con el recinto pusiera el grito en el cielo, aquellos emplazados junto al camino de arena que subía hacia la inhóspita carretera que, igualmente, discurría hasta el faro.

Ritmos clásicos del rock mezclados con temas de música máquina y algún que otro clásico popular de la región, todo esto sin la necesidad de un gran despliegue electrónico más allá de un buen par de altavoces de gama baja que podrías encontrar en cualquier decomiso.

Sin ninguna competencia, el grupo era liderado por *los tres de San Fernando*, a saber, Jorge y Javi Acosta, dos hermanos gaditanos que ahora vivían en un cerro a pocos kilómetros de Santa Comba, y uno de sus mejores amigos de la infancia que no se perdía un verano en Cabo Prior, Emérito, un tipo de tez negruna y cabello rubio como un querubín capaz de convertir cualquier suceso del montón en una historia brillantemente narrada. De ese tipo de historias que agrupaban a su alrededor

hasta diez o doce personas hambrientas del nuevo y sorprendente giro, y todos quedaban embobados con su peculiar acento gaditano y su forma de sacar petróleo de las penurias de un malavida de su pueblo allá en la Isla de León. Historias que aún hoy muchos recordarán sin necesidad de hacer el menor esfuerzo ni tan siquiera reparar en la sonrisa bobalicona dibujándose en sus rostros al traer aquellos recuerdos a la memoria.

—¡Eh! —El fuego de la improvisada hoguera hizo brillar las pupilas del pequeño pero fornido Emérito, grandes y negras esferas que parecían tapones de bañera—: ¿Carrera en cueros hasta la playa?

Los hermanos se miraron mutuamente dispuestos a responder al reto al unísono. Lucían sendas camisetas de marcas Santa Cruz y Power Peralta, ambas a pocos usos de convertirse en trapos de cocina, como era menester. Una carrera como Dios los trajo al mundo era el acicate perfecto para seguir alimentando los egos propios de una pareja de hermanos de apenas un año de diferencia.

—¡No hay huevos! —respondieron al unísono, y sus voces gruesas como maromas generaron el efecto sonoro de un eco espacial reverberando en todas direcciones.

La rapidez con la que los más lanzados se habían despojado a esas alturas de sus cómodas prendas de verano era de un auténtico asombro. El siempre curioso efecto del alcohol, más impetuoso si cabe entre los más jóvenes, hacía correr aquel tipo de ideas como la pólvora. Esa épica bandada de jabalíes despojándose de sus ropas y echando a correr como si al llegar la luz del día nada fuera a ser más que un lejano recuerdo. Decir que no a una propuesta como aquella habría sido negarse a vivir; habría sido una actitud de timoratos.

Ahora, unas quince almas corrían en estado de absoluta euforia a lo largo del viejo campo de tiro en dirección hacia la playa de Santa Comba. Los más tímidos, echando a caminar al paso. Los líderes, encabezando el pelotón pasadas las consabidas dunas con aspecto de un gran queso gruyer.

—¡Acaban de pasar las dunas!

—¿Quién va delante?

—No llego a ver hasta tan lejos, ¿los hermanos, tal vez?

—¡Corre!

Una vez llegados al extremo final del camino solamente cabía la heroica opción de lanzarse a volar sobre los acantilados o, en sentido opuesto, emprender un cauteloso y controlado descenso hasta el nivel de la playa. Eso sí, por un sinuoso caminito de unos veinte centímetros de anchura que obligaba a los improvisados

héroes y heroínas a bajar el ritmo de la gesta abruptamente.

De las dos opciones posibles, la segunda podía considerarse sin lugar a duda la menos vistosa de toda la gesta que estaba teniendo lugar en aquel preciso y espontáneo movimiento. Qué épico final habría sido el primero, ¡oh, jóvenes lanzándose al mar como lemmings en busca de la salvación!

La entrada en el mar en plena noche cerrada suponía la vuelta a la adrenalina para la turba adolescente, escenificando un segundo episodio de alta carga dramática después del obligado parón publicitario para acometer el descenso por el caminito sinuoso. Como la campana que detiene muy a pesar del público el encarnizado combate de boxeo, ¡se están machacando y los jueces van y lo paran! ¡Cuánta burocracia en el deporte!

Gritos salvajes, casi primigenios, en el acceso al oleaje nocturno. La marea cada vez más cerca de llegar a su punto álgido, a eso de las 4.42 de la madrugada. A partir de aquel momento, la resaca empezaría a arrastrar las virtudes de aquellos jóvenes hacia las profundidades marinas.

Pérdida del aliento batallando con la imperiosa necesidad de mantener el tipo al chapotear en las gélidas aguas del Atlántico. Cuerpos desnudos, los menos; medianamente protegidos por la ropa interior o el bañador, los más.

Cuando todo estaba del todo dicho y hecho, la antes exaltada turba —ahora bastante más tranquila, niveles de estamina *decrescendo*— emprendió el camino de regreso a la caseta del campo de tiro, comentando la batalla, aún jadeantes. Recogiendo algunas prendas perdidas a lo largo del camino, ¡cuánta locura, por favor! Ese camino de vuelta podía considerarse, de ahí en adelante, una de las experiencias más inolvidables en sus respectivas vidas. El sabor de vivir al máximo, encapsulado en apenas diez minutos de auténtica e inimitable vida.

La oscuridad de la noche, por su parte, no dejaría de cobrarse su particular peaje. Nadie escuchó nada, nadie llegó a ver nada. Jadeando, dejaron atrás el acantilado, la playa y a uno de los suyos: Nando Villaboi, a quien no se echaría en falta hasta bien entrado el día siguiente, cuando las tareas de búsqueda de la Guardia Civil y protección marina ya estaban a la orden del día. Y los periodistas, afilando sus estilográficas para dar el parte de forma puntual de una nueva desaparición en las playas de Cabo Prior.

Capítulo 4

Debían rondar las diez del mediodía de la mañana siguiente a la gesta épica en el campo de tiro. Despertaba un nuevo domingo en Cabo Prior, con el rocío remoloneando sobre las hojas de las hortensias que crecían en el jardín y que Sonsoles cuidaba como si fueran sus propios hijos. El estado del césped daba buen testimonio sobre la escala de prioridades de Sonsoles en lo que al cuidado del jardín se refería. Si lo había regado en alguna ocasión en los últimos meses, había sido por no haber calculado bien la cantidad de agua que necesitaba para regar sus hortensias, momento en que habría repartido la cantidad restante por aquí y por allá donde crecía algún atisbo de verdor. Sin duda, habrían brotado hojas de césped con más lustro en la cabeza de un muñeco Cespino que en su jardín, y eso que a este último —al Cespino— le bastaban los cuidados básicos de un niño de cinco años para funcionar.

—Dios bendito, chico... —El filo de la pesada tijera de podar marca Gruntek horadó con eficacia el borde de la carta que Sonsoles sujetaba con la mano contraria, tratando de contener un incipiente tembleque que nacía a la altura del estómago sin miedo aparente a progresar hacia arriba.

En el anverso del sobre destacaba el sello de la Autoridad Laboral. A su lado, la palabra *notificación* en mayúsculas. Y al lado de esta, una ventana transparente. La carta (que Sonsoles no tardaría en abrir) dejaba intuir falsas promesas de llegar a una solución amistosa al conflicto entre su hijo y los innumerables afectados por su repetida falta de ética en el trabajo. Quien quiera en su oficina que estuviera advirtiendo de forma recurrente a esta organización sobre su comportamiento en el trabajo era todo un misterio para Sonsoles. Y cuando la carta no venía de la Autoridad Laboral, venía de la Inspección de Trabajo y Seguridad Social o de cualquier otra entidad en el lado ártico de las instituciones públicas, que era, a decir verdad y sin riesgo de ser considerada una reaccionaria, el único *lado* que tenían, a juicio de Sonsoles. De todas las cartas dirigidas a nombre de su hijo en los últimos meses, no obstante, las más inquietantes habían sido tres notificaciones enviadas por la CNMV, organismo del que Sonsoles no había escuchado hablar en su vida. Era algo para tener muy en cuenta. La Comisión Nacional del Mercado de Valores no se ponía en contacto con nadie sin una buena razón

para hacerlo, algo que Sonsoles ignoraba por completo. Decidió, sin embargo, tomar aquellas tres cartas por comunicaciones sin mayor importancia —propaganda, como solía llamarlo confundiendo su significado—, y se centró en la notificación que ahora descansaba en el bolsillo de su pantalón y cuya trascendencia era infinitamente menor que las anteriores.

Dos días paseando esa carta de un bolsillo a otro había sido tiempo más que suficiente para hacerse una idea del rumbo que su hijo parecía haberse empeñado en darle a su todavía efímera trayectoria profesional. «¿Es que no puede conseguir un trabajo normal? ¿Un trabajo como todo el mundo?», le daba a Sonsoles por pensar continuamente.

Sonsoles alzó la vista y dejó escapar una exhalación que la dejó vacía en todos los sentidos. Luego tomó aire y se aventuró a leer el contenido de lo que era a todas luces una nueva queja formal dirigida hacia Javier, su único hijo tras el devastador fallecimiento de Ociel, el hermano menor del primero, años atrás. Después de diez años divorciada de Enrique, si alguien miraba por el que era su único hijo en la actualidad era ella y nadie más.

Por mucho que le pesara a Sonsoles, Nono —nombre de guerra que le habían asignado sus compañeros de oficina y como se empeñaba en que se dirigieran a él desde hacía casi un año— no daba muestras de tener la menor intención de cambiar de trabajo en el corto plazo.

Después de diez años sin oficio ni beneficio una vez terminados los estudios de bachillerato, atravesando las consabidas etapas de querer serlo todo y de no querer ser nada, Nono resultó acabar encontrando su vocación recién cumplidos los veintisiete años al entrar a trabajar en Rekobra, una conocida empresa de recuperación de deudas afincada en un polígono industrial en las afueras de A Coruña. El trabajo que ninguna madre desearía para su hijo, si le dieran opciones entre las que elegir dejando al margen el narcotráfico y la trata de blancas.

Para el desconsuelo de Sonsoles, su hijo era un cohete haciendo que la gente pagara sus deudas, y esa era una cualidad a la que los mandamases de Rekobra llevaban tiempo sacándole una jugosa rentabilidad. Nono podía no destacar en mucho más a ojos de cualquiera, pero sentarse al teléfono a escuchar todo tipo de improperios por parte de las personas que tenían deudas pendientes, aquello lo dominaba con absoluta maestría. Y con la persistencia, el ímpetu y, para qué engañarnos, las prácticas abusivas que no tenía reparo en sacar a la palestra, los «objetivos» que su inmediato superior, Emiliano Sogorb, le

asignaba —a saber, trabajadores de todos los tipos, personas con necesidades financieras, gente del montón en su mayoría, muchos de ellos gente de bien—, acababan encontrando la forma de liquidar sus deudas más pronto que tarde.

Por todo eso, lo único que veía Sonsoles en su hijo era a alguien entrando con mal pie en la treintena, cavando un agujero del que, llegado cierto punto, sería difícil salir sin pagar el peaje de haber vivido entre tinieblas.

La realidad tenía un color distinto para Nono. No podía pedirle más a la vida que un mes de julio por delante con mucho trabajo pendiente y toda una playa como la de Santa Comba para tomar distancia de las excusas que ponían los morosos para no tener que pagar sus deudas. Una mesa, un teléfono y un ordenador portátil era todo lo que necesitaba para ponerse a recuperar impagos como churros. Un hurra por los charts que se salían del marco, un hurra por ese más que probable ascenso y un par de hurras más por ganarse la vida haciendo que otros pagaran sus deudas, mordiendo cuantiosas comisiones y disfrutando del camino mientras vitoreaban su nombre a grito pelado en la oficina: *¡Vamos, Nono! ¡Pedazo de crack! ¡Leyenda!* Después de prácticamente dos años, ¡dos jodidos años!, guardando cada céntimo de euro como una urraca avariciosa, inventándose pretextos para librarse de pagar comidas o cenas, robando botes de propinas en diversos clubs del tipo «para ver y ser visto» que frecuentaba, esos garitos de moda a cuyo público miraba con desprecio deseando ser recibido entre algodones como uno más, después de todo ese sacrificio, por fin había conseguido superar la marca de los cien mil euros en su cuenta de ahorro, algo que jamás imaginó que conseguiría antes de cumplir los treinta años. Todo un logro que no se quitaba de la cabeza y que hasta un tipo sin escrúpulos como él sabía que no repetiría dado el alto precio que había tenido que pagar: una ruptura total con las pocas amistades que aún mantenía, amenazas sucesivas contra su integridad física y tener vetado el paso en cualquier tienda, restaurante o local nocturno en el centro de A Coruña. Y todo ello le importaba bien poco: tenía prácticamente pagado un piso (o al menos una parte sustancial) en cuya tarima flotante de la firma Kährs o Meister o Kronotec podría cagarse y mearse si le venía en gana. Así era él. El paso del tiempo había consolidado en Nono el carácter de la persona que quería ser, y cuando quiso darse cuenta, aquellos atributos de los que quiso hacer gala acabaron por engullir lo poco que todavía quedaba de su auténtica personalidad. Tanto era así que Sonsoles apenas recordaba ya el hermoso color miel de sus ojos, sendos luceros

que Nono se empeñaba en cubrir con lentes de color verde esmeralda desde el primer pis de la mañana. Si lo hacía para distanciarse de sí mismo o por pura vanidad, eso era un misterio para ella.

Lo primero que hacía Nono al llegar cada mañana a su puesto de trabajo en Rekobra era colocar sobre su escritorio un amuleto, el último artículo depositado en la tienda de empeños de su padre antes de tener que echar el cierre al negocio, un encendedor de rosca y cuerda con el cuerpo bañado en oro. Aquel encendedor no habría sido nada del otro mundo si no luciera incrustado un proyectil de pequeño calibre justo en su parte central, ligeramente ladeado hacia la derecha, interrumpiendo ominosamente los grabados de formas geométricas que adornaban su superficie. Cada día, al acabar su jornada, Nono recogía el encendedor de su escritorio y se lo guardaba en el bolsillo de la chaqueta hasta llegar de vuelta al enorme piso en Ferrol. Una vez en el piso, en el mismo recibidor, colgaba la chaqueta en cualquiera de los caballitos dorados del perchero sabiendo que el encendedor quedaría ahí hasta la mañana siguiente, lejos de su alcance. Una estupenda forma de dejar atrás toda la mierda al salir del trabajo sin siquiera ser consciente de ello.

A menudo caía absorto contemplando las sutiles ranuras de los grabados sobre la superficie dorada del encendedor, y pensaba si no habría sido una jugada cuando menos fea el haberse quedado con aquel último recuerdo del negocio de su padre. Una sensación de malestar le recorría entonces el espinazo, con el grado justo de *mea culpa* que siempre acompañaba, y esa sensación de deberle algo a su padre siempre presente. Quizás saldar aquella deuda pasara por romperle las pelotas al siguiente moroso que se cruzara en su camino, ganarse un ascenso y empezar a partir la pana como su padre nunca llegó a imaginar.

Después de un energizante desayuno consistente en restos de tarta —*muerte por chocolate*—, galletas y yogur batido sabor fresa y plátano, Nono apagó el pequeño televisor y abandonó la cocina del chalé de dos plantas con el cerebro abotargado por las desavenencias matinales del famoseo patrio. Después, subió dando largos pasos hasta la habitación de invitados situada en el piso superior y, una vez dentro de la estancia, dejó que el pulso recién acelerado de su corazón fuera recobrando su ritmo normal progresivamente.

El silencio repentino a su alrededor le hizo intuir la inminente llegada de una tormenta que empezaba a cobrar forma en la zona del jardín, donde Sonsoles seguía mimando sus queridas

hortensias tratando de no tropezarse con los socavones que afeaban el jardín.

—¡Javier Garrido! —La parca vestida de jardinera anunció su presencia a voz en grito desde el jardín, junto a las hortensias.

Forzándose a sobrevenirse al impulso de quedarse en el sitio, bajo la protección que le daba enterrar todo tipo de conflicto con su hijo bajo la alfombra, Sonsoles echó a caminar pesadamente hacia el interior de la vivienda. Se detuvo un momento en la cocina, justo bajo el umbral de la puerta holandesa, y trató de hacer acopio de fuerzas para hablar con él de aquella dichosa carta.

Un piso más arriba, el aludido acumuló fuerzas y, haciendo gala de las buenas bisagras que tenía por mandíbulas, vociferó hasta el punto de tener que cerrar los ojos por la intensidad del alarido.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exclamó Nono desde el cuarto de invitados, aunque sabía que su madre apenas llegaría a escucharle desde el jardín.

La imponente vivienda de cinco habitaciones y pasillos inexpugnables de la que disponía Nono en el casco antiguo de Ferrol para su disfrute personal era en realidad propiedad de su madre, que la había recibido en herencia años atrás. Sonsoles había amenazado en tantas ocasiones a su hijo y único heredero con donarla a la beneficencia tras su eventual fallecimiento (que algún día acabaría llegando, decía ella apenada), que los dos acabaron por creérselo, así que no era un activo con el que Nono contara a futuros. Por lo pronto, se contentaba con pasar muy a gusto en Cabo Prior todos los fines de semana del verano, donde Sonsoles tenía su residencia principal. La casa era en realidad el conjunto de tres viviendas unidas por discretas compuertas, herencia de su tío abuelo Jean. Una de las viviendas era la que ocupaba Sonsoles. La intermedia, situada en el vértice, era una vivienda accesoria apenas utilizada por nadie, y la tercera llevaba más de cincuenta años en ruinas.

En aquella primera semana de julio, una avería en la red de suministro eléctrico en las oficinas de Rekobra había forzado a la empresa a mandar a sus empleados a trabajar en remoto durante la primera quincena del mes, lo que se extendería desde el 5 de julio hasta alrededor del día 20 del mismo mes en el mejor de los casos, si no más. Y a Sonsoles le había caído encima una visita permanente de su hijo que, por decirlo con medias tintas, no entraba en sus planes.

Sonsoles optó finalmente por dejar bien guardada la carta remitida a nombre de su hijo por la Autoridad Laboral (se la

dejaría en su escritorio, como solía hacer para que él mismo gestionara sus problemas) y decidió probar con otro tipo de incentivo.

Sacando a Nono de forma súbita de su estado de enajenación puntual, una hoja de papel se abrió paso por debajo de la puerta de la habitación de invitados que ahora ocupaba de forma temporal. Se acercó a la puerta tratando de no hacerse notar y echó un vistazo al panfleto a regañadientes. La calidad del papel era exactamente la misma que podrías haber encontrado en un folleto promocional con descuentos en detergentes de cualquier supermercado Día.

La voz quebradiza de Sonsoles se abrió camino entre las juntas de la puerta, en el límite entre la concordia y la beligerancia.

—Échale un ojo —dijo, aunque le habría bastado con que su hijo le dirigiera la palabra—, anda.

Después apoyó su espalda contra la pared del pasillo a un lado del marco de la puerta. Aquella reciente costumbre de conversar a través de las paredes iba a resultar más difícil de superar de lo que Sonsoles había imaginado.

Nono tomó la palabra a su madre y le echó una mirada transversal al panfleto de papel.

—¿Un mercadillo benéfico? —Cascadas de incredulidad bañaron su mirada de fingido color rubí desde el otro lado de la puerta.

La explosión de color que todavía adornaba las paredes del cuarto de invitados contrastaba con el tono gris y apagado del que Nono hacía gala al tratar en todo momento con su madre.

Después liberó el papel de entre sus dedos dejándolo caer inerte al suelo, y Sonsoles insistió una vez más.

—Tú échale un ojo.

—Otro de tus planes no, por favor —respondió Nono elevando la voz, en pie junto a la puerta de la habitación.

Que pudiera trabajar desde la casa de su madre en el campo, o en la montaña, aún no tenía del todo claro lo que era exactamente Cabo Prior, no quería decir que no tuviera que sacar trabajo adelante.

Echando un vistazo a su alrededor, a Nono le resultó incuestionable que el retrato en blanco y negro de Steve McQueen que se esmeró en pintar en la pared a los doce años no había quedado tan logrado como sí le había quedado el doctor Brown, que lucía a su derecha. El único elemento reconocible en el niño malo de Hollywood era el consabido lunar que siempre lucía sobre la mejilla izquierda. El DeLorean del doctor, por su parte, parecía una tostadora de segunda mano de la que partía

un manojo de rayos catódicos azules que recordaban (o al menos, sugerían) las colas de veinte enormes espermatozoides tratando de fecundar el vehículo de viaje en el tiempo.

Aquellos coloridos dibujos tenían los días contados, habida cuenta de la decisión que había tomado Sonsoles de convertir la que siempre había sido su habitación en un cuarto de invitados. Nada que a él le pareciera mal, por mucho mensaje con segundas que su madre estuviera tratando de hacerle llegar con aquel inesperado giro de guion. Primero desheredado, después despojado de su propia habitación en la casa de Cabo Prior.

—Lo siento —respondió Nono a la inoportuna propuesta de su madre—, me ha caído un expediente gordo hace exactamente diez minutos.

—¿Diez minutos?

—Ni más ni menos.

—¿Y tan importante es? —preguntó Sonsoles con el habitual deje de preocupación en su voz aterciopelada.

Nono dejó caer su peso sobre la puerta de la habitación con su frente como único punto de contacto. Después resopló sonoramente y entornó los ojos cansado de tener que justificar sus decisiones una vez tras otra.

—¿Qué te parece conseguir un puesto fijo?

De inmediato, retrajo el cuello como una tortuga escondiéndose en su caparazón, despegando la frente de la puerta. La marca roja en su frente se fue disipando rápidamente, momento que Sonsoles aprovechó para ganar unos centímetros de visión a través de la estrecha rendija entre la puerta y el marco para poder mirarle a los ojos.

—¿Con un solo expediente de *esos*?

—Sí, con un solo expediente de *esos*. La gente debe dinero, lo ha debido siempre y lo seguirá debiendo.

Sonsoles presionó distraídamente con la mano sobre la puerta, ganando centímetros que valían oro en una conversación *madre-hijo*.

—Qué pena, ¿no te parece?

—Sí, bueno, qué pena, pero que paguen sus deudas, ¿no? Y si este tal Luis Velasco paga los ochenta mil euros que le debe al banco, tanto mejor para mí y para mi bolsillo.

***

Antes del cierre temporal por la avería en la red de suministro, Nono acudía religiosamente de lunes a viernes a la oficina de la empresa de cobros Rekobra, situada en las afueras de A Coruña. Aquel reducto para rebotados de otros trabajos no aspiraba a ser

mucho más que el aglomerado corporativo de chupatintas y descerebrados que cualquiera habría intuido que era al verlo, lo que no era nada que a Nono le importara en absoluto. La oficina ocupaba el sótano de un pequeño edificio completamente gris, sin el menor pedigrí reconocible, con un severo gotelé en su fachada exterior al que nadie se arrimaría sin correr un serio riesgo de abrasión y sin más ventanas que unos tragaluces situados cada varios metros de ascenso vertical en la fachada. Como lo habría definido cualquiera de sus empleados, aquel lugar era un absorbente agujero negro capaz de exprimirle a uno hasta el último aliento.

Como una alegre ficha de parchís, Nono había logrado pasar en pocos meses de ocupar una mesa auxiliar junto a los urinarios a ostentar la mesa alrededor de la que giraba toda la acción en la oficina, situada junto a la máquina expendedora de artículos para un picoteo insalubre y el bidón de agua que nadie se molestaba en rellenar, pero que conservaba la virtuosa cualidad de aparentar estar a punto de recibir la visita de un reponedor vestido de azul y sobrado de michelines.

Una vez superadas las nueve en punto de la mañana, la caza estaba servida en las oficinas de Rekobra. Una pila gorda de expedientes, un teléfono y un mondadientes bien afilado para pincharse en el brazo (si por alguna razón una de sus víctimas comenzaba a tratar de camelárselo por la vía emocional) bastaban para garantizarle diversión suficiente durante las ocho horas que duraba su jornada laboral, de donde salía cada tarde esperando el momento de volver a entrar por la puerta el día siguiente. El dorado del mechero volvería a brillar bajo la luz tóxica de los paneles luminosos situados sobre su cabeza, y la rueda seguiría girando un día más. Si un lugar en el mundo podía asimilarse a la más dañina de las drogas, una droga capaz de hacerle vivir a uno al máximo al tiempo que le consumiera por dentro hasta dejarle absolutamente chupado, ese lugar era sin ningún género de dudas las oficinas de Rekobra. Nono no escapaba de allí porque, como sucedía con toda droga adictiva, simplemente no quería hacerlo. Era cuestión de pisar o ser pisado, y su carácter cada vez más afilado y a menudo intratable empezaba a dar buena cuenta de ello.

Y no era para menos. El expediente de aquel Luis Velasco podía suponer una mesa propia, *merchandising* gratuito y quién sabe si un puesto en la directiva de la empresa. Retrasos constantes en el pago de sus correspondientes recibos, intereses amontonándose y una rehipoteca tras otra eran el maná para cualquier cobrador de deudas, lo que para Nono representaba la oportunidad definitiva

de demostrar que había llegado para quedarse. Que llegaría muy lejos en la vida, mucho más que su padre.

Aquellas promesas de un ascenso seguro no venían de cualquier persona, sino del propio Emiliano Sogorb, su inmediato director en Rekobra y socio fundador de la compañía. Y aunque Sogorb no se esforzaba ni una sola pizca en ocultar el tipo de persona que era, un tipo sin escrúpulos capaz de cualquier cosa para mantener a flote sus negocios (a cuál más turbio), Nono creyó en su palabra a pies juntillas cada vez que le prometió el oro y el moro si seguía recuperando deudas al nivel al que lo estaba haciendo casi desde el primer día. Así se lo había asegurado en persona un par de días atrás (concretamente, el viernes a última hora de la tarde), después de dar a su plantilla de empleados el mensaje de que trabajarían desde sus casas durante un tiempo indefinido a partir de ese mismo lunes.

Después de soltarse el clásico discursito (*no os vayáis a acomodar al trabajo a distancia, tenemos un ojo puesto en vuestros cogotes, esto no son unas vacaciones pagadas, joder*), justo cuando Nono recogía su amuleto antes de poner rumbo a su casa en Ferrol, Sogorb le pidió con un gesto solemne acudir a su despacho, al que Nono acudió con la mayor de las diligencias.

Recostado en su roñosa silla de oficina, en su despacho pútrido, a ultimísima hora del viernes cuando el resto de la gente se dedicaba a vivir sus vidas, Sogorb se sentía tranquilo teniendo el control absoluto sobre su empleado, futuro MVP en la liga de «Inoculación de veneno emocional» y «Presión desmedida» a las víctimas de las más diversas entidades de crédito.

Ni siquiera tuvo que explicarle el motivo de haberle llamado a su despacho; se limitó a ponerle los dientes largos tendiéndole un suculento pedazo del *pastel*:

—Hacerte con esta deuda… —le dijo con aire circunspecto— es lo que llevas esperando todos estos meses, ¿no es así? Tómatelo como la prueba definitiva, chico.

Después, le urgió a no tener miramientos a la hora de plantear el despliegue de métodos necesario para recuperar la deuda de aquel hombre, Luis Velasco.

—Y no olvides sacar toda la artillería —le dijo a continuación—. Hay mucho en juego, tanto para ti como para esta empresa, lo entiendes, ¿no?

La voz trémula y cavernosa del mandamás resonó en las paredes internas del cráneo de Nono como la bocina de un submarino anunciando el inminente impacto de un torpedo enemigo.

Incapaz de ver más allá de lo obvio, el aludido enterró automáticamente cualquier posible sospecha sobre las

intenciones de Sogorb y se dejó caramelizar como una manzana roja de feria.

Seguidamente, sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador, Sogorb le ordenó abandonar su despacho alzando la mano, sacudiendo los dedos con desdén como quien limpia una mota de polvo suspendida en el aire, como un emperador romano deshaciéndose de su ayuda de cámara.

Así que por mucho que insistiera Sonsoles, a Nono le resultaba difícil tener que pensar en otra cosa que no fuera en coger el teléfono y empezar a minar la moral de aquel Luis Velasco hasta hacerle saldar sus deudas, sin importar el origen de estas.

En el lado opuesto de la puerta, bajo la penumbra del pasillo en el que apenas circulaba la luz, Sonsoles trató de convencerle una vez más de acudir al dichoso mercadillo.

—Mira el panfleto al menos —insistió por segunda o tercera vez —. Igual acabas por encontrar uno de esos recambios que andas buscando y arreglas de una vez por todas tu *querida* moto.

Efectivamente, aquella Puch Maxi del setenta y siete también era uno de sus objetos más preciados. Ya se sabe, *¡Contágiate con Maxi! ¡Con pedal de arranque!* Decirlo en alto sonaba extremadamente ridículo y al punto embarazoso a aquellas alturas de la vida.

No le faltaba razón a Sonsoles, en cualquier caso. Nono llevaba largo tiempo esperando encontrar un sillín, pedales cromados y un faro en unas condiciones aceptables para su motocicleta de colección, y todavía albergaba la esperanza de encontrarlos abandonados a su suerte en algún cobertizo no muy lejos de allí. Tal vez la respuesta estuviera en uno de los mercadillos de garaje que algunos paisanos organizaban en los terrenos un poco más en el interior, lejos de la costa. Una vez restaurada la Maxi, podía triplicar o incluso cuadruplicar la inversión encajándosela a la persona adecuada. Internet también estaba lleno de pardillos.

Dos caras de una misma moneda, defecto y virtud, había heredado Nono del cierre del negocio de su padre: el desprecio innato por quienes se dejaban atrapar por las deudas, y cierta admiración no confesa por aquellos objetos de colección que sus propietarios corrían a empeñar para saldar sus deudas. Recibir clases de historia gratuitas había sido el efecto secundario de pasar media infancia en una casa de empeños, aunque nunca hasta la fecha se había tomado la molestia de considerar si toda aquella información entrando por sus oídos de forma pasiva llegaría a servirle para algo en la vida.

Sonsoles le dejó un último recado antes de seguir a sus cosas.

—Y acércate a hablar con tu padre.

«No se iba a quedar tranquila sin sacar de nuevo el tema», pensó Nono.

Después de unos instantes paladeando el silencio a su alrededor en el cuarto de invitados, Nono bajó las escaleras a paso ligero. Allí encontró a su madre, sentada en el sillón de mimbre junto a la mesita redonda que daba una razón de ser a la planta baja. Nono reparó al bajar al piso en las baldosas de tonos rojizos del suelo, agrietadas y quebradizas al pisar en ellas. No habría sabido decir en aquel momento si dejarlas en ese ruinoso estado era a propósito de darle un toque rústico a la casa o si su madre había hecho extensivo el abandono del jardín al interior de la casa.

Una vez en la planta baja, rodeó a su madre por la espalda, tocándole brevemente el hombro con la palma de la mano, y permaneció de pie junto a la ventana que daba al jardín. Lo único que percibió Sonsoles en aquel gesto fue una calculada comercialidad por parte de su hijo. Así de suave estaba la cosa entre ellos.

—¿De qué va eso del mercadillo? —preguntó Nono sin molestarse en fingir mayor interés del que realmente tenía.

—Lo organiza Sandra Pavones, la hija del Geluco —respondió Sonsoles, esperanzada—, para una causa benéfica. Un chico enfermo de Pontedeume.

Touché.

—¿Geluco? —Le había parecido escuchar en algún sitio que aquel hombre estaba más para allá que para acá—. ¿No está desquiciado?

—No te pases con el pobre hombre… Y no está desquiciado, tiene demencia degenerativa…, pero sí, de ese Geluco se trata.

Acto seguido, se acercó hacia la mesa, miró hacia su madre y a continuación se reclinó aún más hasta prácticamente introducir su nariz en la infusión humeante que esta bebía a minúsculos sorbos. Forzó una mueca de sorpresa y regresó a su posición junto a la ventana.

—¿Y qué pinto yo en eso? —preguntó finalmente.

—Imagínate todo lo que pueden tener ahí agarrando mugre, con la cantidad de cobertizos que tienen repartidos por su finca. No me extrañaría que estuviera lleno de cosas de tu época favorita.

—No es mi época favorita —respondió Nono apresuradamente, aunque el tono en su voz no hizo sino evidenciar lo contrario.

La finca de Geluco era de las más grandes en la zona. Si la vivienda en sí no era especialmente voluminosa, el terreno en el que estaba edificada sí que lo era. La gente conocía la finca del Geluco como *el desguace*, al que solían acudir los vecinos cuando

necesitaban cambiar las contraventanas de madera o cualquier otro recambio para prácticamente cualquier aparato que se te ocurriera.

—Además… —Sonsoles dejó escapar un hilo de voz entrecortado. Nono supo con toda certeza el melón que su madre estaba a punto de abrir.

—… estará por ahí el nieto…

Y ahí estaba el melón de las amistades.

—… que debe rondar tu edad.

Aquel tema —el de las amistades— era otra de las inquebrantables preocupaciones de Sonsoles, y la última preocupación que Nono podía considerar digna de atención, dado que no le reportaba ningún beneficio directo ni indirecto.

—Se llama Elías —añadió en un intento a la desesperada por encontrarle alguien con quien pasar el rato. Había que reconocerle a su madre el mérito de haber hecho los deberes.

Nono seguía de pie, apoyado en el alféizar de la ventana que daba al jardín. Giraba distraídamente con los dedos índice y pulgar un viejo bote de mermelada lleno de tierra compacta que hacía las veces de maceta improvisada. Aún no había crecido nada reconocible en aquella pequeña porción de mundo terroso a escala reducida.

—¿Por qué tanta importancia a los amigos? —respondió después de unos segundos en silencio. Su atención seguía fija en el bote de cristal, girando sobre su propio eje en el alféizar.

Sonsoles le miró con decepción, sus párpados arrinconando las dos bolas de color celeste que la mujer tenía por sendos ojos.

—¿No crees que la gente necesita al menos *un* amigo con el que poder contar en la vida?

Una procesión de coches camino hacia el faro hizo que ambos girasen el cuello para mirar con curiosidad a través de la ventana.

—Madre —regresó Nono a la conversación—, no existe tal cosa como el concepto de mejor amigo.

—¿Por qué dices eso?

Unos segundos espaciaron el intercambio de posturas entre ambos.

—Lo de necesitar amigos suena bastante egoísta, ¿no? *Te* necesito. Yo, *te* necesito como amigo. Yo, yo, yo.

Sonsoles captó perfectamente la idea detrás de aquella demoledora cuestión.

—Pensar así es muy triste, ¿no te parece?

—Pero es verdad, ¿o me lo estoy inventando?

Sonsoles miró hacia el techo dándose un segundo para

recomponerse. Quizás si su hijo se abriera un poco a los demás no iría dando tumbos por la vida.

—Los chicos del puerto se llaman *hermano* entre sí —acertó a decir finalmente. Nada que le hubiera dicho a uno de sus pacientes, pero tratándose de Nono, no siempre conseguía ser todo lo objetiva que quisiera.

—Sí, y también se llaman *bro* y muchas otras gilipolleces por el estilo.

Ella le miró sorprendida.

—¿Y no te gustaría algo así?

—Pues no, y además me parece un insulto y una falta de respeto.

—¿Hacia ti?

—Pues no hacia *mí*, exactamente. —Una mueca y la mirada clavada en su madre lo dijeron todo—. No sé si me explico —añadió con sarcasmo exagerado.

Se refería al trágico —y cada vez más lejano— fallecimiento accidental de Ociel, su hermano casi ocho años menor que él. Quizás la amplia diferencia de edad entre ellos podría haberlos convertido en meros conocidos, en familiares circunstanciales más que en hermanos al uso. Aquello era frecuente en muchas familias con siete o trece hermanos, donde los mayores a menudo apenas tenían relación con los pequeños, o al menos con *alguno* de los pequeños. No era el caso para Nono, quien gozaba con la incesante admiración que Ociel le profesaba.

Sonsoles se esforzó en ignorar aquel comentario, la mueca en la cara de Nono y en general todo lo que sus palabras implicaban. Puestos a omitir información dolorosa, tampoco ella quería echar la vista atrás más de lo necesario.

—¿No te cansas de hacer siempre lo mismo?

—¿A qué te refieres?

—Tu vida consta de dos actividades básicas. En primer lugar —Sonsoles ahorcó su dedo índice con el dedo contrario—, perseguir a toda esa pobre gente con sus deudas. Eso, por encima de todo lo demás —dijo, alargando la o en «todo» hasta el infinito—. Y cuando no estás entregándote en cuerpo y alma a esa tarea, estás metiéndote en quién sabe qué lugares recogiendo trastos con el único propósito de llenarme la casa de cachivaches.

Nono la miró esbozando una elaborada mueca de sorpresa.

—Como con tu dichosa *motito*.

De tanto en tanto, Nono aprovechaba los fines de semana para salir a buscar artículos por los que pudiera conseguir algo de dinero vendiéndolos al mejor postor en internet. No era gran cosa en comparación con el sonido metálico de las comisiones

que le pagaba Rekobra entrando en su cuenta, pero tampoco era mal sobresueldo.

Sonsoles volvió a introducir la mano en el bolsillo de su pantalón. La esquina del sobre remitido por la organización de consumidores le resultó obscena fuera de su bolsillo, y se reprochó a sí misma el hecho de andarse con esos juegos para conseguir que Nono mirara hacia su cadera, se interesarse por la carta y le pusiera en bandeja sacarla a colación.

—No ando dando vueltas sin ton ni son —replicó Nono.

—¿Ah no? —respondió Sonsoles mientras empujaba disimuladamente el sobre hacia el interior del bolsillo, sin que este encontrara oposición alguna en el forro aterciopelado del mismo.

—Ni mucho menos —respondió Nono—. Se trata de salir a *buscar* y no parar hasta encontrar algo que valga la pena. Si lo piensas, no es muy distinto de lo que hago cada día en el trabajo.

Alejada la posibilidad de sacar a la palestra el espinoso tema que el sobre recogía en su administrativo silencio, el tono de firmeza recuperó enteros en la voz antes cautelosa de Sonsoles.

—Y de tener la desfachatez de vendérselo a algún incauto por un dineral, ¿no es así como funciona?

—Es una ocupación a tiempo parcial —Nono le restó importancia—. Además, para eso está internet.

—¿Para ganar dinero a costa de los demás?

—Seguro que cambias de opinión en el momento en que entre por la puerta de casa con un cuadro de Velázquez en las manos.

Tras unos segundos en silencio, Nono añadió en un claro tono de burla que sentó a Sonsoles como una punzada en el ánimo más para su pequeña colección:

—¿Has pensado por un segundo en la cantidad de personas que actualmente podrían estar viviendo en la miseria con un Goya cogiendo polvo en el altillo? Fíjate si se ahorrarían problemas con los bancos. Se ahorrarían recibir llamadas como las mías, y yo me ahorraría unos cuantos insultos.

Lo decía, obviamente, con toda la ironía del mundo.

—A ti que te insulte quien no te conoce te importa un bledo… Y, a todo esto, ¿ahora *sí* te interesa pasarte por el mercadillo?

—Puede que sí, pero no te desvíes del tema. ¿Y si el tal Geluco resulta tener un Goya escondido en un granero? Eso no lo has pensado, ¿a que no?

—No lo he pensado ni una sola vez, y te diré por qué.

—Sorpréndeme.

—Porque eso es sencillamente imposible. —Sonsoles dibujó una expresión de suficiencia en su rostro—. Venga, va, un cuadro de

Goya en el altillo. Y otros dos de Durero y Velázquez en el cuarto de la lavadora.

En ocasiones, unos segundos de silencio eran la mejor forma de poner fin a una conversación incómoda, siempre que no diera lugar a otra más incómoda todavía.

—Por cierto…

Agárrate que vienen curvas.

—Me preguntaba si podrías hacerme un favor…

Sonsoles soltó un fuerte resoplido que volvió a dejarla totalmente vacía una vez más.

—Si querrías, vaya.

Nono gruñó buscando la forma de librarse del compromiso por cuya labor no estaba en aquel momento. A pesar de haberlo hablado con ella unas doscientas veces, había cosas que su memoria selectiva parecía no querer recordar.

—¿Qué habíamos dicho de pedir favores sin explicar a qué le obligan al comprometido?

Más que con un joven rozando la treintena, a Sonsoles le parecía tener delante un cincuentón amargado y resentido por los fantasmas de su pasado.

—Quiero que conozcas a alguien. —Sonsoles gesticuló nerviosamente, primero meciendo su pequeño mentón, después abriendo la palma de la mano frente a su rostro y, a continuación, moviendo la cabeza de lado a lado como si un inoportuno mechón de pelo impidiera ver con claridad—. Eso es todo, que conozcas a alguien. —Y al obtener el silencio por toda respuesta, añadió—: ¿Me estás escuchando?

De todo, probablemente aquello fuera lo que peor llevaba Nono de convivir —aunque la convivencia fuera esporádica, un par de días aquí, otro par de días por allá, a conveniencia— con una madre soltera en el trance de haber marcado en el calendario la obligación de rehacer su vida amorosa.

Relinchó como un caballo agobiado por la pesada carga que la petición de su madre le suponía.

—No creo que pueda —respondió, cerrándose en banda.

—¡Joder! —se quejó Sonsoles, su barbilla comenzó a tintinear y una larga exhalación pausada siguió a continuación—: ¡Si aún no he dicho quién es!

—No, pero me lo puedo imaginar.

—¿Y es tanto pedir?

—Es mucho pedir, sí. —Sus brazos se veían marcadamente tensos, sus puños apretando una pelota imaginaria en ambas manos.

Sonsoles se despidió secamente de su hijo y se dirigió a la gran

sala de estar en la que mucho tiempo atrás solían ver juntos las tertulias de la tarde en cualquier cadena de televisión.

Nono hizo lo propio a continuación. Subió a la habitación, cerró la puerta y se dejó caer a plomo sobre su cama. Cruzó las piernas y desplegó el papel que su madre le había lanzado por debajo de la puerta un rato antes, el del mercadillo benéfico por el chico enfermo terminal. Un pensamiento funesto cruzó su mente en el preciso instante en que leyó el nombre de los beneficiarios del evento, una pareja de Pontedeume intentando recaudar fondos para pagar el tratamiento de su hijo. Un niño enfermo con alguna enfermedad incurable de la que no había escuchado hablar en su vida, aunque no sabía mucho más.

Si bien el nombre de la madre del niño enfermo no le sugirió nada en absoluto, el nombre del padre le hizo sentir un inesperado latigazo a la altura del abdomen.

Se apresuró a acercarse a su viejo escritorio, cogió el expediente y comprobó el nombre del que Sogorb acababa de asignarle como su siguiente objetivo. Ese del que dependía dar el salto definitivo en la empresa o seguir siendo un pusilánime durante el resto de sus días. Como su padre, ni más ni menos. Cuántas personas llamadas Luis Velasco podían existir en España, ¿diez mil? ¿Veinte mil? Seguramente suficientes como para estar tranquilo, en cualquier caso. Una búsqueda rápida en Google le confirmó la cifra exacta: cuarenta y siete mil doscientos treinta y siete individuos en total bautizados con aquella cartela. Que el expediente omitiera el segundo apellido del aludido resultaba poco habitual, pero no era la primera vez que sucedía, ni mucho menos.

Nono tragó saliva y respiró hondo, más que tranquilizado, eufórico. Podía ir a por *su* Luis Velasco sin el menor de los reparos; podía atacarle a la yugular con sus afilados dientes de sable, punzantes y certeros como el arpón del capitán Ahab con la tranquilidad de saber que la probabilidad de tratarse del padre de Pontedeume era ínfima, ridícula, ni siquiera digna siquiera de pensar un segundo más en ello.

Como un lanzador de cartas profesional, lanzó el expediente sobre la mesa girando por el aire sobre su propio eje e imaginó el futuro prometedor que aguardaba una vez recuperada la deuda de aquel tipo, honesto o pendenciero, listo o tonto, generoso o tacaño, no podía traerle más sin cuidado.

***

Un denso manto de nubes grises como pelusa acumulada en la bolsa de la aspiradora cubría la extensa playa de Santa Comba en

la lejanía a primera hora de la tarde de aquel domingo y unas minúsculas briznas de color blanco lucían a pinceladas sobre un ancho mar que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Desde cualquier ventana en la fachada norte de la casa de Sonsoles en Cabo Prior se podían adivinar las batidas impetuosas de los altos helechos que flanqueaban el sendero que discurría en pendiente hacia la playa, y la visión de todo ello en su conjunto era, sencillamente, sobrecogedora. Los terrenos donde los caballos del viejo Xurxo solían pastar habían sido territorio prohibido para Nono desde que tenía uso de razón, al menos desde el día en que todos corrieron como almas que lleva el diablo después de que un potrillo recibiera el mordisco de una víbora y se montara todo un carajal. Ahora las cosas eran distintas. La amenaza de una pequeña serpiente entre la hierba le parecía insignificante, la emoción de buscar madrigueras de zorros entre los helechos era un recuerdo remoto e imaginarse entrando en ellas para encontrar un increíble mundo bajo tierra le sonaba ridículo.

Sin importarle que el mensaje llegara a su destino o no, Nono se asomó a la sala de estar del segundo piso y anunció secamente su plan para aquella tarde medianamente soleada. Vestía una vieja camiseta de tirantes de H&M y un pantalón de chándal andrajoso que Sonsoles se imaginaba una y otra vez introduciendo en una bolsa para llevar al contenedor de ropa para la beneficencia.

—¡Me bajo a la playa!

—¿Y el bañador? -preguntó Sonsoles parando un momento su lectura del dominical.

No necesitaba el bañador para ir a la playa. O, para ser exactos, no lo necesitaba para lo que pretendía hacer en su *camino* hacia la playa.

—El verano pasado dejamos el cubo a rebosar —dijo Nono, suficiente explicación para que Sonsoles supiera lo que su hijo tenía en mente—. Con solo llenarlo un poco más podremos llevárselo al Eloy y, si por una vez en la vida me dejas negociar con él —recalcó la importancia de este último punto dedicándole una mirada reprobadora—, tal vez esta vez saquemos un buen dinero a cambio.

Aunque Nono podía optar por seguir el camino que dibujaba la base de ladrillos grises hacia la playa (lo único que quedaba del muro que precintaba el campo de tiro años atrás), aquello le habría privado de hacer algún último hallazgo inesperado. Aún mantenía viva la esperanza de seguir encontrando restos de munición desperdigados por el suelo, así que no perdía ocasión de atravesarlo en su camino hacia la playa.

—¿Y el mercadillo? – le recordó Sonsoles.
—Dios —mascullló Nono para el cuello de su camiseta—. Que sí, hombre... ya me pasaré en algún momento por el mercadillo del demonio.
—¡Esa lengua!
Todavía era domingo. Quizás el martes o miércoles podría asomar el hocico al dichoso mercadillo y, quién sabe, tal vez hasta podría encontrar alguna pieza para su Puch Maxi.
A simple vista, Cabo Prior podía parecer la típica zona aldeana de la costa gallega. En toda Galicia podían ser fácilmente cientos, si no miles, los rincones en los que podrías darte un tranquilo paseo hasta la playa caminando entre helechos, esquivando alguna que otra ortiga resquemosa y sintiendo cómo los finos granos de arena, a menudo saltarines, jugaban a emprender el vuelo impulsados por tus chanclas de verano a cada uno de tus pasos. Lo que en pocos lugares podías hacer era justamente todo lo anterior y, además, volver a casa con los bolsillos cargado hasta las cejas de plomo. De munición, artillería o, simplemente, de balas. Como quisieras llamarlo para alejarte todo lo posible de su terrible y brutal naturaleza.
Cabo Prior tenía estilo y personalidad.
Esto significaba que, de un paseo a la playa, alguien que conociera el terreno —como era el caso de Nono— podía colarse en el viejo campo de tiro abandonado, atravesar el recinto de un lado a otro e ir haciendo acopio de toda aquella munición cuyo afortunado final fue una hilera de hieráticas dunas que, con el tiempo, acabarían convirtiéndose en dos grandes montículos similares a un queso gruyer. Torpedeados, agujereados y mancillada su integridad con orificio de entrada, pero no de salida.
Con las cantidades de plomo suficientes, al menos un par de cubos bien grandes, Nono podía llegar a sacarse un buen dinero cada verano siempre que consiguiera llenarlos de munición para después llevárselos a Eloy, el chatarrero, cuya escueta finca solo podía soñar con adquirir algún día las dimensiones del desguace de Geluco. No importaba el estado de salud de la munición recogida en aquellos cubos, igual valía llevársela en un estado absolutamente deplorable, incluso irreconocibles también habrían servido para su oneroso propósito de fundición. Munición estallada, despuntada, desvirgada; munición marchita, como pólvora mojada.
Incluso de noche, cuando el cielo despejado permitía a turistas y locales soñar con una calurosa jornada de playa al día siguiente, podían hacerse unos cuantos buenos hallazgos de

munición reposando en estado vegetativo a ras del suelo sobre la tierra arenosa. Siempre aparecía algún proyectil que recoger sin tener que raspar mucho con el borde de la chancla sobre la superficie arenosa.

Aquel paseo hasta la playa resultó ser bastante lucrativo para Nono en términos de casquillos, balas reventadas y proyectiles completos sin detonar. Cuatro en total, una buena pesca para todo lo que había recogido en los últimos veranos, a decir verdad. Lo normal, siendo él todavía un crío, era llenar cubos de munición hasta la mitad en cada viaje a la playa de Santa Comba. Tanto era así que se hacía necesaria la compañía de algún adulto para poder llevar el pesado cubo de vuelta a casa, colina arriba. Algunos de aquellos proyectiles detonados podían datar fácilmente de lo que Sonsoles insistía en denominar la época favorita de Nono. Y sí, aquellos años de encarnada Guerra Civil tenían cierto magnetismo que este encontraba intrigante.

La búsqueda no fue del todo mal aquella tarde de domingo, pese a la evidente escasez propia de haberse creado un camino de tierra para que los turistas pudieran acceder más directamente a la playa de Santa Comba con sus coches y caravanas dispuestas a dominar el alto cerro durante toda la temporada de verano. De los cuatro restos de proyectiles que Nono encontró después de un rato escarbando con el canto de sus deportivas sobre la tierra, uno de ellos correspondía a algún tipo de munición de fusil, con su poderosa punta aún amenazante pese a tener su vaina el aspecto de una lata de refresco abrasada por el sol. De las otras dos, una de las piezas parecía la punta sin el casquillo de un proyectil calibre de nueve milímetros y la tercera no era ni el lejano recuerdo de un proyectil. Podría haberse descrito tranquilamente como un pedazo de plomo prácticamente irreconocible.

El cuarto y último casquillo que Nono se agachó a recoger del suelo terroso, pese a presentar un aspecto similar a los dos primeros, mantenía un lustro que no había visto en ningún otro resto de munición que hubiera recogido con anterioridad en el campo de tiro. Reflejando el sol de la mañana con gallardía sobre su superficie metálica, el casquillo lucía impoluto después de frotarlo con empeño con un agarrón de su camiseta. Y aunque un efímero sentido de la intuición le sugirió dejarlo en su sitio, olvidarse de él y continuar su camino de vuelta a la casa, optó por quedárselo a sabiendas de que algo, no sabría decir qué —no al menos en un plano consciente—, no terminaba de encajar.

La gran diferencia respecto del resto de casquillos que ahora abultaban en el bolsillo de su pantalón de fibra sintética era el

haber sido disparado diez horas antes entre gritos insonorizados por la noche atlántica.

Capítulo 5

El trayecto entre Ferrol y la playa de Santa Comba no solía durar más de quince minutos conduciendo a buen ritmo. El tiempo suficiente para que el Volkswagen Golf dorado del año noventa y cinco que el Departamento de Gestión de Flotas le había facilitado un par de semanas antes al agente Gus Luján rezumara un penetrante aroma a bocadillo de calamares. Algo imposible de ignorar para el subinspector Peirallo, que ahora ocupaba el puesto de copiloto muy a pesar de sus constantes reticencias a tener que verse en ese tipo de encerronas con su subalterno.

La atrofia muscular evidente en las piernas del subinspector había ido a peor desde que este decidiera abandonar la sana costumbre de escaparse a montar a caballo cada vez que conseguía sacar un hueco para acudir al club de campo. O, más bien, desde que su mujer le *ayudara* a entrar en razón y acabara dejando su pequeño hobby para ahorrarse el mal trago de tener que discutir con ella cada día.

Peirallo se agarró con más fuerza si cabe al asiento por la parte que sobresalía a ambos lados de sus piernas, delgadas y desprovistas de todo rastro de musculatura. Habría agradecido unas pinceladas de Loctite en toda la superficie del asiento para permanecer firmemente anclado a este ante la atroz forma de conducir del agente a su cargo.

—¿Ya estás bien de lo tuyo, Luján? —preguntó Peirallo, aunque solo por tratar de distraer su propia atención de la horrible perspectiva de un aparatoso vuelco con vueltas de campana que iba cristalizando por momentos en su cabeza.

—Está demostrado —respondió Luján haciendo algo que ponía aún más nervioso a Peirallo: mirarle fijamente con la cabeza girada hacia la derecha—. Si llego al mediodía sin echar la papilla, podré darme por curado. Eso, o me lanzo de cabeza por un barranco.

Que Luján tuviera que girar la cabeza para responderle mientras conducía era el principal motivo por el que el subinspector Peirallo evitaba a toda costa tener que compartir traslados con él al volante. Dada la limitación de opciones de transporte disponibles al tratarse de un día festivo, en esa ocasión le tocó pasar el mal trago.

—Mire hacia adelante Luján, por Dios.

Planteando distintas hipótesis sobre los hechos ocurridos en la noche anterior, Luján y Peirallo divagaban tratando de oxigenar el interior del turismo haciendo girar las manivelas manuales con el ahínco de dos vendedores de barquillos callejeros.

El subinspector Peirallo no era más que otro intento entre los directivos policiales de llegar a su jubilación con un mínimo de calidad de vida tras su retirada. Aunque llevaba tiempo tratando de ser moderadamente optimista, cada nueva desgracia que le tocaba presenciar era un revés para su salud mental que sabía que le acabaría pasando factura más pronto que tarde. Y por mucho que se esforzara en ello, todavía no veía a Luján de la forma en que el propio Luján se consideraba a sí mismo respecto de su inmediato superior: su fiel escudero.

Al contrario, solo conseguía verle como una inoportuna taza de café llena hasta rebosar que amenazaba una y otra vez con manchar su impoluta hoja de servicio profesional. Una burda versión de Maverick sobrevolando la torre de control sin la autorización de sus superiores.

Aquel domingo medianamente soleado, el agente Luján manejaba el vehículo a trompicones al tiempo que luchaba por mantener el rebozado del calamar en su sitio.

—¡Luján! ¡A la derecha, por Dios!

Corto de brazos, con dolores de espalda y notable sobrepeso, el agente Luján era la última incorporación al equipo de investigación de la delegación de la policía en la provincia de A Coruña. Y todavía estaba disfrutando de las ventajas que venían con el cargo, como el hecho de no tener que preocuparse por el mantenimiento de un coche patrulla de primera mano.

El sistema de amortiguación del viejo Golf de color dorado mate se las tuvo que ir viendo con todos y cada uno de los socavones que se fueron sucediendo a lo largo del camino de tierra que discurría hasta la playa de Santa Comba, atravesando a su paso el viejo campo de tiro. No tardaron en dejar a su izquierda la caseta en la que pocas horas antes sonaba el rock a todo trapo. Las ruedas del potente coche alemán regalaban en su camino un impenetrable nubarrón de polvo a sus espaldas, que iba machacando a su paso latas de cerveza y otros restos de la juerga nocturna.

—Ahí debió comenzar la jarana —apuntó el subinspector Peirallo, girando el cuello hasta el punto propicio para ganarse una distensión en toda regla.

Luján acercó sus dedos hacia la radio, aún impregnados en el aceite de fritura, e hizo girar la rueda del volumen al máximo.

—La fiesta debió ser de otra época —apuntó Luján con

nostalgia, echando de menos aquellas juergas de verano que también se había corrido en aquella misma zona de veraneo.

—¿Se te ha ido la cabeza? —Peirallo se apresuró a sacar un pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta y corrigió a la baja el volumen de la música haciendo girar la rueda en el sentido contrario—. Me va usted a romper la timpanera.

Luján miró hacia el pañuelo y después hacia Peirallo con la expresión en su cara de haber visto aterrizar una nave nodriza en tierra firme.

—Que hay un chaval desaparecido, Luján… muestre un poco de respeto, por Dios santo.

El tono en su voz era el de una reprimenda paternal, así que Luján no consideró que hubiera nada por lo que preocuparse. Animar el día con un poco de música no era mucho pedir para un domingo que, de otra forma, habría pasado de buena gana holgazaneando tranquilamente en casa.

Luján frunció el ceño e instintivamente echó un vistazo al retrovisor en el típico movimiento involuntario al que uno recurría para correr un tupido velo ante una merecida reprimenda. Unos pocos metros por detrás de ellos, una patrulla de la Guardia Civil hizo repentino acto aparición en modo *Lluvia de estrellas*, adentrándose y luego saliendo de entre la espesa polvareda que iba regalando el Golf a cada nueva caricia de Luján sobre el acelerador.

La Unidad de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil comenzaba, en el preciso momento de la llegada de Luján junto con Peirallo, la inmersión en las zonas de acantilados situadas a la izquierda de la playa de Santa Comba. Justamente allí donde habrían caído despeñados los lemmings en caso de haber optado por elegir la primera de las opciones tras su épica gesta en cueros hacia la playa.

Las entrevistas a los muchachos presentes en la fiesta del campo de tiro no habían dado apenas información útil hasta la fecha. Lo que Luján tenía del todo claro era que Nando Villaboi, el joven desaparecido la noche antes, no se ahogaría en la playa por nada del mundo. Y lo tenía claro por una razón: eran polos opuestos, él y el tal Nando. Y a Luján sí que habían tenido que sacarle del agua en más de una ocasión al borde del ahogamiento.

Nando era un joven pero experimentado buceador, con una capacidad pulmonar de ¿cuánto? ¿Unos cinco minutos a pulmón debajo del agua? Tampoco era cuestión de exagerar. Pero sus buenos tres minutos bajo la superficie sí que podía aguantar en estado de apnea, y eso sin siquiera despeinarse. Fumador, para más inri. Bebedor, y no precisamente recreativo. Un tío de esos

que acaparaban las miradas, un tío que molaba en la edad en la que había que molar, a eso de los veintipocos años. Rubio y de ojos claros, capaz de sacarse de la manga los insultos más despectivos e hirientes desde sus tiernos cinco años. Camino hacia los cuarenta, a Luján se le abría un abismo con los chavales de la siguiente generación.

Finalmente, el agente detuvo el Golf dorado del noventa y cinco a pocos centímetros del precipicio. Aquella destreza no sentaría especialmente bien al subinspector Peirallo, quien se agarró repentinamente la pechera como si fuera a parársele el corazón allí mismo. Uno de los bordes del crucifijo de oro que colgaba alrededor de su cuello le hizo gruñir de dolor.

—¡Joder!

—Está todo controlado.

—No es eso, hombre.

Por su parte, nada de lo que pudiera decir o hacer Luján le habría dado a Peirallo la sensación de tener el control.

Peirallo aclaró su voz con un exagerado carraspeo.

—No te vimos ayer —dijo, en otro orden de cosas.

Luján giró la cabeza hacia su derecha y escaneó el cuerpo de Peirallo de arriba abajo. Le resultó sorprendente la poca estabilidad de aquel hombre al tomar cada una de las curvas del camino terroso. Resultaba obvio lo poco por la labor que estaba de oponer la menor resistencia.

—Ni falta que hacía verme.

Su propia madre había sido la razón principal para el ingreso de Luján en el cuerpo de policía. Y si no la razón, como poco si había sido ella quien propiciara su inclinación desde muy pequeño hacia el respeto por el orden y la ley. ¿Cómo podría no haber caído en las redes del trabajo policial teniendo el vivo ejemplo del bien y la disciplina en su propio hogar?

Combinado a la perfección con el amor de una madre, ahí tenías la receta perfecta para el despertar de una vocación en el joven aspirante a teniente de policía. Una vocación tardía, ya que no superó las pruebas de acceso hasta cumplidos los treinta y cinco años. Aun viniéndole de familia, sus primeros años de andadura en el cuerpo estaban resultando algo más abruptos de lo que hubiera imaginado. Parecía todo ser tan estúpidamente racional que ni la creatividad ni la amplitud de miras tenían cabida.

«Sigue tu instinto», solía decirle su madre. ¿De qué servía aquello de seguir tu instinto si, después de todo, el subinspector de turno tendría la última palabra? Según su experiencia, el instinto iba por otros derroteros en lo que refería a la práctica del oficio de investigación. Iba más en la línea del «mis huevos me

dicen que esto es así».

Así que no le vieron el pelo en el homenaje a su madre, Susana Vilavedra, porque prefirió homenajearla de otra forma. Como, por ejemplo, levantándose de buena mañana para darle un repaso al caso Nando Villaboi.

Después de apearse del coche, Luján cerró la puerta del conductor con fuerza y abrió la trasera para coger la documentación del caso, que descansaba en el asiento posterior del vehículo. No con más delicadeza que en la ocasión anterior, la cerró y dedicó un gesto de aprobación a su inspector.

—Todo listo, *subins*.

Peirallo le dedicó una mirada cansada, tirando a resignada y corta de esperanzas. «Subins, subins…, subins te voy a dar yo a ti», pensó. ¿Es que no se enseña en la Academia el valor del respeto a la cadena de mando?

Ambos emprendieron, entonces, el descenso del caminito sinuoso hasta llegar a la siempre impoluta arena de la playa de Santa Comba, tiempo en el que Peirallo no dejó de repetir en alto su veredicto aludiendo una y otra al pez de turno:

—A ese pobre lo van a sacar del agua como un pez globo. Ya lo verá, Luján. Como un pez globo, eso ya se lo adelanto sin tener que montar tanto artificio. Este es un ejemplo más —continuó Peirallo— del lamentable desperdicio de recursos que parece ser la nota dominante en el trabajo policial de hoy en día.

—Avestruz de mar —le corrigió Luján.

Una fotografía instantánea captando la mirada silenciosa que le devolvió Peirallo por toda respuesta habría servido perfectamente para ilustrar la entrada «desagrado» en cualquier diccionario de habla hispana.

—Técnicamente.

Que Peirallo se temiera lo peor no era cuestión baladí. Al contrario, contaba con las estadísticas de su lado. Últimamente parecía no haber verano en que no apareciera al menos un cadáver en la playa, azuzado por las corrientes marinas hacia la blanca arena en busca de un entierro digno para sus familiares. El crimen no parecía dejarse apocar por el calendario, así que a un subinspector con el ojo clavado en su sesenta y cinco cumpleaños no le faltaban motivos para preocuparse.

El domingo de marras, por lo que había quedado recogido en los informes marítimos del Instituto Hidrográfico, la marea había tocado su punto más alto a las 9.59 de la mañana, lo que era bastante tarde. Si la epopeya del baño nocturno en plena noche había tenido lugar alrededor de las cuatro de la madrugada, con la marea muy cerca de su punto más bajo, el cuerpo inerte de

Nando Villaboi habría tenido tiempo suficiente para darse un buen paseo por el Atlántico.

Además, cuando bajaba la marea en la playa de Santa Comba, lo hacía con ganas. Sin medias tintas. Luján lo sabía bien porque había jugado cientos de improvisados partidos de fútbol en aquel preciso lugar, de pequeño, cuando la marea desnudaba sus secretos regalando a los veraneantes una enorme extensión de arena firme y sólida, pero mullida como la superficie de un sobao pasiego.

Luján no tardó en quitarse el calzado para sentir el frescor del mar en sus pies a remojo, una vez llegados a la orilla. Un helicóptero de la Guardia Civil y varias embarcaciones de Salvamento Marítimo, junto con unos pocos efectivos de Protección Civil, continuaban sondeando la zona a medida que la playa iba ganándole terreno al mar.

—No van a encontrar nada —dejó caer una vez más Luján con cierta autosuficiencia detectivesca en su voz, una voz marcadamente nasal y con frecuentes altibajos que recordaban las cuerdas de una vieja mandolina desafinada tratando de empujar las ondas sonoras a través de su tráquea.

Luján agarró el archivador que llevaba sujeto bajo la axila y escaneó de un rápido vistazo los documentos contenidos dentro de aquel a fin de localizar el nombre y las referencias sobre el chaval desaparecido.

—Nando Villaboi —leyó en la portada de su expediente antes de continuar con la descripción detallada—. Joven coruñés sin actividad conocida. Viviendo con sus tíos en Coirós. Sin antecedentes. Estudios de primaria. Un habitual en los puertos pesqueros en la zona de Cabo Prior… blablablá… complexión atlética, desarrollo físico correspondiente a alguien de unos treinta años. Una cara habitual en zonas de copas.

—¿Nada más?

—Esto es todo.

Luján cerró el expediente de un golpe y volvió a colocárselo a buen recaudo por debajo de su axila sudorosa como una enorme bolsa de té espachurrada.

—Pues eso. —Puso cara de haberle pegarle un bocado a un limón después de confundirlo con un kiwi—. Un portento echado a perder.

La información que la primera ronda de preguntas a sus amigos y conocidos había recogido hasta aquel punto sobre el joven coruñés se lo dejaba bien claro al agente Luján: el chico no era ni por asomo de esas personas a las que se los come de repente el mar.

Ni en un millón de años.

Luján y el subinspector Peirallo continuaron observando el despliegue de medios para una búsqueda que iba a ser, a todas luces, infructuosa. Las tareas de búsqueda se habrían de alargar al menos hasta bien entrada la tarde, así que ambos subieron por el caminito sinuoso para volver al Golf, aparcado a pocos centímetros de una caída mortal.

—¿Apareció ya? —preguntó el inspector a voz en grito a los tripulantes de una Zodiac de salvamento que volvía hacia la zona poco profunda de la playa.

—¡Nada! —respondió uno de los buzos encogiéndose de hombros.

Luján miró al subinspector Peirallo mostrándole las llaves del coche.

—¿Sabe conducir?

Después de recibir una respuesta afirmativa no exenta de cierta indignación junto con cierta dosis de incredulidad, el agente Luján lanzó las llaves del coche a su inmediato superior y comenzó a caminar a paso firme hacia la caseta situada en el campo de tiro.

Todos los esfuerzos del subinspector Peirallo en alcanzar las llaves del coche al vuelo en plan JASP fueron en vano. Lo único que consiguió agarrar fueron unos pocos centímetros cúbicos de aire cálido y una deprimente sensación de haber hecho una vez más el ridículo. Aquel gesto le forzó, muy a su pesar, a tener que encogerse como un viejo gato hidráulico para recoger las llaves del suelo arenoso, allá en el cerro sobre la playa de Santa Comba. Justamente donde tan solo unas horas antes los jóvenes de la fiesta en la caseta del campo de tiro pensaron que lanzarse como lemmings al mar no tendría un buen final. O casi todos, según el criterio de un operativo de búsqueda que seguía enfrascado en la tarea de rescatar el cuerpo de Nando Villaboi de las profundidades marinas.

Sin encontrar a tiempo una objeción razonable a la clara intención del agente Luján de irse a dar un paseo por el campo de tiro (una sucesión de aspavientos eran la prueba de sus esfuerzos por dar con algún pretexto antes de perderle definitivamente de vista), el subinspector Peirallo optó finalmente por relajarse y ponerse cómodo en el asiento del copiloto para echarse una *power nap* en condiciones, una de esas siestas sobre las que la ciencia —según la propia investigación de Peirallo al respecto— decía que diez minutos eran en todo caso mejor que treinta. Fuera corta o larga esa cabezadita, una cosa estaba clara para el subinspector: Luján acabaría haciendo lo que hacía siempre, es decir, todo lo

contrario a lo que se le ordenara.

Peirallo bajó la ventanilla contraria a toda prisa, el mecanismo sonando de forma alarmante en los entresijos metálicos de la puerta del piloto, y lanzó un ultimátum dirigido a su inmediato subordinado.

—¡Diez minutos, Luján! ¡Diez!

Si de algo tenía una total certeza Luján era que alguien con un perfil como el de Nando Villaboi no desaparecía del mapa de la noche a la mañana. Y si no se daban prisa en encontrar un hilo del que tirar, la siguiente parranda a la que iba a acudir el joven desaparecido era la que su familia tuviera a bien organizarle en su propio velatorio.

Aunque el aviso del subinspector sonó contundente dentro del vehículo, la brisa marina, las gaviotas y el propio estruendo del mar al golpear contra los acantilados contribuyeron definitivamente a no hacerle llegar el mensaje al agente Luján, quien a esas alturas andaba ya a medio camino entre la playa y la zona de las dunas de queso gruyer. Peirallo reclinó el respaldo y sintonizó Radio Ferrol esperando el momento en que al locutor de turno le diera por pinchar algún éxito de Bobby Darin. «Ay, este Luján. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien le saque de sus trece».

La experiencia era un grado para el subinspector, que no quería darle mucha manga ancha a Luján. El chico le ponía entusiasmo a su trabajo, eso sin duda, pero también más imaginación de la que debiera ponerle alguien en su posición.

Localizó el reloj en el panel frontal y empezó a contar los minutos a medida que estos iban pasando. Nueve. Ocho. Siete. Algo realmente ingenuo por su parte y por una buena razón: no sospechaba ni por asomo que después de habérselo advertido con voz severa y entonación de orden indiscutible, Gus Luján tuviera una vez más su propia agenda.

***

El camino de vuelta hacia el campo de tiro era un mejunje de pisadas, chanclas en su mayoría, y suaves huellas de neumáticos de todos los grosores y surcos que solo evidenciaban un agarre bastante cuestionable. A falta de ningún indicio de haberse cometido un crimen, el escenario no se prestaba a ser precintado, de modo que los veraneantes y residentes simplemente hicieron lo que solían hacer cada día sin excepción en un mes de julio: arrasar con todo a partir de las diez de la mañana eliminando toda huella de lo ocurrido la noche anterior.

Luján llegó a la altura de los dos grandes montículos de arena,

situados a ambos lados del camino, después de una caminata de un par de minutos. Una vez llegado a ese punto, se detuvo a echar un vistazo periférico para ponerse en situación. Quería sentir las energías fluir a su alrededor y, con suerte, encontrar algo de dónde tirar. Pisar la minúscula ramita seca de un junco, o de seda de mar, difícil era decirlo con precisión, le puso en un repentino estado de alerta. Cerró los ojos, inspiró fuerte y comenzó a mover la cabeza de un lado a otro siguiendo la forma de un símbolo de infinito, como un director de orquesta dejándose imbuir por la armonía de su pletórica orquesta.

Al frente, a unos doscientos metros, en sentido opuesto al cerro de Santa Comba, lucía orgullosa la caseta de control del campo de tiro. No debía perder de vista el punto en el que había tenido lugar la gesta juvenil en la que el cien por cien de los jóvenes entrevistados había relatado prácticamente los mismos hechos. A su izquierda nacía una larga extensión de tierra bastante árida, por momentos arenosa, pero también abrupta y en absoluto recomendable para el tránsito a pie, que se extendía hasta el parquin situado al otro extremo de la playa. Y a su derecha, todo el campo que ascendía colina arriba hasta Cabo Prior, allí donde el faro coronaba el gran risco junto a los viejos búnkeres abandonados.

Algo llamó su atención junto a las dunas que partían el camino hacia la playa en dos, a unos veinte o treinta metros de distancia de donde se encontraba clavado en la tierra. Dos pequeñuelos jugaban entre los arbustos, niño y niña, de unos ocho y diez años a ojo de buen cubero.

El chico clavó sus ojos en Luján y, sin pensárselo dos veces, corrió con todas sus ganas hacia una de las dos dunas, la del lado izquierdo al camino de tierra, para intentar coronar su cima. Debía ir corto de gas, pensó Luján, porque antes de llegar a lo más alto del montículo empezó a caer loma abajo aún en posición cuadrúpeda, tratando de salvar los muebles de aquella ridícula, aunque también simpática manera.

La niña, por su parte, caminaba despacito e iba agachándose entre los arbustos, apartando los helechos con un rastrillo y tanteando el suelo de tanto en tanto. Llevaba colgado del hombro un cubo de color azul celeste, vacío a todos los efectos, y su expresión era una combinación entre esmero y decepción a partes iguales, si aquello era posible.

Luján echó a caminar hacia las dunas, que no estaban a mucha distancia de donde ahora se encontraban los pequeños; ella revolviendo entre los matojos; él, retando una vez más al montículo de tierra. Esperaba encontrar algo que arrojara algo de

luz sobre los hechos de la noche anterior. Y lejos de distraerle, la visión de los dos críos haciendo suyo el terreno le resultó significativa de una forma que no alcanzaba a explicar.

Unos instantes después, la pequeña fue a dar con su rastrillo sobre los arbustos que quedaban a un lado del agente Luján, a unos dos metros de distancia.

—¿Buscando bichos bola? —le preguntó animadamente Luján.

La niña le miró desde abajo, luego frunció el ceño y continuó su exploración de la superficie terrestre hacia el siguiente arbusto, peinando el suelo con desgana, con una sincera expresión de decepción en su rostro pequeño y delicado.

—De pequeño me encantaba andar buscando zapateros y bichos bola por el campo —le explicó Luján—. Escarabajos de playa también, pero eso más bien en las zonas de los arenales, en la zona de los juncos.

Sin echarle mucha cuenta, la niña siguió totalmente volcada en el que fuera su propósito caminando de cuclillas por el suelo.

—¡Alejandro! —gritó súbitamente—. ¡He encontrado una!

Dando finalmente por perdida la guerra contra el montículo, el niño echó a correr hacia su hermana y se arrodilló junto a ella una vez llegó a su posición.

—¡Pero qué dices! —exclamó con el desdén propio de quien trata a sus hermanos pequeños con calculada distancia.

A Luján le pareció maravillosa la jovialidad de los dos críos, cada uno en su propio mundo idealizado, y permaneció unos segundos en el sitio como un mero observador pasivo de una escena para ellos muy significativa. Probablemente la recordarían toda su vida, como los jóvenes en el festival de la noche anterior.

Sujetando un pequeño objeto metálico entre sus dedos índice y pulgar, la niña le dedicó una mirada llena de orgullo a su hermano. A continuación, le acercó el objeto hasta situarlo a un par de centímetros de su nariz, detalle que hizo a Luján sonreír para sus adentros.

—Mira, ¿lo ves? —dijo con orgullo a su hermano mayor—. ¡Ya tengo una!

A continuación, lanzó el objeto al interior del cubo azul celeste, hasta entonces vacío, haciendo resonar escuetamente su inhóspito interior. El niño se levantó del suelo, sacudió la arenilla de sus rodillas y palmeó un par de veces las manos para acabar con todo rastro de arena visible.

—¡Eso no es una bala, tonta!

La palabra «bala» captó de inmediato la atención del agente Luján. Un electrizante escalofrío recorrió su cuerpo y no pudo

evitar pensar en su madre lanzándole puyitas desde el cielo. Sigue tu intuición.

—¿Ah, no, listo? —respondió ella, la luz del sol cegando su vista —. ¿Qué es entonces?

Con los brazos en jarra, el hermano mayor le confirmó a la pequeña la realidad de su hallazgo:

—Es un tornillo normal y corriente, como los de la caseta del jardín.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí desde el jardín?

—He dicho *cómo* los de la caseta del jardín.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

— No lo sé —se encogió de hombros—. Se habrá soltado de algún coche.

El razonamiento de su hermano le arrancó de cuajo toda la emoción de su hallazgo. Y tenía toda la razón: no era más que un tornillo deformado por el paso del tiempo.

—Pues vaya —respondió la niña indignada, y lanzó el trozo de metal de vuelta allí donde lo había encontrado entre los matojos secos.

El agente Luján no esperó a tenerlos fuera de su alcance para saber más sobre aquellas dunas:

—¡Chicos! ¿Qué hacéis aquí? ¿No vais a jugar a la playa? ¡Está la marea baja!

Si bien el niño supo guardar el silencio, su hermana no consiguió resistir la tentación de revelar su secreto:

—Estamos buscando balas.

—¡Andrea! —le reprendió su hermano de inmediato.

Los mofletes se le sonrojaron como la luz de una sirena de ambulancia. Una vez revelado el propósito de andar peinando el suelo junto a las dunas, el niño soltó el lastre y confesó:

—Mi tío dice que hay balas escondidas por los matorrales.

—¿Tu tío? —preguntó Luján.

—Sí. Pero se las deben haber llevado ya todas.

—¿Quién se las ha llevado? —se interesó Luján fingiendo indiferencia.

—No lo sé —respondió el muchacho.

—Y tú, ¿sabes quién se las puede haber llevado?

La pequeña dudó por unos segundos. Respiró hondo y, armándose de valor, delató al culpable de su búsqueda frustrada.

—El señor de la colina.

Señaló hacia la casa que estaba camino arriba, en la colina, en la lejanía, y el agente Luján siguió en línea recta con su mirada.

—¿Sabéis si vive en aquella casa?

La niña tardó un tiempo en retraer el dedo acusador y

descender el brazo, pero no respondió a su pregunta.

—Gracias, chicos.

Para entonces ya estaban de vuelta camino hacia la playa.

—¡Buscad escarabajos en las dunas! —les gritó Luján en la distancia. Y añadió, sin la esperanza de ser escuchado—: A ver si tenéis más suerte que con las balas.

—Sí —respondió el niño a lo lejos, para su sorpresa.

Y añadió, antes de girarse para seguir caminando hacia la playa con su irresistible marea baja:

—Además, los escarabajos no matan.

***

Luján observó a los hermanos alejarse a lo largo del camino de tierra que discurría hasta la playa de Santa Comba. Gratos recuerdos en su memoria, largas jornadas de verano disfrutando sobre la arena blanca, cazando saltarinas pulgas de playa, de esas transparentes y que nadie parecía tener reparo en coger con la mano, y retándose a aguantar dentro de las gélidas aguas hasta no sentir ni padecer.

Una idea pasajera se convirtió rápidamente en un pensamiento persistente y obstinado, difícil de hacer a un lado: «proyectiles perdidos entre los arbustos».

Salió de sus propias ensoñaciones sacudiendo la cabeza y se esforzó en centrarse en su cometido. A su izquierda serpenteaba un tramo de campo bastante abrupto, pero transitado. A unos cientos de metros más arriba, subiendo la loma en la que se apreciaba un sendero clareando entre los helechos, asomaba una casa formada por tres edificios en forma de ele. «¿Sabes quién se las puede haber llevado? Sí, el señor de la colina». Así se había referido la niña al tipo al que acusaba de haberles robado la ilusión de encontrar al menos un proyectil perdido entre las dunas del campo de tiro. El tiempo y el inapelable atractivo de amasar pequeñas fortunas habían hecho que recolectar balas detonadas resultara una tarea cada vez más difícil de rentabilizar. La zona había sido peinada esa misma mañana por el equipo de rastreo y no habían encontrado nada, pero Luján todavía tenía sus dudas al respecto.

A lo lejos, la deslumbrante carrocería del Golf dorado de los años noventa le recordó a Luján que el subinspector Peirallo aún le esperaba en su interior. Los problemas de Peirallo para sobrellevar los meses de calor eran toda una institución en la comisaría, con que Luján se limitó a desear fuertemente que el aire acondicionado estuviera en aquel preciso momento echando ráfagas de aire en modo antártico. Si Peirallo permanecía

crionizado al menos durante el rato en que él pensaba entretenerse merodeando por las dunas, sería en realidad como si el tiempo no hubiera pasado para él. Una astuta, aunque poco probable forma de librarse del chaparrón que le acabaría cayendo tarde o temprano.

Optó, como venía siendo costumbre, por ignorar la cadena de mando y seguir su instinto poniendo rumbo en sentido opuesto a lo que habría sido un final feliz tanto para él como para su inmediato superior. En su lugar, sus pies comenzaron a caminar a paso firme entre los arbustos, matojos y helechos que crecían a su libre albedrío entre las dunas y el principio de la loma que ascendía hasta la casa con forma de ele, a la que se aventuró a estimar, pecando mucho de optimista, que llegaría en un par de minutos de paseo.

Llegó con tanto entusiasmo a la cima de la loma que para cuando quiso darse cuenta ya estaba con sus pies dentro de la propiedad o, siendo justos con la realidad, en una especie de un erial trasero en el que tomó nota mental de algunas cosas interesantes. En este había una primera zona a cubierto llena de paja. Un hórreo dividido en dos partes, una canasta de baloncesto anclada a un poste de madera y, un poco más adelante, tras un murete de color blanco, otra zona cubierta pero más cuidada, seguramente el lugar de encuentro para la familia.

Rodeó la casa por el exterior, dejando a su izquierda un muro de piedras que discurría hasta la estrecha carretera que bajaba hasta el puerto, donde la famosa Cetárea coronaba la tierra fracturada en múltiples gargantas y acantilados. Encontró en su camino un bonito lavadero formado por grandes bloques de piedra con forma de trapecios invertidos. Los últimos restos del jabón empleado por algún paisano para hacer su colada estaban a punto de disiparse ya por el canal de desagüe, y el agua del lavadero estaba prácticamente cristalina. Ajenos a todo lo que no quedara circunscrito al pequeño mundo acuático del lavadero de piedra, Luján reparó en un par de tritones quietos como momias sobre la piedra, dejando pasar tranquilamente el tiempo.

En nada llegó a la carretera, malamente asfaltada, donde no dejó pasar la ocasión de llevarse a la boca un par de moras rojas antes de emprender el camino de subida hacia la carretera que discurría hasta el faro que, además, bordeaba por fuera la casa en forma de ele. Al estar en pendiente, una vez avanzadas un par de docenas de pasos, pudo echar un vistazo al jardín de la propiedad, a su mano izquierda, con solo ponerse de puntillas y asomarse por encima del muro que separaba el jardín de la carretera. Unos viejos columpios, un par de tumbonas y geranios

de colores. Aparte de eso, nada más salvo una mujer de mediana edad mimando sus hortensias.

Silencio absoluto. A lo sumo, una sucesión de raquíticos ladridos a lo lejos. Luján caminó un poco más hasta llegar a la carretera del faro. En caso de haber doblado la esquina hacia su izquierda habría continuado bordeando la finca hasta encontrarse con el parquin de la entrada a la casa. Giró hacia la derecha, hacia el faro.

Después caminó unos pocos metros en cuesta arriba a lo largo de la carretera hasta que se detuvo junto a un camino de piedras y arena que nacía del lateral izquierdo de la calzada y que ascendía hacia un edificio rectangular de aspecto militar y un tejado a dos aguas que estaba, a todas luces, abandonado. Con el viento soplando a su favor, ascendió el camino de tierra en una marca de tiempo aceptable. Después de todo, su forma física no iba a ser tan deplorable, como había sugerido el subinspector Peirallo en más de una ocasión.

Al final del camino comenzaba una larga explanada, un luminoso claro que hacía contraste con la frondosidad del bosque a esas alturas sobre el nivel del mar. A su derecha, de forma transversal y alargándose hacia un fondo arbolado, se erigía el edificio acuartelado con sus dos pisos de absoluto olvido, sus puertas de madera pintadas de verde y las ventanas destrozadas a pedradas, todo ello rodeado de matojos, helechos y una profusa arboleda que se extendía bosque arriba. Siendo aún pleno día, el lugar le generó cierta ansiedad difícil de poner en palabras, resultándole de todo menos alegre y dicharachero.

El tiempo pareció estirarse como en un agujero negro al adentrarse en una de las estancias del cuartel directamente desde la explanada. En la estancia principal según se entraba había un púlpito, o los restos de este. Básico, funcional, como las barras de pan del ejército: a granel, más quemadas que tostaditas. El ejército no estaba para darte de comer pan horneado al gusto de tu paladar ni para despertarte cada mañana con una suave caricia y tu canción favorita de los buenos días. El púlpito cumplía a la perfección con estos estándares: cuadrado, de ladrillo y de color blanco. Las bancas donde antaño se arrodillaban los feligreses en lo que a todas luces había sido una capilla estaban ahora repartidas por toda la superficie de la estancia, algunas de ellas amontonadas en un lateral, todas ellas en un estado de salud lamentable.

Las ventanas, en el lado contrario a la entrada a la capilla, también estaban hechas trizas; la vegetación se había hecho dueña de todo lo visible de forma lenta, pero segura. Había

montones de cenizas, restos de revistas pornográficas y una muñeca sin cabeza con los mofletes derretidos. La mayoría de los pintarrajos que cubrían las paredes de la capilla representaban profundas reflexiones de marcado corte espiritual tales como «La Virgen María también abortaría» o «Bajarme de la cruz, hipócritas», que pondrían a llorar a moco tendido a más de un erudito. No tanto por el mensaje implícito en estas, sino por su caligrafía y gramática más bien en la línea de lo despreocupado.

Una sensación de malestar instantáneo recorrió el cuerpo a Luján, dejándole un sabor metálico en los empastes de las muelas. No consiguió encontrar una explicación razonable. Su cerebro se empeñaba una y otra vez en emplazar la imagen que se había formado de Nando Villaboi, a partir de la foto en su expediente, entre aquellos muros en ruinas. Quizás no se hubiera cometido el crimen en aquel preciso lugar, pero Luján tuvo la total y absoluta certeza de que al joven buceador debían tenerlo retenido en un lugar similar, por la razón que fuera. Sacó el móvil a toda prisa y fotografió en todas las direcciones posibles tratando de recoger la esencia del lugar. Eso *sí* que era intuición.

Su teléfono móvil rompió el silencio repentinamente, interrumpiendo las últimas fotografías de la estancia. Ni por asomo se había acordado de Peirallo en todo ese lapso.

Optó después de dudarlo unos segundos por respetar la cadena de mando: si te llama un inmediato superior, tú le coges el teléfono así estés calentando el inodoro de buena mañana.

—¡Luján! —vociferó Peirallo al otro lado de la línea.

— Sí, señor subinspector.

—¡Tres cuartos de hora!

—Lo siento, señor, se me ha ido el santo al cielo.

—¿Dónde coño se ha metido? ¿Luján? ¿Luján? ¿Me escucha, Luján?

Luján escuchaba malamente al subinspector. Sus intentos por acceder nuevamente a la cámara del móvil para continuar haciendo fotos de forma indiscriminada sin colgar al mismo tiempo la llamada estaban resultando un suplicio.

—¡Luján! —El auricular de Peirallo rezumaba goterones de saliva tratando de imponer el orden.

—¿Señor inspector? ¿Sigue usted ahí? —Luján le devolvió una ristra de respuestas genéricas fruto de estar más preocupado por tomar una buena imagen que por la más que probable represalia del subinspector al mando de la investigación. Con frecuencia se dirigía a Peirallo como a su *inspector,* subiéndole el rango un escalón en forma de poco sutil aderezo.

—Luján, ¿me escucha? Es la última vez… ¿dónde cojones se ha

metido? Está a esto de ganarse un expediente por insubordinación. Le doy tres minutos para estar aquí o váyase olvidando de labrarse un futuro en el cuerpo.

Sin añadir una sola palabra más, Luján echó a correr camino abajo. Después de unos cuarenta segundos de abrupto descenso, y siempre al borde del desastre, finalmente llegó a la carretera, donde comenzó a experimentar serias dificultades para echar el freno sin ser arrollado por un anciano de pelo blanco y piel enrojecida que descendía desde el faro a lomos de una Puch Maxi.

Continuó corriendo por la carretera que bajaba hacia el puerto, giró a su derecha, saludó a los dos tritones que aún seguían sobre las piedras del lavadero y emprendió el descenso de la colina para acabar llegando de una sola pieza a la explanada del campo de tiro, donde las dunas de queso gruyer. No recordaba haber hecho un esfuerzo de tal calibre desde la prueba de Cooper en el colegio de los Salesianos, en el que jamás cosechó un registro de tiempo que fuera más allá de simplemente mediocre.

Superó las dunas y, jadeando como el recluta más lento del pelotón, se arrastró hasta llegar completamente exhausto al aparcamiento, donde se dejó caer sobre el terreno según encontró una pequeña porción de arena y algo de vegetación lo suficientemente mullida como para no lastimarse las rodillas en la caída. Boca arriba, alzó la barbilla todo lo que pudo y elevó la vista hasta que los ojos tocaron techo. Desde aquella posición pudo apreciar la imagen invertida del subinspector aproximándose hacia él a paso firme y decidido.

Luján relajó el cuello y miró hacia el cielo.

Una vez llegó a su altura, Peirallo miró hacia Luján desde las alturas, en riguroso picado, rompiéndose el cuello de la tensión acumulada y viéndose forzado a encorvarse para aprovechar la sutil corriente de aire fresco del malogrado aire acondicionado del Golf.

De pie, clavándole las puntas de los zapatos a Luján en el costado, estiró el brazo derecho y dejó caer las llaves del Golf sobre su barriga.

—¡Auch! —gimoteó Luján tras el impacto.

—No me joda, Luján. Se lo advierto. Espero, y mire que esto se lo digo sin la menor acritud, espero que le haya merecido la pena el escaqueo.

Sin apartar la mirada de las nubes, que lucían un blanco impoluto sobre el azul especialmente intenso del cielo, Luján se llevó la mano al bolsillo del pantalón. Extrajo de allí su teléfono móvil y comenzó a buscar, jadeando, en el carrete de fotos.

Seleccionó la última foto almacenada y alargó el brazo para enseñársela a su inspector, con el brazo tembloroso por el ímprobo esfuerzo, tratando a duras penas de recuperar la respiración. No creía tener que dar más explicaciones a Peirallo sobre lo que para él era evidente. Evidente por una cuestión logística: Nando Villaboi tenía que haber pasado por aquel cuartelillo en ruinas en algún momento entre las cuatro y las seis de la madrugada. Solo tenían que enviar un equipo científico para comprobarlo.

Capítulo 6

Recordar episodios trascendentes en su pasado resultaba siempre doloroso para Nono, punzante en la acepción más corrosiva de la palabra. Ya no tanto en el plano emocional, que también, sino por los retortijones que experimentaba cada vez que le daba por abrir el baúl de los recuerdos disfrazándose de viajero en el tiempo.

«Has tenido los cojones cuadrados», llegaron a decirle días después. En más de una ocasión, incluso. Para él no eran más que palabras vacías de cualquier significado.

Había sido con diferencia la tarde más gris de todo aquel lejano mes de octubre. Aún vivían todos juntos en Ferrol, Nono y Ociel con Enrique y Sonsoles. Era uno de esos días en los que la plaza de Amboage estaba prácticamente vacía, toda una rareza fuera el mes que fuera. Sentado en el alféizar de la ventana de su habitación, Nono quedó momentáneamente absorto contemplando las ocho líneas del octógono que presidía la plaza, como agujas de un enorme reloj propiedad exclusiva del planeta Tierra. Por aquel entonces se presentaba ante los demás como Javi a secas.

Una ráfaga de finas gotas comenzó a apedrear el cristal de la ventana, dejando un particular rastro en forma de líneas punteadas dispuestas como si fueran una procesión de aviones de combate en plano bidimensional. Mientras dejaba escapar su precioso tiempo con la mirada perdida sobre las enormes losas de la plaza, sucedió lo inimaginable. Un cataclismo. Mucho peor que eso. Un infierno en vida.

La calma y el sosiego de las gotas estrellándose contra el cristal de su ventana no tardaron en verse truncadas por el estruendo de un grito henchido de una profunda angustia.

El corazón le dio un vuelco al escuchar los gritos desesperados de su madre desde el otro lado de la casa. Una casa grande, de las de antigua factura. Con más de trescientos metros cuadrados de superficie, el Hotel Overlook se quedaba pequeño a su lado.

Nono saltó del alféizar y lanzó instintivamente por los aires lo que fuera que tuviera entre manos. Su cerebro borracho de adrenalina decidió recortar después esta parte del episodio. Corriendo como un cohete, se abalanzó sobre la puerta de su cuarto como un alma tratando de atravesar las puertas del Tártaro. Se las vio y necesitó al tratar de correr a lo largo del

pasillo luchando a cada zancada contra la nula adherencia de sus calcetines de algodón sobre el parqué de castaño y nogal perfectamente barnizado.

El enemigo en casa, parte I.

La imagen de su padre petrificado sobre el umbral de la puerta del cuarto de Ociel, bloqueando el paso con su inane presencia, quedó sin embargo grabada a fuego en su memoria. Curioso cribado de información el que articulaba el cerebro humano en situaciones de riesgo extremo. El cerebro de Enrique estaba simplemente fuera de juego, *offline*, fumándose un cigarro, esperando al ascensor.

El enemigo en casa, parte II.

Nono le apartó con tal fuerza del umbral de la puerta que este cayó al suelo de la forma más aparatosa que pudiera imaginarse, mientras se lanzó junto con su madre a tratar de hacer algo por el pequeño de la casa, a quien se le escapaba la vida por momentos.

En todo aquel ínterin, Nono maldijo por triplicado su certificado de primeros auxilios, la pantomima por excelencia para considerarse apto para resolver una situación de emergencia. La única preparación para enfrentarse con solvencia a aquel tipo de situaciones era vivirlas con frecuencia, y ese no había sido el caso ni por asomo.

Su madre y él mismo eran un manojo de nervios tratando de hacer algo por el pobre Ociel. Con suerte consiguieron marcar el teléfono de urgencias y lanzar una sucesión de gritos, lamentos y jadeos hacia el otro lado de la línea.

Cuando la telefonista consiguió entender su dirección para enviarles al equipo del SAMUR, les pasó con un médico que trató en vano de entender lo que estaba pasando. Sus palabras flotaban en el aire para Nono, que no era capaz de interpretarlas de forma conjunta cuando todo a su alrededor era un auténtico caos.

Dominado por un impulso que no sabría explicar, se lanzó a poner en práctica lo que nunca imaginó que tendría que hacer. Bloqueó la diminuta nariz de su hermano con los dedos índice y pulgar de una mano, elevó su mentón ligeramente y comenzó con las insuflaciones y el masaje cardíaco tal como si una vida estuviera en juego. Y lo estaba.

Así continuó tratando de reanimarle entre los lloros, lamentos y gritos de desesperación que inundaban de dolor la habitación de Ociel, como una máquina que solo sabe hacer una sola cosa. Dieciséis eternos minutos en total, los que tardó en llegar la ambulancia. Sin pensar. Sin titubear. Con una sola fijación:

mantener el aire y la sangre circulando por el frágil cuerpo del pequeño.

El equipo de emergencias tomó el relevo a marchas forzadas, aunque ya poco se podía hacer y pronto empezó a sobrar gente allí. Con ellos se presentaron seis efectivos de la Policía Nacional, que nunca estaban de más.

Enrique seguía absorto, caminando de un lado a otro en estado de shock, como un ser absolutamente prescindible. Como un mequetrefe, un absoluto cero a la izquierda.

Quince años después, su padre seguía siendo el mismo cero a la izquierda, aunque de vez en cuando aparecía por la casa de Cabo Prior con algún pretexto. Nada que debiera distraer a Nono de su objetivo más inmediato: acabar el mes de julio cerrando un expediente con el que mandarle el mensaje claro a su padre sobre lo prescindible que este era en su vida.

En la casa de Cabo Prior, lejos del ambiente ensordecedor que se respiraba normalmente en la oficina, sin la electrificante toxicidad por la que se dejaba dominar cada nueva jornada de trabajo, un lunes en el silencio más sepulcral era lo último que Nono necesitaba para comenzar la semana por todo lo alto. Lo sintió como un lunes exageradamente descafeinado, como la jornada previa al primer día de rehabilitación después de años del peor de los enganches a la droga más traidora.

Ni siquiera se molestó en bajar a desayunar. La habitación de invitados, con el viejo recuerdo de su infancia en las paredes (aquellos dibujos tenían las horas contadas), estaba a punto de convertirse en una celda de destrucción, en un zulo para la corrupción absoluta del alma.

Nono extrajo el expediente de Luis Velasco de la carpeta de plástico azul en la que guardaba sus trabajos en proceso. Ese expediente significaba el paquete completo. Ni siquiera sabía de dónde le venía esa obsesión con llegar a lo más alto en la vida, probablemente, pensaba, de ver a su padre arrastrarse a merced de los problemas ajenos. «Mal prestamista eres si dejas que tus clientes acaben devorando tu negocio». Aquella era una dolorosa valoración que Enrique tuvo que escuchar hasta la saciedad después de cerrar su negocio, ruborizándose cada vez que alguien le decía algo parecido con sus hijos delante.

Después de hojear el expediente de Luis Velasco, Nono decidió saltarse la petición de teletrabajo para acercarse aquel lunes a las oficinas de Rekobra. Seguramente podría usar las instalaciones a su antojo, pensó, un centro de operaciones que Sogorb era incapaz de abandonar así fueran a dejar caer un misil nuclear en el edificio. Este no pudo dejar de recordarle (por si la charla de

aquel mismo viernes no había sido suficiente) lo mucho que estaba en juego con el expediente de Luis Velasco.

***

Sogorb tenía puesto el ojo en Nono desde hacía tiempo. Por eso no le sorprendió encontrárselo en la oficina en un día en que debía haberse quedado en su casa como el resto de los empleados. El chico se creía especial y Sogorb estaba dispuesto a utilizarlo en su favor. Después de todo, no había organización criminal en el mundo que pudiera funcionar como la seda sin un buen séquito de soldados que hicieran el trabajo sucio de amedrentar a los pobres deudores. Y alguien (que bien podría ser Nono, si seguía demostrando su lealtad a la casa) tenía que hacer el trabajo sucio de amedrentar de igual forma a los propios soldados.

Sogorb adelantó su mandíbula un par de milímetros, lo justo para conferirle a su rostro el aspecto de un matón de barrio. Ni siquiera le preguntó qué cojones hacía en la oficina un lunes en que debería estar en su puta casa.

Una vez en el despacho de Sogorb, le invitó a sentarse y comenzó a caminar a su alrededor.

—Esta es tu prueba de fuego —le dijo mientras le apretaba con fuerza el trapecio—. Te das cuenta de su importancia, ¿verdad? No hará falta que te explique lo mucho que está en juego.

Resultaba difícil no comprarle este tipo de promesas a alguien como Sogorb. Después de todo, si aquel tipo estaba donde estaba no era por falta de dotes de venta.

—En absoluto —respondió Nono, y adoptó la actitud de quien se ofende por la simple duda.

—Verás —continuó Sogorb—... cuando te digo que hay un gran incentivo en juego no me refiero a un nuevo electrodoméstico de gama media, ¿lo comprendes?

—Sí, lo comprendo. —De forma conjunta, la mirada vidriosa de Sogorb junto con sus dientes deformados como dólmenes del paleolítico podían resultar realmente persuasivos—. Lo comprendo. —Nono despejó cualquier duda posible.

—Y te lo hemos asignado a ti.

—Estoy muy agradecido por la oportunidad que representa.

—Muy bien, muy bien. —Resultaba sorprendente la forma en la que el sillón de cuero abatible lidiaba con el desbordamiento del orondo Sogorb entre los reposabrazos cuando se acomodó en aquel—. Ese es el espíritu que queremos en esta empresa. Rekobra es una empresa familiar, lo sabes, ¿no? Queremos que así lo sientas y que participes de ello como uno más.

—La K fue idea mía —recordó Nono, sabiendo que el viaje hacia la cima era una carrera de fondo y que había hechos que convenía recordar tantas veces como hiciera falta.

«Este chico apunta maneras». Eso fue lo que pensó Sogorb cuando Nono, recién incorporado en la empresa, siendo un novato de tres al cuarto, no siendo nadie en realidad, entró en su despacho y les tachó de blandos por llamarse Recobra. Por lo que a él respectaba, aquella marca tenía un enorme potencial asesino con apenas un pequeño giro semántico hacia *Rekobra*.

—Lo sé, hijo, lo sé…

La forzada sonrisa paternal que trató de forjar Sogorb entre la obscena y rechoncha curva de sus mejillas no resultó digna de la menor credibilidad. El mandamás comenzó entonces a sembrar la semilla de la duda en su nueva marioneta. Venid a mí, rebotados del mundo entero, dejaros engatusar por mi apestosa y ponzoñosa promesa de dinero fácil.

—La gente se vuelve adicta a los medicamentos, ¿sabes? -dijo Sogorb-. Empiezan con dosis de caniche y acaban enchufándose al ritmo de Maradona en sus momentos de máximo esplendor. —Su expresión fingió una clara derrota por goleada contra la nostalgia—: Cuando jugaba en Italia, obviamente.

El fuerte olor a coñac y a cigarro habano que emanaba de la lengua de Sogorb no tardó en encontrar su destino en la pituitaria de Nono, curiosa pero sensible a partes iguales, llegando en oleadas intermitentes sin encontrar oposición. De poco servía tratar de hacer barrera contra aquel insoportable hedor agitando distraídamente su cuaderno de notas o la carpeta con sus expedientes, y el olor nauseabundo rápidamente imprimía en su retina la imagen en negativo de las cloacas de aquel hombre, a saber, intestinos como lombrices, dos globos negros por pulmones y riñones como viejos filtros de un Mercedes Clase C con medio millón de kilómetros encima.

Valiéndose de las puntas de sus zapatos de comercial de frigoríficos, Nono se alejó progresivamente de la neblina tóxica en la medida en que las toscas ruedas de la silla de oficina se lo permitieron. Pasados unos instantes que llegaron a rozar lo insoportable, empezó a parecerle que el único propósito de Sogorb era el de restregarle el aroma a sotobosque y a frutos secos del espirituoso y la organoléptica aromática del añejado cubano. Su único objetivo entonces fue el de huir de aquel hediondo lugar tan pronto como la conversación llegara a un punto muerto de esos que solamente alguien con el estatus de directivo podía reactivar de alguna manera, como sacándose una tarea absurda y totalmente innecesaria de debajo de la manga.

—Eh, tú, ¿me estás escuchando?

Nono trató de ocultar con un sonoro carraspeo el chirrido delator de las ruedas de su silla al alejarse de la pestilencia emanada por Sogorb.

—Sí, claro… La gente se vuelve adicta a todo.

Sogorb continuó ciñéndose al guion como una serpiente acechando a su presa, progresando en estricto siseo a paso firme y decidido.

—Así que no te vengas abajo ahora —trató de recuperar el tono motivador—, no es momento de andarse con miramientos. Lo has hecho realmente bien durante todo este tiempo.

Tiempo que sumaba ya dos años de comerse los marrones de los demás. Ese era el lado negativo de tomar la cualidad del «hambre» profesional como mascarón de proa. No es que no disfrutara con el griterío, con los improperios o con las frecuentes competiciones a ver qué moroso ponía el pretexto más increíble para librarse de sus deudas, o con los chistes despiadados sobre deudas e impagos. Disfrutaba todo aquello como el que más. Pero el tantas veces prometido ascenso empezó, llegado cierto punto, a adquirir la forma de una zanahoria que pendía de un hilo que se alejaba un poco más a cada paso que daba.

Nono reparó en la delgadez del expediente de Luis Velasco. Bastaba la fuerza de un bebé para sujetarlo con las yemas de los dedos. Lo elevó y como quien escruta con la mirada una radiografía, la miró sin añadir nada más.

Sogorb resopló profusamente, elevó las cejas y dejó que fueran sus pesados párpados quienes llevaran el timón de la comunicación no verbal.

—Es más de lo que necesitas para hacer tu trabajo.

—Sí, pero…

El hecho de haber capitaneado durante más de treinta años lo que para cualquier otro habría sido un negocio ingobernable quedó patente en la expresión ceñuda que dominó cada uno de los músculos en la cara del pez gordo.

—Mira —dijo Sogorb—, aquí no venimos a hacernos la manicura. Esto no es la tienda de MariUñas.

—Entiéndame…, con esto no tengo ni para empezar…

Sogorb regresó al tono de voz paternalista en el papel de poli bueno.

—Mira… nos has hecho ver la luz en muchos sentidos… Tus métodos…, en fin, no me malinterpretes, nosotros no tenemos ningún problema con ellos…

Se refería, específicamente, a una serie de iniciativas que Nono

había emprendido últimamente tales como enviar cartas que aparentaban ser reclamaciones oficiales, inventarse lenguaje legal o presionar a los afectados para vender sus propiedades o, mejor aún, para que se echaran la manta a la cabeza contrayendo nuevas deudas para saldar las ya existentes. La máquina alimentando a la máquina.

—Solo tienes que asegurarte de seguir como hasta ahora, ¿entiendes? Seguir *exactamente* como hasta ahora.

Sin el menor atisbo de entusiasmo, Nono hojeó la carpeta asignada a aquel expediente, revelando su escueto contenido desplegado sobre los espárragos trigueros que tenía por muslos. Apenas contenía un par de páginas con datos impresos que, sin necesidad de recurrir a un examen más riguroso, se veían vagos e imprecisos. Si solamente supiera un poco más sobre ese Luis Velasco y su deuda, pensó, podría enfocar su estrategia de ataque con más probabilidades de ganar el caso. Y de llevarse la cuantiosa comisión que le correspondía.

Nono volteó los dos folios tratando de encontrar la información más suculenta en ellos. Datos personales, número y edad de los hijos, sí es que los tenía, en definitiva, todo aquello en lo que pudiera apalancarse para poner al deudor entre la espada y la pared. Heridas en cuya dolorosa llaga introducía sus dedos sin la menor de las contemplaciones. Pero no encontró nada sustancial.

—Necesito algo más —Nono rompió el silencio tras unos segundos.

El tenso silencio solamente interrumpido por la respiración entrecortada de Sogorb vaticinó una inminente explosión contenida.

—¿Qué más necesitas saber? Este tío es un drogadicto y, escúchame, si por él fuera, negocios como el de tu padre seguirían yéndose a pique todos los días.

Sogorb hizo una pausa teatral en su arenga.

—¿Consiguió superar la depresión, por cierto?

El pez gordo sabía cómo incidir en la fibra sensible, y no solo eso: sabía muy bien en qué momento hacerle recordar a sus esbirros por qué hacían lo que hacían.

—Lo va llevando el hombre —respondió Nono sin un ápice de convicción en su voz.

El director aprovechó la inercia de la conversación para meter la directa y arremeter aún más contra Luis Velasco, de forma indirecta en esta ocasión.

—Esta gente no paga sus deudas ni aunque los maten. Esta gente vive de joder a los demás, ¿por qué crees que no se les conoce ni un solo amigo de confianza? Por eso y no por otra cosa

está vacío el expediente. No son más que sombras que viven a la sombra y que mueren a la sombra.

Sogorb cambió el tono de su voz dándole nuevamente un giro táctico hacia el paternalismo:

—No merecen ni tu lástima ni tu compasión ni nada que te haga alejarte de tu único objetivo, ¿entiendes?

—¿Qué es…?

—Apretarle las tuercas hasta que no aguante más.

Para todo en la vida había un punto de inflexión a partir del que merecía la pena preguntarse qué cojones estaba pasando. Y ese era uno de esos momentos para Nono. ¿A qué venía ese repentino interés en forzar la máquina, cuando el grueso de sus discusiones con Sogorb solían venir precisamente por eso? Discusiones que en más de una ocasión le habían resultado forzadas, como si Sogorb se las hubiera marcado en su agenda.

Después, como si compartieran cada mañana de miércoles marcándose unos hoyos en el club de golf, Sogorb añadió con voz trémula:

—¿Se puede saber qué pasa contigo últimamente?

Nono calculó bien el tono en su voz antes de responder. No era momento de pedirle un salvavidas al tío a quien debía demostrarle más aplomo.

—No pasa nada. —No era su intención perder la simpatía del capitán que gobernaba la nave hacia la prosperidad—. Tengo un método, eso es todo.

—Eso es lo que queremos pensar. Verás, hemos visto pasar por aquí gente sin escrúpulos, pero ¿tú? —Sogorb afirmó y negó con la cabeza alternativamente—, lo tuyo no puede explicarse con palabras.

¿Me está dorando la píldora?

—Tengo la renovación de tu contrato sobre la mesa —continuó Sogorb—. Solo falta que la firme el presidente… Con que cierra el expediente de Luis Velasco antes de dos semanas y el puesto como ejecutivo sénior es tuyo.

Aquel plazo de tiempo era simplemente absurdo.

—¿Antes de dos semanas?

En su atalaya de control, en esa en la que no cabía una negativa por parte de un subalterno, Sogorb ignoró por completo la pregunta.

—… Cómo decírtelo para que lo entiendas… En fin, pórtate bien y ve pensando en el color de tu próximo descapotable.

Nono miró hacia su muñeca como si llevara tatuado un calendario en ella. Después regresó su atención a Sogorb:

—Con eso no tengo ni para organizar un plan de ataque en

condiciones.

Con la hoja de estadísticas delante, en Rekobra podían recuperar la deuda de un moroso en un par de meses, eso en el mejor de los casos. Y para que eso fuera posible se hacía necesario ponerse en un plan muy persuasivo, rozando como un martillo percutor la línea que separaba lo legal de lo indecente. Su trabajo no era un sprint, sino una carrera de fondo. Pero ¿dos semanas para recuperar una deuda de ochenta y pico mil euros y acumulando? Como objetivo, no tenía ni pies ni cabeza.

—Ya te he dicho que vas a tener que meter los pies en el barro —Sogorb recuperó el tono de sobrada confianza—. Pero eso no es algo que te vaya a suponer un gran esfuerzo, ¿a que no?

Capitaneada principalmente por Sogorb restándole hierro al trabajo de recuperación de deudas, la conversación derivó entonces hacia lo irrelevante, no sin antes dejar constancia de sus habilidades arengando a sus fieles seguidores.

—Es tu mundo —le dijo—. Solo tienes que reinarlo a tu manera; con tus propias reglas.

Nono sintió el repentino subidón de adrenalina inflándole el pecho como un palomo en celo. Aquel cabronazo sí que sabía dar en la tecla. Solo echó en falta el rugido ensordecedor a su alrededor, como todos los lunes en el comienzo de la jornada de caza. El silencio le resultó molesto, incómodo, y, de una extraña forma, amenazante.

—Joder —respondió rascando el aire a cada sílaba—, ya lo creo que sí. Ya lo creo que sí. —El pez gordo le tenía exactamente donde le quería, a punto de caramelo.

Sin arriesgarse a tensar más la cuerda, Sogorb le urgió a no dejar pasar ni un minuto antes de echarle la soga el cuello a Luis Velasco y se despidió secamente como una altiva estrella del rock, con un insulso ademán después de ser ovacionado por cien mil borregos.

Salvo por la repentina permisividad de Sogorb en lo referido al empleo de los medios que considerase oportuno, Nono no encontró en aquel momento motivos para sospechar de las intenciones de su líder. «No hago prisioneros», se dijo a sí mismo sin más cuestionar nada, y borró de su memoria aquellas tres o cuatro sensaciones que no le resultaron cómodas durante la conversación con Sogorb.

Después regresó a su mesa en el epicentro de la oficina, miró el reloj en la esquina superior de la pantalla de su ordenador y se dispuso a pasar a la acción. El lunes a primera hora del día no era el mejor momento para lanzar su ataque —llamar en horario de oficina le restaba potencia a la ofensiva—, pero el estrecho plazo

que manejaba no daba margen para aquel tipo de preferencias: dos semanas y ni un día más.

Marcó el número de teléfono de Luis Velasco y dejó sonar un número de tonos que a cualquiera le hubiera parecido excesivo. Repitió el proceso hasta en diez ocasiones sin que nadie atendiera su llamada. Las siguientes cinco llamadas incluyeron varios mensajes preliminares en cuanto el buzón de voz le dio la posibilidad de hacerlo. Mensajes poco conciliadores, pero aún lejos de alcanzar el nivel de hostilidad al que Nono solía llegar en el punto álgido de sus planes de ataque.

A continuación, lanzó el expediente sobre la mesa de aglomerado revestido de plástico, miró el calendario en su ordenador portátil y comenzó a hacerse a la idea de los días de persecución que tenía por delante. La lista de deudores era de alcance nacional, se recordó Nono para desterrar cualquier pensamiento que pudiera intoxicar la claridad mental que necesitaba antes de cada batalla. Debe tratarse de una coincidencia, pensó. Que su siguiente víctima y el padre del niño enfermo de Pontedeume se llamaran igual no podía quitarle el sueño. Rugió silenciosamente en un histriónico bostezo e hizo acopio de fuerzas una vez más. Quizás no fuera tan mala idea ir al mercadillo de garaje que organizaba Sandra Pavones. Eso sí, tendría que esperar hasta el día siguiente —después de todo, no tenía nada mejor que hacer un martes por la tarde—, una vez pudiera organizar en su cabeza el plan de ataque al anónimo Luis Velasco.

Sacó el panfleto que todavía guardaba en el bolsillo de su pantalón y buscó en su parte inferior alguna referencia a los beneficiarios del mercadillo benéfico. Encontró dos nombres, el primero impreso como el resto de los textos y el segundo añadido a bolígrafo, y por el surco en el papel bajo las letras que lo componían, se intuía la presión que ejerció quien fuera que lo escribió. Eran dos nombres en cualquier caso sin más sin la mayor trascendencia para Nono, salvo lo anecdótico del primer nombre. Luis Velasco y Helena Durán.

***

El *desguace* no era como se lo había imaginado en tantas ocasiones, al menos a juzgar por la entrada principal a la finca. Un frondoso conjunto de árboles rodeaba la casa, tal vez higueras a juzgar por sus ramas gruesas y las hojas como las manos de un jugador de baloncesto. Nono se preguntó quién habría tenido la brillante idea de edificar una vivienda de tres plantas sobre un campo de higueras.

En el lateral izquierdo, en el límite de la finca con el campo abierto o con cualquiera de las fincas colindantes, descansaba bajo un árbol un Citroën dos caballos completamente decolorado. Se trataba del modelo que contaba con un espacio de maletero adicional sobresaliendo en la parte trasera. Su carrocería era poco más que la chapa completamente pelada, no tenía ruedas y descansaba plácidamente sobre el tronco de una higuera formando un ángulo de cuarenta y cinco grados recostado sobre su tronco de forma casi circense.

Quizás Sandra Pavones no hubiera anunciado lo suficiente el mercadillo, o quizás su círculo cercano se hubiera llevado todo lo interesante a lo largo de la mañana. Siendo todavía martes, la gente habría optado por esperar al fin de semana.

Poco a poco se fueron haciendo más reconocibles para Nono lo que de lejos no era más que un manto de objetos desperdigados sobre el cemento. Algunos llegaban hasta el nivel del erial situado a ambos lados del camino de entrada. Miró al cielo sorprendido por un repentino relámpago. Un buen nubarrón que sobrevolaba las afueras de Ferrol tenía todas consigo de acabar desplazándose hacia la costa. Los pájaros, sin embargo, seguían cantando indiferentes al aluvión que, con toda probabilidad, se les acabaría echando encima más pronto que tarde.

En medio del erial, un viejo tractor hacía las veces de enorme macetero cubierto de plantas, como una antigua pirámide azteca.

De pronto, un esforzado acento gallego en la distancia, espeso y suave al mismo tiempo, pero melódico.

—Buenas tardes —gritó a lo lejos una mujer vestida de cóctel.

Con un sacho de manufactura casera fuertemente sujeto entre sus manos, salió a darle la bienvenida aquella atractiva mujer, de un cabello cobrizo muy cuidado y dos ojos claros relativamente almendrados. En sus cincuenta, más bien largos, según estimó Nono a ojo de buen cubero. Alta, esbelta, vestía una blusa blanca de un estampado de tucanes rojos bastante discreta. Sin aparente prisa, la mujer sacaba un trasto más para su eventual mercadillo de garaje. Un extraño maridaje era el resultado del caótico aspecto del jardín con la cuidada apariencia de la anfitriona.

Después de intercambiar los saludos pertinentes, la atractiva mujer dejó caer el sacho junto a otras tantas herramientas de aspecto curtido y se acercó como buena anfitriona a entablar conversación con él.

—¿Buscabas algo? —Apartó un largo y reluciente mechón de pelo de su mejilla izquierda.

La pregunta, por natural que fuera, alcanzó a Nono por sorpresa.

—Recambios —acertó a responder sin titubeos.

En realidad, le servía cualquier objeto del que tuviera constancia de tener algún valor para subirlo a su cuenta de eBay. Pasar las tardes en una tienda de empeños desde los seis hasta los diecisiete años era buena formación sobre el tipo de cosas que podían tener algún valor en el mercado.

—¿Recambios… para? —preguntó ella, con cierta dosis de humor, pero sin dejar de respetar la distancia inicial natural entre dos desconocidos. Resultó evidente su interés en localizar algo con que romper el hielo.

—Oh, sí, perdona. Tengo a medio restaurar una Puch Maxi de los ochenta.

—¡Vaya! ¡Con pedal de arranque!

Nono completó su explicación sin prestar atención a la repentina sorpresa en su interlocutora.

—Quien dice a medio restaurar dice a falta de un sillín, los pedales, también le falta el faro… y todo lo que irá saliendo poco a poco.

—La vieja Maxi… De esas se ven ya pocas.

Aquello era muy cierto.

—Dímelo a mí —respondió Nono con forzada jovialidad.

La mujer recorrió de un rápido vistazo la selección de artículos que descansaban repartidos por el suelo, volviéndose hacia Nono casi de inmediato.

—Pues creo que no hemos sacado piezas de repuesto esta vez, pero haberlas *haylas*. Lo que nadie sabe es dónde están. —Y añadió, señalándose la sien—: Nota mental para la próxima ocasión: sacar piezas para la Puch Maxi de…

—Nono.

—Encantada.

Nono fingió un sincero interés en los objetos que había dispuestos sobre el suelo, contoneándose a su alrededor con aspecto de entendido y sin la menor intención de hacer una oferta por ninguno en particular. Un conjunto de vallas de obra de color amarillo chillón, una tabla de *body board* de color rosa y negro o un aro de baloncesto sin su red reglamentaria y sin el menor recuerdo de su pintura naranja original era todo lo que parecía haber allí a la venta.

Después de recorrer con la mirada el resto de los objetos, Nono dejó a la mujer meterse de nuevo en el papel de comercial. Le dirigió una mirada fugaz y ella se acercó al momento.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Algo por lo que hacerme una oferta?

La expresión le sonó como la típica proposición indecente. No

pudo evitarlo. Sabía muy bien que no iban por ahí los tiros, pero ello no dejó de restarle una capa de emoción a la conversación.

Sin un interés específico en nada en particular, Nono escaneó con la mirada distraída los objetivos que yacían sobre el suelo hasta que algo captó su interés de improviso, haciéndole recular un par de pasos. Quedó instantáneamente atrapado por la visión repentina de una joya abandonada a su suerte entre los cacharros. Corroído por el óxido, un proyectil del tamaño de un melón asomaba entre una pila de ruedas de bicicleta de paseo y un montón de troncos para calentar la casa en invierno o asar sardinas en verano, indistintamente.

—¿Qué es aquello? —preguntó con el dedo índice extendido como un niño que apunta hacia el bote de galletas sobre la encimera—. ¿Un obús? —añadió casi tartamudeando. Había visto empeñar a la gente todo tipo de recuerdos bélicos en la casa de empeños de su padre, pero nada que se pareciera a aquel proyectil ni de lejos.

Con las manos entrelazadas frente a su pecho, Sandra giró la cabeza y echó un vistazo en dirección hacia el objeto y, acto seguido, se aproximó unos pasos en la dirección señalada tratando de evitar pisar los pequeños charcos que poblaban el suelo.

Una vez junto al proyectil en cuestión, le propinó una secuencia de puntapiés con la lustrosa punta de su zapato de marca italiana.

—Así es —afirmó—. Un obús de la Guerra Civil, yo diría.

La reacción inmediata de Nono fue la de cubrirse instintivamente la cara con los antebrazos, como quien trata de ponerse a salvo de un helicóptero militar que lanzara ráfagas de misiles antitanques.

—Eh, eh, eh, cuidado con eso —le reprendió su falta de tacto.

Sandra le dedicó una mirada alejada de cualquier tipo de miedo, tratando de no dejar escapar una risa que pudiera hacer sentirse ridículo al chaval.

—No tienes por qué preocuparte —respondió—. No tiene carga.

—¿Estás segura?

—Y tan segura. Tuvimos que llamar a los Tedax cuando mi hijo lo encontró en uno de los almacenes. Casi le da algo al pobre. Se montó un buen berenjenal con el hallazgo, ¡vaya si se montó! Habría sido una estupenda promoción para el mercadillo… —dijo acariciándose el mentón—. Parecía el rodaje de una película de acción. Quien quiera que lo fabricó no se molestó en poner la carga explosiva que debía llevar en su interior, o tal vez se la pusieron para quitársela más tarde…

Con cierto recelo, Nono se fue acercando lentamente hacia el proyectil. Le faltaba la espoleta de detonación, así que era obvio que no podía explotar de buenas a primeras. Pero frente a un objeto concebido para matar personas, a pocos centímetros de los pies, resultaba difícil no dejarse llevar por su impactante imagen. Por muy inofensivo que pueda resultar un manatí, el meneo que te llevas al toparte con uno no te lo quita nadie.

—¿Por qué querrían enviar un misil sin su carga explosiva? —se cuestionó Nono sin verdadera esperanza de recibir una respuesta convincente.

La mujer le sorprendió una vez más, igual que al hablarle unos minutos atrás sobre la Puch Maxi.

—No era tan raro en aquella época —respondió Sandra con cierta indiferencia—. Imagina que te obligan a pelearte con tus amigos de siempre. ¿Vas a dormir tranquilo haciéndoles saltar por los aires? Pues igual no. Por eso había quien se dedicaba a amañar estas cosas —señaló hacia el artefacto haciendo círculos imaginarios con el dedo índice—, para que al menos no explotaran al caer.

La mujer se quitó cualquier mérito al verle sorprendido.

—Oh, no es que me interese este tema en particular. Se lo escuché decir a los Tedax, nada más. Unos frikis.

Nono flexionó las rodillas a duras penas y descendió quedando de cuclillas frente al artefacto.

—¿Puedo? —Tenía que inspeccionarlo con sus propias manos.

—Todo tuyo.

Sandra interrumpió la conversación lanzando un sonoro grito hacia la puerta de entrada a la finca.

—¡Un momento! —Le miró más molesta que apurada—. Perdóname un segundo.

Nono la observó caminar a paso ligero hacia la puerta de entrada, donde parecía llegar sangre fresca dispuesta a poner su grano de arena por la causa benéfica.

—¿Ya está? —respondió él dándole un poco de gracia al breve intercambio de palabras.

Ella respondió con una sonrisa de manual, demasiado forzada a la vista de cualquiera. Sus labios brillaron glaseados bajo los últimos rayos de sol del día, el paraguas perfecto para una fortaleza de dientes blancos como perlas.

Con las higueras como tupido telón de fondo, la mujer continuó caminando hacia la lastimosa verja de entrada para recibir a la recién llegada comitiva.

—¡Sigue buscando! —exclamó sin dejar de mirar al frente.

Nono tardó unos segundos en apartar la vista del sendero

arbolado por el que Sandra se alejaba a paso ligero. Después retomó de inmediato la inspección ocular del antiguo proyectil. Era de metal a todas luces. Por su diámetro, de más de diez centímetros y su altura, de unos treinta, estaba claro que se trataba de un obús de la Guerra Civil, y le resultó sencillamente hipnotizante. El cuerpo del proyectil se estilizaba a medida que descendía hacia su base, con el culote en forma de cono para, seguramente, hacerlo más aerodinámico y llegar más lejos. Aunque aquello era solamente una suposición.

Movido por la curiosidad, Nono asomó la vista al interior del proyectil que, a falta de la espoleta, estaba expuesto al exterior. Luego acercó los labios y entonó un sonoro rugido que retumbó en la cavidad vacía del obús. Emplazó el proyectil apuntando al cielo, encendió la linterna integrada en su teléfono móvil y la orientó hacia la cavidad interior.

Ladeando ligeramente el haz de luz para poder acercar la mitad de la cara al hueco y echar un vistazo detenidamente en su interior, Nono alcanzó a ver una extraña punta adherida al revestimiento interno del proyectil.

—¿Qué es eso? —masculló entre dientes, y miró de forma instintiva hacia su anfitriona a lo lejos.

La noción inconsciente del posible hallazgo de algo oculto dentro del proyectil hizo a Nono echar nuevamente la vista hacia la mujer, que entablaba una amigable charla con un reducido grupo de paisanos a unos cincuenta metros.

Desde aquella distancia no habría forma humana de adivinar sus intentos de explorar dentro del obús, así que continuó con su tarea.

Buscó en primer lugar algo a su alrededor que pudiera ser introducido por la cavidad superior del misil para tratar de alcanzar la misteriosa punta adherida al interior del artefacto. No tardó en desprender un radio de una de las ruedas de bicicleta amontonadas a pocos centímetros del proyectil, valiéndose para ello de la navaja suiza multiusos que solía llevar siempre encima. Admiraba profundamente la versatilidad de aquel trasto pesado, más bien poco manejable y bastante tosco en realidad, pero socorrido para el día a día.

Resultaba milagroso que, en todo ese tiempo, el agua no hubiera inundado la cavidad interior del viejo obús, echando a perder lo que fuera que hubiera ahí pegado. Quizás hubiera estado herméticamente cerrado hasta ser manipulado por los desactivadores del Tedax. Introdujo cuidadosamente el radio de la rueda por la cavidad mientras trataba de iluminar el interior del proyectil sujetando su teléfono móvil con la mano contraria.

A duras penas alcanzó a tocar la forma triangular que sobresalía del interior curvo del misil.

Después de varios intentos sin éxito, escuchó chirriar la pesada puerta de entrada a la finca. La mujer invitó a pasar al grupo de paisanos y todos juntos emprendieron camino de vuelta hacia la suerte de objetos que había desparramados por el suelo donde él se encontraba.

Nono lo intentó con más ganas que antes, haciendo malabares con el radio en una mano y el teléfono móvil en la mano contraria. La mujer estaba cada vez más y más cerca. Suerte que iba parándose cada pocos pasos para señalar hacia un sitio y otro alrededor de la finca, manejando las miradas de aprobación de sus invitados.

Jugándosela a todo o nada, Nono agarró la vieja rueda una vez más, extrajo otro de los radios y, usándolos como dos palillos chinos, se esmeró en agarrar la punta saliente entre ambas para tratar de tirar de ella.

Voilá.

El mecanismo funcionó a la perfección, permitiéndole tirar suavemente, pese al temblor en su pulso agitado por los nervios, y extraer lo que parecía una nota de papel plegada en dos por la mitad. Se intuía un compartimento en el revestimiento interior del proyectil en el que alguien había introducido el papel que con el tiempo había quedado parcialmente al descubierto. La punta visible era una de sus esquinas, nada más.

Si le hubieran dicho que todo aquello era un montaje perfectamente orquestado, se lo habría creído. ¿Un mensaje en el interior de un proyectil de la Guerra Civil? De tan bueno que sonaba el hallazgo, solo cabía la explicación de no ser cierto. No negaba que esas cosas ocurrieran ocasionalmente, pero desde luego, no era el tipo de cosas que le pasaran a alguien como él. Y, sin embargo, allí estaba la mujer completamente entregada a sus visitantes, sin echarles la menor cuenta ni a él ni al proyectil. No parecía un montaje. De hecho, *no* era un montaje.

Pese a mantenerse en buen estado, lo que fuera que hubiera escrito en el papel no había aguantado tan estoicamente el paso del tiempo. Había algo escrito en él, de eso no cabía la menor duda, pero apenas resultaban legibles las primeras dos o tres palabras. Un mensaje escrito a mano de forma rudimentaria. Aquello no debía estar ahí de ninguna forma; no era un número de serie, ni un breve manual de instrucciones. Además, ¿un manual de uso en un obús militar? ¿Qué sentido podría tener eso? Se trataba de un mensaje oculto convertido, por caprichos del destino, en una cápsula del tiempo. Un breve mensaje de no

más de un par de escuetas líneas que comenzaba con un inequívoco «Mi corazón está...», y lo siguiente resultaba prácticamente ilegible.

***

Los minutos de distendida cháchara con la atractiva mujer dieron tiempo más que suficiente a los nubarrones procedentes de Ferrol para colocarse justamente sobre la zona de Mandiá. Con la recién llegada de posibles compradores, la anfitriona estaba más que ajetreada en aquel momento, lo suficiente al menos como para no prestarle a Nono ninguna atención. Entre lágrimas de agua dulce, la sucesión de nubarrones empezó a soltar los primeros lamentos de una seria promesa de tormenta nocturna, mientras las manecillas del reloj se iban acercando lentamente a la hora en que las meigas se echaban a sobrevolar los campos en busca de cultivos que saquear. O al menos eso era lo que sucedía según la cultura popular.

De un tirón rápido, Nono se arremangó la manga del cómodo jersey y miró su reloj de pulsera. Las agujas marcaban las ocho de la tarde pasadas, casi rozando las ocho y cuarto. Su plan para acabar con la moral de Luis Velasco debería comenzar a primera hora del día siguiente. Aquello suponía contar con un día menos para alcanzar su objetivo de recuperar sus deudas pendientes, pero el acicate del maloliente Sogorb mantenía su ego por las nubes. Tú desayunas morosos, meriendas morosos y cenas morosos, ¿no era así como se lo había dicho?

Un mensaje dentro de un obús con más de ochenta años podía valer mucho dinero localizando a la persona adecuada. Y si aquella Sandra tenía algo de tal calibre abandonado a su suerte en el jardín, que otras piezas igual de vendibles no tendría en el resto de los graneros. Por primera vez en mucho tiempo, algo amenazaba con captar su atención más que su propio interés en ascender en su empresa pisando cuellos en su camino.

La parte trasera de la finca, justo al otro lado de la casa, era más salvaje si cabe que la primera parte. Desde allí Nono decidió comenzar ordenadamente con el primer granero que encontró a su paso caminando de frente, uno construido a mano con poco más que listones planos y clavos oxidados. Era del tamaño aproximado de una cancha de baloncesto. Los tablones que daban forma a los cuatro lados del granero estaban alineados con la destreza suficiente como para evitar la entrada de zorros en su interior, pero no lo suficiente como para impedir el paso de la escasa luz que aún irradiaba el sol detrás de las nubes.

Con una visibilidad más que aceptable en el interior del granero

y el apaño que hacía la linterna del teléfono no tardó en reconocer que allí no encontraría el tipo de objetos que iba buscando. Aparte de lo que parecía el lote puesto a subasta de una tienda de muebles de madera, la mayoría hechos jirones, junto a un porrón de palés absolutamente astillados y un montón de viejos rollos de persianas, todo lo demás le resultó simplemente una colección de trastos sin valor alguno.

De forma súbita, una inesperada presencia a pocos metros de donde se encontraba le aceleró abruptamente el latido de su corazón, sobrecogiéndole con una fuerza tal que fácilmente podría haberle hecho perder el equilibrio.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó una voz desde algún punto indescifrable en las alturas.

Nono dio un par de pasos hacia atrás. A toda prisa, alumbró con la linterna de su teléfono móvil en todas direcciones, sin llegar a dar con la fuente de aquella voz increpante. En una fracción de segundo, se debatió entre salir corriendo de la nave acristalada o hacerse responsable de sus actos y confesar. Lo que no contempló en ningún momento fue quedarse petrificado en el sitio.

La voz volvió a pronunciarse, esta vez con la clara intención de salir del anonimato.

—¡Eh, tú!

Un fortuito golpe con el haz de luz de su linterna reveló el origen de la repentina voz. Correspondía a un chaval de unos veintipocos, quien haciendo equilibrio de pie le saludaba desde lo alto de las horquillas de una máquina elevadora marca CAT.

—Angeluco te mataría si te viera siquiera pensar en esas puertas —dijo, aún en equilibrio sobre una de las dos horquillas.

La duda ahora en Nono estaba en cómo pensaba ingeniárselas el chaval para bajar desde ahí arriba y caer sobre el suelo de una sola pieza.

El chico de aspecto asilvestrado bajó al suelo con la habilidad de un funambulista y ahí se quedó, inmóvil, junto a la carretilla elevadora.

—¿Angeluco? —preguntó Nono, sin dejar de alumbrarle mientras se recomponía tras caer sobre el suelo.

—Mi abuelo. Aunque por aquí le llaman Geluco.

Nono recordó las palabras de su madre: «Andará por ahí Elías, el hijo de Sandra».

—¿Qué se te ha perdido aquí?

Le habían sorprendido con el culo al aire en plena propiedad privada y no tenía mucho que aportar en su favor. Mentir fue la primera opción que le vino a la cabeza, pero no habría servido para nada más que para meterle en un jaleo del que difícilmente

podría salir después. Optó en su lugar por recurrir a la simple y llana realidad:

—Quería echar un vistazo.

La incomodidad que sentía Nono al estar en un terreno desconocido chocaba de frente con la naturalidad con la que el muchacho se manejaba dentro del caos que lo dominaba todo a su alrededor.

—Pues ándate con cuidado.

Elías seguía sin destilar siquiera el menor indicio de amenaza. Era obvio que no era su propósito. Su aspecto desaliñado, la media melena color negro zaino y una mirada que transmitía cierto desencanto conseguían transmitir empatía por encima de cualquier otra cosa.

—Cuidado… ¿con qué?

—Simplemente cuidado.

Y luego añadió:

—Podrías encontrar cosas difíciles de digerir. Cosas que no querrías llevarte contigo a casa.

—No pensaba llevarme nada —respondió Nono de inmediato, y se le aceleró el pulso repentinamente.

Al retirarse el pelo negro que cubría la mitad de su rosto, Elías dejó entrever una mirada sutilmente jovial, pero apesadumbrada al mismo tiempo.

—Oye —le cortó rápidamente—. Por mí puedes llevarte lo que te salga de los cojones. Solo necesitas un camión y dos tíos fuertes para dejar la nave tiritando en menos de media hora.

La relación entre el chico y su abuelo no debía ser lo que se dice buena, o no estaba atravesando su mejor momento.

Elías se acercó a Nono dando un par de saltos.

Una vez junto a él, apoyó la espalda sobre una puerta de madera color ocre, con los restos de su viejo cristal roto encastrados en los ranurados del plafón y decorada con delicados adornos de espigas. Era el perfecto ejemplo de la preciosa puerta artesanal de una casa de campo. Miró a su alrededor y se refirió a la obsesión coleccionista de su abuelo.

—Guarda todo lo que encuentra —dijo—. Poco le importa el qué. Lleva sin parar desde los años cuarenta o así. Está enfermo.

—¿Crees que querría deshacerse de algo?

—¿Deshacerse de algo? Olvídate. Es un viejo que solo saber quejarse y joder a todo el mundo. Lo que ves aquí es lo único que le queda de una vida de mierda, así que dudo que esté por la labor de deshacerse de nada. Y, además, es un gilipollas.

—¿Y lo del jardín? —preguntó Nono señalando con el pulgar hacia el tenderete improvisado por la atractiva mujer junto a la

entrada de la finca.

—Eso es cosa de mi madre —le explicó—. Dice que es para recaudar fondos para no sé qué niño enfermo, pero a mí no me engaña.

Nono recordó lo poco que le había contado su madre sobre el niño enfermo, una de las pocas cosas que había conseguido atravesar el espinoso caparazón que le impermeabilizaba ante todo lo que no le resultaba fácil de digerir.

—¿Los de Pontedeume?

—Ni idea. Puede ser. Pero no te creas ni la mitad de lo que te diga. Querrá un vestido nuevo. O peor aún, querrá dárselas de amable con la gente de por aquí. Comprar el aprecio de algún vecino es lo único que le queda. Sobre todo, ahora que ha entregado sus días a la misión de hacer que mi abuelo se sienta como si estuviera en una residencia de lujo, pero sin lujos de ningún tipo. Y ese tipo de cosas atraen a la gente con menos que hacer incluso que ella. Lo del mercadillo, quiero decir. Hoy es una subasta solidaria por un niño enfermo de dónde, ¿de Pontedeume, decías? Mañana será otra cosa y así sucesivamente.

La idea principal estaba clara como el agua: aquel chaval —Elías, como podía intuirse sin mucho tener que especular— la tenía cruzada con su abuelo. Y con su madre. Un renegado. El aliado perfecto para alguien tratando de hacer de su capa un sayo en propiedad ajena.

A Nono no le hizo falta presentarle a Elías una petición formal para conseguir su compañía en el particular expolio que tenía la intención de montar mientras pudiera.

—Yo te puedo enseñar lo que no quieren que veas.

Nono cayó de inmediato presa de una insaciable curiosidad, pero trató de mostrarse desconfiado y seguro de sí mismo.

—Ah, ¿sí? —preguntó, retador—. ¿Y qué es lo que no quieren que vea?

—Lo que a mi madre jamás se le pasaría por la cabeza siquiera mover de su sitio un solo centímetro. Cosas que mi abuelo lleva custodiando como un maníaco desde que tengo uso de razón... No es que haya tenido mucha relación con él, solo un par de visitas siendo pequeño. Lo suficiente para entender que el viejo no estaba bien de la cabeza, ¿me explico?

Elías se agarró el mentón con una mano, de forma que la presión ejercida hacia arriba hizo visible una remarcable cicatriz en la barbilla.

—No tengo muchos recuerdos de mi infancia, pero sé que me llevé más de una tunda si por descuido se me ocurrió meterme entre sus cosas.

Muy seguro de dónde iba poniendo cada uno de sus pasos sobre el suelo que parecía estar lleno de trampas, Elías condujo a Nono hacia una pequeña caseta contigua a la vivienda principal, situada a pocos metros del dos caballos que descansaba junto a la higuera. La caseta era tan pequeña que pasaba sutilmente desapercibida entre las infinitas unidades de almacenaje que había repartidas por la finca.

La caseta de marras se hallaba justamente debajo de la rama más gruesa de la robusta higuera, rascándole la axila. El efecto visual de la pequeña caseta de madera bajo el árbol centenario era de impactante protección del segundo hacia la primera, pero costaba verlo de forma consciente. En una mirada más detenida, hasta un niño lo habría visto sin problemas: era como si la higuera estuviera declarando abiertamente su disposición a repeler la entrada de cualquier intruso en aquel pequeño casetón.

Era ya de noche, alrededor de la hora de la cena.

Los dos llegaron a la altura de la caseta. Nono caminaba detrás de Elías, tratando de sortear el gran charco incipiente que había entre el último tramo de jardín y la escalerita que subía a la altura de la entrada a la caseta. Su puerta estaba cerrada y bien asegurada con un par de cerrojos que Elías no tardó en manipular. Se le veía cómodo en aquellas artes. Nono se sintió identificado con aquella particular falta de pudor que le caracterizaba.

—Venga, entra —le instó a pasar.

Nono recordó la cicatriz en la barbilla de Elías y titubeó.

—Venga —insistió Elías, con su melena negra cubriéndole media cara y un destello de rufián en su mirada. Si le hubieran dicho a Nono que se trataba de un muchacho del bosque, de un salvaje educado por los alcatraces y las bestias marinas, no lo habría puesto en duda.

—Pierde cuidado. Mi abuelo está gagá.

Sujetando la puerta con un brazo, Elías echó una mirada hacia el ventanal de la casa principal. Desde donde estaban en aquel momento podía verse el destello de las luces de la cocina y a Sandra regresando desde el patio frontal para prepararle la cena a Geluco.

Más por dejar de empaparse que por ganas de profanar el santuario del viejo Geluco, Nono aceptó finalmente la invitación de quien hasta ahora no era más que un completo desconocido, y entró en la caseta obedientemente. Una vez dentro, retiró la capucha empapada de su jersey y echó una mirada a su alrededor, justo antes de disponerse a sacar el teléfono móvil de

su bolsillo para encender la linterna integrada en su cara trasera.

No hizo falta.

—Espera —dijo Elías.

Inmediatamente después activó un interruptor oculto bajo una estantería, activando una socorrida hilera de luces de emergencia cerca del techo y que discurría alrededor de todo el interior de la caseta.

—Apuesto a que lo adivino.

—¿El qué?

—Qué es lo que te llevarías ahora mismo —añadió Elías, empujando la puerta con las dos manos y el pecho, de forma que acompañó con su cuerpo el giro de la propia puerta hasta cerrarla. Quedó finalmente pegado a ella, con su cabeza girada para no perder la visual de su invitado.

Nono optó por ignorarlo. Había mucho que ver en aquel lugar, y entrar en el juego no habría sido ninguna buena idea.

—¿Nada? —insistió Elías.

—Déjame que eche un vistazo primero.

Elías lanzó una sonrisa muda por toda moneda de cambio. Una sonrisa que transmitía un mensaje muy claro: «Tengo todo el tiempo del mundo. Y tú, ¿qué tienes?».

Nono caminó lentamente sobre los viejos listones de madera del suelo siguiendo la línea de improvisadas luces de emergencia. Todo en aquel recoleto almacén estaba meticulosamente ordenado por categorías, dedicando una pequeña porción de espacio a cada tipo de objeto de colección: maquetas de aviones, cazadoras militares, juguetes antiguos, latas variadas, cajas llenas de insignias de todos los cuerpos del estado, monedas y cientos de llaves.

Recordó a su padre detrás del mostrador, tasando objetos como aquellos, etiquetándolos cuidadosamente y entregando la suma de dinero correspondiente a sus clientes. Apostadores empedernidos, adictos a una vida de grandes e insostenibles lujos, personas débiles en su momento de mayor vulnerabilidad. Individuos que llegaban dudando si empeñar o no esos objetos de valor, y que solo deseaban en realidad que alguien les dijera eh, vuelve a casa, vuelve con los tuyos; individuos que dudaban hasta el punto del tartamudeo, y su padre, Enrique el salvavidas, ¿qué les decía? Les decía venga, dime qué te pasa, suéltalo ahora o calla para siempre. Y les convencía para regresar a su casa con el espíritu intacto, al menos en esa ocasión. Gente que aprovechó la debilidad de su padre de verlos con los ojos de un psicólogo, en lugar de verlos con los ojos de un empresario.

Si aquella advertencia no era la mejor herencia que uno podía

recibir en vida, no sabía qué podía serlo. Nono se sorprendió por traer a su cabeza un pensamiento como aquel, desterrado de su memoria hacía mucho tiempo.

Rezumando objetos por todas partes, en toda estantería y vitrina dedicada a ensalzar la colección de algún objeto en particular y sin apenas espacio para caminar con cierta comodidad, la pequeña caseta resultaba mucho más grande de lo que realmente era. Quizás la dimensionara mal al verla junto a la higuera, o tal vez su estructura exterior engañaba a la vista, como la madriguera del conejo Bugs Bunny.

Sin dejar de recorrer con la vista cada pieza allí dispuesta como si tuviera un escáner visual en la mirada, algo llamó la atención de Nono. Estaba detrás de una ristra de viejos trajes de neopreno colgados de una especie de ropero metálico, con ganchos en su parte más alta. Justo tras estos, un montón de cajas apiladas que a su vez cubrían de la vista lo que, por pura casualidad, captó la atención de sus ojos, ahora brillantes como verde savia derramada sobre un lecho de estuco blanco. Tendría gracia encontrar un Goya entre aquella pila de trastos viejos, como le había dicho a su madre con sorna, y no tener que perseguir morosos durante el resto de sus días. No obstante, se había convencido a sí mismo, sudando sangre en el ínterin, de encontrarse en la envidiable posición disfrutar de su trabajo, ¿a quién quería engañar?

Echó a un lado los trajes de neopreno, no agujereados, pero sí profusamente picados por casi todo su perímetro, y se abrió paso pulgada a pulgada. Retiró las cajas hacia ambos lados hasta llegar hasta el fondo, tocando ya los tablones de madera que formaban la pared correspondiente a aquel lado de la caseta. Entre el silencio solamente interrumpido por el traqueteo cada vez más persistente de la lluvia sobre el débil tejadillo de latón, Nono lanzó una ráfaga luminosa hacia aquello que había llamado tanto su atención y contuvo la respiración durante un par de segundos mientras trataba de entender de qué podía tratarse.

Retiró con sumo cuidado una sábana con lamparones que cubría casi por completo la estructura a punto de ser revelada.

—¿Qué es esto? —susurró para el cuello de su camiseta.

Tenía el aspecto desgastado y mágico al mismo tiempo de un singular atril de madera, uno que Nono habría ubicado en una clase de música en cualquier colegio en los años cuarenta, por estimar una fecha aproximada.

Mientras tanto, Elías curioseaba distraídamente entre los muy diversos objetos que reposaban apilados a su suerte sobre un tablón de madera de grandes dimensiones, con sus cantos

agujereados por la carcoma y un acabado más bien áspero al tacto. Luego concentró vagamente su escasa atención en el refinado decorado interior de una antigua casa de muñecas sin fachada, en cuyo centro destacaba un coqueto salón de té. Tenía sus paredes cubiertas de papel, una mesa de comedor y ocho pequeñas sillas victorianas. Un arpa blanca como el marfil que carecía de toda funcionalidad tapaba el acceso desde la habitación contigua al salón de té, pero contribuía eficazmente a representar la vida de auténtica pompa de las figuritas que en su momento habitaron aquella diminuta mansión de una época lejana.

Con más curiosidad que intención, Elías trató de accionar los diminutos grifos de una bañera en la que descansaba un hombrecillo sin cabeza. Con la mano contraria, zarandeaba en el aire una regla plegable de madera del siglo diecinueve. A buen seguro sumaba más de cien años de antigüedad en sus dos bisagras doradas, algo que no acabó de ganarse la simpatía de Nono.

—¡Eh! —le increpó Nono en la distancia—. ¡Te lo vas a cargar!

Elías disfrutaba poniendo a prueba los límites de su invitado. Sin duda alguna, le resultaba de lo más intrigante su interés por todo aquello.

—¿Te refieres a esto? —respondió batiendo la regla de madera como una espada de acero toledano.

—Todo lo que estás manoseando —le recriminó Nono, y volvió a sorprenderse al escuchar palabras más propias de su padre que suyas.

Elías no se molestó en responder. Se limitó a golpear con el dedo índice sobre la cabeza de dos pequeños bustos de porcelana Capodimonte que quedaban a un lado de la casa de muñecas, haciéndolos caer sobre la tabla de madera como si fueran fichas de dominó. Si hubiera llegado a imaginar el dineral que le habría ofrecido su padre solo por una de las dos figuritas, no se habría permitido tratarlas de aquella forma. Pero el valor de las dos miniaturas era algo que Elías ignoraba por completo, quedando los diminutos bustos de carísima porcelana italiana relegados al olvido sobre la mesa de madera devorada por la carcoma. La gente lo empeñaba absolutamente todo cuando estaban con la soga al cuello, y los conjuntos de porcelana no habían sido la excepción durante los años que Nono pasó observando en silencio tras el mostrador en la casa de empeños de su padre.

Elías dejó la vieja casa de muñecas a un lado y siguió mareando la perdiz sin alejarse mucho del sitio. Silbando una melodía improvisada, disfrutaba de la intromisión en lo más apreciado

por su abuelo Geluco.

Nono demandó su ayuda para sacar el caballete a la luz, sacándole de su particular estado de trance.

—¿Me echas un cable con esto?

Elías se acercó hacia Nono y, dando bandazos de un lado a otro con el caballete, lo extrajo del rincón sin requerirle el menor esfuerzo. En ocasiones, el mayor esfuerzo estaba en hacer las cosas con delicadeza.

Lo que podía haber sido un libreto de partituras sobre el soporte horizontal del caballete era en realidad un taco de páginas toscamente unidas por uno de los laterales con dos anzuelos de pesca, algunas claramente descolgadas por arriba o por abajo, formando una especie de cuaderno improvisado. Las dos marcas rectas en la sección lateral del cuaderno indicaban donde antes hubo sendas grapas, por lo que el recurso de los anzuelos debía ser sin duda un añadido tardío. La cubierta de cuero marrón estaba completamente descolorida por el centro, como un sistema montañoso visto desde las alturas.

Cuidándose mucho de no echar a perder sus delicadas hojas de papel ni de desmontar la sutil sujeción que ejercían los anzuelos, Nono deslizó los dedos índice y anular por detrás de la carátula para echar un vistazo al contenido. Las primeras páginas no eran sino esbozos de lo más variado hechos con lápiz. Rostros alegres, ojos de mirada obtusa, una encina bajo un sol radiante, un profesor de ciencias artísticas —no podía serlo de otra materia, a juzgar por su barba canosa e incipiente calvicie— y toda una suerte de dibujos sin orden aparente repartidos por aquí y por allá. Después, una buena ristra de hojas en blanco con apenas alguna escueta anotación en ellas. Lo interesante venía después de todo esto, en el último cuarto del libreto. Pero por el momento, esa repentina curiosidad recién alumbrada al amparo del fuerte olor a humedad del interior de la caseta tendría que esperar.

—Eh, tú. Tenemos visita.

***

Un esbozo de sonrisa perfectamente dibujado en el semblante de Elías fue la muestra irrefutable de lo mucho que disfrutaba con todo aquello que pudiera representar una situación de riesgo. La jovialidad con que anunciaba el peligro en contraposición al propio hecho de avisar con el tiempo suficiente para buscar una salida arrojaba como resultado un sutil delirio colmado de autenticidad.

Nono se apresuró a devolver el caballete a su sitio, aunque ya

no había tiempo para recolocarlo todo: las cajas apiladas que lo tapaban de la vista, los trajes de neopreno y todo lo que tuvo que mover de su sitio. Así que se limitó a ocultarlo de la vista colocándolo de canto detrás de los trajes de buceo.

Elías dejó su puesto de vigía junto al ventanuco y se acercó ágilmente hacia Nono, que se esmeraba con una sola mano en colocar la sábana sobre el caballete.

—Eso se queda.

—Ni hablar.

Nono sacó un brazo del asa de la mochila, introdujo el viejo cuaderno de notas en esta y volvió a echársela a la espalda.

—Te dije que hay cosas que no quieres llevarte contigo a casa.

—Nadie lo va a echar de menos.

—Eso tú no lo sabes.

Nono reparó en ese momento en los dos diminutos bustos de porcelana que había junto a la casa de muñecas, cuyo valor conocía muy bien. Cogió ambas piezas y soplando suavemente sobre estas, procedió a sacarles lustro muy cuidadosamente con su camiseta de algodón. Sujetó el busto de un angelote y se lo mostró a Elías elevándola hasta la altura de sus ojos.

—Cuatrocientos euros. —Estrujó la mitad de su cara haciendo el cálculo mental de su posible valor—. Eso para empezar.

El tono en su voz no resultó en absoluto arrogante. Al contrario, era sentenciante y, a ojos de cualquiera, rezumaba conocimiento de causa.

Elías comprendió rápidamente lo que estaba sucediendo en aquel momento, una propuesta de intercambio de información que para él podría traducirse en dinero. Mucho más del que podría ganar echándole infinitas horas en cualquier insoportable trabajo de verano, ¡cuatrocientos euros por esas dos naderías! Ni siquiera contempló la opción de que se tratara de un farol, de un engaño, de un ardid con el único fin de comprar su silencio. Por su parte, Nono interpretó el silencio de Elías como la firme aceptación del trato.

Justo en el momento en que devolvía las dos figuritas de porcelana a su sitio, unos pasos cada vez más audibles fueron acercándose a la caseta, y después del repiqueteo metálico de los candados, la puerta comenzó a abrirse rugiendo por sus incompasivas bisagras.

Era Sandra. Saltaba a la vista la poca gracia que le hacía encontrarse con Elías hurgando entre las cosas de su padre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ignorando por completo la presencia del invitado, y a continuación le dedicó a Nono una mirada a cincuenta grados bajo cero que le puso firme como un

mástil, recordándole lo mucho que dependía de su nuevo socio para justificar su presencia en el cobertizo. Aquella mirada no era de la clase de miradas que la atractiva mujer le había concedido al darle la bienvenida a su mercadillo, y se esfumó la imagen angelical que se había formado de ella en su primer encuentro—. Sabes que nadie entra aquí, ¡nadie!

—Quería enseñarle la casa de muñecas. —Y señaló a Nono. Luego añadió—: Ese de ahí es Nono.

Sandra apenas parpadeó.

—Nos conocemos.

Seguidamente, volvió a dirigirse a su hijo.

—Venga. Fuera de aquí.

—Aún tenemos que…

—¡Largo!

Nono se abrió hueco a lo largo del pasillo y caminó a paso ligero hasta la puerta, pasando de largo al llegar a la altura de la bien parecida mujer de pelo cobrizo. Elías le siguió el paso. Una vez los tres quedaron fuera, Sandra permaneció junto a la caseta para asegurarla con un candado adicional.

Elías echó a caminar hacia el jardín donde seguía la infinidad de trastos repartidos por el suelo.

—¡Eh! No tan rápido —le inquirió Sandra, y mostró la palma de su mano adelantando el brazo como un mendigo pidiendo limosna en la calle.

Elías hizo una pausa en su camino. Se llevó las manos al bolsillo del pantalón y sacó un juego de llaves que lanzó hacia su madre con la mayor de las desganas, quedando estas lejos de su alcance donde más agua caía, justo en el borde del resguardo que proporcionaba la porción saliente del tejadillo.

—Quédatelas.

Nono caminó hacia la entrada de la finca bordeando la vivienda por el lateral derecho. Elías fue siguiéndole el paso. Superaron la selección de artículos repartidos por el suelo, todos ellos pingando por el agua de la lluvia —«¿Qué tipo de coleccionista es esta mujer?», pensó—, y allí se detuvieron un momento.

—Tranquilo -dijo Elías-. Perro ladrador, poco mordedor.

La lluvia golpeaba con firmeza sobre la frente y mejillas de Nono, una sucesión de gotas delicadamente molestas como raspaduras de limón de las que, pese a sus intentos de protegerse con la capucha del jersey de lana, no conseguía ponerse al resguardo.

—Eso no es lo que a mí me ha parecido —respondió Nono mostrando contrariedad.

Elías hizo una mueca y gesticuló con las manos en el aire

restándole importancia al inesperado encuentro con su madre. Después, cambió de tercio rápidamente hacia algo que era más de su interés.

—Cuatrocientos euros decías, ¿no?

No es que la conversación fuera de lo más fluida, pero iba progresando por el camino del entendimiento.

—Eso por las dos figuritas de porcelana.

—¿Y por el resto?

—Por el resto mucho más.

A Elías se le iluminó la mirada al momento. Impulsivamente, y sin saber por qué, a Nono le volvió a cruzar la mente un pensamiento pasajero.

—¿Te suena de algo el nombre de Luis Velasco?

Elías frunció la mitad de la cara intuyéndose un vago esfuerzo por su parte en hacer memoria.

—Sí, me suena. —En su expresión había indiferencia—. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad.

—¿Quién eres tú? —le preguntó con una sonrisa socarrona en su rostro—. ¿Otro salvador de los oprimidos por los bancos?

A Nono le recorrió repentinamente la extraña sensación de estar adentrándose en una fatal espiral de casualidades.

—¿A qué te refieres?

Elías alargó sus brazos hacia el cuello de su sudadera y tiró de él cubriéndose la cabeza de la incipiente tormenta.

—¡Tenemos un trato!

—¡Eh! —Nono trató de agarrarle inútilmente en la distancia—. ¡A qué te refieres!

Elías se giró para repetirlo una vez más ignorando lo que sus palabras suponían para él.

—¡Tenemos un trato!

—¡Joder!

***

Sandra Pavones llamó a su hijo a gritos desde el salón contiguo a la cocina, en la planta baja del chalé de dos plantas donde vivían Sandra y Elías con Geluco, padre de la primera y abuelo materno del segundo:

—¡Elías! ¡¿Dónde andas?!

Con una decoración de estilo bastante sobrio, aquel escueto salón solamente se había utilizado en contadas ocasiones para jugar a los naipes cuando había alguna visita. El único adorno que le confería algo de color a la estancia eran las piedras pintadas a mano que había repartidas por los escalones que

subían al piso superior. Cada escalón más arriba, la piedra era un poco más grande. Si Sandra no se había deshecho de aquellos coloridos cantos —no sabía qué pintaban ahí— era porque no se había visto en la necesidad de tener que limpiarse el trasero con una piedra, no porque apreciara el efecto decorativo que le daban a la escalera.

Elías refunfuñó desde la cocina, aunque Sandra no alcanzó a escucharle. Al entrar en esta se lo encontró de pie, apoyado en la encimera y devorando una caja de galletas María. Tenía el envoltorio de plástico cilíndrico en la mano, en cuyo fondo solamente quedaba ya una galleta hecha pedazos.

—¿Esa va a ser tu cena?

Como toda madre, Sandra tenía la capacidad innata de articular la expresión de dos preocupaciones al mismo tiempo: la de la cena y lo que fuera, o la de la ropa sucia y lo que fuera, o la de emanciparse y lo que fuera. Aun así, que Sandra contara en su haber con ciertas destrezas maternales de carácter innato no significaba ni por asomo que le importara lo más mínimo lo que hiciera su hijo Elías con su vida.

Elías respondió mascullando con indiferencia, dándole a su madre la oportunidad de centrarse en el motivo principal de su inminente enfado.

—¿Qué se os había perdido ahí dentro? —le preguntó en voz baja, cautelosa, y se acercó a la nevera para agarrar un botellín de cerveza.

Había perdido la cuenta de cuántos botellines habían caído ya en toda la tarde. Sacar los trastos al jardín, fingir estar de buen humor y dárselas de entendida con las visitas que se acercaron a su mercadillo benéfico le había supuesto un esfuerzo considerable que trató de premiar vaciando un botellín de cerveza cada media hora.

—Nada en realidad —respondió Elías con la boca prácticamente llena. Pequeños trozos de galleta María salieron despedidos de entre sus labios, otros quedaron pegados en ellos y alguno debió atravesar su faringe para llegar finalmente a su estómago vacío como un pozo en pleno campo.

—Entonces, ¿me lo explicas, por favor? —Sandra seguía tratando de mantener la conversación en un tono confidencial.

Con el rabillo del ojo comprobó que su padre no fuera a aparecer por sorpresa en la cocina. En su tiempo conviviendo con él había reparado en que el viejo tenía una especie de don, o de superpoder, no sabía cuál era el nombre exacto para lo que el hombre hacía, pero el caso es que no acertaba a explicarlo. Siempre conseguía aparecer a sus espaldas cuando ella menos lo

esperaba. En silencio, como un templo, o soltando todo tipo de disparates.

—Quería enseñarle a ese tío las cosas del abuelo —añadió Elías.

Sandra le pegó un trago largo al botellín vaciándolo de una sola tacada. Eructó sonoramente. Luego intentó forzarse a permanecer serena, lo que generó en ella el efecto contrario: entrar en un estado de tensión con ligeras trazas de concordia metida con calzador.

—Tú, al viejo, ni le dirijas la palabra, ¿me oyes?

Elías miró hacia el techo, luego hizo un cuarto de círculo con el cuello y resopló antes de volver a mirar a su madre.

—Está bien.

—Está bien, está bien —le imitó Sandra con la sorna propia de una adolescente—. Está bien, pero dime, ¿cuándo te va a entrar en la puta cabeza?

Se corrigió de inmediato después de dar cuenta del tono en su voz, como si la palabra «puta» emergiendo de entre sus labios alcoholizados pudiera borrarse de la existencia.

—¿... en la cabeza? —repitió, reduciendo un par de escalas el deje de beligerancia en su voz.

Saltaba a la vista que Sandra no coleccionaba dorsales de haberse dejado la piel en la carrera de la madre anual, o que no tenía los altillos de la casa a rebosar de trofeos a la madre del año. Por gajes de su profesión como ejecutiva en el sector de la moda, estaba acostumbrada a trabajar incontables horas, día y noche, laborables y festivos. No había tiempo para críos en su vida, no los hubo siquiera al nacer Elías. Con el tiempo y la implicación del padre de Elías, Joseph, soltero a efectos prácticos, Sandra pudo entregarse en cuerpo y alma a un estilo de vida gracias al cual podía sentirse constantemente agasajada. Hasta que llegó un día en que Joseph vino a decirle que hasta aquí hemos llegado, momento a partir del cual los planes empezaron a torcérsele a Sandra. Ya no era esa máquina capaz de sacarlo todo y más. Su mundo de éxito y perfección se iba al garete.

Antes que sufrir la humillación de ser reemplazada por otra persona más dispuesta que ella a dejarse la piel, alguien joven y sin compromisos, antes de todo eso, Sandra se puso a recordar. A tirar de la memoria. A escarbar en el baúl de los recuerdos. Y escarba que escarba, rompiéndose las uñas de tanto remover cielo y tierra, se fue a encontrar con algo que había olvidado mucho tiempo atrás. El recuerdo de escuchar a hurtadillas una conversación sobre su padre. «Esa obsesión le está haciendo perder la cabeza», decían sus tías y abuelas siseando. Y ella, que

por aquella época aún no entendía el significado de la palabra obsesión, se fue corriendo a buscarla en el diccionario; resbaló en su carrera sobre el suelo bien pulido de la casa de pueblo y tiró todo lo que encontró a su paso hasta llegar a la estantería, donde subiéndose a una banqueta, agarró el diccionario que hojeaba cuando le daba por mirar banderas de países y lo abrió casi al final, cerca de la letra O.

No tardó en dar con la respuesta: «Obsesión: estado de la persona que tiene en la mente una idea permanente y se encuentra dominado por ella».

Aquella definición reveló muchas cosas sobre su padre, aunque no la más importante.

Sandra le pegó un último trago al botellín y eructó de forma que pareció casi liberadora. Como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros, se acercó a la pila y trató de hacer hueco para meter el botellín entre la vajilla todavía sucia. Lo consiguió finalmente tras unos segundos de rifirrafe intentándolo por las malas. No solo la pila era minúscula, sino que estaba a rebosar de platos, vasos y cacerolas, y no cabía un alfiler más.

Ni se molestó en colocar nada dentro del lavavajillas para conseguir algo de espacio, lo que le habría supuesto incluso menos esfuerzo que el que suponía andar trajinando con la vajilla. Tirar el botellín al cubo de la basura habría sido demasiado pedirle.

Después dirigió la mirada hacia la puerta de entrada a la cocina desde la sala de estar, donde bien podía estar Geluco con el modo fantasma activado.

Regresó la mirada y continuó su conversación con Elías, pero sin bajar la guardia. Seguía hablando en un tono de máxima confidencialidad.

—¿Habéis tocado algo? —preguntó en tono amenazante. Ella podía preguntar y amenazar al mismo tiempo. No lo intenten en sus casas.

Elías respondió con seguridad y aplomo, en un tono de voz incluso más alto que el normal.

—Nada en absoluto.

—Shhhh —le increpó Sandra abriendo los ojos como platos.

Elías se encogió de hombros, y Sandra articuló una serie de espasmos acompasados entre cara y cejas para advertirle sobre la posible presencia indeseada de su abuelo.

—¿Estás seguro? —siseó.

Elías ya había tenido suficiente con el interrogatorio.

—Pues mira no. La verdad es que no estoy del todo seguro —respondió desafiante. Hacía tiempo que Elías había perdido la

ilusión de llamarla mamá, y desde entonces no le llamaba de ninguna forma o lo hacía directamente por su nombre de pila. No es que a ella le importara lo más mínimo que la llamara de una forma u otra mientras el chico tuviera claro quién de los dos estaba en posición de dar las órdenes.

—¿Cómo que no estás seguro? Vamos a ver, ¿no estabas con él dentro de la caseta?

—Sí, pero no estaba con él.

Sandra se mostró alucinada a la vez que incrédula.

—Ah, ¿no? ¿Entonces veo cosas? ¿Tengo alucinaciones?

—Bueno, sí, estaba con él. Estaba en el mismo sitio, pero no estaba a su lado todo el rato.

—¡¿Estabas o no estabas?! —le interrumpió Sandra.

El tono de voz y sus formas propias de la Gestapo acabaron de sacar a Elías de sus casillas.

—¡No! —gritó al borde de la implosión—. ¡No estaba pegado a él como una lapa, joder! Está claro que estábamos dentro del mismo lugar, nada más.

Sorprendido por tanta preocupación, preguntó a continuación:

—¿Qué importa lo que pueda haber cogido? ¿Esta paliza por cuatro monigotes que tiene cogiendo polvo en la caseta? Vamos, no me jodas. Ni que el viejo llevara la cuenta mental de todo lo que tiene ahí dentro.

En realidad, la memoria a largo plazo de Geluco estaba prácticamente intacta en lo referido a sus objetos de colección.

—Es más, ¿tiene alguna idea de lo que tiene ahí dentro? Si no sabe ni cómo se llama, joder…

Elías dejó de hablar repentinamente. Guardó silencio durante unos segundos y miró a su madre como si hubiera tenido una revelación.

—Espera —le dijo en tono acusador—, ¿qué interés tienes tú en lo que pueda haber ahí dentro?

Sandra echó balones fuera de tal forma que a Elías le pareció extremadamente descarado por su parte.

—Ya sabes cómo se pone tu abuelo con sus cosas —respondió Sandra retirando el cabello de su frente, tratando de mostrarse segura de sí misma.

—No, no lo sé. —Señaló hacia la estancia contigua—. Lo único que sé que es un auténtico hijo de puta.

Reinó el silencio durante unos segundos en la cocina.

Elías condujo la conversación hacia lo que para él era más importante. Dejando a un lado el repertorio de tacos, se apreciaba en su voz que empezaba a estar hastiado de todo aquello.

Le habría bastado con una sencilla explicación.

—En serio… ¿qué se te ha perdido aquí? —Por *aquí* Elías se refería a aquel resquicio del mundo perdido a miles de años luz de la vida a la que Sandra estaba acostumbrada.

Pero Sandra no estaba ahora por la labor de abrir ese melón. Así que cometió el error de seguir centrando el problema alrededor de su hijo.

—¿Me vas a explicar qué mosca te ha picado con tu abuelo?

Elías acabó de saltar por los aires.

—No, primero me explicas tú por qué jamás le hemos echado cuenta al viejo y ahora te comportas como si te importara, y nos venimos a vivir al puto culo del mundo…

—¡No digas tacos, joder!

—¡Puto, puto, puto, al puto culo del mundo!

La discusión escaló rápidamente. Tanto como para presentarle a Elías la ocasión perfecta para sacar toda la basura.

—¿Y ese rollo de la buena samaritana que te traes ahora? —Y añadió—: ¿Desde cuándo te importan a ti los enfermos terminales?

Sandra fingió sentirse entre ofendida y decepcionada al ver su solidaridad puesta en entredicho.

—Me importan —respondió titubeante—, claro que me importan.

Elías le respondió con una calma más propia de un adulto que de un joven de su edad.

—Esa familia está pero que muy, muy jodida.

Elías se acercó al grifo y pegó un largo trago de agua. Al levantar la cabeza y mirar de frente a la ventana que quedaba a la altura de la pila, cruzó miradas con su madre en el reflejo de la luz sobre el cristal.

—Debería darte vergüenza —añadió Elías sin dejar de darle la espalda a su madre, y comenzó a caminar hacia la puerta de la cocina que daba al jardín. Iba a fumarse un merecido cigarrillo, y no se iba a preocupar lo más mínimo por tener que darle explicaciones a nadie. Y aún menos a su propia madre.

—Un cuaderno viejo —dijo antes de abrir la puerta para salir al jardín.

Sandra se frotaba las manos sobre la mesa como quien contempla un nuevo escenario bélico. Alzó la mirada y le pidió más detalle con un gesto de incomprensión que Elías entendió a la primera.

—Se ha llevado un cuaderno, eso es todo.

Elías medía muy bien sus palabras cada vez que discutía con su madre, y al mismo tiempo no dejaba de dar puntada sin hilo.

Muy a su pesar, Sandra era de ese tipo de personas capaces de organizar un mercadillo benéfico con la única motivación de ganarse el favor del padre de un niño enfermo y, bueno, esta era la parte delicada del asunto para ella: lo que en realidad quería era averiguar qué es lo que el tal Luis Velasco sabía, si es que sabía algo, de las dos pinturas que supuestamente habría escondido su propio abuelo —un sujeto de nombre Martín Velasco— hacía más de medio siglo en algún lugar a salvo del saqueo y la rapiña. A salvo de personas como su padre, Geluco.

Sola en la cocina, con la bombilla del techo emitiendo su monótona vibración y una mosca incordiando a su alrededor, Sandra se levantó de la silla, cerró con llave la puerta que daba al patio frontal de la finca y se dirigió hacia la sala de estar. Casi le da un infarto.

—¡Joder!

Era su padre. Sentado en su silla de ruedas motorizada, observaba la escena con la expresión de quien presencia una obra de teatro.

—¿Quieres matarme? —Podía apreciarse el ritmo de su corazón acelerado bajo la blusa blanca satinada que ahora llevaba una vez dio por concluida su labor de anfitriona. Odiaba esos tucanes, joder si los odiaba. Pero para recibir a los paletos residentes en la zona era lo más bucólico que tenía en su armario.

Geluco balbuceó algo que Sandra no llegó a entender, empujó la palanquita para acelerar la silla y no paró hasta chocar con las piernas de Sandra.

—¡Joder, sí que quieres matarme! ¡Ten cuidado, hombre!

La silla por sí sola pesaba la friolera de ciento veintisiete kilos. Eso sin contar con los accesorios ni el saco de huesos largos que era Geluco. Con algunos de sus accesorios en un color verde chillón y el resto, los acolchados, las ruedas y otras partes secundarias, en color negro mate, la silla de ruedas evocaba la versión mecánica de una mantis religiosa. Tenía el aspecto de un todoterreno agresivo, de esos cuyos conductores iban buscando problemas. Desde las ruedas dentadas hasta las barras protectoras metalizadas, la silla motorizada de Geluco era una apisonadora que no hacía prisioneros.

Geluco empujó la palanquita del mando de control en el sentido opuesto, haciendo retroceder la silla de ruedas de inmediato. A continuación, comenzó a girar de un lado a otro sin ningún destino aparente, con la mirada perdida y una expresión de confusa resignación en la cara. Sandra empezó a temer la llegada inminente de una de las crisis de su padre, durante las que se

comportaba como si se le hubieran vertido Coca-Cola sobre los cables pelados de su cerebro.

—Da igual, déjalo —resopló Sandra resignada.

Después apoyó la cabeza sobre la pared, quedando como un pilar de sujeción de aquella. Geluco detuvo un momento su trajín de maniobras con la silla motorizada. Miró a Sandra y, con un desafinado acento sevillano, le espetó en referencia a Elías:

—Fiti tu er niño, ¿qué lo que ze traun tre manoun?

Sandra se limitó a mover los ojos, permaneciendo estática dejando caer parte de su peso corporal sobre la pared de suave estuco en tonos rojizos.

Elías lanzó un sonoro bramido desde la cocina:

—¡¿Pero ese no era de Guadalajara?! —Y añadió—: ¡Traducción, por favor!

—Pregunta que qué te traes entre manos —aclaró Sandra sin ninguna dificultad. Unos meses de convivencia habían sido suficientes para entender la jerga que usaba Geluco producto de la demencia.

Sandra exhaló profusamente. Sudoración regular, frecuencia cardiaca normal, algo de mareo y ¿piel azulada? Comenzaba a sentir serias dificultades para mantener una respiración medianamente ordenada.

Sandra respondió a Elías, pero hablando para el botón de su camisa.

—Era no, *es* de Guadalajara —masculló—. De Sacedoncillo, para ser exactos. Hay que ser gilipollas para nacer en Sacedoncillo…

Elías asomó media cara por la puerta de la cocina, la otra mitad cubierta por su negra y lacia melena.

—¿Qué ha dicho el viejo? —preguntó con animado interés.

Sandra recuperó su posición erguida.

—No lo sé.

Las palabras marchaban arrastradas a ras del suelo fruto de la desesperación y el cansancio mental acumulados.

—¿Cómo cojones puedo saberlo? —añadió Sandra sin un ápice de entusiasmo.

Elías dio unos pocos pasos para adentrarse en la sala contigua a la cocina. Se emplazó frente a la silla de ruedas paramilitar de su abuelo y, mirándole fijamente a los ojos, gritó como si estuvieran todos sordos:

—¡Que qué has dicho, viejo!

Geluco respondió golpeado a Elías en las corvas con la vara que siempre llevaba en su silla de ruedas, cruzándola de lado a lado en el hueco portabastones que había en la parte posterior de esta. Luego pasó a golpearle los muslos repetidamente, calibrando su

respuesta como si fuera un caballo de carreras.

Sin acabar de encontrar en las piernas de su nieto la turgencia que esperaba, le apartó de un fuerte empellón con el brazo que tenía liberado y empujó con fuerza exagerada la palanquita del cuadro de mandos del vehículo motorizado.

Mientras circulaba hacia el salón principal, en el piso inferior de la casa, iba porfiando sobre una salida en grupo a caballo que estaba dejando a Sandra hecha un puzle.

—¡Jozelito! ¡Huan Manue! —vociferaba—. ¿Eztá lizta la cuadrilla?

De nuevo, el inexplicable acento andaluz.

Como nadie respondió, añadió a grito pelado:

—¡Aperadó! ¡Capatá! ¿Eztá lizta la cuadrilla?

En su voz ajada por los años, el acento andaluz resultaba más pronunciado aún. Un acento maltratado por los prejuicios y vapuleado por el clasismo general que ahora encontraba un nuevo súbdito en Geluco. Su acento era ahora una mezcla ininteligible entre el andaluz y dios sabía qué otros dialectos.

Sandra, a quien aquel desmán no cogía en realidad por sorpresa, empezó a sentirse atrapada en un manicomio. Después de dieciocho meses intentando por todo medio que el viejo soltara prenda, que le diera al menos una brizna deshilachada de información de la que tirar, las opciones de encontrar los valiosos cuadros eran cada vez menos.

«Otra vez con la dichosa cuadrilla del aperador y el capataz», se dijo a sí misma.

Elías había abandonado la estancia hacía unos instantes y ahora estaba ella sola con nada más que su propia exasperación.

Bienhablada de forma general, se la llevaban los diablos cuando la situación se le escapaba de las manos. Y ahí ya no era tan comedida como la ejecutiva de trato impecable que todavía mostraba su perfil en LinkedIn.

—¿Y los Grecos? ¿Y los putos Grecos, joder? —preguntó retóricamente—. ¿Dónde están los putos Grecos?

La desesperación de Sandra estaba más que justificada. La única razón por la que había dado finalmente el paso de abandonar su «hotel de seis estrellas» en Barcelona para trasladarse a vivir «al vertedero del demonio» era una sola: dar con esas dos pinturas del Greco de las que recordaba haber escuchado hablar entre bambalinas en su infancia.

Para su agonía y desesperación, cada intento de hablar con su padre del tema acababa un poco más desquiciada. Lo de las salidas en cuadrilla a lomos de lustrosos caballos y el acento de Felipe González era la novedad más reciente, pero, de nuevo,

nada que debiera sorprenderla.

Sandra resopló, alzó la vista y haciendo gala de una gran templanza, se forzó a intentarlo una vez más. Había llegado hasta muy lejos. No valía la pena tirar la toalla justo ahora, cuando ya tenía en el bolsillo a Luis Velasco y a su mujer, ¿Helena era su nombre? Sí, Helena, la medicucha estirada de Pontedeume. Si no la tendría jamás a ella en el bolsillo, al menos sí que le tendría a él.

Con la palanca de freno echada y la silla motorizada bien fija en su posición, Geluco contemplaba el exterior a través del amplio ventanal que daba a la entrada a la finca. Toda una suerte de trastos seguía repartida por el suelo, aunque la noche cerrada y el mal tiempo dificultaban la visión.

Una vez situada a la altura de la visual de Geluco, incómoda al tener que ponerse de cuclillas sobre unos tacones absurdos en una zona de campo, Sandra tuvo que insistir en repetidas ocasiones para captar la atención de su padre: «Oye, mírame. Mírame. Mírame. Que me mires, joder. Dónde-están-los cuadros. Dónde-están. Greco. Cuadros. Dónde. Mírame. Mírame. Dónde-están. Dónde. Dónde...».

Su padre estaba prácticamente gagá y eso no lo iba a cambiar nada. No, las cosas no pintaban nada bien para ella. Se suponía que su padre ya se había encargado de ascender la dolorosa cuesta de toda una vida tratando de localizar sin éxito los dos Grecos perdidos. Ahora era momento de recoger los frutos de tan descomunal campaña. Era su legado, su herencia. Pelarse el culo en la vida no debía ser trabajo que le correspondiera a ella. «Dame algo, joder. ¡Algo!».

Pero Sandra no quería, no podía permitirse enfrentarse a la realidad. Y la realidad era que su padre ya no estaba allí. Nadie le regaba ya las plantas en verano al viejo y decrépito Geluco. Nadie echaba cuenta al Angeluco, el Ángel, como solían llamarle tiempo atrás, porque su cerebro estaba de vacaciones indefinidas. Un cerebro desquiciado después de largos años tratando de descifrar un desesperante acertijo: un juego de tabas, un viejo cuaderno lleno de garabatos y una nota de despedida entre otras doscientas prácticamente idénticas.

Caprichos del destino, las pocas luces que alumbraban ahora el oscuro callejón de su razón hacían al Geluco creerse un señorito andaluz, de esos de las que tantas pestes echó en sus años como miembro destacado de la temida Columna de Hierro.

—¿Cuándo llegan loz requetés? —exclamó el anciano sin dejar de mirar al exterior a través del gran ventanal de la zona acristalada de la casa.

Sandra, que de las fuerzas combatientes en la Guerra Civil sabía poco, pero de requetés aún menos, solamente pudo suscribir su ignorancia y desahogarse a costa de su anciano padre. Dado que Geluco sintonizaba otra frecuencia, nada de lo que Sandra pudiera decirle, llamarle o gritarle, como era el caso en este preciso instante, podría calar en él ni lo más mínimo.

—¿Que cuando vienen los requetés? Un requetecabronazo es lo que eres tú. Y si no me das lo que necesito —le dijo mirándole directamente a sus ojos verdes y vacíos de toda humanidad—, aquí te vas a morir del asco tu solito.

Capítulo 7

Fábrica del Huétor, 1937

Treinta días antes del asalto la cárcel de San Esteban

—Entre y siéntese, Martín —le pidió con voz grave el siempre rectilíneo Ramiro Píbode, coronel del ejército y director de la fábrica al mando desde hacía ya cinco largos años. De no ser por los frecuentes chascarrillos que soltaba el coronel para amenizar las reuniones de trabajo, la sala de juntas habría parecido un velatorio.

Martín obedeció sin decir palabra. No por no sentirse cómodo en su posición. De hecho, por mucho que le costara asumirlo, aquel hombre era de los pocos militares con los que había conseguido hablar de tú a tú pese a sus inclinaciones políticas encontradas: que trabajara en una fábrica en aquel momento controlada por el bando nacional no le hacía inclinarse más hacia su doctrina.

Pese a las dificultades constantes, el coronal Píbode dirigía con solvencia la fábrica de artillería de El Huétor, situada unos veinte kilómetros a las afueras de Illescas. Se trataba de una fábrica controlada por el bando que lideraba el general Franco y tenía un papel estratégico decisivo en la guerra. Y afortunadamente para la conciencia del coronel, las sacas entre empleados considerados traidores organizadas por los legionarios, requetés y otros elementos armados fieles al bando nacional que siempre merodeaban por la fábrica empezaban a demostrar una ligera caída bajo su liderazgo.

Con todo, la presentación de los presupuestos anuales de producción no había ido tan mal como se habían estado temiendo durante los días previos al encuentro con los responsables de todos los departamentos de la fábrica, ahora presentes alrededor de la gran mesa de juntas. Aun así, Martín estaba convencido de que, si seguía contratando aprendices de manera indiscriminada, acabaría por repetirse otro incidente como el de la explosión en la sala de prensa que había tenido lugar justo después de incendiarse misteriosamente una mezcladora. Irreconocibles por las quemaduras, los hermanos Alfredo y Abelardo Urquijo habían fallecido pocas horas después de llegar en volandas al hospital de La Remera, a veinte minutos de tortuoso camino.

Por un momento, Martín divagó pensando en el desastre que

sería para la fábrica el hecho de seguir contratando aprendices sin experiencia, y se sorprendió con el solo hecho de haber contemplado la idea como algo reconfortante. Se reprendió a sí mismo rápidamente por ello: no era aquella la forma en la que quería ser recordado después de la contienda. Si hubiera tenido siquiera el menor indicio, un solo atisbo de la suerte que correría en menos de un mes, le habría quitado todo el hierro al asunto y se habría limitado a decir que sí a todo.

El coronel Píbode tomó asiento al otro lado de la mesa y hojeó un montón de papeles con su expresión habitual entre alerta y somnolienta al mismo tiempo, serio pero relajado y afable a la vez. A Martín le recordó a su tío Anselmo, en aquellas ocasiones en que, tratando de decir algo en un tono medianamente serio, era incapaz de hacerlo sin acabar tomándoselo todo a broma.

El director Píbode destacó algunos párrafos que debieron llamar su atención entre la suerte de tablas y números recogidos en los documentos preparados por Martín durante las últimas semanas. Había sudado lo indecible en cada apunte contable, en cada peseta de presupuesto arriba o abajo, en cada nueva propuesta de cambio hacia un modelo de trabajo *arriesgado* cuando menos.

—La retribución de los aprendices da un buen salto… —observó el coronel sin apartar la vista de los papeles.

Martín asintió, respondiendo afirmativamente en voz alta al ver al director alzar la cabeza para comprobar su respuesta.

—Así es, señor director.

El coronel devolvió su atención a los papeles y, sin alzar la vista, expiró de una forma extendida. Mostrándose cercano con su subordinado, añadió:

—Sabe que me puede llamar Ramiro, ¿verdad? —Seguía sin apartar la vista del manojo de papeles.

Martín respondió rápidamente, cuidándose de mostrar su aprecio por aquel tipo de detalles.

—Sí, señor. Es la costumbre…, señor.

El coronel mantenía activa la conversación, siempre sin dejar de revisar la documentación con cuidada atención.

—Ay, esa dichosa costumbre que nos moldea a su antojo y nos convierte en unos peleles —respondió vagamente, al tiempo que pasaba de una página a otra por la esquina superior derecha. A Martín le pareció obvio que el coronel hablaba más para sí mismo que para cualquiera de los presentes.

Aquel trato de igualdad era toda una rareza en una institución dirigida desde el estamento militar, donde la familiaridad en las relaciones jamás debía suponer un trato igualitario, de tal forma que el mi capitán, mi comandante, o mi coronel eran una norma

inquebrantable en las relaciones entre los trabajadores civiles y sus dirigentes militares.

El coronel frunció el ceño y, a continuación, dirigió la vista hacia Martín dejando imbuir una cierta dosis de inquietud en su mirada.

—Cualquiera diría que quiere usted acabar con el paro juvenil… ¿entre 2,5 y 3,5 pesetas al día para cada aprendiz?

—Creo que es lo justo, señor.

—¡Jarabes! Dentro de nada saldrá mucho más a cuenta trabajar como aprendiz que ser el director de la fábrica.

Martín sabía que no había inquina en aquella observación, y así lo confirmó al ver al director alzar la vista para regalarle una mirada amistosa.

—Sería un buen aliciente para profesionalizar el sector —justificó Martín, quien sabía bien que España iba a la cabeza a nivel mundial en la fabricación de armamento. Y en la fábrica de El Huétor se estaban aplicando métodos y maquinarias realmente punteros en el mundo. Más allá de a dónde les llevara la contienda, era innegable el atractivo que podría suscitar para quien quisiera desarrollar una carrera en el oficio armamentístico. Pero Martín no había duplicado el salario mensual de sus aprendices por el motivo que expresó al coronel. Sus propósitos iban en una dirección opuesta, más en la línea de inflar los gastos de la fábrica por todo medio posible.

El coronel Píbode seguía mientras tanto hojeando los presupuestos, hablando para el botón de su camisa, siseando de forma ininteligible para el pasmo de todos los presentes.

—Y tan buen aliciente… —el coronel pensó en voz alta—… no quiero ni imaginarme a cuanto nos saldrá un aprendiz de polvorista dentro de diez años.

—Entre 5,5 y 7,5 pesetas al día, señor —respondió Martín, sin titubeos.

El coronel alzó la vista rápidamente. Abrió los ojos como dos platos y sus cejas, grises y apuntando hacia el cielo por los lados, parecieron tratar de ganarle centímetros a la frente. Su expresión era de auténtica sorpresa, pero también de satisfacción y, en cierta forma, de orgullo por contar con tal sagacidad y precisión dentro de sus filas.

—¡Entre 5,5 y 7,5 pesetas! ¡Será verdad! —añadió el coronel mirando a Martín sin parpadear, esperando la confirmación que acabara de apuntillar su fascinación por su más fiel empleado.

—Es una de las pocas cosas en las que podemos confiar con absoluta certeza, señor. Así se derrumbe el cielo sobre la tierra.

—¿El qué? —preguntó el coronel, con un sincero interés que

traspasaba los límites de sus competencias.
—En la inflación, señor.
—La inflación, la inflación…
Sentado inmediatamente a la izquierda del coronel Píbode, el contable iba siguiendo con los ojos la lectura del máximo responsable de la fábrica, tratando de asegurarse de que la reunión transcurría por los cauces adecuados.
El coronel hizo una pausa en la lectura de los documentos. Se reclinó hacia el lado del contable y le señaló algo con el bolígrafo. El contable acercó el dedo índice al folio y susurró unas palabras que Martín no alcanzó a distinguir. Luego asintió, regresó a su posición inicial diciéndose a sí mismo «cierto, cierto», y volvió a dirigirse hacia Martín de inmediato.
—¿Cuatro años? —preguntó sin ofrecerle más detalle.
Al propio Martín le costaba con frecuencia seguirle el hilo al coronel Píbode. Por suerte, la expresión en su cara hizo al militar reaccionar de inmediato.
—El programa de la escuela de aprendices —matizó el coronel —. ¿Por qué pasar de dos a cuatro años así, de golpe y plumazo?
Ni más ni menos porque ese era el tiempo promedio que Martín consideraba necesario para enseñarle a un mozalbete de dieciséis años absolutamente todo sobre la manipulación y el sabotaje de todo tipo de armamento militar. Y, por supuesto, por el gasto adicional que aquello supondría. Nada que pudiera compartir alegremente con el coronel Píbode en la reunión para el cierre de los presupuestos anuales de la fábrica.
—Creo, señor, que una ratio excesiva de bajas por incidentes en la producción no solo representa un riesgo para los empleados, sino también a la hora de captar el talento que necesita la fábrica. Al menos si quiere labrarse la reputación de la primera factoría armamentística en…
Al coronel le cambió la expresión por completo, su rostro encendido como un radiador, las venas bombeando sangre a fuego y el puño ganando distancia en todo lo alto para percutir explosivamente contra la mesa a mano abierta. El golpe reverberó entre las cuatro paredes de la sala de juntas.
—¡Esto es una guerra, Martín!
Aquel arrebato puso firme a todo el mundo en la sala, incluyendo al propio Martín, aunque este no se lo tomó como algo personal. Ni siquiera le estaba mirando a él directamente, a decir verdad. Y en momentos de repentina ira como aquel, con quien más contrariado parecía el coronel era consigo mismo.
—Sí, señor —se aventuró a responder Martín sin parpadear. Y lo hizo de la forma que más apreciaba el director en su trato con los

subalternos: directo y sin titubeos—. Esto es una guerra, una guerra que podría extenderse hasta el infinito.

Cualquier atisbo de ira en las facciones del director era cosa del pasado.

—¿Cuatro años para formar a un aprendiz? —insistió el coronel, adoptando una expresión más favorable que unos instantes atrás.

—Y tendrá la plantilla mejor preparada del continente —respondió Martín con una seguridad aplastante.

A continuación, Martín se apresuró a echar mano de la documentación, de la que tenía una copia sobre la mesa, y localizó el apartado destinado a la planificación de la escuela de aprendices. Señalando con el dedo sobre cada renglón para asegurarse de no perder el hilo, fue recitando el programa cuatrienal de formación que había urdido en los días previos.

—Primer año: aritmética, geometría, dibujo lineal, prácticas de taller, educación física y moral.

Martín se saltó la descripción completa del programa para el primer año, desarrollada a lo largo del folio, y pasó directamente a la siguiente página.

—Segundo año —continuó leyendo sus propias propuestas—: geometría, física, prácticas de taller, dibujo lineal, educación física y moral.

—Vale, vale, entendido —respondió el coronel tratando de ganarle tiempo a la mañana—. El resto ya lo puedo ver yo mismo. A lo que sea, le añadimos educación física y moral, ¿más o menos?

Martín permaneció callado mientras el coronel continuaba hojeando su copia de la propuesta de Martín, pensando en voz alta una vez más.

—Segundo año, lo dicho… tercer año… dibujo… correcto…, educación física y moral… cuarto año… resistencia de materiales, correcto…, educación física y moral… ¿Cuántas veces tiene que impartirse la educación física y moral, por Dios?

—¿No le parece adecuado, señor? —preguntó Martín con la máxima educación, cuidándose mucho de no sonar irreverente.

—A mí todo me parece perfecto, pero no creo que seamos quién para ir dando lecciones de moralidad por la vida. Tengo mil ciento cuarenta personas trabajando de sol a sol en unas condiciones como poco infrahumanas, sin vacaciones, sin programa de incentivos, sin el programa de empresa en Torremolinos, y no te descuides ni medio segundo o ya verás como algo o alguien sale ardiendo por donde menos te lo esperas.

La imagen de los hermanos Urquijo corriendo como dos trozos de carbón incandescentes acaparó el recuerdo en todos los

presentes sin excepción.
—Que en paz descansen —dejó escapar el coronel.
El resto de los presentes se santiguaron y Martín hizo lo propio sin permitirse mostrar un ápice de dudas sobre su devota fe religiosa.
El director siguió pasando páginas mientras asentía con la cabeza, a un ritmo exacto de cuatro páginas por cada asentimiento. Los acompañaba de un grave sonido gutural, como si estuviera rumiando la información o ronroneando como un gato, pero a intervalos.
Se detuvo un momento y leyó en voz alta:
—Catálogo de correcciones y castigos.
—Especialmente para usted, señor —apostilló Martín.
—¡Esto se pone interesante!
Cualquiera en la sala de juntas podía percibir lo cómodo que se sentía el coronel Píbode hablando con su subalterno. Y aquello no era plato de buen gusto para ninguno de los presentes. Había hasta complicidad entre ellos, ¡complicidad! Todo lo que causaba un profundo desagrado entre los congregados, muchos de ellos militares de distintos rangos.
—Suspenso del paseo, retención de la gratificación, arresto y expulsión. ¿Esto es todo? —preguntó el coronel en tono de broma —. ¿Dónde están las amputaciones? ¿Y la tortura medieval? ¿No nos estaremos volviendo unos blandos, Martín?
Después, cerró la documentación de un carpetazo y lanzó el libro sobre la mesa.
—Queda aprobado el plan —sentenció—. Enhorabuena, Martín.
Uno de los presentes alzó la mano y esperó muy quieto a que el coronel le cediera el turno de palabra.
—Maestrez —le cedió la palabra el coronel—, ilústrenos con su sabiduría.
—¿Por qué eliminar el examen de ingreso? —preguntó el suboficial mostrándose sorprendido, revelando con un rápido alzamiento de cejas sus dudas sobre la iniciativa.
Martín tragó saliva por primera vez en toda la reunión, y por un momento se arrepintió de haberse tomado la licencia de eliminar el cribado inicial de los candidatos. Eso junto al hecho de haberse nombrado a sí mismo el responsable en última instancia de la selección de los aspirantes al puesto de aprendiz. Sobre ese punto en particular nadie comentó nada.
El coronel dirigió una mirada atenta hacia Martín.
—Martín, ¿puede aclarar ese punto antes de irnos a disfrutar de un buen estofado de carne con lentejas?
Ni tratando de conseguirlo a propósito habría dado Martín con

una mejor forma de restarle toda relevancia a la pregunta formulada por Maestrez, quien, visiblemente humillado, descendió la mirada y se fue haciendo cada vez más pequeño en el sitio.

—Por supuesto, señor.

Sin un solo buen argumento preparado para responder con la mínima solvencia a la pregunta, Martín se vio irremediablemente forzado —muy a su pesar— a tener que improvisar, posiblemente lo que más detestaba.

—Muy simple —añadió tratando de ganar tiempo hasta dar con algo que decir. Pasaron unos segundos en los que imperó un silencio sepulcral en el que algunos miraron al techo, otros se miraron las uñas y Maestrez clavó sus ojos suspicaces sobre Martín.

—¿Y bien? —se interesó el coronel mirando el reloj en su muñeca.

El momento de haber reconocido la supresión del examen de admisión como un simple descuido había pasado. Ahora, después de haberse mantenido en su sitio respaldando la solidez de su propuesta, no tener nada que decir le iba a poner en el punto de mira de toda suspicacia. Martín entró de cabeza en una de esas situaciones en las que su vida podía correr un serio peligro. Sabía muy bien que las «sacas» estaban a la orden del día, y que por mucho que el coronel Píbode las repudiara con todo su ímpetu militar, siempre podía presentarse una turba imparable en la fábrica y ponerse a sacar traidores como si no hubiera un amanecer más. Y nadie tenía dudas sobre la pena asignada para la traición.

Consiguió mantener la expresión de seguridad y de forma casi instintiva, Martín se puso a recitar el único de los pasajes bíblicos que llegó a aprenderse en el colegio:

—Traedme una vasija nueva y poned sal en ella…

En el *ella* se detuvo un instante. Repasó a todos los presentes de un rápido barrido visual, todos ellos pendientes del desenlace, intercambio de interjecciones de lo más variado: bah, a ver este, ahá…

Finalmente, añadió un contundente:

—Y se la trajeron.

Inesperado o no, la sala enmudeció con el cierre del pasaje. Un rápido golpe de efecto por parte de Martín que, desconcertando a todo el mundo con un poco de verborrea bíblica de gatillo fácil, consiguió callarlos en virtud del temor a admitir delante de su coronel que no habían entendido la analogía cristiana ni remotamente. Un trampantojo en toda regla perfecto para lidiar

con una suerte de católicos no practicantes como la que dirigía la fábrica.

—Ahí lo tiene, Maestrez —respondió el coronel Píbode satisfecho con la respuesta de su protegido, significara lo que significara—. Y ahora, señores, ¿comemos?

***

Martín emprendió aliviado el camino de vuelta hacia el taller de prensa. En su camino se detuvo en la entrada principal de las instalaciones para recoger el programa de animación para ese mes en el teatro de la fábrica, el Teatro CHON. El nombre tenía su enjundia, pero no era realmente original: el ácido pícrico empezaba a posicionarse como el último grito en la fabricación de explosivos, o como desinfectante en quemadoras, y su fórmula era, precisamente, C6 H3 O7 N3. No había, pues, mejor homenaje para quienes invertían una peseta por asiento para disfrutar de las comedias y sátiras que allí se proyectaban con frecuencia. Y para Martín siempre resultaba infinitamente más entretenido que escuchar las melodías desafinadas de la banda de los obreros polvoristas.

Guardó el programa en el bolsillo trasero de su pantalón, se ajustó la boina ayudándose de su propio reflejo en un ventanal y regresó al taller de prensa, del que era maestro primero polvorista. Su puesto era el de máximo responsable después del maestro mayor, aunque con bastante distancia. Eso, aparte de la asignación que el coronel le hacía para ayudarle a estimar los presupuestos anuales porque «los números se le daban infinitamente mejor que a él». Que el coronel Píbode usara la palabra *infinitamente* no era casualidad: disfrutaba cada vez que podía hacer algún juego de palabras alrededor de la ciencia de la matemática.

Caminando a lo largo del pasillo que conducía a la puerta del taller de prensa, Martín pudo sentir hasta en el menor de los músculos de su cuerpo el estruendo de las máquinas y las docenas de polvoristas, peones y aprendices trabajando a pleno rendimiento, en uno de los tres turnos donde no se daba tregua a la producción de explosivos. La guerra así lo exigía.

Llegó finalmente hasta la puerta del taller. Justo antes de entrar notó algo a sus espaldas. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y echó en falta el programa que acababa de guardar en él. ¿Dónde cojones...?

Una voz familiar le sorprendió inesperadamente, haciéndole voltearse de inmediato.

—¿Ahora te interesa el teatro? —le inquirió aquella voz dando a

sus palabras un tono situado a medio camino entre el reproche y la amenaza.

La voz correspondía a Alfonso Pailá. Llevaba una caja de cerillas marca Hispania entre las manos y un cigarrillo levemente adherido al labio inferior de su boca que desafiaba a la gravedad de forma impertinente.

—Pailá —respondió Martín secamente sin tratar de ocultar su desagrado hacia él.

Desde su incorporación en la fábrica como aprendiz tres años antes, Alfonso Pailá, vecino de Illescas, pueblo del que era originario Martín, no había dejado de ser un incordio para él. Y cuanto mejor le iba a Martín en su trabajo, ascendiendo lentamente, pero a paso firme y siempre como resultado de su propio esfuerzo, más incesantes se volvían las arremetidas del primero sobre sus méritos, sobre el legado de su familia y sobre su compromiso con la causa de la república que aún estaba en el poder. Le consideraba un vendido, como tal vez muchos otros, y no había forma de hacerle bajarse de la burra. Sobra decir que en la fábrica del Huétor abundaban los opositores al bando nacional que la controlaba.

Su convecino caminaba lentamente alrededor de Martín como un buitre buscando el punto débil en la gacela malherida. Él, en cambio, miraba al frente sin siquiera molestarse en girar el cuello ni concederle el beneplácito del contacto visual. Por lo que a él respectaba, Pailá no era más que el murmullo de una corriente tras una puerta trasera abierta por descuido.

—Quien tiene padrino, no muere pagano —se burló Pailá, y escupió hacia un lado oprimiendo escuetamente los labios.

Como cualquier otra persona con un poco de vista en la fábrica, Alfonso Pailá también estaba al tanto del trato preferencial que el coronel Píbode le concedía a Martín. No había que tener muchas luces para verlo. Pero para él, un inane sin la menor de las aspiraciones en la vida, un cínico como el que más, el mérito solamente podía estar en la cuna.

—No todo en esta vida viene de familia —arguyó Martín.

—Sí, sí… hazte amigo del juez y no le des de qué quejarse, que siempre es bueno tener palenque ande rascarse.

—¿No deberías estar en otra parte? —respondió Martín cuidándose de no revelar la profunda irritación que le producía su mera presencia.

Pailá agachó momentáneamente la cabeza, encendió el cigarrillo adherido a sus labios con una cerilla recién prendida y dejó escapar una densa humareda en todas las direcciones.

—Dicen por el pueblo que andáis nerviosos, los Velasco —

replicó Pailá—. Que sois más de lo que parecía a simple vista. Que os lo teníais pero que muy callado. Y también se dice que vais a perderlo todo más pronto que tarde.

Martín guardó silencio. Con gente de la condición de Pailá, aquella era con diferencia la mejor de las estrategias.

—¿Sabes lo que yo creo, Martín? Lo que yo creo es que sois de la misma clase de mierda que los que te andan dando palmaditas en la espalda en la sala de juntas.

A Martín no le arredró el palabrerío de aquel tipo a quien consideraba de la peor ralea posible. El único problema real al que tendría que enfrentarse tarde o temprano era haber confiado más de la cuenta en él algunos años atrás, aún siendo ambos aprendices. Y para su mala fortuna, era un problema que podía acabar pagando muy caro.

Desde el comienzo de la contienda, el departamento de personal de la fábrica no había dado abasto para el ritmo constante de bajas y altas que suponía la purga sangrienta a la que se veía sometía la plantilla día tras día. Sobre todo, desde la llegada de la nueva normativa desde el general de la División, que dejó perplejo hasta al último peón de albañil empleado en la fábrica.

—No sé yo si ahora que el coronel te ha abierto su corazón querrás seguir con tus planes. ¿O estás arrimándote al sol que más calienta, ahora que ha llegado la nueva disposición?

Martín no consiguió ocultar la expresión de sorpresa en su rostro. Nadie le había dicho nada acerca de ninguna nueva disposición, o al menos que él recordara.

—Mírenlo... Al pobre no le han contado nada sus nuevos amigos. ¿Es que no sabes que hemos quedado todos militarizados con carácter inmediato?

Si era una broma, sin duda era de las de mal gusto. Aun así, Pailá no parecía estar marcándose un farol. No en aquella ocasión.

—Y qué —respondió Martín con desdén. Pero aquello, por mucho que le pesase, no era algo a lo que pudiera restarle hierro con tan solo ignorarlo.

—¡Y qué, dice! —repitió Pailá remarcando su asombro—. ¿Qué te parece lo de estar sujetos al Código de Justicia Militar a partir de ahora? La traición va a salir pero que muy cara. Y los huelguistas... desertores al frente enemigo a partir de ahora. Y ahora, dime —continuó Pailá, más envalentonado que unos momentos atrás —. ¿Sigues buscando la fórmula perfecta?

Martín sabía muy bien a lo que se refería Pailá. Y el hecho de que omitiera usar la palabra «sabotaje» dentro de la frase le tranquilizó lo suficiente como para no empezar a sudar incluso

antes de entrar en el taller de prensa. Y no, todavía no había dado con la fórmula perfecta porque no existía ninguna fórmula perfecta para sabotear los esfuerzos del bando nacional por acabar con las fuerzas republicanas. La fórmula era tan perfecta como uno estuviera dispuesto a jugarse la vida en el intento. Y ni con esas. Si el objetivo de Martín era el de causar el mayor volumen de estragos en la producción durante el mayor tiempo posible, la posibilidad de morir en cualquier momento dejaba de hacerlo todo *perfecto*. Así que no, ser interceptado en pleno sabotaje no era algo que entrara en la ecuación.

—¿Te has quedado sin palabras? —le preguntó Pailá fingiendo una expresión de preocupación forzada a más no poder.

Mientras Pailá continuaba hostigándole, Martín repasó mentalmente su batería de acciones de sabotaje en la fábrica: estimulando, de una forma u otra, la contratación de nueva plantilla innecesaria; fomentando la tasa de inexperiencia en la fábrica bajo el pretexto de un programa de formación de aprendices revolucionario, reservándose la potestad de elegir a dedo los nuevos aprendices, falseando documentos para inflar las cuentas con más gastos de los necesarios, debilitando las instalaciones donde se almacenaban las materias primas y los productos terminados, o poniendo trabas a la aplicación de metodologías más eficientes en la producción de explosivos, como al fomentar el uso del fulmicotón en lugar del ácido pícrico. Era mucho, sin ningún atisbo de duda, pero ¿era suficiente en una guerra en la que las muertes de inocentes se contaban por miles? Pailá no sabía ni una cuarta parte de todo aquello. Pero estaba claro que algo sabía, y que lo que no sabía, se lo empezaba a intuir.

Las divagaciones de Martín quedaron interrumpidas repentinamente por un estruendo descomunal viniendo directamente desde el taller de tetralita, que producía los explosivos para las bombas de avión ordinarias, para las cargas de los proyectiles de artillería, para las mechas rápidas y también para las lentas.

Ambos cayeron al suelo de forma aparatosa. Después de perder el control sobre sus extremidades, rodaron instintivamente hasta la ventana más cercana para tomar la máxima distancia posible de la explosión y, acto seguido, saltaron por esta hasta el jardín que había al otro lado, lo que les salvó de una segunda explosión que azotó la fábrica con más virulencia si cabe que la anterior.

Se miraron mutuamente, jadeando, sus corazones latiendo a un ritmo frenético. En los ojos de Martín había una mezcla de espanto y asombro, no así en la expresión de Pailá, que parecía

disfrutar con cada nuevo episodio trágico en el taller. Incluso después de un tremendo vaivén como aquel, seguía obcecado con los supuestos planes de sabotaje de Martín. Poco le importaban las magulladuras, los gases tóxicos que acababan de inhalar o la herida sangrante en su cabeza después de impactar contra la loseta del jardín aledaño.

Recostado sobre el suelo, con los dos codos hincados sobre la hierba, Pailá alzó la vista y contempló el cielo con una expresión de satisfacción en la cara. Realmente creía que la explosión había sido obra de Martín.

—¡Menudo canalla estás hecho, Martín! Y yo que dudaba de ti. Joder, ¿cómo no me avisas a tiempo? —susurró acercándose a él en actitud confidencial.

Tirado sobre el suelo, aún estupefacto por la explosión en el taller de tetralita, con sus tímpanos como dos sonajeros, la confusión de Martín se veía incrementada exponencialmente por momentos: ¿había tenido algo que ver en todo aquello? Si en un principio estaba absolutamente convencido de su inocencia, al momento estaba convencido de todo lo contrario: «Dios, ¿habré sido capaz de orquestar semejante masacre?».

Pronto consiguió sacar fuerzas de flaqueza y ordenó los pensamientos en su cabeza, descartando todo lo que pudiera ser fruto de una enajenación puntual. No, aquella explosión no podía ser cosa suya. De ser así, razonó para sí mismo, ¿por qué razón habría de haber planificado durante meses el fallo en el motor a gas Bochtold de la central de energía de la fábrica, que funcionó a las mil maravillas sin dejar ni un solo herido?

Martín sabía que un cambio brusco en alguna de las líneas de energía podía generar una sobrecarga en las piezas del motor. Y esto era más que posible cuando la puesta en marcha y la parada de los motores se hacía con más frecuencia de la habitual.

Así que, para propiciar esta situación, le bastó con convencer a sus superiores de la importancia de hacer una parada entre cada uno de los tres turnos de trabajo; sin prisas, plantando la semilla y regándola con cariño. De esta forma, ¡catapún! No tuvieron que pasar más de tres semanas después de haber sido aprobada su propuesta hasta que sucedió lo que tenía que suceder: uno de los pernos que sujetaban la cabeza de la biela de uno de los cilindros, el izquierdo para más señas, no fue capaz de soportar la tensión y acabó partiéndose por la mitad de forma repentina. Un cojinete saltó, dejó libre la biela y esta acabó perjudicando gravemente el cigüeñal. Y esto fue lo que causó el mayor destrozo que un inocente perno podía causar en un motor de doscientas mil pesetas de la época.

El resultado, dos semanas para recibir los repuestos desde el cantón suizo de Steckborn, junto con el equivalente a más de veinte sueldos anuales de gasto adicional. Y por encima de todo, la reducción en la producción de material bélico durante todo ese tiempo, lo que supuso un duro golpe para el ritmo de producción de la fábrica.

Pero aquella repentina explosión en el taller de tetralita lo cambiaba todo. Pronto comenzaría un largo proceso de investigación en virtud del que serían todos interrogados. Eso también incluía a los peones con acceso a la zona, como era el caso del propio Pailá. ¿Le temblaría el pulso al delatarle si viera algún beneficio en ello? Ni lo más mínimo, ¡claro que no! Así que, por mucho que estuviera equivocado al creer que la explosión era obra suya, ahora Pailá le tenía en sus manos.

Sentado sobre un césped en pésimo estado de conservación, Pailá miró fijamente a Martín esperando que este le devolviera la mirada. Sus ojos brillaban como los de un búho cazando pequeñas presas, y una sonrisa en su rostro delataba su forma de disfrutar con la tragedia que acababa de tener lugar en la fábrica. Cuando finalmente le dirigió la mirada, Martín entendió al momento que sus años al servicio del coronel Píbode habían llegado a su fin. Acababa de convertirse, muy a su pesar, en la marioneta de Alfonso Pailá, el peor canalla de todos los posibles.

***

—¿Es que se te ha ido completamente la cabeza? —masculló Martín cuidándose mucho de no alzar la voz en absoluto.

Desde la explosión en el taller de tetralita tres días atrás, Martín había sido una persona completamente diferente a la que había sido hasta entonces. Sus peores temores se convertían en realidad al doblar cualquier esquina en la fábrica, donde se imaginaba una comitiva de sanguinarios sublevados esperándole para llevárselo de paseo a unos cientos de metros de las instalaciones de la fábrica, meterle un proyectil en la cabeza y dejar su cuerpo a la intemperie en una fosa común.

—¿O es que quieres que nos maten mañana mismo? —añadió Martín, con un volumen de voz no superior al de un susurro de unos labios amordazados.

Escondidos en una pequeña sala de materiales, Pailá procedió a explicarle a Martín el curso que debían seguir las acciones de sabotaje a partir de entonces. Creía tenerlo comiendo de la palma de su mano.

Martín no cupo en sí de su asombro ante las iniciativas de Pailá para, como él mismo decía, llevar la revolución hasta el siguiente

nivel. Quería, así, para comenzar, como un entrante de aceitunas rellenas, liquidar al coronel Píbode, quien en realidad era lo mejor que tenía aquella fábrica. Al menos eso era lo que le parecía a Martín, quien no apoyaba a ningún bando en particular. Lo único sobre lo que estaba a favor era en poner fin a la continua sangría que tenía lugar en el frente de batalla, en las ciudades y en los pueblos llenos a rebosar de vidas inocentes.

Pero a Pailá poco le importaba el riesgo. No le tocaba ni de lejos tan de cerca como a Martín. A poco que alguien tirase de la manta, empezarían a salir todos sus tejemanejes y, entonces, el consabido código de justicia militar haría el resto de mil amores. El maldito código de justicia militar.

—Peligroso es, pero… —observó Pailá con desdén.

—¿Pero?

Pailá le miró sin inmutarse, inmóvil como un jaguar en posición para dar el salto definitivo sobre su presa. Su mirada, oscura y crispada. La reducción de todo el universo a su alrededor a la espesa salsa de sus pupilas.

—Pero es lo que hay. Son… lentejas.

Lo que proponía Pailá era diametralmente opuesto a las sutiles acciones de sabotaje que Martín había estado llevando a la práctica por su cuenta y riesgo. Se sentía medianamente confiado con su pequeña pero constante sangría de costes innecesarios para la fábrica. No había forma de acusarle de nada salvo cogiéndole in fraganti, lo que nunca había sido el caso ni tenía por qué serlo. Pero ¿rebanarle el cuello al director de la fábrica? ¿De qué manera se podía considerar eso como una acción de sutil sabotaje, maldito Pailá? Tenía que quitarle la idea de la cabeza como fuera, y tenía que hacerlo cuanto antes.

—¿No te das cuenta de lo peligroso que es todo esto? —exclamó Martín. Cada segundo que pasaba se sentía un paso más cerca de un colapso nervioso.

Pailá extendió los brazos hacia ambos lados en la actitud de un mesías que se nombra a sí mismo como tal y le respondió con aires de grandeza:

—Yo te hablo de revolución y tú me hablas de colocar mensajitos de paz en cada proyectil que sale de fábrica.

Martín se limitó a mover la cabeza de lado a lado.

—¿Cuándo vas a mojar el culo como los hermanos que están muriendo en el frente? —preguntó Pailá acusador. Lo más descabellado de todo para Martín es que precisamente Pailá le diera lecciones sobre involucrarse.

—¿Te parece poco mojarse? En primer lugar, hay que manipular cada proyectil que salga del taller de prensa para retirar la carga.

Eso ya se trae tela por sí solo. Después, volver a colocar el armazón en su sitio. A mí no me parece precisamente una tarea *fácil*.

—Y el mensajito de paz —se mofó Pailá.

—Un poco de motivación en el frente, que buena falta les hace —respondió Martín. Se sentía francamente resignado a lo que viniera, al mismo tiempo que empezó a intuir lo mucho que le iba a costar abandonar la falsa sensación de seguridad de aquel cuartucho para enfrentarse a la realidad.

Fuera del cuartito, el ajetreo propio del cambio de turno convirtió rápidamente el pasillo en un correcalles incentivado por los ritmos exagerados de la producción de explosivos de todo tipo. Era el peor momento para salir de allí dentro. Por pura precaución, Martín rodeó a Pailá y se colocó junto a la puerta, obstruyendo el paso.

Pailá dio un paso adelante, quedando su rostro bajo la luz de la bombilla que iluminaba vagamente el cuartito. Como una solución de líquido oscuro, su sombra comenzó a derramarse de forma sinuosa sobre sus facciones, creando una suerte de máscara de carnaval que le cubría desde las fosas nasales hasta el nacimiento del pelo en la coronilla. Aquello le daba un aspecto si cabía aún más siniestro.

—Para que lo entiendas bien, Martín —comenzó a explicarle las que para él eran sus dos únicas opciones—: puedes seguir con tus juegos de números, gasto aquí, gasto allá, nadie te lo impide... Pero quizás alguien de tu círculo cercano acabe hablando de más.

Con la ventilación justa y las estanterías llenas de materiales cuyo olor haría vomitar a cualquier persona normal, pasar más de cinco minutos en el cuarto de almacenaje era toda una proeza física.

—Es lo que suele pasar. ¿No es así? —continuó Pailá—. A la gente le gusta hablar. Ya lo sabes. Sobre todo, si reciben algo a cambio. ¿De dónde salen si no las *sacas*? No me mires así, Martín. Yo solamente soy realista. ¿No crees que es una gran virtud ser realista?

Martín sabía muy bien por qué derroteros iba Pailá. Limitar sus opciones a solamente dos. Ninguna buena, pero una de las dos, una bastante peor que la otra.

—Yo creo que hay que ser realista en la vida —continuó Pailá—. Sobre todo, cuando pecar de confiado puede costarle a uno la vida... ¿me sigues?

Martín agarró a Pailá por el cuello de la camisa en un repentino arrebato de odio e impotencia que no fue capaz de controlar.

—¿Apuñalar al coronel Píbode es ser *realista*?

Pailá sonrió exageradamente para compensar las dificultades propias de su particular posición, con el mentón apuntando hacia el techo y prácticamente de puntillas sobre el suelo.

—Así me gusta, Martín —acertó a decir—. Las coges al vuelo.

Apenas le quedaba ya atisbo de duda a Martín sobre las verdaderas intenciones de su compañero. Contaría todo lo que sabía sobre su actividad saboteadora a la primera de cambio. La razón era un misterio para Martín. No creía haber hecho méritos para todo aquello, ni mucho menos. Era una muestra de oportunismo despreciable.

—Y si ninguna de estas dos opciones se acomoda a tus gustos... —continuó Pailá dejando entrever una tercera salida aún por revelar.

Martín dejó de hacer fuerza con sus brazos, permitiendo a Pailá devolver el peso de su cuerpo sobre sus talones.

En silencio, esperó que Pailá soltara lo que tuviera que soltar. No tardaría en dejar emanar de su lengua viperina el propósito venenoso que venía urdiendo durante los días previos.

—Siempre me han gustado los cuadros, ¿sabes, Martín? Sus colores, sus formas, sus olores... sus cuatro esquinas.

Resultaba evidente la ignorancia absoluta de Pailá, un aparcero de pueblo que de pintura clásica no comprendía más que los marcos de los cuadros.

—En tu familia sabéis un poco de esto, ¿verdad?

Martín le escuchaba con una mezcla de atención, intriga y una perturbadora sensación de repugnancia.

—De cuadros que valen una fortuna, quiero decir.

Allí de donde era natural Martín era bien conocido por todos el patrimonio que atesoraba su familia en Toledo. Jamás habría renegado de este, pero quería escribir su propia historia más allá de la relativa fortuna de la que tal vez algún día sería heredero. Porque con semejante contienda de por medio, nadie podía saberlo a ciencia cierta. Pailá debía haber perdido el juicio si pensaba que iba a conseguir arrebatarle una sola pizca del patrimonio de su familia siguiendo el camino de la extorsión y la amenaza.

—¡Ni se te ocurra mentar el nombre de mi familia! —gritó Martín haciendo resonar sus palabras en las paredes del cuartito.

Alguien detuvo su carrera al otro lado de la puerta en el pasillo al escuchar su voz resonar. Y si algo abundaba en la fábrica tanto como los conspiradores, esos eran los chivatos.

Para la tranquilidad de Martín, quienquiera que fue a pasar por allí decidió seguir su marcha pasados unos inquietantes segundos.

La inevitable expresión de zozobra en la cara de Martín al temer ser descubierto cuchicheando le concedió a Pailá la confianza suficiente para, lejos de amilanarse, seguir presionándole si cabe con mayor intensidad.

—Mira, Martín. No nos engañemos. Yo, cultura de esa, sé que no tengo, ni la necesito. Y un analfabeto no soy. Tu familia tiene un Greco como hay Dios. Eso como poco. Que tu padre era el fotógrafo del viejo zorro ese marchante, a mí no vas a tener el cuajo de negármelo. Y que muy bien protegido le tenía a él y a su familia, tampoco me vas a convencer de lo contrario.

Sus palabras cogieron a Martín totalmente por sorpresa, aunque trató de no mostrarse todo lo desencajado que se sentía en aquel preciso momento. ¿Cómo podía conocer Pailá la relación entre su padre y Arcadio de Silvela y Osma? El primero llevaba años trabajando para el marqués, un conocido marchante de arte cuya fuente de todos sus males bien podría resumirse en una sola: una insana obsesión con enriquecerse con el arte local, a menudo con la obra del Greco como fuente de sus pingües ingresos. Pero Francisco Velasco, el padre de Martín, se cuidaba muy mucho de no revelar más relación que la estrictamente profesional, y pocos sabían —aún menos los labriegos como la familia Pailá— el regalo con el que el marqués había obsequiado a su fotógrafo personal antes de marcharse a Madrid para desaparecer entre sus frecuentes cenáculos, salones de poca monta y tertulias de ateneo.

Sí, su familia conservaba dos Grecos y seguramente más piezas de alto valor. Aun así, Martín no sabía a ciencia cierta cuál era el valor real de todo aquello, o si no resultarían ser copias de las muchas que se hacían en la época. No era precisamente el tema de conversación principal en casa a la hora de la cena. Su padre apenas mencionó la existencia de aquel regalo en toda la infancia de Martín y posterior juventud, y en un alarde de madurez impropia para su edad, él prefirió no saber nada antes que cargar con una verdad difícil de asimilar.

—No sé de dónde has sacado semejante idea —respondió Martín mostrándose extrañado e indiferente al mismo tiempo. Después empezó a señalar con el dedo hacia las distintas cajas y botes que había repartidos por el cuartito.

—¿Iba a estar yo jugándome el cuello entre sulfito de sosa, fosfato potásico y difenilamina si mi familia tuviera un cuadro de diez mil pesetas?

Él mismo se dio cuenta al segundo de su poco acierto al tirar tan por lo bajo con su valoración de los Grecos de su familia.

—¡Ja! ¡Si solo fueran diez mil! —exclamó alegremente Pailá, y

al instante añadió, ahora con el rostro teñido de vileza—: No me la intentes jugar, Martín. O las cosas se van a torcer para ti antes de lo que imaginas.

Pailá le agarró por los hombros con las manos, en un falso gesto de aprecio que se transformó rápidamente en un intento de apartarle de su paso como quien trata de desplazar un bulto hacia un lateral. Martín se lo quitó de encima con un doble golpe de manos sobre los brazos de Pailá, que cayeron lánguidamente hasta quedar alineados con su torso.

—Piénsatelo —respondió en forma de ultimátum antes de salir del cuartito de almacenaje.

Martín esperó un tiempo prudente dentro del cuartito antes de salir, con tres ideas ocupando la totalidad de sus pensamientos: jamás mataría a nadie por nada del mundo, Pailá le delataría a traición en las próximas horas y su familia estaba en serio peligro.

Capítulo 8

Actualidad

Luis Velasco apagó el melódico pitido de su alarma de sobremesa a las 5.30 del martes. El padre que debía ser no podía perder el tiempo durmiendo cuando el mundo llevaba ya tiempo girando, y despertar en plena madrugada le había parecido una buena forma de organizarse. O de sentirse un poco más como esos grandes líderes del mundo que afirmaban comenzar el día a las tres de la mañana. Después de una semana remoloneando hasta las siete y resistiéndose a configurar la alarma para despertarle a una hora más realista, consiguió levantarse, pegarse una ducha, desayunar y mantener los ojos abiertos hasta las siete.

Se presentó en el hospital para la prueba de transferencia genética requerida por el equipo médico, otra forma más de darles esperanza para nada. Hasta la fecha todo habían sido palos de ciego y, en fin, qué podía hacer. Aunque solo fuera eso, una prueba más para cumplir con el protocolo, librarse de ella no era decisión suya. Según el equipo médico liderado por el doctor Maximiliano Cordón, los genes tenían mucho que decir a la hora de explicar la enfermedad de Marc. No había que ser genetista para figurárselo. Tocaba hurgar en el pasado. A fin de cuentas, estaban todos muertos, ¿qué mal podía hacerles ahora? Échale la culpa de todo a tus abuelos, ¿no era eso lo que solían decir las empresas de análisis de ADN en sus campañas promocionales? Luis trataba de tomarse las cosas con filosofía, si bien tomárselas con humor habría sido una frivolidad impermisible dadas las circunstancias.

Con una larga lista de espera para las pruebas, Luis había pasado los últimos seis meses explorando toda la literatura científica al respecto para no sentirse caminando sobre un pantano fangoso cuando los médicos sacaban a relucir toda su palabrería de manual. A él se lo iban a contar, compartiendo techo con todo un ejemplar como era Helena Durán, más dura que el vinagre de cooperativa. Por eso, investigar era lo que debía hacer un padre en su situación, era el comportamiento considerado ejemplar. Aunque no fuera capaz de distinguir la epigenética de la expresión de los genes afectada por las histonas. Más a menudo que lo contrario, Luis acababa desviando el foco del verdadero problema. El problema no era él siendo

incapaz de encontrar respuestas para la enfermedad del pequeño Marc, ni era lo bien o mal que consiguiera representar el papel del padre coraje que debía ser de cara a la galería. Lo que estaba en juego era mucho más que eso, infinitamente más. Era la vida de su hijo. A veces parecía nublársele la vista con eso, pero Helena no se había visto capaz de decírselo a las claras.

En su batalla nocturna contra su ignorancia, hectómetros cúbicos de café mediante, Luis encontró especialmente curioso que el esperma pudiera recordar cosas. Cosas que a su vez pudieran transmitirse a la descendencia. Sus diminutas cabecillas de renacuajos contenían información que podía joder pero que muy bien a tus descendientes más allá de la primera o incluso de la segunda generación. El esperma podría haber tomado unas buenas muestras de la dieta, de los hábitos o el entorno del padre y entregárselo en ofrenda a sus descendientes sin preguntarles primero. El ADN era parte clave en la historia, pero no toda la historia.

Con el cuestionario sobre sus antecedentes familiares delante, la mirada fija en la casilla para la declaración jurada de la veracidad de los datos. De súbito, reparó en el bolígrafo dándole el baile de San Vito en su mano temblorosa. ¿A qué venía ese repentino ataque de intranquilidad? Ni que fuera una oposición a juez. La idea de que su abuelo Martín, habiendo inhalado productos químicos derivados de la pólvora con toda probabilidad durante quién sabía cuántos años, pudiera tener algo que ver en la enfermedad de Marc, no era una perspectiva que le apeteciera cargar a sus espaldas. Otro dardo envenenado de la vida más, no. Por favor.

Luis respiró hondo, resopló profusamente y, una vez vacío de todo rastro de oxígeno, horadó con el bolígrafo una discreta X en la casilla de «No conocidos» que figuraba en el bloque de preguntas sobre sus antecedentes familiares. Si su abuelo Martín tenía algo que ver con la osteoporosis con pseudoglioma de Marc, ya encontraría la forma de digerirlo llegado el momento. Por lo pronto, haría la vista gorda.

Tres horas después, a las 8.15 de la mañana del mismo martes, Helena era poco más que un espectro, ni siquiera la sombra de sí misma. Además, no se encontraba donde debería estar puntual a esa hora cada mañana, clavada como un preciso reloj de manufactura suiza en su despacho, rodeada de imágenes descoloridas con evidentes ejemplos de irritaciones de la piel, sarpullidos y edemas. Aunque aquellas imágenes no deberían representar casos tan graves como para causar malestar en sus pacientes ni tan leves como para restarle hierro al problema, un

impulso fuera de su control empujó a Helena a decantarse por el primer tipo de imágenes (las más impactantes) al decorar las paredes de su consulta.

No, Helena no estaba puntual en su despacho como cada nueva jornada laboral, donde debería estar recibiendo a las primeras visitas de la mañana. Estaba en otra parte, en el único lugar donde podría encontrar el exilio que necesitaba con carácter de absoluta urgencia en aquel preciso momento. Un exilio prácticamente inútil, ya que podía huir de prácticamente todo en este mundo menos de sí misma.

Sentada sobre la tapa de un reluciente retrete plateado, Helena empujó la puerta del excusado con sus pies para evitar cualquier sorpresa de alguien intentando abrirla por el otro lado. En este tipo de situaciones prefería acercarse a la zona para pacientes de la planta en la que pasaba consulta cada día, allí en el CHUAC. De ocho a tres de la tarde con absoluta religiosidad, con un único descanso para picar algo a media mañana y otro para contemplar la bahía de A Coruña, momento en que se dejaba cegar por los rayos del sol que se abrían hueco a través de los grandes ventanales recientemente instalados en los pasillos cuya privilegiada orientación caía hacia el este. Tenía plena confianza en su buen par de muslos, entrenados a fuerza de paseos con bebés en sus brazos, pero más en la cruda y resistente suela del calzado sanitario que la dirección del hospital les invitaba a calzar en un alarde de corporativismo que le sacaba de quicio. No era ella en cualquier caso quien presionaba con obstinada fuerza sobre la puerta del excusado, sino un instinto fuera de control que dictaba ese tipo de determinaciones de corte más bien irracional. Helena sabía muy bien que nadie haría el intento de entrar por la fuerza, y todavía menos un paciente o el acompañante de este.

Aquel momento de bajón no había sido el primero del día, ni mucho menos. Una hora antes, salir de la ducha se había convertido en un suplicio para la doctora especializada en alergología. Y no por no sentirse a gusto inmersa en una densa columna de vapor caliente. En su lugar, lo que hacía que salir de la ducha fuera algo tan difícil era la simple, descarnada e inevitable idea de tener que enfrentarse un día más a su particular realidad.

Como era de esperar, las pocas personas que entraron en el baño a esa hora de la mañana ignoraron por completo la presencia de un ente palpitante dentro de uno de los urinarios. Un alivio para Helena, quien lo último que quería era tener que responder con monosílabos vacíos de argumento a las preguntas

habituales sobre esto y aquello que, no por bien intencionadas, le iban a resultar menos molestas.

Helena temía con profundo horror el momento de tener que regresar a su despacho, a las evocadoras imágenes de irritaciones cutáneas y a los globos rojos apenas rellenos con el aire de sus pulmones que le resultaban aterradores. Además, ¿por qué narices seguía con esa odiosa costumbre de inflar globos y regalárselos a los niños? El mismo Marcos Fresno, en su primer año de interino y que hacía las veces de asistente para Helena, se lo había dejado caer en más de una ocasión.

—Los globos… ¿necesitas ayuda para inflarlos? —Hasta el propio ayudante reparó al instante en lo absurdo de su iniciativa.

Que su asistente considerase necesario echarle un cable para inflar los dichosos globos rojos había sido la estocada definitiva para los ánimos de Helena, quien ya había advertido con anterioridad algo extrañamente inusual en la expresión de sus jóvenes pacientes al recibir el globo de marras como único obsequio por prestarles sus extremidades. Inflados hasta el punto en el que Helena se sentía incapaz de seguir soplando, los globos presentaban el aspecto propio de un pedazo de látex inflado hasta darle una imagen no más lustrosa que la de una uva pasa después de días dejando escapar todo su esplendor, vilipendiado bajo un sol de justicia. Ridículo a todas luces, o más aún, patético, lamentable y desprovisto de toda gracia. Exactamente como ella se sentía en aquel momento: patética, lamentable y desprovista de toda gracia.

Pasados unos minutos, respiró una profunda bocanada de oxígeno y depuso su actitud defensiva, bajando las plantas de los pies al suelo firme. Se hundió entre los hombros como el Titanic partiéndose en dos mitades tras el roce con un inoportuno iceberg. Aquel pecio en el fondo del mar era el vago recuerdo de lo que motivó a Helena a estudiar medicina. «Entras con un problema, se estudia y se le busca una solución». Esa era la razón por la que había elegido dedicarse a la medicina, ¿o no había sido esa? Ayudar a la gente era secundario para Helena. Estaba dispuesta a pagar el precio de esa incomodidad, la de tener que tratar con la gente, por satisfacer otra comodidad superior: no tener que vivir en la incertidumbre.

Su preparación para el MIR había sido agónica, a resuello. Un primer intento no saldría bien, y a la segunda ya hablábamos de un embarazo de por medio. Así que se tuvo que dar con un canto en los dientes con el resultado y acabar eligiendo Alergología, de las especialidades menos demandadas por séptimo año consecutivo. «Hola, soy Helena González, alergóloga. Enséñeme

esa nariz tupida. A ver esos ojos llorosos. Marchando una de sarpullidos». A base de no verse en la tesitura de tener que usarla, la intuición podía ser de las facultades más en segundo plano para Helena. Y después de más de doce mil horas revisando erupciones cutáneas, dando respuestas de manual y, en resumen, asumiendo a la evidencia empírica como la única opción a la hora de dar un diagnóstico a sus pacientes, un conflicto entre su naturaleza práctica, racional y la necesidad de tomar las riendas era cada vez más evidente.

—¿Quieres, por una vez, lanzarte a la piscina y ver qué sucede?

—¿Lanzarme a la piscina?

—Sí, dejar que tu instinto sea quien te diga qué es lo correcto, para variar.

Las frecuentes visitas de Helena a la biblioteca del hospital, principalmente para documentarse sobre la enfermedad de Marc y eventualmente para evadirse del mundo a su alrededor, acabaron forjando una saludable relación de amistad con Emi Lodeiros, directora del departamento de biblioteca y fanática de las motos de competición. Todo un carácter que a Helena resultaba inspirador, la dosis de mano firme que a menudo necesitaba.

—Claro —objetó Helena—, dejar mi futuro en manos de mi agudo instinto…

—¿Qué pasa? —respondió Emi con su habitual contundencia al hablar—. ¿Crees que no lo tienes?

—¿Lo tiene alguien? —Helena lo dudaba seriamente.

—Vamos a ver, ¿crees que un sexador de pollos tiene la menor idea de por qué está lanzando la mitad de los pollos al cubo de las hembras y la otra mitad al cubo de los machos?

—Algo sabrá, por algo es sexador de pollo.

—¡No tienen ni puta idea! —Emi la interrumpió con el ímpetu que le caracterizaba—. Cuando les preguntan por qué han elegido un sexo u otro, simplemente no saben dar una razón precisa. Y, aun así, están convencidos de haber elegido bien.

—Algo se verá, si no de qué.

—¡Qué cojones se va a ver! Si hacen la selección en apenas unos segundos después de que el pollo salga del cascarón. A razón de unos mil pollos por hora, poco más de tres segundos para decidir una cosa u otra a una velocidad de vértigo. Sin tiempo para pensar, es cuestión de articular los labios para decir sí o para decir no. Poco más.

—¿Y aciertan? —preguntó Helena dejándose llevar por la curiosidad.

—¿Qué si aciertan? ¡En un 98% de los casos! Sí, no, sí, no, sí, sí,

sí, no. Pum. Digan lo que digan y lo digan por lo que lo digan, el caso es que lo están diciendo con casi total precisión.

—Bueno, algo tendrán los pollos ahí abajo que les hará diferentes. Digo yo.

—¡Nada! —exclamó alargando exageradamente las vocales—. Órganos genitales idénticos, aspecto idéntico, todo idéntico.

—Vale, vale… Y ahora ¿qué puedo hacer yo con esta interesante información?

—Si te lo tomas a broma, poca cosa.

—En serio. Quiero ser más intuitiva, pero no sé ni por dónde empezar.

—Pues empieza por donde empiezan los aspirantes a sexadores de pollos.

—¿Estudiando pollología?

Una sonrisa abrió las puertas a una sonora carcajada por parte de Emi. Su risa parecía la de un fumador compulsivo que hubiera quedado atrapado en el cuerpo de un osito de peluche.

—No. Soltando lo que te salga de las mismas entrañas. Sin buscar razones que lo expliquen, sin tratar de apalancarte en una explicación razonada. Simplemente es así porque tú, en lo más profundo de tu ser, sabes que debe de ser así. Y no hay más que hablar.

—¿Un diagnóstico visceral?

—Eso es.

—Lo siento, pero no puedo poner en riesgo la salud de un paciente por una intuición, ¿estamos locos o qué?

—¿Y si es precisamente tu intuición lo que puede curar a tu paciente? Cariño, ¿cuántos diagnósticos erróneos pueden estar dándose por seguir el manual?

Hubo un momento de silencio.

—Mira —continuó Emi—. Han pasado muchos estudios por mis manos en los últimos…, qué sé yo, treinta años, y si de uno de ellos he aprendido algo sobre la medicina, y ojo, siempre desde mi posición, que sé muy bien la que es y la que no es, que yo no tengo que diagnosticar a nadie, pero bueno, no me quiero liar, a lo que voy es que la intuición no es una cosa exclusiva de las películas de Bertolucci. Y te puedo asegurar que hay estudios que lo respaldan.

—¿En alergología?

—Chica, no sé si en alergología específicamente, pero sin duda en otras especialidades.

—Cuéntame un poco más sobre esos estudios, que yo me entere.

Pese al tono jocoso en sus palabras, internamente se libraba en Helena una fuerte batalla entre querer saber más sobre el tema y

el deseo de zanjarlo por resultarle totalmente absurdo.

Emi tomó aire antes de responderle. No quería sacar toda la artillería, sino solamente aquello que pudiera hacer mella en Helena.

—Resumiendo -dijo, después de unos segundos divagando-, un estudio en particular demostró que la precisión en el diagnóstico al ver una serie de diapositivas dermatológicas fue mayor entre los que recibieron instrucciones de diagnosticar lo primero que les viniera a la cabeza que entre quienes trataron de elaborar un análisis mucho más razonado. Y en otro estudio parecido se encontró una fuerte mejora en la precisión al interpretar un electrocardiograma cuando se solicitó a los participantes utilizar una combinación de estrategias analíticas e intuitivas. ¿Continúo?

—No hace falta. Por aquí hay mucha gente alérgica a términos como intuición o, peor aún, a corazonadas. ¿Te imaginas qué risas en un juicio por negligencia médica? —Helena dejó escapar una triste carcajada—. Señor juez, entienda usted que yo tenía una corazonada y que no podía descartarla tan así como así...

Emi abrió los ojos de par en par, elevando las cejas hasta la azotea.

—Es decir, que en tu caso particular, pasas de lleno a la examinación clínica de tus pacientes sin pararte un segundo a sentir, ¿es eso lo que me estás tratando de decir?

—A ver, no es tan fácil como decir esto es blanco y esto es negro. Por supuesto, claro que me fijo en el aspecto del paciente. En ese momento es una especie de experiencia multisensorial. Te fijas en su expresión general, después pasas a valorar su respiración..., reparas en ese tipo de cosas durante unos instantes. Sí, efectivamente, hay mucha más información que si escucharas su caso por teléfono, pero ¿intuición? Cualquier impresión que pueda extraer al estudiar el caso particular de un paciente tiene que ser necesariamente por algo que acabo de ver en él de forma consciente, por algo que conozco, que he estudiado, ¿no es así?

Emi tomó distancia reclinándose unos centímetros hacia atrás, meneó la cabeza hacia ambos lados y puso cara de estar a punto de tenderle una inocente trampa entre amigas.

—¿Cuánto crees que empatizas con tus pacientes?

—Diría que más bien poco.

—Ahí está. —Emi adelantó las palmas de sus manos como quien ofrece canapés en una fiesta de cumpleaños—. Una condición necesaria para desarrollar la intuición es la de empatizar con las personas. Habrá incontables profesionales con una orientación

puramente científica en su trabajo y ni la menor capacidad de empatía. Es normal que tengan menos probabilidades de desarrollar este tipo de intuición. Y ese podría ser tu caso.

—Sin duda es el caso de la mayoría por aquí. Intuición, corazonadas, instinto, todas ellas se basan en sentimientos, y son, por lo tanto, poco o nada fiables.

—Podrías empezar a verlo como algo positivo.

Una mirada vidriosa dejó entrever en Helena una minúscula luz al final del túnel, aunque todo quedó en una tenue chispa que esta envolvió rápidamente en una gruesa capa de escepticismo.

—Y también podría ir pidiendo el traslado a Urgencias.

Capítulo 9

—¡Luján! —vociferó Muñiz desde la máquina de café, situada sobre el mostrador del *office* que hacía las veces de punto de reunión en la comisaría central de A Coruña—. ¿Necesitas ayuda con el caso Villaboi?

La semana posterior a la desaparición del joven buceador estaba resultando del todo improductiva, y lo único que el enfoque casual de los jueves en comisaría podía añadir a la investigación era un carrusel de bromas recicladas y chascarrillos fuera de lugar. Con su máscara del clásico de terror *Scream* haciendo las veces de gorra —esa que le recordaba al hombre gritando de Munch—, Luján redactaba en su escritorio el informe del día anterior tratando de pasar inútilmente desapercibido para sus compañeros de trabajo. Aquella máscara era uno más de los tantos trastos considerados infantiles que inundaban el cubículo donde trabajaba y por el que se enorgullecía de no haber sido apercibido hasta la fecha. Aunque ese tipo de concesiones podían desparecer fácilmente si las cosas no tomaban otros rumbos en su relación con el subinspector Peirallo.

—¿Me escuchaste, Luján? —insistió Muñiz con su particular aplomo, ese aplomo que le hacía ser como una patada en las pelotas.

Al escuchar su nombre, Luján hizo rodar la silla ligeramente hacia detrás e inclinó la cabeza por toda muestra de atención a su compañero. Podía imaginarse fácilmente por dónde iban los tiros. Conocía a Jesús Muñiz desde la universidad, y después de su graduación la mala suerte se encargaría de hacer el resto juntándole con aquel tipo allí donde esperaba pasar largos años trabajando.

La vida traía a menudo sorpresas de ese tipo, eso lo sabía bien Luján. Sorpresas como coincidir en la UDEV —la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta de A Coruña— con el tipo más caradura que uno pudiera echarse en cara. Un tipo que si bien podía llegar a resultar digerible y hasta caerle a uno simpático en un primer término, no tardaba en revelar una cara un tanto más indigesta tras un poco más de trato. Muñiz encajaba muy bien en el cuerpo de policía, aunque, a juzgar por Luján, había tocado ya el límite de sus aspiraciones en la vida con el puesto administrativo que ocupaba cada mañana de 9 a 14 horas.

—Es que tengo aquí mismo el teléfono de un vidente que estará

encantado de echarte un cable —continuó Muñiz. Tratar de resultar gracioso le salía de forma natural—. Además, veo que tiene unas valoraciones fantásticas en Google…

Un pequeño tsunami de risas contenidas fue cobrando vida entre los pocos compañeros que aún seguían en comisaría a aquella hora de la mañana.

—Responde al nombre de Rappel —remató—, pero ya te advierto que suele estar pero que muy ocupado sacándole los cuartos a ingenuos que creen en fantasmas y seres de ultratumba.

A Luján le resultaba cuando menos indignante que hasta el administrativo encontrara gracioso meterse con su forma de trabajar. Sin arredrarse, optó por seguirle la corriente a su antiguo compañero de universidad.

—Claro —respondió Luján a voz en grito—, pásamelo. Le preguntaré cuál será tu próxima excusa para no tirar de la cadena, tío guarro.

Las mejillas de Muñiz se tornaron automáticamente del color de una manzana Fuji, y sintió la merecida puñalada sin ser capaz de reaccionar. Trató de buscar apoyo a su alrededor y, al no encontrarlo, acabó volviendo la vista al teclado de su ordenador con la cabeza agachada como si no se hubiera sentido humillado.

Las noticias viajaban como la pólvora de mesa en mesa en comisaría, cuya distribución recordaba a la de las oficinas de Hacienda. No tendría que pasar mucho tiempo para que Peirallo fuera contando los pormenores de la investigación de Luján: los niños recogiendo proyectiles junto a las dunas y las paredes pintadas en el cuartelillo abandonado de Cabo Prior como todo fruto de su investigación.

Luján buscó con la mirada a su subinspector desde su escritorio, encontrándolo a los pocos segundos intercambiando unas palabras con el agente Bailén junto a la máquina de café. Cruzaron miradas y Peirallo se despidió de su interlocutor para dirigirse hacia Luján. Estaba claro que no podía fiarse ya uno de nadie para mantener los pormenores de su investigación dentro de un perfil bajo.

En la distancia, mientras se le iba aproximando, Luján le dirigió un silencioso: «Joder, subinspector…, ya le vale», y acompañó la gesticulación verbal con un ademán de resignación.

Una vez junto al escritorio de Luján, resultó evidente que el subinspector Peirallo tenía la misma sensación de traición de baja estofa que la que sentía el propio Luján por su inmediato superior.

—Es que ya le vale, Luján.

Luján se sentía, para qué ocultarlo, notablemente molesto con

la actitud del subinspector de no poner freno de una vez a las constantes bromas o alusiones al más allá, al mundo de lo espiritual y en general a todo lo que no fuera poner los huevos de Neandertal sobre la mesa para ganarse el respeto de los demás.

—No lo entiendo, señor —gruñó Luján.

—¿Qué no entiendes?

Para Luján no podía estar más claro.

—¿Por qué le sigue la corriente a ese pájaro?

—Ese pájaro es tu compañero —le recordó—. Te guste o no.

—¿Y debería tenerle algún tipo de respeto solo por eso?

Peirallo calló durante un instante. Sabía que Luján tenía razón, claro que la tenía. Si quería mantener un espacio colaborativo en aquella comisaría, había episodios cómicos que podían suprimirse del todo. Pero una cosa es que Luján tuviera razón y otra bien distinta que el propio Peirallo, como jefe al mando, estuviera dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Déjalo en paz —trató de quitarle hierro al asunto—, no es más que…

—Ya, ya… —le interrumpió Luján, y a continuación parafraseó las palabras del subinspector—. No es más que un comentario sin maldad, ¿verdad?

Peirallo fingió sorpresa al ver a su subordinado poner en su boca palabras que aún no había pronunciado.

—¿No iba a decir eso? —cuestionó Luján en tono de censura.

Cien por cien positivo. Era lo que iba a decir.

—Luján, hombre…

—De comentario sin maldad, mis cojones —dispuso Luján mirándole fijamente a un punto imaginario en el entrecejo—. Es la misma paliza de siempre, una y otra vez.

Nada odiaba más Peirallo en el mundo que aquel hábito tan propio en Luján de mirarle directamente entre ceja y ceja. ¿No podía eludir el contacto visual como todo buen subordinado? Pero a quién quería engañar. Luján no era de ese tipo de personas. Eso era precisamente lo que le hacía diferente de cualquier otro agente en el mundo, ¿no era eso lo que le había hecho sentir algo de esperanza para sus últimos años en el cuerpo, esperanzas de darle el relevo a alguien con la suficiente…? Tratando de alumbrar la palabra exacta para rematar aquel pensamiento, Peirallo quedó absorto mirando la pantalla de la computadora de Luján, donde la imagen de una cabeza de corte futurista delineada en tonos azules emanaba un haz de rayos desde un cerebro visible en su interior como si le hubieran transparentado una sección del cráneo.

Tras una rápida sucesión de parpadeos, regresó su atención a

Luján.

—¿Qué tenemos del caso Villaboi? —inquirió, tratando de dar un paso hacia adelante en la desaparición del joven de Meirás.

—¿Aparte del lugar de interés que por razones que desconozco no estamos ni siquiera contemplando analizar?

Luján se refería al viejo cuartelillo situado en el extremo del camino de tierra adyacente a la carretera que llegaba hasta el faro de Cabo Prior, aquel en el que intuía que tenía que haber sucedido *algo* en la noche de la desaparición de Nando Villaboi.

—No me venga con esas, Luján. Que tenemos mucha mierda encima como para guiarnos por corazonadas.

A nadie más que a Luján le habría gustado tener algo sólido a lo que agarrarse. Empezaba, por el contrario, a sentirse más bien solo y vagamente respaldado por sus superiores.

Luján movió distraídamente el ratón sin desviar la mirada del subinspector Peirallo, apenas lo justo para hacer desaparecer el salvapantallas. Después vaciló unos instantes antes de decidir si darle una respuesta u otra.

—¿Tenemos algo del buceador o no?

—Veamos…

Sin la distracción del colorido salvapantallas, la mirada de Peirallo se fue desplazando poco a poco por el puesto de trabajo de Luján. No pareció notar la máscara de carnaval que su subordinado llevaba en la coronilla. De haberle preguntado, Peirallo habría afirmado que acababa de llevarse a cabo una sesión de espiritismo en su escritorio.

—¿Tenemos algo, Luján? —insistió rogándole sinceridad por una vez en su vida. Recibir solamente unas migas de honestidad le habría hecho inmensamente feliz.

Luján recolocó la careta sobre su cabeza. Lo cierto es que no tenía nada de lo que Peirallo consideraría algo tangible.

—No, señor —respondió finalmente dejando escapar una larga exhalación.

—¡Por Dios, Luján! —Peirallo dio una única pero sonora palmada fruto de la frustración—, ¿para qué se levanta usted cada mañana?

Luján tenía que salvar los muebles como fuera o la amonestación de marras, una más para su prolífica colección de apercibimientos, estaría un paso más cerca. Y en algún momento dejarían de ser simples llamadas de atención para pasar a ser algo más corpóreo.

—No está todo perdido, subinspector —se aventuró a decir, abriendo una pequeña vía a la esperanza en Peirallo .

Peirallo quería honestamente llegar a ese punto idílico de

confiar plenamente en Luján, aunque cada vez le resultaba una quimera más imposible de alcanzar. No quería tener que amonestarle por nada en el mundo, pero era siempre una en la frente, y luego otra, y luego otra más. En algún momento debería dar un golpe encima de la mesa, aunque siendo ese su propósito cada nuevo fin de año, no había cambiado nada pese a haberlo deseado con ahínco cada una de las últimas cinco navidades sin excepción. Sonaban las campanadas, Peirallo besaba a su mujer y deseaba que el siguiente año todo fuera rodado en la oficina. Un claro eufemismo para pedir que Luján no pusiera todo patas arriba. Su estatus en comisaría así lo exigía, y su reputación se veía en un constante brete cada vez que le daba manga ancha a Luján dejándole seguir su instinto.

—Honestamente, Luján —dejó escapar una bocanada de aire exasperado—. No sé si quiero saberlo.

Incumpliendo una de las reglas básicas en cualquier proceso de investigación, Luján lo había apostado toda a la promesa de un inminente chivatazo por parte de un vecino de Prior, un chaval de los que solían merodear por las zonas de reunión de los más jóvenes, quien le había asegurado estar en posición de poder averiguar algo más sobre la desaparición de Nando Villaboi, ¡y solamente a cambio de retirarle un puñado de multas por posesión de hachís! Una ganga más para Luján cuya improcedencia pensaba solventar pasándole la patata caliente al subinspector Peirallo.

Luján revolvió el montón de papeles repartidos de forma caótica por su escritorio hasta que finalmente consiguió localizar la carpetilla de color marrón que iba buscando ante la mirada atónita del subinspector.

—Tenga. —Le acercó la carpetilla a Peirallo, sobrepasando los límites de lo necesario al pegársela en la chaqueta de Cortefiel como si del dorsal frontal de una maratón se tratara.

El subinspector agarró la carpetilla marrón con una sentida desgana física y una palpable lentitud en sus movimientos corporales, aunque una lejana brizna de luz en su mirada delató cierto grado de esperanza.

Le bastó con echar una rápida hojeada al contenido de la carpeta para socavar esa pequeña llama de esperanza al instante.

—¿Es esto lo que creo que es, Luján?

—Vale, tendremos que pedir algún favor. —Eso ya no se atrevía siquiera a ponerlo en duda—. Pero tal vez acabe mereciendo la pena, señor —concluyó.

El subinspector dejó caer al vacío su brazo y, con este, la carpeta marrón. Aunque no aflojó el agarre y todo quedó

finalmente en un buen espectáculo visual de desasosiego.

—¿Tendremos, Luján? ¿Tendremos que pedir algún favor? Ese lenguaje inclusivo no tendrá cabida hasta que los dos nos comamos los marrones que hasta ahora me vengo comiendo yo solo.

Después lanzó el expediente sobre el teclado del ordenador.

—No hará falta recordarle que tiene pendiente realizar el atestado del accidente en el astillero Navantia.

Lo del astillero había sido un accidente laboral de fatales consecuencias. Pese a ello, había que cursar las correspondientes diligencias.

A Luján comenzó a resultarle complicado encontrarse cómodo en su silla de oficina que, pese a su gran ergonomía, no contaba con una función específica para reducir el impacto lumbar de una montaña de marrones como la que tenía encima.

—Espere, espere —continuó Peirallo—, póngase cómodo. Que también tenemos que empezar con el papeleo de la reyerta entre los clanes de Narón.

Esa había sido buena. Un muerto y cuatro heridos como saldo en una batalla campal de las que dan de hablar durante años.

El rostro del subinspector era un cuadro. Se apreciaba que, como él mismo solía decir, aquella mañana no tenía el chocho para farolillos de ningún color.

—Esto no es un zoco, Luján —resopló Peirallo—. Por mucho empeño que le ponga usted en hacer que esta comisaría se le parezca. De hecho, si solo le pusiera el mismo empeño en hacer las cosas siguiendo el manual, quién sabe el escalafón hasta el que podría usted llegar. Pero no por este camino, Luján. Por este camino, seguro que no.

Bloqueado por el elogiable aguante que tenía el subinspector con él, Luján permaneció en silencio esperando el final de la conversación.

—La expresión que busca y cuyo paradero a la vista está que no acaba de encontrar es *lo siento*—expuso finalmente Peirallo.

No era ya tanto lo obvio que resultara el subinspector tratando de recibir una disculpa, sino que estaba solicitándole directamente esa disculpa a Luján por si este no se había dado por aludido, como resultó ser el caso.

—Gracias, señor.

***

¿Cuál podía ser la razón por la que los aparcamientos privados tenían ese olor tan característico, similar al de un velero con fugas de gasoil? Subiendo por la rampa al salir del parquin de la

comisaría, Luján se preguntó esa y muchas otras cuestiones: ¿qué era exactamente un escalafón? Si suponía un aumento de sueldo, adelante con él.

El esfuerzo del Golf dorado del noventa y cinco para remontar la rampa del aparcamiento estaba resultándole épico a Luján. No podía sentir más que cariño y admiración por aquel inquebrantable compañero de fatigas de insolentes llantas cromadas y emanaciones de CO_2 rozando el límite de lo permitido.

No sin sobrecargar más de la cuenta las viejas (y seguramente oxidadas) piezas de su mecánica particular, el Volkswagen consiguió elevarlos a ambos hasta la barrera de salida del aparcamiento. Una vez ahí arriba, Luján tiró con fuerza del freno de mano para disponer de un breve lapso para acercar su tarjeta al lector magnético. El Golf tragó saliva tratando de mantenerse clavado en la rampa por todo medio posible, llegando a contrarrestar la pendiente solamente gracias al ligero empuje de Luján sobre el acelerador, ya que el freno no estaba como para hacer depender de él la integridad física de ambos. Para eso estaban los amigos, pensó Luján, no para cuchichear entre bambalinas.

Tener un buen fondo no eximía al subinspector Peirallo de mostrar el mínimo decoro con él, por muy molesto que pudiera sentirse con sus métodos quizás no todo lo convencionales que él hubiera deseado en sus propósitos de cada nuevo comienzo del año.

La distancia comenzó a resultarle insalvable a Luján tras unos segundos tratando de alargar el brazo lo indecible para pegar la tarjeta magnética al lector.

Sacando el codo por la ventanilla, y seguidamente la cabeza, echó una mirada inquisidora hacia el neumático delantero. Efectivamente, la distancia a la que quedaba la rueda de la isla central en la que se erguía la máquina con el lector de tarjetas era un despropósito.

En el peor momento imaginable, su teléfono móvil comenzó a martillear una serie de pitidos a diestro y siniestro desde el bolsillo de su pantalón. Luján tuvo que tomar en cuestión de segundos la decisión irreversible de qué atender primero: el lector magnético, evitar un peligroso descenso marcha atrás desde lo alto de la rampa o responder a la llamada. No era la primera vez que dejaba escapar la promesa de un buen soplo por no descolgar el teléfono a tiempo. Ningún confidente era tan tonto como para revelar su número de teléfono al llamar a un agente de policía. Se hacía, obviamente, activando la función de

número oculto en la llamada.

Además, ¿qué señal de alerta habría más clara en el mundo para un soplón que la de no recibir respuesta al llamar a la policía? En una lectura positiva, quizás hasta lo acabara agradeciendo a toro pasado. A poco que el soplón fuera mínimamente supersticioso, que nadie respondiera a su llamada era la señal más evidente de estar errando el tiro al acceder a dar el soplo. Por otra parte, para que un soplón llamara una segunda vez a su contacto en la policía tenía que estar muy desesperado por la recompensa, lo que a juicio de Luján lo convertía en el candidato menos fiable para dar un soplo con fundamento.

Luján metió la mitad de su cuerpo de vuelta en el interior del vehículo, lanzó la tarjeta magnética del parquin sobre el salpicadero y se llevó la mano más hábil al bolsillo derecho del pantalón, fuertemente ceñido a sus dos grandes muslos embutidos en tela *denim*. Perdió la atención del pie sobre el acelerador y el Golf dorado comenzó a perder altura progresivamente rodando rampa abajo.

Algo de habilidad al volante, junto con ciertas trazas de buena suerte, permitieron a Luján aceptar la llamada, recuperar el control del viejo cascarón y maniobrar a tiempo para salir del garaje.

Abandonando ya las instalaciones de la comisaría y circulando a buen ritmo por la Avenida Porto, Luján pudo finalmente responder al teléfono. La rata aguardaba impaciente al otro lado de la línea con serias ganas de resolver el asunto de sus multas por el menudeo recurrente de hachís. Y la confidencia parecía tener cierta base, después de todo.

—Eh, y que sepas que son dos payos —aseguró la voz al otro lado de la línea, cosa que a Luján le costaba creer tratándose de dos tipos de Catabois.

—Vale —respondió Luján—, supongamos que tengo que hacer un esfuerzo enorme para creer que no me la estás queriendo colar para librarte de las multas, o para darle el palo a esos dos personajes, ¿viejos amigos de correrías, tal vez?

—Que no, que no —le interrumpió el soplón—. Te juro que es verdad. Si no te lo digo yo te lo dirá cualquier otro. Lo sabe todo el mundo…

—¿Qué todo el mundo? —preguntó Luján con interés renovado.

—Todo el mundo.

Luján construyó la jugada mientras avanzaba ya por la autopista AP-9 hacia Ferrol, tráfico fluido y el día bastante despejado.

—¿Conoces la ley de la oferta y la demanda? —preguntó Luján.

El chivato vaciló durante unos segundos sin saber si callar o preguntar por aquella nueva ley de la que poco había escuchado hablar, pero que en realidad conocía muy bien a juzgar por los precios a los que vendía el hachís.

—Eh… pues no lo sé —respondió sin adornos.

—Pues ahora ya la conoces. Si la información que crees tener está en boca de todos, seguro que me sale más barato preguntarle a otro.

Aquella era una gran forma de librarle a Peirallo de tener que quitarle de encima el marrón de las multas, de cuyo endose llevaba un buen rato arrepintiéndose Luján.

El soplón lanzó una batería de noes que salieron del altavoz como casquillos de una ametralladora volando por los aires:

—¡No, no, no, no! —exclamó a la velocidad de un anuncio de Micro Machines—. ¡Espera, espera!

Luján permaneció en silencio al otro lado de la línea. Accidente en el kilómetro quince entre Miño y Pontedeume. El primero que hable, pierde.

—Tú me quitas las multas y yo te digo donde están ahora esos dos notas.

—¿Dónde están *ahora*? —preguntó Luján, que no daba ni un duro por la verosimilitud de su proyecto de confidente.

—Sí —respondió el otro con firmeza—. Ahora.

El soplo sonaba bien, pero para sorprender a los dos granujas en ese mismo momento tocaría movilizar efectivos de la Comisaría del Cuerpo Nacional de Policía de Ferrol-Narón y, por si acaso, al menos a una patrulla de la Policía Local, lo que no era poca cosa. Si la cosa se ponía fea, también estaba la Comandancia de la Guardia Civil para enviar alguna patrulla. Seguramente hubiera que hacerles unos pucheros para conseguirlo, lo que no era nada que supusiera un problema para Luján.

—¿Y bien? —preguntó Luján, cuidándose mucho de no despistarse y colisionar con el coche de delante al llegar a la zona de retenciones por el accidente en la autopista. Un Kia con la eterna pegatina de Penélope en el maletero, la luz de posición derecha hecha trizas y el parachoques salvando los muebles con cinta adhesiva de color gris metalizado.

—Primero las multas —insistió el confidente.

Nada apreciaba más en el mundo Luján que expresiones como «contra el vicio de pedir, la virtud de no dar».

—¿Las mul…? ¿Qué hemos dicho de la oferta y la demanda?

—¡Joder! —exclamó el ratero al otro lado de la línea.

—¡Estoy a punto de colgar el teléfono! —le amenazó Luján con el tono que habría usado al jugar al escondite con sus sobrinos.

No era un farol. Si en algo creía Luján era en la ley de la oferta y la demanda. Y en lo que al precio a pagar por conocer el paradero de los dos tipos de Catabois se refería, al tratarse de la única información que podía interesarle a Luján de aquel tipo, su inelasticidad era absoluta. No cabía, por lo tanto, margen alguno para el tira y afloja.

—Vale, vale —se resignó finalmente el otro, que algo de economía sí que sabía, a fin de cuentas—. Por Los Corrales andarán.

—¿Los Corrales de Serantes? —quiso aclarar Luján.

Aquello era zona declarada en guerra. Tres patrullas no eran más que un aperitivo si los dos sujetos se ponían a la defensiva. Jugando ante su público, además. ¿Estamos locos? Tres patrullas se quedaban cortas de largo.

—¿Qué otros Corrales si no? —respondió el confidente con sorna.

El tráfico iba ganando fluidez en la autopista, algo que Luján aprovechó para cambiar de tema ahora que podía centrarse de nuevo en la conversación.

—No me ha gustado nada ese *andarán* —le provocó Luján.

Ante un descenso en la calidad del producto, la demanda bajaba considerablemente. Y con ella, también lo hacía el precio máximo a pagar por él.

—¡Joder! —volvió a lamentarse el confidente, aunque esta vez separando la boca del teléfono para no resultar desesperado. Su lamento se escuchó al otro lado de la línea con toda claridad, sin embargo.

—¿Quieres que hablemos de las multas? —le preguntó Luján seguro de la respuesta.

Se escuchó un sí, claro, de eso se trata, a través de las cinco minúsculas incisiones en la carcasa de plástico del teléfono móvil del agente.

—Entonces dame el sitio exacto —le dijo Luján en forma de ultimátum—. Y más te vale no errar el tiro ni medio milímetro, ¡ni la polla de una pulga! ¿Entendido? No quiero montar un operativo de final de Champions en casa Dios para que me vengas con errores de cálculo.

—Entendido —respondió el confidente, resignado.

—Y ahora, cuéntame más sobre estos dos macarras de Catabois.

***

El soplón consiguió recordar el sitio exacto en el que Luján encontraría a los dos sujetos de Catabois. Eso sí, con un margen aproximado de una media hora larga, que era el tiempo que

estimaba podrían localizarlos en el sitio indicado. Más tiempo que ese, decía el soplón con la boca pequeña de un yorkshire terrier, no podía, ni tampoco se aventuraba a garantizarle.

—Tampoco yo te puedo garantizar nada —respondió Luján con toda honestidad del mundo—, así que lo dejaremos en tablas esta vez.

Aunque esto fue después de revelarle todo lo que sabía de la desaparición, que no era poco.

Se sabía de un «trabajo» al que Nando Villaboi no habría querido meterse él solo por nada del mundo, pero que le habría resultado tan jugoso financieramente como para asumir el riesgo. El informante no sabía de parte de quién venía el encargo. No tenía ni una bola de cristal ni una lámpara a la que frotar y pedir tres deseos, le había dicho a Luján en tono lastimero. Lo que sí sabía era que a los dos sujetos de Catabois se les solía ir la mano fácilmente, y era de dominio público que el joven buceador era el blanco perfecto a quien dar un buen palo: donaire de tipo duro, ingenuo y necesitado de dinero.

Lo que no sabía el soplón era por qué habría querido el portentoso buceador recurrir a la ayuda de aquella gente sabiendo el tipo de especímenes que eran, ni lo que el mismo Nando habría podido hacer para convertirse en el principal objetivo de aquellos. Tener la planta de un atleta de veinticinco años con tan solo dieciocho y aguantar tres minutos en apnea bajo las gélidas aguas de Cabo Prior resultaban grandes activos para impresionar a las muchachas, que hacían corrillo en lo alto del puerto para verle salir del agua. Pero no tanto así para impresionar a dos chorizos de la peor calaña de Ferrol. El tipo de corrillos que hacía esta gente tenían una finalidad bien distinta.

—Eh —advirtió el confidente—, sin mencionar siquiera mi nombre, ¿entendido?

—Qué sí, hombre —respondió Luján, y sazonó sus palabras con cierta indiferencia que hizo al confidente temerse lo peor, haciéndole pasar de estar simplemente intranquilo a totalmente angustiado por las más que seguras represalias en caso de salir su nombre a relucir delante de la persona equivocada.

—Dijimos que esto era anónimo, ¿recuerdas? —La voz temblorosa del chivato denotaba un miedo honesto, justificado —. Recuerdas, ¿no? —le insistió a Luján.

—Ojo —matizó Luján—, que una cosa es el anonimato y otra bien distinta el oscurantismo.

O, dicho de otra forma, no había nada que garantizara a un confidente quedar atrapado en el dobladillo de la ley.

—¿Cómo dices? —exclamó el soplón más agitado que antes.

Pero por aquella vez tendría que quedarse con la duda.

Luján buscó de reojo el botón rojo en el dispositivo Parrot y dio por terminada la llamada antes de entrar en el círculo vicioso del donde dije digo, digo Diego.

Después se felicitó por haber conseguido rascar petróleo de la ya de por sí débil promesa de quitarle un par de multas al chivato de marras y tomó satisfecho la salida veintisiete hacia Ferrol.

Ya os tenemos, cabrones.

Capítulo 10

Sobre el papel todo era simplemente perfecto. Sobre el papel, el Hospital Clínico de Santiago acumulaba el estudio de más de seiscientas patologías catalogadas como raras, toda una institución en el ámbito de este tipo de afecciones. Sobre el papel, el CHUAC se había comprometido por otra parte a poner lo mejor de su equipo e instalaciones para una intervención pionera en el mundo —experimental, tampoco podían olvidar este detalle— basada en el uso de un nuevo fármaco prometedor, el KZR-616. Y sobre el papel, el coste del programa alcanzaba unas cifras astronómicas que ni siquiera habían entrado a discutir todavía.

Para Helena, la otra cara de la moneda brillaba casi con más lustro todavía. Y es que sobre el papel también se escribían historias como las de los efectos secundarios inexplicables, las de las familias destrozadas y las de las vidas de cientos de niños inocentes yéndose al traste por querer ponerle remedio a un mal que, en el mejor de los casos, era conocido.

Y en estas estaban Luis y Helena el jueves a última hora de la tarde, a la gresca una vez más tratando de no llamar la atención de los críos que jugaban haciendo puzles en su habitación. Una rutina cada vez más tediosa y difícil de sobrellevar en paz y armonía cuando la tarde daba paso a la noche.

—¿Que la enfermedad de tu hijo es al menos un mal conocido? —preguntó Luis.

A esas horas del día, se cuidaba mucho de no dejar que una inoportuna subida de tono comenzara a dominar la conversación.

—¿De cuántos casos tenemos que hablar para empezar a decir que una enfermedad es conocida? —continuó, tratando de no encenderse más de lo debido—. Porque dudo que se pueda llegar a conocer del todo algo que le ocurre a... espera, ¿a cuántas personas? Ah, sí. A una entre cuatro millones.

Helena no contestó, lo que dio pie a Luis para seguir estirando indefinidamente su turno de palabra.

—Para poder llamarlo «mal conocido» le pediría al menos unos cuantos miles de casos en el mundo —se adelantó Luis, paseando en círculos alrededor de su escueto salón—, ¿no te parece?

Al contrario que Helena, Luis no quería por nada del mundo acomodarse en una situación que podría poner a Marc sobre un lecho de alfileres dejando que los meses pasaran sin tomar una

decisión en firme.

La desesperación se apoderó súbitamente de Helena, que acabó derrumbándose como tantas veces en las últimas semanas. Era lluvia sobre mojado. Saltaba a la vista que estaba profundamente dolida por todo aquello. No es que Luis estuviera pasándolo mejor, eso ella lo sabía. Pero, por alguna razón, no le resultaba del todo cómoda esa impronta por adentrarse en picado en lo desconocido.

Helena se acercó las manos al rostro, cubriéndolo casi por completo en una curiosa forma que Luis asemejó a las alas del ave fénix. Sentado a su izquierda, con una mano dispuesta suavemente sobre la rodilla de su mujer, a Luis se le puso el corazón a mil por hora al alzar la vista y contemplar la estampa que tenía delante.

Luis conocía muy bien la historia del ave mitológico, con su nido de ramas de canela y no-sé-cuántas filigranas más: «arder en el fuego para renacer con más fuerzas que antes. Dejar atrás una parte de nosotros mismos que jamás volverá a ser como antes. Morir un poco para así poder vivir durante más tiempo». ¿Qué podía ser aquello, si no era una señal? ¿Podía estar más claro? Por desgracia, no era aquel un tema que pudiera tratarse con Helena sin acabar lamentándolo después. ¿Señales de otra dimensión para una médica cien por cien escéptica como ella? Era como querer disolver aceite de motor en un vaso lleno de agua y cubitos de hielo. Una misión imposible.

O, siendo más realista, una misión suicida.

Ahora estaba Helena un poco más calmada, tratando de recomponerse entre la negación, el miedo y la desconfianza. Un extraño sabor metálico iba ganando enteros en su paladar mientras trataba de quitarse de la cabeza la punzante paradoja que la atormentaba últimamente.

Elevó la cabeza de entre los hombros y recogió su pelo castaño detrás de sus orejas, abriendo el telón de su rostro para una audiencia no siempre fácil de complacer. Hizo acopio de fuerzas para retomar esa conversación que simplemente no tenía ganas de mantener, miró a Luis y soltó finalmente el lastre que presionaba sobre su pecho como una tonelada de angustia contenida.

—Se lo recomendaría al hijo de cualquier fulano, pero no al mío, ¿en qué tipo de médica me convierte eso? —reflexionó en voz alta.

Luis se esforzó en dejar sus pensamientos sobre el ave fénix para otro rato. Tenía problemas más serios que atender, como explicarle a su mujer que la pregunta que tanto le atormentaba

ahora no era ninguna novedad en el frente: eso mismo se lo llevaba preguntando el propio Luis durante semanas, pero no se había sentido capaz de encontrar arrestos como para decírselo a la cara: confías en la medicina para los demás, ¿pero no para tu propio hijo?

Apartó su mano de la pierna de Helena.

—¿Qué más razón necesitas? —preguntó Luis—. Si sabes que esta es la mejor opción, porque lo sabes, ¿no? ¿O aún tienes dudas? Porque si no las tienes, por cada día que pasa y seguimos en las mismas, ya sabes quién lo va a pagar. Lo va a pagar Marc.

Saltaba a la vista que esa no era la respuesta que Helena esperaba escuchar. Luis, por su parte, no estaba ya por la labor de seguir cayendo en lo que para él era una búsqueda constante de lástima y compasión. Aunque no las buscaba en él, eso al menos lo tenía claro. Tal vez buscaba consuelo en el universo, aunque eso era algo que Luis solamente podía suponer.

Los lamentos no podían tener cabida en su complicada realidad. Esa realidad a la que Luis se refería para sus adentros como el «cuentagotas»: las dosis justas de felicidad, en su precisa medida y con la regulación propia de una medicación.

—¿Qué tal un poco de comprensión? —rogó Helena.

Aquello fue la gota que colmó el vaso para Luis.

—¿Comprensión? ¡Ja! ¡Comprensión, dices!

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó ella, nuevamente dolida.

—¿Es que no te das cuenta? —respondió Luis—. ¡Nada te resulta suficiente! —Y añadió, cada vez más contrariado—: Nada es suficiente cuando hay que mojar el culo, joder… siempre estamos igual —añadió enfatizando cada sílaba.

Reinó momentáneamente un silencio balsámico a su alrededor.

—Siempre igual… —repitió Luis una vez más, adoptando un tono en progresión descendente, tendiendo de forma sutil hacia la concordia.

Resultaba increíble cómo el salón de su casa podía parecer tan diminuto cada vez que una de sus cada vez más frecuentes discusiones se convertía en el desembarco en la playa de Normandía: un intercambio indiscriminado de proyectiles en el que no existía apenas espacio físico ni parapeto eficaz tras el que ponerse a salvo. Aquel era otro de esos pensamientos en los que Luis reparaba últimamente en todas sus discusiones con Helena, algo que asumía como una vía de escape momentánea: «¿Cuándo tendremos un salón en condiciones? ¿Acaso nos precipitamos con la compra del piso?».

Pero esta suerte de pensamientos balsámicos tenía una

temprana fecha de caducidad. Se evaporaban fugazmente como el caldo al cocer fideos número cero para los críos a la hora de la comida. Tenían un programa experimental sobre la mesa. Eso era lo único que importaba. Al margen del bienestar de Marc, que estaría siempre por encima de todo, como ambos habían acordado de forma unánime.

Se trataba de una de esas modalidades de tratamiento en la que el paciente financiaba el experimento. En caso de llevarse a cabo, estaría liderado por el Hospital de Santiago con la colaboración del CHUAC para hacer una intervención única en el mundo. Pero hablábamos de cientos de miles de euros, de una hipoteca millonaria que jamás conseguirían con sus trabajos, con su historial de crédito y mucho menos con sus lágrimas.

Ahora Luis lideraba la conversación.

—¿Qué más garantías necesitas, Helena? Si estuviera aquí mi padre…

La mención de su padre concedió a Helena el aliento que le faltaba como un chute de adrenalina en un paro cardiaco:

—¡Tu padre!

—Sí, mi padre. Él sabría decirnos por dónde tirar.

—¡Venga! —exclamó Helena histriónicamente—. ¡Vayamos por la vida metiéndonos en todos los berenjenales en los que sea posible! Metamos la pata hasta el fondo una y otra vez. —Alguien había echado más leña de la debida al fuego y el motor a combustión empezaba a echar humo a destajo—. Total, luego todo se arregla sacando un par de cervezas del frigorífico, ¿no, Luis? ¿No arreglaba así los problemas tu padre? ¿Un par de cervezas y, ah, por cierto, no te olvides de acabar de pagarte el MBA más caro de todos los posibles?

—No fue un MBA —respondió Luis sin ocultar su irritación—, fue CUNEF. —Y añadió con sorna—: Cuna de los líderes financieros.

Helena no estaba equivocada. Con una obstinación desmedida, su suegro había insistido en inscribir a Luis en la escuela de finanzas más prestigiosa. «Mira, chico», le decía una y otra vez, «todo está bajo control. Nada puede salir mal». Pero cuando el padre perdió su empleo a una edad cercana a los sesenta, fue Luis quien tuvo que asumir toda la deuda. Una carga financiera que le había perseguido largos años y que había requerido un esfuerzo inmenso para acabar de liquidar.

Ante el silencio de Luis, Helena puso punto final a su exposición:

—Pues que sepas que dos cervezas no van a arreglar a nuestro hijo cuando el experimento se nos vaya de las manos.

La dura realidad trajo una necesaria pausa en la discusión. Luis reculó.

—Nos lo están poniendo en bandeja —trató de conciliar Luis.

—¿En bandeja?

—Sí. ¿No te lo parece?

—No lo sé, espera, déjame pensarlo, ahá, uhm, ¿tenemos un millón de euros de sobra debajo del colchón?

La expresión de Luis se dejó dominar por una mueca que pareció constreñirle todos los órganos visibles en un solo punto en el centro de su rostro agotado.

—¿Un millón de euros? —respondió Luis, y sus rodillas parecieron ceder ante el peso de su desesperación—. ¿De dónde te sacas tú ahora esa barbaridad?

— ¿Que de dónde saco esa barbaridad? —replicó Helena, su voz vibrando con un filo de desdén—. Tal vez de la misma fuente de delirios que nos ha traído hasta este punto crítico, Luis. Tal vez de allí. Y ahora, aquí estamos, al borde del precipicio. Espero que estés listo, porque una vez que empecemos a perseguir ese espejismo del millón de euros, todo lo que tenemos comenzará a desmoronarse. Nuestra vida, nuestro hogar… todo estará en juego, Luis. Todo. —la voz de Helena resonó con una mezcla de desesperación y advertencia, dejando claro que estaban a punto de cruzar un umbral del cual no podrían regresar fácilmente.

***

—No sé cuándo pensabas decírmelo.

—¿Decirte qué? —respondió Helena, plantando las bases de una férrea defensa.

No había cosa que más detestase Luis que le tomaran por estúpido. Y en ese caso, Helena le estaba tomando por el más estúpido de todos.

—Mira —Luis replegó el armamento nuclear—, vamos a dejarlo aquí.

—No, no, dime, ¿qué es esta vez? Qué es lo que, espera, ¿cómo sueles decir? Ah sí, ¿qué es lo que «me he vuelto a guardar» para mí sola?

Una vez, vale. Dos veces, ocasionalmente. Pero tres intentos claros de hacer que todo saltara por los aires eran demasiado para Luis Velasco. Dentro cabezas nucleares.

—¿Qué tal que estemos a años luz de podernos permitir el tratamiento? Claro, a ti no te parece un dato relevante. Oh, no, por favor. Un millón de euros, ¡ja! En qué estaría yo pensando. La doctora lo tiene todo controlado. —Luis alargó el *todo* varios segundos que a Helena sentaron como una sucesión de

martillazos en su orgullo. No estaba en absoluto dispuesta a dejar de defender su postura. Además, ella también sabía devolverlas donde más dolía. Y tanto que sí.

—Oh, vaya, ¿dónde estaba el erudito en la lección sobre el coste promedio de los tratamientos con medicamentos huérfanos, rara vez por debajo del millón de euros?

A Luis se le hizo un nudo en el estómago.

Se catalogaba como «huérfanos» a los medicamentos que a las grandes farmacéuticas no compensaba producir por su baja demanda. Simplemente tenían «baja prioridad comercial».

—Ese ha sido un golpe muy bajo. —Luis no encontró ninguna buena razón para llamarle erudito de aquella manera que consideró claramente desdeñosa.

Después de meses saliendo de las consultas médicas con más dudas que certezas, había tomado la determinación de sacarse el título de auxiliar de enfermería. En el peor de los casos podría estudiarse los apuntes por su cuenta. Después de todo, ya pasaba más tiempo del que disponía buscando información en internet, tratando de encontrar casos similares, leyendo publicaciones de expertos de otras partes del mundo, a menudo ininteligibles y, en general, consultando todo aquel recurso de información que pudiera arrojar un poco de luz sobre el caso de Marc.

—Y tú, ¿qué? —le cuestionó él a ella.

Aunque mirar fijamente el techo moteado de su pequeño salón solía ser para Helena un buen refugio para distraerse cuando las conversaciones se tornaban tensas, no siempre era lo suficientemente efectivo para bloquear la insistente voz de Luis tratando de atravesar su cerebro.

Helena giró la vista hacia Luis interesada en escuchar su próximo ataque, que no tardó en llegar:

—¿Es que siempre tienes que asumir el rol de «la médico de la casa»?

Helena fingió una sonora carcajada.

—¡Jajajá! ¿Pero cuándo se le ha levantado aquí la veda al disparate?

Luis revolvió los papeles repartidos por la mesa del salón y cogió uno al azar como muestra de sus horas de trabajo buscando respuestas.

—Dime, ¿cuándo daremos por bueno algo que salga de mi investigación?

—Ah, claro, ¡es que ahora eres investigador!

Era toda una suerte que la contienda llegara a su punto álgido cuando los críos estaban ya durmiendo, aunque era evidente la capacidad de los pequeños para sacar la antena y enterarse del

sonido de un alfiler cayendo en un cojín.

—Enfermero —prosiguió ella con su plan de defensa—, después médico y ahora ¡investigador! Por Dios, ¿puedes decirme qué es *todo* eso que sale de ti, exactamente? Si ni siquiera sabes lo que cuesta un tratamiento de terapia genética, a ver si me lo explicas para que yo me entere, ¿qué es exactamente lo que estás investigando? ¿No habrás descubierto la cura para el cáncer?

—Me sé lo importante.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo importante?

—Que puede costar hasta veinticinco veces más que el tratamiento de una enfermedad común.

—Eso serán solo los medicamentos. ¿Y qué hay de las sesiones de terapia? ¿Y de las consultas? ¿A cuánto asciende entonces el coste medio de un tratamiento? Claro, a ese capítulo no has llegado todavía.

Luis sabía que todo aquello era extremadamente caro. Incluso le rondaban la cabeza cifras cercanas a los seis dígitos, pero aún no tenía del todo claro si había que asumir ese coste todos los años, solo una vez o en función de los resultados del tratamiento.

A continuación, Helena atinó al darle una severa estocada en su orgullo malherido:

—Eso no ha entrado en tu estudio, claro.

—¿Y qué quieres, joder? —Luis se llevó las manos a la cabeza, apoyando los codos sobre sus rodillas, cabizbajo—. Un millón de euros… ¡por Dios!

Helena hizo lo propio con su actitud, bajando el nivel un par de grados.

—Cien mil euros, un millón de euros —dijo—, ¿cambia algo el panorama?

Dentro flashback.

—No hace mucho tiempo pensábamos que podíamos haber tenido la culpa de todo, o parte de ella, ¿recuerdas?

Aunque usaba el plural, se refería específicamente a Helena, quien se había culpado una y otra vez por la enfermedad de Marc: ¿hice mal algo durante el embarazo? ¿Hemos sido responsables de alguna manera? ¿Le hemos expuesto, sin saberlo, a algo totalmente nocivo para su salud? Obviamente, los médicos descartaron todas estas posibilidades desde el primer minuto. No había nada en sus manos que hubiera podido hacer para evitarlo.

—¿A qué viene eso ahora? —respondió ella, indignada.

—A que no podemos acomodarnos por habernos quitado un peso de encima, joder. ¿Qué es lo que importa aquí? ¿Marc o nosotros?

—Marc, obviamente.

—Marc, joder. Marc —repitió Luis celebrando que al menos estuvieran de acuerdo en algo, y elevó las manos como quien levanta el trofeo al ganar un campeonato.

—Sí, Marc. Y que lo preguntes me pone de muy mala hosti… —Helena se contuvo para no volver a la dinámica del golpe bajo— … me pone de muy mal café.

Sentado en el sofá de dos plazas, hundido sobre sí mismo, Luis alzó la vista elevando la cabeza, deslizándola lentamente entre sus manos, quedando estas a la altura de sus mejillas para acabar abrazando su barbilla.

—¿Un millón de euros? —la pregunta pedía a gritos un armisticio, quizás en la forma de un sentido abrazo. Sabía que eso era mucho pedir para Helena.

—No lo sé, tal vez menos.

—¿Cuánto menos?

—Básicamente, lo que me han dicho es que nos pongamos un techo.

A veces Helena se preguntaba cómo había podido llegar tan lejos su relación con alguien tan impaciente como Luis.

—¿Que nos pongamos qué techo? —le cortó antes de dejarla acabar de hablar.

—¿Me dejas que termine la frase? ¿Por favor?

Siempre resultaba menos punzante dar una callada por respuesta antes que responder un sí en condiciones.

—Un techo cercano a los 975.000 euros. —Y añadió enseguida, para ahorrarse el aluvión de preguntas correspondiente—: Por el tratamiento completo.

Nunca un simple número seguido de tres círculos ovalados resultó tan sumamente doloroso. ¿De dónde esperaban conseguir esa cantidad de dinero? Si querían una segunda hipoteca, tenían que empezar generando más ingresos de los actuales. Si querían generar más ingresos, él tendría que encontrar un trabajo a tiempo completo, eso para empezar, y alguien tendría que ayudarles con Marc durante la ausencia de ambos. Pero no cualquier persona, obviamente, sino alguien con la formación adecuada. Lo que supondría el lógico coste adicional y, en fin, era la pescadilla que se muerde la cola una y otra vez.

—Podría ser peor, ¿no? —añadió Helena tratando de sembrar algo de optimismo, algo no muy frecuente en ella—. Hay tratamientos que rozan los dos millones de euros.

—¿Y eso debería consolarme?

Sabía que era un terreno delicado para tratar con Luis, no obstante. El salón de la casa daba buena cuenta del pequeño centro de investigación en que él lo había convertido, con un

tablón de corcho cubriendo casi tres cuartas partes de la pared, dosieres pinchados sobre este, la mesa del comedor, en su modo extendido e impracticable para otro cualquier otro propósito. De hecho, ¿llegaron acaso a usarla para comer en alguna ocasión? Helena no logró traer al recuerdo una sola escena familiar en aquella mesa. La inquietud de Luis por encontrar algo a lo que agarrarse le había ido ganando centímetros de espacio a su vida familiar. Ah, sí. Helena recordaba una red de ping-pong y los críos celebrando torneos a todas horas. Eso había sido todo.

—Mira… —Helena se lanzó al vacío—, quizás deberíamos dedicarle más tiempo a lo que sabemos que está en nuestras manos, a cosas que no requieren estar capacitados, ¿me explico?

—¿Qué cosas son esas?

—No lo sé, cosas, lo que sea menos… esto.

Por *esto* Helena se refería al montón de papeles que cubrían la mesa, azotados por impetuosas anotaciones, subrayados e infinitas hojeadas. Había entre ellos ensayos clínicos, estudios publicados en el portal médico PubMed e impresiones de correos electrónicos. Estaba cansada, como atestiguaban las prominentes ojeras que eran el fiel reflejo de la falta de horas de sueño. Sus manos parecían dominar un piano imaginario tratando de abarcarlo todo, cubriendo con ellas la inmensidad de papeleo allí dispuesto como queriendo decir: «Me refiero a todo este jaleo que tienes aquí montado. Joder, ¿cómo tengo que decirlo para no herir tus sentimientos?».

—¿Y si probamos con Instagram? —disparó finalmente Helena, pólvora de una excelente calidad para atravesar el orgullo de Luis con buenos argumentos. Las redes sociales se habían convertido en un medio para conseguir muchas cosas, para llegar a las masas, ¿qué había de malo en ello?

—¿Instagram?

—Sí, eso he dicho.

—¿Qué se nos ha perdido a nosotros en Instagram?

—Joder, Luis.

—¿Qué?

—Se te dan bien las cosas de marketing. Eres creativo, mucho más que yo sin lugar a duda.

—Un momento…

Debía de quererle mucho para seguir con él odiándole tanto como le odiaba cada vez que le salía con una nueva forzada pausa en la conversación en forma del «un momento», del «a ver, a ver, a ver» o del «espera, espera, espera».

Agárrate que vienen curvas, Helena.

Resultándole la mayor de las aberraciones creadas por el ser

humano en los tiempos recientes, a Luis no había forma de convencerle de las virtudes que, siendo justos, había que atribuir a las plataformas sociales para eso de conectar a las personas. Con todo lo perjudiciales que pudieran ser en otros aspectos.

—Vale —respondió Luis—, me estás diciendo que te parece mejor camino el de capitalizar nuestro dolor usando lo que usan los famosos de medio pelo para ser aún más famosos que buscando una respuesta por nuestros propios medios, ¿es eso?

Aunque no era una usuaria consumada de las redes sociales, Helena se permitía ocasionalmente dejar a un lado sus preocupaciones para dedicarse a navegar por el infinito mundo de las vidas ajenas.

—¿Estar en Instagram es capitalizar nuestro dolor? —Helena se sentía simplemente perpleja con la terquedad de su marido—. ¿Y cómo exactamente, si se puede saber?

—Convirtiendo esto en un circo mediático.

—¡Luis, por favor!

La mandíbula desencajada de Helena y las cejas oscilobatientes de Luis formaban un verdadero espectáculo de marionetas.

—¿Has decidido llevarme la contraria por deporte? —continuó Helena con vagas esperanzas de alcanzar algún acuerdo—. ¿O es que realmente crees que puedes hacer un mejor diagnóstico que los médicos que llevan dedicándose a esto toda su puta vida?

Su mirada exigía una respuesta inmediata.

—¿Así de subido está tu ego? —Y añadió, estupefacta—: Además, ¿desde cuándo algo que un padre o una madre hagan por el bien de su hijo se puede considerar sinónimo de montar, espera, cómo lo has llamado… ah, sí, palabras textuales: de montar un «circo mediático»?

La expresión corporal cobraba más protagonismo en Luis según mayor era el número de grados centígrados que iba adquiriendo la conversación. Y de entre todas las señales no verbales posibles, los brazos cruzados como postes sobre su pecho daban poco espacio para una interpretación más allá del «puedes decir lo que quieras, pero no vas a hacerme cambiar de idea».

—Vale. No más de esto entonces. —Luis señaló con un movimiento de barbilla hacia la inmensa maraña de papeles repartidos por la mesa.

Los dos permanecieron callados hasta que Helena no pudo más.

—¿Eso es todo?

Helena recordó lo improductiva que había sido la charla de aquel mismo domingo sobre los patrocinadores del evento. Y siendo jueves por la noche, con cuarenta y ocho horas de por medio de las que algún rato podría haber rascado Luis para

avanzar en la búsqueda de aliados para promocionar la carrera solidaria, todavía seguían con una mano delante y otra detrás.

—¿Que si esto es todo? —Una mueca orquestada en perfecta armonía entre todos los músculos de la cara de Luis indicó su respuesta. Lo aclaró de todas formas—: Ni mucho menos.

Luis zarandeó a continuación un cojín tras otro por los aires en busca de su teléfono móvil. Tras unos segundos de intensa búsqueda, dio finalmente con su paradero escondido entre los dos módulos que componían el sofá de dos piezas. Ese sofá en el que tenían que hacer malabares para sentarse todos juntos, con Helena bromeando sobre lo unida que estaba la familia haciendo del limón más agrio una limonada que los chicos pudieran disfrutar.

Buscó el registro de llamadas y lo colocó frente a la visual de Helena.

—A ver qué te parece esto otro.

Helena forzó una mirada minúscula, dejando una pequeña rendija de visión entre ambos párpados con la esperanza de ganar la agudeza visual necesaria para entender lo que Luis trataba de mostrarle en la pantalla de su teléfono. Agarró el teléfono con firmeza y, después de acercárselo a la cara, por fin pudo relajar la vista y soltar una sonora exhalación.

—¿Qué es esto?

Se trataba de un elevado número de llamadas perdidas desde un número desconocido.

—Quince llamadas.

Sin entrar en más detalles, Luis le arrancó el teléfono de la mano y procedió a buscar el acceso al buzón de voz.

—Ahora escucha esto, ¿quieres?

Luis presionó la pantalla de su teléfono móvil con un dramático donaire, como quien teme malograr el colorido en sus uñas con esmalte aún fresco, y comenzó a sonar a continuación uno de los mensajes grabados unos días antes en el buzón de su teléfono.

En el mejor de los casos, el mensaje sonaba como una clara invitación a pagar sus deudas a cambio de no sufrir las «desagradables consecuencias».

A Helena le sorprendió la aparente juventud del autor del mensaje, demasiado joven para la crudeza de sus palabras.

—Tan joven y tan hijo de puta —reconoció Helena—, ¿qué mosca les ha picado a las nuevas generaciones?

Luis se forzó a impermeabilizarse ante aquel último comentario, que no conseguía sino hacerles hervir aún más la sangre en sus venas.

—Pues tengo otros tantos como este —añadió—. Aparte de las

quince llamadas, claro.

Helena echó un largo suspiro cargado de resignación. Aunque sabía la respuesta, no se privó de recalcar la absoluta falta de empatía de aquella gente.

—¿Tanto pedir es que se pongan un solo segundo en nuestro lugar?

Luis se reclinó sobre el sofá.

—Cariño, eso sería demasiado pedirle a una máquina programada para acabar con las vidas de quienes no podemos pagar nuestras deudas.

—Parece sacado de una película, ¿verdad? —comentó Helena, intentando aligerar la tensión acumulada.

Luis soltó una risa amarga y le contestó trayendo a la memoria un antiguo recuerdo hasta ahora olvidado:

—Bueno —dijo—, si lo piensas, no es tan diferente de lo que hacíamos antes los seres humanos. La gentuza siempre ha existido y siempre existirá, solo que ahora tienen más tecnologías a su disposición para joder a los demás.

Perdida en sus propios pensamientos, Helena dejó a su marido continuar evocando tiempos remotos.

—Como solía decir mi abuelo Martín, quien tiene un vicio, si no se mea en la puerta, se mea en el quicio.

—Pensaba que no le habías llegado a conocer.

—Y así es —corroboró—. Son cosas que se han dicho siempre en mi familia.

Reinó el silencio durante unos instantes.

—Pues eso —dijo Luis zanjando la conversación—, cada época tiene sus propios demonios. Los tiempos cambian, pero las personas y sus vicios no tanto.

Helena asintió con la mirada aún distante:

—Pues sí —dijo—. Está claro que tu abuelo Martín sabía de lo que hablaba.

Capítulo 11

Fábrica del Huétor, 1937

Veinte días antes del asalto la cárcel de San Esteban

—Explíqueselo usted, Martín. —La mansedumbre en la voz del coronel Píbode contrastaba con la altura de su rango militar—. Explíqueselo usted, que mi sobrino lo entenderá mejor que si trato de explicárselo con mis propias palabras.

El coronel Píbode, director en funciones de la fábrica, sacó pecho mientras le hacía la ronda de presentación de las instalaciones a su sobrino Nicolás Gancedo. El joven Nicolás era el hijo primogénito de Lucía Píbode, la hermana menor del coronel. Este esperaba con atención la explicación de Martín mientras los tres se adentraban en uno de los talleres del grupo de fulmicotón, en los que resultaba prácticamente imposible hacerse escuchar. Para más inri, el sobrino del coronel no hacía más que formular preguntas antes siquiera de haberle explicado nada previamente, lo que le dificultaba más si cabe la tarea a Martín de hacer salir de allí al muchacho pensando que había aprendido algo.

—Pues bien... —trató de explicarle Martín— el fulmicotón es, por resumirlo a lo esencial, el resultado que obtenemos después de tratar el algodón...

—¿Algodón? —le interrumpió el joven mostrando gran sorpresa.

—Sí, el algodón...

—¡Madre mía! —exclamó el sobrino del coronel mientras acariciaba su jersey de marca con sus dedos recién salidos de la manicura. Era un jersey no de cualquier marca, sino de una marca internacional, de las que vendían en Londres o en París. Eran reconocibles por los inconfundibles escudos de reyes pretéritos que solían colocar a los jerséis en la pechera, o incluso escudos de exhaustos zares destronados si el resultado era vistoso. Y cuanto más pretéritos, más caro era el precio del jersey. Siempre pensando, claro está, en garantizar los estándares de calidad a un precio prohibitivo.

Con la actitud paternalista que le caracterizaba, el coronel Píbode esperaba establecer contacto visual con su sobrino para pedirle calibrar sus emociones. Entretanto, le dedicó a Martín una batería de gestos tratando de pedirle un poco de paciencia con el muchacho y su vagamente audaz entusiasmo.

—Aquí es donde procesamos el algodón con ácido nítrico y otros compuestos y materiales —continuó Martín—. Y de ahí obtenemos un excipien… una sustancia con una altísima capacidad de ignición.

—¿Una sustancia ignífuga? —preguntó el sobrino, lleno una vez más de un entusiasmo desmesurado.

El coronel Píbode meneó la cabeza de un lado a otro tratando de asumir el peso de las absurdas preguntas de su sobrino.

—Más o menos —respondió Martín, sin entrar en detalles sobre las diferencias entre la capacidad de ignición de un explosivo y la cualidad de ser ignífugo en algún objeto en particular—. El caso es que, si bien a partir de esta combinación de compuestos conseguimos producir la base para nuestro producto final, es decir, el fulmicotón —Martín continuó explicándole pacientemente al sobrino del coronel—, lo que tenemos entre manos como resultado es un producto muy inestable.

—¿Inestable para qué? —tuvo que gritar el sobrino para hacerse escuchar entre el ruido ensordecedor a su alrededor.

Martín trató por todo medio de encaminar el paseo hacia otras zonas de la fábrica menos transitadas, donde sería más fácil mantener la conversación de forma un poco más civilizada. Solamente la máquina de prensar ya pesaba más de diez toneladas, y el acumulador hidráulico necesario para almacenar la energía y poder utilizarla posteriormente tenía la altura de cuatro hombres de buena talla. No era todo aquello, a la vista estaba, un tipo de maquinaria precisamente silencioso.

—Inestable… —acertó a hacerse escuchar Martín—. Difícil de controlar y, en general, mucho menos aprovechable —continuó explicándole tras hacer buen acopio de paciencia—. Y con un alto riesgo en su manipulación por parte de los trabajadores.

Martín tenía que hablar casi a gritos, partiendo sus oraciones en tres o cuatro porciones para asegurarse de no tener que volver a explicarlo todo por duplicado desde el principio.

Por la parte que le tocaba, el coronel Píbode disfrutaba a más no poder con aquel paseíto, y además lo hacía por partida triple: viendo su fábrica trabajar a pleno rendimiento, compartiendo su pequeña porción de bagaje militar con su sobrino predilecto y viendo a Martín aplicarse al máximo para complacerle, como era costumbre en su devoto subordinado.

Para Martín, sin embargo, aquel paseíto oficial con el coronel y su sobrino le caía en un momento de lo más inoportuno. Tenía muy presentes las amenazas con las que Pailá le había lanzado el anzuelo y sabía que era cuestión de tiempo que aquel tipo sin escrúpulos le apuntara con su dedo acusador. La única carta con

la que jugaba Martín en su favor era la propia avaricia de Pailá, quien no perdería la ocasión de echarle el guante a una obra del Greco tan fácilmente. En el caso probable de llegar a delatarle, solo podría darse una vez agotadas todas las vías de extorsión posibles. Y eso le daba algo de margen a Martín para decidir qué camino tomar.

Tratando de destilar sus propios pensamientos de entre la marabunta de ruidos que solo conseguían edificar muros alrededor de su razón, Martín quedó absorto durante unos instantes.

—¿Martín? —le interpeló el coronel.

—Disculpe, señor.

—¿Está con nosotros? —le preguntó animadamente, sin inquina.

El coronel miró hacia su sobrino desde el paternalismo familiar que le confería su vínculo sanguíneo con él, con sus párpados de ballena jorobada, de aspecto fatigado pero jovial, a medio camino entre sus pobladas cejas y las balsas sobre las que anidaban sus ojos.

—Sí, señor —respondió Martín volviendo en sí—. Se me habrá ido el santo al cielo; sepa usted disculparme, mi coronel.

El coronel Píbode extendió su mano derecha con la palma hacia arriba, gesticulando como quien trata de depositar una pequeña porción de tarta nupcial sobre el minúsculo plato de los invitados al convite.

—Se interesaba mi sobrino por la cantidad de fulmicotón que producimos en una sola jornada de trabajo. Cuánto… ¿Ochocientos? ¿Novecientos kilos?

Aquella cantidad era la producción habitual, la esperable en un supuesto en el que nadie estuviera poniendo todo su empeño en manipular los pedidos de materiales desde dentro.

Martín comenzó a forzar una serie de vistosos aspavientos, parpadeando fuertemente una vez tras otra como si las bombas de presión, con su maquinaria de reloj de Gulliver, no le dejaran escuchar a su interlocutor. Necesitaba ganar tiempo para preparar una respuesta, tan solo unos segundos para saber lo que responder cuando, en poco más de medio minuto, el coronel pusiera el grito en el cielo dados los bajos, bajísimos niveles de producción del grupo de fulmicotón. Y todo se fuera a la mierda por la dichosa *tournée* al sobrino de marras.

—Más bien unos trescientos kilos, señor —respondió finalmente Martín. Sabía que el siguiente paso del coronel sería comprobarlo por sí mismo, lo que le quitaba todo el sentido a siquiera tratar de maquillar la realidad inflando la cifra hasta los consabidos

novecientos kilos.

El coronel le miró con sorpresa en el rostro y su sobrino pasó a un ultimísimo plano de forma súbita. Un problema mayor, y para empeorar las cosas más si cabe, completamente inesperado, acababa de caer sobre su tejado como una deliciosa mierda que al Generalísimo, jefe supremo de todo lo habido, habiente y por haber, no le proporcionaría ningún divertimento.

—¿Trescientos kilos? —exclamó el coronel, sus cejas a merced de los desgarrados tirones de un titiritero imaginario que jugueteaba con los hilos sentado sobre su parietal en posición de pídola—. ¿Solamente trescientos?

—Así es, señor.

La orden que se autoimpuso Martín en aquel momento fue la de no permitirse, por ninguna razón y en ninguna circunstancia imaginable, acabar en puntos suspensivos ni una sola de sus respuestas a las preguntas del coronel. Necesitaba resultar absolutamente seguro con los ritmos de producción del grupo de fulmicotón, o de lo contrario su pellejo pasaría a estar automáticamente en el centro de atención. Por muy amable que fuera el coronel con él en el trato del día a día, no lo sería tanto con Franco amenazándole con abrirle un consejo de guerra.

—No, no, no. Debe tratarse de algún error, Martín. ¿Trescientos kilos de fulmicotón trabajando a pleno rendimiento?

Ajeno a la inminente nueva preocupación de su tío, el sobrino del director parecía disfrutar de lo lindo con los dimes y diretes propios de un ajetreado día en la fábrica que dirigía el coronel, quien para él era simplemente el tío Rami.

—Tío Rami, ¿podemos visitar el campo de tiro?

Que el sobrino del coronel no supiera estar callado era la mejor de las noticias para Martín, que necesitaba tiempo para urdir un pretexto que justificara los bajos niveles de producción en su área de control. Sus preguntas y exabruptos al coronel eran para Martín como deliciosa lluvia tras días de una larga y sedienta travesía en el desierto.

—Dame un segundo, hijo. Entonces…

—Pero se puede visitar, ¿no es así? —insistió el muchacho.

—¡Nicolás! Date un paseo hasta la oficina y espérame ahí, ¿entendido?

Con las manos en los bolsillos de su pantalón que solo un jesuita podía llevar, el sobrino del coronel comenzó a caminar como quien pasea por la playa entre la maquinaria extremadamente peligrosa de los talleres de la fábrica, llevándose a paso tranquilo hacia el despacho de su tío en la zona de Oficinas y Atenciones Generales.

—Sepa disculpar a mi sobrino. Ya sabe usted, Martín, que quien tiene un vicio…

—Por supuesto, señor.

—Y el vicio de mi sobrino es el de preguntar más de la cuenta.

Liberado del yugo de tener que copar con su sobrino, el coronel Píbode cogió del brazo a Martín, sin apenas fuerza, solamente para conducirle lejos de aquel sanedrín de maquinaria pesada e increíblemente sonora.

—¿Cómo podemos movernos en una producción de trescientos kilos de fulmicotón? ¡Martín! Sabía que no llegaríamos ni de lejos a los 190.000 kilos que fabricamos en los buenos tiempos, allá en el 33, pero ¿trescientos kilos al día?

—Hemos tenido problemas técnicos de los que hemos salido adelante a duras penas, señor.

—¿Qué problemas técnicos?

—En primer lugar, tuvimos que deshacernos de dos retortas que no funcionaban correctamente. En lugar de comprar dos nuevas unidades, se optó por instalar dos a medio uso procedentes del taller de explosivos.

Martín comenzó a sentirse medianamente tranquilo ahora que contaba con una batería de argumentos razonablemente creíbles bajo la manga. Se propuso, como movimiento clave en aquella segunda fase de la discusión, no dejar al coronel espacio para formular ningún orden de preguntas. Sus argumentos no solo debían resultar convincentes, sino aplastantes.

No le dejes hablar, pensó.

—La circulación de personal entre talleres le ha hecho un flaco favor a la producción de fulmicotón —continuó Martín—. Del taller de pólvora al de fulmicotón y del taller de fulmicotón al de pólvora. El personal necesario para elaborar el fulmicotón es muy especializado. Ya lo sabe, señor. No sirve cualquiera.

—Ya, ya. —El coronel parecía empezar a pasar por el aro.

—Por no hablar del periodo de reparación al iniciarse el Glorioso Alzamiento Nacional. Recuerde, señor, que la recuperación de la producción fue muy progresiva. Ha sido un año bastante accidentado…

«¡Qué dijimos de dejar frases a medio terminar!».

—Alfredo y Abelardo —recordó el coronel—. Hijos míos, que en paz descansen.

—Eso por no hablar de la falta de materias primas —añadió Martín tratando de imprimirle una estocada mortal a la conversación—. La leña. Por el tema del transporte, sin tener que irnos más lejos.

—Vale, vale. Entendido.

Era el momento de poner toda la carne en el asador, así que ni siquiera le dejó terminar la frase al coronel.

—... y las sustituciones de todo el material gres del taller por las roturas debidas a los accidentes por todos conocidos —apuntó Martín antes de santiguarse devotamente inclinando ligeramente la cabeza.

—No siga, Martín. Me ha quedado claro.

Victoria por acoso y derribo. Aunque solo sería en esa ocasión.

***

El paseo con el sobrino del coronel Píbode y con el propio coronel por la zona de talleres de la fábrica casi le acabó costando un grave disgusto a Martín. Un poco más entero, con sus mejillas como dos melocotones en su punto óptimo de maduración, miró su reloj de pulsera y calculó mentalmente el tiempo necesario para regresar al taller de conclusión y empaque antes de que tuviera lugar otro envío de producto terminado desde el taller de prensa.

El taller de conclusión y empaque era un lugar relativamente seguro. Mucho más, indudablemente, que el taller de prensa, donde las desgracias se sucedían una tras otra. No pasaban muchas semanas sin que hubiera que sacar a alguien en volandas para llevarlo directo al hospital. Y de ahí a la funeraria. La muerte estaba en el menú diario en la fábrica de explosivos.

Entre los casos de accidentes más populares, tal vez era el más repetido aquel que se producía en los talleres de prensas y cortadoras de pólvoras, en los que resultaban cercenados incontables dedos o falanges de las personas encargadas de manejar las madejas del producto elaborado. Por eso, todo el tiempo que uno pudiera pasar en otros talleres significaba aumentar las probabilidades de regresar a casa de una sola pieza.

Contrariamente a lo que indicaba su planta, con casi metro noventa de altura y su media melena negra y brillante, bien peinada como si de un actor de primera línea se tratase, a Martín aún le entraban los nervios al reparar en los nuevos aprendices que disimulaban a duras penas su asombro, sonriendo e intercambiando miradas de soslayo, cegados por el entusiasmo de su mentor al explicarles, con todo lujo de detalle, el cometido del taller de conclusión y empaque. No podía evitar presentarles aquellos temas tan increíblemente técnicos y complejos como si estuviera hablándoles sobre el mecanismo de un trenecito de juguete, lo que hacía las delicias de quienes lo presenciaban.

—En este lugar —explicaba Martín a los recién incorporados, después de colocarlos estratégicamente en el centro mismo del

taller de conclusión y empaque— es donde vamos a ir recibiendo los productos desde el resto de los talleres. Ojo, que me refiero tanto a los que vienen de la fusión como los que vienen de las prensas, que es donde sometemos a la pólvora a una presión que ni os imagináis.

Acompañaba sus explicaciones con gestos y muecas de todo tipo, lo que para los futuros maestros y maestras polvoristas resultaba un verdadero alivio. Estos, a su vez, no paraban de hacerle preguntas una tras otra, que Martín iba respondiendo con la mayor de las diligencias.

—¿Qué se hace una vez se reciben los materiales?

—Buena pregunta… La finalidad de este taller es la de abrir el alojamiento del detonador y comprobar el estado de las cargas que se habrán hecho previamente.

—¿Eso es todo?

Martín apoyaba entonces gentilmente su brazo sobre la superficie de un proyectil de artillería de 155 mm de calibre, cuarenta y cinco kilos y una carga explosiva de cuatro mil gramos de trilita.

—Pues no, eso no es todo. Al menos si quieres que estos muchachos exploten.

El gracejo y la soltura de Martín al tratar con aquellos jóvenes aprendices era su mejor carta de presentación, y no dudaba en emplear todos los recursos de los que disponía para hacer más llevadera la instrucción.

—Después, procedemos a colocar el sombrerete en los artefactos —se ponía un sombrero de copa imaginario sobre la cabeza— y les colocamos la envuelta que corresponda. *Voilá!* Listos para enviar al frente de batalla.

Y entonces todos reían, como buenos aprendices todavía no escarmentados por el terror que sembraban las cada vez más frecuentes sacas que esquilmaban al personal de la fábrica. Un triste no hay mal que por bien no venga para Martín, que encontraba en los fusilamientos de traidores una justificación adicional para los lentos ritmos de producción que sus tejemanejes provocaban en la fábrica. Lo que le situaba, irónicamente, como el más infame de los traidores al bando nacional.

Ahora, sin embargo, el taller de conclusión y empaque estaba vacío, exento de todo impulso vital. Y era así como lo necesitaba Martín para poder cumplir con su objetivo diario de inhabilitar al menos diez cargas explosivas. Obuses, granadas rompedoras, lo que fuera. Todo lo que pudiera aterrizar en el campo de batalla generando el más terrible de los impactos era susceptible de

manipulación por su parte.

Entretanto, el coronel Píbode ya había recorrido el camino de vuelta hasta su despacho para continuar —más intranquilo que nunca— con las gestiones rutinarias de la fábrica antes del regreso de su sobrino Nicolás, quien seguía deambulando a su suerte por las ingentes instalaciones de la fábrica.

El despacho del director era bastante sobrio y, en general, desangelado. Había que retirar una gruesa cortinilla de color verde después de traspasar la puerta de entrada. A la derecha de la puerta se emplazaba su escritorio, junto a un luminoso ventanal de tres secciones horizontales, cada una de las cuales tenía sus correspondientes cortinillas. En el lado opuesto al ventanal había una mecedora, una alacena de madera de roble llena de condecoraciones y, a continuación, un par de sillas de nogal de estilo victoriano. El suelo, con sus losas blancas y el techo alto adornado con molduras clásicas, acababan de restarle el último soplo de calidez al despacho. Pero el coronel se sentía en él como en casa.

No tuvieron que pasar más de tres minutos con el trasero recostado sobre su escritorio antes de que el secretario García entrara en el despacho con un telegrama en la mano. Un torrente de sudor le cubría la frente como el fondant de una rosca de chocolate, y se apreciaba el duro trago que para él suponía traer noticias como la que estaba a punto de dar al coronel Píbode.

—¡Mi coronel! —Su expresión era de urgencia, de preocupación y, en cierta medida, de malestar por tener que ser el encargado de transmitir un mensaje como el que llevaba entre sus manos.

—Descanse, García. Descanse.

—Acaba de llegar este telegrama, señor. Lo envía el Generalísimo a todas las fábricas de artillería. Se ha interceptado entre las filas republicanas esta misma mañana.

Después de los prolegómenos pertinentes, el secretario le entregó el telegrama al coronel Píbode, quien lo leyó en voz alta omitiendo ciertas palabras a medida que iba progresando en la lectura.

Leerlo en alto solo hacía que pareciera peor de lo que era.

—Veamos… 10.45 horas: de diecinueve disparos de cañón faccioso calibre 10,5, nueve sin explotar. 13.30 horas: de veinte disparos… calibre 10,5, cinco sin explotar. 16.15 horas: de treinta y siete disparos… siete sin explotar. 17.15 horas: de veintiún disparos de cañón faccioso… ¡catorce sin explotar! —exclamó el coronel—. ¡Dios santo, García! ¿Qué cojones está pasando aquí? ¿Ahora nos van a tachar de no cumplir nuestro compromiso con la causa? ¡La madre que les parió! ¿Y si se

refiere a nuestra fábrica? Este hombre —dijo, refiriéndose a Francisco Franco— es muy capaz de estar planeando una gloriosa saca con la que mandarnos a todos a comer cal viva, ¡ya lo verá, García! ¡Ya lo verá!

—Señor, hemos perdido casi cuatrocientos empleados en los últimos catorce meses por sospechas no infundadas de traición.

—¿Y qué tiene que ver eso con hacer mal el trabajo? Estamos a pleno rendimiento, ¡jarabes! No paran de echar humo los talleres, no paramos de gastar, gastar y gastar. ¿Qué más hace falta, por Dios?

—Quizás Velasco pueda responder a esas preguntas…, señor.

—¿Martín? De tener algo, ese buen hombre tendrá una solución para este desaguisado.

—No me negará que se le han dado competencias que quizás, solo digo que quizás, se le hayan quedado un poco grandes…

El coronel seguía mirando el telegrama como si este fuera a mutar sus indicaciones, absorto en los altos niveles de ineficacia de la artillería enviada al frente de batalla.

—Vaya a buscarle, García —respondió el coronel con marcada preocupación por lo que podría venir después de aquel telegrama —, a ver qué nos puede aclarar.

***

El secretario García encontró a Martín después de recorrer al menos la mitad de las más de treinta hectáreas que componían la fábrica en su conjunto. Y lo encontró en el peor sitio en el que podían encontrarle en un caso de manipulación de explosivos como el que acababan de comunicarle al coronel Píbode directamente desde el mando más alto del ejército: en el taller de conclusión y empaque, el único taller que estaba exento de riesgos y donde era más fácil llevar a cabo un sabotaje directo sobre el producto terminado que se fabricaba en el resto de los talleres.

De haber llegado tres minutos antes al taller, García se habría topado de frente con Martín en plena faena, introduciendo pequeñas monedas de diez céntimos junto a cada uno de los percutores de los diez explosivos que acababa de manipular. Junto a estos, había emplazado diez notas escritas furtivamente dentro de un cuarto de materiales húmedo y lúgubre, notas que rezaban un mensaje de ánimo para el frente de batalla:

> Mi corazón está con todas las víctimas de esta masacre. Aunque me descubran y me maten por ello, estos obuses no estallarán.

Afortunadamente para Martín, aquellos tres minutos de diferencia bastaron para no levantar más suspicacias de las

necesarias.

—¡Martín! —exclamó García al verle, efusivo, aunque no con la alegría de quien saluda una presencia bienhallada.

—García. —Martín trató de no mostrarse alertado por su inesperada presencia—. ¿Qué le trae por aquí? —respondió con emoción sostenida.

Martín siguió actuando con total normalidad sin dejarse dominar por las circunstancias. Agarró un trapo de lino de una de las mesas y se limpió las manos tal como solía hacer después de trabajar con el producto terminado. Un ejemplo claro de la más pura rutina del trabajo en la fábrica.

En un inquietante silencio, el asistente del director hizo un repaso visual alrededor de todo el perímetro. Después fijó su atención en su compañero.

—El coronel Píbode quiere verte.

—¿Ahora? —respondió Martín. Notó una gota de sudor caer en picado sobre el suelo tras un descenso vertiginoso desde su coronilla a lo largo de su frente.

Que el coronel reclamara su presencia sin previo aviso era poco habitual en él. Sobre todo, teniendo en cuenta que siempre solían programar cada reunión con al menos un par de días de antelación. Debía de tratarse de algo importante.

—Sí, ahora —le confirmó García—. ¿Cuándo si no?

—Claro, cómo no —se mostró solícito Martín—. Acabo un par de cosas y…

—No —le cortó García secamente—. Ahora es ahora. Si quisiera verte en otro momento, nuestro coronel no me habría enviado a darme este paseo matinal, ¿no te parece?

En la densidad de la conversación se podía apreciar la desconexión entre las dos personas, el ayudante del director y el maestro polvorista, principalmente motivada por la patente desconfianza del primero hacia el segundo. Aunque podía ser una impresión equivocada, pensó Martín. Después de todo, ni García era el alma de la fiesta ni tenían una relación de trabajo habitual.

Hasta entonces en una posición de brazos en jarra, Martín cogió sus herramientas de trabajo de la mesa auxiliar y, sin suficiente agudeza para reparar en ello, empujó un pequeño montoncito de monedas que había depositado junto a las herramientas. Una pequeña parte de las monedas se deslizaron por la mesa revestida de chapa metálica, mientras que otras tantas, no tan discretas, echaron a volar en picado para acabar aporreando el suelo como un redoble de tambor, donde echaron a rodar en multitud de direcciones. Un desastre que Martín trató de disimular apremiando a García a abandonar el taller a toda prisa. Con

suerte olvidaría el incidente y todo quedaría en poco más que una mariposa agitando sus alas sobre el campo. Curioso era el hecho, pensó Martín, de que la diferencia entre la vida y la muerte pudiera estribar en una moneda de hierro de diez miserables céntimos haciendo clin contra el suelo.

—Vamos, vamos —le apremió Martín, moviendo sus manos vigorosamente en el aire con la finalidad de conferir a sus palabras un aura de urgencia tácita—, no hagamos esperar más de la cuenta a nuestro coronel.

No cruzaron ni una sola palabra en todo el camino de regreso a la oficina del coronel Píbode. Ni al pasar por los jardines del primer grupo de pólvoras, ni tan siquiera al atravesar el patio de las escuelas, donde imperaba un relativo buen ambiente pese al recuerdo de la reciente explosión que había hecho saltar por los aires a Pailá y a Martín, a la amenaza de sacas y a qué otra desventura no. García no se dignó a abrir la boca ni tan siquiera para comentar las inclemencias del tiempo.

Cuando finalmente llegaron a la zona administrativa de la fábrica, García aceleró el paso como si de un corredor de marcha se tratara. Caminaba preso de una visible agitación, pero sin dejar que su cuerpo desarrollara una carrera en condiciones, consiguiendo desmarcarse por unos pocos segundos de diferencia de su custodiado. Pese a ello, Martín no hizo el menor esfuerzo por equiparar su llegada a la de García. Si su intención era la de representar una mascarada de premura, velocidad y complacencia por atender al coronel, eso era problema del mismo García.

Por unas cosas o por otras, ambos acabaron entrando al mismo tiempo en el despacho del mandamás de la fábrica.

El coronel Píbode aguardaba sentado en su mecedora, con el telegrama del Generalísimo sujeto entre las manos y una expresión circunspecta en su ya de por sí porosa mirada, el ceño fruncido y sus labios apretados como suelas de zapatos. Había dispuesto una mesita auxiliar a su mano derecha y, sobre aquella, el teléfono negro con su cable extendido desde la parte inferior de su escritorio. El aura particular alrededor del aparato le hizo sentir a Martín un inminente golpe de efecto a punto de alterar de forma imprevisible el curso del día.

Y así fue.

A los pocos segundos de entrar ambos en el despacho, el auricular de color negro mate empezó a reproducir una suerte de estertores descontrolados sobre los cuernos del teléfono, como un volcán en los momentos previos a una devastadora erupción sísmica.

Lejos de sorprenderse por el repentino estruendo provocado por el badajo que castigaba con tiñosa impertinencia la doble campana metálica en el interior del aparato, el coronel permaneció mirando al frente sin inmutarse. Esperaba aquella llamada y, sin embargo, no tenía ninguna prisa por atenderla.

El teléfono continuó castigando a los presentes durante unos segundos con su particular repiqueteo campanil hasta que el coronel alzó su mano derecha lentamente y levantó el auricular con resignación. En todos sus años de fiel entusiasmo y servidumbre a su país, aquel teléfono había ejercido como vehículo tanto para recibir los mejores homenajes como las peores noticias llegadas directamente desde el frente de batalla.

Al otro lado de la línea telefónica, la operadora de marras se esmeraba en conectarle con una llamada con origen en Cataluña. El coronel se esforzó lo indecible en entender lo que trataba de decirle la voz que viajaba desde el otro lado de la línea, aunque experimentaba serias dificultades para lograr entenderla con la claridad suficiente para decidir si aceptar o no la llamada.

—¿Cómo dice? —Las interferencias dificultaban la comunicación en los primeros compases de la llamada—. ¿Del orificio de? ¿Cotonificio? ¿El Cotonificio de Barcelona? ¿De Badalona? ¿El Cotonificio de Badalona? —El coronel lamentó el origen de la llamada, que no estaba por la labor de atender—. No podemos… Sí, la escucho… Dígales que no podemos atender su llamada.

Acto seguido, permaneció callado durante unos segundos, a la escucha.

—Sí —continuó—. Gracias. Y adiós.

Hacía tres semanas que se habían emprendido ciertas gestiones con el Cotonificio de Badalona en busca de un algodón de calidad, pero las pruebas en laboratorio sobre las muestras enviadas por su comercial verificaron rápidamente su bajo nivel de utilidad para la elaboración del fulmicotón.

—¿Será verdad? —Se mostró molesto el coronel—. O no te llama nadie, o te llaman todos a la vez.

Gesticulando con vehemencia, el coronel invitó a sentarse a sus dos empleados, García y Velasco, que a duras penas consiguieron acomodarse en las sillas de estilo victoriano que trataban de restarle sobriedad al lado izquierdo del despacho.

García repicaba las lustrosas puntas de sus zapatos de cuero entre sí fruto de un incipiente nerviosismo. No era capaz de quitarles el ojo, o no era capaz de alzar la vista y mirar al coronel directamente a sus ojos embalsamados. Malas noticias llegaban desde los mandos más altos del ejército.

En sus veintitrés años de trabajo en la fábrica, García se las había tenido que ver y desear con tres directores, y cada uno tenía lo suyo. Leopoldo Cabrera, conocido por su valerosa actuación al incendiarse parte de los talleres de prensa en sus primeros años en la fábrica. Joaquín Izquierdo, nacido y criado en el seno de la fábrica, hijo del mismísimo Pompeyo Izquierdo y Burlo, ¡casi nada! En aquella gloriosa época en que todo quedaba en casa... Un científico intachable y, ojo, un militar con alto sentido del honor este Joaquín Izquierdo. Por último, el coronel Píbode. Cercano, humano, sí, pero también impredecible. Y a García, un tipo muy del hemisferio cerebral izquierdo, lo impredecible le ponía en un brete. Martín, por su parte, se limitaba a chasquear las uñas esperando que algo sucediera.

Un café frío sobre el escritorio del coronel, papeles desordenados y un silencio sepulcral imperaban en el despacho. La expresión contrita del coronel Píbode, junto con el patente nerviosismo del secretario, anunciaba una atronadora tormenta en lontananza.

El auricular del teléfono negro comenzó a tronar una vez más. Los dos subalternos miraron en dirección a la mesita auxiliar. También el coronel, quien tenía un doble montón de mierda encima. Por un lado, el problema con los retrasos en la producción, con los bajos índices en la elaboración de fulmicotón, ¡trescientos kilos al día! Para colmo de males, estaba la seria acusación contra la fábrica de producir explosivos estériles, de enviar eunucos al frente de batalla. Por Dios, ¿en qué cabeza cabría concebir semejante insinuación?

Al otro lado del aparato, Francisco Jiménez Medina, responsable de producto en el Instituto Algodonero de Sevilla, traía malas noticias para el coronel Píbode y, por extensión, para Martín. Revisando los pedidos de algodón recibidos en los últimos doce meses, en todos ellos se daba la cuando menos llamativa circunstancia de confundirse los ochos con los treses, debido aparentemente al excesivo desgaste del número tres en la máquina de escribir empleada a tales efectos. Con la fábrica en sus cotas históricas más altas de producción, con varios pedidos cada mes, no resultaba extraño que los encargados de recibir, procesar y enviar los pedidos se hubieran inclinado ocasionalmente hacia el tres en lugar de hacia el ocho. La diferencia podía ser, ni más ni menos, de quinientos kilos de algodón por cada pedido. Una excelente manipulación que el ojo experto del mismo Francisco Jiménez advirtió después de horas de inagotable búsqueda de una explicación que le concediera la seguridad necesaria para levantar el teléfono, marcar el número

de la fábrica y defender los envíos por cantidades menores a las que requería la fábrica para funcionar a pleno rendimiento. Si tenía que rodar alguna cabeza, se iba a asegurar de que no fuera la suya, y aún menos la de ninguno de sus familiares en forma de las consabidas represalias que con cada vez más frecuencia copaban los titulares.

Después de una intensa conversación de lo más prolija en monosílabos por parte del coronel Píbode, este ordenó abandonar la estancia a García y se quedó a solas con Martín, quien volvió a alzarse de la silla victoriana por simple cortesía.

—Quinientos kilos menos por pedido. —La cara del coronel era un poema. Luego subrayó—: Quinientos; ni más, ni menos.

Las palabras del director provocaron en Martín un hormigueo que le recorrió el cuerpo entero, desde las puntas de los pies hasta el cuello, disipándose a la altura del cogote, pero dejándole una sensación de malestar de lo más desagradable. Varios de sus músculos se las vieron para mantener su función en unos niveles normales de rendimiento. Dos de sus más preponderantes esfínteres, para ser precisos.

No era momento de hacerse el sueco, lo que habría sido del todo contraproducente. Martín trató en su lugar de representar su mejor expresión de persona que ata cabos y omite su conclusión para dar paso hacia la siguiente cuestión en liza.

—¿Saben qué ha pasado exactamente? —Martín lo sabía muy bien. Hasta la investigación de Francisco Jiménez, su plan de sabotaje había ido como la seda.

—Eso es lo de menos —respondió el coronel con sequedad.

Ahora tocaba lo que tocaba. El coronel se alzaría de su mecedora y empezaría a dar paseos a su alrededor, como un escualo guiado hasta su lejanísima presa por la simple caída de la gota de sangre inoportuna, ¡y qué inoportuna! Eso es lo de menos, ¡ay, Martín!, que al final tus dichosos mensajitos se convierten en profecía y, además, profecía de perfecto manual. Aunque me descubran y me maten por ello…

El coronel Píbode continuó dejándose acunar por el vaivén de su mecedora. Solo tenía que chasquear los dedos para arrestarlo allí mismo y hacerlo desvanecer en la neblina que cubría como un blanco velo mortuorio el campo de amapolas aledaño a la fábrica.

—Primero, las sacas esquilmando la plantilla —recapituló el coronel—. Después, que si una avería detrás de otra. Los Urquijo, que en paz descansen. —El coronel se santiguó y Martín le acompañó llevándose la mano al pecho e inclinando la mirada—. La explosión en el taller de tetralita… Si monto un circo, me

crecen los enanos.

No era el fondo, sino el ritmo en la forma de hablar del coronel al encadenar las desgracias lo que le estaba resultando realmente inquietante a Martín. Ahora solo quedaba esperar lo peor, y de ahí en adelante cualquier desenlace sería como un nuevo y bienvenido renacer.

—¿Cómo es posible que nadie esté a la altura con la que está cayendo en este santo país? —Su mirada vidriosa, la decepción en sus ojos, su expresión de lobo malherido—. Dime, Martín, ¿qué sabes tú de todo esto?

Martín permaneció mudo, dudando su respuesta. No sé nada, sé algo, puedo suponer lo que ha pasado. ¿Cuál de todas elegir?

—¿Es solo mi impresión? —continuó el coronel, alzándose con fuerza de la mecedora—. ¿O a ti también te parece que estamos rodeados de incompetentes totales? ¿De estúpidos redomados?

Súbitamente, Martín recobró el aliento que necesitaba con urgencia para no venirse abajo. Quizás no estuviera tan en el punto de mira como pensaba.

—Creo, señor, que hoy en día cuesta lo indecible encontrar un proveedor fiable. No hay más que ver la que nos han montado con los treses y los ochos.

Con cada frase que salía de entre sus labios hostigados por la sequedad de saberse a punto de ser descubierta su traición, Martín volvió a dudar sobre lo que el coronel podía saber a ciencia cierta sobre sus continuos actos de sabotaje. Por otra parte, que el coronel le soltara la información a borbotones no ayudaba de ninguna forma a llegar a una conclusión definitiva, como tampoco ayudaba la ambigüedad en sus quejumbrosas respuestas.

—Ya, ya, los proveedores. La mitad de los artefactos enviados al frente no están llegando a explotar. ¿Echamos entonces la culpa a los proveedores? ¿Y quién elige a los proveedores, Martín?

Martín estaba nuevamente desconcertado. No sabía si el tiburón estaba dedicándose a juguetear con su presa, merodeándola, a punto de zarandearla antes de lanzarla por los aires solo por el gusto de verla impactar contra la superficie marina antes de propinarle la dentellada mortal.

—¿Y quién monta los misiles en el frente? ¿Y quién los transporta hasta allí? La fábrica, la fábrica, la fábrica. La culpa, siempre de la fábrica.

El coronel se volvió a sentar en su silla de mandamás, detrás del escritorio de elegante factura, y ordenó a Martín abandonar su puesto en la silla victoriana para sentarse en el lado opuesto al escritorio, frente a él. Después, dejó caer todo el peso de su

cuerpo sobre sus antebrazos desnudos, con la camisa arremangada hasta los codos revelando su espíritu trabajador.

—Soluciones, Martín. Busquemos soluciones.

Martín agarró la silla por los reposabrazos y se aproximó al escritorio, mostrándole toda su atención al coronel.

—Jiménez me ha asegurado que nos pueden enviar ahora mismo una remesa de unos seis mil kilos de algodones largos, borras y desperdicios de algodón.

—¿Sin preparar? —preguntó Martín. Aunque no tenía una clara certeza sobre las intenciones del coronel, sabía que no podía titubear ni un ápice.

—Así es, ¿algún problema con eso?

—Más bien sí, señor. Si el algodón no está preparado para nitrar podría causar perturbaciones en su procesamiento.

El coronel permaneció en silencio, esperando que Martín continuara poniéndole palos en las ruedas a todas sus propuestas. Aquella era la única forma de encontrar verdaderas soluciones a los problemas, una actitud crítica que el coronel Píbode apreciaba por encima de todo lo demás.

—Tendríamos que montar un taller en un tiempo récord. Esto alargaría la duración del pulpado y...

—¿Y...? —El coronel estiró la interjección durante un par de segundos.

—Es posible que ni siquiera así alcancemos los niveles de producción normales, señor.

—¿Eso es todo? —De forma desconcertante para Martín, el coronel parecía estar jugando al dominó con los amigotes. Y eso con el mismísimo general Franco a punto de recetarle un consejo de guerra—. ¿Ninguna otra propuesta?

Martín encontró en aquel momento su baza para desviar la atención sobre los problemas más recientes en la producción de fulmicotón (lo que sin duda acabaría abriendo una investigación formal que sería su perdición) y centró todos los esfuerzos en aportar alguna solución a través de la que potenciar al máximo la producción inmediata. Estaba claro que el coronel esperaba una propuesta que rompiera los moldes, algo incluso fuera del manual, y Martín estaba dispuesto a aprovecharlo en favor de su intachable compromiso con la causa común.

—Tal vez haya una solución —resolvió Martín, sin puntos suspensivos.

El coronel arqueó las cejas y dejó caer la mandíbula:

—¡¿Pues a qué espera para soltarla, jarabes?!

***

Martín inspiró hondo, llenó los pulmones de oxígeno y lanzó un órdago en condiciones:

—Montemos una planta transformadora de trapos viejos, señor —propuso Martín—. Hacemos acopio de varias toneladas de ropa usada, y quien dice ropa dice trapos, sábanas, todo lo que podamos reunir. Luego los convertimos en pasta de celulosa y obtenemos la materia base para elaborar la pólvora que nos falta.

El coronel Píbode hizo un gesto de aprobación, seguido de las dudas lógicas ante una propuesta de aquel calado.

—Eso es un riesgo, Martín —observó tras unos segundos—. El fulmicotón prensado podría perder su humedad y ponernos a todos a orbitar alrededor de la luna en cuestión de segundos, ¿no ha pensado en ello?

—Correcto, señor. Pero podemos utilizar detonadores de fulmicotón seco. Necesitaremos contar con un punto adicional de precisión en el cálculo del detonador, pero estoy convencido de que podemos conseguirlo… si no dejamos de perder plantilla. —Se refería, al coronel no le hacía falta una explicación, a las sacas que, con cada vez más frecuencia, aún pese a los esfuerzos de Píbode por evitarlo, mermaban el número de trabajadores en activo. Si había una mínima sospecha de apoyar a la República, saltaban chispas en el paredón.

Pese a su expresión de vinagre yema, el coronel pareció medianamente satisfecho con la propuesta. Retrasó los codos, consagró toda su energía a golpear la superficie del escritorio con las palmas de las manos y aprovechó para impulsarse hacia el techo, transformándose en lo que a Martín le pareció un enorme ninot valenciano.

—Muy bien, muy bien —respondió el coronel.

Martín se levantó del asiento. Antes de dar por terminada la conversación, pidió permiso para retirarse siguiendo el protocolo habitual.

—¿Necesita algo más, señor?

—Antes de acabar, Martín. En otro orden de cosas…

—Sí, señor.

La mirada del coronel le atravesó de un lado a otro, imperturbable, imposible de almibarar. Los segundos en silencio se convirtieron en toda una vida, y todo lo material le pareció a Martín increíblemente hermoso y colorido. Como si ya estuviera muerto.

—¿Qué castigo le impondría usted a un traidor? —le preguntó el coronel rompiendo el silencio abruptamente.

Finalmente llegaba su hora. Lo que no había podido imaginar ni en toda una vida es que el coronel fuera a deleitarse con el

momento. Mientras esperaba una respuesta, el coronel Píbode se asomó a la puerta del despacho para requerir la presencia de su asistente. Luego volvió a concentrar su atención sobre Martín, quien permanecía de pie junto a la silla, con los brazos relajados y las puntas de los dedos sobre los reposabrazos.

Martín entendió al momento que la primera estrategia en aquel caso pasaba por responder en una fracción de segundo. Todo lo que fuera divagar podría ser interpretado como un intento de dilatar su respuesta, lo que a su vez sería poco menos que reconocer su implicación en algún tipo de traición.

—No sé cuál sería el castigo, señor —acertó a responder de forma casi refleja—, pero me aseguraría en todo caso de procurarle un juicio justo.

El asistente García entró de inmediato en el despacho a requerimiento del coronel.

—García —le espetó—. Localice a Alfonso Pailá.

—¿Pailá?

—¡Sí, hombre! Pailá, el peón fundidor del taller de reparaciones.

—¿Del tercer o del cuarto grupo, señor?

—Tercero, cuarto, quinto… —respondió el coronel, a las puertas de una molesta irritación a causa de la incompetencia de su asistente—. ¿No debería saberlo usted, García?

No había solución anticongelante en el mundo capaz de licuar la sangre helada de Martín al escuchar al director pronunciar el nombre de Pailá. En contra de sus pronósticos, al muy malnacido le habían vencido las ganas de verle desfilar por el paredón por encima de su propia avaricia.

Quién lo iba a decir. Si el coronel se mantenía fiel a sus principios, al menos podría tener el detalle de darle un juicio justo. Aunque la pena para los traidores no se prestaba a segundas interpretaciones.

El asistente agachó la vista y se alejó del lugar a marchas forzadas, dejando tras de sí poco más que un lastimero «a la orden, mi coronel». Ningún director era mejor que el anterior para García, quien no quitaba un ojo a un día marcado a rojo en el calendario de su minúsculo escritorio, el día de su ansiada jubilación.

Ya sin pábulo para ornamentar sus acciones con los formalismos habituales, *¿Puedo sentarme, señor? Tome asiento, por favor*, Martín se dejó caer a plomo sobre la silla de roble y entrelazó los dedos de sus manos entre las piernas.

Desnudo, sin opciones, dejó escapar un largo suspiro en el que el coronel no llegó a reparar. A duras penas se sentía capaz de

sostenerle la mirada al coronel, pero así lo hizo en virtud de una dignidad que, si bien no justificaba sus actos recientes, al menos sí que los corroboraba como los cimientos de un hombre de principios.

—¿Sucede algo, Martín? —se interesó el coronel.

Antes de poder responderle siquiera, las cortinillas que colgaban junto a la puerta del despacho anunciaron la entrada en escena de Alfonso Pailá, quien, haciendo gala de una confiada expresión triunfal en la cara, se cuadró junto al coronel y cruzó los brazos sobre el pecho en actitud desafiante.

—Pailá. —El coronel se dirigió a su empleado sin girar la cabeza, con la mirada fija en Martín sentado al otro lado de su escritorio.

—Sí, mi coronel —respondió Pailá solícito.

—Tome usted asiento. —El coronel bajó la mirada por un momento. Martín, con el esternón a punto de reventar por esa última bocanada de oxígeno amarrada como una liendre a la altura de su clavícula, encontró la ocasión perfecta para relajarse al menos por unos instantes. La intensidad de la escena era tal que, si hubiera tenido que lanzarse por la ventana atravesando el cristal para escapar de allí, apenas habría sentido dolor alguno en el ínterin.

El coronel alzó la vista hacia el techo ornamentado, ancló el codo derecho sobre su escritorio y jugueteó con su pronunciado hoyuelo con los dedos índice y pulgar de la mano. Después entrelazó sendas manos a la altura del mentón y, dejando descansar la barbilla sobre los dos pulgares como un par de estribos plegables, le preguntó a Pailá:

—Dígame, Pailá… —El coronel adoptó una expresión ceñuda, incluso académica—, ¿qué castigo le impondría usted a un traidor?

La expresión hierática en el rostro de Martín, el tono cetrino de su piel pálida como el mármol y su mirada vidriosa fueron lo único que Pailá necesitó para constatar que su compañero estaba, casi literalmente, con la soga al cuello.

—El castigo más doloroso de todos, mi coronel —respondió servilmente.

El coronel Píbode se giró, ahora sí, hacia Pailá. Este lo interpretó como una invitación a matizar su respuesta.

—No hay en este mundo castigo pequeño para los traidores, señor —añadió el recién llegado acto seguido.

—¿Y qué hay de la motivación? —respondió el coronel, intrigado por la evidente determinación de aquel tipo con la aplicación de la pena máxima.

Pailá se mostró sorprendido ante aquella inesperada respuesta.

—¿La motivación…, señor? —titubeó, enfatizando el *señor* con la esperanza de que tal muestra de cortesía desviara la atención de su ignorancia.

—Sí, hombre. La motivación. El propósito, la razón, el acicate para el acto de traición perpetrado. ¿No debería contemplarse en la ecuación?

Su hasta entonces expresión confiada, junto con la sonrisa sobrada de la que Pailá se esforzó en hacer gala al entrar en el despacho, dejaron de encontrar acomodo en el inesperado rumbo que parecía tomar la conversación, huyendo ambas por el desagüe como dos ratas de alcantarilla.

—¿Qué *acuación*, señor? —respondió Pailá en su ignorancia.

Iluminación, actores, escenografía, maquillaje, todo en aquella orquestación teatral maquinada por el coronel apartó súbitamente las miradas de Martín, que solo podía soñar con otro desenlace más allá de una inminente ejecución.

—Confírmeme si estoy en lo cierto, Pailá. Usted no parece saber mucho de matemáticas, ¿verdad que no?

Pailá permaneció mudo en su sitio como una comadreja. No existía torniquete en el mundo capaz de detener la hemorragia a través de la que veía esfumarse todo su aplomo, desinflando unas constantes vitales meramente simbólicas de su breve y exiguo paso por la existencia.

—Pero de física algo sí que sabe, ¿no es así? —añadió.

El coronel se reclinó hacia su costado derecho, acercándose al ventanal junto a su escritorio, y apartó la cortinilla del cuadrante inferior. Lo que fuera que quiso comprobar, se lo guardó para sí mismo.

No era fácil percibirlo, pero después de años trabajando en la fábrica del Huétor, uno era capaz de sentir cualquier interrupción, por leve que fuera, en los vertiginosos ritmos de producción. Y cuando una saca estaba cerca, algo en el cuerpo te indicaba que podía ser tu último día de vida sin siquiera llegar a ser consciente de ello.

Pailá se dejó deglutir por su fatal destino antes siquiera de darle la opción de entenderlo. Su propio cuerpo se lo indicó antes de poder razonarlo.

—Claro que sabe de física —se respondió a sí mismo el coronel —. Ya lo creo que sabe. ¡Y mucho!

Los pasos de un escuadrón compuesto por falangistas y algunos efectivos de las fuerzas Regulares se hicieron cada vez más evidentes en su camino hacia la zona de oficinas donde se encontraba el despacho del director. Establecidos de forma

permanente en las inmediaciones, siempre estaban dispuestos a dar trabajo extra al personal de recursos humanos gestionando altas y bajas, y no perdían la ocasión de llenar sus camiones de traidores para llevárselos a conocer de primera mano los exuberantes campos de amapolas en los alrededores de la fábrica.

El escuadrón estaba liderado por Manuel Escalona, que se presentó ante el coronel siguiendo la parafernalia habitual. Se apreciaba en su expresión la sorpresa de ser bien recibido por aquellos lares, especialmente después de los incontables encontronazos con el coronel Píbode en los últimos meses al impedirle tomarse la justicia por su mano en nombre de la causa nacional. Si no bienvenida, su presencia parecía al menos tolerada en aquella ocasión.

Escalona centró su atención en Martín. Rápidamente el coronel Píbode apuntó hacia Pailá, que aún pensaba que podía salir de aquella. Pailá presenciaba la escena con los ojos abiertos como platos, incapaz de explicarse nada de lo que allí estaba ocurriendo.

—Llévenselo de aquí —se limitó a ordenar el coronel.

Dos de los secuaces de Escalona se encargaron de reducir a Pailá a la mínima expresión de sí mismo en cuestión de segundos. Si le hubieran dado un altavoz, sus gritos de hiena tratando de arrastrar consigo a Martín no habrían resultado más desgarradores.

—¡Traidor! —gritó Pailá, y su abyecta expresión de odio anunciaba una inmediata metralla en forma de bilis y salivazos —. ¡Él es el traidor! —continuó señalando hacia Martín con su barbilla picuda, alzándola una y otra vez en el aire—. ¡Él es el traidor, no yo, mi coronel!

Mientras se lo llevaban a rastras por el suelo hacia un fatal desenlace, su voz iba sonando progresivamente más lejana, apagándose como una colilla sobre el asfalto implacable. Después, el más absoluto silencio pasó a dominar la estancia.

Martín, todavía en estado de shock, permanecía inmóvil sobre la silla, agarrando los reposabrazos como si un avión fuera a impactar contra una montaña y no hubiera otro lugar del que agarrarse. Se sentía incapaz de controlar sus manos temblorosas y, en lo más interno de su ser, sabía que él era el siguiente.

Al contrario de lo que le indicaba su instinto a Martín, el coronel Píbode se mostraba tranquilo, incluso podría decirse que aliviado.

—Respire hondo, Martín. Ya pasó todo.

Martín se tomó la recomendación del coronel como una orden e inhaló una profunda bocanada de aire. Lo dejó salir al tiempo

que sus músculos agarrotados volvían a adquirir poco a poco su tersura habitual.

—Lo hecho, hecho está —añadió el coronel.

A Martín le sorprendió aquella aparente búsqueda de su aprobación por parte del coronel, o de una especie de bula que pudiera soslayar el trago de haber enviado a uno de sus empleados al peor de los destinos: a contemplar el campo de amapolas.

—Había que hacerlo.

—Lo siento, señor.

—No lo sienta tanto —gruñó el coronel—. Podría haber sido su vida…

Por fin llega mi hora, pensó Martín. Ahora sí que sí.

—… la que se hubiera cobrado la explosión en el taller de tetralita, y no la de esos muchachos.

Martín elevó las cejas.

—Llevábamos largo tiempo vigilando a este tal Pailá —El coronel le puso en antecedentes—, desde mucho antes de que hiciera volar el taller por los aires.

¡Ese maldito Pailá! Podían estar los dos muertos de no haberse alejado unos pasos del taller de tetralita. En cualquier caso, dada la velocidad a la que Escalona y su cuadrilla hacían sus deberes, Pailá debía ser ya un colador.

—No supimos verlo a tiempo —añadió el coronel—, eso es todo.

La situación en la fábrica acababa de cobrar un cariz realmente halagüeño para Martín, sin Pailá amenazando con delatarle y el coronel Píbode sintiendo haber impartido justicia. Viviría un día más para contarlo. Y aunque se esforzó en no sentirlo ni lo más mínimo por Pailá, lamentó la pérdida absurda de una joven vida más.

—Ahora bien. —El coronel titubeó, una actitud muy poco frecuente en él—. Debes recoger tus cosas e irte ahora mismo, sin perder un solo minuto —le hablaba ya sin formalismos—. Quién sabe lo que esa serpiente será capaz de escupir con tal de salvar el pellejo…, y si llegara a sembrar la menor duda en Escalona y el resto de los perros de presa, no tendrán reparo en venir también a por ti. Y entonces poco podré hacer para ayudarte.

No le hizo falta ni una palabra más a Martín para entender que el coronel estaba al tanto de sus asuntos, o al menos de parte de estos. Lo que sabía y cómo había llegado a saberlo representaba un misterio que tenía a Martín completamente descolocado. No era momento para buscar respuestas. Se alzó de su asiento y, sin poder gesticular más que una mirada de eterno agradecimiento, se despidió del coronel.

Antes de cruzar las cortinillas junto a la puerta del despacho, Martín sintió una fuerte presión en el brazo.

—No olvides esto. —Con la mano contraria, el coronel le entregó un sobre vagamente precintado—. La paga completa de un mes.

Martín lo percibió al instante: había algo más en aquel sobre que la paga de un mes. La forma en la que le hacía entrega del propio sobre, el tono en la voz del coronel, la expresión en su mirada, todo indicaba que había algo más.

—Espero que esto le parezca un juicio justo, Martín.

Una vez más, el coronel le dejó sin aliento. No era el momento en cualquier caso para deshacerse en gratificaciones.

—Muchas gracias, señor.

Martín abandonó la fábrica de artillería de El Huétor como una exhalación, sin mirar atrás ni un solo momento. El intento de chantaje por parte de Pailá y lo que pudiera haber contado a sus captores eran motivo más que suficiente para acudir sin demora a su residencia familiar para alertar a su familia de un posible intento de saqueo. Si se corría la voz, una jauría de lobos sedientos de tesoros no descansaría hasta hacerse con las dichosas pinturas, con que su familia estaba en una situación de riesgo absoluto. Le gustara o no la idea, tenían que hacerse a la necesidad de alejarse de allí para siempre.

Doloridas las articulaciones en sus rodillas de las poderosas zancadas impulsadas por ríos de adrenalina, solamente pasados unos veinte minutos de marcha, Martín se detuvo junto a un muro revestido de helechos y esparragueras rodeadas de hortensias para proceder a abrir el sobre. Junto a la paga correspondiente a un mes de trabajo, una pequeña bolsa de felpa contenía ni más ni menos que cien pesetas junto a una moneda de diez céntimos. La cantidad equivalente a las mil y una monedas que, según su registro de notas, Martín había insertado en la misma cantidad de proyectiles con la intención de bloquear su detonación antes de ser enviados al frente de batalla. Gracias, *mi* coronel.

Capítulo 12

Actualidad

—¡Escúchame bien, hijo de la gran puta! —Goterones de saliva perdigonearon sin piedad la entrada de audio en el teléfono de escritorio del director y fundador de Rekobra, Emiliano Sogorb—. Vas a hacérselas pasar putas, ¿entiendes? Y déjame que te diga aún más, ¡vas a cargar con esto en la conciencia durante el resto de tu miserable vida!

La presión de un comité de investigación sobre Rekobra por sus prácticas abusivas había conseguido provocar algo realmente inusual en Sogorb: que perdiera los papeles y se dejara llevar por sus ansias de tomar la vía rápida (por la que, a fin de cuentas, solía optar de una forma u otra en una aplastante mayoría de las ocasiones) para neutralizar con ello la amenaza de una demanda colectiva liderada por el fondo de litigación REFCO y asesorada por el bufete especializado Giralt-Miranda. Sogorb podía ser una cucaracha capaz de acurrucarse y aguantar una tormenta nuclear, pero eso no le hacía inmune a la mejor mierda litigante del país.

Sogorb se exigió recuperar el ritmo normal de respiración, lo que consiguió en apenas unos segundos. Después se alisó la corbata usando para ello las palmas de sus manos como planchas de acero inoxidable, con un resultado comparable al que habría conseguido llevando sus corbatas a la mejor tintorería de A Coruña.

Al otro lado de la línea, Nono rebobinó mentalmente tratando de entender cómo la conversación podía haber tomado aquel rumbo en cuestión de segundos. Después de ignorar sus llamadas el día anterior, el miércoles comenzaba fuerte con Sogorb experimentando los efectos de los churros rebozados en toneladas de azúcar de su desayuno.

—¿Entiendes lo que te digo, cabronazo? —insistió el supremacista empresarial, líder tanto espiritual como ejecutor en Rekobra.

Aquella llamada, que había comenzado en los mejores términos exactamente seis minutos antes después de los saludos pertinentes, había derivado rápidamente hacia una firme declaración de guerra por parte de Sogorb.

Nono se inventó rápidamente un pretexto para las repetidas ocasiones en las que había ignorado sus llamadas telefónicas los

días previos, y centró la conversación en la delgadez del expediente de Luis Velasco. Por primera vez en toda su trayectoria, una lejana, todavía difuminada y tenue voz en su interior le pedía saber un poco más, solo un poco más, sobre su siguiente víctima antes de proceder a darle la estocada mortal.

—Verá usted —dijo—, con tan poca información no puedo aventurarme a garantizar ningún resultado…

—¡Joder, Garrido! —le interrumpió Sogorb—. ¿Otra vez estamos con las mismas?

Nono trató de hacer pasar por convincente un argumento que caía por su propio peso, aduciendo una retahíla de estadísticas que justificaban el bajo ratio de éxito cuando no se le proporcionaba la información suficiente sobre las personas cuyas deudas debía recuperar.

—Mi trabajo se basa en un método, ¿es tan difícil de entender?

—Mire, Garrido. —Por el tono en su voz, firme, al punto amenazante, quedó patente lo cerca que estaba Sogorb de llegar al límite de su aguante —. Le quedan poco más de diez días para machacar, para torturar, para desmembrar a ese Luis Velasco, ¿lo entiende?

Machacar, torturar, desmembrar… Resultaba asombrosa la facilidad con la que Sogorb hacía suyo un vocabulario que el propio Nono había introducido en los equipos de cobros y que le habían llevado en apenas un par de años a liderarlos con un éxito arrollador.

—¿Y si pidiera un cambio de expediente?

Con el cuello de su camisa rezumando sudores fríos, Sogorb acabó por ceder ante la tentación de poner a su subordinado en su sitio, de provocarle un repentino dolor estomacal y de hacerle mearse encima con el futuro que le esperaba en caso de seguir poniéndole objeciones a lo único que le había pedido que hiciera.

—Mira, soplapollas. Déjame que te lo diga para que lo entiendas… Si no recuperas esta deuda… no es ya cuestión de irte olvidando del ascenso, del puesto en la directiva…

—¿No va precisamente de eso la cosa?

—No, hombre no…, por ahí no van los tiros.

Sogorb negó repetidas veces chasqueando con los labios, saboreando el momento, gustándose con el dulce resultado de su propia debilidad, la debilidad de no aguantar ni un minuto más sin soltar el alud de amenazas que tenía preparadas para él.

—Para nada, hijo…

—¿De qué estamos hablando, entonces?

—Qué tal si nos sinceramos por una vez, ¿te parece?

Nono entendió rápidamente que no era aquel de ese tipo de

preguntas que esperasen una respuesta.
—La deuda de este mequetrefe es lo de menos —añadió Sogorb, su lengua jugando entre sus dientes megalíticos, oro de muchos quilates adornando las longanizas en sus manos.
Nono permaneció en silencio esperando el remate que a todas luces se estaba guardando Sogorb para ponerle el broche final a sus amenazas.
—Vas a conseguir que este pobre hombre te denuncie por acoso —continuó—. Y para conseguirlo, te vas a asegurar de apretarle las tuercas como jamás has tenido que apretárselas a nadie.
—¿Y si me niego?
—¡Jajajá! ¿Y si te niegas? Espera, espera. ¿Tienes tu *e-mail* delante? ¡Corre a tu ordenador hombre, que esto te interesa!
Nono activó el altavoz en su teléfono móvil y se acercó a su ordenador portátil para comprobar de inmediato su bandeja de *e-mail*: entraba en aquel momento un correo electrónico con diez archivos adjuntos.
Sogorb saboreó las mieles de su posición dominante:
—¿Lo tienes delante, chiquitín?
Era mucha la mierda que iba adjunta en ese *e-mail*, esencialmente informes internos que registraban el nivel de amenaza que las prácticas de cobro podían representar para la empresa dirigida por Sogorb y su socio, Pascual Poveda.
—Y esto es solo una pequeña muestra de toda la mierda que te hemos ido tapando en los últimos años… ¡óyeme!
—¿Qué quieres, si se puede saber?
—No vas a encontrar trabajo en tu puta vida. —La onda expansiva con la que anabolizó sus palabras las hizo alargarse hasta el infinito, llegando al punto de cambiar unas vocales por otras—: ¡En tu puteea videeeaaa! ¿Entieandees?
Lo peor de todo para Nono no era la mala sangre con la que Sogorb se estaba cebando con él. Lo peor era que siendo el gilipollas que era Sogorb, aún tenía razón. La empresa llevaba largos años tapando con dinero las repetidas quejas de los afectados, y si un nombre destacaba en todas ellas, era el de Javier Garrido. Es decir, su nombre. Cómo habían llegado a identificarle para poder formalizar aquellas quejas específicamente hacia él, eso era un misterio. Quizás la explicación estuviera en los jodidos seis grados de separación, le dio por pensar.
Lo que no podía intuir Nono es que no era solamente él, sino también la empresa Rekobra en su conjunto la que estaba al borde del abismo.
Sogorb paladeó el sabor metálico de pisarle el cuello al

adversario derrotado, de hundir en el fango el poco honor restante después de la encarnizada batalla.

—Ya sabes lo que toca —añadió con aire de superioridad—. Mete a ese tío en vereda hasta que estalle y quizás pasemos por alto los documentos que acabo de enviarte. Tengo amigos en la redacción de varios periódicos a los que les encantará dedicarte un reportaje a toda página.

Con esa última prescripción, la conversación tocó su final y Nono se echó a plomo sobre la cama. Tumbado boca abajo, con la cabeza bajo la almohada, el mundo se le quedó cien tallas más grande de lo que en aquel momento alcanzaba a gestionar.

A kilómetros de allí, en la comodidad de la silenciosa oficina de Rekobra, Sogorb reclinó el respaldo de su ajada silla de ejecutivo y ordenó a su secretaria (la única empleada que no se quedó trabajando en su casa, como todos los demás) ponerle en línea con so socio, Pascual Poveda.

—¿Y bien?

—Tranquilo socio, pasará por el aro.

—Ya puede pasar, Sogorb. Y más pronto que tarde.

—¿Sabemos algo del comité?

—Sí, que han formalizado la demanda colectiva.

—¿Mucho idiota?

—Qué te dicen doce mil idiotas.

Sogorb lo consideró un buen momento para violar el silencio de su despacho haciendo sonar los grandes éxitos de Julio Iglesias en su ordenador.

—Me dice mucho menos de lo que me dice un padre con la soga al cuello por el pago de los medicamentos prohibitivos que tiene que darle a su hijo.

—¡Ajá! —Aquellas palabras bien merecían acercarse al minibar y prepararse un buen trago de licor—. ¡Sabía que entrarías en razón, cabronazo!

Acto seguido le asaltó la duda a Poveda:

—¿No se rajará en el último momento?

Con una sonrisa desdentada en la cara y los párpados cayendo lentamente alejándole del mundo a su alrededor, Sogorb subió el volumen en su ordenador y dejó que Julio se hiciera dueño de todo lo demás.

—¿Rajarse? No, no, no… Podrá tratar de engañar a los demás, pero no se puede engañar a sí mismo. Hará lo que siempre hace y lo hará sin importarle quien caiga. Garrido es tan hijo de puta como el que más, ya lo verás. Es una sanguijuela ambiciosa que se alimenta de sangre, y cuando ya no queda sangre por chupar, se alimenta de la desesperación ajena. Lo verás llegado el

momento.

Poveda quería que el plan de Sogorb, fuera el que fuera, comenzara cuanto antes. Pero no quería hacerle sentirse presionado.

—Llegado el momento —repitió Poveda, esperando recibir como respuesta una fecha aproximada.

—Sí —respondió secamente Sogorb—, llegado el momento.

Poveda hablaba mientras conducía su todoterreno, un Lexus IS250 al que había hecho reducir los bajos hasta rozar el suelo al menor desnivel (era, según decía, un coche para no bajar de ciento ochenta por autovía). Dudaba mucho de que limitar la presión hacia Garrido con un solo *e-mail* bastara para acatar sus órdenes.

—¿Y crees que será suficiente?

Aquella pregunta le sentó a Sogorb como una puñalada en el pecho. En el fondo le parecía una falta de respeto que su socio le tuviera por un blando y, peor aún, por un descuidado. Luego se tranquilizó pensando que la pregunta iba cargada de sarcasmo, que no era el caso.

—Ahhh… ¡cabronazo! —se respondió Sogorb a sí mismo—. ¡No me la vas a colar, hijo de puta!

A riesgo de haber metido la pata tomando a su socio por un debilucho, Poveda optó por dejar las cosas como estaban.

—No me volverás a coger con la guardia baja —añadió Sogorb —, malnacido hijo de la gran perra.

Entendiendo que había más que un email cargado de documentos, Poveda se interesó distraídamente por aquello que Sogorb hubiera podido orquestar adicionalmente.

—Entonces háblame del Plan B.

Sogorb dejó pasar unos segundos teatrales antes de responder a su socio con una pronunciada sonrisa en sus labios:

—Dulce rendimiento.

A Poveda le cambió la expresión de la cara.

—¿Dulce rendimiento? —respondió el socio esmerándose en hacer memoria.

Después de unos interminables segundos, Poveda cayó finalmente en la cuenta de aquello a lo que Sogorb se refería y trató a toda prisa de ocultar su ignorancia inicial con una sobredosis de entusiasmo.

—¡Dulce rendimiento! —exclamó a un volumen a todas luces innecesario—. ¡Cómo no! ¿En qué estaría yo pensando?

La expresión perpetuamente constreñida en el rostro de Sogorb restó toda potencia al gesto condenatorio que devolvió a su socio como respuesta, gesto que este obviamente no podría percibir de

ninguna manera desde su coche de alta gama.

Como producto financiero, «Dulce rendimiento» —como Sogorb y Poveda habían empezado a llamarlo, de cachondeo, en algún momento en el pasado— lo tenía todo: altísimos rendimientos, un mínimo riesgo y requería una inversión relativamente pequeña para comenzar a disfrutar de las ganancias en un corto plazo. Y ahora lo había recordado. Lo último que necesitaba Poveda era dejar de mostrarse en plena sintonía con su socio, cuyo agrio —y a menudo violento— carácter no convenía tomarse a la ligera, así que optó por introducir en la conversación algunos *highlights* de cuando ambos concibieron aquel milagroso producto financiero.

—La documentación quedó de lo más sofisticado, ¿recuerdas? —dijo Poveda, y ambos rieron como hienas—, llena de informes de banco de imágenes y gráficos con líneas ascendentes, ¿eh? ¡Boom!

Con su mano buena, la única que no le temblaba como si tuviera vida propia después del ictus que casi le deja seco del todo, Poveda representó un avión despegando a toda velocidad hacia las nubes en el interior de su lujoso vehículo.

«Dulce rendimiento» era un portafolio de inversión con «retorno garantizado» con el que habían tentado a Nono a las pocas semanas de su incorporación a las filas de Rekobra. Como era de esperar —una hiena sabía reconocer a otra hiena—, este último no solo había mordido el anzuelo, sino que lo había mordido con ganas, aceptándolo sin hacer preguntas. Aquel producto había sido el primer paso urdido por Sogorb para librarse de futuros problemas en caso de tener que echarle la mierda a alguien.

Ofrecerle «Dulce rendimiento» a su empleado no era una forma de calurosa bienvenida a la empresa, ni una acción de conciliación para salir en un artículo de *Expansión* destacando lo orientada a sus empleados que era Rekobra. Al contrario, pronto comenzaron a manipular los informes de ganancias que Nono iba recibiendo para hacerle creer que sus beneficios estaban siendo significativos. Eventualmente, Sogorb orquestaría una lamentable crisis en el fondo, que resultaría en pérdidas ficticias para Nono y otros inversores igual de reales que Bugs Bunny. La situación perfecta como palanca para presionarle, haciéndole creer que estaba en deuda con ellos y forzándole a realizar acciones en su favor. Como pronto entendería Poveda, «Dulce rendimiento» solo era la pequeña punta del iceberg de todo lo que Sogorb tenía planeado.

Después de unos instantes intercambiando risas en modo ABS, de esas risas que salían solo porque uno quería que salieran,

Poveda forzó la máquina sabiendo que cuestionar socarronamente la dureza del plan sería apreciado por su socio, aunque no esperaba (ni por asomo) que los planes de Sogorb para tener cogido a su empleado por el cuello hubieran ido más allá de la contratación de aquel falso producto financiero.

Se armó de coraje y preguntó en un tono neutro que no dejaba intuir si la pregunta volvía a ir cargada de sarcasmo:

—¿Y eso es todo?

Realmente pensaba que aquello era todo, por lo que la pregunta estaba de más. No consiguió engañar a su socio, no obstante, lo que le colocó de forma estrepitosa en una situación extremadamente delicada.

—Maldito hijo de puta —respondió al instante Sogorb, haciendo quedar a años luz la aparente camaradería de hacía unos instantes.

Poveda se mostró confuso al ser aquella reacción lo último que esperaba:

—¿Qué cojones pasa?

—¿Realmente me tomas por un blando, hijo de la gran puta?

—¿Por qué dices eso?

—*¿Y eso es todo?* —Sogorb parafraseó con ñoñería las palabras de su socio—. Déjame que te diga una cosa, Poveda: estás muy jodido si crees que eso es todo lo que estoy dispuesto a hacer por esta empresa.

Lo cierto era que Nono tenía mucho por lo que preocuparse. Más que un despido o más que no encontrar trabajo en el resto de su vida por no ser alguien en quien, simple y llanamente, no compensaba jugársela por muy buen vendedor que fuera. Sogorb le tenía preparada una triple ración de deudas fraudulentas, de inversiones de altísimo riesgo y de fraude contable, su especialidad. Si llegado el momento al muy cabrón de Garrido le daba por rebelarse contra ellos, solo tendría que amenazarle con denunciarle a las autoridades fiscales, las cuales, con toda probabilidad, le harían enfrentarse a cargos penales por toda la mierda que le habían echado encima. Por no hablar de perder todo el dinero que había ido depositando en su cuenta de ahorro —cuyo lento pero constante aumento Sogorb seguía muy de cerca a través de las pertinentes alertas semanales— asociada, obviamente, a las cláusulas aceptadas al haber garabateado su firma sobre la enrevesada documentación de «Dulce rendimiento».

—Está claro que el señor Sogorb lo tiene todo previsto. —Poveda le doró la píldora, asegurándose de introducir los insultos pertinentes—. ¿Cómo cojones te lo has montado, cabronazo?

¡Serás hijo de la gran puta!

Sogorb guardó silencio y después colgó el teléfono sin decirle nada más a su socio. Todo aquello que Poveda había puesto en duda era, ni más ni menos, lo que Sogorb llevaba haciendo toda su vida. Para justificar las deudas fraudulentas solo había tenido que falsificar los documentos de solicitud de préstamos y suplantar la firma del incauto para obtener créditos a su nombre sin su consentimiento. Se había valido, obviamente, de su posición en la empresa para tener acceso a sus datos personales y así realizar estas acciones. Para las inversiones de alto riesgo, más de lo mismo: había encargado falsificar muy eficazmente los documentos de autorización de las inversiones. Por último, la amenaza de fraude financiero solo le había requerido a Sogorb utilizar su posición de poder para manipular los informes y registros contables inculpando a su empleado en diversas irregularidades financieras.

Moviéndose entre gente influyente, Sogorb pondría todo su esmero en tratar de encubrir sus delitos y protegerse a sí mismo, poniendo a Nono en una situación aún más difícil al tener que enfrentarse a enemigos corruptos a más no poder.

***

Nono abrió los ojos y miró hacia un lado, donde encontró su propio brazo descansando lánguidamente sobre la cama. De un pesado movimiento de muñeca comprobó el último mensaje de texto en su teléfono móvil:

> Se ha armado una gorda, ¿te has enterado? Sogorb y su compañía de buitres leonados se la han cargado con todo el equipo.

No necesitó más detalles para saber que debía llamar al instante a Juan Velayos, su infiltrado en la sección económica del diario *La Opinión de A Coruña*. Velayos estaba especializado en grandes fraudes financieros, lo que no podía venirle más al pelo.

—¿Qué cojones está pasando, Juanito? Llevan dos días que no hacen más que ponerme palos en las ruedas estos hijos de la gran puta.

—Y tanto que sí.

—Cuéntame más.

—Tus amigos de Rekobra tienen un marrón muy gordo encima.

—¿De qué tonalidades de marrón hablamos?

—Del marrón de la mierda intensa que huele a kilómetros. De la misma tonalidad de haber montado un esquema piramidal de cobros por medios ilegales con alcance internacional. Compañías opacas, subsidiarias, en fin, un crisol de mecanismos pensados para atrapar a sus víctimas presentando declaraciones juradas

afirmando falsamente haberles notificado una demanda.
—Un crisol, ¿uh?
—Llámalo como quieras.
—¿Y qué pinto yo en todo eso?
—Esperaba que tú pudieras decírmelo —respondió Velayos meciéndose su barbilla exenta de toda barba—. Quiero sacarlo en la edición dominical como tardísimo. Si pudiera hablar con ellos sería fantástico.
—¿Hablar con Sogorb, Pascual Poveda y compañía? Se te ha ido la olla. No hay nada que más odien que a vosotros, la prensa *happy, happy*.
—¿*Prensa happy, happy*?
—Así os llaman.
—A lo mejor les interesa presentar su versión de los hechos.
—Olvídate.
—¿Qué se traen entre manos contigo?
—Un expediente, uno bastante gordo, por lo que parece —respondió Nono—. Y me da la impresión de que se están guardando lo mejor para su propio disfrute.
—¿Nombre del sujeto?
Nono titubeó ante la idea de seguir haciendo de su capa un sayo en lo referido a la privacidad de sus objetivos.
—¿A estas alturas me vas a venir con esas, Javierín?
—Visto lo visto…
—¡No me rompas las pelotas, que nos conocemos!
—Vale, vale…
—Gracias, joder.
—Luis Velasco.
Velayos se aclaró la garganta antes de responder:
—Le conozco.
Nono separó el teléfono de su cara, dejándolo caer sobre la cama sin llegar a soltarlo. Echó una larga bocanada de aire y se acercó de nuevo el teléfono a la boca.
—¿Es que todo el mundo conoce a este hombre?
—Lo cierto es que sí —respondió Velayos—. Se ha movido bastante por el tema de su hijo. Lo cubrimos en un reportaje hace un par de meses, en el especial sobre enfermedades raras —dijo, y añadió—: Las farmacéuticas también jumean que da gusto.
—Y el nombre de Sandra Pavones, ¿te dice algo?
—La verdad que no, ¿debería?
—Olvídalo.
—Volviendo a los peces gordos de Rekobra, ¿qué te están pidiendo exactamente?
—Pidiendo no es la palabra.

—Bueno, como prefieras llamarlo, tú ya me entiendes.

—Tengo que apretarle las tuercas a este tal Luis Velasco.

Conociéndose desde hacía años, a Velayos le dejó de sorprender mucho tiempo atrás su particular forma de ganarse la vida.

—¿Y cuál es el problema?

—Tengo que apretárselas mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—Tuercas de submarino nuclear.

—Es mucho, sí.

Velayos comenzó a chiscar las uñas de los dedos índice y gordo de la mano, como lanzando una sucesión de chinas imaginarias.

—Quizás me equivoque, pero que me claven una estilográfica en el riñón si su plan no pasa por tratar de culparte de toda la mierda que llevan enterrando durante los últimos años debajo de la alfombra.

—Por eso les urge tanto que me ponga a sacarle los ojos a este tío.

—Están en la cuerda floja.

—Eso parece.

—No son trigo limpio, Javito.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Sogorb no era precisamente un terrón de azúcar. Al contrario, podría pasar por uno de los Soprano sin el menor de los problemas.

—Pues ándate con ojo —le sugirió Velayos.

—Lo tendré.

—Sí, pero no hablo solamente de Sogorb.

—¿Alguien más a quien deba anotar en mi creciente lista de enemigos?

—*Yeah, mamma!*

—¿Y responde al nombre de…?

—Responde al nombre de Internet y se apellida Redes Sociales.

—Joder…

—Con cientos de páginas extendiendo cualquier noticia como la pólvora, lo último que quieres es que pongan tu nombre en el objetivo por ser el cabronazo despiadado que trató de sacar tajada aprovechándose de la debilidad de una familia con serios problemas para salir adelante.

Nono comenzó a asumir el berenjenal en el que estaba repentinamente metido hasta las rodillas.

—Por no hablar de la enfermedad de su hijo. La cubrimos en la edición de hace…

—Sí, sí, eso ya me lo has contado.

Aliviado como siempre se sentía dando cobertura a los

problemas ajenos en sus reportajes, Velayos soltó un largo soplido de aire contenido.

—Tus piernas o la imagen que te perseguirá el resto de tus días —concluyó—. Me temo que tienes que elegir una de las dos opciones. Eso si no hay una tercera opción aún por salir a la luz.

Sumido en la agradable fragancia alimonada que desprendía el nuevo juego de sábanas del recién inaugurado cuarto de invitados, y acomodado en la falsa protección que le proporcionaba su cama, ese nido caliente y mullido listo para evadirle de la realidad, Nono contempló la opción de seguirle el juego a Sogorb. Recuperar la deuda de aquel tipo y seguir adelante con normalidad.

—Aprecio mucho mis extremidades… —le dijo a Velayos—, y no me gustaría acabar empujando una silla de ruedas desde tan joven.

—¿Y bien?

—Si tengo que elegir, que sea Luis…, que sea ese tío quien lidie con sus propios problemas.

Un inquietante silencio al otro lado de la línea puso a Nono en alerta sobre lo que Velayos pudiera estar a punto de decirle al respecto, lo que llegó en forma pasivo-agresiva:

—Tú verás.

Las evidentes notas de condescendencia en la voz de su colega hicieron a Nono dudar de su decisión. En un esfuerzo abdominal sin precedentes, elevó el tronco hasta quedar en posición vertical y giró sobre su eje para quedar sentado con las piernas colgando por un lado de la cama.

—¿Me he perdido algo?

—Sobrevaloras tus piernas tanto como…

—¿Cómo qué?

—… tanto como infravaloras el infierno en el que puede convertirse tu vida cuando la comunidad de internet decida que eres merecedor de ser hundido en la miseria. Igual el que acaba colgándose de un pino eres tú. Y, además, por iniciativa propia.

—Dales un par de meses.

—¿Un par de meses? Ni en tus mejores sueños, majo.

—¿Ah, no?

—Debería hablarte un poco sobre el estigma de ser crucificado en las redes sociales y de la gente que ha acabado quitándose la vida por eso.

—No me lo digas. También lo has cubierto en un especial hace poco.

Podía ser más o menos chismoso y ocasionalmente un dolor de muelas, pero de lo que jamás podías acusar a Velayos era de

hablar por hablar.

—Yo de ti le daría una vuelta —le respondió su amigo—. Quizás te libres de represalias físicas por parte de esa gentuza que te da trabajo, pero acabes poniéndote la venda en los ojos con Luis Velasco…, y sabiendo de lo que eres capaz para agarrar tu comisión… espera, ¿cómo es eso que suele decirse? —El propio Velayos adelantó la respuesta—: Todo lo que digas podrá ser y será usado en tu contra en las redes sociales.

Nono sintió su cuerpo languidecer, sus extremidades hacerse tremendamente pesadas y su musculatura facial retraerse al punto de sentirse un anciano, triste, aislado y con la pensión mínima para malvivir apenas un mes más. Pensó en los cien mil euros en su cuenta de ahorro, en lo mucho que le había costado juntarlos y en lo cerca que estaba de su meta.

—Parece que no me quedan más opciones. —Y añadió, por si a su colega le había quedado alguna duda sobre el camino a seguir —: Lo siento por ti, Luis Velasco.

—Uh, uh…

—¿Qué significa uh, uh?

—Hay una tercera opción.

—¿Ah sí, Alejandro Magno? ¿Y cuál es, si puede saberse?

—Muy fácil.

A Juanito Velayos le resultaba todo siempre facilísimo. Llama a este sujeto, pregúntale por este otro y que te ponga en contacto con este otro más. Nono, por su parte, no podía aguantar un segundo más para conocer cuál era esa vía alternativa por la que podría, eventualmente, bien evitarse una paliza, no verse sometido al escarnio público o, en el mejor de los casos, acabar sus días en la cabina de una autopista de peaje.

—¿Y bien?

Elevando los dos brazos sobre su cabeza, Velayos comenzó a menear los dedos de sus dos manos como filamentos movidos por una caprichosa corriente de aire.

—Haz que sus deudas desaparezcan.

***

—Ahogados por el precio desorbitado de los medicamentos, pero tratando de ser optimistas —respondió Luis Velasco a la reportera de turno. Conociendo esta dónde residía, no le había costado localizarlo a la vuelta del colegio de Lucas, su hijo mayor.

«¡Zasca! ¡Ya tenemos un titular! Qué buena soy, leches», se felicitó la periodista que cubría el evento solidario que Luis y Helena seguían tratando de sacar adelante.

Aunque Luis trató en todo momento de ocultar sus peores temores ante el micrófono, bajo aquellas palabras ordenadas tan meticulosamente en su cabeza antes de responder a la reportera de Radio Galicia reinaba en realidad un miedo cada vez mayor al peor de los desenlaces.

Tres minutos delante de su ordenador portátil bastaron a Nono para llegar a aquel titular —«Ahogados por el precio desorbitado de los medicamentos»—, que resumía la entrevista de aquella reportera a Luis Velasco, y que el propio Luis Velasco había publicado en la recién creada página de Facebook dedicada a la enfermedad de Marc. Se trataba de un intento de hacer partícipe a la comunidad en las redes sociales con el que esperaban recaudar fondos para hacer frente a los cada vez más graves estragos que la osteoporosis con pseudoglioma estaba causando en su hijo. En lo de explotar las redes sociales en favor de sus intereses, Helena había conseguido ganarle a Luis la batalla.

Incrédulo, con sus dedos temblorosos sobrevolando sobre el teclado, Nono sintió por primera vez el plomizo peso de la inseguridad oprimiéndole con fuerza en el esternón a la altura del pecho.

La certeza de tratarse de ese Luis Velasco el sujeto cuya moral debía machacar para poder asegurar la continuidad en su propio bienestar, joder, del *mismo* Luis Velasco, dejaba cada vez menos espacio para segundas interpretaciones más cómodas de asimilar. Y en su corazón, órgano que Nono consideraba puramente funcional, sensaciones olvidadas comenzaron a hostigarle a paso firme.

La entrevista de apenas dos minutos de duración se adentró rápidamente en la falta de facilidades desde la sanidad pública y en la total carencia de empatía por parte de las entidades bancarias, siempre recordándoles la fragilidad de su situación financiera vía correo postal.

Nono reconoció el elegante detalle por parte de Luis Velasco al omitir los nombres de todos esos bancos cuyo pestilente aliento podía sentir su familia en el cogote. Esos mismos bancos en los que, como fiel cobrador de deudas al servicio de su maquinaria financiera, Nono esperaba encontrar la realización en la vida, dinero desbordando su cuenta corriente y seguramente una sucesión de caprichos totalmente prescindibles. Por no hablar de su propia seguridad, y quién sabe si la de sus padres. No habría sabido aproximar hasta dónde estaba dispuesto Sogorb a llevar las represalias, más allá de sus recientes amenazas que, honestamente, sonaban auténticas como una bofetada a mano abierta.

Cualquier parecido de Luis Velasco con un adicto a los narcóticos, como se lo había pintado Sogorb, habría sido una coincidencia. Las formas huesudas en su rostro, quizás, pero nada más. Nono recordó el despojo en el que se había convertido su padre después del fallecimiento de Ociel, y vio en él reflejado a Luis Velasco.

«Joder, ¿puedo tener peor suerte?», pensó Nono dándose cuenta del problema que tenía encima con Sogorb. Sabía muy bien lo que era perder a un hermano. No tenían que explicarle precisamente a él el martirio que iba a suponer para aquellos desgraciados enfrentarse a la pérdida de un hijo. La vida es dura para todos, ¿no es así?

Que Luis Velasco lograra aparentar tranquilidad solo podía deberse a que cualquier banco amenazando a su familia con exprimirles hasta el último euro no era nada en comparación con la perspectiva de ver apagarse a su hijo lentamente sin nada que poder hacer para evitarlo. Aquel pensamiento le hundió un poco más en la miseria de su complicada existencia.

Sentado frente a su escritorio, con el sol enfilando de buena mañana hacia los montes de Cabo Prior, Nono miró hacia su mano derecha y después hacia su mano izquierda. En la primera tenía fuertemente agarrado el expediente de Luis Velasco y, en la contraria, el teléfono en cuyas teclas estaba tardando en introducir su número de teléfono. Hizo vibrar sus labios de un profuso resoplido, lanzó el expediente de vuelta sobre la mesa y se masajeó la cara con las palmas de las manos.

—¡Joder!

Sus dedos debían estar a esas alturas marcando el número de rigor, presentándose ante Luis Velasco como el verdugo que le haría pagar hasta el último céntimo de sus deudas y procediendo a hacer el despliegue de medios para que así fuera, todo por lo que sería ampliamente agasajado por los altos estamentos de Rekobra. Buscó el número de teléfono en el expediente y marcó los tres primeros números con determinación hasta que un tsunami de culpabilidad le hizo deponer su actitud al instante.

Impotente, estrelló su teléfono contra la superficie de la mesa y centró su atención en las únicas dos páginas que conformaban toda la documentación sobre Luis Velasco.

A punto de dar las once y media de la mañana del jueves, el tiempo para dejarse de perder el tiempo y hacer su trabajo le empezó a pesar cada vez más.

Borró de su mente la entrevista publicada en Facebook, la imagen de Sogorb soltando ráfagas de pestilencia y recordó su visita a la finca de Sandra Pavones. Buscó a su alrededor el

cuaderno que Elías, a regañadientes, le había permitido llevarse de la caseta y cuyas páginas pendían de un par de anzuelos completamente oxidados. Movido por poco más que una vaga curiosidad, procedió a analizar su contenido página tras página después de localizarlo dentro de su mochila. Quizás una distracción como aquella le hiciera olvidarse de todo lo accesorio respecto de Luis Velasco, olvidarse por completo de cualquier información que le pintara a aquel tipo más allá de la imagen que trataba de dar en la entrevista, la de un padre de familia indefenso ante las cláusulas abusivas de los bancos. Era, a fin de cuentas, un moroso como otro cualquiera.

Volviendo al reciente hallazgo en la finca de los Pavones, resultaba increíble que el viejo Geluco hubiera encontrado una razón de peso para conservar un cuaderno de notas que, a juzgar por su olor, su estado y por su precio expresado en pesetas, debía tener casi cien años.

La recién inaugurada habitación de invitados era la única estancia de la casa con acceso al desván, al que se entraba desde una escueta puerta elevada unos centímetros sobre el nivel del suelo. Un buen refugio temporal ante la adversidad.

Con los primeros rayos de sol de la mañana despuntando tras las colinas de Cabo Prior y el recuerdo de una tormenta nocturna en forma de persistentes gotas sobre el cristal, Nono subió al desván, donde se acomodó junto al ventanuco echando mano de dos grandes cojines de vivos colores que guardaba allí arriba para esos momentos de aislamiento. Procedió entonces a abrir el cuaderno para ver su contenido con todo detalle.

En la parte inferior de la carátula del cuaderno aparecía un nombre propio escrito con una tipografía elegante, con las dos iniciales mayúsculas cobrando todo el protagonismo de la firma. Sin duda, aquel cuaderno había pertenecido a un tal Medardo Planchuelo. Nono inspeccionó el cuaderno en busca de otros nombres, pero no encontró ninguna otra pista útil sobre la identidad de su propietario. Deslizó la yema de su dedo índice sobre la firma, cerró los ojos y trató de sentir alguna conexión con aquella persona pretérita, pero solo para volver a abrirlos súbitamente, sacudir la cabeza y sonreír sintiéndose abochornado como si alguien estuviera observando su reacción al manipular el cuaderno. Algo muy propio de su padre, aquello de cerrar los ojos al tener en sus manos una pieza aparentemente antigua.

Después de las primeras páginas colapsadas por garabatos de lo más variopintos, el cuaderno comenzaba a recoger una serie de diálogos entre dos personas ordenados cronológicamente:

20 de febrero de 1933

(Edad: 4 años y seis meses)

Antoncín: Tenemos que hacer un agujero de diez pulgadas, ¿podemos, papá?

Yo: Un agujero, ¿para qué?

Antoncín: Tengo que dormir dos horas.

Yo: ¡Pero si has dormido como un lirón!

Antoncín: Sí, pero tienen que venir las ambulancias para llevarse a los franceses, ¿de verdad que van a venir? Son muchísimos. No sé dónde los van a meter a todos.

Yo: Ah, ¿sí? ¿Y cuántos son esos franceses?

Antoncín: No lo sé. Creo que doscientos.

3 de abril de 1933

(Edad: 4 años y siete meses aprox.)

Antoncín: ¡No encuentro mi máscara! ¿Papá? ¿Mamá? ¡Dónde está mi máscara!

Yo: ¿Qué máscara, Antoncín?

Antoncín: Mi máscara. Si no me la pongo ahora me voy a ir al hospital y me van a dar un montón de pastillas porque me va a doler mucho por aquí (señala su garganta y el pecho).

22 de agosto de 1933

(Edad: 4 años y once meses)

Yo: ¿A qué estás jugando?

Antoncín: Mira. Esto es un río, y esto es otro.

Yo: ¿Y esos puntos? ¿Qué son?

Antoncín: Eso son los boches.

Yo: ¿Los boches?

Antoncín: Sí.

Yo: ¿Y qué son los boches?

Antoncín: Son los soldados alemanes.

Yo: Y el río, ¿tiene algún nombre?

Antoncín: Sí. Este se llama «Ais».

Yo: ¿Y este otro?

Antoncín: Ese es el canal del norte.

Yo: Y esto de aquí, ¿qué es?

Antoncín: Estos son los franceses.

Después del tercer diálogo se identificaba a duras penas el esbozo de un mapa sobre el papel, donde se apreciaba un riachuelo rodeado de puntos junto a lo que parecía un bosque

lleno de árboles. Líneas discontinuas como proyectiles silbando en todas direcciones completaban la representación escénica de un pueril campo de batalla en plena contienda.

Bajo las cálidas caricias de la luz de la mañana, Nono fue incapaz de resistirse ante la tentación de hojear las páginas siguientes.

El formato de las notas en estas registradas continuaba siendo el mismo: una fecha, una edad y un diálogo entre Antoncín, un niño pequeño a todas luces, y otra persona, que sería su madre o su padre sin tener que echarle mucha imaginación. Podía tratarse de un médico, o de un profesor, no podía descartar ninguna de esas dos opciones de momento. Las anotaciones se extendían hasta el año 1936, donde el registro cortaba de forma repentina su continuidad después del último diálogo registrado.

El silencio era sepulcral en la *dimensión paralela*, nombre por el que solía referirse Nono al desván de la vivienda, por lo que no le costó identificar los pasos de su madre aproximándose al paso de una gacela cautelosa.

***

Tras unos segundos de incertidumbre, Sonsoles abrió la puerta del desván —después de entrar en el cuarto de invitados sin llamar— y, elevándose sobre las puntas de sus pies, asomó el hocico por la puerta. La última capa de pintura parecía resistirse a perder su fuerte olor a *cambio de aires*, lo que hizo dudar a Sonsoles sobre si reconfigurar el cuarto de su hijo había sido una buena idea.

—¿Javi? —gritó elevando la vista hacia el techo. Tenía un pie en el aire, ligeramente retrasado respecto del otro, que quedaba situado en la vertical del marco superior de la puerta. Sumado a sus dos manos, una apoyada sobre la porción lateral del mismo marco y la otra agarrando con fuerza la manilla de la puerta, conformaban sus tres únicos puntos de apoyo. Solamente Sonsoles entre todas las madres del mundo era capaz de mantener el equilibrio al inclinarse hacia adelante en esa postura y no colapsar a los pocos segundos.

El aludido dejó pasar un segundo antes de decidirse a responder, momento para el que Sonsoles ya había emprendido el camino de vuelta a la planta baja de la vivienda.

Nono bajó dando pesados pasos hasta la habitación, después caminó hacia las escaleras, descendió los escalones de dos en dos a la velocidad del sonido, como un martillo neumático, y una vez en la planta baja, caminó unos pocos pasos más hasta llegar a la cocina.

—¿Qué querías? —preguntó mientras Sonsoles cortaba afanosamente patatas sobre la tabla de madera dispuesta sobre la encimera.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Da igual, déjalo.

—¿Por qué siempre me haces lo mismo?

—Olvídalo, no tiene importancia.

—Tengo un marrón de los gordos encima —Nono trató de hacerle ver el incalculable valor de *su* tiempo—, ¿podemos ir al grano?

El asunto de la llamada a Luis Velasco se le estaba haciendo bola. Había que reconocerlo, jamás hubiera imaginado tener que soltarle los perros de presa a alguien en esa situación, *esa* situación en particular. Su muslo derecho comenzó a disfrutar de un agradable masaje que rápidamente dio paso a una sensación de profundo desagrado.

Lucifer al otro lado de la línea.

Nono silenció la llamada tan pronto leyó el nombre de Sogorb sobre la pantalla digital de su teléfono móvil.

—No tiene importancia —insistió Sonsoles.

—Ya estoy aquí, ¿no?

«Así que dime lo que tengas que decirme, no quiero pensar que he tenido que bajar para nada», pensó Nono.

—¿Tan importante era lo que fuera que estuvieras haciendo ahí arriba?

—Pues sí —respondió Nono ladeando la cabeza—, era importante.

Luego suscribió su afirmación una vez más:

—Para *mí* era importante.

Nono emprendió el camino de vuelta hacia su habitación. Tenía la absoluta certeza de lo que pasaría a continuación. Se detuvo en seco.

Tres, dos, uno…

—¿Compraste algo en el mercadillo? —Una mirada veladamente acusadora, casi reprobadora, dominaba ahora el rostro de Sonsoles.

La desesperación cobró repentinamente enteros en Nono, acercándolo peligrosamente a su particular punto de ebullición. Odiaba que a su madre le diera siempre por retomar las conversaciones cuando, entendiendo que estaba todo dicho, él tomaba la decisión de regresar a sus propios asuntos. Esa mala costumbre de antojársele esperar hasta el último minuto para lanzar un órdago en el tiempo de descuento.

—No —respondió Nono evitando mirarla a los ojos—. Al final no compré nada.

—Ni al final, ni al principio —respondió Sonsoles en tono de reproche.

—¿Eso es todo?

—¿No quedamos en que te acercarías a comprar algo?

—Sí, pero es que no había nada que comprar.

—¿Y qué?

—¿Ahora me vas a decir que tú compras cosas cuando no las necesitas?

Sonsoles paró en seco de pelar patatas, dejó el cuchillo de un sonoro planchazo sobre la tabla y alzó la vista para quedar mirando fijamente al exterior de la casa a través de la ventana.

—¿Cuándo vas a crecer?

—¿*Crecer*? —La expresión en Nono revelaba grandes dosis de asombro.

—Sí, crecer —se reafirmó Sonsoles—. Hay cosas que no habría que explicar, ¿no crees?

—¿Cómo por ejemplo?

—Como, por ejemplo, cuando compras algo que no necesitas porque así vas a ayudar a un niño enfermo, a un niño gravemente enfermo. Y a su familia.

—Ah sí, ¿y qué más? —respondió Nono. El tono en su voz resultaba desafiante cuando menos.

—Como cuando te pegas un paseo hasta Ragón para visitar a tu padre, aunque no encuentres nada medio bonito que decirle.

—Ya, cómo no.

—Te parecerá una idiotez.

—Ahora voy a ser idiota.

—No —respondió Sonsoles ocultando la leve pérdida de tensión en sus labios llorosos—. Idiota yo por hacerme ilusiones.

—¿Ilusiones de qué?

Sonsoles se acomodó en el silencio como único telón de fondo.

—Dime, ¿ilusiones de qué? —volvió a preguntar Nono, tratando a regañadientes de mantener un tono medianamente sosegado en su voz.

Sonsoles seguía hablando de espaldas a él, tratando de retomar sin ningún éxito el cortado de las patatas. Se limitaba a regalar golpes de cuchillo sobre la tabla siempre dispuesta a servirle como desahogo. Nono podía visualizar sus ojos convirtiéndose en dos pequeñas piscinas de ínfimo oleaje.

—Ilusiones de nada. —Sonsoles trató de inyectarse una dosis de tranquilidad. Se la podía ver realmente disgustada, demasiado para el breve intercambio de palabras que acababa de tener lugar

—. Esa familia lo tiene complicado —añadió entre sollozos—, los de Pontedeume. Y el chico, será más o menos de la misma edad que Ociel… Y tratándose de una enfermedad sin cura, de esas de un caso entre *no-sé-cuántos* millones…

Nono guardó silencio.

Un inevitable pensamiento se formó urticante en su cabeza. Uno entre no-sé-cuántos millones era precisamente ese padre que no se tomaba la molestia de comprobar cómo está su hijo echando un vistazo rápido a la cámara a través de la que debería estar vigilándole, y no lamentándose por el cierre de su negocio, dando pena por las esquinas por no haber conseguido que un banco le respaldara después de ayudar a cientos de personas a conseguir dinero y además, de hacerlo en buenos términos, sin usura. Enrique, el prestamista que, aparte de prestamista, hacía las veces de psicólogo para sus clientes y por lo que acabó cerrando el negocio de toda una vida.

Nono sintió lástima por el crío. Por sus hermanos también, si es que los tenía. Ellos también iban a tener que bregar lo suyo navegando por aguas turbulentas. Les tocaría cargar a cuestas con una parte significativa del drama.

Él bien lo sabía, lo sabía mejor que nadie.

Sonsoles consiguió recomponerse a duras penas. Cambió de tema, tomó una bocanada de aire y cruzó los brazos frente al pecho.

—¿Qué hacías ahí arriba? —preguntó haciendo acopio de fuerzas.

—Nada importante —acertó a responder después de cierto titubeo—. Estar —añadió finalmente con aire de sentencia.

—¿No habrás vuelto a robar? —En ocasiones, el tono en su voz lo decía todo. Y en este caso, el tono de Sonsoles hablaba de infinitas charlas sobre echar mano de la propiedad ajena sin permiso.

Nono vaciló antes de atender la llamada cuando el teléfono comenzó a vibrar una vez más en el bolsillo de su pantalón de forma amenazante. Ignoró una vez más la tentativa de comunicación por parte de Sogorb y cortó la llamada sabiendo que acabaría en un nada sutil intercambio de heridas lacerantes.

Joder, ¿cuándo va a tirar la toalla este hombre?

La puerta de hierro que daba acceso a la casa por el jardín emitió el particular sonido a impacto cataclísmico que hacía cuando alguien entraba por primera vez y no estaba familiarizado con ella. Al no controlar su fuerza, el golpe de la puerta chocando contra el muro una vez recorrida toda la bisagra era de campeonato. En los tiempos recientes, cada nuevo golpe

en el muro iba acompañado de la presentación formal de un nuevo compañero por parte de su madre, algo que Nono todavía no había sido capaz de asimilar.

De forma perfectamente sincronizada, ambos, madre e hijo, dirigieron la vista hacia la puerta de la cocina. Era una puerta de madera al estilo holandés, dividida en dos partes iguales por la mitad. Normalmente dejaban la parte inferior cerrada y la parte superior entornada, de forma que las poco frecuentes visitas pudieran anunciar su presencia.

Los segundos empezaron a resultarles eternos a los dos, la tensión que empezó a reinar en la cocina se hizo más que evidente.

Una mano desconocida empujó con suavidad la compuerta superior de la puerta holandesa que daba paso a la cocina. Extremidad que, a juzgar por su cauteloso proceder, le resultó a Nono desprovista de todo rastro de sangre corriendo por sus venas. Lamentó no haber establecido una serie de normas de convivencia en lo referido al tipo de personas con los que su madre podía guardar algún tipo de relación personal.

—¿Sonsoles? —saludó un hombrecillo con aspecto de informático desde el otro lado de la puerta.

***

A juzgar por la mitad del cuerpo que quedaba expuesto a la vista, aquel hombre le pareció a Nono igual de agresivo que una rodaja de calabacín y (esto había que reconocérselo al hombre), jovial como un dibujo animado de los *Looney Tunes*.

Una sensación de nerviosismo creciente tomó sin embargo las riendas en Sonsoles. Hasta el menor y más atrofiado de los músculos que conformaban su rostro demostró ser muy capaz de activarse previo riego de adrenalina. Se sintió desmesuradamente apurada. Jamás pensó ni de lejos que le fuera a resultar tan sumamente difícil asumir de nuevo el pleno control de sus emociones, curtidas y zarandeadas en los más exigentes dramas.

Con las mejillas rojas como la carne de un tomate maduro, Sonsoles se aproximó a la puerta de factura nórdica inclinando la cabeza hacia atrás, dando lugar a un escorzo dramático delicioso para un observador imaginario que estuviera situado a la altura del techo de la cocina. Desde donde estaba Nono, el gesto resultó forzado y poco natural.

—¡No te quedes ahí! —le increpó Sonsoles—. ¡Entra!

El hombrecillo puso cara de no poder hacer otra cosa aparte de quedarse ahí. Qué otra cara podía poner.

—¡Pasa, hombre, pasa!

—Gracias —respondió educadamente el señorcito, y después procedió a entrar en la cocina cuidando cada uno de sus movimientos.

Sonsoles volvió la vista hacia su hijo, quien hacía ya rato que había puesto tierra de por medio regresando al cuarto de invitados en el segundo piso.

—Hay que ver cómo son —se excusó someramente Sonsoles—. Discúlpame un momento, enseguida vuelvo. Puedes irte tomando algo.

Al tiempo que echaba a caminar hacia la salita contigua a la cocina, Sonsoles comenzó a menear el dedo índice como un diminuto limpiaparabrisas tratando de apuntar hacia el frigorífico. En ocasiones, un gesto resultaba mucho más descriptivo que tratar de apuntillar la frase empleando el léxico convencional.

El hombre menudo y de acabado luminoso como el mármol de Carrara permaneció en silencio durante unos segundos, en la cocina, tan solo como estaba antes de empujar la pesada puerta de hierro y ponérsele el corazón a pelar judías por el estruendo de la puerta golpeando contra el muro.

Se asomó ocasionalmente hacia la sala contigua esperando la inminente llegada de Sonsoles. A la quinta mirada sin rastro de su anfitriona, el invitado se tomó la libertad de levantarse, abrir el frigorífico y coger una botella de cristal de color verde a rebosar de agua. Llenó un vaso de los que encontró en el escurridor y empezó a vaciarlo lentamente, a pequeños sorbos de perro pekinés mientras miraba distraídamente hacia todas partes y a ninguna al mismo tiempo.

A los pocos minutos, el recién llegado comenzó a reparar en el infortunado error que podría haber sido aquella visita, y se prometió no volver a meterse en camisas de once varas. Solo tenía que largarse de allí y tendría infinitas opciones para disfrutar de su tiempo libre, dedicarle más horas a su tesis doctoral, la que siempre estaba ahí para prestarle su hombro, y olvidarse de las relaciones personales que, a fin de cuentas, solo interesaban a quienes se interesaban en ellas.

Decidió esperar cinco minutos más. Y después otros cinco.

Sentado de nuevo frente a la mesa, con sus brazos extendidos sobre su superficie de azulejos verdes separados por lechada imaginaria, echó una última mirada hacia la puerta por la que esperaba ver, o no ver, ya puestos, a Sonsoles.

Reparó en su lugar en un cuaderno antiguo que descansaba junto a su cadera derecha, sobre el banco rinconero en el que estaba sentado. En orden inverso, dejó pasar las primeras páginas

distraídamente hasta llegar a las primeras, donde comenzaba el registro de diálogos entre lo que a todas luces era un niño y quien fuera que le acompañaba.

—¡Ni de broma! —exclamó estupefacto, y acto seguido miró a su alrededor avergonzado. Después de recorrer más de treinta mil kilómetros alrededor del globo buscando nuevos casos para su tesis doctoral, se iba a topar por la más absoluta casualidad con un caso claro de renacimiento que además contenía un registro detallado de los recuerdos del sujeto, ¡dios santo! ¿No estaría soñando? ¿Qué probabilidades hay de que algo así suceda?, se preguntó.

La ocasión se le presentaba a pedir de boca: podía escuchar perfectamente a Sonsoles hablando acaloradamente con su hijo en la planta superior de la casa, así que no tenía más que levantarse, echar a caminar hacia el portalón de hierro y largarse echando virutas con cuidado de no dar un portalazo al salir con el reciente hallazgo entre sus manos.

Con el viejo cuaderno dispuesto sobre la mesa, cuidándose mucho de no lastimar ni una de sus páginas, el hombrecillo de aspecto jovial continuó unos minutos más disfrutando como una inocente cría de oso pardo con un delicioso tarro de miel entre las garras. Con sumo interés y tremenda expectación por el inesperado hallazgo, comenzó a escudriñar las notas contenidas entre sus páginas.

Mientras tanto, en el piso de arriba, rodeados de cuadros con motivos florales bordados, de cintas VHS y de fascículos de todo tipo de coleccionables, Sonsoles y Nono trataban de dirimir sus diferencias.

Ella permanecía de pie, Nono despatarrado sobre el sofá de una sola plaza por cuyo control tantos veranos había peleado con Ociel en el pasado.

—A veces siento que no te conozco…

—¿Por qué dirías algo así? —Nono fingió sorpresa abriendo los ojos de par en par. Después de todo, no era él quien se empeñaba en poner distancia cuando algo no iba del todo bien.

—¿Qué dijimos de robar? —Sonsoles sabía cuándo podía jugársela a una sola carta. Y su intuición podía hilar realmente fino.

—¡No he robado nada, joder!

—Ah, ¿no?

—Robar como tal no he robado nada.

—¡Ahí lo tienes!

—Que haya cogido algo prestado es muy distinto.

Que rozara la treintena no era motivo para no darle una

reprimenda a su hijo si Sonsoles consideraba que este se la tenía bien merecida.

—¿Qué hablamos sobre coger las cosas de los demás sin su permiso?

Nono salió por la tangente aludiendo a la presencia del recién llegado, que aguardaba en la cocina.

—¿Quién es el cartulino de ahí abajo?

—¿El quién?

Nono frunció el ceño.

—Tu amigo —acertó a decir en el último momento, no sin un titánico esfuerzo por su parte. En lo referido a las personas con las que su madre tenía algún tipo de relación, palabras como «amigo» salían de entre sus labios como muelas del juicio aprisionadas en sus correspondientes alveolos dentales. Con dolor infinito y difícil bálsamo sanador.

—Así que es por eso. —Sonsoles comenzó a asentir con la cabeza—. Es por Lisardo.

—¿Lisardo se llama? Espera que me lo apunto. Pensándolo bien, ¿para qué apuntarme nada?

Nono se mantuvo en los confines de una actitud más pasiva que activa en la conversación. Su mirada seguía clavada sobre la pantalla de su teléfono móvil y una cadencia de gruñidos sostenida hacía más bien poco probable la llegada al punto de entendimiento con su madre.

Sonsoles se acercó a una de las ventanas del salón, la que quedaba justamente sobre la puerta de la cocina que daba al jardín. Desde aquella privilegiada posición podía observar, mirando hacia abajo, el caminito de piedras que discurría desde la puerta holandesa hasta el portalón de hierro, el que siempre atizaba el muro con las nuevas visitas y que tantas veces Ociel, siendo un crío, había ido saltando de piedra en piedra como si las rodeara una lengua de lava volcánica. Empezó a contar mentalmente los segundos antes de ver a su viejo colega de universidad abandonar el lugar como alma que lleva el diablo.

Resultó no suceder tal cosa. Se volvió hacia su hijo.

—¿Qué te habría costado comprar cualquier cosa en el dichoso mercadillo benéfico?

Que su madre tuviera razón, que claramente la tenía, no resultaba motivo suficiente como para dar su brazo a torcer tan fácilmente.

—Hay otras formas de ayudar aparte de hacer un gasto absurdo, ¿no es así?

—¿Ah, sí? Por favor, ilústrame con esas formas de ayudar que seguro llevas barajando desde hace ni se sabe. Son tantas las

formas de ayudar a ese chico que no sabes ni por cuál empezar, ¿verdad? —le increpó Sonsoles notablemente irritada. Ni le resultaba plato de buen gusto que su propio hijo le tomara el pelo, ni el sarcasmo se le iba a dar tan mal a ella después de todo. Se sorprendió siendo un tanto sarcástica y se alegró por ello.

Nono se tomó unos segundos antes de responderle.

—¿Por qué tiene que reducirse todo al dinero? —Tomó la vía rápida, la vía del dinero no lo es todo. Estaba claro que Nono tonto no era.

—¡Ja! ¿No se te ocurre nada mejor?

Nono dejó el móvil sobre sus piernas y miró hacia su madre, que aún seguía pendiente del portalón de hierro forjado. Su expresión de quinceañera en el reflejo de su cara sobre el cristal. Sin duda, aquel tipo enclenque y desgarbado debía importarle.

—¿Quién es ese tal Lisardo? —volvió a preguntarle, en esta segunda ocasión con la deferencia de llamarle por su nombre.

—¿Tanto te importa?

—Eres mi madre, así que debería importarme, ¿no?

Sonsoles bajó el tono de la conversación casi de inmediato. Lo había presenciado infinitas ocasiones en su consulta. Padres rechazados por sus hijos sin el menor de los remordimientos, actuando como si los primeros fueran Adolf Hitler, utilizando la crítica y el juicio como herramientas de ataque, cada debilidad como justificación para condenarlos al aislamiento. Así que si su hijo no resultaba ser un psicópata frío, calculador y despiadado, que no lo era, el hecho de importarle significaba mucho para ella.

—Es un compañero de universidad.

Por la forma en que dejó salir las palabras de su boca, al punto agónicas, y la expresión en su cara, la época universitaria en que su madre cursó Psicología en la Universidad Autónoma pareció quedar cronológicamente a la altura de la prehistoria.

Sonsoles abandonó su puesto de vigía junto a la ventana. Se acercó a su hijo y se sentó de cuclillas frente a él, apoyando de forma estratégica sus antebrazos sobre los reposabrazos acolchados del sofá.

—Cariño —se esforzó lo indecible para hablarle en un tono conciliador—, ir saltando de un tema a otro no es la mejor forma de resolver los problemas entre adultos. Haz lo que te parezca —resolvió a decir resignada—, que a fin de cuentas es lo que haces siempre.

Nono la miró con incredulidad.

Sonsoles se alzó como un resorte y, una vez erguida, se dispuso

a regresar a la cocina, donde su invitado esperaba desde hacía rato.

—Está bien, está bien —respondió Nono con la misma carga dramática que el acto de levantar la tapa del váter a primera hora de la mañana.

Sorprendida por la respuesta de su hijo, Sonsoles detuvo el paso y se dio la vuelta con la expresión iluminada:

—¿Bajas a conocerle?

—Eso si no se ha largado hace tiempo —matizó Nono con socarronería.

Sonsoles inspiró una amplia bocanada de aire y abrió los brazos de par en par, las palmas de sus manos mirando hacia el techo en actitud mesiánica.

—Si no se ha largado hace tiempo —se limitó a repetir, con el matiz de aportarle a la frase una entonación infinitamente más realista y, en cierto modo, triste.

Nono echó una mirada tres sesenta grados a su alrededor. La búsqueda infructuosa rápidamente dio paso a una sensación de angustia por la pérdida de un bien preciado, aquel viejo cuaderno rescatado furtivamente de entre los trastos en el almacén del viejo Geluco.

Siguió los pasos de su madre hacia el piso inferior con la esperanza de encontrarlo más pronto que tarde.

Una vez llegaron a la cocina, Sonsoles no pudo ocultar su sorpresa al comprobar que su viejo colega de universidad, el hombrecillo de tez marmórea y una perpetua expresión jovial en la cara, seguía esperándola tras hacer un buen acopio de paciencia.

Sus brazos seguían extendidos sobre la mesa de azulejos verdes. Con los dedos de una mano tocaba un pequeño piano imaginario.

—¡Vaya! —dejó escapar ella.

—¿Vaya? —respondió Lisardo.

Nono permanecía en un segundo plano, bajo el marco superior de la puerta y con medio cuerpo aún fuera de la cocina.

—Vaya —añadió él, sorprendido.

El hombrecillo dejó de tocar el piano sobre la mesa. Juntó las dos manos entrelazando los dedos y dirigió la mirada hacia Sonsoles.

Con cautela, sus ojos de cervatillo detrás de los cristales de sus gafas de alta graduación mostraban el lógico interés de quien espera órdenes de su anfitrión.

—Y… ¿bien? —preguntó expectante.

—¡Sí, sí! —exclamó Sonsoles, solícita. Luego añadió una pausa, momento para un cálculo mental más producto de su inseguridad

que de otra cosa—. Nos vamos en dos minutos.

Miró entonces hacia Nono. Parecía que estuviera sujetando con sus manos una bandeja de canapés imaginaria, que desplazaba hacia ambos lados invitando a Nono a adentrarse un poco más en la cocina.

—Este es Javier… —dijo, y se corrigió rápidamente. Sabía diferenciar bien cuando era momento de tensar la cuerda y cuando seguirle el juego a su hijo—: Este es Nono.

El aludido dio cinco o seis pasos firmes hasta colocarse en el lado contrario de la mesa de la cocina. Apoyó la palma de su mano izquierda sobre la fría superficie de azulejo y adelantó el brazo contrario estrechándole la mano derecha como hacía desde hacía tiempo cuando le presentaban a alguien.

—Tanto gusto.

A Nono le resultó evidente que, a juzgar por su forma de estrecharle la mano (de una forma que el típico coach habría catalogado como un apretón de manos «de pescado»), aquel tipo no era lo que se decía un relaciones públicas consumado. Su aspecto de bibliotecario no dejaba mucho margen para atribuirle salvajes correrías ni fiestas de acabar bajándose los pantalones delante de la gente.

—El gusto es mío —replicó Lisardo haciendo escuetas reverencias.

Sonsoles no les dio más tiempo para estrechar lazos, perspectiva ante la que Nono frunció el ceño extrañado.

—¡En marcha! —entonó animada.

Nono le dedicó una mirada reprobatoria gesticulando un silencioso «¿Esto es todo?», mientras el tipecillo se esmeraba en levantarse de su asiento, en el que estaba prácticamente aprisionado contra el respaldo de madera maciza de la banqueta.

Ambos, Sonsoles y su compañero, recogieron sus cosas y se dispusieron a salir al jardín por la puerta de factura holandesa.

—No volveré tarde —se despidió de Nono.

Con un jersey de invierno doblado sobre los antebrazos y tieso como una vela de la virgen de Guadalupe, el hombre con aspecto de bibliotecario se despidió también de Nono, quien empezó a considerar la opción de llegar a aceptar la existencia de aquel personaje frecuentando la órbita de su madre.

—Por cierto —Lisardo se detuvo un momento antes de seguir los pasos de Sonsoles, quien le esperaba a un par de metros de distancia sujetándole la puerta holandesa—. Me encantaría poder estudiar con calma ese viejo cuaderno. Algún día, si me das tu permiso, claro. Es tuyo, ¿verdad?

Acto seguido los miró a ambos, madre e hijo, centrando después

toda su atención en Nono.

Nono respiró tranquilo al ver el cuaderno sobre el asiento acolchado, ligeramente oculto a la vista por la enorme mesa de madera y azulejo verde.

—Claro —respondió, aunque dudaba mucho de ser capaz de desprenderse de él bajo ninguna circunstancia—. ¿Qué es lo que te interesa de él?

El hombre elevó las cejas. Tomó una buena bocanada de aire y se lanzó a responderle con un entusiasmo digno de un excavador de tumbas egipcias.

—¿Que qué me interesa? ¿Tal vez todo?

El silencio de Nono resultó ser explicación suficiente para motivar al hombrecillo a explicar con detalle su repentino interés en el cuaderno.

Lisardo mostró a cambio el asombro propio de aquellas personas que descubren el poco interés de la gente de su entorno por lo que a ellos les resulta simplemente increíble.

—¡Contiene la narración de un caso de renacimiento! —exclamó lleno de júbilo—. Y está documentado con todo lujo de detalles.

Después hizo una pausa que quedó más bien teatral y al punto exagerada.

—Pero lo mejor de todo…

Ni Nono con su habitual agudeza mental impulsada por la codicia, ni aún menos Sonsoles tenían la menor idea de qué podía ser «lo mejor de todo» sobre aquel cuaderno hecho trizas con sus páginas malamente unidas por dos anzuelos oxidados.

—Lo mejor de todo —repitió Lisardo tratando de contener un reguero de emoción que iba en imparable ascenso—, es que se trata de un testimonio no condicionado por un observador presente.

Y añadió:

—No sesgado por una tercera parte interesada, ¿me explico?

Sus dos interlocutores negaron con la cabeza, lo que animó a Lisardo a entrar en detalle:

—En al menos la mitad de los casos de renacimientos que se han estudiado en el mundo no estaba realmente claro en qué medida los padres estaban condicionando las respuestas de sus hijos, eliminando toda credibilidad. Pero este cuaderno, con estas anotaciones, en fin… —tartamudeó—. ¡Fijaos dónde han acabado los registros! ¿Cuántos años después? ¿Ochenta? No creo que quien registrara estas conversaciones lo hiciera para tratar de engañar a nadie ni para salir en un programa de televisión en horario de máxima audiencia.

—¿Engañar a quién? —preguntó Sonsoles, que a duras penas

conseguía conectar las piezas del rompecabezas.

Madre e hijo seguían de pie en la cocina escuchando atentamente a su interlocutor. Sonsoles, entre desconcertada y sorprendida.

Nono estaba ahora más interesado que nunca en el nuevo pretendiente de su madre. El mundo material a su alrededor desapareció en un instante, volvió mentalmente a su refugio en el desván y empezó a experimentar un increíble trance que iba *in crescendo* en tanto que también crecía el entusiasmo del hombrecillo por el viejo cuaderno de notas.

—Tenéis razón, disculpadme —dijo, reconociendo al instante su desliz.

Lisardo rebobinó un carrete imaginario haciendo círculos con los dedos índices de sus manos:

—Por dónde empiezo.

Capítulo 13

—Oh, no es tan poco frecuente como podéis pensar, qué va —explicó Lisardo—… de hecho, las ciencias neuroconductuales son mi área principal de estudio desde hace ya casi diez años. Y ahora contamos con nuestro propio departamento en la USC —añadió llenísimo de orgullo.

Que aquel tipo se sintiera orgulloso con aquel logro era totalmente comprensible, especialmente después de haber tenido que luchar contra viento y marea para conseguir esa plaza que, paradójicamente, solía suscitar más bien poco interés en la comunidad médica debido a la delgada línea que separaba lo que fuera que hiciera Lisardo en la universidad de los estudios de lo paranormal.

—Dentro del área de psiquiatría infantil —matizó Sonsoles, y añadió de forma aclaratoria—: en Santiago de Compostela.

—Sí, bueno —replicó Lisardo, algo molesto con la actitud picajosa de Sonsoles—, en Santiago, y dentro del área de psiquiatría…, pero casi con total autonomía.

—Sí, bueno, casi… —recalcó Sonsoles sin preocuparse por la posibilidad de parecer un loro de repetición.

Lisardo le dedicó una mirada cargada de sorpresa. La naturaleza de su trabajo no había supuesto ningún problema en su relación hasta el momento, y sin embargo ahora, con su hijo presente en la conversación, parecía exactamente lo contrario.

Nono se sintió extrañamente intrigado, tanto como no se había sentido por nada en mucho tiempo. Casi tanto que no recordaba haberse interesado por nada de esa manera, salvo por la reciente (y cada vez más difusa) promesa de Sogorb de conseguirle un asiento en el comité de dirección de Rekobra.

—Un momento —Nono retomó el hilo de la conversación sobre la frecuencia de aquello a lo que Lisardo acababa de referirse como renacimientos—, ¿qué entendemos exactamente por «no ser poco frecuentes»*?*

Lisardo no se tomó ni medio segundo de más para proceder a responder a su pregunta.

—Unos dos mil quinientos casos documentados hasta el momento en todo el mundo. —Acompañó el detalle geográfico con un rápido giro de muñeca y de dedos como si tuviera un abanico por mano—. Todos ellos estudiados desde un punto de vista imparcial, con la mentalidad neutral de un equipo de *cien-tí-*

fi-cos. —Enfatizó cada una de las sílabas—. Ojo, que no hablamos de cualquier mindundi vendehúmos, sino de *ci-en-tí-fi-cos* tratando de encontrar la explicación más… más…, ¿cuál es la palabra, leñe?

Si aquel tipo seguía usando palabras como leñe, pensó Nono, al menos podía estar tranquilo sabiendo que debía de ser totalmente inofensivo.

—Caray, la tengo en la punta de la boca…

O expresiones como *caray*.

—Descabellada —continuó Sonsoles, con el disfraz de escéptica que jamás se dejaría convencer de nada por mucha evidencia que le pusieran delante.

—La explicación más plausible —apuntilló Lisardo finalmente de forma teatral, evitando el contacto visual con ella.

Se refería a los bien documentados casos de niños que afirmaban recordar episodios de vidas pasadas, a menudo de sus propios familiares fallecidos. Y de forma más sorprendente aún, también de completos desconocidos cuyas vidas transcurrieron en otras épocas y en lugares distantes.

—Lo que comenzó en los años cincuenta como un estudio de cuarenta y cinco casos por parte del doctor en medicina Ian Steven…, bueno, el nombre es lo de menos, el caso es que lo que comenzó en un estudio anecdótico de casos de niños que afirmaban recordar eventos de otras vidas, se convirtió rápidamente en el centro de toda una nueva área de estudio clínico. Tuvo que recibir algo de ayuda externa, eso sí. No habría sido posible si Chester Carlson no hubiera hecho una donación millonaria a la Universidad de Virginia…

—¿Chester Carlson? —preguntó Nono movido por la curiosidad.

—¡Claro, hombre! ¿Es que sigues haciendo copias a mano? Chester Carlson, Chester Carlson, el padre de la fotocopiadora. Fundador del imperio Xerox…

Nono despejó al momento cualquier duda sobre lo que su madre podía haber visto en aquel hombre. Era su perfecta antítesis, el polo opuesto al estado constante de calma y de sosiego que la solía caracterizar a ella, al menos de cara a la galería.

Y usaba expresiones como *leñe* y *caray*.

—Se ha investigado mucho sobre este tipo de episodios —continuó Lisardo, gustándose al entrar en detalle—. Mi labor dentro del departamento es continuar con esta investigación, incluso de hacer las veces de enlace para Jim Tucker.

—¿Jim Tucker? —preguntó Sonsoles con sobradas ganas de picarle. Se apuntaría un tanto si conseguía sacar de sus casillas al hombre de la eterna mirada conciliadora.

—El sucesor de Ian Stevenson en la Universidad de… espera, ¿te estás quedando conmigo?

Sonsoles dejó escapar una sonora cantidad de aire por las fosas nasales, acompañada de una discreta sonrisa que no fue capaz de disimular todo lo bien que hubiera querido. Aunque a juzgar por sus gestos, por su forma de sentarse y, en general, por ese conjunto de mensajes que conformaban la comunicación no verbal, saltaba a la luz que Sonsoles le daba más bien poco crédito a las afirmaciones de su amigo, novio o lo que fuera que representara Lisardo para ella.

—¿Qué? —preguntó Lisardo fingiendo irritación—. Somos su enlace con Europa. Serlo… lo somos. Otra cosa es que ellos no lo sepan todavía. O que no hayan necesitado nuestra ayuda para nada… por el momento.

La mañana se volvió de lo más interesante para Nono, que no dudó en arrinconar a su invitado en la pequeña sala de estar de la planta baja para evitar cualquier intento de fuga por su parte.

Sonsoles, sin embargo, buscaba una y otra vez cualquier excusa para cambiar de tema. Lo último que quería era que su hijo empezara a fantasear con ideas locas que le aislaran todavía más del mundo de infinitos colores y posibilidades —así lo expresaba ella— que giraba a su alrededor.

—Bueno —buscó con la mirada a Lisardo—, suficiente para una primera presentación, ¿no te parece?

—¡En absoluto! Si no hemos hecho más que empezar, mujer.

Lisardo, poco dado por lo general a leer entre líneas, echó por tierra rápidamente toda posibilidad de cortar la conversación por lo sano. Miró hacia Nono y se ofreció cortésmente a seguir contándole todo lo que quisiera saber sobre su área de estudio en la reputada universidad de Santiago.

—Por mí no te cortes en preguntar —se ofreció amablemente a continuar contándole los pormenores de su trabajo—. Nosotros, ¿verdad, Sonso? Nosotros podemos salir un rato más tarde.

Odiaba que la llamaran Sonso. ¿Son? Vale. Pero ¿Sonso? ¿A qué estamos jugando, pequeño duende del bosque?

Sonsoles los miró a ambos con absoluta perplejidad. Sí, quería que ambos se llevaran medianamente bien, pero no a costa de meterle a su *único* **hijo más pájaros en la cabeza de los que ya tenía con sus cobros de deudas y su Puch Maxi.**

—Entonces —prosiguió Nono—, ¿qué es lo que contiene el cuaderno exactamente? ¿Valdría algo de dinero?

Alrededor de la mesa del mantel floreado, ubicados ahora en la estancia aledaña a la cocina, Lisardo inspiró profundamente y buscó la forma de encontrar una posición cómoda en la dura silla

de mimbre.

—Por lo que parece —respondió Lisardo, elevando las cejas—, tu cuaderno contiene un claro caso de renacimiento. Aunque también hay quien se refiere a ello como a la «memoria hereditaria»… depende del estudio y del enfoque, claro. Además, heredar determinados recuerdos debería darse exclusivamente en miembros de una misma familia. Y en al menos la mitad de los casos de niños que recuerdan episodios de vidas pasadas, estos corresponden a completos desconocidos.

Sonsoles trató de poner lo que para ella era un poco de sentido común.

—¿En serio nos vamos a tragar este boniato?

Resultó evidente el efecto que ejerció aquella cuestión retórica en el compañero de su madre, un efecto similar al de una patada a la altura del estómago.

—Por favor, Sonsoles —respondió molesto—. No estoy justificando ninguna de las posibles hipótesis. Mi papel aquí es el del observador neutral, ¿podrías entenderlo, al menos por una vez?

Una respuesta inesperada para la que Sonsoles solo supo reaccionar haciendo una mueca con la boca acompañada de una sutil mirada de desesperación hacia el techo de la estancia, que luego dejó vagar calculadamente de un objeto a otro hasta que Lisardo se dio por satisfecho.

—¿Podrías entenderlo…, por favor? —insistió Lisardo una vez más.

Sonsoles reculó rápidamente y él hombre continuó con su explicación, yendo ahora más al grano.

—A lo que vamos. El cuaderno contiene o parece contener la colección de recuerdos de un sujeto referido como Antoncín. Un niño a todas luces que experimentó, o que pudo experimentar, el renacimiento de una vida anterior a la suya. Y por lo que me ha parecido ver…

Le pidió a Nono el cuaderno y comenzó a hojear con extremada delicadeza las anotaciones en él escritas.

—Justo lo que me había parecido —reconoció asintiendo con la cabeza—. Los recuerdos parecen los de un soldado en plena contienda, ¿no te lo parece?

Le acercó el cuaderno a Nono en una clara invitación a la reflexión conjunta, gesto que Nono no dudó en corresponder echando una mirada al cuaderno movido por varias sensaciones: primero, la emoción por llevarle la contraria a su madre; después, una vez asimilado lo particular de su hallazgo, un sincero interés en lo que los garabatos conservados en aquel

cuaderno pudieran significar.

—Un soldado norteamericano, me da por pensar —añadió Lisardo mordisqueándose el padrastro del dedo gordo.

—Podría ser, sí —corroboró Nono—. ¿Qué son los boches?

—No tengo la menor idea, si te soy sincero.

Lisardo comprobó entonces si Sonsoles les prestaba atención en aquel momento, ruborizándose al ver que seguía la conversación con atención.

—Pero ¿qué te pasa hoy, mujer? Soy psiquiatra, no experto en conflictos bélicos.

Aunque la posición corporal de Sonsoles la dejaba fuera del debate por iniciativa propia, su actitud era la de ni comer ni dejar comer.

—¿Sonsoles? —Ignorando su orgullo herido, el hombrecillo le dio una nueva oportunidad de intervenir.

Ella prefirió no utilizarla.

—A mí no me mires —respondió Sonsoles con más indiferencia que acritud.

Lisardo volvió a centrar su atención rápidamente sobre las anotaciones registradas en el viejo cuaderno de notas. A Nono le resultó fascinante toda aquella historia. Ahora tenía algo más que responder a los morosos que trataban de escaquearse de pagar sus créditos: vuelve a nacer y elige no endeudarte si quieres, pero *esta* te toca pagarla.

—Entonces, ¿tu trabajo consiste en estudiar casos como el de este cuaderno? ¿Exactamente como este?

—Así es —respondió Lisardo decidido—. Siempre hay matices entre un caso y otro, pero el común denominador en todos es el mismo.

—Niños con recuerdos del pasado —concluyó Nono, y matizó—: recuerdos de vidas pasadas.

—Así es, amigo mío.

¡Amigo mío! Sonsoles no sabía si reír o llorar.

—¿Y si todo no es más que una farsa? —preguntó Nono, aunque se dio cuenta al momento de lo delicado de la pregunta y reculó rápidamente—. No es que dude de tu trabajo…, pero me consta que la gente es capaz de todo para conseguir dinero a la desesperada.

—Tranquilo, tus dudas son lógicas y naturales. De hecho, el fraude es la primera de todas las hipótesis que procedemos a valorar en cada caso de esta naturaleza.

Sonsoles le dedicó una mirada de incredulidad ante la que Lisardo permaneció impasible, al menos momentáneamente.

—Mi perspectiva particular y la de todos los que estudiamos

estos hechos es la de no cerrarnos a ninguna posibilidad. Y sí —afirmó devolviéndole la mirada crítica a Sonsoles—, esto incluye tanto la posibilidad de que los padres tengan una motivación para inventarse estas historias, como que los recuerdos de vidas pasadas en estos niños se deban a cuestiones paranormales que aún no podemos explicar.

Lisardo hizo una pausa en su explicación. La expresión de fastidio en su rostro era en sí una buena muestra de las barreras a las que se enfrentaba cada día en su trabajo. Sobre todo, debido a la falta de recursos financieros.

—No al menos con los medios de los que disponemos en la actualidad.

A Nono le pareció una posición convincente, y no percibió razones para pensar que pudiera inclinarse hacia un lado o hacia el otro sin tener un argumento lo suficientemente concluyente.

El experto retomó la argumentación pasados unos segundos.

—¿Pueden ser los propios padres montando una patraña, inventándose que sus hijos recuerdan cosas de otras vidas? —Dejó en el aire la cuestión para responder él mismo al instante—. Desde luego que sí. Por eso no aceptamos ningún caso en el que no podamos entrevistar a los padres. Pero en la mayoría de los casos, los padres no tienen absolutamente la menor de las razones para inventarse cosas así. ¿Qué ganan viéndose sometidos al escrutinio de un equipo de psiquiatras y psicólogos haciéndoles infinitas preguntas de las cuales, además, muchas podrían malinterpretarse como un intento de destapar un descarado fraude? Habría que estar muy necesitado de atención para querer pasar por este proceso sin obtener nada a cambio.

—¿Salir en la televisión? —A menudo a Nono le sorprendía sobremanera que hubiera gente capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir sus tres minutos de fama.

—¿En qué televisión? Tenemos documentados cientos de casos de familias en todo el mundo que no saben ni lo que es un plató de televisión. En Sri Lanka, en Tailandia, en la India. Donde quieras.

Lisardo golpeó repetidamente con los nudillos sobre el tapete de flores que cubría la mesa de la sala de estar.

—No, no tiene ningún sentido —sopesó moviendo la cabeza de lado a lado—. La gran mayoría de las familias con las que nos entrevistamos no son más que gente ordinaria, gente corriente. Ni siquiera sabían de nuestra existencia hasta que nos pusimos en contacto con ellas después de infinidad de viajes, de preguntar aquí y allá. Además, para que haya un fraude tiene que haber una conspiración detrás, ¿sabes? Gente implicada y

comprometida por representar un papel a la perfección. ¿O es que el mundo está lleno de increíbles actores y actrices? Mi más sincera enhorabuena para ellos por unas actuaciones de Óscar, en serio lo digo.

—Fantasía. Pura y simple fantasía —decretó Sonsoles con desdén, entrando y saliendo de la conversación a su antojo.

***

A Lisardo le alegró sobremanera que su amiga, compañera o pretendiente (como fuera que se llamara lo que había entre ellos) abriera la boca, aunque solo fuera para continuar tratando de dejar constancia de su posición absolutamente escéptica sobre los casos de renacimiento que eran objeto de su estudio.

—Fantasía —repitió él—. Gracias.

Después le dedicó a Sonsoles una mueca cargada de una buena dosis de cariñosa inquina.

—Efectivamente —continuó Lisardo—, la fantasía es otro escenario de los que debemos contemplar igualmente. Esta explicación tiene cabida en los casos donde los niños no han aportado datos concretos, nombres, lugares, detalles que se puedan comprobar después… o simplemente resulta que nadie ha hecho las comprobaciones pertinentes. Aun así, muchos de estos niños parecen conocer información que no podrían haber averiguado por medios normales, por lo que la coincidencia sería un factor añadido al de la fantasía.

Nono interrumpió su exposición.

—Si sumamos todos los casos de niños que fantasean alrededor del mundo —observó—, no es tan raro que alguno de ellos acierte en algo… ¿no es así?

—Eso es. ¡Mamá, mamá! —Lisardo imitó una estridente voz de infante sobreprotegido—, ¡Melinda, la tatarabuela, me ha dicho que tengo que portarme mejor! Y así, claro, de cada millón de veces que un niño se inventa algo así en el mundo, al menos en un caso existe una tatarabuela llamada Melinda en la familia. Y mientras novecientas noventa y nueve mil familias no le dan la menor importancia, una de ellas empieza a creer que la tal Melinda está comunicándose a través de su tataranieto después de llevar más de treinta años enterrada bajo tierra.

—Tate —añadió Sonsoles haciendo una nueva irrupción en la conversación.

—Claro —respondió Lisardo—. Tate, siempre que hablamos de niños que recuerdan un solo nombre, y nada más.

Nono le miró intrigado.

—Si te hablo del caso número doscientos cincuenta y seis —

continuó Lisardo—, que es el de una niña norteamericana que reportó los nombres de veinticinco personas relacionadas con su vida anterior, junto con una explicación detallada del vínculo con todas ellas, ya fueran amigos, hermanos, conocidos, compañeros de trabajo… y, atención a esto, con un solo error comprobado después de hacer el trabajo de verificación bajo los criterios más rigurosos, ¡un solo error!

—Joder —soltó Nono sin esconder su asombro.

Atención gentes endeudadas del mundo: dejen limpio su historial de crédito antes de adquirir un servicio de renacimiento.

—¡Ya lo creo que joder! —exclamó con exuberancia el tipo con aspecto de bibliotecario, y añadió—: Para que esto fuera una simple coincidencia tendríamos que asumir lo siguiente como cierto: que existen millones de niños que han dado veinticinco nombres y descrito vidas pasadas de infinidad de personas debido a una imaginación desbordante, resultando que nuestro sujeto 256 fue el único, o la única, perdón, que acertó en todos los datos por la más absoluta casualidad.

Reinó el silencio por un momento, tiempo que Nono aprovechó para reparar en lo mucho que invitaba todo aquello a la reflexión. En lo poco que sabían en realidad del mundo que les rodeaba, en los millones de seres que ocupaban el planeta… y en el incordio que le estaba resultando algo desde hacía un rato, no sabía bien qué, que llevaba guardado en el bolsillo del pantalón.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó de este el panfleto del evento benéfico de Sandra Pavones que su madre le había pasado por debajo de la puerta.

Sin darle más importancia, lo plegó varias veces hasta que lo convirtió en un pequeño libretillo con el que empezó a jugar distraídamente sobre la mesa.

—A ver… ¿qué más tenemos? —Lisardo, que no necesitaba que le tiraran mucho de la lengua para soltarse una disertación académica sobre todas las posibles justificaciones que podían barajarse para desmentir los casos de renacimientos, fingió hacer memoria tratando de resultar algo más cercano. O tal vez más humano—. Ah, sí —continuó—. Luego está la hipótesis de la memoria genética.

Acomodada en el sofá de dos plazas que hacía el apaño para momentos de asueto justo al otro lado de las escaleras, a no más de un par de metros de donde Lisardo y su hijo intercambiaban impresiones, Sonsoles trató de cambiar de tema una vez más tratando de hacerse oír en la distancia.

—Creo que podemos dejarlo ya, ¿no creéis?

—¡Eh! ¡Un momento! —le recriminó Nono—. Estamos hablando tranquilamente.

Acto seguido, volvió su atención hacia Lisardo.

—¿Qué es eso de la memoria genética?

A regañadientes, Sonsoles dejó caer su espalda sobre el respaldo del sofá de dos plazas, tragó saliva y con la mirada perdida en la pila de revistas del corazón que se elevaba junto al reposabrazos, trató de asimilar el rumbo que estaba a punto de tomar su relación con Lisardo. El repentino interés de Nono en el tema no la dejó del todo tranquila.

—En concepto —respondió Lisardo—, lo que viene a decir la teoría de la memoria genética es que, en determinadas circunstancias, que por otra parte no están todavía nada claras… El caso, lo que predica la memoria genética, es que el conocimiento adquirido por una persona podría transmitirse a sus descendientes a través de sus genes. Pero claro…, esto tiene una limitación muy clara. Y es que, en la mayoría de los casos, el niño no está emparentado con la persona fallecida cuya información parece conocer con todo detalle.

Sonsoles volvió a interrumpir la dinámica instructiva de la conversación con un nuevo intento de hacer escarnio de sus explicaciones.

—¿Es que no sabes que todos somos primos de Kevin Bacon?

Nono y su nuevo e interesante compinche sonrieron a la vez, ambos con ganas de rebatirle la gracieta a Sonsoles. Sin necesidad siquiera de intercambiar impresiones al respecto, Lisardo le cedió la palabra a Nono con un sutil ademán.

—No tienes ni idea de lo que hablas.

—¿Ah, no, listillo?

—No señora. Lo que dice la teoría de los seis grados de Kevin Bacon es que a cualquier actor… o actriz, para el caso, a cualquier actor o actriz que se te ocurra se le puede vincular con Kevin Bacon en menos de seis niveles de separación a través de personas con las que ha trabajado en alguna ocasión.

—Eso es —corroboró Lisardo elocuentemente—. De hecho, no hay ni una sola persona en el reparto de *Lost* a la que no se pueda vincular con Kevin Bacon en menos de tres grados de separación. Y ninguno ha trabajado con él.

—¿Pero qué sois vosotros, la Wikipedia?

Ambos optaron por ignorar a Sonsoles con familiar condescendencia.

Aún interesado en el tema y el jugoso beneficio que de este pudiera sacar, Nono retomó la conversación sin ocultar su interés. El tiempo discurría más rápido que nunca, y no quería

perderse ni un detalle sobre lo que aquel tipo pudiera contarle sobre el viejo cuaderno.

—Lo dejaste en lo de la memoria genética.

—Sí, la memoria genérica. Decía que la hipótesis cae por su propio peso. Luego está el abanico de explicaciones paranormales, como la telepatía, la clarividencia, la posesión... —Su gesto se volvió agridulce y temerario por un instante—. Y, por supuesto, no nos olvidemos la teoría de la reencarnación.

A Nono ni siquiera le importaba ya que aquel hombrecillo tratara de resultar gracioso. Al menos lo hacía de forma natural, dándole la dosis justa de patetismo aceptable para el novio de una madre soltera.

La palabra reencarnación suscitó el interés de Sonsoles, quien dejó la revista de decoración que estaba hojeando en el sofá y se acercó de nuevo hacia la mesa redonda de la salita de estar.

—¿Qué es eso de la reencarnación, que yo me entere? —El escepticismo anterior dio repentinamente paso a un interés velado, disfrazado a marchas forzadas de la simple curiosidad en la que un niño enmascara lo que no quiere que sus padres sepan.

Lisardo acogió el interés de Sonsoles reconociendo su inesperada atención. No le importaba pasar por el aro. Después de todo, su labor no consistía en ser un *cheerleader* de la reencarnación, ni de cualquier otra posible explicación a los casos de los niños que afirmaban recordar episodios de vidas pasadas. Su cometido era, como el de todo científico, el de tratar de ir descartando hipótesis con base en la suma de evidencias a su alrededor.

—Reencarnación —entonó Lisardo a viva voz, como si quien hablara fuera un diccionario y no un ser humano—. Dícese de una persona que ocupa después de fallecer el cuerpo de otra persona recién nacida.

Y añadió, acto seguido:

—Se teoriza con que la memoria del fallecido podría haber permanecido encapsulada en algún tipo de consciencia superior que, en lugar de simplemente desintegrarse, como se desintegra un cuerpo físico al fallecer, quedaría... digamos... libre hasta encontrar un nuevo vehículo. Otro cuerpo, vaya.

Nono y Sonsoles permanecieron expectantes en silencio esperando la información jugosa sobre aquella teoría.

—¿Y bien? —preguntó finalmente Nono.

Lisardo tomó aire antes y se frotó las mejillas antes de responder a la pregunta de marras. No siempre resultaba fácil explicar la teoría de la reencarnación sin caer en obviar detalles importantes.

—Bueno… —se aventuró a mencionar los argumentos en favor y en contra de aquella teoría—… La reencarnación explicaría muchas cosas sobre los niños que recuerdan episodios de vidas pasadas…, pero también deja en el aire muchas otras cuestiones. Por ejemplo, ¿dónde leches, y disculpad mi francés, permanece ese ente consciente entre una vida y la siguiente? ¿En qué momento decide entrar en el nuevo cuerpo?

Sus dos oyentes asintieron antes sus preguntas retóricas. Después de todo, para Sonsoles estaba claro que no saldrían a almorzar y Nono no tenía mucho más que hacer aparte de obsesionarse con lo que Sogorb pudiera haber tramado a sus espaldas.

—O más intrigante aún —continuó Lisardo siguiendo su propia agenda—, ¿por qué algunos niños conservan esos recuerdos del pasado mientras que la inmensa mayoría de los niños del mundo no recuerdan absolutamente nada? ¿Significa esto que las reencarnaciones son extremadamente infrecuentes? ¿O lo que es infrecuente es que un niño sea capaz de conservar ciertos recuerdos de vidas anteriores? Como veis, es mucho más lo que no sabemos que lo que sabemos…

Se apreciaba a simple vista la pesada losa que suponía para Lisardo tener que convivir cada día con tantas preguntas sin una respuesta medianamente convincente.

La información pareció resultar satisfactoria para Sonsoles, quien o bien no quería entregarse más a la especulación, o bien dejaba patente lo absurdo de tratar de buscar una explicación cuando no había forma de comprobar por qué sucedían las cosas. Sí, un niño podía afirmar recordar inexplicables detalles de una vida anterior con absoluta precisión, pero si no había forma de explicarlo, ¿qué sentido tenía siquiera perder el tiempo dándole vueltas?

Nono continuó pensativo, jugueteando sobre la mesa con el panfleto arrugado del mercadillo benéfico que organizado por Sandra Pavones con vistas a recaudar fondos para la familia de Luis Velasco.

Lisardo aprovechó el momento de silencio para añadir algo más a su exposición, algo que consideraba especialmente desconcertante:

—Curioso, ¿no? Pues aún queda lo más difícil de explicar. Porque si la cosa se quedara solamente en un renacuajo relatando unos cuantos episodios del pasado…, bueno, de una forma u otra podría justificarse la coincidencia…

El tono en la voz de Lisardo fue razón más que suficiente para hacer que Nono volviera a centrar toda su atención en aquel tipo.

—Pero cuando además de todos esos recuerdos —continuó hablando Lisardo, ahora con el rictus más serio que antes, incluso desafiante—, el niño presenta un conjunto de marcas de nacimiento que corresponden *exac-ta-men-te* con las heridas que causaron la muerte a la supuesta persona fallecida —y subrayó la palabra *exactamente* en lo que le pareció a Nono su particular marca de la casa—... esto ya es harina de otro costal.

—Un momento —le cortó Nono rápidamente—, ¿me estás diciendo que hay casos reales en los que un niño ha nacido con las heridas de un muerto?

Lisardo miró hacia Sonsoles:

—Sería prudente preparar algo de picar —le dijo satisfecho—, me parece que esta sesión se va a extender un poco más de lo previsto.

***

Lisardo se tomó un segundo antes de entrar en el espinoso terreno de las marcas de nacimiento relacionadas con fallecimientos de personas en el pasado.

Después de evaluar los pros y los contras, optó por seguir hacia delante por mucho que esto pudiera alejarle de Sonsoles.

—No con las heridas sangrantes, hombre. Pero sí con cicatrices para las que no se encontró justificación médica alguna —afirmó Lisardo cargando sus palabras con el peso de la evidencia acumulada.

La expresión airada en su cara delató la fuerte reticencia de Nono a creerse nada de todo aquello. Que pudiera nacer un crío con cicatrices provocadas por una persona en el pasado... Lo siento, amigo, eso no hay por donde pillarlo.

Aun así, el propio Nono seguía tirando del hilo como si no perdiera nada por saber un poco más.

—¿Y hablamos de casos reales, comprobados por un equipo de investigadores real?

—Así es.

—¿Científicos con sus títulos médicos y todo eso?

—Por supuesto —confirmó Lisardo sin dudar ni un solo momento—. No somos especuladores ni medios sensacionalistas en busca de dinero rápido... De hecho, el sueldo de un investigador en mi área de trabajo en particular es una verdadera miseria...

Lisardo se arrepintió al momento de haber relevado aquel dato, a todas luces innecesario en el punto de su relación con Sonsoles. Ella ni tan siquiera reparó en sus palabras.

—Tendría que verlo para creérmelo —añadió Sonsoles, aunque

una vez declarada de forma tan insistente su posición hacia el lado del escepticismo, cualquier comentario por su parte no era más que puro relleno.

Para Lisardo había pruebas más que suficientes para hacer al menos el ejercicio de no negarse a todo por sistema.

—¿Iba a promover el estudio de estos casos una de las universidades con más prestigio de Estados Unidos, si todo fuera una patraña? —le respondió.

—Esa es la única razón por la que no estoy arriba haciendo ganchillo ahora mismo.

—Lo siento por la parte que te toca, pero me parece *too much* que algo así pueda suceder —espetó Nono, tirando sucesivamente de cada uno de sus dedos con la mano contraria a medida que conseguía hacer sonar sus articulaciones.

Lisardo se abstrajo durante un instante. A los pocos segundos comenzó a narrar uno de los casos más recientemente documentados. Su forma de relatar la historia en forma de telegrama le confirió un toque especial a la narración.

—James McRendall —les dijo—, un policía retirado. Corre el año 1997. Trabaja haciendo unas horas a la semana como guardia de seguridad en un centro comercial situado en las afueras de Chicago. No es que necesite el trabajo, lo hace para mantenerse activo, más que por otra cosa.

Si se hubiera tratado de la proyección de una película, Nono habría estado rompiéndose el cuello en la primera fila.

—Va patrullando en su coche y se detiene junto a una ferretería en la que parece estar sucediendo algo fuera de lo normal —continuó narrando el episodio—. Para cuando quiere darse cuenta, está llevándose la mano al cinturón y recibe cinco disparos en el pecho, uno de los cuales le atraviesa el pulmón desde la espalda, le revienta el corazón y la arteria pulmonar. Esta arteria es la encargada de llevar la sangre desde el corazón hasta los pulmones, ¿lo sabíais?

Un auditorio vacío de espectadores habría resultado incluso ruidoso en comparación con la pequeña sala de estar mientras Lisardo relataba la historia de aquel policía retirado.

—A los pocos años, James McRendall acaba falleciendo, obviamente —continuó Lisardo en modo narrativo, y lo cierto era que lo hacía realmente bien.

—¿Cuántos años? —le interrumpió Nono.

—Cinco años. Pasados cinco años más, su hija mayor tiene un hijo que nace con serias dificultades para sobrevivir.

Nono se reclinó y dejó escapar una bocanada de aire contenida durante unos segundos de tensión. Lisardo lo interpretó como si

le hubiera leído la mente.
—Te puedes imaginar lo siguiente, ¿a que sí?
—Se nos va a acabar haciendo de noche a este paso —dijo Sonsoles desde el sillón.
Lisardo captó la indirecta y se obligó a omitir todo ornamento que no fuera absolutamente necesario en la historia.
—Después de ser examinado por el equipo médico —continuó—, se le diagnosticó al pequeño una condición por la cual la válvula de su arteria pulmonar izquierda no se había formado correctamente, dificultando que la sangre llegara correctamente hasta su pequeño pulmón.
—Suena bien jodido. —El cubo de palomitas y una cerveza congelada habrían sido para Nono el aderezo perfecto para la película.
—Así es. Además, el ventrículo derecho de su corazón no se acabó de formar correctamente por el problema con la arteria.
Lisardo buscó con la mirada a Sonsoles, quien seguía impasible en el sofá con la revista de decoración sobre sus piernas estiradas como dos escobas.
—¿Resumiendo?
—El recién nacido traía defectos de nacimiento prácticamente iguales a las heridas que causaron la muerte de su abuelo —sentenció Lisardo.
—¡Coincidencia! —se limitó a gritar Sonsoles, alzando la mano como el alumno aventajado de la clase.
—Sí, todo puede pasar en este mundo —convino Lisardo—, hasta lo más improbable.
—¿Qué fue del crío? —preguntó Nono ignorando a sabiendas las constantes interrupciones de su madre.
—Pasó por varias cirugías, pero salió adelante.
—No creo que eso sea una coincidencia —dijo Nono frotándose los ojos. Después sacudió la cabeza y se desperezó exageradamente alzando sus brazos hacia el techo—. Con los expedientes médicos o lo que fuera delante —observó—, habría pruebas más que suficientes de que algo *raro* tuvo que haber, ¿no?
—Eso pienso yo. Aunque, como científico, mi posición debe seguir siendo absolutamente neutral.
—¿Y ya está? —indagó Nono.
—Oh no, aún hay más… pero no creo que os interese saberlo.
Nono le invitó a continuar con un ademán.
—Solo tengo que martirizar a un padre de familia hasta sacarle el último cuarto. Sinceramente —dijo—, creo que puedo esperar un día más.

En un arrebato de desesperación, Sonsoles lanzó la revista de decoración hacia un lado, se alzó enérgicamente y se dirigió hacia la cocina, aunque no tardó en regresar a los pocos segundos.

—Está claro que hoy no salimos a comer…

Lisardo y Nono se encogieron de hombros de forma sincronizada.

—¿Qué más pasó?

—Oh, claro. Cuando el pequeño comenzó a hablar, alrededor de los tres años, comenzó a hacer comentarios cuando menos… difíciles de explicar.

—¿Por ejemplo?

—Como, por ejemplo, referirse al gato blanco de su difunto abuelo por el nombre en que este le llamaba: Fross. Nadie le había contado antes que su abuelo tuviera un gato. Tenía dos, en realidad.

Lisardo interpretó el silencio de su interlocutor como una invitación a continuar añadiendo infinidad de detalles que consideraba esclarecedores.

—También conocía el día de la semana en que murió su abuelo cinco años atrás. Y también el día de la semana de su nacimiento —añadió con expresión circunspecta—. Aunque esto por sí solo pudiera ser una gran coincidencia, las…

Nono se encargó de terminar la frase por él:

—… las marcas en el corazón y en el pulmón.

Sintió el pulso aumentar sus revoluciones progresivamente, aunque no logró entender la razón. Si bien estaba abierto a contemplar que aquello fuera posible (que determinadas experiencias físicas pudieran transmitirse de una generación a las siguientes), el hemisferio racional de su cerebro le pedía evidencias. Quería creer, pero necesitaba un mínimo de pruebas.

—¿Cuántos casos de estos están documentados?

—Se han documentado oficialmente más de doscientos casos. Doscientos veinticinco, para ser precisos.

—¿Y eso es mucho o poco?

—La cuestión aquí es que las marcas de nacimiento no siempre son tan evidentes como en el caso de Bobby, el nieto del policía retirado. En la gran mayoría de los casos se trata de marcas más difíciles de ver, que además tienden a desaparecer cuando el niño o la niña va haciéndose mayor. Se han documentado doscientos veinticinco casos, pero podríamos hablar de miles de casos en todo el mundo. O cientos de miles, ¿Quién puede saberlo?

Nono trató de poner orden en su cerebro.

—Entonces —penduló la cabeza de un lado a otro—, hablamos

de un caso entre varios millones, ¿una cosa así?

—Aproximadamente.

Sonsoles decidió que ya había tenido suficiente. Se alzó del sillón de dos plazas dejando que el acolchado fuera recuperando su forma progresivamente y se dirigió hacia su hijo. Una vez junto a él, le recriminó mostrar más interés por las fantasías de Lisardo que por el chico enfermo de Pontedeume.

—¿No podrías poner un poco más énfasis a buscar alguna forma de ayudar al niño enfermo? Alguna, la que sea.

—Bastante tengo ya encima con lo mío —respondió Nono—, ¿no te lo parece?

—¿Lo *tuyo*?

Lisardo se obligó, por una vez en su vida, de interceder en los problemas ajenos en favor de la concordia. La increíble —esa era la palabra: *increíble*— ocasión que tenía delante merecía salir de su zona de confort, por mucho que esto le costara.

—Chicos, chicos…

Sonsoles volvió la mirada hacia Lisardo, quien entendió perfectamente las instrucciones sin que ella tuviera que articular palabra.

—Solo digo que hablemos.

—¿Que hablemos?

—Sí, que hablemos.

—Hablemos pues —Sonsoles clavó su mirada en Nono—. Hijo, cuéntanos lo que te ronda la cabeza ahora mismo, anda. Y tú —se volvió hacia Lisardo—, quieto ahí.

El aludido entendió que no tenía sentido tratar de quitarse de en medio. Nono permaneció en silencio, tratando de ordenar los pensamientos que resonaban en las paredes de su cráneo como torpedos en todas direcciones.

—Eso me suponía yo —concluyó Sonsoles—. No pasa nada, tú ahí calladito que ya le cuento yo a mi *amigo* lo que pasa contigo. Lo que pasa con este sujeto de aquí —señaló hacia su hijo— es que le preocupa más llamar tres docenas de veces a uno de sus clientes…

—No son clientes.

—Eso es lo de menos. Le preocupan más sus llamadas de trabajo que acercarse a hacer un donativo para un niño enfermo que tiene una enfermedad de, ¿cuántas probabilidades? Ah, sí, como de un caso entre varios millones… Pero tú, erre que erre con tus expedientes y las deudas de la gente. Déjalas vivir tranquilas de una vez, por Dios. Déjalas vivir tranquilas.

Lisardo se reclinó de forma inesperada sobre el respaldo conteniendo la respiración. Un gesto que habría sido poco

significativo si después no le hubiera cambiado la expresión en su rostro, con sus ojos brillando como los de un niño a punto de salir de correr hacia el salón de su casa en la noche de Reyes Magos.

—¿Qué más sabéis de la enfermedad de este chico? —indagó Lisardo. Su expresión denotaba un interés más allá de la simple curiosidad.

El cóctel de jugos gástricos cociéndose en las entrañas de Sonsoles le hizo dejar a un lado todo protocolo con su invitado.

—Escúchame —le dijo a Lisardo con un claro tono de amenaza en su voz—, mejor no sigas por ahí.

Lisardo ignoró por completo a Sonsoles y continuó tratando de sacarle más información a su hijo sobre el niño de Pontedeume.

Nono meneó la cabeza como un todo de lidia, moviéndola de un lado a otro en busca de algo de información que pudiera resultar de utilidad.

—Tendrá unos tres o cuatro años… aunque los niños no son mi fuerte, precisamente. Una enfermedad degenerativa afecta a sus músculos, tanto como para reducir toda su existencia a… bueno, lo cierto es que no sabría decirlo con seguridad.

Lisardo respondió con una sucesión de siseos ininteligibles.

—Eso es todo —concluyó Nono, obligándose a no dejarse llevar por la marea de recuerdos de Ociel que empezaba a demandar espacio entre sus pensamientos.

Con los dedos índices de las manos, deslizó sobre la mesa el panfleto arrugado que todavía conservaba en el bolsillo del pantalón, hasta dejarlo a apenas unos centímetros de su interlocutor. Lisardo trató de poner todo de su parte para mantener los pies en la tierra. Ya no por su propia salud mental, sino por su relación con Sonsoles. El padrastro en el dedo gordo que no se hace notar hasta llevar tiempo sangrando. La idea disfrazada de insulsa creación que espera pacientemente el momento de anunciar su presencia. La idea disfrazada de persona corriente: «Hola, estoy aquí. ¿Y ahora, qué piensas hacer conmigo?». Su pulso se aceleró descontrolado y, de forma repentina, notó la sangre helada en sus venas.

O eso le pareció.

Sonsoles advirtió finalmente el cambio en la expresión de su pretendiente. Aparcada la jovialidad que solía caracterizar su presencia, le pareció tener delante una persona diferente, una persona obstinada.

—¿Y a este que le pasa ahora? —preguntó Sonsoles retóricamente.

—Marc —dijo Lisardo imprimiendo una inusitada

determinación en su voz—, el niño de Pontedeume. Tiene una enfermedad rara, de esas enfermedades de un solo caso entre varios millones de nacimientos, ¿correcto?

—Ahá —Sonsoles hacía por seguirle, aunque las campanas aún estaban por repicar en su cabeza.

—Un caso entre varios *mi-llo-nes* —Lisardo enfatizó cada sílaba a su particular manera. No esperaba tener que darles muchas más explicaciones en realidad.

Nono se acercó las yemas de los dedos a la boca, desencajó la mandíbula y comenzó a masajearse los labios con la mirada perdida en un momento de abstracción. Recordó la conversación con Velayos. Si no hay deuda, nadie tiene motivos para partirme las piernas. ¿Podía hacer desaparecer las deudas de esa gente? O si no hacerlas desaparecer, darles motivos para pelear una refinanciación con sus bancos. El expediente pasaría así al cajón de los desestimados en Rekobra, y santas pascuas.

Dirigió la vista hacia Lisardo y en su mirada no encontró al tipo afable y benevolente al que acababa de conocer. Lo que el hombre con aspecto de bibliotecario pretendía proponerles a continuación estaba a punto de virar el timón hacia un terreno desconocido para todos ellos.

***

Lisardo comenzó a golpear insistentemente con su dedo sobre la mesa como un martillo percutor.

—¿Es que no lo veis?

Para Lisardo, aquel era precisamente el tipo de momentos que convertían en algo aceptable el hecho de ganar el sueldo de un becario. No había dinero en el mundo capaz de pagar esa sensación.

—¿Ver qué? —preguntó Nono, y suscribió el mismo desconcierto al comprobar cómo su madre aún permanecía a la espera de una resolución.

—Ver que tenemos delante un caso de renacimiento de manual, ¡de manual! Dios santo, ¿y el cuaderno apareciendo *justo* ahora? ¿Cómo llamas a eso? —Lisardo se echó las manos a la cabeza, agarrándose de los débiles mechones de cabello gris como si acabara de comprobar que su número había salido premiado en una lotería millonaria—. ¿Lo llamas coincidencia?

Abandonada ya la mesura en una pequeña embarcación a merced de la deriva oceánica, Lisardo miró hacia sus dos contrapartes, incapaz de comprender cómo todavía no se rendían ante la evidencia.

Especialmente Sonsoles.

—Tienes que estar de broma, ¿verdad? Dime que estás de broma y lo dejamos aquí como si no hubiera pasado nada, ¿quieres?

Lisardo buscó la aprobación que necesitaba en Nono:

—Tú lo ves tan claro como yo lo veo, ¿a que sí?

El aludido negó varias veces con la cabeza. Y, honestamente, le traía sin cuidado todo lo que no fuera salvar su propio pellejo.

Por una vez en mucho tiempo, Sonsoles se sintió en sintonía con su hijo. Comprobó la hora en su reloj de muñeca —aquella mañana no habría planes de ningún tipo— y se dirigió hacia Lisardo tratando de zanjar el asunto de una vez por todas. Le resultaba cada vez más obvio lo cuesta arriba que se haría entablar una relación sentimental cada año que pasaba, haciéndose un poco más mayor y reticente a aceptar los defectos de los demás.

—Haz lo que quieras con tu vida —recetó a Lisardo una de sé tú mismo—, pero no vengas a meterle más pájaros en la cabeza a mi hijo.

Para Lisardo, abrir el melón de una relación sentimental acababa de convertirse automáticamente quizás en la última de sus prioridades.

—Es ciencia, mujer, ¡ciencia!

Pensándolo fríamente, a Nono le resultó evidente que aquel tipo no tenía ningún interés especial en ayudar a aquella familia, ni tampoco ninguna intención de avanzar en una posible relación sentimental con su madre. Lo que necesitaba era, a todas luces, que alguien le prestara algo de atención.

—Y tú —le dijo Lisardo a Nono con ligeras trazas de reprobación en su voz—, ¿no querías librar a esa gente de sus deudas?

—Librar no es la palabra, pero sí.

—¿Qué pierdes entonces por acercarte a preguntarles?

Sonsoles dio un golpe encima de la mesa, tanto en sentido literal como figurado:

—¿Preguntarles qué, por Dios? —Pequeños afluentes comenzaron a revelarse por su frente y alrededores—. ¡Con la que tienen los pobres encima!

—¿En serio no lo veis?

Lo cierto era que ni uno ni otro conseguían saber qué es lo que para Lisardo resultaba tan evidente.

—¡Preguntarles si algún antepasado en su familia murió de forma especialmente violenta!

Para Nono, a quien lo único que le importaba era evitar tener que enfrentarse a la idea de hacerle la vida imposible a aquella familia, lo que proponía Lisardo resultaba difícil de ver.

—¿Y qué gano yo con eso? —preguntó.

Lisardo repasó sus posibles opciones.

—Tal vez les ayudes a encontrar una posible explicación para su enfermedad, una explicación que todavía nadie haya contemplado.

—De nuevo…

—Sí, sí, que qué ganas tú con eso. Claro, aún no lo ves. La gente se endeuda para pagar medicamentos prohibitivos, ¿verdad? Sí, pues piensa ahora lo que pasa cuando dejas de necesitar esos medicamentos.

Lisardo comenzó a asentir con la cabeza mientras abría los ojos como platos, ¿entiendes por dónde voy? ¿O te lo tengo que cortar en trocitos más pequeños?

Sonsoles miró hacia Lisardo sorprendida con aquella nueva actitud que casi hasta habría llegado a tildar de macho alfa.

Nono respondió a la cuestión lanzada por Lisardo:

—¿Los bancos dejan de darles la lata?

Lisardo abrió los brazos en un gesto de magnificencia y dijo:

—No lo sé, ¿no eres tú el experto? Dímelo tú, chico.

Después de todo, podía haber una pequeña parte aprovechable en lo que aquel tipo estaba planteando.

El hombrecillo echó una larga exhalación. Por primera vez en su carrera, sintió en sus entrañas tener delante un caso con verdadero potencial de llevarle a la cima de su carrera profesional.

Nono repasó mentalmente sus opciones. Siguiendo la recomendación de Juanito Velayos, hacer que las deudas de Luis Velasco desaparecieran seguía siendo la única vía posible para solventar su situación con Sogorb. Al menos así le había pintado, y lo que decía Velayos no era para tomárselo a broma. Otra cosa era convencer a Luis Velasco de que la enfermedad de su hijo podía ser la manifestación de un muerto tratando de establecer contacto de la peor manera imaginable.

—¿Crees que es posible hacérselo creer a esta gente?

Por esta gente, Nono se refería a Luis Velasco.

—Complicado —se apresuró a responder Lisardo—, pero no imposible.

—¿Cómo de complicado? —indagó Nono.

—Complicado como que el parte meteorológico previera una lluvia de una sola gota para mañana en toda Europa y te cayera a ti en la coronilla… espera, que te cayera justo en el preciso momento en que te quitas la gorra de la cabeza para secarte el sudor de la frente.

—¿Pero a alguien le tiene que caer esa gota, ¿no?

—¡Eso es precisamente lo que yo digo!

Después de dudar unos instantes si seguir alimentando su propia fantasía y, por extensión, la Nono, Lisardo se permitió alentarle un poco más:

—Doscientos y pico casos dan cabida a todo tipo de casos.

—¿Cómo por ejemplo?

—Tenemos casos documentados de niños que han heredado todo tipo de marcas de sus antepasados, pero también de completos desconocidos sin ninguna conexión sanguínea. Y son afecciones de lo más variadas… falta de visión en alguno de los ojos, defectos en las extremidades, cicatrices sin explicación médica posible… esto último con mucha frecuencia… Qué más, qué más… marcas superficiales que encajan con los orificios de entrada y salida de proyectiles, o que encajan con heridas por arma blanca… e incluso un pólipo nasal que encajaba prácticamente a la perfección con las marcas en las fosas nasales que se identificaron en los registros médicos de la anterior personalidad, al haber pasado (la persona afectada, matizó Lisardo) varios meses intubada por una enfermedad respiratoria.

Si por remota que fuera la posibilidad Nono acababa por encontrar una cura alternativa para el pequeño Marc, quizás, solo quizás, los gastos en medicamentos acabarían por convertirse en una cosa del pasado y los bancos dejarían de hacer presión sobre Luis Velasco. No hay presión de los bancos, no hay deuda que cobrar, Sogorb deja de tener en bandeja la opción de echarme a los leones.

Aquellos minutos de conversación estaban resultando para Sonsoles tan desagradables como verter tres gotas de lejía en el café de la mañana. Aun así, no quería dar por perdida esa posible relación con Lisardo que llevaba fraguando en su cabeza durante las últimas semanas.

—Sinceramente —le dijo a Nono—, a veces no entiendo lo que te pasa por la cabeza.

—¿Tan grave es proponerles una idea?

—Pues depende de lo que para ti sea algo grave. —En su mirada había miedo a escuchar una respuesta difícil de digerir—. Dime, hijo, ¿qué es algo *grave* para ti?

—Sogorb amenazándome con joderme la vida si no hago exactamente lo que me ha dicho que haga. Eso me parece bastante grave.

—Ahondar innecesariamente en la herida de esos dos padres angustiados es una cosa muy seria, ¿no te lo parece?

—¿Y si les sale a cuenta pasar el mal trago?

—Espero que te vayas mentalizando para lo mal parado que vas

a salir de esta, chico.

—¿Malparado por qué?

—En primer lugar, porque vas a meterte de cabeza donde no te llaman. Y, en segundo lugar, porque lo único que puedes hacer por esa familia es precisamente lo que va a ponerles en tu contra desde el minuto uno.

Con la voz quebrada, dejando vagar la mirada por la estancia, Sonsoles rememoró en un instante la infinidad de dolorosos recuerdos con los que tenía que lidiar cada día.

—Mira —le dijo con gravedad—, en ocasiones es mejor dejar el pasado en su sitio, ¿entiendes? Hay piedras que es mejor no levantar.

Nono reculó por un instante, y después de contemplar una vez más sus opciones, de visualizar su futuro más inmediato, volvió a la carga una vez más buscando la justificación que necesitaba a toda costa.

—¿Qué hay de malo en remover un poco el pasado?

Si Sonsoles hubiera sido un submarino sondeando las profundidades marinas, cualquiera habría dicho que estaban a punto de estallarle las bisagras de la escotilla.

—¿Qué te parecería averiguar que un antepasado —respondió ella—, que tu abuelo, sin ir más lejos, anduvo por la vida haciendo todo tipo de barbaridades?

Aquel escenario le pareció a Nono más bien anecdótico, algo sobre lo que poco podía hacer por cambiar. Se limitó a responder basculando la cabeza hacia un lado y flexionando la musculatura del labio inferior hasta convertirlo en un arco de competición.

—¿O qué tal si, después de remover cielo y tierra por todo medio posible, descubres que ese abuelo tuyo, ese que resultó ser un malnacido —a duras penas conseguía mantenerse serena—, ahora está haciéndole la vida imposible a uno de tus hijos? ¡Y eso que está muerto, joder!

Nono respondió lo primero que aterrizó en su cabeza, como tratándose de una competición por dar la respuesta más veloz:

—Habría que verlo.

Eso era todo lo que Lisardo necesitaba.

—Exacto. —El estudioso trató de huir de la incomodidad de la vieja silla de mimbre colocando sus dos brazos tras su espalda, convirtiéndolos en un improvisado acolchado—. Habría que *verlo.*

Capítulo 14

—¿Que has movilizado a quién? —Teléfono en mano, el subinspector Peirallo gruñía a voz en grito en el interior de su despacho. Sin mucho tener que excavar en sus propias convicciones y principios, el propio Peirallo llegó finalmente a la conclusión de que no podía reprocharse los constantes desmanes de Luján más que a sí mismo.

La función de altavoz estaba activada en su teléfono, dejándole a sus anchas para liberar toda la tensión acumulada moviéndose como un alma errante por su despacho. Se acercó al minibar con la inequívoca intención de, por una vez en la vida, cumplir con el estereotipo y meterse un whisky entre pecho y espalda.

El despacho del subinspector con más galones de la comisaría central de A Coruña tenía el tamaño suficiente para dar cabida a una mesa esquinera de elegante madera oscura, junto a dos sillones de terciopelo azul y una mesilla con su lámpara clásica de cuerpo dorado. Los paneles rectangulares del techo, el insulso color crema en las paredes y la cortina de tipo visillo con cinta fruncida cubriendo la ventana lo convertían en un espacio con poca o ninguna sustancia. Los tres minúsculos cuadros repartidos por la pared a espaldas de su escritorio hacían del despacho de Peirallo la antítesis del *horror vacui***.**

No había que ser Hércules Poirot para ver que el subinspector a cargo de la desaparición de Nando Villaboi estaba cada vez más fuera de sí, dejando sapos y culebras salir en libertad de entre sus labios constreñidos. Tal era su estado de enojo que el propio Luján tuvo que apresurarse a aparcar el coche en doble fila para atender su llamada y no acabar segando la vida de algún inocente.

Las pausas que hacía el subinspector Peirallo después de pronunciar cada palabra eran la mejor muestra de su cabreo, atemperado con una gran dosis de desconcierto e incredulidad.

—¡No-le-ofrezca-al-confidente-figuras-premiales-de-imposible-cumplimiento!

«Tal vez dándoselo todo bien mascadito, como a los niños pequeños, el concepto le entrara de una vez en la cabeza a Luján», pensó Peirallo, aunque sin albergar grandes esperanzas.

Y luego añadió:

—¡Joder, Luján! ¡Es que no ve usted que siempre estamos igual!

Peirallo le fue recordando a voz en grito las consabidas pautas

al trabajar con confidentes, ahorcando a modo enumerativo y de forma consecutiva los dedos de su mano izquierda con el dedo índice de su mano derecha. Y como Luján se había tomado la libertad de omitir más de cinco de aquellas reglas, Peirallo tuvo que regresar al pulgar para dar comienzo a una segunda vuelta.

—Cotejar la información recibida —le dijo—. Redactar un acta de cada reunión. ¿Dónde está el acta, Luján, se puede saber? ¡Preguntar por el origen de la información! ¡Por Dios, Luján! ¿Le ha preguntado a este sujeto de dónde ha sacado la información? Reportar al inmediato superior antes de tomar ninguna iniciativa. ¡Joder! ¿Tenía que meter en esto a la Policía Local?

Si la historia estaba trufada de pruebas incriminatorias producto de la imaginación del confidente, eso era un riesgo sobre el que Luján todavía tenía que posicionarse.

Luján optó por lanzar balones fuera, ¿qué otra cosa podía hacer llegados a este punto?

—El acta está en un papel… —Trató de salir del paso, aunque no consiguió siquiera terminar la frase.

—¿En un papel de qué? —respondió Peirallo más quemado que el queso de un san Jacobo—. ¿En un papel de culo, querrá decir? Porque tengo mi ordenador delante y aquí no hay ni rastro de ningún acta reciente registrada en el sistema, ¿lo entiende?

El subinspector Peirallo se permitía, llegados a aquel punto, moverse con cierta soltura en el vecindario de la mentira práctica. Lo que tenía delante no era su ordenador de sobremesa, sino la botella de whisky escocés Macallan de doce años que llevaba tiempo contemplando como un objeto más en la sobria decoración de su despacho. Y estaba al borde de quitarle el precinto a la botella para echarle un trago a palo seco, al más puro estilo de Don Draper. El famoso publicista televisivo era lo más parecido a la imagen que Peirallo había proyectado para sí mismo durante sus años como aspirante a los mandos de gerencia en la policía, imagen que finalmente había quedado reducida a una botella de whisky eternamente precintada y un par de vasos reciclados de los botes de tamaño extragrande de Nocilla que vaciaba como pedo en pista de baile. No, para Peirallo no servía ni de lejos cualquier criminal como confidente. Y en eso, la experiencia sí que era un auténtico grado. El que traiciona una vez, traiciona siempre, ¡amigo mío! A él se lo iban a contar después de más de cuarenta años en el cuerpo.

Además, trabajar con un nuevo confidente suponía un proceso programado meticulosamente paso a paso: captación, formación, inmersión, seguimiento y análisis. ¿En qué parte del manual se sugería hacer las cosas a tontas y a locas? En ninguno. O tal vez

Luján tuviera la respuesta. O la botella. Sí, la botella de whisky tendría una buena respuesta para esa cuestión.

—Escúcheme, Luján. Está usted a un paso... está usted a un paso... —repitió Peirallo tirando del freno de mano hasta el límite, aunque no encontró forma de concluir la frase sin posicionarle como un rastrero acusica—. Le hablo de un expediente disciplinario, ¿entiende las consecuencias, Luján? ¿Las entiende?

A lo hecho, pecho.

Luján jamás se había permitido dudar de una buena corazonada —*sigue tu instinto*—, aunque para el menoscabo de la larga y exitosa carrera en la policía que soñaba tener, su cerebro tenía la mala costumbre de eliminar de su memoria todas esas veces en que sus corazonadas no lo habían llevado a ninguna parte. Dicho de una forma más convencional, era el clásico caso de la pescadilla que se muerde la cola.

—Claro como el agua, señor.

***

Para cuando el subinspector Peirallo quiso desactivar el dispositivo policial, ya estaba sobre aviso hasta el apuntador.

En lo referido a solicitar refuerzos, Luján se había ganado a pulso el apodo del «teléfono descacharrado». Para eso existía una *cosita* llamada cadena de mando que Luján parecía no asimilar por muchas veces que Peirallo se lo hiciera entender a su peculiar manera: partiendo un brazo de gitano imaginario a golpetazos con la mano puesta de canto: zas, zas, zas, de una punta a otra del bizcocho:

—¡Cadena de mando! ¡Cadena de mando! ¿Qué es lo que no entiende, Luján? ¡Cadena de mando, joder!

Nervioso, en su despacho, Peirallo escrutó con minuciosidad la botella de whisky Macallan pensando en cómo debería proceder para no cargar con un muerto más encima. Su etiquetado, los colores dorados sobre el fondo de color perla, las letras sobreimpresas provocando descaradamente al sentido del tacto... todo ello era apetecible cuando menos.

Peirallo pensaba y pensaba mirando absorto la reverberante etiqueta de la botella de whisky de doce años. Ninguna autorización judicial llegaría a tiempo sin antes corroborar la confidencia por medios de investigación externos. La expresión «se ha comprobado que Fulanito estuvo implicado en la desaparición forzosa de Menganito» era totalmente inapta para fundar una autorización por parte del juez, ¡joder, Luján! Que no hace falta ser subinspector para saber que las diligencias de

investigación que supongan una merma en los derechos fundamentales no se pueden motivar por una confidencia, por muy fidedigna que esta a usted le parezca... o tal vez sí había que serlo... al final iba a acabar culpándose una vez más por el desmán del jodido Luján.

Peirallo dejó la botella de whisky Macallan en su sitio, regresando esta a su forma habitual de artículo ornamental. Si quería arreglar el desaguisado a tiempo, debía asegurarse de permanecer tan sobrio como la modesta decoración de su despacho.

Se sentó frente a su escritorio, movió el ratón de su ordenador y localizó rápidamente las transcripciones de las declaraciones tomadas a los asistentes a la fiesta en el campo de tiro abandonado, vecinos y personas de interés relacionadas con Nando Villaboi.

Uno de estos últimos, un pescador frecuente en el puerto de A Cova, había declarado haberle visto subir a un coche con dos amigos y desaparecer carretera abajo hacia Ferrol. No le dieron ninguna importancia en su momento, pero ahora podía ser algo de lo que tirar al hablar a continuación con la jueza. Con aquellas cartas en su mano tenía que apañarse: dos pitos reyes.

***

—Con pinzas, subinspector —respondió la jueza en un tono todavía lejano al reproche—. Me lo trae usted pero que muy cogido con pinzas, eso déjeme decírselo.

En sus mediados cincuenta, la jueza Mariana de la Torre poseía una estatura imponente que podría rivalizar con la de cualquier baloncestista profesional. Solía gastar gafas de montura dorada que siempre parecían estar a punto de caerse de la punta de su nariz, y su toga siempre daba la impresión de haber sido planchada con prisas, dejando algunas arrugas cómicamente visibles.

Mientras esperaba la autorización que necesitaba, Peirallo podía sentir en su propio pellejo la respiración taciturna de la jueza al otro lado del aparato.

—Le recuerdo igualmente que la prueba no tendrá valor probatorio si no me trae la identidad del confidente, lo sabe, ¿verdad?

Peirallo respondió afirmativamente, aunque con la boca pequeña.

—Como usted sabrá —continuó la jueza gustándose de su inmensa sabiduría—, lo que acontece entre el confidente y la policía está siempre rodeado de un oportuno velo a través del

que solamente se filtra una parte de la realidad.

Peirallo interpretó las palabras de la jueza como una respuesta negativa a la autorización. Buscó un resquicio al que agarrarse y se aclaró la garganta antes de intentarlo una vez más.

—El chico lleva más de dos días en paradero desconocido, señoría —se mostró honestamente preocupado, una preocupación que venía siendo el pan de cada día desde que Luján entró a formar parte de su equipo de trabajo—. Y déjeme que le diga aún más: esto tiene muy mala pinta para el muchacho, pero que muy mala pinta, señoría. Pero si no sabe ni hacerse un huevo frito, por Dios.

La jueza carraspeó como un tren de mercancías. No necesitaba que le contaran lo que ella misma estaba más que acostumbrada a vivir en sus propias carnes con tres hijos en plena adolescencia.

—Creo que no ha entendido mis palabras, subinspector —le corrigió De la Torre—. No hay en realidad mucho que podamos hacer respecto del testimonio de un confidente. Nos limitaremos a aceptarlo… sin más.

Peirallo resolvió permanecer en silencio unos segundos, esperando que la explicación llegara por sí sola antes de reconocer su ignorancia.

—Escapa del control judicial, ¿entiende?, y por extensión, de las exigencias del proceso penal. Por suerte para su confidente, ni uno solo de los miles de artículos que componen la Ley de Enjuiciamiento Criminal menciona la figura del soplón, ¿me explico?

Tratando de disimular su sorpresa, Peirallo respondió:

—¿Eso es todo?

Y añadió distraídamente:

—¿Así… sin más?

—Añadiremos un «según fuentes confidenciales», si es que eso le deja a usted más tranquilo. Por lo demás, eso es todo, subinspector. Seguiremos aceptando la figura del confidente por ahora, ¿no le parece? Aunque eso nos obligue a mirar de tanto en tanto hacia otro lado para…, como le diría yo…, para no cuestionar la validez de su investigación.

La jueza De la Torre hizo una pausa antes de añadir:

—No sé si me entiende por dónde voy, ¿me entiende por dónde voy, subinspector?

Para la jueza aquello no era más que el pan de cada día, un día más en la oficina. El hecho de no encontrar ni un atisbo de emoción en sus palabras le hizo a Peirallo preguntarse por qué razón hacían lo que hacían, jueces, fiscales, agentes del orden. Había que ganarse el condenado pan, por encima de todo lo

demás.
—Gracias, señoría.
—Un momento, subinspector. —La jueza no iba a dar por terminada la conversación sin aclarar un par de cuestiones más—. Valore usted el riesgo que corre su confidente. Y ni se le ocurra prometerle el oro y el moro, ¿está claro? Este tribunal no quiere saber nada de falsas promesas, de corruptelas ni tratos de favor.
—Sí, su señoría.
El dispositivo contó finalmente con efectivos de la Policía Nacional y con un refuerzo de agentes de las Unidades de Intervención Policial. Después de todo, el viernes iba a acabar siendo movidito. Nada mal a tan solo seis días de la desaparición de Nando Villaboi.
Efectivamente, los dos sujetos descritos a Luján por el confidente coincidían con dos personas que andaban merodeando en la zona de las Sindicales de San Pablo, en las afueras de Ferrol. Dado que nadie había autorizado el registro de la vivienda que debía ser su centro de operaciones, hubo que esperar más de seis horas para realizar las detenciones.
Los dos detenidos permanecían en la comisaría de Ferrol-Narón mientras se realizaban las diligencias antes de ser presentados ante la autoridad judicial. Solamente bajo el asiento del copiloto del vehículo se encontraron suficientes pruebas como para autorizar un registro inmediato de la vivienda: veinte gramos de hachís, diez de cocaína y dos básculas de precisión junto a diverso utillaje para una pequeña plantación interior de marihuana.
Separados en dos salas contiguas, los dos sujetos esperaban para la toma de declaraciones por parte de los agentes asignados, a saber, Urbano y Chacón, junto con la siempre imponente agente Ramírez.
Se llegaba a la zona de interrogatorios después de atravesar un largo pasillo lleno de varias hileras de taquillas emplazadas sin ton ni son. Las humedades habían pasado una costosa factura a la pintura en las paredes y el techo parecía estar a punto de colapsar debido al más absoluto abandono.
En cuanto a las dos salas de interrogatorios, iluminación máxima, ruido blanco incesante y mobiliario de oficina. La pintura del tirador en las puertas de las dos salitas lucía absolutamente mancillada tras infinitos agarrones, golpes y arrebatos. Las puertas eran de pesado metal, y aunque habían sido pintadas de blanco en algún momento en el pasado, ambas lucían un voluminoso desgaste en su punto central tras el que

asomaba el brillante metal original. Para acabar, el ojo de buey contaba con su riguroso cristal de rejilla. Todo lo contrario a la palabra «acogedor» para conferirle una estética de la que habría estado orgullosa hasta la misma Gestapo.

Luján se abrió paso como buenamente pudo hasta el espacio común inmediatamente junto a las salas de interrogatorios, donde los tres agentes amenizaban el rato intercambiando opiniones sobre esto y aquello. En aquel ínterin, Luján rozó su tobillo con el pedal metálico de una bicicleta apilada en un montón de chatarra confiscada, detrás de la que destacaban dos grandes marcos que parecían sacados de un museo. La temática pictórica comenzaba a parecer una constante llamada a la acción frente a Luján, aunque siempre de manera velada y en un segundísimo plano sobre el que, si acababa reparando, era por absoluta casualidad.

Se inclinó un momento para mirarse al tobillo y verificó que pronto necesitaría una dosis de penicilina.

Los tres agentes apenas se inmutaron al verle aproximarse de frente a lo largo del pasillo. Solamente el agente Urbano articuló una sutil elevación de cejas al percibir una figura a punto de entrar en su zona de confort.

Vestidos de paisano, Urbano y Ramírez cumplían a la perfección con el estereotipo de policía. Mucho cuero y una sonrisa sobrada apuntillada en su rostro como un tuit fijado; el primero descansaba recostado sobre la pared mientras escuchaba a su compañera quejarse de su HK USP Compact. Y no se quejaba en balde. Ramírez era una enciclopedia en lo referido a las armas de dotación de los cuerpos policiales y no dejaba pasar la ocasión de dejar constancia de ello.

—¿Cómo cojones esperas empuñar alto y cambiar de cargador sin tener que romper el agarre? —preguntó retóricamente a sus compañeros.

De todos los defectos de la HK USP Compact, el que más odiaba Ramírez era la forma del retén del cargador, que obligaba al tirador a perder el agarre para poder accionarlo.

Después negó de un lado a otro con la cabeza como una peonza orbitando alrededor de un punto imaginario.

—Atentos a esto. —Ramírez desenfundó su arma reglamentaria y les mostró con el dedo índice el retén situado en el lateral derecho, el lado opuesto al lugar en el que solía venir de serie. Los otros dos agentes miraron con atención sin mostrar gran entusiasmo—. En la Glock yo misma te cambio el retén de un lado a otro en menos de cinco minutos —presumió la agente—. Y te lo hago hasta con los ojos vendados.

—¿Y qué ganas con eso? —preguntó Chacón. Ir vestido de uniforme no le restaba puntos a su aspecto de *sottocapo* de la mafia siciliana, con sus ojos de párpados caídos, el pelo negro, hirsuto, flanqueando su cabeza por encima de las orejas y la prominente calva coronando el conjunto. Sus brazos eran dos hilos haciendo las veces de discreto paréntesis para un torso en el que solamente destacaba una prominente barriga cervecera. Todo lo cual contrastaba con su habitual almuerzo consistente en una ligera ensalada preparada a base de brotes, nueces y un par de láminas de salmón ahumado. Nadie en comisaría se explicaba el tipo de atracones que debía meterse Chacón durante los fines de semana para compensar el sacrificio que hacía de lunes a viernes con sus almuerzos *low-carb*.

Ramírez no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos.

—¿Estarás de broma, ¿no? —respondió ella—. ¿Que qué gano con eso?

La agente miró a su compañero Urbano, quien se limitó a encogerse de hombros ante la perspectiva de errar dando una respuesta equivocada. Y nadie en edad de merecer querría quedar como un patán delante de Ramírez.

—¿Qué te parece poder cambiar el cargador sin perder el ángulo de tiro?

Urbano y Chacón asintieron tímidamente. El razonamiento era aplastante en favor de la Glock, al menos en ese aspecto.

Ante el silencio de sus compañeros, Ramírez continuó con su lección sobre armas reglamentarias.

—Y tal como están las cosas ahí afuera… ¿trece cartuchos por cargador? Llevarás al menos un par de cargadores de repuesto, ¿no?

Quizás la capacidad del cargador ampliado de la Glock fuera lo que más entusiasmara a Ramírez, con sus diecinueve cartuchos por unidad. Con dos cargadores encima se sentía capaz de enfrentarse a la peor emboscada en cualquiera de los barrios más conflictivos de Ferrol.

—Ver para creer —dijo Ramírez entornando los ojos.

Los dos agentes sonrieron, y Ramírez no tardó en acompañarlos con una sonrisa que solo podía constatar su absoluta confianza en sí misma.

—Pasaros a la Glock de una puta vez, hombre —les instó confiada en sus argumentos, y añadió al tiempo que Luján entraba en la sala—: ¡Exactamente como este caballero! —Ramírez señaló hacia Luján alzando el mentón con un estilo rebosando carisma por los cuatro costados. En ese aspecto no había espacio para el diálogo: Luján sentía su Glock como una

extensión de su cuerpo.

—¿Disculpa? —preguntó Luján ajeno a la conversación. Con la mirada buscaba las salas en las que se encontraban los dos detenidos.

La agente Ramírez señaló hacia su arma de cinto y Luján entendió por dónde iba el tema. Te quiero en mi equipo. Ese sentimiento de pertenencia en virtud de pequeñas afinidades como la de una Glock 17 de cuarta generación en la cadera. La tarjeta de visita perfecta para integrarse entre iguales.

—¿Qué pasa con estos dos? —preguntó Luján asomando el hocico por el ojo de buey de la sala situada más a la derecha. Lo último que quería era sociabilizar de más y perder su prioridad en el arresto antes de querer darse cuenta.

El agente uniformado con aspecto de *sottocapo* siciliano se despidió de sus colegas y emprendió camino de vuelta hacia uno de los cubículos, dejando tras de sí el contoneo de un hipopótamo adentrándose en la sabana africana con la más absoluta de las calmas.

—Se han caído con todo el equipo —respondió Urbano. La expresión en su rostro pedía a gritos un aplauso a su machotez que Luján tanto detestaba.

—¿Antecedentes? —se interesó Luján tratando de mantenerse centrado, con el foco en su único objetivo: dar con el paradero de Nando Villaboi.

Urbano tomó un pequeño impulso para separarse de la pared, sobre la que llevaba un buen rato dejando caer el peso de su atribulada existencia. «Por ti, me moveré hasta tres centímetros». Resultaba sorprendente cómo los tipos de la ralea del agente Urbano eran capaces de transmitir mensajes complejos moviendo los músculos precisos de la cara.

Acto seguido, sorprendió a Luján con el leve goteo de sarcasmo que su autoestima le exigía alimentar:

—¿A ti qué te parece? —le preguntó sin esperar respuesta alguna. Mientras tanto, el agente de paisano hacía lo indecible por ganarle algún centímetro adicional a su cazadora de motorista a base de fuertes jalonazos desde ambos lados de sus cierres a izquierda y derecha.

Luján echó un nuevo vistazo por el ojo de buey. No resultaba difícil elaborar una estimación mental de la carrera delictiva de aquellos tipos. Al que permanecía confinado en la sala del lado derecho no le hacía ninguna falta tatuarse en la cara cada nuevo delito como hacían algunas bandas callejeras, su expresión ya se encargaba de explicarlo todo por la vía mímica.

—Son ellos —afirmó Luján categóricamente—. Tienen que ser

ellos.



Capítulo 15

Era la primera hora del jueves, en esa semana que Sogorb le había concedido para lidiar con el asunto de Luis Velasco. El desayuno, repleto de las tentadoras grasas y azúcares propias de la repostería de pueblo, le proporcionaría la energía necesaria para un extenso día de decisiones sobre cómo enfrentarse a sus más inmediatos problemas y, con un poco de suerte, su vida volvería a ser la de antes.

Una corriente de aire atlántico atravesó sin dificultad la puerta de la cocina, dejando que la brisa marina recorriera gentilmente su rostro haciéndole sentir un ligero cosquilleo en el entrecejo. Nono apreció, sin hacer grandes festividades de ello, el aroma sutil de los limoneros que ornamentaban el pequeño recodo ajardinado que caía tras la escueta caseta exterior. Inspiró una larga bocanada de aire. Bizcocho de limón recién horneado, con su corteza dorada cubierta de azúcar glasé y su interior esponjoso a rabiar. Eso habría estado bien para desayunar, aunque las cosas no estaban como para esperar grandes detalles viniendo de su madre.

El plazo de tiempo que le había concedido Sogorb para recuperar la deuda de Luis Velasco no era, según Juanito Velayos, nada más que un inteligente ardid para convertirle en un cabeza de turco para desviar la atención sobre las prácticas abusivas de Rekobra e irse de rositas. Aunque lo peor no era eso. Lo peor era que, dada la generosa red de influencias con la que contaba Sogorb, una red sin cardiopatías que limitaran el flujo de favores entre semejantes, el plan podía salirle a su antojo.

Nono le pegó un mordisco desganado a una magdalena casera, de un tamaño sensiblemente mayor al de la clásica magdalena de marca industrial esponjosa y transgénica, y contempló la nueva opción que Velayos le había propuesto: haz que sus deudas desaparezcan. Gracias a Lisardo, el tipo con aspecto inofensivo, ahora al menos tenía un plan. De acuerdo con que pudiera parecer una locura, absurdo y hasta cierto punto, kamikaze, pero si quería quitarle a esa familia la deuda de encima —y lo quería porque no le quedaba otra alternativa—, lo primero de todo era hacerles creer a esos pobres desgraciados que aún podían contemplar otras opciones. Por lo que a él respectaba, su plan solo presentaba dos inconvenientes: en primer lugar, tener que sugerirle a Luis Velasco que ni él ni su mujer ni los médicos que

atendían a su hijo tenían ni puta idea de lo que le estaba pasando. Y, en segundo lugar, ponerle todavía más palos en las ruedas a la relación que su madre parecía querer entablar con Lisardo, del que esta ya podía irse olvidando. No había más que ver la expresión en los ojos acristalados de aquel tipo, como si llevara esperando este momento toda su vida y no lo fuera a dejar pasar el tren por nada del mundo. Egoísmo y altruismo, frente a frente en sus correspondientes esquinas dentro del cuadrilátero. Formulen sus apuestas.

Su habitual paseo matinal hasta la playa del Porto le resultó a Nono más gris y avinagrado que nunca con anterioridad. Junto a las viejas casetas donde los pescadores guardaban sus bártulos, se cruzó como de costumbre con los chavales de toda la vida, los que salían a pescar embutidos en sus trajes de neopreno luciendo grandes arpones como el capitán Ahab. Tan seguros de sí mismos, eran un escaparate rebosante de sonrisas de llevarlo todo bajo control.

En el camino de vuelta a la casa, los neumáticos rodando a toda velocidad le hicieron advertir la presencia de un viejo cascarón subiendo por la carretera, justo a sus espaldas. Iba lanzando guijarros como perdigones sobre los helechos adyacentes a la ruinosa carretera, sin hacer prisioneros.

Una vez a su altura, el conductor redujo la velocidad del coche. Nono dudó si seguir mirando al frente o si echar una mirada hacia la calzada, a su derecha.

—¡Oye! —le increparon—. ¿Qué tal che vai?

Nono se limitó a alzar la mano por toda forma de saludo y siguió caminando más pegado aún a los helechos colindantes.

Mientras el conductor sonreía ampliamente, con su corte de pelo moderno y los dientes como las murallas de La Rochelle, su acompañante agarraba un fusil de pesca de unos noventa centímetros desmontado entre las piernas, sentado en el asiento de al lado. El copiloto acercó su mano hacia el suelo del coche, justo bajo la guantera, y extrajo de entre sus pies un traje de neopreno, probablemente heredado de su bisabuelo a juzgar por la multitud de agujeros que este presentaba en diferentes puntos del entramado del tejido.

—¡Tenemos un traje para ti! —exclamó desde el asiento, forzando una posición letal para su columna.

Controlando el peso de su pie sobre el acelerador en su lento ascenso por la carretera, el conductor, rubio y con la mitad del cuerpo de cintura para arriba en cueros, asentía con la cabeza. Una gran cicatriz le recorría el pecho en diagonal, desde la clavícula hasta casi llegar a la zona inguinal, más allá del

ombligo. No se veía en absoluto reciente, sino todo lo contrario, y le pareció a Nono el tipo de cicatriz que dejaría el agua hirviendo sobre la piel.

Nono sintió un escalofrío recorrerle el espinazo de un fogonazo, y apartó rápidamente su mirada de la cicatriz.

—¡Adeus! —se despidió el copiloto una vez formalizada la invitación.

El conductor le dedicó un gesto de reprobación a su amigo.

—¡Eh! ¡Adeus díselle aos mortos!

Los dos rieron sonoramente.

—Deica logo, raparigo —añadió el conductor dibujando una pronunciada sonrisa en su rostro. Después pisó el acelerador con fuerza y desaparecieron en su viejo Volkswagen Polo blanco tras doblar la curva en el cruce con la carretera principal, unos cincuenta metros más arriba.

Un escueto séquito de ciclomotores hizo lo propio unos instantes después, a cuál más sonoro. En total, tres ciclomotores para siete chavales. Como no salían las cuentas, una de las motos remolcaba a tres de ellos, que circulaban hacinados sobre el largo asiento de un Vespino F9. Cualquier extravagancia servía con tal de no tener que moverse a pie como el resto de los mortales.

El tercer y último cacharro rodante seguía a duras penas el ritmo de los otros dos ciclomotores, de fabricación algo más moderna. Mucho era pedirle a la Derbi Variant roja —castigada con pegatinas de todas las últimas ferias de muestras de El Ferrol —, que se las veía para progresar carretera arriba centímetro a centímetro remolcando dos cuerpos en el punto álgido de su desarrollo.

Nono lo reconoció al instante: la melena de pelo negro calizo, la tez blanquecina y los párpados de apariencia somnolienta. Elías cerraba el desfile motorizado, tratando de no hacer perder el equilibrio al conductor de la Derbi Variant sobre la que viajaba mientras extendía los brazos a ambos lados como el Cristo del Corcovado.

Tomando el atajo por el sendero adyacente al límite de su jardín por el lado de la carretera, Nono entró a su casa por la parte de detrás cruzándose en su camino con Xuxa, la vecina de la finca colindante, que hacía la colada sobre la piedra del lavadero con sus fuertes brazos de curtida labriega. Encontró la parte superior de la puerta holandesa entreabierta, como de costumbre. Retiró el pestillo de la compuerta inferior, entró en la cocina y se sentó extendiendo los brazos sobre la mesa, donde el día anterior encontró a Lisardo hojeando con curiosidad el viejo

cuaderno de Geluco.

Aparte, decir que el hallazgo del obús en el desangelado jardín de Sandra Pavones había sido impresionante era quedarse corto, con las siglas FAH sobreimpresas en el interior de un rombo perfectamente delineado que lo envolvía en un halo de misterio. Y no era lo único. El viejo cuaderno centenario con el registro de anotaciones que había dejado de una pieza al hombrecillo con aspecto de bibliotecario, la cuña metálica en el interior del obús con ese mensaje prácticamente ilegible escondido para un destinatario desconocido… todo ello confluyendo en un solo lugar. O más bien, en una sola persona: Sandra Pavones.

Nono accedió al interior de la vivienda por la puerta holandesa que daba acceso a la cocina. Estaba abierta, como siempre, y en el pequeño televisor auxiliar el presentador de turno daba comienzo a las noticias de la mañana recordando un día más sin noticias del joven desaparecido en la playa de Santa Comba.

Un ruido proveniente desde el piso superior de la casa bloqueó repentinamente sus pensamientos, como una señal de STOP que aparecía por sorpresa detrás de la espesa vegetación en plena carretera para susurrarle al oído: oye, escúchame, te vas a matar de un momento a otro. No importa cuánto trates de evitarlo.

Su madre aún pasaba consulta por las mañanas, repartiendo su semana entre A Coruña, Ferrol y Pontedeume.

En el piso de arriba, asomándose al pasillo desde el último peldaño de las escaleras, Nono pudo finalmente identificar por fin el foco de los ruidos. Se aproximó hasta la puerta del desván, puerta que encontró entreabierta y meciéndose suavemente en virtud de una caprichosa corriente de aire que venía desde arriba.

Después de unos segundos, se decidió a empujar la puerta del todo para tomar las escaleras y subir al desván.

No podía ser cierto.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó directamente hacia una silueta de apariencia enjuta y encorvada.

Buscando una rápida desaceleración de su corazón, Nono se llevó las manos a su rodilla flexionada, aún con un pie sobre el primer peldaño de las escaleras que subían hacia el ático.

—¿Es que quieres matarme del susto? —No conseguía dejar de jadear por mucho que lo intentara—. ¡Joder! Ya te vale, hombre.

De pie, agarrando el pomo interior de la puerta del desván, Enrique permaneció estático sin perder energías en responder.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Nono. En casa de su madre las reglas no iban a ser las que marcara Enrique. Su padre ya no pintaba nada por allí.

Resultaba más que evidente que su padre ocultaba algo detrás de la espalda, agarrándolo con la mano que le quedaba libre, la mano contraria sosteniendo la puerta del desván por el canto.

—Nada, hombre —respondió, como quien se siente importunado en medio de sus legítimos quehaceres—. No llevo nada.

—No me vengas con esas, que el que no pinta nada aquí eres tú.

Al verle abajo, en la habitación de invitados desde la que se accedía al desván, con la luz del día entrando por la ventana y los tatuajes brillando en sus brazos con todo el esplendor de la paleta de colores, su padre le recordó a un pandillero al que una marca de juguetes hubiera ofrecido dinero por tatuarse todos sus productos.

—¿Pensabas pedir permiso para entrar o...?

—Tengo una copia de las llaves, ¿no?

—¿Ah, sí?

—Ah, sí.

—Las mismas llaves que nunca sabes dónde están cuando hace falta venir a airear la casa en invierno y esas cosas.

Enrique trató de esquivarle con condescendencia, como quien coge una carta de Hacienda y la lanza directamente a la papelera.

Ladeándose ligeramente para evitar el contacto, Nono le permitió el paso con la única finalidad de poder arrebatarle en un ataque sorpresa lo que fuera que hubiera encontrado en el desván. Le resultó un punto triste y cómico ver a su padre tratando de aprovechar la dinámica de sus movimientos para pasarse el objeto de una mano a la otra, como un *quarterback* tratando de despistar a su adversario.

Situado estratégicamente bajo el umbral de la puerta, Nono bloqueó el camino de salida y trató de hacer que su padre mostrara sus dos manos.

—¡Déjalo ya, hombre! —exclamó Enrique, y una corriente de rubor electrificó sus mejillas sin que nada pudiera hacer por ocultarlo.

Después de unos segundos de intensos aspavientos, Nono acertó a golpear con su mano en el aire, impactando tan cerca de las manos de su padre como para hacerle soltar lo que fuera que estuviera agarrando a escondidas.

Nono miró hacia el suelo convencido de haber dejado expuesto al infractor. Enrique evitó el contacto visual con su hijo a toda costa.

Con la mano derecha meciéndose el mentón y la mano contraria en forma de jarra sobre su cintura, Nono volvió la mirada hacia su padre.

—¿Tanto te habría costado pedírmela?

Enrique sintió los achaques propios de la edad al agacharse a recoger la marioneta de Orlando el Furioso que yacía despatarrada en el suelo, como un cuerpo tras caer doscientos metros en picado desde lo alto de un rascacielos.

Estaba claro el interés de su padre por hacerse con la marioneta. De hecho, si le hubieran preguntado a Nono por su paradero, la habría emplazado bajo la custodia de su padre desde hacía ya mucho tiempo.

Con extrema delicadeza, Enrique cogió la marioneta con las dos manos y repasó cada uno de sus detalles con los dedos, el casco, las plumas, el relieve en su escudo protector, el contorno negro alrededor de sus ojos, las mejillas sucumbiendo al paso del tiempo escama a escama.

No resultó una escena dantesca de ninguna manera. Era un padre vacío por dentro tratando de encontrar a su hijo fallecido, perdido tras un muro infranqueable. Como un adicto buscando la calma a su adicción a la heroína, Enrique necesitaba materializar su recuerdo en cualquier objeto que intensificara sus cada vez más efímeras imágenes que conservaba de aquel. Así las cosas, no había droga más fuerte para él que los juguetes favoritos del pequeño Ociel. Y se los tatuaba cada vez que volvía a tocar fondo.

Cerrar la tienda de empeños solo había sido la antesala del despropósito en que se convertiría la vida de Enrique en los años siguientes, en que pasó de ermitaño a peregrino y, finalmente, a escritor atormentado.

La visita del único editor en quien, nadie sabía cómo, había conseguido suscitar algún interés, fue la estocada final para Enrique:

—Mira —le dijo el editor tras recuperar la compostura—, necesito un cierre para esa historia tuya interminable. No te voy a seguir dando anticipos como hasta ahora, a fondo perdido.

—Eh —Enrique trató de apaciguar los ánimos—, sabes que soy serio.

—En realidad no. Ni siquiera te conozco. Sé tu nombre, pero no te conozco. Hemos hablado y, sí, pareces un tipo serio. Miento. Pareces un escritor. Haces todas esas cosas raras que hacen los escritores. Lo de la casa hecha una pocilga, el pánico a la luz del sol, bueno, todo suena de maravilla. El pez globo de juguete, el muñeco Dopper y quién sabe qué otros trastos más te habrás tatuado por el resto del cuerpo.

El editor se inclinó hacia delante hasta casi tocarle la pierna con la nariz.

—¿Esto es un rastrillo? —preguntó señalando uno de los recientes tatuajes.

Su observación no fue del gusto de Enrique.

—Eran sus juguetes favoritos.

El editor regresó a su posición inicial, rebajando el nivel de sarcasmo.

—Mira, me trae sin cuidado que tengas el catálogo del Toys “R” Us tatuado a cuerpo entero. Pero no me digas que te conozco, porque a juzgar por lo poco que me has dejado leer hasta el momento, no sé si estoy hablando con un genio o con un tío al que le ha tocado la suerte con su varita mágica.

Así que el siguiente destino en la atribulada vida de la marioneta de Orlando el Furioso era alguna parte del cuerpo de Enrique por tatuar, lo que hizo a Nono sentir el peso de la culpabilidad sobre sus hombros. Se apartó de la puerta y dejó a Enrique vía libre para salir. No podía exigirle el perdón a un hombre que aún no se había perdonado a sí mismo.

—La marioneta es más fuerte que el hombre —susurró Enrique, parafraseando abstraído las palabras de algún célebre titiritero. Entonces, sonrió vagamente y le tendió la marioneta a su hijo de forma solemne.

—No, no, no —respondió Nono atropellado—. Llévatelo.

Enrique, sin embargo, acababa de alcanzar el punto de reconocer el poder de su adicción y nada le haría cambiar de opinión.

—Tenías razón —arguyó tajante—. No tenía que haber venido.

De nada servía seguir insistiéndole, pero al menos quería intentarlo.

—En serio, llévatelo.

—Ha sido un error, un error, un terrible error… —añadió mostrándose disperso. Después dejó a Orlando el Furioso sobre la cama y se dispuso a abandonar la habitación para volver lánguidamente a su chalé en Ragón.

—… un error…

Jamás había visto a su padre así. Trató de restarle importancia al allanamiento de morada y centrarse en la salud emocional de su padre.

Enrique se detuvo en medio del pasillo, extendió un brazo y apoyó la palma de su mano sobre la pared. Su espalda formaba una sucesión de curvas difícil de llevar para sus discos intervertebrales, un rasgo particularmente llamativo en su fisionomía. Lo recordaba con la hechura fuerte del artesano, tieso como un junco. No parecía quedar ya nada de aquella persona.

—Todos le echamos de menos —dijo Nono, incapaz de alumbrar

nada menos obvio que decirle para su consuelo.
Sin darse la vuelta, Enrique esbozó el recuerdo de una triste sonrisa al punto sofocada y exenta de todo rastro de felicidad.
—¿Sigues con ese trabajo tuyo?
—Es lo que sé hacer. —El tono en su voz ya no era terso como antes, sino suave y fluido—. Aprendí del mejor.
—¡No! —Enrique golpeó colérico a mano abierta contra el lateral de su propio muslo—. ¡Aprendiste, mis cojones!
Nono sacudió ligeramente la cabeza, confundido.
—Eso que haces está mal, hijo. Y antes o después acabarás pagando el precio de comportarte como un cobarde.

***

Sonsoles no esperaba ver tan pronto a Lisardo, no al menos en un par de semanas después de su última visita. Y, sin embargo, ahí estaba el jueves de aquella misma semana tratando de abrir el portalón de hierro con su cara blanca y redonda como una torta del Casar.
Dejó la revista de decoración sobre la mesa de la cocina, recogió un mechón de su flequillo detrás de la oreja y salió a recibirle con calculada calma.
—¿No habíamos quedado en vernos dentro de un par de semanas? —le preguntó, previa confusión de protocolo: ninguno de los dos acertó a identificar si la situación exigía dos besos, un abrazo o algo más íntimo que las dos opciones anteriores: la del beso en los labios.
Ante la duda, Sonsoles forzó la tercera opción. Confiaba en contar con una última baza, la de poder disfrutar de una cena a solas con Lisardo como dos personas adultas. Sin más fantasías que las que brotaran de entre las sábanas de su cama en un encuentro definitivo.
La reacción de Lisardo ante aquel inesperado beso, cargando, como iba el hombre, a cuestas con una buena pila de carpetas de acordeón llenas hasta los topes de documentos, fue la misma que Sonsoles habría obtenido al besar a una estatua ecuestre.
Lisardo la saludó educadamente y preguntó por Nono sin ambages. Entraron en la salita en silencio y Sonsoles entendió que su presencia estaba de más.
Los pasos atropellados de Nono al bajar las escaleras captaron la atención de ambos, tanto de Lisardo como de Sonsoles. El primero alzó el brazo mostrándole la palma de la mano. A punto de ceder ante el peso de las carpetas en sus débiles antebrazos, Lisardo depositó los archivadores sobre la cómoda de madera junto a la mesa del mantel floreado y se arremangó unas mangas

de camisa imaginarias.

—¿Preparado?

Desde el penúltimo escalón antes de llegar al piso bajo, Nono respondió afirmativamente asintiendo con la cabeza y se dispuso a conducirle hasta el piso superior. Estarían más cómodos en el salón.

Cruzándose de brazos —por si no estuviera bastante cruzada de por sí—, Sonsoles pidió un momento de atención:

—¿Preparados para qué?

La ignoraron por completo. Ella lo intentó una vez más:

—¿Hola?

—Por aquí —le indicó Nono a Lisardo, y tomó el camino de vuelta escaleras arriba sorteando los escalones de tres en tres.

Perpleja con lo que fuera que se estaba cociendo a sus espaldas —nada a lo que hubiera dado su consentimiento—, Sonsoles comenzó a agitar los brazos como una cría de gaviota tratando de remontar su primer vuelo.

Cuando Lisardo se dispuso a progresar hacia las escaleras, Sonsoles le agarró del brazo y, sin ser consciente de la fuerza que estaba imprimiendo en el acto, lo arrastró hasta la cocina lejos del radar de su hijo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó entre dientes tratando de mantener sin éxito sus palabras en el anonimato.

—He quedado con tu hijo.

—Hasta ahí había llegado yo solita, caray.

—¿Entonces?

—Lo que te pregunto es *por qué* has quedado con él.

—Mira. Me ha pedido ayuda con algo y, sinceramente, no veo el motivo para no echarle una mano.

Sonsoles empezó a mostrarse agitada, aunque sin llegar a moverse prácticamente del sitio. Lejos de resultar tranquilizante, aquella circunstancia la hacía parecer un polvorín a punto de estallar por la presión.

Si hubiera sido por Lisardo, la habría animado a caminar libremente por la cocina para liberar la tensión acumulada, como él solía hacer en el minúsculo cuartucho al que llamaba despacho cuando algo requería toda su atención. Aunque ella lo habría malinterpretado de forma que habría sido peor el remedio que la enfermedad.

—¿No ves que estás alimentando las fantasías de un crío?

—A mí no me parece ningún crío —respondió Lisardo, y buscó una superficie en la que dejar las pesadas carpetas—. Es mayor de edad, ¿no?

—Crío o no crío, tiene que mantener los pies en la tierra.

A Lisardo le costaba ver la conexión.

—¿Y bien?

—Le estás ayudando a todo lo contrario.

Lisardo depositó sus documentos sobre la mesa del recibidor. La verdad fuera dicha, desconocía por completo la posible reacción de una madre protectora en un caso como aquel, y lo último que quería era que el grueso de su trabajo, recogido en aquellas carpetas de acordeón, acabara tirado por los suelos.

—¿Es por mí? —Había que reconocerle a Lisardo más caballos de potencia de los que anunciaba su expresión permanentemente jovial—. ¿O es por tu habitual falta de fe en la ciencia?

—Ahora va a ser fe lo que debería inspirarme la ciencia.

—Sabes desde el primer día a lo que me dedico y nunca habías puesto ninguna pega.

—Así que no lo haces por él —respondió Sonsoles, acusadora—. Lo haces por ti y por tu trabajo.

—Para ser completamente honestos —Lisardo le mostró las palmas desnudas de sus manos—, creo que podría ser bueno en los dos sentidos.

—Así que bueno en los dos sentidos.

—Sí, y para ti también, si lo miras con perspectiva.

—¿Ah, sí? Entonces dime, ¿qué es lo que gano yo en esto, aparte de comerme el papelón cuando a mi hijo, mi *único* hijo, se lo quieran cargar esos padres de Pontedeume?

—Quizás sea esa la forma de darse cuenta de sus actos.

Sonsoles liberó una profusa bocanada de aire contenido.

—Dios… ¿En serio queréis seguir adelante con esto? —No alcanzaba a entender cómo habían podido llegar hasta ese punto —. Solo de pensar en la cara de esos dos pobres padres al escuchar tu disparatada teoría me pongo mala.

Pasados unos minutos sin noticias de su nuevo colaborador, Nono se apresuró a bajar al piso inferior antes de que la conversación fuera a peor.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó asomándose desde las escaleras.

Lisardo respondió encogiéndose de brazos. Nono buscó con la mirada a su madre esperando de ella una explicación.

Solo obtuvo en su madre la callada por respuesta.

—¿Por qué tienes que meterte donde no te llaman? —le reprochó marcadamente molesto.

Sonsoles trató de encarrilar una respuesta que no los llevara a los dos directamente a un terreno fangoso del que resultara imposible salir más adelante.

—Esto no está bien.

Nono dejó espacio frente a sus líneas de ataque retrocediendo dos pequeños pasos.
—¿El qué no está bien? —preguntó.
A base de una sucesión de aspavientos con las manos, Sonsoles trató de referirse al asunto que Lisardo y él se traían entre manos.
De proceder generalmente prudente, Lisardo optó por tomar parte pasiva en la discusión. Suficiente evidencia de su postura era su mera presencia allí.
Sonsoles empezó a dudar de sus motivaciones. Ya no podía distinguir si sus temores eran infundados, si lo hacía para proteger a su hijo —mayorcito como para tomar sus propias decisiones— o si no estaba por la labor de asumir el riesgo de meterse en un berenjenal como aquel antes siquiera de saber lo que sentía por Lisardo, ahora omnipresente en su vida.
Sonsoles resolvió que la mejor defensa era el ataque. Miró a Nono directamente a los ojos, sin un ápice de vacilación, y le dijo:
—Sabes lo que va a pasar, ¿no?
En ocasiones, cruzarse de brazos era respuesta más que suficiente para una infinidad de preguntas de incómoda respuesta, que fue la única respuesta que obtuvo Sonsoles por parte de su hijo.
—Vas a acudir a ver a esta familia pensando que en el peor de los casos te invitarán a salir por donde has entrado.
Sonsoles esperó con paciencia a su reacción antes de continuar presentando su pronóstico para su encuentro con los padres de Marc.
—¿Me equivoco?
Nono permaneció en silencio esperando la llegada de un rápido desenlace.
—Ya me suponía yo que no iba mal encaminada —continuó Sonsoles—. Así que te presentas en su casa, te invitan a un café y comienzas a explicarles tu teoría tranquilamente. ¿Y sabes qué? Que no han pegado el ojo en toda la noche preocupados por la montaña de pruebas que le tienen que hacer al día siguiente a su hijo. Ah, espera. Les acaban de comunicar que han rechazado la concesión del único medicamento disponible porque no cumplen con los requisitos, y el mundo se les ha echado encima al ver que se acaban las opciones y el tiempo corre en su contra. Se han dejado la piel durante meses yendo de un especialista a otro, contrastando unas opiniones con otras, a cuál más improbable y en ocasiones totalmente contradictorias.
No se podía negar que el terreno en el que se iban a mover era

un campo de minas.

—¿Tengo que explicarte cómo acaba la visita?

Era un argumento convincente. Y su madre sabía a ciencia cierta que el escenario que se iba a encontrar en caso de seguir adelante con su plan no sería muy diferente al que acababa de dibujar para él.

Nono rompió finalmente el silencio.

—Cómo acabe la visita es cosa mía —respondió Nono tratando de mostrarse tranquilo, aunque por dentro era un mar de confusión y sensación de culpabilidad anticipada.

Dirigió su mirada hacia Lisardo, que seguía en un segundo plano sin quitar el ojo de sus preciados documentos, como un espectador omnisciente a la espera de ser tocado por la varita mágica del protagonismo.

—Tranquilos —dijo Lisardo mientras golpeaba con los nudillos sobre la pila de carpetas—, vengo cargado con la artillería.

Colapsando sobre sí misma después de soltar el pesado lastre de sus miedos, Sonsoles dejó escapar un largo suspiro sustentado en una agridulce realidad: su hijo emprendía el camino hacia los duros varapalos de la vida adulta, y lo iba a hacer estrenándose por todo lo alto, dispuesto a salir por la puerta grande con las dos orejas y el rabo.

—Vosotros veréis.

Después, señaló hacia Nono en modo inquisidor:

—Y tú —le dijo—, ya me llamarás para acudir con el Loctite cuando esa familia te rompa en mil pedazos.

Sonsoles le pidió a Lisardo un momento para hablar a solas y ambos abandonaron la sala como dos bibliotecarios caminando pesadamente entre enormes librerías cargadas de reproches y lamentos.

Con el silencio a su alrededor como testigo de su soledad en el mundo, Nono sopesó las posibles opciones a su alcance. Ninguna de ellas resultaba ser del todo buena. Podía, por un lado, presentarle a Luis Velasco la teoría expuesta por el pseudo romance de su madre y beneficiarse con ello personalmente (al menos en el hipotético caso de haber algo de cierto en ella), además de evitar tenerse que poner en modo rottweiler con aquella familia; pero si después de todo resultaba ser una pantomima o acababa haciéndoles más daño que bien, la culpa recaería sobre él. O, peor aún, quedaría como un manipulador, dándole la razón a su madre. Quizás eso fuera lo peor de todo: tener que darle la razón *precisamente* a ella, quien le había servido a Lisardo y sus locas teorías de renacimientos en bandeja.

También podía, por otro lado, desentenderse de las teorías de

Lisardo, a quien acababa de conocer, después de todo. Esto le haría ahorrarse la vergüenza (si el propio Luis Velasco no le corría a gorrazos por el atrevimiento), lo que era un punto a favor, pero le dejaría de nuevo en el punto de inicio, en las manos de Sogorb y viéndose obligado, le gustara o no, a tener que apretarle las tuercas a Luis Velasco. Quizás ellos sí que tuvieran una buena excusa para retrasarse en los pagos de sus préstamos, después de todo. ¡Joder! ¿Se podía estar más en la mierda sin comerlo ni beberlo?

«Es solo un expediente más», se dijo, un expediente entre los cientos que han pasado por tus manos. Eso es todo, *un expediente más*. Dios, ¿en qué cabeza cabía presentarse en casa de Luis Velasco a contarle que su hijo estaba siendo espectralizado por un antepasado? ¿Cómo podía haber siquiera contemplado la posibilidad?

Pero ahora *ya* tenía metida una idea en la cabeza, una idea reforzada por la convicción con la que aquel tipo con aspecto de librero se había empeñado en hacerles ver que los renacimientos, fueran lo que fueran, eran reales... y aquel viejo cuaderno, un viejo hatillo de hojas malamente prendidas por anzuelos que trataba de decirle algo que no se atrevía a escuchar.

—Es solo un expediente más —se repitió una vez más esforzándose lo indecible en resultarse convincente a sí mismo.

***

Cuando Lisardo abrió la puerta de madera que hacía esquina con la pared exterior de la cocina y entró a la sala de estar, encontró a Nono con su teléfono móvil en una mano y el número de Sandra Pavones impreso en su pantalla, después de haber introducido pausadamente cada uno de los dígitos que lo componían.

Una vez tomada la decisión de ir adelante con la teoría del renacimiento, el siguiente paso para Nono era el de convencer a Sandra Pavones para ponerles en contacto con los padres de Marc.

—¿Te dio ella misma su teléfono? —le preguntó Lisardo dejándose dominar por una angustia absurda en un investigador. Saltaba a la vista la pesadilla que le resultaba todo lo que implicara lanzarse al abismo sin poder prever un resultado de antemano.

—No —respondió Nono—, su número aparece escrito en el panfleto en el que anunciaba su mercadillo.

—¿Sabes ya lo que vas a decirle?

—Tengo una ligera idea.

Una voz respondió al otro lado de la línea después de un buen número de tonos, nada fuera de lo normal viviendo en una casa de grandes dimensiones como era el caso de Sandra Pavones.

Alguien pronunció un sí sonoro y diáfano, un sí a medio camino entre pregunta y afirmación.

No le costó a Nono reconocer la voz al otro lado de la línea.

—¿Elías? —dijo con voz firme.

—Sí —respondió él con sequedad—, ¿quién eres?

—Soy Nono.

Imperó el silencio durante unos segundos.

—Ah, sí.

Elías apartó el teléfono de su cara y vociferó el nombre de su madre esperando haberse hecho oír.

—Oye —Elías trataba de no alzar la voz al hablar con él—, tenemos pendiente un negocio, tú y yo, ¿recuerdas?

Lo había olvidado por completo. Le había prometido una tasación de las reliquias que su abuelo guardaba con celo en la caseta del jardín. Ahora tenía entre manos algo mucho más grande.

—Sí, lo recuerdo… Oye —Nono evitó tocar el tema—, ¿está tu madre en casa?

—Puede que sí —respondió Elías jugando al misterio—, ¿qué necesitas?

—Tengo que hablar con ella, ¿me la puedes pasar?

Por lo que a Elías respectaba, podían trabajar juntos en el KGB. Poco le importaba en realidad.

—¿Y qué hay de lo nuestro? —insistió de nuevo, bajando el volumen aún más.

Sandra debió aparecer de improviso allí donde fuera que se encontrara Elías con el teléfono, porque nada más se escuchó aparte de un disimulado «es para ti».

—¿Diga? —respondió con tono beligerante.

Nono carraspeó antes de presentarse siguiendo un escueto protocolo.

—Puch Maxi, ¿recuerdas?

—Claro. Cómo olvidarlo —respondió con sarcasmo—. Ahora no tengo tiempo para hablar. Mal momento para llamadas, tendrás que disculparme.

A Nono le pareció una versión de Sandra muy distinta a la que le había encontrado al salir a recibirle unos días atrás en el mercadillo benéfico.

—Es sobre Marc —Nono fue directo al grano—, el niño de tu mercadillo benéfico. Y es urgente.

Eso fue suficiente para captar la atención de Sandra. Objetivo

cumplido.

—Continúa.

—Es difícil de explicar por teléfono. Tendría que hablar con sus padres lo antes posible.

Sandra permaneció pensativa al otro lado de la línea, tiempo en que Nono se vio tentado a romper el silencio. El juego del control estratégico del tiempo sin palabras estaba servido, y nadie como Nono en lo referido al dominio de una conversación telefónica, donde ganaba quien fuera capaz de dejar la pelota en el tejado contrario sin sucumbir antes al silencio telefónico.

—Lo que tengas que contarme —respondió Sandra—, que sea en mi casa —miró su caro reloj de pulsera—. A las siete.

—Perfecto.

—Adiós.

Lisardo, que no había alcanzado a escuchar nada desde el otro lado de la línea, esperaba pasmado la resolución de la llamada.

—¿Y bien?

—Tienes hasta las siete para hacerle la pelota a mi madre. Después nos vamos a dar un paseo.

—¿A dónde?

—¿A dónde crees? A la finca de esta mujer.

Lisardo ofreció ir en su coche, un Lancia Dedra impoluto en un estado de conservación sin mácula. Aquel coche ni siquiera se fabricaba desde hacía años y, aun así, los revestimientos de madera del salpicadero, el tapizado y prácticamente todo en su interior emanaba el distintivo olor a recién salido del concesionario. Si hubiera sucumbido ante su curiosidad abriendo la guantera del coche, a Nono no le hubiera extrañado encontrar la colección de grandes éxitos de Franco Battiato o algún otro cantautor por el estilo.

—Creo que el límite aquí es de noventa kilómetros hora —observó Nono—, puedes darle un poco más de brío.

Una incómoda sensación de indefensión le había comenzado a perseguir desde su conversación con Velayos. «Que me claven la punta de mi estilográfica si tus jefes no están tratando de echarte encima toda la mierda de su empresa», le había dicho.

—Vamos bien de tiempo —apreció Lisardo—, ¿no te parece?

Nono estimó una caravana de unos diez vehículos por detrás del suyo de un vistazo rápido por el retrovisor, cada uno de cuyos conductores rezumaba bilis por todos los poros de su cuerpo. Ni las constantes ráfagas con las luces largas ni los toques de claxon ni nada que el conductor inmediatamente a sus espaldas pudiera hacer para motivarles a ir más veloces supusieron el menor de los acicates para Lisardo, que conducía como un domingo a las siete

de la mañana. Una templanza digna de admiración.

Tomaron la salida a la carretera de Marmacón, todo un alivio para Nono y para la docena de conductores que tuvieron que soportar los últimos siete kilómetros a la velocidad de un desfile fúnebre.

Se hizo finalmente visible la entrada a la finca de Sandra Pavones entre los árboles y Lisardo empezó a aminorar aún más la velocidad. Llegaron a su destino a una velocidad no superior a los diez kilómetros por hora.

—¿Estará esperándonos? —preguntó Lisardo mientras apagaba el motor y comprobaba que la maleza alrededor de su Lancia Dedra le impidiera abrir la puerta.

—Yo diría que no.

Una vez aparcado el coche en un lateral de la estrecha carretera, Nono borró a conciencia las huellas de sus dedos sobre los delicados acabados lacados del Lancia Dedra y procedió a salir del vehículo.

A su ritmo, Lisardo hizo lo propio. Un tipo que conducía con guantes disfrutaba de cada parte del proceso.

Esperaron un rato prudente llamando al timbre que había junto a la verja de la entrada a la finca.

—¿Entramos por las buenas? —cuestionó Lisardo sujetando la puerta metálica, que permanecía cerrada sin candado.

—Son las siete menos diez.

—Nos hemos adelantado un poco, ¿no te parece?

—Antes estaremos de vuelta.

—Eso es discutible.

Nono articuló una descabalada mueca como única respuesta.

—También hay quien odia la falta de puntualidad por exceso.

—Sí, pero solo porque tiene que haber de todo en el mundo.

Sin obtener respuesta a su insistente aporreo en el timbre, optaron por entrar directamente sin esperar a que alguien saliera a recogerlos a la lejana verja de la entrada. Atravesaron el jardín de la parte frontal de la vivienda, donde Nono hizo reparar a Lisardo en el viejo Citroën abandonado junto a la higuera, el tractor de color amarillo y la dejadez general en el cuidado del césped.

La fachada frontal de la casa era sencilla, pero tenía el ornamento suficiente para no resultar aburrida. Un pequeño corredor bajo un estrecho soportal con un tejadillo cubierto de tejas grises le daba un aspecto diferente, con un poco más de encanto que las casuchas edificadas en las inmediaciones.

Una vez frente a la puerta azul con cristales translúcidos, llamaron al timbre y, afortunados ellos, una sucesión de sonoros

pasos anunció la inmediata presencia de los dueños de la casa.

Con un delantal perfectamente estudiado, Sandra abrió la puerta y les invitó a pasar sin grandes dispendios.

—Pues aquí estáis.

Le sorprendió encontrarle acompañado de alguien por cuyo aspecto Sandra le habría atribuido la profesión de relojero, un tipo habilidoso con los pequeños mecanismos y tremendamente aburrido.

—Gracias por recibirnos.

—Estoy haciendo croquetas —respondió Sandra, aunque más como la autoafirmación de su capacidad para hacerlas que una invitación a probarlas.

—Venimos comidos, gracias.

Sandra cerró la pesada puerta con fuerza y entraron al recibidor.

—Seguid recto, hasta la cocina —dijo en el tono de una orden indiscutible—, ahora voy.

Los dos miraron hacia donde Sandra apuntaba con el dedo y echaron a caminar obedientemente mientras ella desapareció fugazmente por los entresijos de la gran casa de campo.

—He dicho recto —insistió elevando el tono de voz desde un punto desde el que ya no podían ver su figura.

Las pretensiones de Sandra no habían cambiado desde el día del mercadillo en su garaje. Le traían sin cuidado los problemas de Luis y Helena, y su único interés al organizar la venta benéfica era el de acercarse a ellos para ganarse su confianza. Bastantes problemas había en el mundo como para prestarle atención a uno solo de ellos en particular. ¿Cínica? Sandra Pavones se consideraba más bien práctica. Y no le importaba a quien tuviera que pisar en su camino para conseguir sus objetivos, sobre todo ahora que empezaban a torcérsele los planes. Cada vez con más frecuencia se venía encontrando a su padre babeando en el suelo, y cuando este no le venía con inconexas fantasías de falangistas y requetés, se le agriaba el carácter, ponía acento andaluz y exigía que le hicieran la manicura.

Por lo pronto, no había vuelto a saber nada del rubiales de Cabo Prior, el chulito aquel a quien había encargado —previo pago— colarse en la casa de campo de los Velasco… Bueno, mejor no decirlo muy alto. ¿Se había dejado engañar como una estúpida? Si aquel guaperas se había rajado al sentir el dinero fresco abultándole el bolsillo, al menos esperaba tener la ocasión de cantarle las cuarenta.

Nono y Lisardo esperaron pacientemente en la cocina, el primero sentado a sus anchas y el segundo de pie esperando una

invitación formal a tomar asiento.

Antes de acudir al encuentro de sus invitados, Sandra se acercó al salón, donde vio a su padre mirando absorto la televisión. Comprobó que la función de audio seguía grabando en su teléfono móvil y lo dejó nuevamente sobre una estantería, con el micrófono apuntando hacia su padre. Últimamente pasaba gran parte de su tiempo escuchando aquellas grabaciones. Esperaba encontrar en ellas la pista definitiva, confiada de que tal vez antes de estirar la pata —pensaba ilusionada— al viejo le daría por revelar algún nuevo dato sobre el paradero de los malditos cuadros que le estaban llevando por el camino de la amargura, haciéndole montar mercadillos de segunda mano. Comprar cosas usadas por otras personas le resultaba a Sandra la forma más abominable de comprar cualquier tipo de artículo.

Geluco no había soltado prenda hasta el momento. Sin esperanza de haber quedado grabado algún dato significativo y con la urgencia de haberse obligado a prepararle su cena favorita por si eso le hacía evocar recuerdos pretéritos, Sandra miró el tiempo marcado en la grabación en marcha. Ocho horas y sumando. Largos y tediosos minutos que tendría que repasar más tarde, sin ganas, derrotada, sintiendo que su vida se le escapaba por el desagüe persiguiendo una quimera. Todo eso al margen de la semana larga que le llevó aprender a subir las grabaciones a su ordenador, y de ahí a un editor de audio para poder ver en qué partes de estas se había producido algún sonido remarcable. No todo era tan fácil como se lo pintaron en la tienda de informática. Esa gente no contaba con los repentinos arranques que le daban al viejo en los que se ponía a pedir como loco le acercara al barrio de la Feria o a preguntar cuándo venía el barbero a darle conversación. Cada gilipollez que salía de su boca era un pico más en el gráfico del audio que a Sandra le tocaba comprobar con el ordenador delante y la vista cada vez más fatigada.

Y Elías, ¿qué pasaba con ese idiota? Pasaba por el salón con la única intención de subir el volumen del televisor al máximo y desaparecía al momento como un fantasma. Ese era el tipo de cosas que tenía vivir rodeada de gilipollas, y con tan poco tiempo de práctica, todavía no se había acostumbrado.

Sandra regresó a la cocina, donde consiguió tranquilizarse a marchas forzadas. La cocina era, de toda la casa, la única estancia que para ella tenía un pase en lo referido a la estética campestre que odiaba a más no poder. De color negro mate, los zócalos, la encimera y la campana hacían un buen contraste con el revestimiento de madera oscurecida de los muebles. Si algo se

podía salvar de la quema en la casa de su padre, eso era la cocina.

Sentado en la única mesa que había en la cocina, Nono siguió con atención las idas y venidas de la atractiva mujer tratando de preparar la cena. Saltaba a la vista que preparar platos complejos no era su fuerte, a juzgar por la cantidad de alimentos de los que estaba haciendo acopio y que resultaba imposible visualizar en un mismo plato.

—Tú dirás —dijo Sandra ajustándose el delantal de forma compulsiva.

Dominados por la magia de sus rizos colorados, Nono y Lisardo se irguieron de forma instintiva.

Sin ninguna intención de fingir interés, Sandra añadió:

—¿Qué es eso tan importante que querías decirme?

A Nono le pareció ridículo haberse dado el paseo para lo que tenía que pedirle. Devolviéndole una mirada vacía por toda iniciativa, Lisardo permaneció callado esperando no tener que tomar los mandos de la conversación.

Nono consiguió reaccionar después de unos segundos.

—Tenemos que hablar con los padres de... ¿Marc? Sí, de Marc —confirmó echando una mirada desenfocada sobre el gurruño de papel—. Nos ayudaría poder ir de tu parte, ya que los conoces.

—¿Eso es todo?

Ambos cruzaron miradas.

—Así es.

Sandra se acercó al salón emplazado en el lado contrario a la cocina, solamente separado por un biombo negro de madera. Se agachó junto a una mesilla y emprendió el paseo de vuelta hasta el centro de la cocina con un pesado listín telefónico. Lo llevaba agarrado por el canto con una sola mano, algo que no era fácil dado el grosor y el peso del listín telefónico, un detalle que no pasó inadvertido para Nono. Por la imagen que proyectaba en tan mundano menester, aquella mujer le parecía muy capaz de cagar perdigones de plomo.

Cuando llegó a la altura de sus invitados, Sandra lanzó el listín sobre la mesa y continuó impasible hacia la encimera donde esperaba ponerse a cocinar algo antes de echársele el tiempo encima.

—Ahí lo tienes.

Sandra sabía que para alcanzar su propósito debía mantener la misma rutina metódica que le había llevado al éxito en su trabajo. La única diferencia era que, en este caso, ser metódica pasaba por encontrar nuevas formas de estimular cada día la poca memoria que le quedaba a un viejo demente, por revisar

interminables horas de audio en su ordenadory por tratar de averiguar lo que Luis Velasco conocía sobre los asuntos de su abuelo. Si era constante en todo eso, si no se dejaba llevar por la frustración, algo acabaría saliendo a la luz más pronto que tarde.

Aún de pie a espaldas de su compañero de fatigas, Lisardo se acercó distraídamente hacia la mesa con la intención de hojear el listín.

Nono extendió un brazo para cerrarle el paso y trató de advertirle negando rápidamente con la cabeza. Era el momento de decidir si ceder ante ese primer revés o si jugársela a una sola carta, lo que pasaba por contarle a una completa desconocida lo que tenían en mente aún a riesgo de quedar como unos majaderos.

Haciendo chirriar las patas de la silla contra el suelo, Nono se elevó enérgicamente de su sitio.

—Tenemos una teoría.

Lisardo le miró sin que un solo músculo en su cara dejara de denotar la mayor de las sorpresas. Aunque no lo habían hablado expresamente, confiaba en mantener su plan en un perfil bajo.

Por un momento, Sandra ni siquiera prestó atención a lo que aquel individuo, el más joven de los dos, o su escudero con aspecto de absoluto pardillo, tuvieran que contarle.

Después retrocedió mentalmente unos segundos, los justos para tratar de evocar las últimas palabras del chico.

Teoría.

Desde que empezó su búsqueda de los dichosos cuadros, si se sentía de alguna forma era viviendo dentro de una constante hipótesis teórica. Y donde había alguna teoría, solía haber una recompensa.

Sin mostrar apenas entusiasmo ni más interés del debido, Sandra dejó a un lado los utensilios de cocina y se volvió hacia Nono y Lisardo.

—Lo que sea, que sea rápido.

***

—En resumen —recapituló Sandra ordenando la información fragmentada en su cabeza—, lo que me estáis diciendo es que el bisabuelo del crío, de este Marc, estaría… cómo decirlo, ¿dentro del propio crío? ¿Dentro como si dijéramos luchando por salir?

Se podía percibir en su expresión que la idea le estaba alegrando a Sandra un día de haberse levantado con el pie izquierdo.

—Es posible —respondió Nono sin grandes adornos.

—Y al no lograrlo —continuó Sandra—, el muerto se está

revolviendo a más no poder.

—No exactamente —respondió Nono—, pero sí.

—Y eso sería en esencia la causa de la enfermedad del crío. —Acto seguido recalcó—: La enfermedad para la que los mejores médicos del país no han encontrado cura ni explicación, ¿lo he entendido bien?

Nono buscó en Lisardo la confirmación, este asintió y Nono se volvió hacia Sandra para suscribir una vez más su teoría:

—Eso es.

—¿Y se sabe de quién puede tratarse? —preguntó Sandra con media sonrisa en su cara.

Con poco que aportar al respecto, Nono volvió a buscar con la mirada a Lisardo, quien no tardó en tomar el relevo:

—Podría ser un abuelo, un bisabuelo, quién sabe…, o incluso un completo desconocido.

La mención de la palabra «abuelo» captó de inmediato la atención de la anfitriona. Sandra podría haberles echado de su casa a los dos de inmediato de no ser por un pequeño detalle en su planteamiento que consideró digno de atención. ¿Podría la visita de estos dos mequetrefes caer en un mejor momento? Incluso sin saber nada de ese supuesto antepasado al que se referían, esos dos peleles habían hecho protagonista (sin saberlo siquiera) a la persona sobre la que más información ansiaba tener ella en aquel momento. De forma indirecta, acababan de situar en el mapa a Martín Velasco, el hombre alrededor de quien giró durante largos años la devastadora obsesión de su padre por arrebatarle sus preciadas obras del Greco.

Con el único testigo viviente demente perdido —y sin control alguno sobre su vejiga—, esos dos tarados eran, le gustara o no a Sandra, su única baza. Martín Velasco era la persona que, según sus pesquisas, había ocultado en algún emplazamiento, probablemente no muy lejos de su lugar de residencia, dos obras del Greco que aún ningún museo había afirmado tener en su colección. Y si teniéndolos en su poder en la actualidad, su nieto —Luis Velasco— no los había vendido para pagar el tratamiento de su hijo, es que era un auténtico cabronazo. No parecía ser el caso, así que los cuadros debían seguir donde los dejó su abuelo al tratar de ocultarlos a finales de los años treinta. Podía sentirlo en la sangre corriendo por su cuerpo, como una herencia grabada a fuego en el forro interno de sus venas que le escocía con cada latido de su corazón.

La visita de aquellos dos idiotas era la señal que llevaba esperando desde el mismo momento en que se ofreció a organizar el mercadillo benéfico para *ayudar* a Luis Velasco y a su mujer. Si

esos dos imbéciles querían hablar con él sobre sus antepasados, ella tenía que estar presente.

—Va a ser divertido ver la cara que ponen —dijo Sandra satisfecha.

A Nono le sorprendió el interés de aquella mujer en acudir con él a la visita, algo que definitivamente no entraba en sus planes.

—Se trata de un asunto personal.

—Sí —respondió ella restándole toda importancia—, pero no querrás entrarles en frío con tu teoría, ¿no es así?

—Puedo arreglármelas solo.

Sandra fingió indiferencia y miró la hora en su lujoso reloj de pulsera.

—Tu verás—dijo—. Lo tomas o lo dejas.

Los sonoros zapatillazos de Elías bajando escaleras de tres en tres escalones para progresar a lo largo del pasillo se hicieron cada vez más audibles desde la cocina.

Los tres le miraron en silencio.

—¿Qué? —preguntó, y continuó hacia la encimera donde una inconexa selección de alimentos esperaba conocer su destino.

Saltaba a la vista la soltura con la que Elías se desenvolvía en la cocina. Echó a un lado todo lo que no necesitaba menos los huevos, sacó tres patatas de uno de los armarios bajo la encimera y empezó a lavarlas bajo el grifo.

—Iba a hacer croquetas —dijo Sandra.

—Sí, ya —respondió Elías naturalmente escéptico con las iniciativas culinarias de su madre—. Croquetas.

Sin soltar el pelador metálico de las manos, con su pelo negro cayéndole por la cara a dos aguas como una perfecta cortina protectora, Elías fingió seguir pelando patatas esperando el momento para girar la cabeza ligeramente hacia un lado y hacer contacto visual con Nono sin llegar a ser advertido por Sandra. Negó varias veces con la cabeza esperando la confirmación por su parte de haber captado el mensaje, aunque no llegó a suceder tal cosa.

Ajeno a los intentos de Elías por librarle de estrechar lazos con su madre, Nono buscó en Sandra la confirmación definitiva antes de volver a casa.

—¿Entonces?

—Déjalo en mis manos —respondió Sandra—. Te aseguro que antes del martes de la semana que viene nos hemos reunido con ellos.

Después se besó chabacanamente la uña del pulgar.

Junto a la encimera de piedra pulida, Elías se hundió sobre sus hombros, tanto que tuvo que apoyar las dos manos en la

encimera para contenerse. El pelador metálico empezó a causar una importante rozadora en su piel blanca en la palma de su mano. Apretó más hasta que el dolor se hizo insoportable.

Capítulo 16

Illescas, 1937

Diez días antes del asalto a la cárcel de San Esteban

Advertido de antemano por el coronel Píbode, Martín Velasco no tardó en atravesar las tierras de los arciprestes para llegar hasta su residencia familiar en Illescas, fuente inagotable de inspiración para el Greco. Ante los bombardeos constantes, el alcalde de Illescas diciendo que de allí no salía ni un alfiler y la jauría de lobos interesados en arramblar con toda obra de arte posible, Martín se juró alejar el patrimonio de su familia lo máximo posible de las manos ajenas. Si tenía que añadir un par de pinturas más a la larga lista de obras olvidadas entre los muros de los templos, las catedrales y quién sabe qué otro remoto escondrijo donde pudiera darles cobijo, que así fuera.

Con la muerte pisándole los talones, Martín solo podía pensar en la forma de evitar que los dos cuadros no acabaran cubiertos por una densa capa de vegetación parásita (si tenía la suerte de esconderlos a tiempo) que los convirtiera con los años en una amalgama irreconocible, arrugada y desprovista de toda esencia. Echar a perder algo tan valioso era la única objeción que Martín encontraba para poner su vida y la de su familia en juego: morir en el paredón a cambio de un pedazo de tela devorado por los hongos y las ratas no parecía una decisión inteligente, por muy atractivo que pudiera resultar el hallazgo cinco siglos después.

Lo que tampoco parecía inteligente era dejar las dos pinturas en el taller de fotografía que su padre tenía alquilado en el centro de Illescas. No albergaba el menor recuerdo sobre el tema del que las dos obras trataban, ni sobre qué aspecto tenían, pero sabía que, si no eran piezas de primerísimo orden, al menos sí que debían ser obras de un valor considerable.

Las tres visitas contadas con las que Martín había sorprendido a su familia en el último par de años llevaban el sello de un descastado absoluto, y lo cierto era que contar en la fábrica con la comodidad de los barracones para alojar a sus empleados tenía parte de la culpa. No pareció importarle a su madre en absoluto al verle entrar por la puerta preguntando enérgicamente por las llaves del taller de su padre, antes siquiera de darle un beso.

Resultó evidente para Martín que la mujer necesitaría una explicación convincente que justificara no celebrar su llegada por todo lo alto, y que esta no se conformaría con una versión

taimada de la realidad para calmar sus ansias de organizarle un recibimiento en condiciones.

El halo de urgencia desmesurada y lo errático en los movimientos de su primogénito bastaron para borrarle la expresión jovial a su madre a los pocos segundos de abrirle el portalón de la vivienda de dos pisos situada en una zona acomodada de Illescas.

—¿Pero qué te pasa, Martín? ¿A qué tantas prisas?

Su madre, Josefina Aguado, le seguía los pasos de un lado a otro sin alcanzar a entender a cuento de qué tanto trasiego. Caminaba detrás de Martín con las manos entrelazadas frente a su pecho, llegando a chocar con él en más de una ocasión en su imprevisible caminar de una estancia a otra de la vivienda.

En el tercer encontronazo con el cuerpo de su madre, Martín la agarró con decisión por los hombros y la dirigió, como quien maniobra en una línea de montaje, hacia la silla victoriana más próxima. Allí la sentó, donde ella se dejó ubicar sin ofrecer la menor resistencia.

—Madre…

Josefina no callaba, aunque tampoco decía nada en realidad. Probablemente pensara que el mayor de sus temores se había hecho realidad: que a su hijo le habían acusado de hacer algo indecente. O peor aún, que le hubiera dado por cambiarse de bando, y no encontraba palabras para expresarlo.

—Escúcheme, madre.

—En qué te has metido, Martín, en qué te has metido —repetía Josefina, con su cinta de terciopelo en su cuello delgado que el paso del tiempo no conseguía hacer menos esbelto.

—¿Dónde está mi padre? —le preguntó mirándola fijamente a sus ojos negros acatarrados.

—¿Tu padre? —la retórica aplastante en el tono de su voz bastó a Martín para entender que su padre llevaba tiempo sin parar por allí—. Yo ya no sé nada de tu padre.

Por una vez en la vida le habría agradecido a su madre no andarse por las ramas con acertijos. Su padre no estaba en casa, así de simple. Ni cabía esperar que apareciera por sorpresa de buenas a primeras. Así era la vida de un fotógrafo consagrado a la caza de la pieza de arte más valiosa. Una vida itinerante, de Toledo a Jaca, de Jaca a Burgos, de allí a León y de vuelta hacia Segovia para después bajar un poco más hasta Granada sin dejarse ver por casa. Siempre en la búsqueda constante del Goya, del Zurbarán o, bastante a menudo, del Greco que capturar con su objetivo siempre dispuesto a hacerlos brillar. Era la vida del cazatesoros, y la única incapaz de asumirlo parecía ser Josefina,

para la que solo había un culpable de la inmaterialidad de su marido.

—Ese marquesito chamarilero… no descansará hasta haber vendido su alma al diablo a cambio de quién sabe qué. Que hasta el más tonto del pueblo sabe que el marqués va por la vida dándolas con queso. ¿Ese marqués? —dijo, refiriéndose al empleador de su marido, el marqués de Silvela y Osma—. Ese es capaz hasta de empeñar los dientes si con eso consiguiera lo que quiere. Que a los Marquina les dejó con una mano delante y otra detrás, tanto que cuando quisieron darse cuenta, empezaron a echar en falta sus cuatro sillones fraileros, con esos cordobanes repujados y la chambrana calada que quién los pillara. Poco le faltó para llevarse el brasero al salir por la puerta, tan tranquilo ese marqués de medio pelo. Y todo, ¿a cambio de qué? De nada. De tres copias baratas. Ese chamarilero embaucador… Cuajo hay que tener para robarle el título de marqués a su propio hermano.

Quizás no le faltara razón, pero no había motivos ni tiempo que perder mancillando el nombre de quien, después de todo, era quien procuraba trabajo a su padre.

—Madre —terció Martín sin dejarla seguir lamentándose—, las llaves del taller. Las necesito ahora y es urgente. ¿Sabe dónde están?

Después de unos instantes abstraída en los jugos gástricos de una rabia contenida, Josefina pareció volver en sí momentáneamente.

—Las llaves del taller —masculló tratando de hacer memoria—. Sí, en la mesilla baja del zaguán, si no recuerdo mal…

Martín se quedó petrificado al escuchar lo que se le antojó una imprudencia fuera de todo lugar.

—¿En el zaguán? —exclamó incrédulo, rayando en el abatimiento—. Madre, ¿dejan ustedes las llaves del taller en el zaguán?

Para alguien como Martín, dispuesto a arriesgarlo todo por salvar el patrimonio familiar del expolio revolucionario, tal muestra de dejadez le partía el espíritu en dos mitades. Parecían estar pidiendo a gritos despertar de buena mañana con una visita por parte del alguacil para decirles que, sintiéndolo mucho, venía a comunicarles el robo en su casa. Pero no porque alguien advirtiera la intrusión, que va. Dejando las llaves del taller de fotografía de su padre en la mesita del zaguán no se hacía necesario montar un gran escándalo. Casi ni podría considerarse un robo. Aunque de tan inverosímil que resultaba esconder algo tan importante en un lugar tan obvio, quizás resultara ser una buena estrategia, después de todo.

Martín se apresuró a caminar hacia el zaguán y rescató las llaves del taller. No se trataba de una broma de mal gusto. Allí estaban, perfectamente reconocibles por el llavero de cerveza El Águila al que iban amarradas.

Sin bajar la intensidad ni un ápice, Martín se acercó hacia la puerta de la vivienda para echar una mirada a través del visillo. Que todo pareciera en calma no implicaba que no pudiera aparecer Pailá en el momento más inesperado.

Regresó a su madre, esta con el corazón latiéndole a cien por hora. «¿Me vas a contar qué está pasando, Martín? ¿Me lo vas a contar? ¿Me lo vas a contar?». No había tiempo para explicaciones. Y cuanto menos supiera Josefina, tanto mejor para todos.

—Madre, escúcheme con atención.

Josefina le miraba con pavor.

—Van a venir a por mí.

—¿Quién, Martín? ¿Quién viene a por ti?

—Da igual quién sea. Lo importante es que usted se vaya esta misma tarde con la tía Pancha, ¿me ha entendido? Esta misma tarde.

—Ay, Martín, ¿y si me los encuentro en el camino?

—Usted dígales la verdad, sin ambages. Que he venido, que he cogido las llaves del taller y que no ha vuelto a saber más de mí. Y que se va porque no quiere saber nada de mis asuntos.

—Pero Martín…

—Madre, yo estaré bien. Lo importante es que ahora se vaya usted del pueblo y que no haga más preguntas de las necesarias.

Después de asentir en repetidas ocasiones con la cabeza, Josefina se encaminó hacia la cocina y, una vez allí, comenzó a trajinar en la despensa, de donde sacó una ristra de chorizo, tres patatas y un pote del tamaño de dos sandías.

Martín la siguió hasta el umbral de la puerta.

—¿Qué está haciendo, madre?

—Prepararte un buen puchero —respondió orgullosa.

Martín entró en la cocina y lanzó la ristra de chorizo, las patatas y el pote hacia la despensa, cayendo unos encima de otros.

—¿Pero usted me escucha cuando yo le hablo?

Josefina rompió a llorar desconsolada.

—Venga, venga. Menos llanto, madre, que de esta no se va a acabar el mundo.

De forma delicada, pero con decisión y firmeza, Martín empujó a su madre hacia la estancia contigua. Subieron juntos las escaleras y una vez en su habitación, la urgió a meter lo esencial

en una maleta de viaje. Ante la falta de iniciativa de la mujer paralizada por la situación, fue el propio Martín quien acabó la tarea sacando del armario lo que le pareció un poco de todo. De vuelta en el zaguán unos minutos más tarde, facilitó a su madre el dinero suficiente para un mes y la obligó a la fuerza a desaparecer de allí y no regresar al domicilio familiar hasta recibir noticias suyas.

Con su madre camino hacia un lugar seguro, Martín se dispuso a buscar algo con lo que proteger los cuadros al óleo que esperaba encontrar en el taller de su padre. ¿Cuál era entre todas la mejor forma de preservar un lienzo al óleo antiguo? La idea de acabar enterrándolos en algún lugar en las afueras empezaba a quitarle el sueño. Necesitaba un recipiente protector y elegir el lugar adecuado de forma que quedaran a buen recaudo durante el tiempo que fuera necesario.

Si el sentido común no le guiaba a lo largo del camino, tal vez su formación en química pudiera darle la pista al decidir la forma de esconder un cuadro al óleo.

Sentado en la sala de estar, masajeándose las sienes con las dos manos, Martín comenzó formulando la pregunta más básica y elemental: «¿Por qué se estropean los cuadros?». Dejando a un lado los agentes nocivos más obvios como el fuego, los golpes o el agua de la lluvia, ¿de qué más había que preservar un lienzo de tela cubierto de pintura? Una persona tenía la respuesta, y sabía dónde acudir en su búsqueda antes de pasar por el taller.

***

La puerta de entrada a la tienda de manualidades de Ricardo Riaño, emplazada junto a la plaza Mayor de Illescas, tenía el pestillo echado a la una menos cuarto del mediodía. Siendo la hora del almuerzo, lo más probable es que su viejo amigo siguiera en el almacén haciendo inventario, como solía tener por costumbre.

Martín echó una mirada a ambos lados de la calle, después miró a su espalda y volvió a golpear la puerta con fuerza otras cinco o seis veces hasta que una figura hizo acto de aparición desde una puerta interior acortinada situada detrás del mostrador. Respiró aliviado. Después de cinco años rodeado de materiales que podían hacer volar un edificio a la primera de cambio, por primera vez en su vida se sintió en verdadero peligro, como si la parca estuviera esperando un oportuno traspiés por su parte para llevárselo al otro barrio. Fue entonces plenamente consciente de que, en el momento más inesperado, tanto él como su familia podían pagar las consecuencias de una guerra en la que los

propios vecinos podían convertirse fácilmente en tus primeros verdugos.

Cuatro dedos en formación de abanico se abrieron hueco entre las lamas centrales de la persiana veneciana que ocultaba el interior de la tienda de las miradas ajenas. Detrás se hicieron visibles para Martín los dos cristales de dieciocho dioptrías insertados en una montura de pasta marrón y, tras esta, muy en la distancia, los ojos oscuros y a la vez diminutos de Ricardo Riaño.

No fue precisamente una bienvenida cálida, abrazo mediante y miradas de afecto y nostalgia. Un brazo surgió cómo de la nada desde detrás de la puerta, emergiendo como un misil de larga distancia para agarrar a Martín como un gancho carnicero y arrastrarle en volandas al interior de la tienda de manualidades. En el interior del local reinaba un silencio provocador e inquietante, y la esencia de los materiales con los que Riaño trabajaba lo invadía todo. El olor a madera fresca y serrín era obvio, aunque no tan intenso como en un taller de carpintería. Junto con las resinas empleadas como pegamento y las pinturas con base de aceite que usaba el maestro en sus trabajos, el espectro olfativo resultaba ciertamente impactante.

—¡Martín! —exclamó Ricardo en voz baja, susurrando en las sombras—. ¿Qué haces tú aquí, hombre?

Sin saber qué responderle, Martín se limitó a encogerse de hombros y a continuación dejó descansar sus enseres sobre el mostrador. Ricardo se acercó nuevamente a la puerta y volvió a echar un vistazo hacia el exterior a través de las lamas de la persianilla. Mascullaba y porfiaba sin parar como un infatigable taladro.

—Menuda la que me ha hecho el fotógrafo —se lamentaba una y otra vez. No había nada que más deseara Martín en el mundo a que no se refiriera a su padre por el «fotógrafo», aunque no las tenía todas consigo—. Sí, tu padre, Martín. Tu padre. El fotógrafo.

—¿Qué ha pasado? —interpuso el interés por exonerar a su padre de cualquier deshonra antes que pensar en el objetivo de su visita.

—Mejor no quieras saberlo. —Y añadió para sus adentros—: Que qué ha pasado…

Pero Ricardo no quería liar más la madeja, así que aparcó cualquiera que fuera el asunto que tenía con su padre y centró su atención en Martín.

—Perdóname. Tú no has venido aquí a hablar de tu padre, ¿verdad que no?

Martín se recompuso, aunque sin dejar de sentirse inquieto por lo que fuera que su padre hubiera hecho. Los marchantes de arte como el que daba empleo a su padre permanecían a la caza de nuevas piezas y talentos para enriquecer sus colecciones, así que podía hacerse una idea de por dónde podían ir los tiros.

—La verdad es que no.

—Cuéntame entonces qué es lo que se te ofrece.

Sin entrar en detalles, Martín le contó lo suficiente a su viejo amigo Ricardo para que este se hiciera una idea bastante certera de lo que se traía entre manos. Tratar de ocultárselo habría sido como tomarlo por un tonto, así que optó por no andarse con las ramas sin llegar a darle ninguna información que pudiera comprometer a su colega de la infancia.

—Lo primero en lo que tienes que pensar —procedió a explicarle encantado de poder compartir su sabiduría con alguien— es en reducir al máximo el contacto de los lienzos con el aire. Tu peor enemigo, o uno de los peores, es la oxidación de los componentes de las pinturas. De ahí el oscurecimiento tan frecuente en los barnices de protección y en el aceite aglutinador de las mezclas usados sobre el lienzo.

Martín escuchaba con atención mientras Ricardo se gustaba dándole una clase particular sobre restauración de pinturas al óleo.

—Aun así, el oscurecimiento es el menor de tus males. Mucho peor es la pérdida de elasticidad en los tejidos que forman el lienzo, que lo van volviendo frágil y quebradizo a medida que pasan los años…

Ricardo hizo una pausa en su exposición.

—¿De qué antiguedad hablamos? ¿Cincuenta años? ¿Alguno más?

Martín trató de emplazar mentalmente al Greco en la época correcta.

—Unos cuatrocientos… —respondió Martín—. ¿Quinientos, tal vez?

El silencio reinó en el interior de la tienda por unos segundos.

—Así que quinientos años, eh… —contestó Ricardo con voz temblorosa. Tragó saliva y su expresión cambió a la de un cordero antes de la matanza, aunque intentó permanecer en calma. Podría apreciarse fácilmente el punto en el que le dejaba el hecho de manejar nueva información de aquel tipo.

—Supongamos —trató de tranquilizarle Martín—. Solamente supongamos, ¿vale?

Ricardo recobró el aliento. Se irguió nuevamente, alzó los hombros y continuó con su exposición, siendo ahora el turno de

la luz solar.

—La luz del sol es el ingrediente perfecto para acelerar el proceso de oxidación, además de decolorar los pigmentos y las veladuras. Así que tendrás que evitar a toda costa colocar los lienzos en lugares donde reciban la luz solar de forma directa.

—¿Y la humedad? —se adelantó Martín.

—¡Amigo! Ahí quería yo llegar, a la gran jodienda. —Aunque estaba deseando explayarse, Riaño se habría conformado con transmitirle a Martín una milésima parte de lo emocionante que le parecía todo aquello, para quien todo era simplemente circunstancial—. No te lo pierdas —continuó el experto, exultante—. La humedad en el ambiente provoca la dilatación de los bastidores y de las telas. Por eso se encuentran tan a menudo cuadros con los lienzos arrugados y con los bastidores totalmente alabeados, ¿sabes? Por no mencionar la suerte de fauna y flora de lo más diverso que no dudará en merendarse el cuadro pincelada tras pincelada…

—¿Un lugar cálido y seco, entonces?

—No tan rápido, paisano. La sequedad y el calor causan la contracción del lienzo, y si llegan a ser excesivos pueden llegar a volverlo quebradizo.

Martín se sintió entre la espada y la pared, reo de las circunstancias.

—¿Tan grave es? —quiso saber antes de contemplar sus opciones.

—Bueno… —vaciló Ricardo antes de revelar la verdadera gravedad del asunto—. Muchas pinturas han sufrido este patrón de contracción y estiramiento por el paso de las estaciones. Cada dilatación de la tela produce una fisura en la superficie, ¿entiendes? —Se estiró la piel del antebrazo en una bien orquestada representación escénica—. Al cabo de los años, acaba surcada por una inmensa red de craqueladuras que hacen que la restauración sea poco menos que una batalla perdida.

—¿Esto es todo? —Martín esperaba que aquello fuera todo.

—Y que te cueste un ojo de la cara. Si además de todo lo anterior hablamos de un proceso muy acentuado… las escamas de pintura empiezan a levantarse hasta que, finalmente…, apaga y vámonos.

—Así que apaga y vámonos —se limitó a repetir Martín después de unos segundos de cavilación.

—También el tiempo pinta —añadió Ricardo llevando su exposición a término.

Martín le miró como quien contempla un animal exótico en el zoológico. Sin duda, Riaño era la persona indicada en aquellas

circunstancias.
—Oh, no es que yo lo diga —se sustrajo todo mérito—. Lo decía el gran Goya.
Martín dejó escapar el recuerdo de una risa contenida, un siseo más bien.
—Resumiendo…
—No dejes un lienzo en el cuarto de baño, ni encima de la chimenea, ni cerca de un espeto de cirios que tengas pensado encender.
Cabizbajo, con la mirada dibujando figuras imaginarias por el suelo en un momento de abstracción momentáneo, Martín vio un repentino destello de luz en las palabras de su amigo. Alzó la cabeza de inmediato y le preguntó:
—¿Cómo has dicho?
Riaño se tomó unos instantes para volver sobre sus propias palabras.
—¿No dejes un lienzo antiguo en el cuarto de baño?
—No, después de eso.
—Ah, que no lo dejes cerca de donde haya velas echando humo o tomará una hermosa tonalidad carbonizada que…
—Suficiente, suficiente.
Martín alumbró una idea clara en su cabeza, pasando de sentirse arrinconado por la reciente escapada de la fábrica, por la travesía a pie hasta la casa de sus padres y, por añadidura, por salvar su vida y la de sus padres, a experimentar un nuevo estado de ánimo y de esperanza renovados.
Sacó nuevamente a Riaño a la palestra —quien se disponía a continuar con sus quehaceres habituales—, permitiéndose abusar un poco más de su confianza.
—¿No encontraron un lienzo de más de trescientos años escondido en la iglesia de las Góngoras?
Cualquier pregunta, por insignificante que pareciera, habría sido suficiente para darle a Riaño una nueva oportunidad de sacar a relucir sus talentos, así que no se lo pensó dos veces antes de volver al mostrador y hacer memoria.
—Veamos… supongo que te refieres a la iglesia y además convento —matizó como un alumno resabido— de las Mercedarias de la Purísima Concepción, popularmente conocida como la iglesia de las Góngoras, ¿correcto?
—Lo que tú digas.
—Pues así fue. Encontraron ni más ni menos que *La última cena*, de Juan Alfaro. Era uno de los discípulos de Velázquez más destacados que, a su vez…
Los detalles sobre la vida y milagros de los discípulos de

Velázquez no entraban dentro de las preocupaciones más inmediatas de Martín, quien cortó rápidamente la madeja antes de verse absorbido por una espiral de buenas formas.

—Y no recordarás por casualidad en qué condiciones se encontró, ¿verdad?

Pero a Riaño poco le importaban las interrupciones. Después de todo, disfrutaba con la ocasión de charlar con alguien.

—Pues no sabría decirte con seguridad…, pero me puedo imaginar que no le faltarían guitas, fisuras y su buena oxidación generalizada.

Martín consiguió pulir finalmente las esquinas y limar los recovecos de la idea que cobraba forma en su cabeza.

—¿Es mi impresión, o las iglesias, conventos y monasterios suelen, por la razón que sea, conservar medianamente bien los lienzos antiguos entre sus muros, claustros o, qué sé yo, zonas de clausura?

—Podría ser…, pero generalizar podría ser el peor de tus errores, mi querido amigo. No se conservará en el mismo estado un lienzo que ha pasado cien años escondido en un depósito de carbón, cubierto por completo de carbón vegetal, que otro emplazado junto a una filtración de agua de la lluvia.

—¿A quién se le ocurre guardar un lienzo antiguo en una carbonera?

—No lo sé, pero te aseguro que no sería la primera vez. Como el lienzo de la Virgen Inmaculada que encontraron los hijos de un pobre carbonero en Madrid, y que acabó en el convento del Corpus Christi. Que está, curiosamente, a pocas cuadras de distancia de la iglesia de las Góngoras…

Era información más que suficiente. Martín sabía exactamente lo que tenía que hacer con las dos pinturas.

—Muchas gracias, hermano. No sabes el favor que te debo.

—¡Espera! ¿A qué viene todo esto, Martín? ¿Y tu padre? ¿Qué sabes de tu padre?

Martín, que abandonaba como un rayo la tienda de manualidades camino al taller de su padre, se despidió de su viejo amigo con una promesa que nunca llegaría a verse materializada:

—¡Te lo contaré en su momento!

***

Jamás había visto algo tan hermoso en su vida como la María Magdalena en tránsito hacia los cielos que tenía delante de sus ojos. Frente a su majestuosidad, emplazada en el despacho en el que su padre pasaba largas horas, a su espalda y detrás de la

imponente mesa georgiana que hacía las veces de escritorio, el San Francisco de Asís que colgaba de la pared de la derecha parecía más bien oscuro y sombrío. Pero era precisamente esa sensación de febril precipitación en este segundo lienzo lo que entusiasmaba a su padre, junto a la especie de indiferente abandono que parecía transmitir al espectador. Resultaba evidente el aprecio que su padre tenía por esos dos lienzos, ya que eran lo único que ornamentaba su austero despacho aparte de una infinidad de archivadores de distintos tamaños.

La estancia principal del local donde su padre hacía su magia fotografiando las piezas de las que el marqués de Silvela y Osma iba haciendo acopio en sus proyectos de rehabilitación de edificios era diáfana, y estéticamente preciosa. No era un lugar en el que ni Martín ni su madre fueran generalmente bienvenidos. Su padre, un hombre celoso de su trabajo, les tenía vetada la entrada salvo en contadas excepciones que Martín recordaba como un sueño. Si no de forma explícita, sí se lo prohibía de forma tácita, con buenas reprimendas si por alguna razón le daba por hacerle una inoportuna visita.

Los techos del estudio eran altos, de romperse el cuello al tratar de encontrar el punto más elevado en la pared mirando hacia arriba, y tenía las molduras cuadradas dándole un estilo elegante y sobrio. El enorme techado que cubría casi las tres cuartas partes del perímetro y que estaba abierto al exterior derrochaba energía a borbotones sobre el interior de la estancia principal del estudio de fotografía. Contaba además con un ingenioso sistema de cortinillas que permitía abrirse paso a la luz del sol sin la menor de las objeciones, dejándole bañar cada rincón con su impronta lumínica.

La decoración en la estancia era la justa para acabar de darle un aspecto monumental al estudio, sin resultar recargado, pero sí cuidado estéticamente. Un enorme tapiz francés cubría la pared del lado izquierdo, en cuyos detalles paisajísticos Martín recordaba haberse perdido en más de una ocasión. La pared contigua revelaba una sutil desnudez vestida por delicadas molduras rematadas con filigranas clásicas que se extendían hasta el techo. Y en la pared opuesta al tapiz francés, un gran ventanal cubierto por cortinas correderas aumentaba aún más la sensación de luminosidad en el estudio.

Francisco Velasco era un hombre de gustos sencillos. Era uno de esos cada vez menos frecuentes ejemplares que disfrutaban llevando una vida retraída y silenciosa. Nada le hacía gozar más que pasar tiempo a solas en su particular sotabanco, donde la iluminación natural que lo cubría todo hacía salir a la luz hasta

los detalles más inverosímiles en las obras que fotografiaba en el silencio más absoluto. El bigotito menudo y sus gafas de oro conformaban su particular seña de identidad, junto con el bonete redondo que ocasionalmente lucía sobre su cabeza para ocultar su incipiente calvicie.

Por aquel estudio desprovisto ahora de toda sustancia pasaron Felipes, Diegos y Rodrigos, cristos crucificados, príncipes y bufones, médicos y frailes, entierros y martirios. Francisco agradecía cada día no necesitar el sostén de cabeza que sí necesitaban sus colegas que retrataban personas en lugar de lienzos, que era prácticamente un dispositivo de tortura de la Edad Media para que el retratado se quedara pero que muy quietecito hasta escuchar al fotógrafo decir la frase de marras: sonría, por favor. Pero no era ese su caso. Ni a Mari Bárbola ni al Conde Duque de Olivares habría de arrancarles una forzada sonrisa. Eso era lo que más le gustaba de su oficio y por lo que se entregaba a él con total devoción.

Que nadie se hubiera molestado en sacar a la calle los restos de embalaje de un lienzo de grandes dimensiones que yacía amontonado junto a la entrada al taller (uno de los recientes encargos recibidos por su padre, según le dictaba el sentido común) fue un bienvenido golpe de suerte gracias al que Martín se ahorró tener que buscar la solución para una parte del problema: el embalaje.

No le costó después hacer acopio de algodón en la farmacia y de una buena bolsa de carbón vegetal acercándose al colmado situado a un par de manzanas del estudio. Estos dos materiales absorbentes junto con el papel sobrante repartido por el estudio eran todo lo que Martín podía hacer por preservar las dos pinturas. Eso y elegir un lugar cuya temperatura no experimentara grandes cambios, que poca gente se atreviera a profanar, si eso era posible en plena guerra, y cuya localización pudiera transmitir a sus padres y hermanos fácilmente. Sin una idea clara en mente, sabía que una ermita, o una iglesia en el mejor de los casos, cumpliría con aquellas condiciones mejor que enterrarlos en improvisados socavones en el terruño, como no era poco frecuente entre quienes huían a la desesperada. Tan solo unos meses serían suficiente hasta tener claro qué hacer con ambas pinturas y ponerlas a salvo enviándolas al extranjero.

De todas las opciones, la iglesia del Santo Justo le pareció a Martín una buena opción, la mejor, a decir verdad. Sus años de catequesis entre sus templados muros le convertían en un perfecto conocedor de cada uno de sus rincones. Estaba bastante retirada, y el tránsito en sus inmediaciones era casi anecdótico. Y

don Jesús, que no era precisamente el párroco favorito de las masas, no haría preguntas en caso de encontrárselo husmeando por sus dominios. Dada su afición a la bebida, lo más previsible era pillarle en su estado natural a media tarde: aparentemente entero y de una sola pieza para la galería, absolutamente cocido de puertas para adentro.

Si para cualquier otra persona habría sido un suplicio cargar con el embalaje y los dos lienzos en su interior, no era así para Martín. Su altura rozando el metro noventa y su complexión delgada, pero robusta como un roble, bastaban para permitirle moverse con soltura pese a la carga que portaba a dos manos.

Llegó a la iglesia del Santo Justo después de una intensa caminata cargando con los dos lienzos a cuestas. Entró en ella sin mayores problemas, como había previsto sin equivocarse. Reinaba un silencio sepulcral en su interior. Se fijó en los cirios, ¡esos cirios humeantes del sabio Riaño! Por lo pronto, la visita a su amigo le libró de la posible idea de emplazar el embalaje en sus proximidades. Se alejó buscando un mejor lugar. Caminó hacia el altar por uno de los laterales de la iglesia, parándose junto al confesionario. Inspeccionó su parte posterior, junto a la pared, donde pudo constatar la presencia de un espacio suficiente como para encajonar el embalaje con los dos lienzos. Vaciló durante unos instantes. Aunque el escondite fuera algo temporal, cuestión de semanas o meses en caso de alargarse, el confesionario era de las partes más transitadas de la iglesia.

No es que Martín disfrutara con el particular aroma omnipresente en la iglesia, pero sí le transmitía cierta paz mental. El incienso, los cirios flameantes, esa diminuta piscina que conformaba la pila bautismal. El simple hecho de caminar por el místico edificio le transportó a un plano que estaba muy por encima, más allá incluso de su propia existencia, imbuyéndole en una experiencia sensorial alentada por las viejas reliquias que asomaban a su paso, por las pinturas que adornaban los muros y por la luz del sol que lo bañaba todo a través de las vidrieras de infinitas tonalidades en la más absoluta calma. Sus zapatos golpeando contra el suelo de mármol y el suave pero persistente olor a incienso, a piedra y también a cierta decadencia cristiana.

Llegó caminando sigilosamente hasta el presbiterio, desde donde comprobó que la puerta de la sacristía estaba entornada. Lo primero en lo que pensó fue en la melopea que debía estar agarrándose el párroco al amparo de las siempre inoportunas miradas ajenas. Se acercó con soltura hasta el sagrario, cuyos adornos florales y demás ornamentos le ofrecían la protección

suficiente en el lado opuesto a la sacristía. Alzó la vista y se quedó absorto al contemplar el colosal retablo que se elevaba hasta el cielo tras el sagrario. Ese y no otro debía ser el lugar. El epicentro del templo, un acaparador de toda la atención a cuya espalda nadie osaría a echar siquiera una discreta mirada.

Afortunadamente, el listón vertical que cerraba el retablo por sus extremos laterales solamente se alzaba hasta unos dos metros de altura, quizás algo más, punto a partir del cual quedaba un hueco de lo más conveniente entre el retablo y la pared. Dejar caer los lienzos allí dentro no dejaba de ser una jugada arriesgada. No le quedaba otra opción más que elevar el embalaje, irlo deslizando por su canto a ras del extremo final del grueso listón y, llegado al punto de estar en perfecto equilibrio, en paralelo a la línea horizontal del sagrado suelo, alzaría suavemente la esquina del embalaje más hacia su lado para dejar que cayera por su propio peso en el hueco entre el retablo y la pared. Un golpe seco fue todo lo que obtuvo al soltarlo, junto con la entrada en escena del párroco a los pocos segundos de golpear los lienzos contra el suelo quedando ocultos detrás del gran retablo.

—Pero… ¿Martín? ¿Eres tú, hijo? ¡Martín! ¡Martín! ¿Qué se te ofrece, muchacho? Caray, lo mucho que has cambiado. ¿Va todo bien? ¿Y Josefina? Hace ya tiempo que no la veo por aquí. ¿No habrá perdido la fe?

Se veía a don Jesús visiblemente afectado por el alcohol. No tanto en su apariencia física, sino en la montaña rusa de emociones que parecía experimentar cada tres palabras que a duras penas alcanzaban a vocalizar sus labios, cuyas comisuras estaban en permanente forma de sonrisa invertida.

—¿Y el artista? —Martín entendió perfectamente que era a su padre a quien se refería—. Aún tengo que darle las gracias por el retrato del cardenal. Sé que no es un tipo muy de personas, tu padre. Se le dan mejor los personajes bidimensionales, de eso no me cabe la menor duda… —A lo que añadió—: Un tipo con un gran olfato para el arte, este padre tuyo…

Martín no atinó a descifrar si aquella última frase no iría en realidad cargada de ironía. Después de asentir varias veces con la cabeza, encaminó sus pasos hacia el exterior de la iglesia a lo largo del pasillo cuando, para su total sorpresa, el párroco le forzó a volver el cuerpo hacia el retablo agarrándole del brazo. En ese momento, Martín alcanzó a contemplar por primera vez, de forma directa y sin ninguna distracción, el conjunto artístico que decoraba el santuario. Aquello le hizo sentir como un caballo con anteojeras, obedeciendo ante un impulso que le privaba de

toda la belleza a su alrededor.

No solo eran las pinturas del retablo principal, sino también las de los retablos laterales. Cuatro en total formando un conjunto perfectamente equilibrado con el primero.

—¿No es increíble? —comentó don Jesús en voz baja. Aunque trataba de no apartar la vista del retablo principal, sus ojos le pedían a gritos divagar sinuosos de una pieza a otra del conjunto.

—Sí que lo es —respondió Martín al tiempo que algo captó su atención dejándole helado al instante—. ¿Qué es aquello? —preguntó señalando hacia uno de los dos retablos del lateral derecho. Lo ocupaba una pintura con lo que parecía la virgen rodeada de un sacerdote y de otras tantas personas en una composición casi idéntica, al menos en la distancia, a uno de los dos lienzos de su padre.

—Oh, ¿precioso, no te lo parece? *Los desposorios de la Virgen*. Del magnífico Greco, como casi todo lo que ven tus ojos a excepción de aquellos Goya y Zurbarán no menos increíbles.

Y de lo que sus ojos no podían ver, considerando los dos lienzos que descansaban ocultos al otro lado del retablo desde hacía apenas unos instantes.

—¿Seguro que es un Greco? —Martín necesitaba discernir si era el alcohol quien hablaba o si el párroco sabía lo que decía.

—Por supuesto que es original —respondió don Jesús cerrando los ojos con sabiduría—. Solamente se le conoció una réplica… Nada que pudiera hacerme dudar un solo segundo de la autenticidad de esta maravilla.

—¿Está usted completamente seguro?

El párroco asintió en silencio. Acto seguido, se arrancó a escupir la dura verdad que acabaría de hundir a Martín en la más absoluta desolación.

—La copia fue yendo y viniendo de unas manos a otras hasta que finalmente se le acabó perdiendo la pista. Una réplica muy lograda, sin lugar a dudas, pero de una época posterior y sin apenas valor artístico. Una copia es una copia —sentenció el párroco entornando sus ojos beodos, lo que trajo a la memoria de Martín las palabras de su madre refiriéndose al marqués y empleador de su padre, el chamarilero, como le había llamado con sorna, sobre sus intercambios de arte con algunas de las mejores familias de Illescas: «¿Y todo, a cambio de qué?, le había dicho quejumbrosa. «De tres copias baratas». Pero ahora su madre estaba de camino a Toledo, y con su padre en paradero desconocido no tenía forma alguna de desmentir las afirmaciones de un párroco alcohólico. Todo se reducía a una cuestión… de fe. De fe en la relación entre su padre y el marqués, de fe en las

afirmaciones del párroco, de fe en el fundamento de las quejas de su madre.

Martín se despidió del párroco con un ademán y salió de allí rumbo a Toledo, donde pensaba pasar oculto un tiempo prudente antes de prodigarse más de la cuenta por el pueblo. Don Jesús observó cómo su más devoto monaguillo se alejaba dando pasos renqueantes a lo largo del templo, desapareciendo a los pocos segundos una vez superado el umbral del gran pórtico de entrada. Después caminó lentamente de vuelta hacia el altar hasta llegar a la altura del sagrario, donde se recostó a duras penas sobre el lateral del retablo. Apoyó su despoblada frente sobre la madera dorada del retablo y sonrió sabiendo muy bien lo que haría a continuación con la ayuda de Julián, su siempre dispuesto y fornido sacristán.

Capítulo 17

Actualidad

Sandra no necesitó más tiempo del prometido para organizar una reunión con Luis Velasco y Helena Durán según lo convenido. El martes por la tarde había sido la fecha acordada y no tenía ninguna intención de dejar pasar la ocasión de acercarse un poco más a la pareja. Sin noticias del *tirado* (así se refería a Nando Villaboi, siempre para sus adentros), arrimarse a Luis Velasco era su única esperanza de sonsacarle alguna información concluyente sobre los dos Grecos escondidos por su abuelo en algún lugar del centro del país, seguramente cerca de alguno de los motines en los que participó su padre a finales de los años treinta. ¿Le afectó enterarse de la pasta de la que estaba hecho su padre al toparse en internet con su ficha de detenciones? Sí, pero no porque fuera un hijo de puta consumado. Muchos líderes nazis habían rehecho sus vidas en otros países llegando a ser considerados como ciudadanos modelos. Lo que le jodía era haber vivido toda su vida bajo una mentira, venerando a un hombre que, lejos de ser el héroe que ella creía, escondía un pasado oscuro que contradecía todas esas «enseñanzas» y «valores» con los que la había criado. No eran más que un intento patético de su padre de redimirse a sí mismo y lavar su conciencia, utilizando a su propia hija como el paño con el que limpiar sus miserables acciones. Todo lo que creía saber sobre la rectitud y el deber hasta encontrar aquella ficha de detenciones no era más que el eco de las justificaciones de un monstruo.

Nono descendió del autobús antes que cualquier otro pasajero, se protegió de la lluvia echándose la sudadera sobre la cabeza y echó a correr a través de las dársenas de la estación de Pontedeume. No había rastro visible de Sandra Pavones en la zona de estacionamiento público de la estación. Solamente un par de taxistas entrados en carnes rompían la monotonía en el nivel de la calle, charlando de sus cosas mientras esperaban agónicamente sumarse una carrera.

No fue hasta diez minutos más tarde cuando un portentoso Range Rover de color gris metalizado se adueñó súbitamente del espacio de aparcamiento reservado para los taxis. El malestar causado en los dos taxistas por semejante afrenta se desvaneció al ver a la imponente mujer salir del coche, con sus jeans oscuros ceñidos, las botas camperas de ante marrón hasta la rodilla,

jersey de lana blanco y un fino fular marrón colgándole sin pretensiones alrededor de su cuello. Estimulados por la repentina visión de una ninfa de cabellos cobrizos, no dudaron en invitarla a dejar su coche aparcado el tiempo que hiciera falta.

Sin mostrar ninguna intención de ajustarse a la hora acordada, Sandra cerró el coche como si fuera la protagonista de un anuncio de televisión, apretando el botón en el mando de espaldas al vehículo con el brazo en todo lo alto. Moderna, dinámica y segura de sí misma. Localizó a Nono con la mirada y, sin molestarse en fingir el menor ademán de un saludo, se atusó el cabello mirándose en el reflejo de la ventanilla trasera y se lanzó a cruzar la calle. Nada que a Nono le quitara el sueño, no tanto al menos como sí que se lo quitaba Sogorb.

—Vaya día, ¿eh? —comentó Sandra al llegar a la altura de Nono, aunque no tenía la menor intención de abrir ahora el melón del mal tiempo—. Te has dado un buen paseo desde allá arriba —añadió refiriéndose a la zona de Cabo Prior.

Sandra echó mano de su teléfono móvil —le colgaba del cuello cayéndole juvenilmente por detrás del hombro— y buscó la dirección a la que debían dirigirse a continuación.

—Perfecto… —susurró hablando para el botón de su camisa—. Están aquí al lado.

Quedaban apenas unos pocos días para alcanzar el plazo límite marcado por
Sogorb para forzar a Luis Velasco a pagar sus deudas pendientes, y ahora estaba a punto de meterse en su casa para contarle lo que él mismo consideraba una película para no dormir. En su puta casa. Podría darse por satisfecho si aquel tipo no conseguía identificar su voz, de la que habría dado cuenta necesariamente al escuchar sus berridos en el buzón de mensajes de su teléfono. Berrear en lugar de hablar en un tono cordial era una de esas tácticas que tan buen resultado le habían venido dando en Rekobra.

Sandra elevó el brazo una vez más y apretó el botón del mando en todo lo alto, como si las ondas de su frecuencia tuvieran que superar una multitud de individuos que promediaran más de un metro noventa.

—Ahora te veo —dijo triunfante, y se encaminó a paso ligero hacia el todoterreno, que se mostraba lustroso bajo los pocos rayos de luz que se abrían paso entre las nubes, gallardo, como recién salido del concesionario. Nono echó a caminar resignado hacia el lugar de reunión siguiendo las indicaciones de su propio teléfono móvil. Sandra condujo sin mayores pretensiones de respetar las normas de circulación —giro improvisado a la

derecha, acceso a la rotonda sin pisar el freno y después, otro giro temerario hacia la izquierda— y aprovechó el breve camino hasta la vivienda de la pareja para tratar de entender lo que fuera que el chico de Cabo Prior esperaba conseguir realmente con aquella visita. No es que le importara lo más mínimo, siempre que hiciera a Luis hablar sobre su abuelo, Martín Velasco. Jugando bien sus cartas, podría conseguir una valiosa información que le acercaría eventualmente un paso más a su objetivo.

Se encontraron en el portal de la vivienda alrededor de las cinco y veinte pasadas. Sacándole de sus pensamientos, Sandra se entregó a la campaña de averiguar el motivo de la visita. Nono la miró expectante. Casi tuvo que alzar la vista para poder mirarla directamente a sus ojos del color del otoño.

Ella le miró con una expresión audaz en su rostro, una impostada llamada a la camaradería. No creyó ni por asomo la historia que le había contado unos días atrás sobre, ¿cómo le habían dicho exactamente el chico y su amigo, el que parecía el tío más soso del universo? Sí, sobre el abuelo de Luis manifestándose a través de su hijo, el de la enfermedad sin cura conocida.

—Venga, ¿qué se te ha perdido aquí? —le preguntó sonriente.

No cabía mucho más que explicar sobre la intención de su visita, y así se lo hizo saber:

—Lo que te conté en su momento, ni más ni menos.

Incrédula, elevando las cejas hasta alcanzar cotas extremas en su frente despejada, Sandra insistió en dejar claro su punto.

—¿No me irás a decir que vas en serio con la historia del niño poseído?

Nono se limitó a asentir con la cabeza, mientras Sandra se deleitaba con la expectativa de una encarnizada discusión cada vez más tangible en el corto plazo.

—¡La que se puede liar hoy aquí!

Sonrió para sus adentros, más preocupada por ajustar los botones más próximos al cuello de su camisa que por el resultado de su visita.

Nono se sintió en pleno centro de atención de todo a su alrededor. El conserje le repasó con la mirada de arriba abajo y una vecina pendiente de su teléfono móvil le golpeó con el hombro sin el menor de los reparos. No había nada por lo que preocuparse si se mantenía fiel al plan: presentarse, contarles la película, motivarles para contactar con sus bancos argumentando una nueva línea de investigación sobre la enfermedad de su hijo y santas pascuas, prórroga concedida y adiós al menos al más

inmediato de sus problemas. Entre nada y eso, se engañó a sí mismo pensando que era mejor quedarse con eso.

Una vez despejado el ascensor, accedieron a su interior y ascendieron lentamente hasta el tercer piso. Salieron del cubículo, siguieron las indicaciones y llegaron hasta la puerta del 3.º C, donde les dio la bienvenida pegado en la puerta el dibujo de un aeroplano de todos los colores posibles del que caía una espesa lluvia de estrellas de diversos tamaños. Un mozalbete de unos siete u ocho años abrió la puerta casi de forma inmediata después de apretar el timbre una sola vez. Tras él, un tipo de aspecto joven y pinta de corredor ocasional asomó justo después, primero mostrando la cabeza y el resto de su cuerpo a continuación.

Formalizaron las presentaciones pertinentes y, siempre siguiendo la estela de emoción que iba destilando el primogénito a sus espaldas, Luis Velasco les condujo a través del pasillo hasta el salón.

—¡Lucas! —Como todo padre entrenado para lidiar con las constantes trastadas de sus hijos, Luis estiró el nombre del primogénito todo lo posible—. ¿Qué hemos dicho de correr por el pasillo?

Sin detener su camino, Lucas giró la cabeza y le dedicó una mueca de desaprobación a su padre.

Al respecto de la casa, esta le resultó a Nono extrañamente diáfana, como si hubieran adoptado la mentalidad de unos astronautas viviendo a bordo de un transbordador con la equipación justa, o como si acabaran de mudarse y aún tuvieran dos camiones llenos de muebles por descargar. No era fruto de la casualidad. Lo último que necesitaba Marc en su propio hogar era un sinfín de salientes inoportunos, cables enredados y cualquier otro tipo de obstáculo que pudiera poner en riesgo su integridad.

Luis adecentó el salón y les invitó a sentarse mientras esperaban a Helena, que llegaría de un momento a otro de su turno de tarde en el hospital. Con frecuencia le tocaba quedarse para completar registros médicos o escribir informes para los que no conseguía sacar tiempo suficiente por las mañanas.

—¿Queréis un café?

—Agua, si eso.

—Para mí un americano descafeinado de máquina con sacarina —respondió Sandra, exactamente igual que lo habría hecho en caso de estar pasando la tarde en una cafetería en el barrio gótico de Barcelona.

—Agua para ti —miró a Nono—, y un descafeinado para ti.

Luis comprobó la hora en su reloj y se condujo hacia la cocina para preparar el café de Sandra y ganar algo de tiempo hasta que Helena hiciera acto de aparición. Solo esperaba que se mantuviera fiel a su palabra, visto que la idea de reunirse con un completo desconocido no le inspiraba la menor confianza. Al mismo tiempo, en el salón, junto al umbral de la puerta que daba a la zona de los dormitorios, apareció la figura de un chiquillo de aspecto frágil que trataba de sobreponerse a un repentino arrebato de timidez abrazándose al antebrazo de su hermano mayor.

Poniéndose a salvo del estruendo cataclísmico que producía la máquina de hacer café, Luis regresó nuevamente al salón.

—¿Habéis saludado a nuestros invitados?

El hermano mayor asintió con la cabeza, mientras Marc comenzó a agitar sentidamente su pequeña mano en el aire.

Seguidamente, les indicó a las dos criaturas el camino de vuelta hacia su cuarto con un sutil movimiento de cabeza que el mayor de los dos hermanos entendió sin dificultades. No así Marc, quien siguió mirando fijamente hacia los dos extraños que aguardaban sentados en su salón, el espacio donde podía sentirse seguro y que ahora estaba ocupado por dos caras desconocidas. Buscó con la mirada a su hermano mayor, y este meneó la cabeza antes de regresar juntos a su habitación.

No habría sabido expresar lo que sintió al ver a los dos hermanos juntos, pero resultó agridulce para Nono. El recuerdo de Ociel se hizo perfectamente visible en su retina, de pie frente a él, en el umbral de la puerta, agarrándole de la pierna como quien se agarra al mástil de un minúsculo bote a la deriva oceánica.

A continuación, el sonido metálico de las llaves de Helena abriéndose paso a través del cerrojo anunció su inmediata presencia. Sintiendo crecer una incómoda sensación de agobio en su interior, Nono empujó fuertemente con las manos sobre sus rodillas tomando impulso para levantarse ante la presencia de la anfitriona. Si Luis Velasco mantenía un aspecto físico medianamente aceptable, delgado pero saludable, aquella mujer le resultó como la ausencia más absoluta de sustento energético. En conjunto, la escena a su alrededor le hizo preguntarse qué cojones se le había perdido allí. No tuvo apenas tiempo para poder lamentarse.

Después de una nueva ronda de saludos, Helena se acercó con paso decidido a su habitación, dejó el bolso y regresó al pequeño salón para no demorar más la conversación.

Podía intuirse en el rostro de ambos, Luis y Helena, la sensación

entre interés y curiosidad por el motivo de aquella visita, y las prisas por terminar con ella lo antes posible.

Nono carraspeó tratando de ganar tiempo para decidir la excusa que poner antes de salir de allí por donde había venido. No albergaba ahora, ni por asomo, la menor intención siquiera de mencionar el buen nombre de aquel crío. Resultó ser jodidamente más difícil en persona que de cualquier otra forma.

—Supe de Marc a través de Sandra.

La presente se dio por aludida. Sus ojos, brillantes bajo la luz blanca del piso, y su expresión expectante preparada para cualquier desenlace, no parecían denotar el menor de los miedos o de las reservas. Tenía todo lo que necesitaba: un pase en primera fila de butacas para contemplar el espectáculo que estaba a punto de dar comienzo. Y tanto mayor fuera la metedura de pata aquel idiota, mejor sería para ella. Sandra sabía que, a río revuelto, ganancia de pescadores. Y estaba dispuesta a hacerle justicia al refrán en el preciso momento en que la pareja echara al chico a patadas y ella se convirtiera en su paño de lágrimas. Dios, lo estaba deseando con todo su ser. Arranca, por Dios.

Nono contempló seriamente aparcar ahí el tema. La imagen de Ociel convulsionando sobre el suelo de nogal perfectamente pulido, su padre arrodillado en el pasillo, inútil del todo, los gritos desesperados de su madre. Quizás fuera el momento, por una jodida vez en la vida, de ser sincero con los demás. Inspiró una larga bocanada de aire dispuesto a levantarse del sitio, agradecer el vaso de agua y largarse de allí cagando virutas. Al menos no saldría de allí escaldado, como había pronosticado su madre.

***

Helena miró hacia Luis, este advirtió la intención en su mirada e intercambiaron impresiones en ese idioma no verbal que acababan dominando las parejas tras librar infinitas batallas contra los elementos.

—¿Y bien?

Nono seguía sentado tieso como un palo de golf sentado en el sofá. No le importaba ya lo que pudiera salir de sus labios a continuación. Hacerles perder diez minutos de su tiempo no era nada en comparación con lo que había planeado hacerles sentir hablándoles de los dichosos renacimientos de Lisardo. Miró a los presentes, se alzó enérgicamente del sillón y optó por la vía de escurrir el bulto para dejar que los demás sacaran sus propias conclusiones:

—Me vais a disculpar.

Si seguía por ese camino, pensó Luis, Helena no tardaría en levantarse en silencio para ir al cuarto a desplomarse sobre la cama. Al contrario que Helena, extasiada después de la larga guardia de la noche unida con el siguiente turno durante el día, a Luis todavía le quedaban baterías para un rato.

—Mira… —Luis le cortó por la tangente tratando de hacer memoria para recordar su nombre.

—Nono.

—Mira, Nono —sonrió formalmente—. A esta hora empieza el jaleo para nosotros. Así que sea lo que sea lo que te ronde la cabeza, suéltalo y veremos a dónde nos lleva, ¿no te parece?

Después miró hacia Helena por simple protocolo, dejando caer las comisuras de los labios para formar con ellos un arco perfecto. Ella le devolvió el gesto.

Nono asintió vagamente con la cabeza. Hubiera sido todo mucho más fácil si hubiera podido recordarles su delicada situación financiera: os van a engullir los bancos y después os van a cagar como dos miserables zurullos; y si no lo hacen ellos, lo hará algún desalmado como yo, algún peón al servicio de la maquinaria de una empresa sin escrúpulos como Rekobra. Reconoció en aquel momento una incómoda verdad sobre sí mismo: solo sabía persuadir de una única manera, y ahora no podía sacarla a la palestra. Quizás no fuera tan buen comercial, después de todo. Quizás fuera un completo inútil. Quizás fuera, ni más ni menos, la definición de un perfecto gilipollas.

Reparó en cómo Sandra le estaba cortando a propósito el paso que necesitaba tener despejado para poder progresar hacia el estrecho pasillo que conducía al exterior de la casa y de ahí a una vida llena de mierda, pero con su conciencia tranquila.

—Por ejemplo —dijo sin pensar en sus palabras, exento de toda línea argumental—, Luis, tú juegas a la lotería, ¿verdad? De vez en cuando al menos, ¿no?

Saltaba a la vista que Sandra no estaba dispuesta a dejarle irse de allí tan pronto. De pie, bordeando la mesa baja por el lado contrario, Nono trató de abrirse camino a base de pequeños pasos laterales, obligando a la pareja a levantarse del sofá de tres plazas que formaba una ele con el segundo sofá de menor tamaño.

—¿A dónde vas? —la expresión de Sandra era de todo menos afable—. Cuéntales lo que me contaste en mi casa.

Sandra intercambió miradas entre el chico y la pareja, como si quisiera tener a los segundos bien amarrados, prisioneros del dolor.

Ni Helena ni Luis se sentían ya físicamente capaces de abrir aún más los ojos ante la inquietante escena que estaban presenciando. Intuyendo los apenas tres segundos que faltaban a Helena para quitarse de en medio, Luis extendió su brazo izquierdo.

La miró, le dijo algo en el lenguaje no verbal de las parejas curtidas y regresó su atención a la conversación que Sandra trataba de encauzar por todo medio.

—Cuéntales lo de la posesión —dijo Sandra logrando transmitir una imagen de escalofriante determinación encapsulada en la apariencia de una mujer dinámica y segura de sí misma—, ¿no era exactamente eso lo que venías a contarles?

Entre tanto, Luis y Helena comenzaron a sentir cada vez con mayor intensidad la amenaza de haber abierto las puertas de su casa a dos extraños del peor tipo posible, el tipo de los indecisos impredecibles.

Luis trató de obviar los intentos de Sandra por sacar tajada del creciente conflicto de alguna forma que aún no alcanzaba a entender.

—Venga, chico —le animó Luis—. Suéltalo de una vez.

Nono detuvo momentáneamente su inminente exilio hacia el pasillo, dudando una vez más de sus propias motivaciones. ¿Había elegido bien o se había dejado llevar por un imperdonable momento de debilidad? La imagen de su padre detrás del mostrador en su pequeña tienda de empeños le golpeó el ánimo como un balón de balonmano reventándole la cara de frente, duro como hormigón armado, y la imagen de Ociel despidiéndose de su corta vida.

Luis trató de hacerle ganar tracción:

—La lotería —introdujo un flashback—, nos hablabas de la lotería.

Nono ordenó sus pensamientos tratando de encontrar una línea argumental por la que tirar hacia adelante. Quizás estuviera allí por algo. Quizás todo formara parte de un plan mayor todavía fuera de su comprensión.

—Dios santo… —Respiró hondo, exhaló una larga bocanada de aire y se lanzó a la piscina recordando la pila de documentos en los que su nombre figuraba como el único instigador de cientos de morosos por las vías más ruines, a menudo pisando sin tapujos la barrera de lo considerado legal. Después de todo, la mayoría de los deudores no podían pagarse un abogado para protegerse de los tiburones como él. Su posición, erguida como un legendario minotauro, su recién adquirida determinación y la expresión de haber descubierto la piedra filosofal en su mirada le

hicieron convertirse en el absoluto centro de atención para Luis, Helena y Sandra—. ¿Y si en dos hechos más bien poco probables —continuó tratando de mostrarse tan convincente como Lisardo— estuviera la explicación a una enfermedad para la que nadie ha encontrado una cura, una enfermedad de un caso entre millones?

Luis y Helena echaron una larga exhalación de forma coordinada. Sandra, por su parte, seguía disfrutando de la escena como quien acude al estreno de un dramón de campeonato.

Nono continuó dando rodeos alrededor de la cuestión sin saber en qué momento soltar el pelotazo.

—¿Conocéis las ciencias neuroconductuales?

En ese preciso instante, Luis constató algo a todas luces evidente a juzgar por la expresión en la cara de Helena: la «médico de la casa» acababa de activar el modo escéptico. Por Dios, ¿qué problema había en consultar estudios médicos pese a no dedicarse profesionalmente a la medicina?

—Para —respondió Helena al instante, con firmeza en su voz y el rictus agotado.

¿Qué es eso de *para*?, pensó Luis, quien exigió una explicación a su mujer sin necesidad de articular ni una sola palabra.

Helena había tenido suficiente.

—No me hace falta escuchar más —dijo en tono condescendiente. Apoyó las dos manos a ambos lados de sus caderas, sobre los cojines del sofá, agarrándolos como si fueran dos granadas de mano, y se dispuso a abandonar la conversación cuando Luis le reprochó su actitud.

—Déjale que hable al menos —le dijo mirándola fijamente—, ¿no te parece lo mínimo?

—¡Por Dios! —respondió Helena—, ¡pues que lo suelte de una puñetera vez!

—Sí, por favor… —añadió Sandra en segundo plano, aunque tendrían que haberle prestado un mínimo de atención para llegar a escucharla con claridad.

Nono inspiró profundamente y a continuación liberó una larga bocanada de aire. De perdidos al río. Entrelazó los dedos de las manos y, después de unos segundos con la mirada perdida en el suelo, les dijo:

—Hay casos documentados de niños con marcas de nacimiento en el cuerpo… marcas idénticas a las heridas de familiares fallecidos mucho tiempo antes… —evitó utilizar la palabra *muertos*.

Gesticular le pareció a Nono la mejor forma de darle al menos algo de entidad a una idea que parecía no tener ningún cimiento

sobre la que asentarse.

—...Marcas—continuó—que los médicos no han encontrado forma de explicar. —Nono se deshizo en una sucesión de aspavientos—. Marcas... raras, ¿me explico?

Dónde estaba el jodido científico cuando hacía verdadera falta, pensó Nono mientras notaba el sudor cada vez más evidente rezumando en sus axilas, cuello y frente.

Reconfortada por no haber escuchado nada que nadie en su sano juicio podría encontrar factible, Helena miró hacia Luis esperando que este asumiera de una vez el sinsentido de hacer la guerra por su cuenta buscando (hasta debajo de las piedras) una teoría que explicara la enfermedad de Marc.

—Con esta nueva línea de investigación tal vez podáis calmar un poco a los bancos, ¿lo habéis pensado?

Luis miró a su invitado con una expresión confundida en la que podían percibirse gruesos trazos de sorpresa vagamente revestidos de audacia.

—¿Cómo dices?

Seré gilipollas, pensó Nono.

Luis congeló todo movimiento corporal, comenzando por sus propias manos, estáticas sobre sus muslos como dos silenciosas aeronaves al ralentí.

—¿De qué bancos hablas? —preguntó Luis, y a Nono solo le quedó la esperanza de que aquella erupción de perspicacia quedara soterrada por el recuerdo aún fresco de lo que acababa de soltarles de buenas a primeras.

Ante el silencio de su invitado, Luis volvió a formular la pregunta de forma más directa:

—¿Qué sabes tú de lo que tenemos con los bancos?

Abriendo un oportuno paréntesis en la conversación, Helena hizo acto de aparición en lo que supuso un afortunado golpe de suerte para Nono.

—¿Esto es lo que querías escuchar? —preguntó a su marido en un tono de voz rozando lo inquisidor.

Luis permaneció en silencio, mientras Helena se giró hacia Nono para clavar su mirada en sus lentillas de color verde turquesa.

—¿Fantasías paranormales? —añadió Helena —. ¿Eso es lo que has venido a contarnos, hijo?

¿Hijo? ¿Quién se ha creído que soy esta mujer? Soy, ni más ni menos, que el tío que puede convertir tu vida en un infierno, pensó Nono, y acto seguido se sintió como un cobarde por ello.

Helena buscó entonces a Sandra con decepción en su mirada, seguida por la constatación del fraude que era aquella mujer.

—Y tú, ¿en qué narices estabas pensando?

Lejos de sentirse responsable, Sandra respondió con una mirada condescendiente y se refugió en su bolso de marca de lujo, fingiendo acomodarlo en su regazo como si fuera la tarea más importante del mundo.

Para Luis era pronto para dar por perdida la visita, algo inevitable con Helena dejándose imbuir por un tsunami de frustración, escepticismo y sensación de estar tomándole el pelo.

La actitud de Helena escaló rápidamente de indiferente a desafiante:

—¿Y qué tienen que ver exactamente con nosotros esos casos «tan bien documentados», si se puede saber?

Nono se refirió en repetidas ocasiones a Lisardo, el colega de su madre con aspecto de bibliotecario, como una fuente de información sólida, creíble y contrastada. Después trató de seguir adelante con el motivo de su visita pese a sentirse cada vez más ridículo a medida que trataba de justificarse por todo medio posible.

—Las marcas heredadas no siempre son evidentes a simple vista —añadió—. Por ejemplo, el nieto de un policía fallecido en un tiroteo nació con una malformación en la válvula de su arteria pulmonar izquierda, y otra en el ventrículo derecho de su corazón.

El propio Nono sabía cómo sonaba todo aquello, pero el hecho de haber estudios (supuestamente) le hizo permanecer abierto a la existencia de cosas más allá de lo explicable. Quizás fuera el recuerdo de Ociel lo que le estuviera nublando el juicio, ese cariño enterrado por el dolor del recuerdo. Daba igual. Aquella tipa estaba empecinada en hacerle sentir estúpido, y eso era algo que su ego no podía consentir.

—¿Y bien? —dijo Helena, que no estaba en modo alguno por la labor de seguir escuchando exabruptos.

Algo cambió repentinamente en la expresión de Nono, quien podía impermeabilizarse en apenas una fracción de segundo ante los problemas ajenos. Sobre todo, si consideraba tener motivos para ello.

—Eran los puntos exactos de los balazos mortales de su abuelo —contestó en un tono acercándose peligrosamente a lo beligerante, y luego añadió—: Y se han documentado más de dos mil quinientos casos similares en todo el mundo.

—¡Dios! —Helena clavó la mirada en su marido—. ¿Me vas a dar la razón de una vez o vas a seguir metido en tu papel de padre coraje quedándote al margen?

Después de aquellos primeros minutos de conversación, Nono

asumió que difícilmente conseguiría despertar una chispa de complicidad en la pareja, hacer que se mirasen el uno al otro, ni siquiera ya enfadados, más bien constatando la tragicomedia en la que se había convertido su vida, y se dijeran con la mirada: ¿es posible esto que nos está pasando? ¿Y si este hombre tuviera algo de razón? ¡La cura es posible! Y así, henchidos de una confianza renovada, se lanzaran motivados a negociar sus deudas con los bancos que les tenían agarrados por las pelotas.

—Mira —le dijo Helena con una mirada cargada de ira contenida—, no tenemos ni tiempo ni paciencia para esta tomadura de pelo.

No tan relajada como antes, Sandra empezó a acusar la sensación de estar a punto de volverse a casa igual que había llegado, de regresar a su patética rutina de tener que limpiarle las babas a su padre cada mañana, de los bramidos ininteligibles de este exigiendo la presencia de su barbero personal, quejándose de los moros, de los tercios y de las emisiones radiofónicas de Queipo de Llano y de la verdadera España, y, además, ¿de dónde cojones salía todo ese barrunte?

—Venga —se adelantó Helena, alzándose del sofá e invitando a Nono y Sandra a hacer lo propio—. Que tengáis una buena tarde.

Suscribiendo su malestar como si fuera él quien se sintiera ultrajado, Nono se alzó enérgicamente y echó a caminar hacia la puerta de salida al exterior del piso tratando, ya a la desesperada, de sembrar la semilla de la duda razonable en Luis.

—Yo de ti —le dijo a Luis con fingida autosuficiencia— buscaría un familiar no muy lejano muerto de forma especialmente violenta.

Luis sintió un repentino sobresalto justo a su derecha, en el sofá de tres plazas que ocupaban él y su mujer.

—Vamos, vamos —insistió Helena agitada—, que se está haciendo tarde y aquí tenemos mucho que hacer.

Asintiendo con la cabeza, Nono dejó caer sobre el sofá el pequeño papel en el que había anotado previamente su número de teléfono (quizás más adelante recapacitaran) y echó a caminar hacia la puerta de salida al exterior del escueto piso.

—Yo lo he intentado—Nono se descargó de toda responsabilidad.

Lo que omitió decir fue un «lo he intentado por las buenas, ahora veremos qué tal se os da por las malas».

—Sí, eso —respondió Helena rezumando sarcasmo por cada poro de su piel—, gracias por *intentarlo*.

Nono permaneció en silencio a medida que se iba acercando hacia la salida, hirviendo en su interior por decirles un par de

cosas fruto de sentirse humillado de aquella manera que él mismo se había buscado. Quizás no estuvieran tan dispuestos a hacer todo lo posible por ayudar a su hijo, esa era la primera; y después, que quizás tenían lo que merecían.

Helena, por su parte, continuó farfullando mientras daba pequeños pasos de procesión empujando a sus huéspedes hacia la puerta, aunque hablaba más para sus adentros que por tratar de hacer leña del árbol caído.

En su camino hacia el recibidor, caminando de mala gana por la respuesta obtenida, Nono advirtió la presencia de un banderín decorativo de aspecto antiguo que lucía junto a unas figuritas de porcelana en la vitrina decorativa que había pegada a la pared, justo antes del recibidor. En ella alcanzó a reconocer perfectamente algo que le resultó familiar, tanto como para detenerse en seco haciendo a Luis chocarse con él abruptamente, que le seguía el paso de cerca. Se trataba de la figura de un rombo con las siglas FAH bordadas con hilo dorado en su interior, exactamente las mismas siglas que había visto con sus propios ojos en la cubierta del obús abandonado en la finca de Sandra Pavones.

No dijo nada, pero Luis advirtió una sorpresa inusitada en la expresión de su invitado.

—¿Qué pasa? —le preguntó movido por un sincero interés.

Sandra se acercó a la vitrina frunciendo el ceño, pero no encontró en ella nada a primera vista que pudiera reconocer.

—Ese banderín —Nono apuntó con el dedo índice hacia el interior de la vitrina—, ¿de dónde lo habéis sacado?

Luis miró hacia el banderín en cuestión.

—Perteneció a mi abuelo —dijo, y una a una fue señalando las tres siglas bordadas sobre la tela sin tener la menor idea de su significado: FAH—. Lleva en mi familia desde que tengo uso de razón.

Nono elevó las cejas y parpadeó varias veces tratando de asimilar algo que le pareció más que una simple coincidencia.

—¿Y bien? —insistió Luis.

—Nada.

—¿Nada?

—Tal vez las haya visto antes, eso es todo.

Nono miró hacia Sandra y le quedó claro que ella también había reconocido las siglas FAH. Las había visto antes, ya lo creía que sí. Aquel banderín que lucía discretamente en la vitrina llena de casposas piezas de colección por fascículos era todo lo que necesitaba: una evidencia de la conexión entre su padre y el abuelo de Luis Velasco.

***

Alegando tener el coche aparcado en doble fila, Sandra se despidió con forzada premura y desapareció acto seguido escaleras abajo. Una vez en la planta baja, buscó las escaleras de acceso al garaje y, cuidándose de no haber nadie presente en el perímetro, descendió a la primera planta del sótano dispuesta a localizar el Ford Focus que conducía Helena en todos sus desplazamientos.

El intenso olor del garaje evocó recuerdos de su infancia, un olor siempre peculiar para el olfato en desarrollo de un niño. Ese recuerdo condujo a otros más vívidos, como el de una tarde de verano regando los tomates y naranjos, con el olor a tierra recién humedecida, con los hierbajos soltando esencias de hierbabuena o clorofila y el sonido del agua al llenar los surcos en la tierra hasta desbordarlos. La mezcla de olor a taller de coches, a hierro, a aceite usado y quién sabe qué otras esencias la devolvió de inmediato al mundo de lo terrenal.

Aunque el calzado de tacón no era ni de lejos el ideal para caminar a paso ligero por el suelo rugoso del garaje, Sandra consiguió llegar hasta el Ford Focus azul como una gacela atravesando la inhóspita sabana africana. Echó la mano a su bolso marca Hermes y, con toda la calma del mundo, extrajo un dispositivo de seguimiento GPS junto con un rollo de cinta adhesiva de fuerza máxima. Se agachó llevando las rodillas hacia un lado y, después de cortar cinco tiras de cinta adhesiva a golpe de dentelladas, encendió el dispositivo y lo adhirió a los bajos del coche donde encontró una superficie lo suficientemente lisa.

Capítulo 18

—¿Se puede saber qué problema hay en esta comisaría?

No había nada más incomprensible para Luján que el tiempo que se eternizaban determinados procedimientos policiales, que a su juicio deberían resolverse sin tanto papeleo administrativo.

—Después de tres días retenidos —hizo el cálculo mental ante la mirada atenta de la agente Ramírez—, estos ya habrán tenido el tiempo suficiente como para organizar un asalto al Banco de España.

Después de las setenta y dos horas preceptivas retenidos en la comisaría de Ferrol-Narón, o recibían la orden del juez de instrucción, o tendrían que poner a los hermanos Aldán y Artai en libertad de forma inminente.

—Es un tema de plantilla… lo de los retrasos, digo —matizó Ramírez, soltando una profunda bocanada de aire por las escuetas fosas nasales que remataban su rectilíneo tabique nasal —. O más bien… es un tema de adelgazamiento de plantilla.

—¿Adelgazamiento? —Luján recordó la imagen del agente de aspecto de *sottocapo* italiano retirándose por el pasillo como un hipopótamo buscando la sombra—. No lo dirás por tu compañero…

—Chacón —Ramírez le quitó la palabra de la boca.

—Eso es —corroboró Luján—, no lo dirás por Chacón.

—No. Y no es que lo diga yo. Lo dicen los de arriba. —Ramírez apuntó con el dedo hacia el techo de la estancia, completamente descascarillado—. Así lo llaman ahora cuando se ponen a mandar efectivos de vuelta a casa sin molestarse en cubrir sus puestos: adelgazar plantilla.

De los casi doscientos cincuenta efectivos con los que debería de contar la comisaría de Ferrol-Narón en condiciones normales, en aquel momento solamente disponía de la friolera de ciento ochenta policías. Jubilaciones, bajas por enfermedad y traslados llevaban meses siendo una auténtica lacra en comisaría.

—Se nos suben a la chepa en cuanto nos despistamos.

—¿Quienes? —preguntó Luján.

—¿Cómo que quiénes? El uno por ciento de las ciento diez mil almas que vivimos en esta jodida ciudad, ¿quién iba a ser si no? —Ramírez estimó a ojo de buen cubero la tasa de criminales entre la población—. Y eso siendo optimistas, ¿entiendes?

—Ya veo, ya.

—Mucho no os podréis quejar vosotros los de la Jefatura. —Se podía percibir la facilidad con que Ramírez podía cambiar el tono en sus palabras, ahora al punto inquisitorias.

Y no le faltaba razón: en los últimos meses, la Jefatura Superior de Policía de A Coruña había hecho las veces de esponja una y otra vez, succionando recursos de entre los pocos con los que contaban de por sí en Ferrol.

—Eh —Luján se apresuró a dejar clara su postura—, que yo ni pincho ni corto en eso.

—Pues es una lástima —añadió Ramírez—. Te iba a encargar unas cuantas cosas a tu vuelta a A Coruña.

—Si es así, tú por pedir que no sea.

—Entonces mándanos una buena dotación de vehículos especiales y todo el material antidisturbios que quepa en un camión bien grande —demandó la agente sin dejar de esbozar una sonrisa canallesca en su cara—. Que la cosa se está poniendo chunga por estos lares.

—Buah. A ti te da igual todo eso. —Luján dirigió la mirada hacia el cinturón de su compañera—. Tú y tu Glock os crecéis con el castigo, ¿o me equivoco?

—No te equivocas —respondió Ramírez. Acercó la mano a su cinturón y empezó a acariciar abstraída la empuñadura de su arma reglamentaria. Aquella mujer llevaba la palabra acción por apellido, rasgo que para Luján nunca pasaba desapercibido.

El agente Urbano, hasta entonces pegado a su teléfono móvil a un par de metros de distancia, se unió a la conversación como si alguien hubiera reclamado su presencia.

—Estos dos —dijo, refiriéndose a los hermanos— ni siquiera piensan pedir su llamada ni la presencia de un abogado.

—¿Tan sobrados van? —preguntó Ramírez, volviendo en sí después de unos segundos imaginándose haciendo un pleno en la galería de tiro.

El agente Urbano le estrechó un par de carpetas generosamente engrosadas por las infinitas detenciones que los hermanos atesoraban.

—Artai y Aldán Castro.

Los dos detenidos eran físicamente la noche y el día. Aldán era de piel oscura, tenía el cabello lacio de color negro y los ojos igual de negros. Nariz fina y labios gruesos le conferían el aspecto de un indio americano. Su complexión era mediana, con buenos gemelos, buenas piernas y un torso pequeño porque no se podía tener todo en esta vida.

Artai, en su lugar, era de tez blanca, casi albino. Su cabello era rubio pálido, casi al punto de tornarse de color verde tóxico al

contacto recurrente con el agua clorificada. Sus ojos brillantes como los pequeños azulejos de una piscina habrían obrado magia de haber estado en la cara de otra persona de rasgos mínimamente agraciados. En cuanto a su fisiología corporal, Artai era más bien pequeño e iba sobrado de barriga. Aquel era el único aspecto destacable en él, lo que le confería un halo si cabe aún más inquietante.

—Artai y Aldán Castro —repitió Ramírez para el botón de su camisa—. Serán primos, como poco. Aunque son la noche y el día.

Difícilmente alguien, ni la persona más perspicaz, habría pensado que aquellos dos individuos pudieran ser hermanos.

Su compañero negó varias veces con la cabeza.

—Casualidades más raras se han visto —pensó Ramírez en voz alta.

Poco amigo de las palabras, Urbano tuvo que explicarse para llegar al punto al que quería llegar.

—Son hermanos.

—¿Hermanos? —preguntó Ramírez sin ocultar su sorpresa—. ¿Estás de broma?

—De sangre.

Ramírez los repasó a los dos con la mirada a través de los pequeños ventanucos circulares engarzados en las puertas de las dos salas contiguas.

—La madre que los parió —musitó hojeando sus fichas policiales—. Estos dos tienen más arrestos que afeitarse los huevos con papel de lija.

Luján, que solo podía pensar en entrar en una de las dos salas para proceder con el interrogatorio de rigor, encontró en la cháchara de cafetería de los dos compañeros el momento perfecto para tomarles ventaja.

—¿Por cuál de los dos empiezo? —preguntó con aplomo, decidido, dejando que fuera la dinámica de su cuerpo la que hablara por sí sola: «No vengo a hacer prisioneros, vengo a hacer lo que tengo que hacer y no me importa quien caiga en el camino».

Parco en palabras, Urbano procedió a cortarle el paso rápidamente extendiendo su brazo derecho, revelando su colección de tatuajes ya antiguos a tenor de la palidez en las carpas cobrizas como una excursión a Lanzarote. Por qué alguien querría tatuarse una tela de araña en el codo era algo que Luján todavía no alcanzaba a entender. Aquello seguía estando de moda, para su desconcierto.

La irrupción del brazo de Urbano no dejó de causarle cierta

sorpresa a Luján, quien no dio crédito a la falta de consideración con el dispositivo que él mismo se había sacado de la manga sin la ayuda de nadie.

Sin arredrarse medio centímetro por los tatuajes pleistocénicos en sus respectivos brazos ni por sus aires de copulador consumado, Luján procedió a dejarle claro al agente Urbano cuál era el papel de cada quién en el caso Nando Villaboi:

—¿Sabes quién ha organizado todo este *show*, guapito?

La agente Ramírez no pudo evitar dejar escapar una sonrisa, que trató de ocultar con una sucesión de tosidos en absoluto realistas. Pese a ser compañeros de profesión, había que tener agallas para soltarle perlas de ese tipo a alguien con la planta del agente Urbano.

Urbano miró hacia Ramírez en busca de su validación.

—Me temo que así es, Luján —respondió Ramírez, y acto seguido presionó sus labios como un saxofonista—. Estos dos iban cargados hasta las trancas.

Un cuarto agente vestido de uniforme apareció en ese preciso momento caminando por el pasillo, alcanzando poco después la zona de interrogatorios donde se encontraban Ramírez, Urbano y Luján. Sujetándola con fuerza con su mano derecha, el agente de aspecto impecable cargaba con una bolsa de plástico, y dentro de esta, una inconfundible Star de calibre nueve milímetros. Atrapada entre los pliegues de la bolsa de plástico, de las que usaban habitualmente para recoger evidencias —y, eventualmente, para conservar las sobras del almuerzo—, el arma carecía de todo recuerdo de lustro y vistosidad.

Aquel hallazgo resultó ser como oasis de agua fresca en plena travesía por el desierto para Luján, quien tal vez podría así validar su teoría.

El agente se la mostró a Ramírez.

—¿Dónde estaba? —preguntó ella.

—En el maletero del coche.

—¿Star nueve milímetros? —apreció Luján.

Ramírez le dedicó una mirada grácilmente altanera, como exigiéndole una disculpa por el solo hecho de haber formulado una pregunta del todo innecesaria.

—Así es —añadió la agente.

Para Luján se hizo imperativo interrogar a los detenidos antes de que a cualquiera de los ellos le diera por hablar con su abogado.

—Veinte minutos —solicitó Luján rebajando sus pretensiones al mínimo indispensable. Su mano elevada hacia el frente, el dedo índice extendido y el resto de los dedos de la mano recogidos le

hacían parecer un Cristo hablando a una audiencia tozuda, dura y poco dada a elasticidades de ninguna clase.

—Diez —respondió Ramírez, magnánima—. Diez minutos y entramos a sacarte en volandas si hace falta.

—¿Diez minutos? —Ni siquiera se molestó en tratar de negociar —. Eso es lo que tardo en entrar en calor…

—Tic, tac… —Una simple onomatopeya que Ramírez supo emplear muy acertadamente para meterle la prisa en el cuerpo a Luján.

***

A buen entendedor, pocas palabras bastaban. Y estaba claro que Ramírez no era como el subinspector Peirallo, a quien podía dejar confinado dentro de un viejo Golf de los años noventa y no tener que preocuparse por las consecuencias.

Luján echó una mirada a través de los ojos de buey engarzados en ambas puertas tratando de identificar el eslabón más débil. Los dos le resultaron más duros que el vinagre de cooperativa, una difícil decisión de tomar.

—Buenos personajes —observó Luján; palabras huecas y exentas de todo aporte que se prometió evitar en futuras conversaciones.

—¿Estos dos? —respondió el tipo que acababa de entrar con el arma en la bolsa de plástico—. Estos son capaces de vender a su propia madre por tres duros.

Su punto había quedado claro.

—Tic, tac, Luján —insistió Ramírez con los brazos cruzados.

Después de varios chequeos mirando a la velocidad del rayo por los ojos de buey de ambas puertas, Luján optó por empezar interrogando al rubiales, quien siendo mayor que su hermano Aldán, tenía una apariencia más tratable.

Una vez dentro de la sala, con Artai sentado cómodamente en la silla de plástico barato, sus brazos colgando por ambos lados de los reposabrazos metálicos vagamente cromados, cabeza ladeada en actitud muy crecidita para el gusto de Luján, dio comienzo el juego del silencio.

El primero que hable, pierde.

Muy atenta a los movimientos de Luján desde fuera de la sala, Ramírez esperaba no tener que interrumpir a su compañero en pleno interrogatorio. Después de todo, el objetivo de sacar a esa gentuza de las calles era común a todas las fuerzas del orden, sin importar la insignia o el uniforme que llevasen.

A los pocos segundos de verle merodear alrededor del detenido sin decir ni una sola palabra, la agente entendió la táctica que

Luján parecía estar llevando a cabo.

—Joder, Luján… —Con el rostro endurecido, Ramírez trató de establecer contacto visual con él, aunque Luján no habría reparado en su figura borrosa tras el pequeño cristal ni en un millón de años—. ¿Ahora te pones con jueguecitos de ver quién habla primero? —susurró pegándose al ojo de buey de la puerta.

El vaho de sus palabras hablando con los labios casi en contacto con el cristal se esfumó tan rápido como apareció, y a Ramírez solo le quedó esperar.

Después de un pequeño lapso que a Luján se le hizo eterno, el detenido acabó sucumbiendo ante el peso del silencio.

—¿Qué pasa? —dijo secamente. Le sostenía la mirada a Luján con actitud confiada, lo que no tardó en arrancarle una sonrisa al agente. El menor de los dos hermanos mordió el anzuelo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —insistió molesto.

Se apreciaba la irritación incipiente del detenido en las comisuras de su boca, tirantes y poco amigas de la concordia, tratando de llevarle la delantera a las palabras que salían de entre sus labios ennegrecidos por el consumo compulsivo de tabaco.

A Luján comenzó a parecerle que Artai bien podía ser una de esas personas a las que perdía fácilmente su temperamento. Y urdiendo el guion adecuado, de aquel tipo de gente podía sacarse petróleo.

—No creo que necesites que te cuente lo que pasa, ¿no crees?

El detenido no se molestó en articular palabra.

—Aunque si tú quieres —continuó Luján con su exposición— te lo puedo contar con todo lujo de detalles. Y así te ahorras tener que hablar con tu abogado.

Luján tomó el silencio como un sí. Quien calla, otorga.

—¿Qué tal si comenzamos hablando de un tal Nando Villaboi?

La imagen de tenerlo todo bajo control que se esforzaba en representar Artai quedó anulada por el lenguaje no verbal de su cuerpo, que era el propio de aquel a quien han quitado un peso de encima y trata de fingir a toda costa que la novedad ni le quitaba el sueño antes ni tampoco se lo iba a quitar ahora. Lo de las drogas encontradas en el registro le importaba relativamente; lo del mequetrefe de Cabo Prior, sin embargo, parecía traerle honestamente sin cuidado.

Este pobre diablo piensa que el peor de sus problemas son las drogas, pensó Luján. No descartaba en absoluto que los hermanos ignoraran lo que podía haber sido de Nando después de su casi seguro encuentro, lo que no les restaba culpabilidad si algo le había sucedido a raíz de este. Morir, por ejemplo.

Luján respiró hondo. Recordar el testimonio de su confidente le ayudaría a encontrar el camino a seguir. Sí, eso ayudaría. Lo que no ayudaría era mirar el reloj cada tres segundos. ¿Diez minutos? Ramírez debía estar loca si pensaba que se podía rascar algo en ese plazo de tiempo. En resumen, la rata le había asegurado que había sido el mismo Nando quien había acudido por su propio pie a pedir ayuda a los dos tipos menos indicados de toda A Coruña, dos conocidos por írseles las cosas de las manos con menos que el sutil aleteo de alas de una mariposa.

Luján sacó a relucir sus dotes narrativas:

—Todo comienza con nuestro sujeto desaparecido alumbrando una brillante idea, una idea quizás estimulada por la falta de oxígeno: la idea de buscar ayuda entre lo peor de lo peor, pero ¿para qué? —preguntó retóricamente—. Eso ahora es lo de menos…, lo que importa es que vosotros os quedáis con ganas de más, más y más, siempre queréis más…, y como sabéis por dónde se mueve el muchacho en estas noches de juerga veraniega, quizás incluso pensasteis en darle el palo esa misma noche…

La expresión en el rostro de Artai cambió sutilmente. Difícilmente hubiera imaginado unos minutos antes, durante esos asépticos instantes de silencio solamente quebrado por la vibración de una bombilla rutilante malamente colgada del techo, que uno de esos picoletos le iba a salir con el encargo que les había hecho el gallito playero. Y como dos dedos de frente sí que tenía Artai —pese a los muy bajos fondos que frecuentara—, empezó a considerar si no se les habría ido la mano tratando de sonsacarle aquello tan valioso que iba buscando al allanar la casa de campo en la zona de Ragón.

—Y no me mires así hombre —le chuleó Luján con sorna—. Me consta que vosotros no habéis sido más que el músculo de la operación, que no el cerebro… a la vista del punto en el que nos encontramos en este momento.

Comenzar el interrogatorio por Artai empezó a postularse como un movimiento acertado. Saltaba a la vista el cambio de actitud en el detenido, pasando de desafiante y altanero a marcadamente nervioso y agitado.

—Cuando le soltamos estaba como una rosa, joder…

No había acción intimidatoria mejor en el mundo para Luján como cuando hablaba el silencio, esas hordas de *nada* que se encargaban de hacer el trabajo policial por él.

El silenció hizo el trabajo a la perfección.

—… la última vez que le vimos.

—Qué fue exactamente cuándo… no me lo digas… cuando… sí, ahá, cuando le propinasteis una buena ración de hostias.

—¡No le tocamos ni un puto pelo! —gritó Artai golpeando sobre la mesa con los cantos de las manos convenientemente esposadas.

En eso estaba siendo sincero el detenido. Lo que habían hecho en su lugar había sido someterle a la siempre delicada y sutil técnica del ahogamiento simulado, un tipo de tortura de lo más común en áreas de recreo tales como Guantánamo, Afganistán y vete a saber en qué otros infiernos más.

—¿Qué le hicisteis, entonces?

Artai se dejó caer a plomo sobre el respaldo de la banqueta.

—Es un buceador, ¿no? Un pro, decían por ahí…

El agente Luján dejó hablar al silencio una vez más.

—Jugábamos con él, eso es todo.

—Y ahora lleva una semana larga desaparecido.

Una teoría cobró fuerza para Luján clara como la luz de un soleado mediodía.

—Sí, ya me lo sé, ya me lo sé… lo habéis hecho cientos de veces y nunca ha pasado nada. Eso, que vosotros sepáis.

Con su mirada clavada en Luján, sus ojos azules vidriosos, Artai podía sentir cada vez con mayor claridad hacia dónde iba todo aquello.

—Igual habéis sobrevalorado la capacidad de aguante del muchacho, ¿no te parece?

Luján se acercó el teléfono móvil a la boca y comenzó a hablar despacio hacia el orificio para la entrada del audio:

—Ahogamiento simulado… secuelas físicas.

Una sucesión de secos golpes en el cristal del ventanuco hizo girarse a Luján hacia la puerta. Una vez conseguido el contacto visual, Ramírez acercó su muñeca hasta quedar pegada a su mejilla y, mirándole fijamente, golpeó varias veces con el dedo índice sobre un reloj imaginario situado a la altura de su hueso escafoides. Después, la agente se anudó una corbata imaginaria. Alguien había enviado un abogado para asegurarse que los hermanos mantuvieran la boca cerrada.

Luján gesticuló un exagerado «ya va, ya va» con los labios, y regresó con premura su atención al detenido.

—Si tienes la conciencia tan limpia —le dijo al detenido—, entonces dime dónde le visteis por última vez y tal vez, solamente tal vez, ahí quede la cosa.

Luján vio desvanecerse la cara de Ramírez como el eructo de un borracho en el desierto. Tenía que entretener al abogado a toda costa.

—¿Y bien? —insistió Luján.

Entretanto, Artai libraba una tremenda batalla a base de

mordiscos compulsivos contra los pellejos del dedo índice. Estaba a punto de caramelo.

—Te leo, literalmente —continuó Luján—. A ver si esto te anima…

Luján amplió el texto en su teléfono móvil varios aumentos y comenzó a leer algunos datos especialmente interesantes.

—El ahogamiento simulado —comenzó a leer de forma sosegada, añadiendo a su voz ciertas notas de erudición— puede desencadenar la liberación de las hormonas del estrés llamadas cate… catecolaminas, que pueden… —Luján hizo una pausa en su lectura antes de continuar leyendo en voz aún más alta— … que pueden blablablá… haciendo que la frecuencia cardíaca y la presión arterial se disparen… lo que podría… oh, aquí viene lo bueno… lo que podría, y que conste que me limito a leer lo que pone aquí, podría preparar el escenario para… —Luján alzó la vista y miró hacia Artai fingiendo sorpresa desmedida—… ¡pero qué me dices! ¡Para un ataque al corazón!

Por la expresión en el rostro del detenido, cualquiera habría dicho que estaba hablando con una reproducción de Artai hecha con cera.

—¡Eh, eh!, ¿Pero tú escuchas lo que te digo, joder? ¡Que como poco os cae un cargo por homicidio preterintencional, cojones!

Bajo la cortinilla doble de fideos que era el flequillo cortado a bocados del interrogado, con la raya al medio como un tejado a dos aguas, Artai soltó lastre finalmente.

—Hay un chalé en Vilamoire…

Luján se apresuró a sacar su pequeño bloc de notas del bolsillo interior de su cazadora, extrajo un minúsculo lapicero de las espirales del bloc y comenzó a tomar nota de las indicaciones.

—¿Vilamoire?

—A quince minutos en coche de Pontedeume.

—¿Lo llevasteis allí directamente?

Artai guardó silencio.

—¡Eh! Te pregunto si lo llevasteis allí directamente.

—No.

—¿Y bien?

Al detenido le estaba costando soltar el lastre.

—¿Y bien? —añadió Luján, ahora en un tono cercano a la pérdida de la poca paciencia que le quedaba.

—Puede que paráramos antes de ir a Vilamoire.

—Dios santo, ¿dónde, si se puede preguntar?

Luján golpeó sobre la superficie de la mesa con las palmas de las manos causando una onda sonora perceptible en toda la comisaría.

—¿Dónde?
—En un sitio abandonado.
—Sitio abandonado, sitio abandonado… ¿qué cojones significa eso, joder? ¿Una ermita abandonada? ¿Un búnker abandonado? ¿Una casa de putas abandonada?
—Un cuartel, un cuartel abandonado.
—¿Un cuartel? ¿Qué cuartel, joder?
—Un cuartelillo.
Luján giró el cuello buscando a Ramírez al otro lado del ojo de buey. Después volvió la vista hacia Artai. Sus pulsaciones iban en creciente aumento. La inminente llegada del abogado echaría todo a perder, joder.
—¡Dios santo! —exclamó—. ¿Qué cuartelillo?
—El cuartelillo de Cabo Prior.
La pesada puerta de la sala se abrió de golpe para la sorpresa de Luján y del confinado. En poco más que una fracción de segundo, un tipo joven, de unos cuarenta años largamente superados (fácilmente, quince años menos en su DNI), se hizo con el control y dominio absoluto de la estancia. Vestía un traje azul de dos piezas, y sus facciones, duras y vagamente civilizadas, le conferían un aspecto especialmente tosco. Visualmente, era la antítesis del abogado fino repeinado a base de eyaculaciones de gomina Revlon.
Con un elegante ademán, el abogado ordenó al detenido levantarse de la silla de inmediato, requerimiento que este se apresuró en cumplir con la mayor diligencia.
Luján esperó ansioso el contacto visual con el abogado para decirle que, lamentablemente para los intereses de su protegido, este ya había hecho las confesiones más que necesarias para procesarle por la desaparición de Nando Villaboi.
Cuando finalmente cruzaron las miradas, la indiferencia en la expresión del abogado resultó una inesperada sorpresa para Luján.
—Me temo que el bote salvavidas llega a deshora, letrado.
—¿Ah, sí? —respondió el abogado, indicándole el camino de salida a su cliente—. ¿Y eso por qué, agente?
—Hemos tenido ocasión de hablar largo y tendido.
—Ahá —su indiferencia era absoluta, tanta que fingía darle más importancia al dobladillo de su chaqueta que a las amenazas de Luján.
—¿No cree que sea un problema para su cliente?
—Hmmm… no sé yo —respondió distraídamente el abogado—, ¿qué problema habría de ser ese?
—¿Las declaraciones del detenido, por ejemplo?

—Oh, lo dice usted por ese *eso*.

—Así es.

El letrado seguía impasible, sin la menor de las preocupaciones. Más que una conversación, parecía que se limitaba a jugar con Luján como un niño dando golpecitos al cristal de una pecera para marear a los peces cautivos en esta.

—Manifestaciones espontáneas, nada más —añadió el abogado, justo antes de salir por la puerta caminando a espaldas de su cliente.

—No, no, no —llamó Luján al orden, al sentido común. Ni siquiera consiguió la complicidad de Ramírez, que ahora le miraba con claros signos de descontento en su expresión puntiaguda.

—¿Le han informado de su derecho a guardar silencio o a no confesarse culpable? —le preguntó el abogado a Luján—. Por su cara, entiendo que no.

Y así era. Un pequeño detalle que Luján había pasado por alto malinterpretando las palabras del agente Urbano. Algo sobre lo que el subinspector Peirallo podía haberle insistido en medio millar de ocasiones, si no más.

—Buenos días, agente.

Como respuesta, Luján trató de ser quien añadiera la última palabra a la conversación:

—Espero que no le diera a su cliente por ponerse a disparar al aire en la playa. La noche de la desaparición, me refiero.

El abogado detuvo su paso, se dio la vuelta lentamente y miró con curiosidad hacia Luján.

—Lo que haga o deje de hacer mi cliente es cosa suya, ¿no cree usted?

—Sí, claro. Siempre que ponerse a disparar al aire no le coloque directamente en la escena de un crimen.

Luján se arrepintió al momento de haber revelado tan airadamente la base de su estrategia, ¡joder, Luján! ¿Por qué no sabía morderse la lengua?

La imagen repentina de los dos críos recogiendo casquillos junto a las dunas en la playa de Santa Comba le abstrajo del mundo a su alrededor durante un segundo que le resultó infinito. Si uno de los casquillos recogidos en los alrededores de las dunas —por ellos o por cualquier otra persona— encajaba con el arma encontrada en el maletero del coche, ya podían tener los hermanos Aldán y Artai Castro una buena explicación para justificar lo que se les había perdido en aquel lugar.

De igual manera, con su macilento abogado sobre aviso, podrían preparar un discurso convincente a tiempo.

En cualquier caso, Luján necesitaba con máxima urgencia localizar, perdido entre las dunas de Santa Comba, un casquillo cuyas marcas de detonación encajaran con la Star de calibre nueve milímetros supuesta propiedad de los hermanos Castro. O localizar en su lugar a quien pudiera haber encontrado tal hallazgo en su afán por sacarse unas perras negociando con el chatarrero, siendo este segundo escenario el ideal; o más que el escenario ideal, el único escenario posible, porque de esta forma, quien hubiera encontrado el casquillo en el suelo podría afirmar ante un tribunal haberlo encontrado donde un día antes *no* habría visto nada. Y eso solo podía significar que había sido detonado en la misma noche de la desaparición.

No era un plan sin fisuras, pero era el único plan del que podía tratar de sacar algo en ese momento.

Ahora tocaba mover el culo hacia las dunas de queso gruyer, donde Luján deseó por primera vez en toda su carrera (y quizás en toda la historia de la criminología) no encontrar la prueba incriminatoria donde esta debería estar.

Capítulo 19

Echar la vista atrás siempre era para Luis un complicado ejercicio de equilibrio mental. El feo hábito de perder el tiempo mirando hacia el pasado le ponía en la incómoda tesitura de tener que hacer convivir dos aspectos incompatibles en su vida: por un lado, el aún vívido recuerdo del camino que creía tener por delante antes de recibir la noticia más devastadora de su vida hacía cuestión de meses; y, por otro lado, los restos de la fantasía que había formado en su cabeza de una vida sin sobresaltos, con su afortunado trabajo a media jornada bien pagado, pagado de maravilla para el tiempo que le dedicaba, a decir verdad, y con todo el tiempo del mundo por delante para convertirse en un emprendedor de éxito o lo que le entrara en gana. Fantasía cuyos infinitos fragmentos permanecían ahora clavados en su piel como aguijones después de explotarles en la cara. Quizás por encontrarlo contraproducente, cuando no insensato y banal, Luis había desterrado de su cabeza hacía tiempo la idea de dejarse llevar por la nostalgia, aunque esto incluyera mover a un segundo plano cuestiones tan importantes como la relación con su propia madre, una mujer mayor y preocupada por su nieto, a quien idolatraba. De la noche a la mañana, Luis había hecho de la nostalgia su peor enemiga para centrar toda su atención en una sola tarea: mirar hacia adelante.

Calendario en mano, Luis se cuidaba mucho de tener a su madre informada cada semana sobre toda novedad en la evolución en la enfermedad de Marc. Si dos alarmas no eran suficiente aviso, una tercera acababa de recordarle que no todo giraba en torno a su propio ombligo. Su madre informaba a su padre, que pasaba el noventa por ciento de su tiempo pegado al televisor viendo películas del oeste. Por Dios, ¿qué tenía la caspa western para atraparle de aquella manera durante interminables horas? Todavía no había encontrado una respuesta convincente a esa cuestión.

La visita del día anterior de Sandra Pavones con el tal Nono, si no recordaba mal el nombre del chico, bien justificaba una llamada a su madre el día siguiente, miércoles a la hora del mediodía.

A la mujer se la podía notar apurada al otro lado de la línea, de eso no había duda. De esa forma tan particular en la que se apuraban todas las madres del mundo sin importar cuánto

estuviera en manos de sus hijos poner sus propios asuntos en orden. Con el auricular pegado a la cara hasta el punto de empezar a arderle la oreja, Luis podía sentir cómo la conversación telefónica hacía más dramático el tono de voz de su madre.

—¿Y Helena no puede hacer nada? —le preguntó ella sin aportar mayor contexto que explicara a qué se refería exactamente con aquella pregunta.

—¿Helena?

—No sé… como trabaja en un hospital…

—¿Qué más dará donde trabaje?

Cuidado, Luis, se dijo al instante. No te pases.

—Ah no, nada… si lo digo por si ella pudiera hacer algo.

—Madre, a los que trabajan en el hospital no les dan descuentos para tratamientos especiales. Y menos si el tratamiento cuesta una millonada.

—Ah, eso yo no lo sé…

—Pues yo sí lo sé, créame.

¿Por qué le había costado siempre tanto aceptar a su madre cuando solamente se limitaba a hacer el papel de madre? No lo entendía. De nuevo, la mujer se interesaba desde el mayor desinterés. Y, joder, solo se estaba preocupando por su nieto.

—¿Os han dicho ya cuánto cuesta?

—No… bueno, sí —Luis se corrigió y se arrepintió en el acto—, pero para el caso, nos da lo mismo.

—¿Cómo que os da lo mismo?

Luis adivinó la deriva a la que les llevaba la conversación. Calló durante unos segundos.

—¿Luis? —insistió ella, agitada—. ¿Os han dicho algo?

Las palabras de su madre parecían ir cargadas de electricidad cuando salían de su boca, entre interrogantes que conseguían materializarse en algo físico y tangible.

Luis trajo un reciente recuerdo a su memoria, de ese tipo de recuerdos que penden colgados de una puntilla mal clavada en la pared.

—¿Qué significan las siglas FAH? —le preguntó casi sin pensarlo, algo que fue más bien la respuesta mecánica al recuerdo que cobró repentina presencia en su cabeza. El del chico clavando su mirada en el emblema decorativo que había en la vitrina del pasillo, como si hubiera visto una aparición, justo cuando Helena y él le echaban a patadas de su casa.

Su madre titubeó.

—¿Fa? —repitió ella. Casi podía oler el frescor de la montaña que le evocaba la marca de desodorantes, pero poco más.

—No, fa no.
—¿Entonces?
—Efe, a, hache —deletreó Luis—. FAH, escrito en mayúsculas.
—Ah… FAH…
Su madre trató de entender a qué podía venir ese cambio de rumbo en la conversación, y en su respiración más propia de una olla a presión Luis pudo apreciar el miedo en Aurora a destapar el arcón de los recuerdos.
—¿Por qué lo preguntas? —quiso sonar entera, pero el tono ausente en su voz evidenció el doloroso recuerdo que aquellas tres siglas traían a su memoria. No era aquel un episodio familiar que Aurora disfrutara reviviendo, ni siquiera mencionándolo.
—No lo sé, la verdad. —Luis movió la cabeza de lado a lado—. Simplemente me ha venido a la cabeza.
Aurora conocía bien esas tres siglas. De una forma u otra, la Fábrica de Artillería de El Huétor siempre había estado presente en su infancia. No había sido un camino de rosas ser la hija de un traidor. Tener que lidiar con las miradas capciosas, lidiar tan joven con el peso de un estigma familiar. Otros, sin embargo, la consideraban la hija de un héroe, merecedora de todo y de mucho más. En cualquier caso, era algo difícil de asimilar para una niña que se quedaba muda, petrificada del miedo cuando le preguntaban: «¿Y tú, de quién eres?».
—FAH es la fábrica donde trabajó tu abuelo Martín.
—¿La fábrica de armas?
—Sí, hijo, sí. —Cuán pesadas eran las palabras—. La dichosa fábrica de explosivos —añadió apesadumbrada, con desgana.
Ya no le afectaba tanto el recuerdo como para dejarla abatida, tirada en el sofá durante horas. Incansables sesiones de terapia y la incomprensión de su marido habían sido el precio de aquel estigma. Para este, sin embargo, una sesión de películas del oeste parecía suficiente terapia para curarle de todos los males.
—Nunca nos has hablado de la fábrica.
La explicación llegó en forma de balones fuera:
—Eso es porque no hay nada que contar.
Luis bajó el teléfono, apartándolo de su respiración por un momento. Dejó escapar una larga bocanada de aire y volvió a acercárselo a la boca.
—Madre —dijo Luis remarcando cada letra.
—Dime, hijo.
—¿De qué murió el abuelo Martín? —preguntó Luis, quien solamente esperaba una respuesta sin rodeos.
Quizás fuera el momento de pasar el testigo a sus hijos, de soltar lastre de una vez por todas, pensó Aurora. Después de

todo, los chicos ni siquiera habían tenido la ocasión de conocer a su abuelo, por razones obvias, y el hermetismo generalizado alrededor de su figura había sido de tal calibre que apenas podían sentir un vínculo con él.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Aurora por última vez.

Luis carraspeó, ¿estaba loco por querer saber más de su propio abuelo?

—¿Acaso no debería? —preguntó.

—No es una historia bonita precisamente, pero…

—¿Pero?

—Pero ya vais teniendo una edad.

—¿Qué ya vamos teniendo una edad?

Silencio administrativo al otro lado de la línea.

—¡Madre, por favor! ¡Que cumplo cuarenta y cinco en dos semanas, copón! Y Carlitos… qué coño, Carlitos. Carlos ya está rozando los cuarenta.

—¿No prefieres pasarte por casa y hablarlo tranquilamente?

Su madre olvidaba un pequeño detalle, el de un nieto para el que el menor de los tropiezos podía significar una lesión de gravedad extrema.

—No puedo irme así como así, ya sabe usted que no.

Aurora agarró el mantón que solía estar en el reposabrazos del sofá, se sentó en este y se lo echó por encima.

—Tu abuelo Martín murió de una forma horrible… ni siquiera llegó a saber lo que estaba de camino… aunque con el suplicio que debieron ser sus últimos días de vida, casi mejor que no llegara a saberlo.

—¿Qué es lo que venía en camino?

—Tu madre venía en camino, ¿qué otra cosa iba a ser si no?

Nadie podía saber a ciencia cierta si el curso de las cosas habría sido diferente si Martín hubiera sabido que iba a ser padre a los ocho meses de ser encarcelado para no salir finalmente de allí con vida.

Luis agitó la cabeza de lado a lado. Era mucho que asimilar sobre su abuelo.

—¿Qué le pasó en la cárcel?

—No se sabe bien lo que pasó, pero…

Dios, ¿había que sacarle las palabras con sacacorchos a esta mujer?

—¿Pero? —preguntó Luis, cada vez más nervioso e irritable.

—Lo encontraron —dijo con voz temblorosa— sepultado debajo de un muro de piedra de un quintal…

Precavido, consciente del dolor que podía suponer para su

madre tener que recordar algo así, Luis bajó el tono de voz, casi susurrante ahora.

—Dios santo.

Su madre parecía seguir absorta en sus propios pensamientos, viajando de recuerdo en recuerdo a pequeños saltos sobre los frágiles nenúfares de su memoria.

—… tenía las manos amputadas a la altura de las muñecas —continuó, y añadió con voz firme, tratando de sobreponerse a una tragedia grabada a fuego en la memoria familiar—: Y una estocada atravesándole la cabeza desde la coronilla hasta el entrecejo.

Si había una forma violenta de morir, la de su abuelo era un ejemplo de manual. Luis recordó la imagen de Nono huyendo despavorido por el pasillo, en su casa, poniéndose a salvo después del chaparrón que acababa de caerle tras la reacción visceral de Helena, preguntándoles si conocían de alguna muerte especialmente violenta en la familia.

—¿Quién podría hacerle algo así? —quiso saber Luis.

Su madre río tristemente.

—En esa época, ¿quién no habría hecho algo así? Por mil razones. Por salvar la vida, por poder o por tres cochinas perras.

Estaba cada vez más claro que la historia de su propia familia era una asignatura pendiente para Luis.

—¿Por qué estaba el abuelo en la cárcel? —preguntó tratando de ordenar sus pensamientos, de darle un hilo conductual a toda aquella información que llegaba de forma repentina.

Aquella era la pregunta eterna, la duda que había corroído hasta consumir a la madre de Aurora, la abuela de Luis a la que este sí llegó a conocer, aunque no conservaba de ella ni un solo recuerdo.

—Corrían rumores por el pueblo… pero ni mi madre, ni mis abuelos llegaron a saberlo nunca a ciencia cierta. Mi padre apareció un buen día por la residencia familiar, cogió las llaves del estudio de fotografía de mi abuelo… y nunca más se supo de él.

—¿El famoso fotógrafo?

—Sí, bueno, él no era famoso, el famoso era el marqués que le daba trabajo… El caso, que cogió las llaves del estudio y nunca más se supo de él hasta que encontraron su cuerpo sin vida unos días después.

—En la cárcel.

—En un convento convertido en cárcel —matizó Aurora.

Con la mirada fija en las tablas de parqué del suelo, en su salón, rodeado del dispositivo de investigación que tenía allí montado,

Luis empezó a pensar seriamente si no se le habría ido de las manos lo de meterse en el rol de aprendiz, de investigador, de farmacéutico... ¡si ni siquiera sabía de dónde venía, joder! ¿A quién quería engañar?

—¿Y eso es todo lo que se sabe? —Quería saber más, todo lo que fuera posible.

Para su desconsuelo, eso parecía ser lo único que sabía su madre, y solo lo sabía de oídas, así que tampoco podía fiarse del todo.

—Bueno, se sabe que hubo una revuelta o algo así, que se armó una buena y que la cárcel acabó en ruinas..., que alguien le prendió fuego y que los muertos estaban por todas partes..., incluido mi padre, que en paz descanse el buen hombre... si eso es posible después de un tormento de ese calibre.

—Me parece increíble que nadie supiera nada sobre quién acabó con su vida.

—Alguien sí que debió contar algo a las autoridades, pero me explicó mi madre que lo que decía era tan absurdo que le tomaron por loco.

—¿Quién?

—Uno de los presos que logró escapar, un herrero, o un militar, no sabría decirte.

—¿Y no sabéis lo que contó?

—Sí, un vecino que estaba en la comisión que estudió el asalto se lo contó a mi abuelo, el fotógrafo.

—¿Y a qué espera para contármelo?

—Les dijo que mi padre, Martín Velasco, intentó renacer por las bravas.

***

A Luis le faltó tiempo para despedirse de su madre con un escueto «tengo que colgar», tropezarse dos veces a lo largo del estrecho pasillo de su pequeño piso en Pontedeume y echarse a remover cielo y tierra para encontrar el papel con el número de teléfono del chico de Cabo Prior. ¿No quedó tirado por encima de la mesa? ¿Qué día fue? Miércoles. ¿Qué día pasan a recoger la basura? Ni rastro del papel con el dichoso numerito.

Tratar de hablar con Helena sobre la conversación con su madre no era una opción que *a priori* se pudiera contemplar, así que pedirle el teléfono de Sandra Pavones para volver otra vez al asunto de lo paranormal quedaba descartado. ¿Qué cojones podía hacer?

Pedirle el móvil con algún pretexto, tal vez. Aunque tampoco es que sonara muy alentador. ¿Me dejas la clave para desbloquear

tu teléfono? ¿Para qué quieres tú desbloquear mi teléfono? Mentiras arriesgadas, fin de la historia. Luis no podía quitarse de la cabeza las palabras de su madre: «Nos dijeron que mi padre intentó renacer por las bravas». Esa era exactamente la expresión que había usado el chico en su casa: renacimiento. Y ahora, renacer por las bravas.

Antes de seguir adelante procedería una llamada a su madre para asegurarse de que esta no había tenido ningún contacto, reciente o no reciente, eso daba igual, con ningún individuo que encajara con la descripción de Nono, en sus veintitantos, casi treinta, delgaducho y con pinta de chupatintas. Ella, sin entender nada de lo que su hijo venía a decirle, le dio la respuesta que buscaba precisamente con el hecho de no entender nada.

Se trataba en realidad de dos hechos absolutamente inconexos entre sí, el del chico viniéndoles a hablar de renacimientos y su madre revelándole que su abuelo, según testimonios de la época, trató, en el momento de su muerte de, ¿cómo había dicho ella exactamente? Sí, joder, de renacer por las bravas, significara lo que significara.

La urgencia era máxima en aquel momento para Luis. Necesitaba encontrar el contacto de Nono (curioso nombre, por otra parte). Necesitaba el condenado papel con su número de teléfono, o bien localizar a Sandra Pavones para pedírselo. Esperar la vuelta de Lucas del colegio, jugar con él y su hermano antes de la merienda, como cada tarde sin excepción, preparar la merienda para ambos, merendar y esperar que Helena no volviera tardísimo a casa, estresada y quemada con la vida. Mucho pedir para un miércoles cualquiera.

Había una solución. Podía poner al mando a Lucas, el mayor de los hermanos; dejarle a cargo de Marc durante un par de horas o tres, dándole un poco más de esa responsabilidad que Helena se empeñaba en exigirle a todas horas. Después de todo, con seis años ya podía comprender la importancia de ciertas cosas… ¿qué era lo peor que podía pasar? Todo podía pasar. Un tropiezo, una caída. Una fractura espontánea, algo que contemplaba el cuadro médico como una posibilidad muy real. Meses de ortopedia, de rehabilitación y de tratamiento con hormonas, 30 mg de Pamidronato como estos. Todo al traste por la negligencia de un padre que prefirió librar la batalla por su cuenta.

El inconfundible chirrido de la puerta del ascensor abriéndose libró a Luis de tomar la decisión más estúpida de su vida. El tintineo de las llaves golpeando contra el revestimiento metálico de la cerradura fue la confirmación definitiva de que Helena había tenido un buen día. Llegaba pronto a casa. A lo sumo

querría irse un rato a la piscina pública a nadar. Nada que no pudiera negociar Luis para poder darse un salto hasta la costa ferrolana para confirmar una idea que aún no podía compartir con su mujer: que la muerte de su abuelo y la enfermedad de Marc estaban, de alguna forma inexplicable, conectadas.

A Helena le sorprendió encontrarse con su marido preparándose para salir de casa como si llegara tarde a recibir un cheque de un millón de euros.

—¿A dónde vas?

Helena guardó su abrigo de entretiempo North Pole, su bolso de imitación comprado en la tienda de moda china y el resto de los enseres en sus correspondientes lugares, pero la estela que iba dejando Luis a su paso moviéndose como alma que llevaba el diablo no se lo estaba poniendo nada fácil.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —preguntó a punto de empezar a estar molesta con él—. ¿Han merendado ya los chicos?

A Luis solo le faltaba encontrar el dichoso papel con el teléfono de Nono, a quien llamaría desde el móvil una vez en camino.

—Merendado, jugado, meado, cagado —enumeró—, lo hemos hecho todo… ¿Te suena un papel que había por aquí? —preguntó sin siquiera pararse a mirar a Helena a la cara, algo que a ella le ponía de los nervios.

—¡Joder, Luis! —De nuevo tuvo que borrar de su cabeza la idea de hacerse unos relajantes largos en la piscina—. ¿Me vas a decir qué narices pasa?

Plegado en dos mitades, medio escondido detrás del pequeño taco que hacía las veces de pata para el sofá de la salita de estar, el papelito con el número del muchacho impreso se reveló finalmente ante los ojos de Luis.

—¡Ahá! —celebró el hallazgo, y se agachó para recogerlo.

A Helena le faltaban centímetros de frente para darle más espacio a sus cejas, que sobrevolaban sobre sus ojos como globos aerostáticos tratando de ganar altura.

Pletórico como hacía años que no se sentía, Luis se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—No hagas preguntas —le rogó a Helena, totalmente desencajada por el peculiar recibimiento. Después de eso, Luis abrió la puerta y salió de la casa como una exhalación hacia el garaje.

—¡No tardo! —se le escuchó gritar desde el ascensor, aunque sus palabras iban perdiendo sustancia como la sirena de una ambulancia alejándose de allí a toda velocidad.

Capítulo 20

Illescas, 1937

Ocho días antes del asalto la cárcel de San Esteban

La complejidad de la relación entre Escalona y su grupo de seguidores se hacía evidente con solo observarlos un poco. A simple vista parecía una lealtad inquebrantable, pero al analizarla con detenimiento, se podían detectar las tensiones y rivalidades que subyacían. Los cruces de miradas, gestos y cuchicheos revelaban capas ocultas de intereses y deslealtades, tensiones que se intensificaban cuando Escalona descuidaba a su grupo o, por el contrario, cuando le prestaba más atención de la debida.

—El gorrillo —trató de instruir a sus seguidores sin llegar a despertar mayor interés en ellos que el de tener contento a su líder— se agarra con la mano derecha, ¿entendéis? De forma que el extremo final de la parte superior queda justamente entre la curvatura que forman el pulgar y el dedo índice. ¿Lo veis? Después, nos lo llevamos a la cabeza y nos lo colocamos tal que así —decía, mientras demostraba el movimiento con esmero—, graciosa y ligeramente ladeado hacia la derecha. Siempre hacia la derecha, ¿lo entendéis, cenutrios?

Si había un color que Escalona amaba por encima de todos los colores, ese era el color azul. Y junto con el distintivo color azul de su uniforme militar, no había accesorio azul por el que más respeto sintiera que por su gorrilla a juego con el resto de su indumentaria.

Cada noche, antes de dormir, recorría con las yemas de sus dedos el sutás de hilo rojo que cruzaba la gorra por ambos laterales, asegurándose de mantener la borla colgante en el ángulo perfecto, apuntando hacia el comienzo de su patilla en el mismo lado del rostro por el que volcaba.

Esa y no otra era la forma de llevar el gorrillo haciendo verdadero honor a los colores. Poco le importaba a Escalona repetir lo mismo una y otra vez pese al evidente hartazgo de sus compañeros de fatigas. Aquella mañana no iba a ser una excepción, así que la cuadrilla despertó con las indicaciones habituales de Escalona sobre cómo colocarse la gorra de cuartel de la forma correcta.

De los cinco soldados que había conseguido reclutar como ayuda de cámara para seguirle la pista a Martín —o más que a él,

a los lienzos que su actual prisionero, Alfonso Pailá, afirmaba tener escondidos en algún lugar—, los únicos que se permitieron poner en palabras el sentimiento de repulsión que sentían por Escalona eran los dos regulares.

—¿Quién le callará a este la puta boca? —le dijo uno al otro en un tono de voz no más alto que el sonido de un alfiler golpeando contra el suelo.

Dormir bajo techo no resultaba difícil con una buena cuadrilla bien uniformada para la ocasión, algo que Escalona sabía muy bien. Bastaba con irrumpir en cualquier domicilio, en un pueblo o en el siguiente, poco importaba dónde, y acusar a los propietarios de cualquier tipo de afiliación para hacerles salir corriendo por la puerta de atrás. Pocos eran los que les hacían frente, y los que lo hacían, no tardaban en sufrir las consecuencias de semejante afrenta.

Esa mañana fresca de verano tardío a principios de septiembre, Escalona disfrutó de una buena ducha, de un lecho en condiciones y de ese café caliente que el cuerpo le pedía desde hacía semanas.

El resto de la cuadrilla hizo lo propio.

—Disfruten del café, señores —dijo Escalona tratando de sembrar algo llamado liderazgo—, que el chapiri —como también se solía llamar al gorro de cuartel que tanto apreciaba— solamente se consigue de una manera. Y no cualquiera está hecho de la pasta necesaria para ganárselo.

Las frías paredes de la casa de pueblo en la que la cuadrilla de Escalona hizo parada y fonda anunciaba un mes de septiembre inusitadamente frío, como podía dar buena cuenta Pailá temblando en el suelo.

Con las manos atadas detrás de la espalda, yaciendo sobre una alfombra de esparto, el peón fundidor de la fábrica de artillería contemplaba a sus captores disfrutar de su desayuno como si no hubieran comido en toda su vida. Que mojaran un mendrugo de pan tras otro dentro del café rancio del día anterior tampoco ayudaba a dignificar a aquellos tipos, toscos como aperos de labranza.

Junto al propio Escalona, dos efectivos de las fuerzas regulares conformaban la punta de lanza del escuadrón. Aunque una merecida fama les precedía por su inclinación desmedida hacia la violencia, el único interés del primero para tenerlos en su grupo de justicieros era su buen conocimiento de la zona de Illescas, producto de su peregrinación hacia las trincheras de Seseña en el año anterior. Añádele un par de requetés al grupo junto —soldados carlistas fieles a Alfonso Carlos de Borbón— junto con

un legionario sin nada que perder y obtén el equipo perfecto para persuadir a quien osara ponerse en su camino para confesar el paradero de lo que hiciera falta.

Con estos efectivos y la suficiente munición después de darle un repaso a los almacenes de la fábrica de artillería, el comando iba más que bien pertrechado con cargadores de repuesto, bombas de mano y granadas Laffite. Todos ellos reconocibles por las siglas FAH sobreimpresas en el interior de una figura con forma de rombo en sus correspondientes carcasas.

Por muy mal que pintara el futuro para Pailá, hambriento, congelado y amoratado de los pies a la cabeza, aquello era mejor que acabar en una fosa en las inmediaciones de la fábrica, como era el destino de tantos otros trabajadores. Más de cuatrocientos en el último año, si no le fallaban los cálculos. Los intentos del coronel Píbode por poner freno a las sacas solían ser en balde, y aunque lograba contener una gran parte de las ejecuciones, a menudo quedaban fuera de su control.

Pailá trató inútilmente de incorporarse. Apenas consiguió sentarse lateralmente, con el cuerpo ligeramente estirado, apoyado en uno de sus brazos y con las rodillas dobladas hacia un lado. Sacó fuerzas de flaqueza e imploró con vagas esperanzas algo de sustento a sus captores, un mordisco al pan duro si tenían a bien ser clementes con él.

—Dejadme algo —les rogó, arrancando un desgarrado hilo de voz de su garganta antes de caer abatido—, ¡por lo que más queráis!

Escalona no era tan necio como para ignorar la posibilidad de echarle el guante a una pintura del Greco a cambio de un tranquilo paseo hasta Illescas. No tenía mucho más que hacer, salvo dejar pasar los días en su asentamiento junto a la fábrica de artillería del Huétor. Además, la siguiente saca encontraría menos resistencia en la fábrica pasados unos días, cuando la noticia del sabotaje en las líneas de producción fuera imparable. Y las sacas eran la principal ocupación de Escalona.

La petición de clemencia de su prisionero no hizo ninguna gracia al líder del grupo, que estaba sentado a la mesa disfrutando del pan rancio como si fueran las viandas de un desayuno de la realeza.

—¿Quién te ha dado a ti permiso para abrir tu sucia boca, traidor hijo de la gran puta? —le gritó a su prisionero sin dejar de mirar hacia un punto en el infinito frente a sí mismo. Escalona se sentía como un dios entre humanos indignos de su magnanimidad.

Después giró el cuello hacia Pailá y en un sucinto movimiento

que nació de su escápula y discurrió hacia su mano en apenas un segundo, agarró su taza de café para lanzarla con fuerza desmedida hasta golpear directamente contra Pailá, quien se retorció de dolor por partida doble: por el golpe de la taza impactando en su cabeza y por las gotas de café caliente cayendo como perdigones sobre su rostro magullado.

Riendo a espuertas, Escalona acabó de desquitarse con Pailá haciendo puntería con él. Le lanzó uno a uno todos los objetos que fue encontrando a mano por encima de la mesa. Poco le importaba convertir el piso en una pocilga armando una escena digna de la guerra de trincheras, empezando por la cafetera, caliente como una plancha de hierro fundido; dos cántaras de leche —una prácticamente llena y otra vacía— y las cucharillas usadas antes por sus acólitos para agitar sus cafés aguados. Todo ello impactó sobre Pailá de la forma más humillante posible. Tanto fue así que el golpe más doloroso no fue el del canto de la taza golpeando contra su cráneo pelado; las cucharillas supusieron una estocada si cabe aún mucho peor para su moral. Con qué desprecio alguien te agrede lanzándote cucharillas de café, se preguntó Pailá empezando a acusar el dolor de los duros golpes sobre su cuerpo.

El resto del escuadrón permanecía repartido por el piso bajo de la casa de pueblo. El legionario dormía a pierna suelta en el sofá, mientras los otros permanecían de pie esperando el momento de largarse de allí, desvalijando armarios y cajones, o tomando la fresca en el patio corrala, como hacia el más espigado de los dos requetés, donde el musgo cubría hasta el último rincón haciéndolo parecer una mazmorra a plena luz del día.

Los intentos de Pailá por ponerse a salvo de más impactos usando un paragüero como escudo protector resultó especialmente gracioso para Escalona, quien aumentó la intensidad de sus carcajadas recostándose en la silla en perfecto equilibrio sobre sus dos patas traseras.

—¡Jajajá! —Sonoras risotadas emanaron a borbotones de entre sus labios quebradizos—. ¡Mirad a la rata buscando la ratonera!

Su barbilla se elevaba hacia el techo con esa risa ostentosa de quien buscaba ser el centro de atención, reclamando con vehemencia la mirada de sus subordinados.

Los dos regulares no tardaron en intercambiar miradas para sumarse al jolgorio, mientras Pailá, en el frío suelo, rezaba porque no acabaran prendiéndole fuego por puro entretenimiento.

Escalona regresó la atención a su desayuno y Pailá pudo recuperar el aliento. Aceptar guiar a sus captores hasta los

supuestos cuadros del Greco que la familia de Martín poseía había resultado ser su salvavidas al ser expulsado de la fábrica por el coronel Píbode, pero no sabía a ciencia cierta si su existencia era real o nada más que habladurías. Sabía también que Escalona le descerrajaría un tiro en la nuca en cuanto encontrara aquellos cuadros, por lo que su prioridad absoluta era encontrar soluciones alternativas.

En un mundo ideal conseguiría enfrentar al resto del grupo contra Escalona, pero no sabía qué tan leales le eran. Escalona le destrozaba moralmente, los otros le reían las gracias, todo parecía indicar que había química entre ellos.

O tal vez no.

Cuando Escalona se dispuso a mojar el último mendrugo seco como una piedra en su segundo café, todavía latiéndole el corazón con fuerza por el lanzamiento de la cafetera y todo lo demás, por la comedia implícita en la decadencia del prisionero, soltando los últimos resquicios de lo que ya no llegaban a ser ni siquiera risas como tal, el legionario se le aproximó por la espalda riendo a carcajadas, siguiéndole la corriente, y apuntándole directamente en el cogote con un revólver imaginario le disparó a bocajarro. Los dos regulares lo vieron perfectamente y comenzaron a reír a un volumen más alto. Gasolina para las risotadas huérfanas de Escalona, que empezaron a remontar el vuelo una vez más llegando a convertirse rápidamente en aplausos nacidos de su propio ego.

El legionario caminó lentamente de vuelta hacia el sillón, marcha atrás, sin perder la vista del cogote de Escalona, e intercambió miradas por un minúsculo lapso de tiempo con Pailá en su camino. Una escena que, si bien podría resultar dantesca al ojo acomodado a una vida sin sobresaltos, supuso una fuente de luz al final del túnel para Pailá: el líder del grupo estaba más solo de lo que le había parecido en un primer momento y tal vez hubiera una forma de aprovecharlo.

***

A Pailá le costó horrores tragar su propia saliva. Su expresión, hasta entonces temerosa y poco halagüeña, cambió sutilmente en ese breve ínterin de conexión visceral con el legionario. ¡Un maldito legionario! Quién se lo iba a decir, después de haberlos odiado a muerte durante tantos años. Una brizna de optimismo se abría hueco entre los fríos muros de la miseria. Tal vez no fuera para brindar bajo el sol, pero al menos era algo por lo que podía merecer la pena aguantar un día más.

Pailá esperó un rato prudente tratando de desaparecer de la

visual de Escalona. Tenía la intención de reptar por el suelo sin resultar demasiado frágil. Su fragilidad progresaba en la dirección opuesta a la que lo hacía la indulgencia del jefe del escuadrón, de forma que cuanto más indefenso se mostraba, más se ensañaba Escalona con él.

Para resultar menos vulnerable a la vista, pegó ambos brazos a sus costados y estiró las piernas adoptando la forma de un tronco. Todo lo diametralmente opuesto a una posición fetal que habría pedido a gritos clemencia. Y pedir clemencia significaba recibir una nueva tunda en el momento menos esperado.

Mimetizarse con el grueso rodapiés de piedra resultó ser la estrategia adecuada. Después de acabar su desayuno, Escalona se armó hasta los dientes, calibró la posición de su gorra hasta rozar lo obsesivo y se miró varias veces en el espejo antes de abandonar el lugar para hacer un recorrido de inspección por el pueblo.

Era el momento de luchar por su vida.

—¡Eh! ¡Legionario! —murmuró Pailá en un tono que apenas podía escuchar él mismo.

El legionario permanecía tumbado en el sillón sin llegar a escuchar las llamadas de atención del cautivo.

Para Pailá, el instinto de supervivencia prevalecía por muy gris que pintara el cielo en todo lo alto. Trató de llamar la atención del legionario una vez más, esta vez en un tono ligeramente más alto que la anterior.

—¡Eh! Legión… legión…

El legionario replegó las piernas, hasta entonces estiradas sobre la mesa del salón, y abrió los ojos tratando de discernir entre sueño y realidad. Una guerra de desgaste como aquella le había empezado a pasar factura. Lo notaba en sus sueños, cada vez más oscuros y, por lo general, poco reparadores.

—¡Legionario! ¡Aquí! ¡Mírame!

Al tercer intento, el legionario reparó en la suerte de baliza que formaba Pailá en el suelo. Resopló sonoramente y miró a su alrededor buscando al resto de la cuadrilla con la mirada, aunque no llegó a encontrarlos. Estaban demasiado ocupados tratando de localizar partes repintadas en las paredes que escondieran los objetos de valor de la familia huida, mirando con lupa cada imperfección de tabique en tabique.

Como quien lleva el peso del mundo sobre sus hombros, el legionario se levantó del sillón para acercarse a continuación hasta Pailá, quien volvió a incorporarse como ya lo hiciera un rato atrás, sin llegar a levantarse del suelo.

El legionario le habló de forma pausada, mirándole en picado

desde las alturas, espoleándole con la punta de su alpargata, el calzado oficial para los meses de verano.

—Me pregunto —le dijo, tomándose su tiempo para continuar con la frase— por qué razón en este mundo querrías molestarme mientras duermo.

Pailá le miró sin decir nada. Quería tomarle la temperatura antes de decirle que no era más que un juguete a merced de los intereses de Escalona, lo que supondría, sin lugar a duda, una situación muy delicada para su integridad física.

—Habla, traidor —le exigió el legionario, acercando su mano de forma amenazante hacia la bayoneta reglamentaria que colgaba de su cinturón—. No te vayas a venir abajo justo ahora que la charla se pone interesante.

El legionario se inclinó ligeramente hacia adelante, y el crucifijo colgando de su cuello reflejó el tímido haz de luz que entraba desde la escueta corrala. Quería escuchar lo que el prisionero tuviera que confesar.

—¿Sabes a dónde vamos? —le preguntó Pailá armándose de valor. Él sabía muy bien hacia dónde iban, lo que no sabía es si el legionario lo sabía.

—Vamos a por un traidor —respondió el legionario—. Tú deberías saberlo mejor que nadie, ¿no crees?

Pailá reconoció la ironía implícita en la omnipresencia de la traición entre aquellos muros, la jugosa medicina de los codiciosos.

—Pero no uno cualquiera —continuó el legionario reconociendo la ironía—. Uno que nos ha traicionado enviando munición trucada al frente de batalla.

Pailá trató de ganar tiempo fingiendo recolocarse para calmar el dolor de sus magulladuras. Quería cuidarse mucho de no procurar una respuesta sin barajar antes las posibles consecuencias.

Carraspeó antes de jugársela al todo o nada.

—¿Tenéis ya un tasador de confianza?

La estrategia ganadora: correr un tupido velo sobre la ignorancia del legionario respecto de los verdaderos propósitos de su consabido líder. Si acaso funcionaba, tal vez aquel no le castigara con una brutal somanta de palos por el desacato.

El legionario recuperó la posición erguida y, con los brazos en jarras, se interesó por el nuevo rumbo que Pailá le daba a la conversación.

—Así que un tasador, ¿eh?

No le hizo falta nada más a Pailá para comprobar que el legionario no tenía ni un pelo de tonto. Probablemente ya lo

sospechara desde hacía tiempo.

—Un tasador, sí —siseó Pailá mientras el legionario trataba de atar cabos.

El ruido de los pasos de los regulares y uno de los dos requetés caminando nerviosamente por el piso de arriba puso en alerta al legionario. Mientras los pasos siguieran acompañados de golpes secos en las paredes, no habría problema.

El legionario se puso en cuclillas, su línea visual impactando fríamente contra la negra oscuridad en las pupilas dilatadas del prisionero.

—No tengo tasador, no. Y entiendo que me va a hacer falta uno, ¿verdad?

—Pues eso depende... —respondió Pailá con cautela. No se atrevía a sostenerle la mirada al legionario, pero tampoco quería parecer un enclenque tratando de salvar su vida por todo medio posible.

—¿Y de qué depende?

—De lo mucho o poco que confíes en... —miró hacia la puerta, por donde acababa de salir Escalona hacía unos minutos.

—Por ahora —respondió el legionario— poco me puedo fiar de nadie.

Buenas noticias para Pailá, quien necesitaba como agua de mayo una brecha en la confianza de aquellos tipos en el líder del grupo.

—Pero aún menos me puedo fiar de ti, canalla —añadió acto seguido, y le clavó el canto de su cantimplora en el riñón—. ¿Por qué tendría que hacerlo, hijo de una hiena? A vosotros, los rojos, os gusta mucho eso de salvar los trastos a la desesperada.

A Pailá empezó a cambiarle la expresión por momentos.

—Si mueres, es porque debes morir, ¿entiendes? Sois el germen de una nueva vida en las cavernas, ¡vergüenza tendría que darte la barbarie que promueves! Y ahora quieres negociar conmigo una salida pacífica, ¿verdad, canalla?

La situación se estaba yendo de madre, tanto que Pailá volvió a buscar con la mirada el paragüero que antes había hecho las veces de parapeto ante el aluvión de utensilios de cocina producto del desprecio de Escalona.

—Martín Velasco —acertó a decir—. Vamos a por Martín Velasco, ¿no es así?

El legionario recobró cierta compostura, con el humor experimentando los altibajos propios de una montaña rusa. Abrió el tapón de la cantimplora y echó un pequeño trago que escupió a continuación sobre el rehén.

—Sigue hablando.

—Hijo de Francisco Velasco —apuntó Pailá tratando de ignorar el reciente escupitajo—. El fotógrafo de…

—¿Fotógrafo de qué? —le cortó el legionario impacientándose. La expresión de garrote se fue adueñando de su rostro, y su mandíbula ganó centímetros al eje imaginario vertical que comenzaba en su coronilla y caía en picado hasta sus sandalias de verano.

—Fotógrafo del marqués de Silvela y…

Ni siquiera tuvo que acabar de pronunciar el nombre del marqués.

—… Osma —completó la frase el legionario. El sabor metálico de la codicia comenzaba a ganar enteros desde sus labios finos como un arco recurvo.

Esta vez fue al legionario a quien cambió repentinamente la expresión, como si la simple mención del famoso marchante de arte fuera para él el visado hacia una vida de riqueza y desahogo.

No era en absoluto una rareza que un legionario conociera de oídas las andanzas de un marchante de arte de la talla del marqués de Silvela y Osma, que descendía de una larga dinastía de militares ampliamente condecorados.

Además, el propio marqués había transitado por los rangos de capitán, comandante y teniente coronel antes de convertirse en el comerciante cuyas historias eran por todos conocidas, historias truculentas revestidas de una sutil pátina de respetabilidad que había durado mientras se mantuvo colgado a las faldas del poder.

Sin dejar de prestar la atención debida a los movimientos del resto de la cuadrilla en el piso de arriba, no fuera a ser que bajaran de improviso para sorprenderle conciliando con el prisionero, el legionario ordenó rápidamente su lista de prioridades. Aquel Martín Velasco, a quien buscaban en nombre de la justicia, no era ya tanto un traidor a sus ojos como sí un pasaporte hacia quién sabía qué tesoros ocultos.

Se terció un momento de absoluto silencio en el piso de arriba. Pailá y el legionario bajaron la voz al máximo, como dos conspiradores unidos por un objetivo común.

Tentado por las mieles del dinero rápido, el legionario se apresuró a sonsacarle al rehén toda información que le permitiera endulzar sus noches imaginando una vida acomodada.

—Venga, dímelo ya, ¿de cuánto dinero estamos hablando? —siseó sin perder de vista las escaleras que conectaban ambos pisos de la casa.

Pailá no tenía una respuesta para satisfacer aquella pregunta. Lo que sí sabía es que, en caso de ser ciertos los rumores que corrían por el pueblo, la familia Velasco conservaba dos cuadros

del Greco que se pagarían a precio de oro en el extranjero.

El legionario buscó el bazo en el sinuoso torso de Pailá y, con la precisión de un cirujano, lo apuntaló con la zurda sin errar el tiro ni un par de centímetros.

—¡De cuánto dinero hablamos!

—¡No lo sé! —exclamó Pailá en un grito ahogado, presa de un dolor agudo creciendo como espuma de oleaje en sus entrañas.

El legionario respondió con un potente revés con su mano abierta que tumbó a Pailá de vuelta a su posición inicial, como un tronco junto al rodapié de piedra. La fuerza que el captor imprimió al golpe fue tal que los pasos de los compañeros en el piso superior comenzaron a hacerse de pronto más audibles, acercándose inequívocamente hacia las escaleras dispuestos a aprovechar la oportunidad de sumarse al castigo físico impuesto al rehén.

Mantener la conversación con Pailá en total secreto se convirtió automáticamente en la absoluta prioridad para el legionario. Además, el hecho de no estar dispuesto a compartir el botín con el resto de carroñeros exigía una serie de economías, como basar su decisión final más en su intuición que en la información que pudiera proporcionarle el prisionero.

En un gesto propio de un militar entrenado en las artes de infligir dolor, el legionario aplicó una maniobra de inmovilización sobre Pailá presionando sobre su cuello quebradizo con su rodilla huesuda, agarrándole por el codo con una mano y por el antebrazo con la mano contraria a punto de generar una torsión dolorosísima, casi inaguantable.

—¡Habla, hijo de perra! ¡O te parto el brazo aquí mismo!

Pailá se retorció en el suelo entre sollozos.

—¡No sé cuánto valen, lo juro! —respondió como buenamente le permitió su posición de absoluta sumisión, aunque se arrepintió al momento de aquel arranque de honestidad y trató de enmendarlo de inmediato—, ¡solo los marcos ya valdrán un dineral!

Respuesta equivocada.

—¿Cómo coño que los marcos? —preguntó el legionario realmente tentado de romperle el cuello a aquel ser insignificante.

La inminente llegada de los dos regulares junto con el requeté liberó de súbito la presión, al punto martirizante, a las que se estaban viendo sometidos algunos de los más sensibles ligamentos en la anatomía del rehén.

Pailá recuperó el control de sus articulaciones, logrando respirar una sonora bocanada de oxígeno tan pronto como el

legionario se alejó de un salto para evitar las lógicas conjeturas.

—¿Qué hostias está pasando aquí? —preguntó uno de los dos requetés frunciendo el ceño, confiriéndole el aspecto vetusto de un veterano de guerra pese a su corta edad.

En ese instante sonó un ruido prehistórico alrededor del fondo de la casa. Todos miraron inopinadamente hacia la puerta de la vivienda, lenta y pesada en su sentida bienvenida a propios y extraños. Bajo su umbral, vagamente iluminado pese a tratarse del clásico día de incontinencia solar, hizo acto de aparición Escalona, quien regresaba a casa después de cumplir con su ronda matutina de control por el pueblo.

Esto es un falangista que entra en el piso franco después de su ronda matinal y se encuentra frente a frente con sus secuaces —dos regulares, dos requetés y un legionario— callados como muertos junto a un rehén cuyo único interés parece ser el de hacerse pasar por un tronco de encina estirándose junto al rodapié de piedra que remata la pared de la casa.

La escena no era precisamente un chiste.

El recién llegado supo reconocer de inmediato la provocación implícita en el silencio de sus secuaces. Con la sangre fría propia de un combatiente de su altura, Escalona se preparó para ponerse en guardia. La casa se convirtió de súbito en una bomba de relojería lista para reventar al vuelo de una mariposa. Más pronto que tarde, aquella casa de pueblo pasaría a formar parte de la miríada de camposantos espontáneos a los que daba luz la guerra, día sí, día también.

Escalona se giró lentamente hacia la puerta para cerrarla y, aprovechando su posición de espaldas a la cuadrilla, acercó su mano hacia el cinturón para empuñar su pesada Astra 400 con la clara convicción de lanzar un ataque sorpresa. La única persona cuya vida importaba estaba, llegados a aquel punto, a cubierto detrás de un arcón de madera maciza, lo que eliminaba la que habría sido la principal objeción a su ataque.

A los pocos segundos, tres de los presentes yacían sobre el frío suelo de piedra, inertes, la sangre brotando de sus cuerpos formando una riada carmesí más propia de un ajuste de cuentas entre familias: uno de los requetés, con un disparo en el pecho; uno de los regulares, herido de gravedad en el abdomen; y Escalona, acribillado junto al umbral de la puerta de la vivienda.

El destino de Pailá quedó reducido en cuestión de minutos a la mitad, quedando en manos del legionario, que alcanzó a parapetarse a tiempo detrás del murete que precedía a las escaleras que daban al piso de arriba, del otro legionario y uno de los dos requetés.

***

Mientras los deshechos de la cuadrilla formada por Escalona, tullida y cada vez más próxima a la extinción, trataba de recomponerse a pocos kilómetros de allí, una columna anarquista compuesta por facinerosos salidos de los más diversos presidios entraba en el pueblo de Illescas liderada por su venerado caudillo, Clemente Pavones, también conocido como el Ángel.

La mayor parte de los más de cincuenta componentes de la columna eran bastante jóvenes. Lucían con orgullo las tibias y calaveras de los Húsares de Lusitania en sus gorras, un distintivo largamente apreciado por aquel toque macabro tan efectista que ayudaba a avivar la llama del pillaje cuando más falta hacía.

A pesar de resultar arbitraria por su variedad, la indumentaria de los soldados de la columna seguía un patrón lujoso de ostentación que cobraba forma en las botas de cuero altas y en las camisas ceñidas al cuerpo, junto a la omnipresencia habitual de sus pañuelos negros y rojos.

La columna iba bien pertrechada con armamento para abanicarle los ánimos de paz y prosperidad a cualquier villa medianera. Como el fuego que arrambla con todo lo que se le pone por delante, la columna no tuvo reparo en arrasar con las tropas aliadas que fueron encontrando en su camino, haciéndose con el control de carros blindados, conocidos como *tiznados*, ametralladoras y un vehículo Hispano-Suiza que parecía sacado de una película de gánsteres americana, decorado con letreros que anunciaban la presencia inmisericorde de los guerrilleros de la noche en letras góticas de color blanco pálido sobre el negro aún brillante de la carrocería.

El Ángel lideraba el escuadrón con sangre fría y mano de hierro. Como una gota de mercurio letal, ostentaba la gran capacidad de adherirse a cualquier facción, o de formarla él mismo, liderándola al poco tiempo hasta encontrar una buena motivación para abandonarla a su suerte. Si él tosía, todos a su alrededor se apresuraban a toser como él. Tímidamente, a un volumen sensiblemente más bajo.

En su andadura como miliciano, el Ángel acumulaba en su haber numerosas guardias en diversos presidios repartidos por todo el territorio nacional. No mostraba el menor reparo en martirizar, atormentar y ajusticiar a los presos, llegando a ser catalogado como el más brutal de los guardianes, y disfrutaba saboreando los crímenes que había cometido. Toda una joya a la que convenía ver venir si uno todavía sentía algún aprecio por su vida.

La entrada del Ángel en el pueblo de Illescas, alrededor del

mediodía, fue épica y digna para el recuerdo.

Paró al primer muchacho con el que se cruzó al tiempo que progresaban por la calle Real de Illescas, dando cuenta del crucifijo que lucía colgado alrededor de su cuello en su rosario nacarado.

—¿Qué cojones es esto? —le increpó, y acto seguido le arrancó el collar de un fuerte tirón que hizo salir disparadas en todas direcciones sus cuentas de tono blanco roto—. ¿Cómo tienes los santos huevos de llevar esto por la calle, canalla?

Al muchacho, de unos dieciocho o diecinueve años, se le quedó la cara pálida como el mármol de Carrara. El líder de la columna le empujó con el mayor de los desprecios, haciéndole caer a plomo sobre el suelo adoquinado, donde el muchacho trató de recuperar las piezas del crucifijo ahora hecho pedazos.

Los más moderados de la columna, si acaso pudiera tildárseles de moderados, urgieron al muchacho a rendir penitencia de inmediato, pero solamente de soslayo, con el mermado recurso silencioso de las muecas y los gestos.

Por lo que resultó evidente a la postre, no estaba el muchacho versado en el arte particular de la comunicación no verbal.

Haciendo acopio de valor, movido por un fuerte espigonazo de indignación, el joven le sostuvo la mirada al Ángel y le gritó con voz queda:

—¡Me lo regalaron mis padres por mi comunión! —exclamó, pobre de él, lo que espoleó la indignación de su agresor más aún que el propio crucifijo.

—¡Cállate, miserable! Fuego es lo que habría que darte…

Tremendas voces comenzaron a corear alrededor del muchacho burlándose de él.

—¡Mírale! ¡Si tiene cara de cura!

—¡Pocas misas le quedan! —auguró algún otro.

El Ángel sentía verdadera aprehensión por los símbolos religiosos, siempre, claro está, que no se tratara de sagrarios de plata de varios siglos atrás, cálices, copones, candelabros, atriles y crucifijos de esta misma época o anteriores. Todo aquello lo veneraba como una urraca que hace acopio de todo objeto brillante que cae entre sus garfias.

El hostigamiento por parte de la columna al muchacho se prolongó durante unos minutos, hasta que el caudillo depositó su atención en Martín, quien, después de esconder las dos valiosas pinturas de su padre detrás del retablo de la iglesia del Santo Justo, regresaba a su residencia familiar por la acera opuesta. El peor lugar y momento para encontrarse con una columna de anarquistas liderada por el más sanguinario miliciano.

—¡Eh, tú! —gritó el Ángel.

No había que tener muchas luces para saber que la opción de salir corriendo en dirección contraria era del todo absurda delante de una jauría de lobos hambrientos, así que Martín se limitó a aminorar el paso hasta detenerse.

El cabecilla envió a dos de sus secuaces a por Martín, quienes no tardaron en cruzar a la acera opuesta para emprender el camino de vuelta con él a fuerza de tirones de los brazos.

Aun viniendo de una buena familia, la primera impresión que daba Martín, a juzgar por su aspecto, no era la de un señorito acomodado, sino la de un curtido trabajador machacado por jornadas laborales interminables. Cinco años manejando la maquinaria pesada de la fábrica de artillería le pasaban factura a cualquiera, y Martín, pese a haber dedicado gran parte de su tiempo en los últimos meses a ayudar al coronel Píbode en la gestión diaria de la fábrica, no era una excepción. Sus manos, gruesas y de un tono negruzco pese a estar relativamente limpias, daban buena cuenta de ello.

Cuando lo tuvo frente a sí, el Ángel le dio un repaso con la mirada que habría dejado helado a cualquiera. Dado que se vanagloriaba de reconocer a un enemigo con solo mirarlo, dudar de su propio criterio habría sido menoscabar su figura como semidiós al que nadie podía engañar.

A punto de dejarle marchar, el eco de una voz temerosa se abrió hueco desde la ventana de una de las casas situadas a pocos metros del lugar, un edificio de dos plantas con las paredes desgastadas por el tiempo y el sol. Martín sabía que era allí donde la familia Martínez había vivido durante generaciones. Las cortinas de encaje, descoloridas y raídas, se movieron ligeramente, revelando la silueta de una mujer mayor que observaba con cautela, reflejando el miedo y la incertidumbre que se había apoderado de Illescas en aquellos años convulsos.

—¡Trabaja en la fábrica de El Huétor! —Y añadió a continuación tratando de ocultar su rostro detrás de las cortinas—. ¡Ese se junta con los nacionales!

Los cincuenta componentes del escuadrón clavaron su mirada en Martín. No esperaban menos que un golpe de gracia por parte de su líder. El Ángel ordenó a sus secuaces echarse a un lado y apuntó directamente al entrecejo de Martín con su Mauser M1893. El conductor al volante del Hispano-Suiza comenzó a pegar acelerones al volante, agitando el ambiente con el potente rugido del motor, haciendo vibrar a los guerrilleros de la noche.

—Así es —respondió Martín librándose a golpes de los brazos que le tenían aprisionado, a lo que añadió a voz en grito,

indignado—: Y no ha salido de la fábrica ni un solo proyectil cargado de todos los que han pasado por mis manos.

El sabotaje de infiltrados dentro de las fábricas de artillería era un secreto a voces en ambos bandos de la contienda. Podía ser tan cierto como podía ser un ardid para salir airoso del entuerto.

—¡Explícate o te pego un tiro aquí mismo, canalla!

Sin dejar de sostenerle la mirada al líder de la columna más temida de todas, Martín sacó de su bolsillo el sobre que le había entregado el coronel Píbode un par de días atrás. Extrajo un puñado de monedas de diez céntimos que en él había introducido el mismo coronel y se las mostró al Ángel extendiendo la palma de su mano abierta.

—Buscad monedas como estas en los proyectiles que no estallen en el frente. Estarán junto al detonador, con una marca impresa inconfundible y una nota escrita de mi puño y letra.

La seguridad y el aplomo de Martín al hablar no dejaba espacio para dudas, tanto que matarle habría sido un capricho absurdo incluso para alguien que acostumbraba a matar por deporte como el Ángel. Eso sí, de un tiempo en prisión no le salvaba nadie, y salir vivo de la cárcel era poco probable, por mucho que las estadísticas oficiales trataran de afirmar lo contrario.

La defensa esgrimida por Martín encontró rápidamente detractores entre los presentes. Entre ellos, el miliciano Fresnedo, quien haciendo ostentación de una aterradora calavera cosida al pecho, se acercó a su venerado líder para tratar de hacerle cambiar de opinión susurrándole al oído como una víbora:

—Si los proyectiles no explotan es porque no llevan la espoleta. Se las quitan nuestros infiltrados en las baterías desde las que se nos lanzan, no en las fábricas... Así que este no puede haber sido el responsable.

Aunque no alcanzaba a escucharle hablar, Martín sí que alcanzó a leerle los labios, entendiendo claramente la palabra «espoleta».

—Esos no son mis proyectiles —sentenció Martín—. En los míos —continuó sin permitirse perder un ápice de aplomo— encontraréis una moneda delante del percutor. Una moneda de diez céntimos de peseta.

—¿Una moneda de qué? —preguntó el tipo de la calavera en el pecho con arrogancia desmedida para su posición a todo punto secundaria en el escuadrón. El cabecilla le dedicó una mirada cargada de altanería a su seguidor. Hubiera deseado aplastarle su cráneo de primate allí mismo.

—La moneda impide que se verifique la percusión, ¿entiendes? —le dijo el Ángel a Fresnedo notablemente irritado.

Sintiéndose degradado, el subordinado permaneció en silencio, haciéndose cada vez más y más pequeño en su sitio, dándole un vuelco el estómago en apenas una fracción de segundo.

—¿Es que no sabes nada? —le reprochó el Ángel, y lo apartó de su lado de un fuerte empellón con el codo.

Después, depositó su atención nuevamente en Martín.

—Tú te vienes con nosotros hasta que comprobemos lo que nos has dicho. Ay de ti si nos la estás tratando de meter doblada.

***

Ser el rehén de una columna de anarquistas era lo peor que le podía suceder a Martín en aquel momento. Sin poder revelar el paradero de las dos pinturas del Greco a sus padres ni a ninguno de sus hermanos, el secreto estaba cada vez más cerca de irse a la tumba con él. No había manera humana de que sus familiares intuyeran su paradero. Era simplemente imposible. Ni siquiera tratarían de encontrarlos, los darían por robados y se lamentarían en base a tales circunstancias. Al menos no les rebanarían el cuello por el simple hecho de trabajar para un noble como el marqués de Silvela y Osma, o por poseer obras de un valor incalculable. Ese sería su único consuelo habida cuenta de la pérdida de sus valiosas posesiones. Pero con cada mirada acusadora, con cada insinuación de haber sido robados por su propio hijo, sus padres, Josefina y Francisco, se irían consumiendo poco a poco.

El Ángel ordenó maniatar a Martín, para lo que solamente necesitó un ademán que sus secuaces entendieron sin el menor problema.

Después, se subió de un salto sobre el reposapiés del lateral derecho del Hispano-Suiza y asestó dos fuertes golpes sobre el capó para indicarle al conductor la puesta en marcha del pelotón a lo largo de la calle Real. Había que seguir sembrando para después poder recoger los frutos del terror.

Recorridas seis decenas de metros, el conductor frenó en seco. De forma inesperada, el convoy se detuvo bruscamente, haciendo zozobrar a quienes, como el Ángel, viajaban sobre el reposapiés en el exterior del vehículo.

Cuatro siluetas doblaban la esquina en el extremo final de la calle con probable origen en la plaza Mayor del pueblo. Con un aspecto inequívocamente militar, tres de ellas se distinguían claramente de la cuarta, ya no solo por su atuendo, sino por la lánguida forma de seguirles el paso esta última, maniatada y renqueante en su caminar. El requeté superviviente tampoco caminaba tan fino como hubiera deseado, malherido y

parcialmente cubierto de vendajes con los que trataba de frenar una incipiente hemorragia debido a los dos proyectiles encajados en la refriega con Escalona.

Pailá reconoció al momento a Martín, prisionero de una columna de milicianos republicanos. Aquella visión le pareció como agua después de una larga travesía en el desierto, su pasaporte hacia la libertad y quién sabía si un bocado del pastel cuando encontraran los cuadros de su familia.

—¡Es él! ¡Es él! —exclamó a voz en grito apuntándole con un dedo acusador, un índice cargado de una munición infinitamente más abyecta que cualquiera de entre todos los fusiles Mauser presentes en ambos grupos de guerrilleros. Unos fieles al bando nacional sublevado, otros fieles a la República.

Muerto Escalona, la misma suerte para dos de sus secuaces —un requeté y un regular—, y herido con mal pronóstico el segundo requeté, Pailá no tuvo otra opción más que contarles todo lo que sabía sobre Martín.

El acuerdo al que llegó con los tres supervivientes para echarle el guante a los supuestos cuadros del Greco brillaba por su sencillez: sonsacarle a Martín Velasco su paradero a base de cardenales, contusiones y traumatismos de lo más dispares. Y cuando su aguante no le permitiera aguantar ni un solo segundo más, un instante antes de entrar en barrena en modo de shock, proponerle un trato en el que todos saldrían ganando. Todos menos Martín, a quien dispararían después de alejarlo del centro del pueblo.

La cuadrilla de Escalona no le duró a la columna de milicianos liderada por el Ángel ni siete escasos minutos. El único que salió airoso del confrontamiento fue, una vez más, el infame Alfonso Pailá, que no tardaría en adulterar con testimonios espurios el papel saboteador de Martín en la fábrica de artillería.

Después de rematar los cuerpos del regular, el legionario y el requeté, de hacer acopio de armas y de quitarles los pocos efectos de valor que los cadáveres llevaban encima, dos milicianos llevaron a Pailá a rastras para hacerle comparecer frente al Ángel.

—¡Este...! ¡Este...! —porfiaba Pailá señalando a Martín—. ¡Este es el ojito derecho del coronel Ramiro Píbode!

Cargando con Pailá asido por los brazos, los dos milicianos trataron de progresar a marchas forzadas en su camino hacia el líder, quedando los empeines de este último a ras del suelo arrastrando la mugre que cubría la calzada. A medida que las fuerzas empezaban a flaquear en los milicianos, las rodillas de Pailá hicieron lo propio.

Tuvieron que parar finalmente a pocos metros de alcanzar su meta, dejando caer a Pailá a plomo sobre el frío e inclemente suelo de piedra.

Entretanto, el resto de conformantes de la columna vitoreaban y posaban para una foto haciendo gala de su trabajo purificador después de haber desvalijado una vivienda tras otra, rodeados de cristos crucificados, angelotes y figuras de la virgen, además de dos candelabros de grandes dimensiones.

El Ángel exigió silencio y todos reprimieron su alborozo sin pensarlo dos veces. Después caminó hasta Pailá, que se encontraba nuevamente en posición de total sumisión, y una vez llegó a su altura le clavó una mirada prácticamente vertical.

—¿Y tú qué sabes, sucia rata de mierda?

—Pregúntale… —le habló con cautela, pero esforzándose en hacerse escuchar por todos los allí presentes, incluyendo a Martín—… pregúntale por los millones de pesetas de su padre.

—¿De qué cojones estás hablando? —se interesó el Ángel movido por la más absoluta curiosidad. Mostrar interés en algo no le hacía a uno resultar más débil cuando bastaba un chasquido de dedos para acabar con la vida de un pobre infeliz como Pailá.

—De su padre. —Pailá señaló hacia Martín, ahora custodiado con celo por cinco milicianos junto al Hispano-Suiza decorado con suntuosos mensajes que dejaban clara la omnipresencia de la columna—. El fotógrafo del marqués —añadió. Sentía que por fin tenía en sus manos el pasaporte para su inmediata libertad y, como delicioso efecto secundario, la más que probable ejecución de su vecino Martín Velasco.

El Ángel no tenía el cuerpo para correveidiles. Y al igual que pensaba el difunto Escalona, había detalles que más valía conservar para uno mismo. Como esa mención al marqués. El Ángel tenía planes para el recién aprisionado Martín Velasco, y no pasaban por pegarle fuego allí mismo.

No tenía más que urdir una comedia delante de todos los allí presentes y llevárselo preso para macerarlo hasta hacerle confesar el paradero exacto de todas las propiedades de su familia, como siempre acababa haciendo con aquellos desgraciados sobre los que fijaba su objetivo.

Regresó su atención a Martín.

Más allá de lo que su intuición le dijera, el Ángel solo conocía una forma de estimar el potencial económico de chantajear a quienes colaboraban con el nacional:

—A ver, tú —agarró a Martín de la pechera—. Si nos firmas un cheque de tres millones de pesetas te dejamos a salvo a ti y a

toda tu familia, ¿qué me dices?
Martín dudaba mucho que su padre tuviera ese dinero por mucho que trabajara para el marqués de Silvela y Osma.
—No puedo dar lo que no tengo —respondió Martín con firmeza.
—Pero cien mil duros ya los tendrás, ¿a que sí?
No había rastro de arrogancia en la expresión de Martín. Miró al cielo. El día le resultó especialmente brillante. Poco rastro quedaba ya de las nubes que le acompañaron en su camino desde la fábrica. Y bajo toda esta claridad, podía tratarse perfectamente del día de su muerte.
Trató de mostrarse cooperativo, ¿qué otra opción tenía?
—Tampoco los tengo —volvió a responder al líder del escuadrón, quien comenzó a impacientarse por momentos.
El Ángel le agarró del brazo para alejarse ambos unos pocos pasos más allá del resto del pelotón. Lo justo para hablarle cómodamente, de tú a tú, sin miedo a ser escuchado por sus secuaces.
—Bueno —continuó en un tono casi angelical—, pues como quiero que salgas de esta con vida…
Un sonido abrumador le privó de acabar la frase.
Esperando la inminente ejecución de otro fiel al bando contrario, el conductor del Hispano-Suiza comenzó a pisar a fondo el acelerador del vehículo, animando a los milicianos hasta ponerlos a saltar sobre los reposapiés laterales del vehículo como auténticos descerebrados.
Martín volvió la vista y dio cuenta del alboroto.
—Tranquilo, tranquilo —trató de distraerle el líder de la columna—. Haz como si no estuvieran y punto.
Como si eso fuera posible, pensó Martín. Volvió la vista hacia el frente. El Ángel hizo lo propio.
—Como quiero que salgas de esta con vida —le siguió diciendo el Ángel—, porque no es poca cosa la ayuda que has hecho a la República con tus… tejemanejes, en fin, que por tu servicio ejemplar te vas a venir conmigo a pasar unos días de vacaciones a San Esteban.
—¿San Esteban? —repitió Martín.
No tenía la menor idea de qué significaba aquello, pero sabía que no debía tratarse de una tasca a la que acudían los milicianos para intercambiar pareceres con sus detenidos del bando contrario.
—Sí, San Esteban. El convento, ya sabes. Hasta que comprobemos lo que nos has contado, nada más. Y si todo está en orden, entonces te soltarán y nosotros tan amigos, ¿te parece?

Unos metros atrás del Ángel y Martín, Pailá comenzaba a mostrarse cada vez más agitado bajo la custodia de los dos milicianos.

El más corpulento de los dos vestía con botas marrones, pantalón de color verde y una camisa de leñador de talla grande. Aparte, llevaba un cinturón de cuero con dos correajes que hacían las veces de tirantes, del que colgaba un compartimento para munición, otro para enseres y una cantimplora de latón. A su gorra le faltaba la borla en su sitio. Nada que le quitara el sueño en realidad.

El segundo miliciano llevaba un peto marrón, bajo cuyas perneras asomaba un segundo pantalón de color azul. Lucía la piel bronceada de quien nace moreno de piel. Había perdido la gorra varios pueblos atrás y, a decir verdad, no tenía la menor intención de recuperarla.

Vestido en su mono de peón de fábrica, con el emblema del cuerpo de artillería descosido por las esquinas y los tres galones correspondientes al año de aprendizaje que aún cursaba, Pailá trató de gastar el último cartucho para salir de allí con vida.

—¡Pregúntale por los Grecos! —le gritó al cabecilla clavándole la mirada entre los milicianos que empezaban a arremolinarse a su alrededor.

El Ángel ordenó apartarse a todos de su visual, y estos obedecieron de inmediato como corderos.

—¡No los puede haber escondido muy lejos de aquí! —Pailá miró a Martín sin esconder su odio hacia él—. ¿No es así, canalla?

El legado de su familia para los duros años venideros después de la contienda pendía ahora de un hilo. Mantener en absoluto secreto el paradero de esas dos pinturas podía ser la diferencia entre una vida próspera en el exilio o años en la más absoluta de las penurias. Y llevarse el secreto a la tumba no era una opción.

Capítulo 21

Actualidad

Si un esmerado interiorista del Penedés lo hubiera decorado con un cuidado gusto por los acabados finos y elegantes, el despacho de Emiliano Sogorb en las oficinas de Rekobra no habría tenido un aspecto tan siniestro como el que tenía en realidad. Sogorb podía prescindir del lujoso escritorio en madera de caoba, de una imponente vitrina rebosante de trofeos a la ética empresarial o de un sillón confidente inglés de piel patinada envejecida. Con todo ese despliegue decorativo, su refugio jamás habría podido ser todo lo impersonal y ausente que resultaba ser. Cuando se encerraba en su interior, Sogorb era una rata confiada y segura en su alcantarilla privada. Le encantaba aquella analogía tan bien traída por su socio, Pascual Poveda, hacía unas tres o cuatro Navidades. Aunque el muy gilipollas se había quedado tieso al ver que, lejos de ofenderle, a Sogorb le había reconfortado el símil. Lo mismo le daba que todo el mundo a su alrededor repudiara a la especie de la rata común de todas las formas posibles. Por lo que a él respectaba, le habría bastado con tener a mano las reservas de alcohol suficientes y una caja de habanos para hibernar en aquel despacho durante el tiempo que hiciera falta. Al abrigo de los corrosivos jugos gástricos que discurrían por sus paredes desangeladas, Sogorb se sentía sencillamente completo.

Llevaba una semana sin recibir noticias de Garrido, el jodido Nono que todo el mundo parecía idolatrar, y le estaba sentando como una descarada afrenta. Le había llegado a considerar como el más leal y maleable de sus títeres, tanto como para haber valorado ponerle al frente de una de las filiales con las que Rekobra orinaba tranquilamente en las aguas de una normativa ambigua cuando menos. Rara vez sucedía, pero si algo le hacía hervir la sangre a Sogorb era la sensación de ser un paria. Y por lo que parecía, el jodido niñato creía que podía metérsela doblada.

Para asimilar ese duro golpe para su ego —el de sentirse como un ser endeble— y, por extensión, la sensación de repudia para consigo mismo que le acompañaba a comer, a mear y a follar de pago desde hacía veinticuatro horas, Sogorb eligió la taberna Eduarda y se pegó una copiosa comilona que se alargó unas dos horas más de lo necesario. Pagó su cuenta y, siempre

asegurándose de tener al camarero delante, teatralizó el gesto de soltar una bolsa llena de monedas imaginarias sobre el pequeño plato donde descansaba el recibo. En otras ocasiones chiscaba los dedos sobre el datáfono y decía ¡ahí lo llevas! Oh, sí. Sogorb solía dejar siempre un pésimo humor como propina en los bares y restaurantes que frecuentaba.

Una vez en la despoblada oficina, se encaminó hacia su despacho como un elefante renqueante, eructó con la sonoridad de un primitivo volcán —costumbre que provocaba las más vomitivas náuseas hasta en el último de los allí presentes, al menos cuando había alguien a su alrededor— y llamó de un insidioso berrido a Sofía (la única desgraciada que, junto con el propio Sogorb, seguía acudiendo a la oficina durante las obras de rehabilitación del edificio). La llamó sin dignarse siquiera a hacerlo por su nombre de pila. Nunca hasta entonces se había molestado en hacerlo, no al menos estando sobrio —después de dos copas bajaba la guardia—, y aquella no sería la primera vez por mucha caja con bombones trufados marca su puta madre que su secretaria hubiera traído para celebrar su cincuenta y cinco cumpleaños. Cincuenta y cinco puñaladas es lo que eran para Sogorb.

Aprovechó para pedirle que perdiera un poco de peso y que, ya puestos, se cambiara el corte el pelo por algo más actual. Algo más como lo que llevaban las jóvenes de ahora, le había dicho, de esas que se disfrazaban de dibujos animados modernos.

—¡Jajajá! Y no pongas esa cara, mujer, que es un comentario inofensivo.

A Sofía se le hizo un repentino nudo en el estómago, como le ocurría en cada uno de aquellos habituales arranques cómicos para los que su delicada piel nunca llegaba a impermeabilizarla del todo. Le habría hecho falta en su lugar una dura capa cubierta de escamas para poder lidiar con Sogorb sin venirse abajo una y otra vez, que era exactamente lo que le ocurría.

Comedida, Sofía se limitó a esperar sus órdenes con la esperanza de salir de su despacho cuanto antes.

—Te voy a enviar un *e-mail* con los informes de las auditorías sobre Javier Garrido —le dijo Sogorb—... O mejor aún... —Se paró un momento a divagar. ¿En qué cojones estaría pensando? Si le ordenaba sacarlos ella misma de la estantería, donde residían las copias pertinentes de aquellos informes, la tendría en ángulo de tiro durante unos instantes que alimentarían sus más degradantes fantasías.

—Mejor sácalos tú misma de esa carpeta de color marrón zurullo. —El hombre era desagradable hasta para describir los

objetos más mundanos. Después dejó caer el peso de su orondo cuerpo sobre el escritorio apoyando en ella un brazo y extendió el brazo contrario, obligándole a bajar la cabeza debida a la nula movilidad en sus extremidades—. Esa de la estantería, ¿la ves, ojazos?

Sogorb dibujó media sonrisa ladina en su cara y echó mano de una uña de habano que todavía le quedaba por fumar en el cenicero.

Sofía visualizó la carpeta desde la distancia, e imaginó la forma menos aparatosa de llegar hasta la tercera balda de la estantería sin acabar regalándole un espectáculo a Sogorb. Una vez visualizado el proceso, consiguió ejecutarlo en apenas unos segundos. Una lástima para él, y para ella, la falsa sensación de estar a salvo de su asquerosa mirada.

Sofía dejó la carpeta marrón sobre la mesa de Sogorb y retrocedió un par de pasos para quedarse a una distancia prudente.

—Son los de Garrido, ¿no?

—Los de Nono me ha pedido. Pues aquí los tiene.

—Eso he dicho. Garrido, Nono, me suda tres cojones, como si quieres llamarle por su nombre de soltera.

Por lo general, sus empleados le venían reportando diariamente sus progresos en la recuperación de cada deuda que les era asignada. Desde la semana anterior no había tenido noticias de Garrido, lo que no pintaba nada bien. Le había dado tiempo más que suficiente. Era momento de pasar a la acción y poner en su sitio a ese hijo de puta rastrero de mierda.

—Escanéate todo esto, anda, guapa. Pásalo a PDF y envíaselo a la redacción de *La Opinión*. Se va a cagar ese cabronazo.

Sentado detrás de su escritorio bajo la atenta mirada de su secretaria, Sogorb se reclinó todo lo que los mecanismos de la desvencijada silla le permitieron. Agarró su cinturón de cuero, una ostentosa pieza gruesa y curtida de un marrón tan intenso que casi rozaba el negro. Lucía una hebilla de oro pulido de un tamaño desmesurado en la que había hecho insertar el logotipo de la empresa. Dando fuertes tirones con las dos manos en el cinturón a la altura de sus prominentes caderas de lanzador de peso, trató de ajustarse el pantalón a su distinguida barriga antes de alzarse para dirigirse como un hipopótamo hacia Sofía con fingida cara de satisfacción.

—¿No crees que he perdido un par de tallas?

La pregunta rebosaba inquina, bien lo sabía ella. Sin cejar en su empeño, Sogorb aprovechaba cada ocasión que tenía a su alcance para recordarle la vez que Sofía reservó unos pasajes de avión

para él y su familia a nombre del señor Sogordo. A Dubái. Sin opción para el cambio de los nombres. Aquellos días representaban con diferencia la peor época en la vida de la secretaria, y aunque se decía a sí misma haberlo superado hacía tiempo, ya se encargaba Sogorb con la debida puntualidad de hacerle revivir la desagradable sensación de considerarse una inútil.

Sofía caminó hacia la mesa los dos pasos antes desandados, agarró la carpeta con fuerza y se dirigió hacia el exterior del despacho caminando lateralmente, como si avanzara sobre una cornisa de veinte centímetros de anchura.

—Espera, espera…

A Sogorb le estaba costando lo indecible refrenar sus ansias de poner al jodido Garrido en su sitio. Sabía, no obstante, que echarle directamente al foso de los leones le serviría de poco si su plan pasaba por apretarle las tuercas en primer lugar. Ya había tenido que pagar con anterioridad el alto precio de más de un calentón. No es que le importara, en realidad. Sogorb no solía arrepentirse de lo que hacía, se arrepentía de lo que dejaba por hacer. Había una gran diferencia. Pero desde la entrada de Pascual en el comité de dirección de Rekobra, los calentones habían menguado hasta ser los justos y precisos.

—Tacha los nombres con el marcador antes de enviarlos al periódico, anda, guapa —le dijo pesadamente, molesto por verse forzado a tener que controlar su impronta destructiva.

***

En la carretera del faro ya podían verse los primeros indicios de la que sería una de las noches más cargadas de emoción en todo el verano. Los residentes habituales de Cabo Prior, normalmente entregados al cultivo de sus tierras, dejaban a un lado sus diferencias con las visitas de los turistas esporádicos para celebrar una noche donde el ritual de la queimada acapararía todas las miradas, absortas en el azul llameante del fuego alcohólico. Los críos se acercaban a hurtadillas a zarandear limoneros con fuerza desmedida para su edad, esperando encontrar el espécimen de limón de mayor tamaño para llevarse el fugaz mérito del descubrimiento y, con suerte, poder trasnochar entre adultos al menos por una vez en todo el verano.

La sed de independencia de la muchachada era de tal calibre que no quedaba un solo claro ya en los bosques aledaños a la carretera donde no pudieran verse improvisados corrillos de tiendas de campaña, todas ellas bien aprovisionadas de material etílico para tumbar a los bebedores más resistentes. Aquella

festividad marcaba para muchos adolescentes la línea divisoria entre la infancia y la vida adulta, y se celebraba como la ocasión merecía.

Al día siguiente no habría resaca medianamente llevadera ni zumo de limón con azúcar capaz de mitigar los dolores de cabeza antes de volver a la rutina. En eso sí que coincidían jóvenes y adultos por un día, aunque el único testimonio de camaradería fuera una eventual mirada entre comprensiva y condenatoria por parte de los mayores hacia los más jóvenes. Nada que incumbiera a Sonsoles, que dada la patente falta de interés en cosechar amistades de su hijo, la remota posibilidad de que este apareciera borracho a primera hora de la mañana buscando la comodidad de su cama y una palangana donde vomitar todo lo bebido era la última de sus preocupaciones.

La rampa que comunicaba la carretera del faro con la fachada exterior de la casa de dos plantas en la que vivían Nono y Sonsoles obligaba a todo el que aparcaba en ella a dar un fuerte tirón del freno de mano para clavar el coche y poder apearse tranquilos. Una referencia sonora que solía bastar a Nono para advertir rápidamente la llegada de cualquier visita, momento en que se acercaba de un salto a retirar delicadamente las cortinas de su cuarto para echar un vistazo clandestino. Lo que Nono no podía haber imaginado de ninguna forma es que la persona a la que debía, siempre con las peores de las intenciones, extorsionar hasta hacerle sucumbir y pagar hasta la última de sus deudas, saliera del Ford Focus azul oscuro y se acercara acaloradamente a aporrear la puerta de hierro de su casa un día después de su infructuoso encuentro en Pontedeume.

Su vestimenta le confería a Luis Velasco un aspecto juvenil, con sus pantalones vaqueros de aspecto vapuleado, una camiseta verde lisa cubriéndole la cintura del pantalón y lo que parecía la bolsa de un ordenador portátil alrededor del cuello cayendo hacia su lado izquierdo. Resultaba evidente su preocupación por entrar al entorno privado de la casa cuanto antes. Quienes paseaban camino hacia el faro o hacia el puerto de la Cetárea, sin embargo, ignoraban por completo la presencia de Luis. Tenían otras cosas mejores que hacer antes que dedicarle a él su atención.

No tardó en salir Sonsoles a abrirle la puerta, momento en que Nono pudo verlos intercambiar unas breves palabras, con mucho aparato gesticular por parte de Luis. Sonsoles le invitó a pasar, primero a la zona donde el suelo estaba cubierto por baldosas de piedras lisas y, desde ahí, a la cocina atravesando la puerta holandesa.

Cualquier visita era bienvenida para Sonsoles. Después de cinco años cerrada al mundo tras la dolorosa separación de su marido, había tomado la firme determinación de cambiar el chip en lo referido a sus relaciones personales. Sonsoles simplemente se estaba dejando llevar por su instinto y, por una vez en la vida, creía sentirse a gusto consigo misma pese a la paradójica aceptación de Lisardo, su último intento de asentar una relación romántica, por parte de su hijo.

Sonsoles acomodó a Luis en la salita de estar junto a la cocina y le ofreció un vaso de agua sin preguntarle siquiera. Después subió al segundo piso con creciente inquietud. Una vez arriba, se detuvo en el pasillo, meció su mentón y, tras unos segundos de indecisión, trató de acceder inútilmente al cuarto de invitados aporreando el tirador de la puerta como si fuera el brazo de una máquina tragaperras. Obviaba, como tenía por costumbre, los protocolos mínimos que en otro caso habrían garantizado la privacidad de su hijo. Hacía tiempo que no era un adolescente, aunque no siempre lo recordaba a tiempo.

Pegó su mejilla carnosa a la puerta del cuarto de invitados, resultándole fresca al tacto y con el imperecedero aroma a las últimas capas de pintura del verano anterior.

—¿Javier? —preguntó en una declaración expresa de su hartazgo por tener que llamarle por su consabido nombre de guerra.

La gran diversidad de morfologías en los aros, cadenitas y otros motivos de aspecto tribal que retaban a la gravedad en la azotea de su oreja derecha le estaban poniendo realmente difícil a Sonsoles crear el vacío necesario para alcanzar a escuchar algo con la mínima claridad necesaria, poniendo una vez más a prueba su serenidad.

Apartó abruptamente la mano del tirador, alejó su mejilla de la puerta y dio instintivamente un pequeño paso hacia atrás. A veces se sorprendía al volver a olvidar el increíble poder de persuasión que el espacio producía en los hijos, tanto por defecto como por exceso.

Dicho y hecho.

La música redujo su onda expansiva a los pocos segundos de haberse alejado Sonsoles de la puerta. Unos segundos más era todo lo que faltaba para ver el tirador moverse lentamente y después, la figura de Nono asomando la cabeza con resignación.

—¿Qué pasa?

—Tienes visita.

Eso ya lo sabía, pensó.

—Ya bajo.

La imagen que Nono vio de Luis Velasco contrastaba enormemente con la que habría anticipado tras su visita a Pontedeume. Esperaba de él una actitud beligerante, hambrienta de un segundo asalto después de haberse presentado en su casa tomando la enfermedad de su hijo como algo con lo que bromear. La actitud más lógica en el mundo, y sin duda la actitud que el propio Nono habría adoptado si hubiera estado en el pellejo de aquel hombre. Pero no lo estaba, a todas luces no estaba en su pellejo. Con sus hombros caídos y los brazos relajados a ambos lados, Luis parecía un alma en pena aferrada a la vaga esperanza de encontrar una solución milagrosa para sus problemas, para su gran problema.

Nono le invitó a tomar asiento alrededor de la mesa redonda del mantel floreado, aunque sin gran efusividad. Después tomó asiento él mismo, centró la mirada en su interlocutor y esperó a que le explicara el motivo de su visita, aún celoso de lo que pudiera decirle o hacer. La gente bajo presión se podía volver realmente impredecible.

Por muy cerca que estuvieran el uno del otro, sentados frente a frente en la mesa redonda del recibidor, la mirada anodina de Luis perdida entre sus propias manos entrelazándose sobre la mesa le situaba a una distancia de varios años luz, en una estrella lejana entre la infinidad de galaxias de sus pensamientos.

No fueron el tiempo ni el silencio ni una mirada pidiéndole explicaciones lo que hicieron despertar a Luis de aquel estado de ausencia, sino los nudillos de Nono golpeando rítmicamente sobre el mantel como una tropilla de caballos incapaz de progresar en un punto imaginario en el espacio.

Tras unos instantes en silencio, Luis se decidió a abrir la conversación:

—Con Helena… —carraspeó mientras trataba de dar con las palabras precisas—, no siempre es fácil llevarle la contraria y no acabar pagándolo después, ¿sabes?

Para Nono estaba más que claro que la visita de Luis no formaba parte de un plan de equipo con su mujer. Más bien tenía el aspecto de una de esas iniciativas tomadas de forma unilateral muy a pesar de las consecuencias que aquello podría tener sobre la salud de su relación.

La vibración en el bolsillo del pantalón sacó a Nono de sus pensamientos, y Luis le indicó con un vago ademán que no tuviera reparo en atender la llamada.

—Tengo que cogerlo —le dijo secamente.

Nono caminó de la salita de estar hasta la cocina, abrió la sección inferior de la puerta holandesa y salió al jardín, donde

finalmente atendió la llamada al tiempo que paseaba mirando las hortensias y demás conjuntos florales que lo adornaban por sus laterales.

—¿Qué me cuentas, Juanito?

—¿Que qué te cuento? —La voz crispada del periodista sorprendió a Nono, haciéndole frenar en seco su ronda contemplativa floral—. La pregunta es si tienes tú algo que contarme.

Velayos tomó la callada por respuesta.

—Eres un cabrón con pintas.

—Mira, no sé lo que has desayunado esta mañana, pero relaja la raja, ¿quieres?

—¿Sabes qué? Estoy pensando en el siguiente titular. Fíjate bien, a ver qué te parece: *Así te va a arruinar la vida un cobrador de deudas*. Si puedes enviarme una foto tuya a tamaño carné, me vendrá de perlas para el artículo.

—¿De qué cojones hablas, Velayos?

—Ah, ¿vamos a seguir por la vía de hacernos los locos? Vale, entonces yo también me voy a hacer el loco cuando me pidas, me ruegues, qué cojones, cuando te arrodilles ante mí para pedirme que intercepte los documentos que tu jefe el so gordo —Velayos conocía aquel desafortunado episodio— nos ha enviado esta mañana a la redacción del periódico. Y ya te digo que el ambiente por aquí es de celebración —y así lo era—, y no porque estemos a *juernes* y Linares haya traído varios kilos de pastas variadas para toda la redacción, ni porque estén a punto de descorchar tres botellas de champán para acabar a las tres de la mañana, ciegos perdidos, en un antro de mala muerte.

Nono entendió al momento de qué documentos se trataba, exactamente de los que el propio Sogorb le había enviado unos días antes para meterle un grado más de presión en el cuerpo.

—Y déjame que te diga algo. Aunque ahora, en frío, te pueda parecer hasta curioso ser el centro de un reportaje a toda página, te aseguro, amigo mío, que ¿esto?, esto es algo que te jode la vida, pero bien.

Nono guardó silencio. Sogorb había cumplido sus amenazas. Por mucho que los oficiales del ejército nazi afirmaran haberse limitado a cumplir órdenes, ahí estaba la horca preparada para darles a cada uno su merecido. Y le llegaba su turno.

—Te sugiero que vayas pensando en ponerte en modo ermitaño, porque vas a lamentar este *fregao* en formas que ni te imaginas.

—No, no, no. —Nono adoptó la fisiología de un armadillo, caminando encorvado por el jardín como un pollo sin cabeza—. Algo podrás hacer, Juanito, lo que sea, ¿no es así?

—Poco, la verdad. Si te sirve de consuelo, que tu nombre haya salido a la luz ha sido una metedura de pata bien gorda de Sogorb. O quizás haya sido intencionado, qué se yo. Los documentos en sí no contienen ni un solo nombre que no esté convenientemente tachado con marcador…

—¿Entonces?

—Desafortunadamente para ti, aún no hay una forma de pasar el rotulador sobre los metadatos contenidos en los documentos digitales… y tu nombre aparece en ellos unas cuantas veces.

—¡Dios! Putos metadatos.

—Ahora échale la culpa a los metadatos.

—¿Podrás hacer algo, ¿no? No sé, desviar la atención hacia otra noticia más interesante.

—Pero qué dices, hombre. Los documentos que ha enviado tu jefe son ahora mismo como un vaso de agua para el sediento en la redacción de noticias financieras.

—¡Joder!

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Y si te encargas tú del reportaje? Lo suavizas y punto, ¿me explico?

La temperatura en la sangre comenzó a ganar enteros en Velayos, quien tuvo que retirarse el teléfono de la mejilla para inspirar una larga bocanada de oxígeno tranquilizador. Después se acercó el teléfono a su posición normal y trató de responderle con voz calma.

—¿Pero tú qué cojones te has creído que es el trabajo de un periodista? Para empezar, habría un clarísimo conflicto de intereses. No puedo cubrir una noticia directamente relacionada con una persona de mi círculo cercano, ¿entiendes? Pondría en tela de juicio mi imparcialidad como periodista.

—¿Es que tienen pinchado tu teléfono? —respondió Nono con un deje de sorna que consiguió calar hondo en su interlocutor.

—Mira, conmigo no te hagas el listillo, ¿o tengo que recordarte quién es el que está jodido aquí?

—¿Quién sabe que nos conocemos?

Velayos se alzó de su silla tan enérgicamente que captó las miradas de varios de los compañeros que tecleaban en sus respectivos cubículos. Se recordó bajar el tono de voz aún más y agachó la cabeza casi hasta dar con la barbilla sobre su escritorio.

—¡Me estoy jugando mi carrera, joder!

Velayos le consideraba casi como un hermano. Nono y él habían sido uña y carne desde la adolescencia, se habían corrido cientos de farras y sabía a ciencia cierta que le conocía como si le

hubiera parido. Y no se equivocaba. Por eso no se andaba con medias tintas.

—¿Es que solo piensas en ti mismo?

Por su parte, Nono sabía de sobra lo que representaba para su amigo la profesión de periodista. Joder, no había conocido a nadie con más integridad que él. ¿Quién se toma la molestia de acudir al Ayuntamiento para denunciar unas pintadas sexistas en las paredes de un edificio cualquiera? Una persona al menos: Juan Velayos, el defensor de las causas perdidas.

—¿Y qué me dices de ti? Estabas conmigo cuando me llamaron para darme el trabajo en Rekobra, nos tomamos unas copas para celebrarlo y acabamos bajándonos los pantalones en plena calle.

—Sí, joder, pero una cosa es reclamar deudas pendientes, que lo veo completamente legítimo, y otra bien distinta es convertirse en el Himmler de las personas que no pueden pagar sus créditos.

Velayos se levantó de su escritorio y se encaminó hacia el exterior de la planta, donde la seguridad de las escaleras de emergencia le permitiría hablar con toda tranquilidad.

Cuando se quiso dar cuenta, Nono había girado unas quince veces alrededor del jardín. Ni siquiera reparó en ello hasta empezar a sentir los efectos de un creciente mareo.

—¿Qué me sugieres? —preguntó finalmente.

—Ya te dije que todo esto me huele a un circo montado por los peces gordos de Rekobra para librarse de otros marrones seguramente mucho peores. Y mucho me extraña que no se hayan cubierto las espaldas con quién sabe qué chanchullos a tu nombre.

Velayos permaneció un segundo en silencio, como si el tiempo hubiera quedado congelado en sus pensamientos. Después, rompió el silencio con la voz gruesa y las palabras atropellándose entre sí:

—Dime que estás pendiente del correo.

—¿A qué te refieres?

—Dime que revisas el buzón de tu santa casa cada mañana.

—No mucho, a decir verdad.

—¡Tu puta madre!

A decir verdad, Nono llevaba meses ignorando todo tipo de notificaciones de diferentes entidades financieras, aparentemente oficiales (con eso le había bastado para echarlos directamente a la papelera), informándole sobre rendimientos de los productos financieros que había contratado, todo ello convenientemente tergiversado. Se trataba de documentos con logotipos y membretes aparentemente auténticos que respaldaban la existencia de, como Sogorb y Poveda lo llamaban entre risas,

«Dulce rendimiento».

—¿Qué cojones pasa ahora con el correo?

Velayos sabía que autoridades como el CNMV, encargadas de regular las actividades financieras, solían dejar constancia de sus procedimientos en repetidas ocasiones vía correo postal.

—Respóndeme a lo siguiente —Velayos ordenó sus pensamientos antes de formular la pregunta—: ¿Te embaucó Sogorb o cualquiera de sus esbirros al entrar en Rekobra para contratar algún producto de mínimo riesgo y ganancias garantizadas?

Aquellas eran exactamente las palabras que Sogorb había empleado: mínimo riesgo y ganancias garantizadas.

Dulce rendimiento.

—Es posible.

—*¿Es posible?*

—Sí, joder, es posible.

—¡Tu puta madre!

—Algo debí de firmar en su momento, ¿qué problema puede haber con eso?

Velayos procedió a explicarle, con el detalle que le caracterizaba como buen periodista financiero, la forma en la que con toda probabilidad Sogorb le había tendido una trampa.

—Mira, tío, esto es como irse de pícnic para la gente como Sogorb. En primer lugar, acceden tranquilamente a todos tus datos personales, incluyendo tu número de la Seguridad Social, dirección, número de cuenta bancaria y firma; en resumen, a toda la chicha. Después se van tranquilamente a putas, y a la vuelta, crean las cuentas y documentos falsos a tu nombre en diferentes instituciones financieras. Ojo, que esta gente utiliza identidades ficticias para ocultar su rastro y dificultar la detección de sus chanchullos.

Velayos concedió a su amigo un par de segundos para asimilarlo, pero no ni uno más antes de continuar:

—Una vez creadas las cuentas —dijo con la autoridad que le concedía haber estudiado los grandes casos de fraudes financieros—, los documentos falsos y todo lo demás, empieza la fiesta: comienzan a solicitar préstamos y líneas de crédito a tu nombre sin tu consentimiento. Y déjame decirte que esa gente no son unos aficionados.

—¿Y el rastro que deja todo eso?

—Parece mentira que trabajes donde trabajas.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Que por algún lado se podrá pillarles, ¿no?

—Tranquilo, que ya se encargan ellos de utilizar intermediarios para asegurarse de que no haya conexión directa con ellos.

—¿Y qué hay de mi firma?

—Lo de falsificar tu firma es quizás lo más fácil de todo. Contratan expertos en falsificación de documentos y problema resuelto. Una vez aprobados los préstamos, Sogorb y compañía se aseguran de que el dinero fluya a través de las cuentas falsas y lo canalizan hacia cuentas en el extranjero o a través de otras instituciones financieras que no puedan ser rastreadas fácilmente.

Nono se sintió ridículo por primera vez en mucho tiempo.

—Por cierto, ¿sabes ya quién te la ha jugado?

—¿Aparte de Sogorb?

—Sin duda han metido en el ajo a alguien en el departamento financiero y de contabilidad de Rekobra para encubrir las transacciones y eliminar rastros de toda actividad ilegal.

Pese al rubor en sus mejillas y a la creciente sensación de irse estómago abajo, Nono insistía en negarse a la realidad.

—En algo habrán tenido que meter la pata, ¿no es así como se acaba pillando a toda esta gente?

—Mira, esta gente encarga una documentación falsa tan meticulosa y bien elaborada que resulta asombrosamente difícil de detectar, incluso para los expertos y las autoridades financieras. Eso por no hablar de los testigos que ya habrán comprado para que respalden su testimonio llegado el caso.

Era mucha mierda la que le tocaba digerir a Nono, mierda caudalosa que se iba desplazando sin prisa desde su coronilla como chocolate caliente sobre un Banana Split.

—Sin duda —continuó Velayos—, mientras hablamos ya se han encargado de borrar cualquier rastro de comunicación, ya sean correos electrónicos, mensajes de texto y cualquier otra evidencia que les incrimine. Por cierto, ¿bloqueas tu ordenador cuando no lo tienes delante?

—Normalmente sí.

—*Normalmente sí* —Velayos repitió sus palabras sin darle todo el crédito que hubiera deseado—. Te lo digo porque estoy convencido de que esos cabrones manipuladores han plantado pruebas falsas en tu ordenador para hacerte parecer culpable. Y si todo esto no es suficiente para amedrentarte e intentas exponer un más que probable montaje acudiendo a los medios de comunicación, Sogorb y compañía no dudarán en utilizar sus conexiones para difamarte públicamente y desacreditar todas tus afirmaciones.

Velayos dejó escapar un sonoro suspiro que en absoluto

consiguió dejar más tranquilo a Nono. Siendo solo suposiciones, no podía haber dado más en el clavo. Nono, por su parte, ni siquiera se planteó permitirse dudar del acierto de su colega, quizás la única decisión sensata de todas las que venía tomando últimamente.

—Por lo pronto —le dijo Velayos—, ni se te ocurra presionar a nadie más, ¿lo entiendes? No me preguntes por qué, pero presiento que eso es lo que están deseando que hagas ahora mismo. No sigas por ahí ni por asomo o les estarás dando precisamente la ventaja que necesitan. Y sobre Luis Velasco, destierra de tu cerebro su existencia. De inmediato, ¿está claro?

Nono balbuceó una serie de monosílabos atropellados.

—¿Javi? —Velayos se negaba en rotundo a llamarle por el absurdo grito de guerra que había dado origen a su apodo—. ¿Qué le has hecho a Luis Velasco?

—¿Qué? No le he hecho nada.

—¿Ni uno de tus mensajes telefónicos?

—Quizás algún que otro mensaje, mensajes suaves, en cualquier caso.

—¡Joder, tío! ¿Qué es para ti un mensaje suave?

—Suave, solo para irle avisando.

—¿Solo para irle avisando? ¡Avisar es lo que hace la Cosa Nostra, joder!

Usando una esquina de su camiseta como improvisada mopa, Nono retiró el rocío que cubría la superficie de una de las dos tumbonas de plástico blanco en las que echaban el rato los días soleados en el jardín. Junto a estas, una gran piedra de granito del tamaño de un dado gigante hacía las veces de mesilla auxiliar. Apoyando sus zapatillas sobre el césped, sentado transversalmente hacia un lado de la tumbona, Nono consideró seriamente si no se le habría ido todo de las manos.

—Bueno —continuó Velayos—, confío en que tus mensajes hayan pasado desapercibidos en el buzón de su teléfono. Lo mejor es que el tal Luis Velasco no sepa nada en absoluto de tu existencia, y que siga así mucho tiempo.

Nono carraspeó. Otro signo que no pasó desapercibido para su amigo.

—¿Se puede saber qué has hecho, maldito?

—Quizás me haya visto en un par de ocasiones con Luis Velasco.

Velayos resopló sonoramente al otro lado de la línea.

—Lo tuyo no tiene nombre —respondió Velayos—, en serio.

—Tranquilo, no sabe nada de mí.

—A veces me pregunto lo que te depara el futuro. Y,

honestamente, nunca lo veo del todo claro. ¿Qué buena razón podría haber en el mundo para hacerte pensar que sería buena idea ponerte en contacto con ese hombre?

—Eh, espera, espera. Creo recordar que fuiste tú quien me dijiste que hiciera que sus deudas desaparecieran, ¿no fue así?

—La madre que te parió, Javito. Era una forma de hablar…

Con los carrillos llenos de deliciosas pastas de café, Marcelo Bonavista, jefe de redacción de noticias financieras, abrió la puerta de acceso a las escaleras de emergencia, buscó con la mirada a Velayos y, una vez le tuvo a tiro, gesticuló elevando el brazo para indicarle que fuera cortando la conversación y regresara cuanto antes a su cubículo.

—Mira, me llaman y no para preguntarme si me apunto al plan de esta noche en un tablao andaluz —se excusó—. Tengo que dejarte.

—Espera, hombre, espera.

—¿¡Qué!?

—Haz algo, por tu madre.

Velayos permaneció con la mirada fija en Marcelo Bonavista, medio absorto, sin reparar siquiera en el incremento en la intensidad de sus aspavientos.

—Hablamos en otro momento —dijo secamente—. *Ciao*.

Nono engrasó las articulaciones de su cuello y buscó a su invitado al otro lado de la ventana, donde este le esperaba sentado.

Si lo que le acababa de decir Velayos tenía algo de verdad, podía darse por bien jodido. Regresó hasta la cocina a paso ligero y le arreó un puntapié a la parte inferior de la puerta holandesa. Una vez en la cocina, dirigió su mirada hacia el alféizar de la ventana que daba a la carretera, donde advirtió una sustancial montaña de sobres apilados en columna oculta a la vista tras la cortinilla recogida a media altura con una cinta elástica. Como de costumbre, Velayos volvía a estar en lo cierto: hasta seis avisos desde distintos organismos financieros evidenciaban la manipulación que Sogorb debía haber organizado para tenerle cogido por los huevos. Luis Velasco pasó en ese preciso instante a convertirse en la última de sus preocupaciones.

Con el peso del mundo sobre sus hombros y la mayor de las ignorancias sobre las dimensiones de la mierda que tenía encima, Nono regresó a la sala de estar, donde Luis trataba de hacer acopio de entereza para retomar el hilo de la conversación.

—Ayer, en mi casa —comenzó a hablar Luis— mencionaste algo sobre familiares fallecidos de forma violenta.

Desafortunadamente para Luis, todo lo que pudiera decir ahora

resultaba totalmente intrascendente para Nono, cuyo principal objetivo era deshacerse de él cuanto antes.

—Mira —respondió Nono—, ahora no tengo tiempo para esto.

La actitud de Luis no era la del interrogador. No se había dado el paseo hasta Cabo Prior dejando a Helena con la palabra en la boca para tratar de intimidar a nadie, ni mucho menos.

—¿Y eso es todo?

—Efectivamente.

—¿Se puede saber por qué ese cambio de rumbo?

—¿Qué por qué? —repitió Nono, no porque no entendiera la pregunta. No era más que la clásica muletilla involuntaria para tratar de ganar algo de tiempo antes de decidir si responder una cosa u otra.

Luis asintió con la cabeza y clavó en Nono sus ojos de no haber dormido en toda la noche:

—¿Para qué viniste a vernos entonces?

Nono desaceleró el ritmo de la conversación para tener la certeza de las intenciones de Luis Velasco. No en vano, el día anterior le habían hecho sentirse ridículo como nadie antes lo había conseguido, o solamente en contadas ocasiones. Y que no les faltara razón no había hecho más llevadero el rapapolvo del día anterior en su casa.

—Un momento —Nono tomó distancia de la conversación—, ¿a cuento de qué este repentino interés?

—Fuiste tú el que acudiste a nosotros, ¿recuerdas?

—Tendrás que hablarlo con otro.

Luis reveló en sus gestos la pesada carga que suponía para él tener que lidiar no solo con la condición de Marc, sino también con que su mujer lo cuestionara absolutamente todo y al mismo tiempo no aportara nada o muy poco.

—Estoy aquí —Luis apuntó con los dedos índices en caída vertical hacia la superficie florida de la mesa—, ¿no te parece prueba suficiente?

—¿Prueba de qué?

—Mira —rompió Luis el silencio momentáneo—, la vida de mi hijo está en juego y no quiero descartar ninguna opción por muy descabellada que pueda sonar.

La simple mención de su hijo resultó surtir el efecto que Nono había esperado y para el que se había preparado mentalmente luchando contra el recuerdo de Ociel.

—Lo entiendo —respondió—, pero tengo mis propios problemas, ¿está claro?

Luis se alzó de la mesa claramente molesto, tieso como una rama de bambú.

—¿Tus propios problemas?
—Así es —resolvió Nono con decisión—, mis propios problemas.
Luis recapituló mentalmente los últimos hechos antes de recordárselos a su contrario:
—Así que te presentas en mi casa —le dijo—, nos cuentas una historia para, perdóname la expresión, correrte a gorrazos, y ahora resulta que aquí paz y después gloria, ¿así funciona esto?
Incrédulo e indignado a partes iguales, Luis negó varias veces con la cabeza, incrédulo:
—No te lo crees ni tú.
—¿Qué no me lo creo? —respondió Nono, y apuntando con su barbilla hacia la salida al jardín, añadió—. Ahí tienes la puerta —respondió impasible—, mira cómo me lo creo.
Con el acto de fe que había supuesto desplazarse hasta Cabo Prior para hablar de renacimientos, Luis se negaba en rotundo a la idea de haber hecho el viaje en balde. No le iba a dejar a Nono quitarse el marrón de encima tan pronto, no después de haberse presentado en su casa con toda la cara del mundo.
Nono se levantó enérgicamente y, entre los quejidos de la vieja silla de mimbre, le concedió a su invitado la única explicación que consideraba en el compromiso de darle:
—Mira —dijo—, tenéis deudas, como todos, ¿o crees que sois los únicos jodidos por los bancos?
Al propio Nono le sorprendió la facilidad con la que ahora se consideraba a sí mismo en el lado de las víctimas, como un afectado más por la voracidad de las entidades financieras.
A Luis le cambió la expresión en una fracción de segundo, pasando de indignado a furioso y después a colérico:
—¿Estás tan ciego como para pensar que nuestro principal problema ahora son los bancos?
—Yo diría que sí —respondió Nono, como si creyera saber (no lo sabía ni quiera por asomo) por lo que estaba atravesando aquella familia.
—No tienes ni puta idea.
Sin decir nada más, sintiendo esa sensación de injusticia una vez más, Luis se dispuso a volver por donde había venido.
Al verle marchar, Nono recordó la imagen de su hijo, el pequeño Marc, asomado al salón bajo el umbral de la puerta. Siguió, acto seguido, los pasos de Luis caminando hacia el portalón de hierro, junto al que se plantó apoyándose contra el muro de hormigón mientras el primero hacía malabares para acomodarse en su Ford Focus. Quizás pudiera darle algo para que el hombre no se fuera de manos vacías.
—Marcas de nacimiento—le dijo desde el portalón.

A golpe de manivela, Luis consiguió bajar la ventanilla después de atascarse en varios niveles de bajada. Por la expresión en su cara, Nono entendió que no había alcanzado a escucharle, así que se aproximó hacia el vehículo y apoyó sus manos sobre el marco inferior de la ventana. Luis asintió, le recomendó con un ademán retirar las manos de donde las había puesto y comenzó a dar marcha atrás para desaparecer por la destartalada carretera camino hacia Pontedeume. ¿Le había escuchado o no? ¡Joder!

—¡Busca marcas de nacimiento!

***

Nono se apresuró a extraer su teléfono del bolsillo. El nombre impreso en la pantalla le hizo sentir un incipiente temblor a la altura de las rodillas. Dudó si responder o no durante unos instantes que se hicieron eternos entre las paredes de aquella pequeña cocina y finalmente atendió la llamada.

Como esos primeros brotes de espuma que el buen barman descarta al tirar una caña, Nono dejó bramar a Sogorb durante unos segundos mientras buscaba un lugar apartado en la parte trasera de la finca. El modo en que el líder de Rekobra escupía y maldecía al otro lado de la línea telefónica dejaba poco espacio para la duda sobre lo dispuesto que estaba a convertirle en un miserable de por vida. Un suicidio consumado y otros tres intentos fallidos en las últimas dos semanas habían acabado de apuntillar los tablones de los respectivos ataúdes de Rekobra y su cúpula directiva. Y eso podía suponer hasta diez años en prisión para cada uno de sus líderes.

—¡Estás acabado, cabronazo! Me paso por los huevos los diez, los veinte y los treinta años entre rejas, ¿entiendes? ¿Y sabes por qué? Porque tú vas a estar ahí conmigo, hijo de la gran puta, pero que bien arropadito. ¿Entiendes? Y te van a follar vivo, créeme que me voy a asegurar de que te abran en canal mientras duermes una plácida siesta matinal…

Nono despegó el teléfono de su oreja hasta que los bramidos de Sogorb se convirtieron en una lejana mermelada de amenazas. Sintió sus propias vísceras retorciéndose como un cocodrilo con una cebra atrapada entre sus incisivas cadenas de colmillos. Le asaltaron unas inevitables ganas de vomitar, se agachó hacia los setos situados a la derecha del camino y una vez de rodillas sobre el suelo cubierto de vegetación, echó la merienda de un par de horas antes como si fuera la manguera de un camión de bomberos.

Capítulo 22

—Si existe algo —dijo Luis en voz alta, y el tono en su propia voz le recordó a un Harrison Ford venido a menos—, tiene que aparecer en la base pública de estudios de PubMed.

Sentado frente a la pequeña mesa de comedor que hacía las veces de centro de operaciones, extrajo el cargador de su mochila y conectó su ordenador portátil a la corriente.

Miró hacia Lucas con el rabillo del ojo, quien le observaba con atención desde el sofá de tres plazas mientras él aporreaba el teclado de su ordenador. Comía tortitas de maíz con voracidad. A un lado del sofá, Marc mezclaba pegotes de plastilina de todos colores sentado en su pequeño escritorio de madera.

Luis pasó los siguientes minutos escudriñando los resultados arrojados por el buscador de estudios médicos. No le faltaba razón al pensar que en caso de haber algo documentado sobre los casos de renacimientos, debería aparecer ahí. Para su decepción, ninguno de los resultados correspondía con nada que pudiera sostener la idea de que una enfermedad desconocida con los síntomas que padecía su hijo pudiera deberse a la muerte de un antepasado.

¿Cuántos casos dijo el chico que se habían documentado? Su mirada iba saltando de un resultado al siguiente como un autómata deglutiendo grandes cantidades de datos. Unos dos mil quinientos, se respondió a sí mismo recordando las palabras de Nono en su visita a su casa en Pontedeume.

Por lo pronto, lo único que veía eran estudios sobre lesiones experimentadas en el propio parto o justo después de este, lo que podía provocar marcas de nacimiento de diversa consideración.

Concentrado en la búsqueda, Luis optó por descartar aquellos resultados correspondientes a estudios que, pese a resultarle absolutamente incomprensibles por su terminología médica demasiado técnica, parecía bastante claro que no se referían a ninguna circunstancia paranormal relacionada con la muerte de algún antepasado que pudiera explicar unas hipotéticas marcas de nacimiento en su hijo Marc. Marcas que, según había tratado de explicarles el chico de Cabo Prior, podían ser internas.

Mientras esperaba un giro mágico en la búsqueda, Luis estimó en *cero* el número de estudios que mencionaban siquiera alguna referencia transversal a las marcas de nacimiento sin explicación médica alguna. ¿Por qué le había dicho que buscara marcas de

nacimiento?

Luis volvió a mirar hacia Lucas, quien trataba de rascar las últimas migas de la bolsa vacía de tortitas de maíz.

—¿Seguro que dijo dos mil quinientos casos? -le preguntó como si el pequeño tuviera la respuesta.

Lucas le miró e ignoró su pregunta, y Luis regresó la vista hacia la pantalla del ordenador.

—Entonces por qué cojones no me aparece absolutamente nada… —se lamentó, aunque asegurándose de hablar para el botón de su camisa de forma que no llegara a oídos de los niños.

Tras unos segundos de vacilación, Luis le regaló a Lucas una esperpéntica mueca, se encogió de hombros y volvió a hablar para sus adentros:

«Busca en inglés… birth… marks».

Luis procedió a escribir la palabra «birthmarks» en el buscador de su habitual portal médico de referencia. Aunque los resultados eran superiores en cantidad a los obtenidos al buscar en castellano, parecían referirse a las mismas cuestiones. Marcas de nacimiento provocadas en el parto.

«Un poco de fe en la ciencia, hombre», se dijo, «y fe en los motores de búsqueda».

A falta de una idea mejor, Luis regresó su vista hacia el teclado del ordenador portátil e introdujo *birthmarks,* dejó un espacio, y añadió: *past.*

Se lo pensó unos segundos antes de clicar la tecla que activaría la búsqueda, un gesto ínfimo de consecuencias imprevisibles. El panel de resultados bien podría significar un cambio radical en sus vidas o continuar con la insoportable incertidumbre que venía siendo costumbre. Después de unos segundos de duda, dirigió el puntero hacia el botón de búsqueda para clicar en él.

Los primeros resultados correspondían, efectivamente, a estudios que aludían explícitamente a los casos de marcas de nacimiento que los médicos no acertaban a explicar. Luis sintió una corriente de escalofrío recorriéndole las pantorrillas, escalando su fisionomía de forma electrizante a través del arco inguinal, de ahí hasta el pecho y haciéndole reverberar la fina piel del cuello como un adolescente descubriendo el verdadero sabor de la vida.

Se trataba de una sensación idéntica a la que había experimentado al ser informado por el equipo médico sobre la existencia de un tratamiento potencialmente beneficioso para Marc. Eso había sido antes de que el precio desorbitado que los afectados debían asumir le cortara el estómago, entrándole unas irrefrenables ganas de vomitar. Pero lo que tenía delante en la

pantalla de su ordenador portátil pintaba bien. Joder, ya lo creía que sí.

Los primeros resultados contenían términos bastante explícitos, tanto como «niños que recuerdan eventos del pasado», «marcas de nacimiento y reencarnación» o «estudios académicos sobre memorias de vidas pasadas», entre otros temas que cualquiera en su sano juicio consideraría cuentos para no dormir o superchería para gente sin dos dedos de frente.

Como primera validación para seguir adelante con aquella descabellada teoría, aquellos indicios resultaron más que suficientes para Luis. Estaban en NCBI, joder, ¡NCBI! Esa página había sido su biblia durante los últimos meses. No podía darle más credibilidad a nada en el mundo de la que le concedía a cualquier estudio publicado en NCBI.

Echó una larga exhalación, como quien acaba de sentir el aliento de la parca en el cogote, y paladeó el momento de triunfal victoria. Miró hacia Lucas, que seguía tumbado en el sofá con los pies arriba y la cabeza al revés.

—¡Qué te había dicho! —le dijo, gozando del momento.

***

Esa misma noche, después de sortear como un esquiador de eslalon las preguntas de Helena en referencia a su repentina escapada el día anterior, Luis se debatía entre mirar con lupa a Marc o no hacerlo mientras ella, derrengada, ya había caído presa del sueño después de conseguir leer no más de tres minutos.

La duda estaba matando a Luis por momentos. ¿En serio pensaba ponerse a buscar al ratoncito Pérez a estas alturas de la vida? Él mismo sabía lo idiota que se iba a sentir al mirar y no encontrar absolutamente nada en el cuerpo de Marc. Había jugado infinidad de veces con sus pequeñas manitas y con su cabecita redonda como un chupa-chups..., aunque también era cierto que Marc había nacido más bien peludo, no calvito como otros bebés que se veían en los parques. Se lo decía para sus adentros por la posibilidad remota de haber pasado por alto una marca en la cabeza, más que nada.

Iba a mirar. Sí, había perdido. Había picado el anzuelo, había caído en la trampa. Pasadas las diez de la noche, Luis asomó la cabeza en el cuarto de los niños casi por impulso. Tras ignorar las repetidas llamadas de su padre de una forma a la que Luis nunca llegaba a acostumbrarse —la esencia de ser padre, a su juicio, era la de repetirse hasta la saciedad—, el pequeño Marc abrió los ojos, descendió lentamente de su cama y caminó como un

autómata hacia él. Al principio, a regañadientes. Después de los primeros pasos, dibujando la hermosa sonrisa que le caracterizaba pese a llevar más de una hora profundamente dormido.

Luis miró, luego volvió a mirar una vez más sin dar crédito a lo que tenía delante. ¿Estaba viendo lo que sus ojos querían, lo que sus ojos ansiaban ver? Seguramente fuera sugestión, pero ¿y si no era simple sugestión, después de todo? ¿Y esos pliegues a la altura de las muñecas? Parecían rodear todo el perímetro de su bracito de koalita adormilado, ¿o no? ¿Tienen eso ahí todos los niños, acaso?

Los bebés, puede que sí, pero Marc ya no era un bebé… ¡dónde hay otro niño para comparar! ¿Algún vecino que se preste a un examen visual? No, no, no hombre, déjate. Sería una completa locura: buenas noches, oiga, ¿me deja mirarle las muñecas a su hijo un momento? No, no le digo que su hijo juegue con muñecas, le digo si puedo mirarle *en* las muñecas.

Aparcó la idea por el momento y comenzó a explorar su cabecita, apartando el pelo con sus dedos como una delicada desbrozadora. Un momento… ¿y esa marca ahí? ¿Es la raya del pelo, la raya de toda la vida? ¿O es una línea casi perfecta empezando en el nacimiento del pelo en la parte superior de su frente y llegando hasta el eje central de su cabecita? Joder, ahora necesitaré otros tantos críos con la raya al medio para un examen cruzado… ¿pero tú te das cuenta de lo que estás diciendo, hombre?

Quisiera creerlo o no, Luis acababa de identificar sendas marcas en forma de circunferencia a duras penas visibles en las muñecas de Marc. Y no solo eso. Una tercera marca le resultó más que evidente en la coronilla del pequeño, una especie de rasguño cicatrizado que discurría entre el pelo pinchudo, recogido como juncos entre los dedos de Luis, donde se difuminaba de forma súbita al tocar con la parte superior de su frente despejada.

Su sangre, helada. Y el corazón, a tres vuelcos como el cocido.

—No-me-jo-das —susurró con un tono de voz arenoso, arrastrando cada sílaba por las paredes de su garganta seca como la mojama.

¿Había algo sobre la muerte de su abuelo que no supieran? El frenético palpitar de su corazón no le dejaba un instante de respiro ante la magnitud de aquel descubrimiento.

Claro que sabían algo, y las semejanzas con los síntomas de Marc al reparar en ello le dejaron frío como un témpano de hielo. ¿Y si la agonía de su abuelo Martín se alargó durante horas y horas sepultado bajo un muro de varias toneladas? ¿Y si la

inexplicable fragilidad ósea del pequeño fuera un eco vagabundo engendrado en la lucha en vida de su abuelo Martín contra la presión de toneladas de ladrillo sobre su cuerpo?

Marc alzó la vista, sintiendo en su cuero cabelludo el tirón de ramilletes de pelo que Luis aún sujetaba entre sus dedos.

—¡Ay! —sollozó el pequeño—. ¿Qué pasa, papá?

Luis colocó su cabecita de nuevo mirando al frente.

—Nada, mi amor.

Con el corazón en un puño, Luis ardía en deseos de creer que había luz al final del túnel. Aun así, no fue capaz de ignorar un incómodo pensamiento que se empeñaba en encaramarse a golpe de piolet en su cabeza, y que no procedía compartir con su hijo: «Tu madre también tendrá una explicación para esto».

***

Luis amaneció especialmente pronto la mañana siguiente. A las seis y catorce minutos, para ser exactos, con la sensación en el cuerpo de no haber pegado el ojo en toda la noche. Las horas brujas habían sido un lento transcurrir de minutos observando el techo infinito, como una lenta y agónica espera en una atracción de feria demasiado concurrida, como un niño esperando la llegada de los Reyes Magos, pero en el mal sentido, no sintiendo precisamente mariposas revoloteando, sino más bien su estómago propinándole una rítmica sucesión de estertores incontrolables.

La ilusión de cruzar miradas con Helena en plena travesía nocturna se desvaneció una y otra vez en cada ocasión en que Luis giró la cabeza para encontrar, en su lugar, el estrecho espinazo de su mujer hecho un ovillo, curvo hasta decir basta, respirando profundamente con sus piernas entrelazadas entre las sábanas.

Ojalá pudiera regalarle ese sosiego cada minuto de su existencia, pensó, y tuvo que regular sus emociones para no romper el silencio con un llanto ahogado. Además de dormir como un adorable bicho bola, Helena tenía el sueño especialmente ligero en los meses de más calor.

Aquella ensoñación, la de darle a su mujer la tranquilidad que toda madre abnegada merecía, distaba mucho de convertirse en realidad según estaban las cosas. Desde luego, no con el único tratamiento favorable a precios de reventa en una final de Champions.

Esperando el momento de poner las cartas sobre la mesa, Luis se imaginó a sí mismo proponiendo una pausa en el desayuno, dejando a un lado el café, la tostada y la mantequilla,

enseñándole a Helena las evidentes marcas que había encontrado la noche anterior en Marc; explicándole lo que su madre le había contado, entre un llanto contenido, sobre la trágica muerte de su abuelo Martín, el de la fábrica de artillería, y después se imaginó diciéndole: ¿y si tiramos hacia adelante? ¿Y si fuera efectivamente mucho más lo que desconocemos que lo que conocemos?

Entre roncos tosidos y flemas densas como para levantar un tabique, Helena abrió los ojos una media hora más tarde. Su noche no había sido más productiva que la de Luis, como testimoniaba su agrio aspecto matutino. Despierta sobre la cama, hecha un ovillo, Helena no tenía la intención de abandonar aquel estado de esporádica calma, de tranquilidad que había encontrado en su interior. Se sentía a salvo de aquel modo, como si nada existiera a su alrededor más que los propios límites físicos de su cuerpo.

—¿No vas a desayunar? —le preguntó Luis meneando la cabeza animadamente. Se sentó a su lado, hundiendo el colchón de forma que hizo a Helena perder su cómoda postura horizontal. Su presupuesto al comprar el colchón de matrimonio no les había dado para uno en los que podías saltar a un lado sin que la persona tumbada en el lado opuesto notara siquiera una leve vibración.

La fantasía de Luis, esa que había visualizado poco antes en su cabeza, comenzaba por las tostadas con mermelada. Si eso fallaba, nada de todo lo demás se sostenía. Su castillo de naipes colapsaría desmoronándose con la menor discrepancia.

—No me entra nada —respondió Helena con expresión de sentir dolor en cada músculo de su cuerpo—. Tengo el estómago cerrado.

Toda la expresión facial de Helena era un fruncimiento, desde el mismo ceño hasta las comisuras de los labios. Su aspecto era de *todo* mal.

—Y vuelvo a llegar tarde al trabajo —añadió, eliminando toda posibilidad de pegarse un desayuno revitalizante.

El plazo para aplicar al tratamiento experimental estaba a punto de vencer, y o conseguían reunir una cantidad de dinero que rondaba el millón de euros, que de su sola mención daba la risa, o la cosa pintaba muy mal para ellos.

Era obvio que el seguro no iba a asumir el coste del tratamiento ni en sus sueños más salvajes. ¿Las acciones de recaudación que habían tratado de poner en marcha? Habían sido penosas, atendiendo a los resultados. Y no era de extrañar, sucediendo como sucedía que todo lo que ambos tenían de buena intención

les faltaba de arranque, de empuje para convertir su problema en un movimiento social, aunque fuera a pequeña escala. Otros padres de niños con enfermedades raras tenían el culo pelado, se veía a la legua que se las sabían todas. Ellos, en cambio, se sentían como recién llegados y con todo por aprender.

—¿Podemos hablar un momento antes de irte?

Helena le vio venir al instante. Lo conocía como si lo hubiera parido ella misma.

—No lo sé, depende —respondió Helena mientras se movía por la pequeña habitación de matrimonio buscando una blusa que no estuviera hecha un trapo—. Si es para volver sobre lo mismo, ya sabes lo que pienso.

Helena estaba a lo suyo, que era no llegar demasiado tarde a la consulta. Su agónica lucha contra el reloj contrastaba con la calma con la que Luis se tomaba sus mañanas. Después de todo, el trabajo de Luis era a tiempo parcial y podía hacerlo desde la comodidad del sofá.

Mientras Helena seguía actuando a merced del frenético ritmo que guiaba su mañana, Luis salió de la habitación sin decir una sola palabra. Regresó a los pocos segundos, siendo poca la calma que Helena consiguió disfrutar en soledad en ese breve lapso. Aunque tratándose de Luis, unos segundos de paz podían saberle a gloria bendita.

De nuevo en la habitación, tratando de no chocarse contra Helena en sus idas y venidas, Luis comenzó a lanzar estudios médicos sobre la cama. Después de explorar visualmente a Marc la noche anterior, se había puesto con el ordenador a hacer los deberes. La impresora debía haber echado humo, pensó Helena. El chico de Cabo Prior había encendido una llama por la que Luis se sentía intrigado y no la iba a dejar pasar tan fácilmente.

—¿Y si somos unos ignorantes? —espetó Luis, tratando de encender un cirio bajo una espesa lluvia torrencial.

Helena dedicó una mirada a los papeles sobre la cama cuya desganada apatía no pasó desapercibida para Luis.

Ella se dio cuenta y se tomó la molestia, por el bien de su relación con su marido en el corto plazo, de responderle.

—¿Y te parece menos ignorante creer en… en resucitados?

Luis se quedó clavado en el sitio, con los brazos abiertos y las palmas de sus manos expuestas hacia el frente.

—¿Pero quién ha hablado aquí de resucitados? Hablamos de leyes físicas que aún ni siquiera conocemos…, hablamos de…, joder, hablamos de realidades que nuestros cerebros primitivos no pueden siquiera concebir…

Helena sabía reconocer al instante cuando Luis había pasado

una noche leyendo artículos científicos de forma compulsiva. Durante un par de días, su vocabulario rebosaba nuevos términos y expresiones para después volver progresivamente a la normalidad. Por ejemplo, si se ponía a besuquear a Marc diciéndole que le iba a poner el cerebro como una sandía, Helena sabía que Luis se había topado con algún estudio sobre el impacto del afecto en el desarrollo cerebral de los niños en las edades tempranas.

—Fíjate en la física cuántica —continuó Luis—, ¿cómo pueden suceder dos realidades al mismo tiempo hasta que alguien le da por echar un vistazo? Solo cuando alguien observa, las dos realidades se funden en una sola y, además…

Helena le cortó rápidamente.

—Eso no hace falta que me lo expliques.

Faltaba más.

—¿Cómo llamas tú a eso? —preguntó Luis—, ¿lógica de cajón?

—Yo lo suelo llamar física cuántica.

Poco quedaba ya de aquel sarcasmo que hizo a Luis fijarse en ella al conocerse y que le parecía en aquellos primeros compases de su relación un aderezo picante, delicioso y estimulante. Ahora, sin embargo, no salía una sola expresión bañada en sarcasmo de su boca sin pasar antes por el afilador.

—¿Tan raro es considerar que la conciencia humana pueda trascender más allá de lo físico? —preguntó Luis en un grito desesperado a la reflexión—. ¿Y si quienes están dedicando sus vidas a entender esto de los renacimientos, gente en universidades de prestigio, y si nos están tratando de dar un toque de atención?

Los diminutos botones de la blusa le estaban complicando a Helena la existencia. No encontraba forma alguna de insertarlos en sus respectivos huecos sin tener que recurrir a darles un tijeretazo rápido.

Su mundo en ese momento eran esos malditos botones y su incapacidad para insertarlos en sus correspondientes ranuritas. Tampoco es que Luis se fuera a tomar la molestia en echarle un cable con eso, al César lo que es del César. Un reflejo cotidiano más de la distancia que a menudo mediaba entre ellos.

Para Luis no merecía la pena cubrirse con las sábanas por miedo a la oscuridad, y así trató de decírselo a Helena:

—Y si nos están diciendo: escuchad, mirad esto, suceden cosas que no podemos explicar, pero eso no las hace que sean menos reales.

Después de darle muchas vueltas, Luis reconoció la importancia de ir de frente como única opción. No tenía sentido seguir

tirando del freno de mano sabiendo que tarde o temprano, en cuanto procediera a contarle el propósito de su repentina salida la tarde anterior, un torrente de emociones descontroladas arrasaría con todo.

Helena hizo un esfuerzo titánico para prestarle su atención a Luis mientras este le contaba cómo, después de hablar con su madre, se había sentido impulsado a actuar de inmediato. Sin pensarlo, corrió hacia el aparcamiento, se metió en el coche y se dirigió hacia Cabo Prior sin la menor idea de lo que esperar de aquel repentino arrebato. Mientras conducía, le envió un breve mensaje a Nono solicitándole su dirección. Aunque la respuesta tardó, finalmente le llegó con una dirección y nada más. Luis sentía que debían enmendar su anterior actitud, sentía que no podían dejar las cosas en el aire después de haberle rechazado de aquella manera. Después de todo, se había tomado la molestia de visitarles, algo a tener en cuenta a pesar del atrevimiento que había mostrado al hacerlo.

Una carita adormilada asomó desde el umbral de la puerta del dormitorio, sus bracitos lánguidos pegados al torso y sus dedos, moviéndose distraídamente junto a sus muslos delgados. Después se restregó los ojos para sacudirse el sueño, imaginando un comienzo de día lleno de magia.

—¿Podemos hacer pompas, papá?

—Claro que sí, pequeñín.

Luis formó un círculo perfecto con los dedos índice y pulgar. Se lo acercó a los labios y sopló suavemente haciendo una pompa imaginaria que Marc fue siguiendo con la vista hasta que esta impactó contra su naricita respingona, desintegrándose en una algarabía de fuegos artificiales.

Después, Luis le pidió que se sentara un momento sobre la cama.

—Con cuidado, corazón.

La cama no era especialmente alta. De hecho, si había un culpable por los dolores de articulaciones de ambos, Luis y Helena, seguramente era aquella cama en la que, sentados, sus rodillas quedaban por encima de las caderas. Levantarse de ella era un suplicio para cualquier adulto, pero no así para los niños, más bien recortados de estatura. El somier era marcadamente bajo para evitar cualquier superficie elevada demasiado accesible para el pequeño. Una caída a pocos centímetros de altura podía resultar destructiva para su fisionomía.

Helena recogió del suelo uno de los muñecos favoritos de Marc y se lo tendió para tenerle distraído. Luis aprovechó para retomar la conversación sobre su abuelo.

—¿Sabes cómo murió mi abuelo Martín —susurró Luis—, el de la fábrica de artillería?

Luis perseguía un propósito muy claro al sacarlo a colación. Y no era el de comenzar a discutir tan de buena mañana, por mucho que esta fuera la lectura de la situación a ojos de Helena.

—¿En serio, Luis? —Su cara adoptó una mueca de desasosiego —. ¿A las nueve de la mañana?

Aunque trataban de mantener la conversación entre susurros, resultaba difícil no dejarse llevar por las pasiones. Y los niños, ya se sabe que siempre andaban con el radar operativo. Conseguían jugar distraídamente a cualquier cosa sin dejar por ello de orientar el pabellón auditivo hacia el origen de las ondas sonoras más jugosas.

—Mira esto y dime tú si es coincidencia.

Con el bolso de imitación entre las manos y visiblemente despeinada, Helena le concedió a Luis un momento de atención antes de despedirse para poner rumbo al hospital.

Tratando de no resultar brusco, Luis se colocó de rodillas sobre el colchón, junto a su hijo Marc, quien ahora les mandaba besos a diestro y siniestro.

En un aparente armisticio, Helena dejó el bolso sobre la cama y se aproximó hasta la altura de Marc, con este aún de espaldas a ella y sus pequeños piececitos colgando desde la cama.

—¿Y cómo decías que murió tu abuelo...?

—Murió de un golpe...

Luis le echó el freno de inmediato. Oh, era lista la muy canalla. También él la conocía a ella como si la hubiera traído a este mundo.

—Ah, no —negó Luis con la cabeza—. Primero lo vas a ver con tus propios ojos —continuó seriamente—, y después te cuento cómo murió mi abuelo.

De habérselo contado antes de enseñarle las marcas, Helena podría haber jugado con él la carta de la sugestión.

Para Helena, por escéptica que fuera, habría sido difícil, por no decir imposible, no caer en la tentación de echar un vistazo allí donde Luis se empeñaba en clavar su mirada a fuego, como si estuviera indicándole el mismo centro del universo. Y tras las doscientas capas de escepticismo que la cubrían, Helena tampoco era de piedra.

La doctora fue acercando la vista hacia la coronilla del pequeño. Había caído de lleno en las redes de Luis, ya lo creía que sí. ¿Cómo se las había ingeniado el muy pirata, sabiendo que andaba con el tiempo pegado al culo para llegar al hospital? Llegaría de nuevo tarde al trabajo, hecha polvo y con el cuchillo

entre los dientes, como cada mañana.
Su nariz redonda como una castaña alcanzó a oler el aroma a champú Johnson infantil que desprendía el cabello de Marc de la ducha unas horas antes, de antes de irse a dormir. Elevó el brazo y acercó el dedo índice al cuero cabelludo del pequeño, donde frotó suavemente hacia adelante y atrás con la yema del dedo sobre lo que parecía una finísima línea blanca de unos tres centímetros de longitud. Discurría en perfecta alineación con la sección intermedia de su cabeza.
Aquel gesto fue la prueba que le confirmó a Luis sin ningún género de dudas que Helena había visto lo mismo que él.
Cuando Helena acabó de inspeccionar las inmediaciones de la sutil marca, giró la vista hacia Luis y se lo encontró mirándola con los ojos abiertos como dos enormes discos de vinilo.
—¿Qué? —le preguntó airadamente—. ¿A qué viene esa cara de búho?
Sin deponer su firme convicción de no dejarla escapar sin haberle reconocido al menos las extrañas cicatrices, Luis retiró el juguete de las manos de Marc y lo dejó momentáneamente lejos de su alcance visual. Después, le cogió con delicadeza por la muñeca derecha, dejando la palma de su mano diminuta mirando hacia arriba, y con un movimiento de barbilla instó a Helena a mirar más de cerca justo donde él estaba frotando suavemente con el dedo gordo.
Después hizo lo propio con la muñeca contraria. Helena miró sin mostrar un gran entusiasmo en la revelación.
—¿Y? —cuestionó Helena—. Eso es de las pulseras que le pone la abuela.
Luis no daba crédito a la testarudez de su mujer, ¡de dónde podía venir tanta dureza de mollera!
—¿Qué pulseras ni qué pulseras?
Helena se encogió de hombros y le devolvió a Marc el juguete que, ajeno a la conversación, llevaba un buen rato buscando con la mirada.
—¿Me vas a hacer luz de gas con esto también? —preguntó Luis en tono sentenciante.
—Es que no entiendo lo que me quieres decir, sinceramente.
Luis se estaba reservando el broche para el final, una suerte de epílogo llamando a hacer encajar todas las piezas del rompecabezas.
—Querías saber cómo murió mi abuelo, ¿no?
Helena miró la hora en su reloj de pulsera. Tendría que superar con creces la velocidad máxima permitida si quería llegar a tiempo al trabajo.

—¿Quería?

Luis afirmó con la cabeza.

—Eras tú el que quería contármelo.

Después de ayudarle a incorporarse, Luis indicó a Marc el camino hacia su cuarto. El pequeño se encogió de hombros y echó a caminar a pequeños pasos como si el tiempo no existiera para él.

Una vez el pequeño superó el umbral de la puerta, Luis retomó la conversación.

—A mi abuelo le cortaron las manos antes de morir de un fuerte golpe en la coronilla.

—¿Y bien?

—¿Cómo qué *y bien*? ¿No escuchaste lo que nos dijo este tío —dijo Luis refiriéndose a Nono— sobre cómo una muerte violenta podría transmitir las heridas en forma de marcas en una generación posterior? Y no solo marcas, señales… o sea… qué sé yo, marcas… cicatrices, o como quieras llamarlo.

No encontraba un término más amplio con el que expresarlo. Marcas, a fin de cuentas.

—¿Y qué tienen que ver estar marcas con, ya sabes…?, ¿qué tienen que ver con Marc, si se puede saber?

Helena se refería, obviamente, a la terrible enfermedad degenerativa que padecía el pequeño de sus dos hijos.

—Eso mismo pensé yo. —Luis tomó aire y permaneció momentáneamente pensativo. En su expresión podía adivinarse que estaba a punto de revelar algo decisivo, algo solamente visible para quien quisiera ver más allá de lo obvio—. Eso es *exactamente* lo que pensé —repitió una vez más—… al principio.

Quizás, solo quizás, ahora estuviera en condiciones de romper el rocoso cascarón tras el que Helena se protegía del mundo a su alrededor.

—Después de la fuerte estocada en la cabeza, alguien empujó un muro de no-sé-cuántas toneladas encima de mi abuelo Martín.

Helena le miró en silencio, con la expresión seria, atenta por primera vez a lo que Luis se empeñaba en hacerle entender.

—Sus huesos debieron quedar hechos puré por la presión…

Helena no necesitó más explicaciones. En sus peores pesadillas, su pequeño no tenía ni un solo hueso íntegro en el cuerpo. Luis pudo verlo en su mirada.

—¿Entiendes a lo que me refiero?

Helena le miró en silencio, cuestionándose toda su existencia de raíz.

—Marcas en las manos —repasó Luis con la mirada fija en su mujer—, en la cabeza y una estructura ósea de cristal. Por favor,

Helen, ¿soy el único que ve la conexión?

Algo consiguió sacarla del momento de abstracción que la dejó ensimismada durante unos instantes.

—¿Y qué, si fuera cierto? —preguntó Helena, abriendo una vía de negociación que para Luis resultó como un rayo de esperanza en plena oscuridad—. Pongamos que el alma… o el aura… o como quieras llamar a tu abuelo, pongamos que, al morir, su aura se perdió en el supermercado, algo así, ¿no? Y no encontró un cuerpo en el que meterse hasta ochenta años más tarde.

Dejando a un lado el sarcasmo, a Luis valía la línea argumental que parecía proponer Helena. Era al menos un punto a partir del que seguir con la conversación.

—Supongamos, sí.

—¿Y en qué nos ayuda saberlo? Es decir, Marc sigue necesitando el tratamiento, ¿no? ¿O nos va a dar tu abuelo el millón de euros que necesitamos?

Un buen punto a favor de Helena.

—¿O pensabas cobrar la exclusiva en *Cuarto Milenio*?

Luis reconoció no haberse puesto todavía a dilucidar ese otro asunto.

—¿Lo ves? Estás tan obcecado en tener la razón que ni siquiera te has parado a pensar en lo único que importa.

Luis pestañeó aceleradamente repetidas veces y Helena hizo hincapié en aquello que era lo único importante.

—Estamos de acuerdo en lo único que importa, ¿no?

Por mucho empeño que Luis le pusiera en ver más allá de lo obvio, todavía no alcanzaba a imaginar que pudiera haber sido su propio abuelo Martín quien planeara morir de aquella forma tan brutal, como había sido el caso. No sepultado bajo un muro de doscientas toneladas, ahí es donde el tiro le salió por la culata. Si Martín hubiera intuido por un solo momento que su bisnieto tendría que pagar el precio de la ira desmedida de su verdugo —el infame Ángel— en la forma de una enfermedad letal, ni siquiera habría intentado transmitir, a través de las marcas mortales en su cuerpo, un mensaje con el paradero de dos obras del Greco que superarían con creces el millón de euros en la actualidad, y que Luis y Helena necesitaban con la más absoluta desesperación. No ser capaces de leer aquel mensaje a tiempo no solo convertiría la muerte de su abuelo Martín en algo totalmente innecesario, sino que acabaría resultando devastador para toda su familia.

***

Pocas veces había conversado Helena tanto consigo misma

como aquella lluviosa mañana conduciendo de camino al hospital.

Las primeras gotas de un día que prometía más sombras que luces golpeaban tímidamente contra el parabrisas del Ford Focus de tercera mano, y la imagen de Luis empeñado en hacerles ver fantasmas donde solo había un cruce de casualidades se estaba convirtiendo en un persistente incordio. Siempre, eso sí, desde el odioso cariño que aún los unía a fuego. Se sentía marcadamente agitada, tal vez porque su habitual enfoque racional sobre lo que no podía explicar empezaba a resultarle frágil como una fina lámina de hielo sobre un charco en diciembre. Lejos de calmarla —como en tantas otras ocasiones conduciendo su coche bajo la lluvia—, el sonido crispado del limpiaparabrisas frotándose contra el cristal parecía retar desafiante su capacidad de aguante.

«El cerebro humano es capaz de hacer que aparezcan marcas en la piel», se dijo en voz alta con una entonación decidida. Un intento desesperado de reafirmar sus hasta entonces firmes convicciones sobre la vida, la muerte y el más allá.

Por su formación médica, Helena sabía que algunos casos de ansiedad podían conducir a diferentes tipos de afecciones, por los cambios hormonales que esta podía acarrear. El sistema inmune también tenía mucho que decir respecto de la forma en que el cuerpo humano luchaba contra determinadas infecciones… ¿y no era todo eso producto de la mente, a fin de cuentas? Sí, la mente podía hacer maravillas, incluso crear cicatrices en los lugares más inoportunos. Se sentía cansada mentalmente, hastiada de darle vueltas en pleno atasco a una idea que le parecía, ya de entrada, completamente absurda. Decidió encender la radio y giró la rueda de sintonización tratando de encontrar alguna emisora cuya programación no fuera basura radiofónica.

El tema principal alrededor del que giraba la prudente charla que mantenían los dos tertulianos en la radio era el de la hipnosis. Con la voz grave de un locutor curtido en cientos de entrevistas, el director del programa comenzó a relatar cómo se había documentado la capacidad de la hipnosis para producir cambios sorprendentes en el cuerpo, como el de la sensación de tener una sed incontrolable. Su invitado, notablemente más ducho en el tema sujeto a debate, iba corrigiendo o matizando sin la menor delicadeza algunas de las afirmaciones del director del programa, como, por ejemplo, el hecho de que la hipnosis no solo había demostrado inducir la sensación de sed, sino también los cambios que sucedían en los riñones durante la deshidratación.

Sobre todos los casos expuestos en los minutos siguientes, uno

en particular llamó la atención de Helena. El de un individuo que, reviviendo una experiencia traumática durante la sesión de hipnosis —la experiencia de estar retenido en contra de su voluntad—, resultó desarrollar una serie de marcas alrededor de sus muñecas, similares a las de haber estado maniatado con tremenda fuerza.

Helena apagó la radio de inmediato.

Si la mente era capaz de hacer cosas que, como lo que acababa de escuchar en la radio, superaban la comprensión humana, y suponiendo que las marcas en Marc no fueran pura coincidencia, la teoría de Luis seguía siendo un disparate. De ahí a que la mente pudiera existir indefinidamente una vez muerta toda actividad cerebral, y que esta pudiera entrar en un recién nacido a placer dejando su rastro en él, ahí ya mediaban años luz de distancia y varias películas de ciencia-ficción. No. Ni la insistencia de Luis ni todos los fantasmas del mundo merecían acaparar un solo segundo su atención sobre cómo garantizarle a su hijo el tratamiento adecuado para darle una vida digna.

El atasco comenzó a disiparse y el día empezó a florecer dejando atrás esos primeros instintos cataclísmicos de cada nuevo amanecer a los que Helena ya se había más que acostumbrado.

Pasados dos kilómetros más, Helena tomó la salida hacia la circunvalación y llegó al rato al hospital, momento a partir del cual el día podría tomar al fin un nuevo rumbo después de las consabidas disculpas por el imperdonable retraso.

***

—Toc, toc —Emi Lodeiros imitó sin gran entusiasmo el sonido de sus nudillos desnudos golpeando contra una puerta imaginaria, justo bajo el umbral de la puerta de la consulta de Helena.

Helena alzó la vista esperando que no fuera otro paciente más buscando desesperadamente los aseos del hospital. Joder, ¿es que no tenían dos ojos en la cara para ver los carteles que había repartidos por toda la planta?

—¡Dios, Emi! —exclamó Helena al reconocer las pétreas facciones de su amiga, con sus ojos alagartados asomando a lo lejos detrás de un cristal de nueve dioptrías

—¿Otro ataque de pánico? —respondió su compañera.

Se refería al momento de encierro en los baños del hospital justo una semana antes, cuando Helena había sufrido el momento de colapso desde el primer minuto de la mañana.

—En absoluto —Helena la tranquilizó, y su cara adoptó una

mueca abigarrada como si su amiga estuviera diciendo algo inconcebible—. No más ataques de pánico.

Helena reparó un instante en el grosor de los cristales en las gafas de pasta marrón que lucía Emi sobre su nariz ancha y roma como una duna en el desierto. Mientras terminaba de volcar en su ordenador la información del último paciente, señaló con el índice hacia su amiga a la altura de su entrecejo.

—¿Todos los bibliotecarios estáis cegatos perdidos?

Con su donaire de motera sobrada de confianza, Emi respondió a su compañera sin inmutarse.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Helena se impulsó con fuerza hacia atrás, quedando a merced de los rodamientos de las chirriantes ruedas de su silla de oficina. Apoyándose en los frágiles reposabrazos, se alzó enérgicamente poniendo fin a una mañana que se le había hecho eterna.

—Pensé que era un cliché —añadió—, lo de la miopía de caballo en los bibliotecarios.

—Ay, el *penséque* y el *creíque*.

—Sí, bueno, pero algo de razón tengo.

—Algo de razón tendrás. —Y Emi añadió acto seguido—: ¿Es que no se come aquí?

Mientras esperaba una respuesta por parte de su habitual compañera de almuerzos —y de acaloradas sobremesas—, Emi giró momentáneamente el cuello hacia su lado izquierdo, desde donde alguien en el exterior del despacho reclamaba su atención. Respondió susurrando un silencioso *dame un minutito* al que acompañó de un pellizco el aire con sus dedos índice y pulgar.

Todavía dentro de su consulta, Helena ladeó la cabeza como si pudiera, de alguna forma inexplicable, ver más allá del umbral de la puerta de su consulta. Frunciendo el ceño y en un golpe seco de barbilla, se interesó por la identidad del misterioso personaje al otro lado. «A ver con qué personaje me haces terminar el almuerzo en esta ocasión», pensó.

—Shsss… —Helena chistó a su compañera tratando de captar su atención—, ¿quién está ahí?

Usando los dedos de su mano izquierda como si fueran las cerdas de una escoba barriendo el aire, Emi animó a quien estuviera más allá del umbral de la puerta a ir bajando al comedor. Después dio un par de pasos hacia adelante y, agarrada a los marcos laterales de la puerta con ambas manos, dejó caer su peso ligeramente hacia adelante y urgió a Helena a salir pitando para llegar a tiempo a coger una buena mesa en el comedor.

—¡Vamos, mujer! —exclamó Emi fingiendo irritación—. ¿Se

puede saber qué te pasa?

Helena apagó su ordenador y caminó hacia el exterior de su pequeño despacho tratando de no agobiarse por todo el trabajo pendiente. El pasillo estaba desértico como en el día de Navidad.

—¿Dónde se ha ido todo el mundo?

Con el dedo índice apuntando al techo, Emi dibujó un círculo perfecto en el espacio que había entre ambas.

—El mundo está aquí, nena.

Dios, ¡cómo la quería!

A juzgar por la expresión en la cara de Helena, aquellas cinco palabras resultaron ser el potente bálsamo reductor de ansiedad que necesitaba para superar un día más.

—Vamos —la agarró por el codo—, tengo que presentarte a alguien.

Helena elevó las cejas hasta casi alcanzar las arrugas horizontales de su frente.

—¿Otra de tus encerronas?

Tal vez como resultado de su pasión por la velocidad, Emi tenía por costumbre devorar la totalidad de sus almuerzos en un tiempo récord, acostumbrando a terminar para cuando Helena apenas había conseguido su turno en el microondas.

—¿Qué encerronas? —respondió Emi con su habitual socarronería.

—Lo sabes de sobra, cabrona.

Saltaba a la vista que Helena no se quejaba sin razón.

—¡Eh! —Emi le clavó el codo en el costado, quizás el punto de su cuerpo con que más odiaba Helena que le anduvieran jodiendo—. ¿Y la cantidad de chorbos que conoces gracias a mí?

Helena se defendió de aquel calculado ataque doblándose hacia el costado y, alzando el brazo contrario sobre su amiga, procedió a propinarle en su frente despejada una sucesión de inofensivas palmaditas.

—¿Por chorbos te refieres a tipos aún por domesticar?

Helena no tenía la menor idea de dónde sacaba Emi todos esos especímenes para la hora de la comida. Lo que sí tenía claro es que no quería por nada del mundo volver a quedarse a solas con nadie que no fuera capaz de respetar los momentos de silencio que para ella eran inquebrantables.

—¿No te llegué a contar cómo trató de camelarme el último de tus chorbos cuando te fuiste a hacer quién sabe qué?

Emi le miró fingiendo una sorpresa desmedida.

—¿A quién te refieres? —preguntó haciéndose la ingenua—. ¿Al Cebrián?

Helena se mordió los carrillos por dentro, apretó los labios

como una trompetista y meneó la cabeza de un lado a otro.
—Como se llame. Deberían darle de comer aparte.
—Mira que eres exagerada.
Una vez en la planta baja, justo antes de acceder al comedor atestado de gente en plena hora del almuerzo, Emi se detuvo junto al umbral de la puerta doble donde lucía un cartel con las palabras «Comedor de personal» impresas con la tipografía Comic Sans.
Se tomó unos segundos para hacer un sondeo visual desde aquel lugar, saltando de mesa en mesa con la mirada con la única finalidad de trazar mentalmente el camino que menos tiempo le haría perder saludando a unos y a otros. Si había una relaciones públicas en el hospital, esa era Emi Lodeiros. Y aquel día no tenía tiempo que perder.
—¡Por ahí!
«Oh, no, no, no, otra de tus encerronas, no».
Helena pudo divisar sin el menor atisbo de dudas hacia dónde le dirigía su amiga, una mesa esquinera en la que un tipo con aspecto de divorciado insulso esperaba agitando tímidamente el brazo.
Emi se giró tras un par de pasos adelante. Antes siquiera de hacerlo, ya sabía que Helena aún seguiría clavada en el sitio.
—¿Se puede saber a qué esperas? —preguntó Emi esperando que Helena se limitara a echar a caminar de una vez, y esta respondió dejando caer sus brazos a plomo como una inconforme niña pequeña.
—¡Venga! —insistió Emi.
Las dos comenzaron a caminar sorteando mesas y caras sonrientes destinadas sin excepción a Emi, la reina del lugar por méritos propios. No había comida o cena de despedida —la alta rotación de empleados era la tónica habitual, como en todo hospital— en que no acabara zapateando sobre la mesa del restaurante de turno, para el asombro de los presentes.
Una vez llegaron a la mesa, el hombre con aspecto insulso trató de ganar espacio apartando un par de servilletas hechas sendos gurruños y los restos de pan de los comensales del turno anterior.
Con una remarcable pista de aterrizaje en la cabeza, las gafas pasadas de moda, la camisa abierta en plan ejecutivo cansado de la vida y el jersey de pico, a Helena le recordó al padre de Milhouse, de *Los Simpson*.
Emi le agradeció el detalle y se acomodó a su lado, quedando dos espacios libres en el lado contrario de la mesa.
—Gracias, majo —le dijo.
Helena parecía una cría de antílope buscando la forma de

atravesar un río atestado de cocodrilos hambrientos.

Cuando alcanzó finalmente a Emi, junto a la mesa, apoyó las dos manos sobre el respaldo de la silla que quedaba frente a su amiga y la empujó con fuerza dejando caer el peso de su cuerpo sobre su asiento y respaldo.

—Dónde estaría yo sin mis modales —añadió Emi con sarcasmo —. Helenita, este es Juande. Un fenómeno, ahí donde le ves tan poca cosa.

Cirujano especializado en urgencias, Juan de Dios Martos respondió con una sonrisa tímida y continuó comiéndose la primera de las cinco mandarinas que llevaba en una bolsa de plástico reutilizable.

Como de costumbre, Emi finiquitó rápidamente su primer plato consistente en un pequeño táper redondo con nueces y pasas sultanas. Entre la interminable cola que Helena encontró al acercarse al microondas y la velocidad de vértigo a la que Emi se tragaba el contenido de sus táperes, acabó sucediendo lo que la primera llevaba temiéndose desde el minuto uno: la consabida encerrona con aquel tipo.

—¿Y Emi? —preguntó a su comensal una vez estuvo de vuelta en la mesa, sembrando estratégicamente un cortafuegos para evitar la propagación de cualquier conversación indeseable.

Tratando de no resultar maleducado, Juande señaló hacia el lado opuesto del comedor con el dedo índice de una mano. Con la mano opuesta se esmeraba en retirar de entre sus dientes los inoportunos restos de una mandarina que habían quedado atrapados de forma poco decorosa.

«Siempre igual», pensó Helena jurando una venganza lenta y dolorosa para su fiel amiga.

Como si fuera la prueba más dura de toda su vida, Helena depositó los dos táperes calientes sobre la mesa y se sentó en el lado contrario al cirujano, quedando este situado al frente en diagonal.

—¿Un mal día? —masculló el hombre sin dejar de masticar.

Helena le miró durante apenas una fracción de segundo y regresó su atención a los restos de comida de la noche anterior. Quizás la mejor forma de desahogarse fuera precisamente hacerlo con un completo desconocido, quien se limitaría a escucharla sin importar que se tratara de sus asuntos personales.

—No diría malo —respondió Helena—. Simplemente raro.

El cirujano de urgencias se limitó a asentir con la cabeza mientras seguía con sus mandarinas, como diciéndole «puedes seguir contándome más, si eso te hace más feliz, o puedes dejarlo ahí si lo prefieres».

Tan explícita falta de interés llamó la atención de Helena, que encontró en el médico la ocasión perfecta para ahorrarse una sesión de terapia.

—Últimamente suceden cosas muy extrañas en mi vida —continuó—, y por suceder me refiero a un marido al que le ha dado por convencerme de que hay… cómo explicarlo sin que suene ridículo, vida después de la muerte.

El hombre con aspecto de presidente del AMPA de un colegio público le contestó distraídamente, dudando si chuparse los dedos sería demasiada informalidad.

—Si yo te contara…

Helena redujo drásticamente su ritmo de masticación, comenzando a mover las mandíbulas lentamente, arriba, abajo, arriba, abajo, dejando patente su interés en saber si la vida de aquel tipo de aspecto inane podía ser más pintoresca que la suya.

—Después de veinte años en el candelero —procedió a explicarle el cirujano—, llamarlo *raro* es la forma más suave de expresar todo lo que he visto por aquí.

Helena tragó el último bocado, guardó cuidadosamente los dos cubiertos de plástico en el táper y lo empujó hacia un lado de la mesa.

—¿A qué te refieres?

—Solo te diré que he puesto en serias dudas mi concepción de la vida. Y de la muerte, también —le dijo—. Aunque creo que con el tiempo lo he ido normalizando.

Acto seguido, comenzó a pelar la última de las cinco mandarinas que conformaban la primera parte de su almuerzo.

Por su trabajo como cirujano de urgencias, Juande estaba más que acostumbrado a manejarse en situaciones límite. Sus nervios eran de acero como poco. Gracias a Dios, todavía no le habían colgado la etiqueta de La Parca, como solían referirse a los médicos que se prodigaban en dar el alta celestial a sus pacientes.

No obstante, los pacientes que desarrollaban complicaciones relacionadas con los cuidados médicos previos solían ser siempre los más vulnerables, y la intervención inmediata resultaba esencial para su recuperación. El pan de cada día para un cirujano de urgencias. Así que, si aún no se habían referido a él como La Parca, o al menos que él supiera, desde luego no era por falta de pacientes que llegaran pidiendo pista.

Helena carraspeó apurada por adentrarse en un terreno tan personal.

—¿Podrías ser un poco más explícito?

«¡Mírala ahora! La que no quería sentarse a comer», pensó el

cirujano. Por otra parte, no habría dejado pasar la ocasión de contarle sus vivencias al primero que se hubiera ofrecido a escucharlas.

—Bueno… —titubeó—, he tratado con muchas personas que han vivido experiencias cercanas a la muerte y, ¿sabes qué? —le preguntó retóricamente a Helena, sin esperar respuesta alguna—, cada vez estoy más convencido de que la vida no acaba necesariamente con la muerte cerebral.

Con aspecto aliviado, recogió las pieles de las mandarinas y sacó un par de yogures de su fresquera.

—*Voilá!* —exclamó el cirujano con aire de haberse quitado un peso de encima—. Ya lo he soltado.

El ruido ensordecedor en el comedor era protección suficiente para Juande, que se habría pensado dos veces mencionar el tema en caso de haber reinado un silencio sepulcral a su alrededor.

Para Helena, que el cirujano que tuviera que operarla de urgencia creyera en el más allá no la dejaba del todo tranquila.

—¿Y cómo logras ser imparcial en los momentos críticos? Quiero decir… puestos a exigirle a un cirujano toda su pericia, sería conveniente que este diera por definitivo cualquier error fatal, ¿no te parece? No fuera a quedarse tranquilo pensando que, a fin de cuentas, a sus pacientes les espera una larga y fructífera vida en el más allá.

El médico dejó escapar una risilla ahogada, apenas unas vibraciones a la altura de su tráquea, y le respondió:

—Sería un estupendo seguro de accidentes médicos para cirujanos, ¿no crees?

Después comenzó con el primero de dos yogures de sabor a limón envasados en cristal.

—¿Y crees que una de estas personas podría acabar —Helena pegó las palmas de las manos colocándolas en posición de flecha— entrando en otra persona?

—¿Entrando? —le preguntó el médico en busca de una aclaración sobre el significado específico de entrar en otra persona.

—Sí, ya sabes… entrando.

—Mira… Helena, ¿verdad? Hasta tanto ya no llego.

Con evidente decepción en sus ojos, Helena se reclinó hacia atrás sobre el respaldo de la silla metálica.

—Yo solo sé lo que me cuentan las personas que han estado al borde de irse al otro barrio.

El médico rebañó el recipiente de vidrio como si fuera a ser su última comida en mucho tiempo y comenzó a recoger sus cubiertos.

—A los que se acaban yendo —añadió encogiéndose de hombros —... a esos no tengo tiempo de preguntarles.

A punto de poner rumbo de vuelta hacia su consulta, una vez incorporado, el médico vaciló por un momento antes de irse. Apoyó sus manos sobre el borde metálico de la silla y su voz adoptó un tono marcadamente más serio que antes.

—Verás...

Helena se cruzó de brazos de forma exagerada: *a ver con qué me sales ahora.* Él le devolvió una cálida sonrisa y, acto seguido, comenzó a contarle un episodio en su vida que consideró digno de sacar a colación.

—En mi familia siempre pensamos que mi hermano pequeño —relató el cirujano lleno de nostalgia por el recuerdo— tenía *algo* de nuestra abuela, a la que él ni siquiera llegó a conocer. Siempre nos decía cosas que nos recordaban a las cosas que ella solía decir o hacer..., ya sabes, expresiones, gestos, cosas así..., sobre todo siendo muy pequeño. Con el tiempo se le fue pasando hasta que dejó de comportarse de aquella manera, pero durante un tiempo fue como tener a mi abuela de nuevo con nosotros... si esto tiene algo de sentido. ¿Tiene sentido?

Helena ignoró la pregunta.

—¿Qué fue de tu abuela? —le preguntó, y se sorprendió a sí misma interrogando a un desconocido de aquella manera.

—Bueno... —titubeó el cirujano. Con la mirada perdida más allá de los confines de la mesa magullada por cientos de charlas y escuetas sobremesas a contrarreloj, comenzó a golpear uno de los envases de cristal con la cucharilla de acero—. La pobre no tuvo el mejor de los finales, a decir verdad.

Helena no podía creer lo que estaba escuchando. El recuerdo de Luis tratando de fecundar su cerebro con la idea a todas luces descabellada del renacimiento de su abuelo Martín en el pequeño Marc se hizo perfectamente tangible en su cabeza. Y es que de cada veinte intentos, en al menos un par de ellos Luis se las ingeniaba para meterle sus ideas en la cabeza como espermatozoides empecinados en conseguir su ansiado trofeo.

—¿Puedo preguntarte de qué murió?

El cirujano de aspecto inane no tuvo el menor reparo en responder a su pregunta.

—Claro, cómo no. —El médico se colocó las gafas torpemente en un gesto involuntario producto de estar a punto de abrir, quizás sin el estómago preparado para ello, el cajón de los recuerdos—. La golpeó uno de aquellos sonoros tranvías que recorrían las ciudades antiguamente —le explicó—. La pobre tuvo una muerte ciertamente violenta.

Capítulo 23

Cárcel de San Esteban, 1937

Cinco días antes del asalto de los milicianos

—Martín, ¿verdad? Venga, sácalo todo de una vez que no tenemos todo el día, hombre. Me estás haciendo perder el tiempo, ¿no ves hasta dónde alcanza la línea? —insistió Ismael Urquijo, el espigado guardia a quien le entraban los siete males cada vez que tocaba incorporar nuevos reclusos en el presidio. Y en esta ocasión la cola con los nuevos presos era mucho más extensa de lo habitual, lo que le provocaba unas irrefrenables ganas de ponérselos en bandeja a los milicianos anarquistas que permanecían acampados colina arriba, a escasos quinientos metros del presidio.

—Sácalo todo y deposítalo sobre la mesa, hombre —le insistió Urquijo.

Por mucho que el funcionario de prisiones se empeñara en creer lo contrario, a Martín le sobraban razones para no llevar ningún objeto de valor encima. Ya se habían encargado los milicianos de vaciarle los bolsillos tan pronto como pudieron ponerle la mano encima al encontrarle caminando apresuradamente por las calles de Illescas. Habían reducido a jirones su mochila de tela, arrancándole cintos, pasadores, correajes y cierres, además del esqueleto trasero de hierro y el saco de cierre, todo ello a base de crudos tirones regados de un innecesario ensañamiento. En apenas unos segundos, aquellos dos tipos perfectamente entrenados para el pillaje le habían despojado limpiamente de las monedas que conformaban la última paga por su labor en la fábrica, junto con los dos juegos de llaves que llevaba encima, incluyendo las del estudio de fotografía de su padre.

Este último debía encontrarse patas arriba a esas alturas, eso lo daba ya por hecho. No era un trago fácil de digerir para Martín, que no podía dejar de imaginarse la cara que pondría su padre al regresar de donde fuera que estuviera para encontrarse con su estudio completamente desvalijado. Para su consuelo, al menos podía estar tranquilo habiendo alejado a tiempo de allí lo más valioso de todo, esas dos pinturas del Greco cuya espectacular belleza le dejó sin aliento en el momento mismo de tenerlas frente a sus ojos. Ahora debía buscar la forma de dejar constancia del paradero de los dos lienzos estando preso como estaba. Martín mantenía viva la esperanza de dar con alguien de buen

corazón que pudiera transmitirles el mensaje. Y ante el reparo natural a dejar el próspero futuro de su familia en manos ajenas, bueno, ese era un río cuyas turbulentas aguas tendría que navegar llegado el momento.

Su primer día en prisión comenzó según lo esperado. El primer paso era el de la clasificación de los reos, lo que se hacía atendiendo a su edad, periodo de condena y naturaleza del delito. Por si alguno de los nuevos reclusos pensaba que podría gozar de algún contacto con el exterior, inocente iluso él, se fijaban horarios escrupulosos para la recepción de encargos solicitados por los propios presos al exterior y viceversa.

Cada preso era minuciosamente registrado el día de su ingreso en prisión, como pudo dar buena cuenta Martín, y se les requisaba de inmediato cualquier artilugio prohibido: licores de distinta graduación, barajas de naipes, juegos ilegales o juegos que simplemente fueran considerados frívolos. Cualquier pieza de artesanía era destrozada sin reparos por los guardias a riesgo de contener mensajes en su interior. Los presos tenían motivos de sobra para esmerarse en sacar de la cárcel mensajes por todo medio posible. Ni hablar de manejar dinero dentro del presidio, y aún menos alhajas ni cualquier otra cosa que pudiera tener algún valor. Esto iba por si alguno de aquellos a quienes habían echado el guante mientras trataban de huir con los objetos de valor de su familia (por lo general, envueltos en papel dentro de un zurrón) pensaba que podría conservarlos tranquilamente durante su tiempo entre rejas.

Oh, pero no era todo tan estricto como pudiera pensarse. En caso de querer adquirir algo del exterior, era la propia institución la que le descontaba al preso de turno el coste del artículo, siempre calculando el precio según su buen entender. Era el llamado «peculio libre» que se liquidaba una vez terminada la pena. Eso siempre y cuando salieran vivos de allí, algo que en términos estadísticos era poco probable.

Mientras Urquijo completaba el registro de cada nuevo reo incorporado al presidio, un segundo carcelero de apellido Villanueva entregaba la vestimenta a cada nueva incorporación. Lo hacía cuidadosamente bajo la atenta supervisión de don Miguel Alcudia, director de la prisión.

—¡Gubianes! —gritaba uno a uno los nombres de los nuevos presos.

Después les entregaba el pack de bienvenida, compuesto por un gorro y una camisa de tela blanca resistente para las zonas al aire libre. En esta había una letra «P» impresa, junto con el número de prisionero grabado a la altura del pecho con tinta indeleble.

También se les entregaba un pantalón de color caqui y un juego de alpargatas, además de un par de recambios de ropa interior. Una colchoneta con su correspondiente manta completaban el pack, la segunda de las cuales rascaba la piel hasta casi hacerla sangrar. En último lugar, les daban una lata de sardinas vacía que haría las veces de plato para las sucesivas comidas, y que convenía no perder de vista en ningún momento.

—¡Brosnicio! —Villanueva seguía llamando a los nuevos reos, mientras su garganta empezaba a dar cuenta del esfuerzo por hacerse escuchar entre el griterío a su alrededor.

Los reclusos iban a marchas forzadas asimilando su nuevo estilo de vida en prisión, con el *onboarding* alcanzando su punto álgido al ser conducidos hasta la zona de los barracones. Una vez allí, los infelices presos podían sentirse afortunados por contar con sesenta centímetros de espacio de uso individual y tres urinarios para compartir entre los doscientos internos.

A los que llevaban más tiempo presos se les podía reconocer fácilmente por su generosa delgadez, y no había forma humana de distinguir entre el que entró siendo fuerte y firme del que simplemente había sido un tirillas durante toda su vida. En cualquier caso, los pocos que salían del presidio lo hacían completamente deshechos, difícilmente reconocibles para los pocos familiares que se aventuraban a ir a recogerlos.

Martín reparó en el director Alcudia, o más bien en la expresión de aprobación de este ante el trabajo de Villanueva. Contrastaba con el otro funcionario, Urquijo, a quien el director no quitaba el ojo de encima con cierto aire de desconfianza.

No era para menos. El escenario con el que se había encontrado Alcudia al entrar como nuevo director de la prisión había sido, si no dantesco, al menos sí descorazonador. En especial el fichero con la información de los funcionarios, muchos de los cuales eran para echarles de comer aparte dada su inclinación a la corruptela, sin mencionar los repetidos episodios de trato vejatorio hacia los presos o, en su defecto, hacia quienes se atrevían a visitarlos.

Tal fue el percal que se encontró en su primer día al frente del presidio que no tuvo reparo alguno en dejar constancia de ello en su primera comparecencia ante la Dirección de Prisiones:

—Es una vergüenza —no dudó en decir con todas sus letras—. Lo del personal de esta prisión no tiene ni un nombre por el que llamarlo. Una saca es lo que nos hace falta, pero una saca entre los guardias.

La recientemente electa directora de Prisiones le dedicó una mirada de soslayo, sin ocultar la incomodidad que le ocasionaba

tocar el tema en cuestión.

—No bromee con eso —le respondió en un tono cercano a la irritación—... Por favor, Alcudia.

—Si no es broma. Es más, vengo a proponerles un ensayo. Y es que sustituyamos las manzanas podridas por los presos más responsables. Sí, entiendo que es un giro bastante novedoso, pero ¿qué otra opción tenemos?

Era un órdago en toda regla con tres pitos de integridad en su mano.

—Mire, Alcudia —contestó la directora de prisiones, atusándose el pelo con creciente nerviosismo—, lo que propone es bastante fuerte, sobre todo para la situación actual, por cómo están las cosas...

—No, *mire* se lo digo yo a usted. Yo he venido a hacer mi labor, y si no puedo hacerla, pues me largo por donde he venido y no se hable más.

Aquella mentalidad innovadora encontraba difícil acomodo en la junta de la Dirección de Prisiones, más inclinada a dejar correr el agua turbia hasta que esta se diluyera por sí sola en la inmensidad del océano que a tomar partida en favor de unas condiciones un poco más dignas para los presos.

—Señores —concluyó Alcudia poniendo fin a su exposición—, por mucho que nos pese a algunos y muy poco a otros tantos, el muro de ronda y los barrotes poco o nada garantizan frente a las penurias del recluso.

A juzgar por las expresiones, muecas y comentarios velados de los presentes, parecía ser el único a quien importaba el devenir de la población reclusa.

—Lo que quiero decir, si ustedes me quieren entender, es que solamente una gran altura moral en los funcionarios les dará la autoridad que difícilmente se puede desprender de la letra inerte del reglamento penal.

Así las cosas, al director Alcudia no le aprobaron su iniciativa, pero sí pudo al menos eliminar parte de la fruta podrida.

Después de dar por terminados los trámites de ingreso pertinentes, Martín y otros tantos presos fueron conducidos hasta su catre en el barracón colectivo situado en la segunda planta del que fuera un convento de las monjas agustinas. Una vez allí, contempló por un instante a los presos a su alrededor. Estaban divididos en pequeños grupos, sentados en sus catres o haciendo lo poco que podía hacerse en prisión, a saber, jugar a las tabas, dibujar en la pared o reflexionar en un apartado rincón en el barracón.

Después depositó su nueva ropa sobre el colchón de lona

relleno de esparto, duro como el espinazo de un cochino, de color blanco con rayas grises, y respiró hondo por primera vez en varios días.

No tardó en comprobar la gran desproporción numérica entre presos y funcionarios. Saltaba a la vista lo necesitados que estaban en aquel presidio de personal capacitado para controlar a una población reclusa que solamente encontraba cierta regulación en las constantes sacas de presos que aliviaban la presión entre los muros del viejo convento.

Un preso en particular llamó la atención de Martín. Vestía ropa de al menos un par de tallas más a la correspondiente a su envergadura. Recibir prendas de vestir de tallas mucho mayores, o en su defecto, mucho menores a la correspondiente, era una de las habituales bienvenidas por parte de algunos de los guardias para ir haciendo calar un mensaje en las cabezas de los nuevos reclusos: ve dando buena cuenta de lo mucho que voy a joderte si no me pagas de alguna manera. Empezaban con una varonil sutileza, eso no se les podía negar.

Aparte de lo que le pareció a Martín un cuaderno de notas asomando en el bolsillo lateral de su pantalón, nada más distinguía a aquel preso de los demás salvo por el hecho de parecer absolutamente ajeno al agitado mundo que le rodeaba en aquel preciso momento.

Al reparar en Martín, el tipo del cuaderno dejó lo que estaba haciendo junto al caldero de uso común (que los presos usaban indistintamente para lavarse, fregar los cacharros y asear su ropa) y se encaminó tranquilamente hacia él a paso ligero.

El catre de aquel tipo resultó ser el inmediatamente adyacente al de Martín. Una vez llegó hasta aquel, se acomodó tumbado mirando hacia el techo y extrajo el cuaderno del bolsillo del pantalón. Lo colocó de canto entre sus muslos e inspiró una profunda bocanada de oxígeno cargado de esencia a amoniaco por la orina estancada en las esquinas de la celda. Cerró los ojos y comenzó a mecer distraídamente su larga coleta de pelo canoso.

—¿Sabes qué es ese olor? —rompió el hielo, y la forma en la que le habló le hizo pensar a Martín si aquel tipo no habría perdido el juicio a base de sopa aguada y latas de sardinas.

Martín miró a su alrededor esperando encontrar la fuente del olor al que el hombre se refería, como si algo irracional le privara del simple acto de inspirar una buena bocanada de oxígeno.

—¿El olor a meados?

—Aparte.

—No huelo otra cosa.

—Huevos fritos con tocino —reconoció el preso, dejándose llevar por una ensoñación con los ojos aún cerrados.

Martín no consiguió identificar otro olor aparte del del orín y el de la humanidad de los más de doscientos presos confinados en un mismo barracón.

—Te aconsejo que te tomes el tiempo de disfrutarlo —le sugirió su compañero de celda.

—¿Y eso por qué?

—Porque no vas a catar nada ni medio parecido en mucho tiempo. Es la comida de los guardias.

Martín permaneció en silencio.

—Dale tiempo, que aquí todo acaba por llegar. No hay mejor lugar en el mundo que este para recuperar el olfato perdido.

La expresión de entre decepción e indiferencia en el rostro de Martín le hizo al preso recordar sus primeros meses en el presidio, cuando todavía pensaba que aquello no podía ser tan malo como lo pintaban desde fuera. No era su intención en cualquier caso intimidarle con las típicas batallas carcelarias, como hacían muchos de los presos cuando llegaba carne fresca.

—Tranquilo —continuó el preso en un tono cordial—, podría ser mucho peor de lo que es. El desayuno no deja de ser bastante variado, en realidad. Nos suelen dar una cazuela de agua caliente. Dicen que le ponen polvos Maggi, aunque yo me permito dudarlo mucho porque ese caldo, permíteme que lo diga así, a las claras, no sabe absolutamente a nada. Tiene gracia…, lleva tan poca grasa que puedes entretenerte contando las bolitas de aceite, y si cuentas más de tres, has triunfado y puedes celebrarlo durante el resto del día. Otros días, no sé de qué dependerá, nos dan unos tres o cuatro higos. Eso sí, no esperes de estos gran cosa. Son de una pésima calidad. O una pastilla cruda de chocolate que sabe a infierno. No sé de dónde sacan eso, pero no pinta nada bien.

El preso abrió los ojos y comenzó a dar suaves golpes sobre el cuaderno, aún entre sus muslos. Martín empezaba a sentir cada vez más curiosidad por su contenido, aunque no le dio más importancia en aquel momento.

—Te lo comes y punto —añadió finalmente su compañero de encierro.

Visto el interés del otro recluso por la charla, Martín optó por darle algo de coba.

—¿Y el almuerzo? —le preguntó mientras terminaba de vestirse con su nuevo uniforme, comenzando por la camisa y continuando por el resto de las prendas.

«Tendrás que irte acostumbrando a esta rigidez, al tacto propio de algo meramente funcional», pensó Martín mientras insertaba un brazo y después el otro a través de las ásperas mangas de la camisa.

—Para comer, una ración de caldo con alguna legumbre flotando o nabos, quizás algún minúsculo trozo de patata —continuó el otro preso—. Y si es festivo, tal vez hasta nos acabe cayendo media sardina.

Martín trató de no dejarse llevar por el repentino choque con la realidad de la vida en la cárcel, aunque resultaba difícil no hacerlo atendiendo a las barbaridades que escuchaban sus oídos.

—¿Algo más que deba saber? —le preguntó al preso de pelo canoso. Le habría agradecido una respuesta de ánimo, decirle que eso era todo y que después de un tiempo, la cárcel sería pan comido para él.

En lo que a Martín le pareció un despliegue de esfuerzo físico sin precedentes, el preso se incorporó lentamente ayudándose de sus esqueléticos brazos, quedando sentado a horcajadas sobre el colchón de lona.

—Comemos de pie, o sentados en el suelo. Y ve con tiempo de sobra. Las colas pueden llegar a eternizarse, aunque eso ya te lo habrías figurado tú solo.

Una vez uniformado con el atavío carcelario, Martín extendió su ropa personal debajo del catre y, con la lata de sardinas vacía en las manos, buscó con la mirada un lugar en el que deshacerse de ella.

—¡Oh, no, no, no! —se apresuró a prevenirle el preso de lo que le pareció una completa insensatez. Señaló hacia la lata de sardinas con la expresión afectada y procedió a explicarse a continuación—. Las colas en los váteres son peores que las de la comida —respondió—. Si no llegas a tiempo, que no llegarás en más de una ocasión, querrás tener un sitio donde mear para no tener que hacerlo en un muro, como hacen muchos que luego se arrepienten. Y si piensas que puedes acostumbrarte a los garrotazos de los guardias, piénsatelo dos veces. Con que tú siempre estate bien pegadito a tu lata de sardinas, que luego se pagan muy caras.

Todos los músculos de su cara parecieron contraérsele a Martín, agriándole la expresión como si le hubieran clavado un punzón en el costado.

—Así, cuando finalmente llegues al cuarto de baño —continuó explicándole el preso—, tiras de la cadena y con el agua que salga, limpias la lata y después te sirve para el almuerzo.

El hecho de que el recluso relatara con toda normalidad, o peor

aún, con la mayor de las conformidades, una narrativa que a él le resultaba espeluznante, dejó a Martín totalmente derrotado.

—¿O qué te habías pensado? —El preso sonrió ampliamente. Una mirada tristemente dicharachera en su rostro dio cuenta de lo acostumbrado que estaba a aquel tipo de vida—. Pues no se iba a lanzar la gente al vacío desde el segundo piso si esto fuera un balneario.

—¿Muertos?

—Dos infelices.

—¿Cuándo?

—Ayer mismo.

Martín resopló y, a regañadientes, guardó la lata de sardinas junto con su ropa intuyendo el gran aprecio que le llegaría a tener a ese pedazo de latón de ahí a no mucho tiempo. Aquel hombre y su dichoso cuaderno… no sabía si estarle agradecido por su sinceridad o si odiarle por despacharse a gusto dándole un delicioso baño de realidad.

—Por cierto —añadió el preso antes de convertirse en las sobras de un despiece de pollo acurrucándose en el colchón—. El nuevo sargento de varas…, el tío alto aquel que venía liderando el grupo de salvajes que os llevaba prisioneros, ¿sabes cuál te digo?

—Creo que sí.

—Pues ya puedes andarte con ojo.

Martín no podía estar más de acuerdo con él, aunque en aquel momento apenas podía calibrar la magnitud real del interés que el nuevo sargento de varas tenía en él.

—Ese viene aquí a lo que viene —continuó farfullando su compañero de catre—. Recuerda lo que te digo, amigo. Dale unos días, semanas tal vez. Te apuesto la paga de un mes a que empieza a arrimarse a alguno de los recién incorporados. Podrías ser tú. Y cuando finalmente consiga lo que quiera, ¡pam, pam, pam! Tus sesos en el paredón.

Martín divagó durante unos segundos mirando a su alrededor, tratando de no hacerse notar más de la cuenta entre la población reclusa hacinada en el interior de la celda colectiva. No resultaba fácil centrarse en la conversación cuando acababan de meterte en un barracón de cuatrocientos metros cuadrados con otros doscientos tipos que solo Dios sabía qué méritos habrían hecho para estar allí dentro.

—¿Tenemos paga con la que apostar? —preguntó Martín regresando de aquel momento de abstracción, aunque no tenía ninguna intención de entrar en la peligrosa dinámica de apuestas de una cárcel de mala muerte.

—Claro que no —respondió el preso sin molestarse en darse la

vuelta—. Por eso me la he apostado.

—Por cierto —se atrevió a intimar Martín previendo la necesidad de contar con al menos un aliado a su lado—, no te he preguntado tu nombre.

Sin apenas cambiar de posición, dándole la espalda acurrucado en el colchón de lona, el preso estiró el brazo que quedaba libre tendiéndole la mano por detrás de su espalda.

—Medardo Planchuelo —respondió mientras dejaba caer sus pesados párpados—, el viajante.

—Martín Velasco.

Después de estrecharle la mano, Martín se recostó en su catre sin atreverse siquiera a cerrar los ojos. Se sentía aliviado por haber salido con vida de la fábrica y del repentino cruce de proyectiles en la calle Real de su pueblo, del intento fallido de traición de Pailá y de haber puesto a salvo el valioso conjunto artístico propiedad de su padre, pero descorazonado por la total incertidumbre sobre su futuro más inmediato.

***

La mañana siguiente despertó soleada, alegre tras una noche en la que la luna llena había iluminado hasta el rincón más sombrío en los alrededores del presidio. Martín, sin embargo, apenas consiguió pegar el ojo más que en breves tandas de escasos minutos.

Un grupo de quinquenarios —aquellos condenados por delitos menores que no pasaban más de dos semanas recluidos— se habían encargado de armar un bullicio inaguantable durante toda la noche, y ni siquiera los garrotazos de los guardias más salvajes consiguieron hacerles deponer su actitud. Sabían que su estancia allí tenía una pronta fecha de caducidad y actuaban en consecuencia haciendo de su capa un sayo.

Martín comenzó su primer día entre rejas con la mejor de las disposiciones pese al pesimismo generalizado a su alrededor. No tardaron en cumplirse, no obstante, los peores presagios pronosticados por Medardo Planchuelo. Evacuar los desechos generados por su rápido metabolismo a primera hora de la mañana se convirtió efectivamente en una misión imposible para Martín. Codazos, miradas condenatorias e improperios de todo tipo. Aquella sala de paredes húmedas y olor a cloaca era una olla a presión bajo la constante amenaza que representaban las repentinas ejecuciones selectivas, los suicidios que minaban la escasa moral de los reclusos y la violencia desmedida por parte de algunos funcionarios.

Martín decidió dejar sus necesidades para más tarde, tal vez

después del desayuno habría más suerte. Y al respecto de la composición de este último, llamarlo «caldo» era ciertamente un eufemismo. Encontró así pues una gran verdad en aquello de que la primera comida del día en prisión consistía en poco más que un cuarto de litro de agua con un sutil sabor a cañerías.

Después del recuento, Martín y el resto de los reclusos volvieron en formación a la estancia en la que pasaban la mayor parte del día, a excepción de la hora asignada para el paseo en el patio.

Una extraña calma se adueñó de la gran celda, y Martín supo reconocer al momento que algo no iba bien.

De los frecuentes grupos de reclusos cuyos componentes se podía ver sociabilizar entre sí a última hora de la tarde, ahora no había rastro alguno. Solamente rompía el fraudulento sosiego una camarilla de cinco o seis quinquenarios que merodeaba en una zona de claridad en la gran celda colectiva en la que no había catres, junto a la gruesa puerta de hierro que daba al pasillo exterior.

La visión de Medardo Planchuelo enjuagando esmeradamente su lata de sardinas en el caldero de uso común hizo a Martín levantarse y ponerse en posición defensiva de forma instintiva. A espaldas de su nuevo compañero de catre, el grupo de los quinquenarios se acercaba progresivamente disimulando una conversación vacía, exenta de todo propósito más allá de no distraer al primero de sus quehaceres para poder perpetrar un ataque sorpresa a traición.

Muy equivocado estaba Martín respecto del tipo de persona que aquel sujeto escondía bajo la carcasa de un hombre entrado en años y con poco cuerpo para jaleo. Esquivando los golpes de unos y recibiendo los de otros, el tipo huesudo fue capaz no solo de plantar cara a sus atacantes, sino de dejar constancia de que con él no se podía jugar. No sin pagar las consecuencias.

Tan pronto encontró la oportunidad, Medardo agarró su lata de sardinas por el canto y comenzó a blandirla contra las extremidades de sus atacantes, tres de los cuales dieron buena cuenta al empezar a sangrar profusamente por los brazos y, uno de ellos, por el costado.

Tras unos segundos frenéticos, dos de los agresores optaron finalmente por deponer su actitud belicosa. Los otros tres restantes trataron en última instancia de quitarle a Medardo su preciado cuaderno, orquestando para ello una lamentable maniobra envolvente que le habría recordado a Martín a una ridícula escena circense de no salpicar sangre en todas las direcciones.

Fracasado el ataque, los tres sujetos se esfumaron en cuanto las

bisagras de la pesada puerta de hierro comenzaron a anunciar la llegada de los guardias alertados por el repentino griterío.

Amparados por la protección de la multitud, una marabunta de reclusos cabizbajos se apresuró a abuchear la llamada al orden de los funcionarios recién llegados, caras bien conocidas para la población reclusa del barracón B. No así en el caso del reciente fichaje por parte del director Alcudia, para el que aún no se habían formalizado las presentaciones pertinentes.

Y no hizo ninguna falta.

La impronta del Ángel en el cumplimiento de sus nuevas funciones no requirió prólogos de ningún tipo. Rápidamente se esmeró en dejar plena constancia de su gran capacidad de liderazgo, agarrando a Medardo por la coleta para arrastrarlo durante más de cinco metros hasta donde comenzaban las filas donde estaban los catres, que se extendían durante unos treinta metros hasta el lado contrario de la estancia rectangular. Los tres guardias de aquel turno, a saber, Urquijo, Casado y Ochoa, cruzaron miradas de aprobación al ver al nuevo guardia ejercer sus funciones con mano de hierro.

Medardo, íntegro de cabo a rabo, no elevó a público ni la menor de las quejas o de los lamentos en el ínterin de aquel afectuoso traslado por parte del nuevo sargento de varas. Las miradas esquivas de los demás reclusos buscaron afanosamente cualquier entretenimiento para no cruzar miradas con él, no fueran a ser los siguientes en recibir. Una vez el hombre se vio liberado de las caricias a garrotazos que el Ángel le fue propinando con el brazo que le quedaba ocioso, se adentró entre las filas de catres hasta llegar serenamente al suyo. Una vez allí comprobó el estado de su misterioso cuaderno, objeto de deseo de los quinquenarios, y respiró hondo sintiendo un gran alivio.

Bajo sus magulladuras, Martín pudo percibir un inquebrantable resquicio de benevolencia, una atalaya de seguridad de la que difícilmente podrían destronar al viajante más aguerrido que jamás hubiera conocido.

No tuvo que articular una sola palabra el maestro polvorista para encontrar la respuesta a sus inquietudes.

Volviendo la adrenalina a sus niveles normales, Medardo trató a duras penas de buscar el mejor acomodo sobre el catre para no padecer más dolor de la cuenta. El episodio le pasaría factura los siguientes días, de eso no le cabía la menor duda.

—Aquí donde lo ves —rompió el silencio el viajante con voz sosegada y cavernosa— este viejo cuaderno podría estar lleno de páginas en blanco. Eso no habría cambiado en absoluto el curso de las cosas, ¿entiendes? Lo que contengan o dejen de contener

sus páginas… eso poco importa en este lugar.

Martín le tendió un poco de agua de su lata de sardinas, tan atento a la diatriba de su compañero como alerta a todo lo que sucedía a su alrededor en la gran celda colectiva.

Medardo estaba a punto de caer dormido, nuevamente hecho un ovillo sobre su catre de lona. La energía liberada en una situación de vida o muerte como en la que acababa de verse involucrado era inmensa, y una vez acomodado en la seguridad de su catre, su cuerpo cansado exigía reposo.

—Basta con que tenga valor para ti para que la jauría se te eche encima al primer descuido —añadió, fraguándose apenas un vago susurro a partir de sus palabras—. Lo entiendes, ¿no?

Habiéndole quedado el mensaje claro como el agua, Martín se limitó a asentir con la cabeza. Lejos de menguar, la inquietud por saber qué tan importante era para Medardo el contenido de aquel cuaderno no hacía más que crecer y crecer descontroladamente. ¿Qué podía contener ese cuaderno para que el viajante estuviera dispuesto a arriesgar su vida de semejante manera?

No dispondría a la sazón de mucho más tiempo para concebir una respuesta satisfactoria a tales inquietudes. El contacto del frío garrote presionando su costillar le hizo ponerse en guardia como una exhalación. Su instinto natural fue el de alejar el objeto desconocido de su cuerpo dándole un impetuoso golpe con el codo.

—Cuidado, prisionero. —Un rayo de luz reveló el rostro del Ángel, rectilíneo y sin una lejana brizna de debilidad en su confianza—. Ya ves cómo funcionan las cosas por aquí. Este no es el mejor lugar para guardar secretos.

Martín se lo pensó dos veces antes de dar una respuesta de la que pudiera arrepentirse después. Responder al guardia que su tranquilidad residía en vivir sin secretos habría sido poco menos que un insulto para su interlocutor.

Pailá ya se había encargado de airear el trabajo de su padre para el marqués de Silvela y Osma. No había que tener dos dedos de frente para intuir el flujo de obras de arte que pasarían por sus manos de forma habitual, y a cualquiera se le caería la baba imaginando las obras de las que el padre de Martín habría podido hacer acopio después de largos años al servicio del más famoso marchante de arte del momento.

—Lo que haya o deje de haber está en su sitio —respondió Martín con calculada sinceridad—. Y de ahí no se va a mover.

El sargento de varas buscó a sus compañeros con el rabillo del ojo y regresó su atención a Martín.

—Un caso curioso el tuyo, Martín —le dijo, tatuándole el verdor

de sus ojos con la mirada—. De buena familia, eso está claro, ¿monárquicos, supongo?

Su padre no se prodigaba más de la cuenta respecto de sus simpatías políticas, si es que las tenía. Exitoso, sin lugar a duda, y con la virtud innata de cosechar buenos contactos. Pero no dejaba por ello de ejercer un oficio como cualquier otro. No ostentaba título nobiliario alguno ni pertenecía a una casa ni a otra. Tampoco lucía un gran apellido compuesto ni atesoraba grandes posesiones más allá de las que había conseguido con el fruto de su esfuerzo.

—Mi padre es un currante —respondió Martín.

—Eso nadie lo duda. Pero hay que cuidarse mucho al elegir la mano que a uno le da de comer, ¿no crees?

—Un plato de comida en la mesa no entiende de colores políticos.

El Ángel seguía ciñéndose a su propia agenda, cuyo principal objetivo era el de ganarse la confianza del único recluso en todo el presidio cuyas posesiones familiares no eran meras suposiciones. Sabía de buena tinta que por la familia de Martín pasaban piezas de alto valor, aunque solo fuera durante el tiempo en el que su padre las custodiaba para retratarlas antes de enviarlas a exposiciones o a sus nuevos propietarios.

—Y tú saboteando los esfuerzos del bando nacional en el frente. Me pregunto qué opinará tu padre de todo eso… en fin. Y hablando de comer, ¿qué tal las comidas por aquí?

—Bien —respondió Martín—. ¿Se puede elegir, acaso?

—Creo que podría conseguirte algo un poco más de acuerdo con tu… ¿estatura?

Aquel calculadísimo tira y afloja apenas contribuyó a mejorar la tranquilidad de Martín, no al menos cuando el líder de una de las columnas de milicianos más sanguinarias se mostraba tan cordial con él. ¿Qué pensaría el resto de los reclusos al verle simpatizar con quienes los molían a palos cada día? Si seguirle la corriente al sargento de varas tenía repercusiones, seguro que eran para peor, algo que también entraba en los planes del Ángel.

Ordenó a Martín ponerse en pie de forma sutil, propinándole un par de secos golpes en el lomo allí donde las vértebras encuentran la dermis y, dicho sea de paso, donde más dolor provoca el golpe más sutil.

—Sígueme —le ordenó en voz baja.

Martín se puso en pie y echó a caminar siguiendo de cerca al recién incorporado sargento de varas, quien guio los pasos de ambos hacia una zona despejada de la gran celda colectiva. Junto a las ventanas derrotadas, ventanas que le perdían la partida a la

vida, haciendo gala en el impasse de una plasticidad física brutal, la expresión del Ángel lograba resultar hasta paternal.

Se detuvieron junto a una zona iluminada junto al ventanal.

—Te voy a contar una historia, Martín.

Sonreía, sonreía, sonreía.

—Es la historia de Gerónimo Balaguer. Un amigo a quien tuve la buena suerte de conocer en la checa de Fomento.

Un sutil calambre le recorrió a Martín el espinazo.

—Sí, Martín. —El Ángel seguía fiel a su propia agenda, elaborando su plan según transcurrían los acontecimientos—. Y debo reconocerte que fui el primer sorprendido en trabar tan buena amistad con un simpatizante de los nacionales.

Martín pudo sentir las miradas sanguinolentas de decenas de presos clavándose como saetas en sus órganos vitales. Aquel paseíto con perorata incluida tenía que llegar a su fin lo antes posible, al menos si no quería acabar cosido a navajazos al abrigo de una noche que daba su visto bueno a los peores desafueros.

—Al caso —continuó el Ángel—, que al buen Gerónimo le mandaron esconder un par de estatuillas, esconderlas muy lejos. Seguramente fue cosa del párroco de alguna ermita perdida en el culo del mundo. Esas cosas se queman, en todo caso —cínico, el que más—, pero ¿esconderlas? Total, que fue condenado a muerte al empeñarse en no revelar su paradero.

«Qué mal está el mundo para acabar así», pensó Martín. Escuchando el discursito de quien representaba la principal amenaza para su vida, por un lado; tratando de mostrarse hosco en el trato para quienes representaban la segunda amenaza para su vida (el resto de los presos, pendientes de su charla con el Ángel), por otro lado; y al fondo, como si con ella no fuera la cosa, la estampa campestre radiante pese a toparse de bruces, llegado cierto punto, con los apestosos muros de la cárcel.

—Pero Gerónimo era un hombre de fe —continuó narrando su historia el Ángel—, y como tal, ¿te lo puedes creer?, estando preso, el tío comenzó a fabricar pequeñas pelotas con la miga del pan del desayuno, así de diminutas. Y en su interior iba metiendo el tío papelitos con mensajes, igual que tú con tus misiles, ¿me sigues?

Los otros tres guardias empezaron a gesticular desde la puerta de entrada a la celda colectiva. Si el recién incorporado quería jugarse el tipo a merced de doscientos presos hacinados, que no fuera por no haberle avisado.

Él Ángel gesticuló pidiéndoles un par de minutos más, o esa fue al menos la lectura que podía hacerse a juzgar por sus repetidos aspavientos.

—Por dónde iba… Ah, sí. Gerónimo con sus bolas de pan. ¿Sabes dónde queda la checa de Fomento? Al lado de Callao. Mucha gente. Toneladas de gente yendo y viniendo. No es de extrañar que una mujer recogiera una de estas pelotas de pan al pasar por allí y el resto… Un tipo con suerte, este Gerónimo. Acabaron encontrando las figuras enterradas allá por los montes de Las Rozas. Suficiente para conmutarle la pena capital, supongo yo.

Dos de los guardias abandonaron la estancia, mientras un tercero, a punto de hacer lo propio, lanzó un último aviso al Ángel desde la distancia. Este frunció el labio superior —acuse de recibo—, derrotando el decoro de ocultar a la vista sus dientes maltrechos.

—Sabes, Martín… —le susurró junto al oído, acercándosele tanto como para estrellarse contra su mejilla, dejando escapar las palabras de entre sus labios amoratados como el humo caprichoso de un cigarrillo—. Por aquí no circula tanta gente como por la calle Fomento. Ni son de una naturaleza tan curiosa, para qué engañarnos. Esto no es precisamente la plaza de Callao… No sé si entiendes a dónde quiero ir a parar.

Martín se limitó a responder con un ligero vaivén de cabeza de lado a lado, el gesto más cercano a una negación de entre todo lo que podía comunicar con un movimiento de cabeza. Y le convenía asegurarse de no asentir más de la cuenta al hablar con un guardia de prisiones, sargento de varas o funcionario al caso.

Aparte de dibujar en las paredes cabezas de cochinillo asado con su acompañamiento de guindas a su alrededor, los pasatiempos en prisión eran tres, por excelencia: en primer lugar, muy por encima de todo lo demás, desatar (de las maneras más grotescas) toda la agresividad acumulada por la relación de poder asimétrica respecto de los guardias. En segundo lugar, los motines. El desafío violento por antonomasia hacia el sistema penitenciario, el tipo de situación que los presos más comedidos temían por encima de todo y que los presos más salvajes incentivaban por todo medio posible. Difícil equilibrio en el que siempre perdían los primeros. Y, en tercer lugar, las fugas de prisión, épicas campañas de las que la prensa se hacía eco de unas veinte cada año y creciendo de un año para el siguiente. Las cucarachas adaptándose a las circunstancias.

Igual que cualquier otro preso que quisiera preservar su integridad en todos los aspectos posibles, Martín hacía bien en preocuparse por el primero de los tres pasatiempos habituales en las cárceles en tiempos de guerra, y por extensión, del segundo. Lo que no podía siquiera concebir era lo muy cerca que estaba de

experimentar ambas situaciones en primera persona.

Con su primer acercamiento, el Ángel le confirmó a Martín (en un tiempo récord) todos los pronósticos de Medardo. Si todo acababa por torcerse para Martín, si no había forma de demostrar su labor saboteadora en la fábrica de artillería, si el Ángel o cualquier otro preso considerase oportuno hacer correr alguna habladuría sobre las supuestas riquezas de su familia… o asestarle diez puñaladas por la espalda, en cualquiera de esos escenarios y en los muchos otros igual de posibles, el legado más preciado de su familia pasaría a formar parte de un misterio solamente resuelto cuando alguien diera con los dos lienzos por la más absoluta casualidad. O quizás un bombardeo haría volar por los aires la iglesia del Santo Justo y con esta, las dos pinturas ocultas tras el retablo frontal, ¡qué triste final para tus ingenios creativos, querido Greco!

Martín echó a caminar hacia su catre a paso ligero sin permitirse bajar la vista ni un ápice. Nadie en su sano juicio se habría permitido un lujo como tal en una celda colectiva a la que se le escapaba la vida por cada grieta, por cada una de las múltiples fisuras en la exigua dignidad que sus muros ofrecían a sus residentes.

Así atravesó la multitud de reclusos, entre los que muchos todavía seguían interesados en su relación de aparente cordialidad con el nuevo sargento de varas. Aunque no todos los presos en el barracón B fueran rufianes, proxenetas y maleantes con una clara inclinación al delito, estos se hacían notar más que ningún otro recluso. Y muchos no tenían nada que perder.

Tras un paseo que le resultó eterno, Martín llegó entero y de una sola pieza hasta su catre y a la falsa protección que este le proporcionaba. El ruido ensordecedor de la multitud rompiéndole los tímpanos, las caras demacradas, los corrillos de quinquenarios, los ceños fruncidos en ángulos imposibles, el hambre incipiente, las condiciones de vida infrahumanas que envolvían cada rincón del presidio y, en el suelo, pisándolos por las esquinas, una miríada de panfletos preventivos del suicidio desperdigados como un manto de propaganda política, *¡No engroses más las cifras!* Todo esto golpeó salvajemente sobre su ánimo como una ola de treinta metros machacando a los turistas en la playa. La misma altura desde la que se lanzaban los desesperados presos al vacío.

Siendo realista, quizás sus días de vida se pudieran contar con los dedos de una mano. Y ahora por fin era consciente de ello.

***

Sus más de doscientos caballos de potencia bien le valieron al Hispano-Suiza modelo J12 ser conocido como el Rolls-Royce castizo. Era un vehículo eminentemente resiliente capaz de mantener toda su elegancia y presencia pese a estar cubierto de mensajes bélicos en letras góticas a base de brochazos de pintura blanca. Por otra parte, su consumo de combustible no era como para tenerlo encendido sin una buena razón.

Aún con fuelle en el cuerpo después de caminar los quinientos metros cuesta arriba que separaban la cárcel de San Esteban del rellano en el que el pelotón de milicianos había fijado su asentamiento, el Ángel renqueó un poco más para llegar hasta donde descansaba aparcado el imponente Hispano-Suiza, cuyo motor llevaba escuchando rugir desde al menos la mitad del trayecto.

Aproximándose hacia el coche desde atrás se deleitó al leer los mensajes que recordaban que ahí estaban los guerrilleros de la noche, según rezaban estos en gran tamaño sobre la puerta del maletero. Rodeó el vehículo por el lado del piloto y, cuidándose de no ser advertido por el retrovisor, lanzó un contundente golpe a puño cerrado sobre quien quiera que estuviera al volante sin siquiera molestarse en mirar en primer lugar.

Un grito ahogado de inmenso dolor salió despedido desde el interior del vehículo en el mismo momento del impacto. Fresnedo colapsó sobre su propio exoesqueleto retorciéndose de dolor, llevándose las manos a la cara y golpeando con su frente de cuña sobre el volante como si aquello fuera a aliviarle de alguna manera.

—¡Apaga el motor, hijo de la gran puta! —El Ángel rugió como doscientos leones enjaulados—. ¿Crees que el carburante nos lo regalan, maldito bastardo?

Después abrió la puerta del piloto, agarró a Fresnedo por el brazo derecho y lo sacó del vehículo de forma abrupta y presumiblemente dolorosa, despegándolo del volante tras una brutal sucesión de tirones descarnados a la altura de su cuello huesudo.

El miliciano cayó a plomo en el suelo, sobre su costado. Una forma humillante de morder el polvo, con una total pérdida del control por su parte que esperó y deseó que ningún otro componente del pelotón advirtiera desde la distancia. Solamente le quedó el consuelo de lamerse sus propias heridas sobre el suelo pedregoso de la explanada en la que descansaba el Hispano-Suiza, bajo la sombra de un pino. Incluso él, que no era ningún santo, sabía lo suficiente como para no llevarle la contraria al sanguinario líder de la columna.

Sujetando la puerta del piloto con un brazo, el Ángel introdujo el brazo contrario y apagó el motor del vehículo.

Después de emitir un sonoro estruendo nasal, escupió impactando a pocos centímetros de su subalterno y se acomodó en el asiento del piloto, cerrando la puerta de un fuerte golpe.

Por lo que a él respectaba, un par de hostias bien dadas llevaban mucho más lejos que las buenas formas. Y Fresnedo llevaba tiempo pidiéndoselas a gritos.

Ya en la comodidad del asiento de cuero del lujoso vehículo, el Ángel comenzó a hacer cálculos mentales con sus ojos cerrados, como un sibarita catando el mejor caviar del mundo. Esa era, con diferencia, la parte que más disfrutaba de todas: la estrategia, la resistencia opuesta por el contrario y el reto a su ingenio.

Después de unos segundos cavilando, concluyó que unos tres o cuatro días bastarían para tener en sus manos lo único que necesitaba en aquel momento: un manuscrito con las últimas palabras de Martín Velasco dirigidas a sus familiares. Un mensaje de despedida que contendría mucho más de lo que aparentaría a primera vista. Si lo que había dicho aquel Pailá era cierto… dos Grecos en buen estado de conservación podrían significar mucho, mucho dinero. Cantidades ingentes en el mercado negro, más que suficiente para irse al norte, hacerse con una buena finca en el bosque, en Galicia, por ejemplo, y dedicarse a disfrutar de los tesoros acumulados en su particular expolio.

El Ángel sabía bien que, bajo las dosis de presión adecuadas, al pobre polvorista solo le quedarían dos opciones. O llevarse el secreto a la tumba, o confiar en alguien cercano para transmitir el mensaje con la ubicación exacta de los cuadros. Era la clásica encrucijada de elegir la mejor opción entre las peores opciones posibles. ¿Y había algo más definitivo que acabar enterrado en una fosa común?

La forma de proceder en los días venideros estaba perfectamente clara para el Ángel, que no estaba dispuesto a dejar escapar la ocasión de hacer caja a costa de un socarrón que se iba dando el donaire de un salvador de la República, diciendo haber trucado cientos de explosivos y haber introducido mensajitos de mierda en su interior.

La figura de Fresnedo se fue desdibujando entre el resto de los componentes de la mesnada, compuesta por soldados fieles a las órdenes de su comandante.

Dispuesto a aprovechar su pausa para el almuerzo, el Ángel sacó un Lucky del bolsillo de su mono azul y lo encendió paladeando lentamente la primera e indescriptible bocanada de humo denso y embriagador. Acto seguido se llevó la mano

contraria hacia el bolsillo opuesto. Tuvo que hacer contorsionismo para introducir en este su mano de largas y estilizadas falanges, de donde extrajo un fajito de papeles protegido a buen recaudo por un improvisado envoltorio de plástico.

Aunque los había de los tipos más diversos, la mayoría de aquellos sentidos mensajes estaban impresos en los papeles que los presos usaban para fumar tabaco de liar. A menudo cosían dichos papeles al interior de sus pantalones, de forma que, si algún familiar tenía la suerte de recuperar sus ropajes, a pesar de resultar poco probable prodigándose como se prodigaban las improvisadas fosas colectivas, quizás encontraran sus notas de despedida revisando las costuras en su interior. Si el papel que solían tener a mano era frágil de por sí, los pliegues y dobleces propios de tratar de ocultárselo a los funcionarios dificultaban aún más la lectura de los textos a duras penas escritos en ellos.

Todavía en el interior del Hispano-Suiza, el Ángel hizo una breve pausa y miró su reflejo en el retrovisor de forma casi obsesiva. Adoraba la respuesta que el espejo le enviaba de vuelta sin excepción. Sabía bien que su presencia destacaba allí donde fuera, y no dudaba ni un segundo en usarla en su favor cada vez que se le presentaba la oportunidad. No en vano, contaba con su atractivo como principal arsenal para ganarse la confianza de hasta el recluso más duro de mollera, con la raya del pelo dividiendo su cabeza perfectamente simétrica en dos conchas de color avellana. Su gruesa mandíbula, de aspecto macizo y bien contorneado. Sus ojos, pícaros como dos puñaladas en un tomate. Su rostro era la mezcla perfecta entre el galán español y el aguerrido héroe americano, y toda la vileza que latía en su interior podía quedar eclipsada por un manto de humanidad en un simple ademán si el Ángel así lo quería.

Pronto volvió a depositar toda su atención sobre el montón de pequeños papeles que ahora reposaba sobre sus muslos y que eran el vehículo a través del que revivía de forma idealizada sus éxitos y fracasos. Volvía a aquellos ajados fragmentos de papel continuamente, al menos un par de veces al día salvo en contadas excepciones. San Martín de Valdeiglesias, Robledo y El Tiemblo despuntaron como tres de las más notables excepciones, donde su estado de alcoholismo había sido tal que hasta el propio Ángel había perdido la noción de su objetivo de hacerse rico a costa de la desgracia ajena.

Tres semanas fueron tiempo suficiente para reponerse, y ahora se encontraba completamente sereno, centrado en su objetivo. Capaz de arrollar a quien hiciera falta para salir airoso esta vez,

para echar mano a esos Grecos que estaban en alguna parte, no muy lejos de allí. Y cuyo paradero, haciendo unos cálculos básicos, solamente podía conocer Martín Velasco.

En la parte superior del pequeño montón de papeles, el Ángel colocó aquellos mensajes a partir de cuya minuciosa inspección había conseguido descifrar el paradero de algún objeto de valor, en virtud de lo que consideraba un ingenio sin parangón por su parte. Se trataba de aquellos mensajes cuyos autores —presos políticos al borde de una muerte segura— trataron a la desesperada de hacer llegar a sus familiares, ocultando entre frases, metáforas y refranes el paradero de aquellos objetos de valor que se habían visto obligados a ocultar momentos antes de ser enviados a una checa, a prisión o directamente a un lugar medianamente apartado para ser cosidos a tiros después de un juicio rápido.

Los tesoros que el Ángel había conseguido rastrear hasta la fecha no habían sido de gran valor: un rosario de oro amarillo y cuentas de ónix; una sortija de oro y turmalina; dinero en efectivo de forma ocasional, testamentos y escrituras de propiedades. Sabía que podía conseguir muchísimo más que esas baratijas. Con eso no tenía ni para el aperitivo en sus más anhelados sueños de nadar en la abundancia, de acomodarse en una casa de tres plantas y, como tenía en mente, de colgar sus obras del Greco en la cocina, o en el baño, para poder recordar su triunfo al hacer sus necesidades después del primer café de la mañana antes de sacar una buena tajada por ellas.

Por lo general, la forma en que los reclusos cifraban el paradero de sus posesiones dentro de lo que solían parecer emotivas despedidas, reivindicaciones a la libertad o simples palabras de consuelo solía ser más bien burda y, por lo general, bastante evidente al ojo medianamente astuto. Otra cosa era que el usurpador llegara a ser capaz de usar la información encriptada en dichos mensajes para encontrar el lugar preciso, ese escondrijo generalmente improvisado donde, a ultimísima hora, habrían tratado de poner a salvo sus objetos de valor.

Un preso a quien convenció para confiarle la entrega de sus últimas palabras a sus familiares concluyó la carta de despedida diciendo lo mucho que le habría gustado sembrar hinojo junto a la acequia en el espartizal, y otro de origen extremeño daba por terminado el manuscrito con un «¡bulancra, bulancra, bulancra en el panteón!». El Ángel no necesitó más de dos horas para intimar con un preso cacereño y extraerle que *bulancra* era el término usado en los pueblos para referirse a los agujeros, hoyos y otro tipo de oquedades practicados en la pared o en suelo.

Otros lo llamaban *buracu*, e incluso otros simplemente se referían a ello como al *vacío*. El patrón con los presos extremeños comenzó a resultarle tan obvio que el Ángel no tuvo que partirse mucho la cabeza para entender que la mayoría de los tesoros estaban escondidos en rudimentarios agujeros practicados en el suelo o en la pared, siempre en las inmediaciones de sus respectivas residencias. Con un ejército de mercenarios a su entera disposición, solamente era cuestión de tiempo que alguno de sus secuaces diera con el paradero de esos escondrijos improvisados allí donde el escayolado aún estaba fresco o donde el olor a la tierra batida golpeaba la pituitaria de forma repentina. Y el Ángel no era ningún canelo. Por eso solamente se arrimaba a los reclusos originarios de donde se encontraban presos, o de zonas próximas a la prisión.

Con Martín Velasco, residiendo tan cerca de la cárcel de San Esteban, por fin le había tocado el gordo. Desde su huida de la fábrica de artillería apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas. Si había escondido algo, no podía haber elegido un lugar muy alejado de donde lo encontraron caminando por la calle en Illescas. La expresión en su cara de haberse quitado un tremendo peso de encima hablaba por sí sola.

Sentado en el mullido asiento del Hispano-Suiza, el Ángel pegó una fuerte bocanada al cigarro, sujetándolo con el índice y el pulgar, quedando este bajo la protección de la palma de su mano dispuesta en forma de caracola. A unos cincuenta metros de distancia, sobre un rellano en el monte, el resto del pelotón montaba el espectáculo habitual antes de cada contienda. Todo eran gritos desaforados, saltos y júbilo ante la perspectiva de un derramamiento de sangre en cuanto el líder diera la orden. Para el Ángel, verlos saltando como auténticos macacos hacía emerger sus peores instintos de aniquilación. Los despreciaba igual que Escalona despreciaba a los regulares, a los requetés y al legionario, a quienes solo consideraba útiles hasta ayudarle a conseguir su propósito particular. Pero, por encima de todo, despreciaba a cuatro de sus esbirros por encima de todos los demás.

Rafael Lortes, natural de Pamplona. Lortes era jornalero y, había que reconocérselo, un profanador de campeonato. No tenía reparo alguno en ir quemando imágenes de una ermita a la siguiente, y no había altar mayor de iglesia que no sucumbiera rápidamente a su impronta pirómana. Poco le importaba reducir a cenizas una Magdalena, una Virgen de los Dolores o un santo Cristo crucificado.

A su lado, tratando de avivar el fuego de la rebelión entre las

filas del pelotón —desmotivadas por la dieta invariable a base de lentejas secas y de pésima calidad—, se encontraba Eduardo Follano. Natural de Talavera de la Reina y labrador de oficio, Follano había sido llamado al orden en más de una ocasión por las instancias superiores del Partido Comunista por dedicarse a desvalijar transeúntes por la carretera de Extremadura. Otra joya a la que había que vigilar bien de cerca.

El tercero en discordia no era precisamente un grito a la inteligencia. De carácter taciturno y pocas luces, Juan Ferrá —conocido como el Chorro—, de veintitrés años, llevaba un tiempo centrando sus esfuerzos en tostar vuelta y vuelta en la hoguera las imágenes y demás objetos religiosos que iban requisando en los domicilios que iban asaltando a su paso. No tardaría en desertar y esconderse en la retaguardia, aunque en aquel momento aún pensaba que aquella hermandad le respaldaría durante el resto de su vida. De Juan Ferrá, el Ángel tomó la idea de presentarse voluntario como guardia de prisiones, ya que este último había pasado tiempo de cárcel en cárcel dando apoyo en el control de los presos y aprovechando para repartir hostias allí donde se le presentaba la ocasión de hacerlo.

Y, por último, Luciano Fresnedo. El más salvaje de todos con diferencia. Tenía treinta y tres años y estaba pasado de todo. No había reformatorio por el que no hubiera transitado, y los trabajos cuando estaba libre le duraban más bien poco por su conducta temeraria. Su frente desafiaba a todas las leyes de la naturaleza, en un ángulo que al Ángel le resultaba del todo incompatible con la forma de un cerebro humano. Era como una pista de despegue para avioncitos de papel. La simple imagen de su silueta le generaba una profunda aversión. Simplemente no podía con su anatomía. Cuando consiguió entrar en el Cuerpo de Carabineros, Fresnedo fue dado de baja por esquizofrenia y después se pasó dos años en una institución psiquiátrica. Nada que uno no pudiera intuir a juzgar por su comportamiento errático e incendiario.

En el lado positivo, el Ángel sabía que podía contar con Fresnedo para lo que se le antojara. No en vano, era más que conocido su papel en incautaciones de lo más diversas, además de ser todo un instigador de incendios e inductor de atracos de lo más prolífico. Y lo mejor de todo, a Fresnedo lo mismo le daba ocho que ochenta.

Mujeres eran las menos en el pelotón y, francamente, todas salvo una de ellas pasaban completamente desapercibidas para el Ángel. La excepción que confirmaba la regla era Abelarda Chacopino —alias Cachopa—, partidora de almendras de

veintitrés años y natural de Nonduermas. El alias no le venía por ser un cacho de pan, por si alguien aún pensaba que podían ir por ahí los tiros.

Cachopa se había labrado todo un nombre yendo de checa en checa, desde el Salón España hasta el convento de la Sangre, donde iba alentando a los milicianos a cometer atrocidades para las que no habría suficiente tinta roja en el mundo para describirlas. Pertrechada indisolublemente con su mono azul, cartuchera y pistola en ristre, Cachopa era considerada una peligrosa extremista por los dos bandos. Paradójicamente, la única ocasión en que había sido detenida fue por lanzar un sonoro «¡maldición al que se alegre!» en un desfile de las tropas nacionales. Eso había sido todo.

Sin dejar de apartar la mirada de su pelotón, el Ángel se dejó vencer dentro de sí mismo, relajando la columna todo lo que la dureza del asiento de cuero del Hispano-Suiza le permitió.

Illescas solo había sido la última de una larga lista de paradas para ir de casa en casa aporreando las puertas con las culatas de sus fusiles Mauser, simulando juicios e interrogatorios, acusando al vecino de turno de subir o bajar al tercer piso donde vivía tal o cual general. Y si no les hacía desviarse de su camino, también iban asando iglesias a la parrilla, vuelta y vuelta. Mucho trabajo para tan poca recompensa.

Un movimiento irregular entre los milicianos llamó su atención. Ya no saltaban ni corría la testosterona como unos instantes atrás.

Después de un momento de quietud, Lortes y Follano echaron a renquear hacia el Hispano-Suiza en silencio. Había decisión en su forma de caminar, y en sus miradas, siempre sostenidas, un propósito aún por dilucidar para el Ángel.

No lo dudó ni un solo segundo. Buscó su machete con la mirada, sobre el asiento del copiloto, y lo desencasquilló para poder sacarlo a la velocidad del rayo si acababa por considerarlo prudente dadas las circunstancias.

Una vez junto al Hispano-Suiza, Follano quedó unos segundos absorto contemplando la carrocería del vehículo. Resultaba imposible no quedar embelesado por las inscripciones que lo decoraban, que incluso después de meses de viaje no habían perdido su lustro.

Lortes le pegó un sutil codazo a Follano que no logró pasar desapercibido para el Ángel. Follano despegó inmediatamente su mano de la funda de su arma de cinto y la acercó a la puerta del vehículo abriéndola de un fuerte tirón. Solía quedarse trabada, nada más. La gran anchura de la puerta del Hispano-Suiza le hizo

tener que retroceder un par de pasos, quedando los dos, Lortes y él, protegidos tras la gruesa puerta metálica adornada con pintura blanca hasta las bisagras.

Muy conveniente, pensó el Ángel, forzándose sobre el asiento a plantear una defensa férrea ante un más que posible ataque por parte de sus dos esbirros.

—Tenemos que hablar —demandó Follano al líder del pelotón.

El Ángel echó una mirada a espaldas de los dos milicianos. Entre la multitud, sus ojos solo podían ver un desfile de fusiles Mauser, mosquetones y carabinas Tigre. ¿A qué venía ese repentino despliegue de armamento? ¿Dónde estaba ahora el jolgorio? No tenía buena pinta. Por sus cojones que los mataría a todos si hacía falta. Hasta el último de esos cabrones.

—¿Hablar de qué? —preguntó impasible.

Follano giró la vista hacia su compañero y volvió a mirar al Ángel, sentado en su sitio, ahora con un pleno control sobre su musculatura, cada fibra de su cuerpo preparada para una explosiva respuesta al primer toque de campana. Ninguno de los allí presentes se había caído de un guindo.

—Llevamos meses en la retaguardia —respondió Follano. La entonación en sus palabras parecía la de un niño quejándose por falta de deberes: querían trabajo, acción de la buena, entrar en faena. No era el tipo de respuesta con la que había empezado a fantasear el Ángel, cada vez más excitado por la oportunidad de hacer una saca rápida de entre sus propias filas.

—Y dime tú, ¿qué tenéis mejor que hacer que beber, fornicar y asesinar? ¿Es que quieres volver a dejarte la piel por tres perras en la papelera?

El ángel se refería a las Papeleras Reunidas, la principal compañía productora de papel de fumar y donde Follano había tratado de hacer carrera sin llegar a cosechar el menor de los éxitos.

—No, no, si todo eso está bien.

—¿Entonces, qué carajo me estás contando?

Follano carraspeó para aclarar su garganta. Desde las comisuras de sus labios hasta la campanilla, todo era un auténtico secarral.

—Los muchachos se han cansado de interrogar paisanos. Se preguntan cuándo pasaremos a la acción en el frente.

El Ángel relajó su musculatura, no así la actitud para con sus dos subordinados. Sacó las llaves del contacto y giró su torso espigado hacia el lateral izquierdo del coche, allí donde las siluetas de los dos milicianos comenzaban a desdibujarse.

En esa posición permaneció durante unos segundos antes de ponerse finalmente en pie, valiéndose de la propia puerta para

alzarse no sin cierta desgana en el cuerpo. Dada su estatura, aquel era el procedimiento más cómodo para salir de ese vehículo. Y de cualquier otro, en realidad.

—¿Qué los muchachos se han cansado? —respondió el líder en tono amenazante. No era, por decirlo así, una de esas preguntas que esperaban respuesta.

Lortes echó una mirada distraída al cielo, esperando tal vez que un repentino aguacero cortara el curso de su conversación con el Ángel, un tipo al que no convenía llevar la contraria.

No cayó ni una miserable gota por mucho que Lortes, en primer lugar, Follano, en segundo, la buscaran con toda urgencia entre los cielos algodonados a riesgo de conseguir una más que probable luxación cervical.

El Ángel agarró su fusil, hasta entonces de pie apoyado en la puerta trasera del lado del conductor, y se encaminó con paso firme y decidido hacia el grueso del pelotón dejando atrás a los dos soldados.

Una gran parte de los milicianos, unos veinte más o menos, descansaban junto a un muro de piedra de unos dos metros de altura, cubierto de maleza al completo. Ese era el tipo de protección que la columna de milicianos buscaba en cada nuevo asentamiento, y en aquella ocasión habían tenido la suerte de encontrarlo tan cerca de la cárcel de San Esteban.

El resto de los componentes de la columna hasta llegar a la treintena de efectivos lo conformaba el grupo de dinamiteros, fácilmente reconocibles por sus dos grandes cartucheras blancas, una colocada alrededor de la cintura y la otra alrededor del cuello pasándoles por debajo de la axila. Este grupo formaba un círculo dividido en tres grupos sin mayor orden que el espontáneo a esa hora de la tarde, hablando de esto y de aquello.

De pie, abrazando cinco cartuchos de dinamita, uno de los dinamiteros hacía recuento de munición. Su camisa de franela a cuadros rojos apretada al máximo hacía parecer su torso una barra de pan del día anterior cubierta con un trapo. Los grandes botones redondos recorrían la tela en vertical tentados de salir disparados hacia el frente en cualquier momento.

Mientras calculaba con indiferencia la distancia de lanzamiento adecuada, la mecha y el ángulo de tiro para infligir el mayor destrozo en las filas enemigas, un segundo miliciano se empeñaba en dar lecciones de combate blandiendo un cigarrillo encendido en la mano a pocos centímetros de los explosivos.

Los hombres a su alrededor seguían inquietos las idas y venidas del cigarrillo, pensando ¡déjalo de una vez, cojones! ¡Nos vas a mandar a tomar por el culo a todos!, mientras el otro seguía con

su exposición, «si tenemos en cuenta la velocidad del viento en nuestra contra...».

El Ángel atravesó el pelotón poniéndolos a todos en su sitio a base de hostias bien dadas, la mejor de las medicinas para curar la insensatez. Después de alzar su brazo izquierdo en toda su extensión y disparar al cielo una vez tras otra, ¡pam, pam, pam, pam!, ni siquiera le hizo falta abrir la boca para cuadrarlos a todos al instante.

—¡Así que estáis cansados, eh!

Su rumbo al caminar entre las filas de su columna era errático, improvisado, como el de un cazador siguiendo su intuición.

Donde ponía el ojo, corría un escalofrío.

—¿Tú estás cansado? Y tú, ¿estás cansado? Vaya. Ahora nadie abre la boca.

Se acercó al dinamitero y le quitó un cartucho de dinamita preparado para su uso en combate. Siguió caminando de un soldado a otro, martirizándolos con su mirada fría e inmisericorde. La muerte paseando ante sus ojos.

Tras unos instantes de aparente calma, se enfrentó al miliciano del cigarrillo y le preguntó, dejando extinguir su voz en casi un susurro:

—¿O eres tú el que está cansado?

Ni el más curtido guerrillero entre los presentes fue capaz de anticipar lo que ocurriría a continuación. El Ángel derribó al miliciano asestándole un golpe seco a la altura de las tibias, ayudándose acto seguido de un fuerte tirón desde la altura del cuello para situarle en una posición de completa sumisión en el suelo, aturdido y con la boca rebozada en polvo y tierra, dejando a la humedad convertir sus labios en dos milanesas.

Presionando con su rodilla sobre su espalda a la altura de los omóplatos, el temido líder de la columna maniató diestramente al soldado, usando para ello los grilletes que formaban parte de su equipación carcelaria. Una vez inmovilizado, lo alzó agarrándole con fuerza por la pechera. Cogió el cartucho de dinamita, apartado a un lado unos momentos antes, y se lo introdujo a fuertes empujones por la manga de su chaqueta a la altura de su nacimiento junto a la axila izquierda. Hasta el último de los presentes retrocedió un par de pasos atrás, y quien no lo hizo es porque ya se había puesto a cubierto mucho antes.

Para cuando el miliciano logró apagar su propia colilla a pisotones, el Ángel ya había encendido la mecha del cartucho de dinamita con su mechero de yesca dorado, regalo de uno de tantos alcaldes a los que previamente había dado su merecido por apoyar al bando nacional. Siempre con sustento en los

rumores que circulaban libremente por los pueblos.

Antes siquiera de reparar en tal circunstancia, un auténtico festival pirotécnico refulgía ya a la altura del sobaco del miliciano a un ritmo vertiginoso, solamente superado por los latidos descontrolados de su corazón desbocado golpeándole el costillar sin piedad.

El fuerte golpe de la sucia bota militar del Ángel impactando contra el pecho del soldado pareció detener el tiempo durante un instante, bajando acto seguido un telón en forma de densa nube de polvareda para poner el punto final al espectáculo.

Entre bambalinas, el miliciano consiguió aminorar el ritmo de avance de la mecha hacia una muerte explosiva, ahogándola en última instancia al aplastarla entre su cuerpo y el suelo arenoso de la ensenada. Respiró aliviado y todo a su alrededor le pareció nítido y colorido como hacía años que no lo veía. Aunque no era la primera vez que miraba a la muerte directamente a los ojos, nunca antes esquivó tan clara invitación al baile de la noche, ni tan por los pelos.

Al Ángel no pareció importarle ver hacer aguas su plan de hacer volar en pedazos a su compañero de andaduras. Ya encontraría otra ocasión más adelante.

Entre ceños fruncidos y expresiones dubitativas, pocos milicianos se atrevían ya a pisar por error una pequeña ramita de espartal seco que denotara su presencia. El silencio era el de un camposanto entre semana.

—¿Algún hijo de la gran puta de entre los presentes tiene los santos cojones de decirme lo cansado que está? —gritó el despiadado adalid de la columna.

Hasta el último mono supo al instante cuál era la única respuesta:

—¡No, señor! —gritaron al unísono con un calculado desgañite.

Después, el pelotón interpretó el pronunciado descenso en el tono de voz del mandamás como una invitación al silencio y callaron expectantes.

—Bien.

Pensativo, el Ángel no quitaba la vista de sus poderosas botas progresando sin un rumbo definido por perímetro forestal que hacía las veces de escenario. El control de la situación por su parte era tal que podía permitirse mostrar un semblante incluso cesariano. Solo le faltaban la túnica y la corona de laurel en la cabeza.

Toses fugazmente reprimidas, boinas y gorras buscando un mejor acomodo en sus correspondientes cabezas. Todos miraban con atención el devenir de su líder esperando sin saber lo que

esperar. El Ángel alzó el brazo y lo extendió hacia un lado, quedando en perfecta alineación con su torso en dirección hacia el presidio. Tenía su mirada vidriosa fija en una mirilla imaginaria emplazada en la base del dedo índice de su mano.

—¿¡Vamos a darle su merecido a esos cabrones?!

El pelotón cobró la forma de un enjambre en pleno estado de efervescencia asesina; el líder llamó al orden. Nada se le daba mejor que controlar los tiempos cada vez que arengaba a su camada.

—Paciencia, camaradas. Aún es pronto. Y en esta vida, amigos —continuó en un tono burdamente paternal—, *à chaque porc vient la Saint Martín*.

Capítulo 24

Actualidad

Después de comprobar que las tres inoportunas llamadas recibidas en los últimos minutos indicaban el nombre de Sandra Pavones en la pantalla de su teléfono móvil, Helena hizo de mala gana una pausa en su lectura del libro favorito de Marc —*El Taller de Gus, el libro de las buenas noches*—, lo colocó de canto en el suelo, junto a la pared, y apagó su teléfono presionando el botón lateral con fuerza desmedida. De alguna forma inexplicable, aquel teléfono *era* Sandra, o una representación física al menos, y quería darle su merecido por su comportamiento al visitarles unos días antes.

Más serena después de silenciar su teléfono móvil, Helena colocó a Marc su melenita incipiente detrás de la oreja (aunque todavía no alcanzaba a quedar sujeta tras esta) y se agachó forzadamente hacia un lado para coger el libro antes de retomar el cuento de irse a la cama. En ese momento de vuelta a la calma, el teléfono de Luis comenzó a emitir su particular melodía más allá de la puerta del cuarto de los niños, a los pocos segundos de haber apagado Helena su teléfono.

No se lo cojas…

—Hola, Sandra…

La madre que te parió, Luis.

—Mal no nos vendrá…

¿No nos vendrá mal el qué?

—¿Sábado de esta semana?

Ya estamos otra vez.

—Allí estaremos. Bye.

¡Joder, colega!

La amenaza de un inminente puchero en las comisuras de los labios de Marc hizo a Helena rebajar el tono en su voz:

—No pasa nada, cariño. —Se esforzó en regalarle a su pequeño una sonrisa—. Tú a dormir.

Helena dejó a Marc en su cama, especialmente preparada para evitar caídas fatales, y encendió la relajante lamparita de luz cálida, la que tenía la forma de un simpático pollito saliendo de su cascarón y que tanto le gustaba al pequeño.

Marc comenzó a abrazarse a la montaña de cojines que inundaban su cama, señal inequívoca de lo cerca que estaba de caer dormido. En ese momento, Helena se dispuso a salir de la

habitación, aunque sin dejar de mirar a su hijo con el rabillo del ojo, como tenía por sana costumbre.

Al agarrar del tirador, la puerta giró a toda velocidad y Helena fue a toparse de bruces con Luis, que entraba en el cuarto para darle las buenas noches a Marc.

—¡Joder, Luis! —exclamó con un acelerón de cero a cien en medio segundo en su ritmo cardiaco.

Luis se disculpó sin saber muy bien por qué y Helena le ordenó silencio mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—Shhhh… Mejor entra dentro de un rato a darle un beso.

—Traía la cámara.

—Ah, gracias —respondió Helena con aspecto agotado—. Déjamela.

Luis le entregó la cámara de vigilancia sin la que desde hacía meses no podían vivir tranquilos.

—¿Qué quería la tipa esta?

Luis prefirió obviar el tono incendiario en las palabras de Helena y se encaminó de vuelta hacia el salón para continuar investigando sobre los casos de renacimientos.

—Que pasáramos a recoger la recaudación del mercadillo en favor de Marc —respondió, aunque Helena solo podía verle ahora la espalda caminando a lo largo del pasillo.

—Mira que me cuesta creérmelo —dijo ella. Había calado a Sandra desde el minuto uno, tanto como para ver con toda claridad de qué pie cojeaba. Su radar era infinitamente más preciso que el de Luis, tecnología punta frente a las cuerdas y poleas que manejaban el sexto sentido en su marido. El solía decir que prefería respetar la presunción de inocencia a falta de evidencias concluyentes.

—¿Qué más pruebas necesitas para ver que esta mujer se anda tramando algo, que no es trigo limpio?

El comportamiento de Sandra en su reciente visita a su casa en Pontedeume, acompañando a Nono, había sido demasiado para Helena. La gota que colmaba un vaso que permanecía siempre, sin excepción, al borde del desbordamiento.

—La tía lo estaba gozando al vernos discutir.

—¿Por qué sacamos las cosas de contexto?

—¿Te parece que estamos sacando las cosas de contexto?

—Eso es precisamente lo que me parece.

—¿Ahora vas a tener el cuajo de decirme que no la viste sonreír? ¡Por favor! ¡Si no paraba de morderse el collar para disimularlo, la muy cabrona!

Lo cierto es que sí la había visto sonreír, pero le había parecido la típica reacción normal cuando a uno le tocaba presenciar una

discusión de pareja entre dos personas con las que aún no se tiene cierta confianza. Un claro caso de *no sé si reír o llorar*, pero entre las dos opciones, prefiero reír porque permanecer impasible me hace sentirme como un juez de línea, el más denostado de todos los árbitros.

—Mira —respondió Luis. Miraba hacia Helena con la cara ligeramente inclinada y los ojos alcanzando el tope por la parte superior—. Vamos a casa de esta mujer, cogemos el dinero y, ya puestos, nos acercamos a hacerle unas fotos al chalé, que a este paso no lo vamos a alquilar nunca.

Una diminuta casa de campo perdida en el mapa era la única herencia que había recibido Helena de su familia, y la ínfima porción que le correspondía de esta incluía el compromiso de gestionar su alquiler esporádico en nombre de todos los herederos, la mayoría de ellos primos o primos segundos. Como si no tuvieran suficientes gestiones de las que hacerse cargo en su día a día como para cargar con aquel muerto.

Ambos ignoraban que el estado de salud actual del diminuto chalé del que debían hacerse cargo —incluyendo velar por su seguridad— era el de haber atravesado un ruinoso cataclismo después de su allanamiento por parte de tres individuos hacía prácticamente dos semanas.

—¿De cuánto dinero hablamos? —preguntó Helena. Sus hombros ligeramente elevados y sus brazos pegados a los costados al hablar le recordaban a Luis lo tensa que podía llegar a ponerse al hablar de dinero—. Y no me mires así —añadió después—, por favor. Es una pregunta como cualquier otra.

—No me ha dicho cuánto, ¿tenía que preguntárselo?

No era aquello nada que Helena no hubiera supuesto de antemano.

—Claro —respondió ella con sarcasmo—, ¿para qué preguntárselo?

Luis entornó los ojos por toda respuesta.

—Vamos, cobramos, volvemos —enfatizó cada una de las tres acciones partiendo un pastel imaginario con el canto de la mano.

—¿Y los chicos?

Cualquiera habría dicho que su voz tenía un cierto tono renegón, de reproche. Pero lo cierto es que Helena llevaba con la mosca detrás de la oreja desde el almuerzo del día anterior en el hospital.

Luis cogió su ordenador portátil y tomó asiento en el sofá, donde se acomodó dispuesto a seguir buscando información que pudiera arrojar algo de luz sobre la teoría del renacimiento.

—Que vengan también.

Helena llevaba días dándole largas a Luis al respecto de su descabellada teoría sobre su abuelo manifestándose —¿mostrándose?, ¿revelándose?, ¿cuál era la jerga aplicable al caso?— a través de Marc. Y, sin embargo, después de escuchar las historias de un cirujano de urgencias al que acababa de conocer, historias sobre pacientes fallecidos regresando de un lugar no tan distante, y habiéndole este hablado tan abiertamente sobre cómo los relatos de incontables pacientes le habían hecho creer que la conciencia no desaparecía tras la muerte clínica..., quizás su cabezonería, comenzó a pensar Helena, no estuviera ayudando a su hijo sino todo lo contrario.

Con todo, seguir mostrándose distante con Luis resultaba infinitamente más fácil que reconocer su cambio de perspectiva. Y eso la estaba consumiendo. Ella no quería ser así, o al menos no quería seguir comportándose de aquella forma. Quizás dejarle llevar las riendas de aquel dichoso asunto (la locura, la insensatez, la mamarrachada del renacimiento de su abuelo) le distraería al menos de su obsesión por encontrar la cura para Marc perdiendo horas de sueño delante del ordenador, que era lo único que hacía noche tras noche.

—Oye...

—Dime —respondió Luis sin despegar la mirada del ordenador, asegurándose de decirlo con un tono de voz lo suficientemente alto como para demostrarle a Helena que estaba atento a la conversación.

Con un rápido movimiento de pies, Luis hizo girar la silla sobre su propio eje para comprobar a qué se debía el momento de silencio.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Pasamos de Sandra Pavones?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

Luis señaló hacia la pantalla de su ordenador con la cabeza, como diciéndole que, si no tenía nada que decirle, no le hiciera perder el tiempo. Sin acritud. Así era como fluía la comunicación entre ellos y ambos estaban más que de acuerdo en eso.

—Nada —reculó Helena—, no es importante.

En realidad, no solo era importante, era esencial que Luis y Helena se pusieran de acuerdo sobre la forma de abordar la explicación de la enfermedad de Marc por la vía que fuera.

—Tú misma —respondió Luis, y se volvió a colocar el auricular inalámbrico en la oreja.

Helena se arrepintió al momento de seguir poniéndole palos en las ruedas a su propio instinto. Llegados a tal punto..., joder, ¿no había anunciado el ejército americano el avistamiento de ovnis

por parte de sus pilotos? Si considerar la existencia de vida alienígena tenía cabida en el Capitolio, qué menos que darle una oportunidad al tema espiritual. Por Marc. Joder, claro que por Marc, ¿por quién si no?

Helena chasqueó los dedos en el aire en repetidas ocasiones hasta que Luis se percató de sus gestos. Le pidió quitarse el auricular con voz muda, gesticulando cada palabra como si tratara de comunicarse con alguien recién llegado de un país lejano.

—Gracias —Helena le agradeció que le concediera un poco más de su atención, aunque fuera con cuentagotas.

—No hay de qué.

—Tenemos que hablar.

—¿Tiene que ser precisamente ahora?

Lo último que necesitaba una indecisa como Helena era un muro de piedra cuando finalmente tomaba la decisión de dar su brazo a torcer.

—Si no ahora, ¿cuándo?

«Es por tu dichosa teoría, cenutrio, ¡pon un poco más de tu parte!».

Aquella conversación no podía caer en el limbo de las discusiones para otro momento, hasta que no quedara más remedio que retomarla, como venía siendo costumbre, a varias leguas de la diplomacia.

Helena se aproximó al sofá hasta estar frente a su marido, bajó enérgicamente la tapa de su ordenador portátil dejando a Luis con una absoluta cara de pasmo y, apartando a un lado todo lo que su instinto se empeñaba en sugerirle, le dijo:

—Vayamos a visitarla.

***

No había nada en el mundo que entusiasmara más a los dos hermanos que recorrer las sinuosas carreteras de camino a Cabo Prior simulando un volante imaginario en el asiento trasero del coche azul de papá. Volar por la carretera subiendo y bajando sus empinadas pendientes resultaba especialmente emocionante para Marc, quien no tenía a menudo la ocasión de disfrutar de un momento así. Para él, un viaje de media hora en coche era lo que para cualquier otro niño habría sido un día completo en un parque de atracciones, un entretenimiento impensable para un niño con su condición médica. El asiento adaptado a su condición física particular tampoco le dejaba muchas más opciones para divertirse en el viaje, apuntillado, como iba, en su asiento equipado con todo lo necesario para minimizar los daños de un

posible impacto: función antirrebote, collar para las cervicales de espuma suave, inserciones para introducir acolchados adicionales e infinitos ajustes más. Tal era la cantidad de adaptaciones necesarias, que Helena y Luis tuvieron que solicitar los servicios de un especialista cualificado para que pudiera evaluar las necesidades de transporte específicas de la familia y proporcionarles una lista de modificaciones adaptadas al vehículo.

La emoción de la montaña rusa llegó a su fin cuando Luis tomó la salida hacia Ragón, dando paso a un segundo tramo de viaje en el que los niños cambiaron abruptamente su ánimo. Hipnotizados por el siempre hechizante sonido de los neumáticos rodando sobre la gravilla de la carretera secundaria, los chicos permanecían callados, absortos en un mundo distante. Ni siquiera el tráfico propio de un soleado sábado como aquel conseguía hacerles abandonar ese mundo de momentánea ensoñación.

Con la falta de tacto que le caracterizaba al conducir, Luis giró el volante de forma innecesariamente brusca al aproximarse a la vieja puerta metálica de la finca de Sandra Pavones, pisó el freno y se apresuró a girar las llaves para apagar el motor una vez el coche se detuvo a un lado de la calzada.

—¡Cuidado, por Dios! —exclamó Helena, y se giró acto seguido con el corazón latiéndole a todo trapo para comprobar que Marc no hubiera notado aquella brusca maniobra. El pequeño le devolvió una interminable sonrisa a cambio.

Pese a acudir regularmente a su fisioterapeuta de confianza, Helena llevaba tiempo con unos dolores cervicales horribles. Cerró los ojos y se masajeó la base del cuello con ambas manos, haciendo pendular su cabeza de un lado a otro y después hacia adelante y atrás. Tras unos segundos, separó las manos lentamente de su piel y la sensación de calma pasajera se esfumó en cuestión de segundos. Abrió los ojos y una orquesta de sonidos comenzó a brillar tan nítidamente a su alrededor como la mirada de un niño miope con sus primeras gafas: el traqueteo al tirar del freno de mano, las ventanas ascendiendo milagrosamente hasta encallar suavemente al dar con el tope, los seguros saltando desde sus madrigueras y las puertas abriéndose para dar paso al alud de sonidos propios de la naturaleza bañándolo todo.

Lucas bajó del coche de un salto y echó a caminar hacia la puerta de entrada a la finca donde vivía Sandra Pavones. Marc le observó alejarse por un lado de la estrecha carretera, experimentando la versión más primigenia de la envidia natural

entre hermanos. Que asumiera la realidad de su enfermedad era demasiado pedirle a alguien de la edad de Marc, quien simplemente no entendía por qué su hermano no tan mayor que él sí podía hacer ciertas cosas que a él le estaban prohibidas.

—¿Por qué no nos mudamos al campo? —opinó Helena dejando a un lado su habitual reticencia a vivir entre higueras, pinares y maizales.

Luis retiró cuidadosamente los anclajes que mantenían a Marc pegado a la estructura de la silla de viaje. Después, haciendo un esfuerzo ímprobo por no romperse las lumbares en el proceso, respondió entre jadeos a la desconcertante cuestión planteada por Helena:

—Pues sí… el campo es todo lo que siempre quisimos para Marc: zanjas inesperadas escondidas por el terreno… —Hablar suponía un doble esfuerzo para Luis tratando a su vez de sacar del compartimento trasero del coche a un niño con los huesos de azúcar caramelizado. Helena le miró con fingido desdén mientras Luis continuaba detallando todo aquello por lo que vivir en el campo resultaba una fatal idea—: Raíces enrevesadas que aparecen de improviso entre la hierba…, caídas desde la cabaña en lo alto del árbol… En fin, ¿por qué no nos mudamos al campo mañana mismo?

Helena reconoció el humor implícito en el sarcasmo y sonrió por primera vez en mucho tiempo. Quizás no tan en el fondo —aunque no quisiera reconocerlo—, la idea de encontrar la cura para Marc escarbando en el pasado le resultara temerosa por la afrenta que suponía a su enfoque racional de las cosas, pero intrigante a partes iguales por los hechos acontecidos en los últimos días.

La idea de irse a vivir al campo entusiasmó a Marc, que respondió gritando con todas sus fuerzas:

—¡Síííííí! —aplaudió la iniciativa con sus pequeñas manitas, con sus dedos apuntando hacia afuera como diez arcos indios de tal forma que las palmas de las manos apenas llegaron a tocarse al aplaudir.

—¿No deberíamos llamar a Sandra antes de entrar? —observó Luis, cauteloso.

Después tuvo que poner fin de inmediato al arranque de aplausos de Marc, agarrándole de una mano para que este no se viera absorbido por la enorme cantidad de elementos de atracción que rodeaban el perímetro: maderos repartidos por los lindes de la finca, una verja destartalada con boquetes que pedían a gritos que alguien se animara a atravesarla (inyección antitetánica mediante) y zonas arboladas en las que ponerse a

buscar guaridas de zorrillos y tejones. Lujos que Marc no podía permitirse.

Cuando Luis aún dudaba si entrar o esperar en la verja de entrada a la finca, Helena ya se las había ingeniado para retirar el pasador de la puerta metálica y acceder al erial plagado de obstáculos que precedía a la superficie de cemento frente a la entrada a la casa, allí donde días antes Sandra había dispuesto todo tipo de artículos a la venta en su mercadillo benéfico.

Le cabreó profundamente que Sandra tuviera el jardín de su casa convertido en una trampa mortal para niños con problemas de fragilidad ósea, sobre todo sabiendo que venían a visitarla los cuatro. Miró hacia Luis con el ceño fruncido y expresión de pocos amigos.

—¿En qué coño está pensando esta mujer? —le preguntó. Luis respondió encogiéndose de hombros.

Rogándole el máximo cuidado al caminar, Luis comenzó a andar junto con Marc, ambos agarrados de la mano.

Por mucho que le apeteciera al pequeño seguir los pasos de su hermano mayor, su rango de acción no le permitía ir más lejos de donde su padre pudiera echarle el guante a tiempo de evitar un tropiezo. Y esto se traducía en apenas unos pocos centímetros de margen. Solo le quedaba conformarse con seguir cada paso de Lucas con la mirada, a lo lejos.

Después de unos metros sorteando todo tipo de trastos viejos, esqueletos de viejas bicicletas oxidadas, ruedas de tractor y un sinfín de amenazas para la integridad física de los niños, tomaron un sendero pavimentado flanqueado por árboles de distintos tipos y arbustos a ambos lados, de forma alternativa, llegando a los pocos segundos hasta el soportal frontal de la casa.

La figura esbelta de una mujer se convirtió en el punto focal de una estampa de apariencia idílica: el *cottage* revelándose orgulloso entre la arboleda y, apareciendo tras la puerta negra de hierro fundido con su honorable vidriera, Sandra emergiendo en perfecto equilibrio sobre sus altos tacones para recibir a sus invitados.

Después de los saludos pertinentes —Helena, distante, y Luis, más preocupado ahora por Marc que por otra cosa—, entraron en la vivienda guiados por su anfitriona.

—Os enseñaría la casa con todo gusto —Sandra mintió sin reparo—, pero está hecha un asco —puntualizó, sin añadir una sola nota de duda o vacilación a sus palabras. No era ella mujer de puntos suspensivos.

Aparte, tampoco tenía ninguna intención de ponerse a celebrar un pícnic con aquella gente, cuyo trato consideraba un mal

necesario para alcanzar su objetivo de obtener información sobre los dos Grecos que ansiaba encontrar desesperadamente. Con tal desesperación como para haber enviado a Nando Villaboi a registrar el chalé de Luis y Helena por si guardaban allí algún documento antiguo que pudiera ayudarle a localizar los cuadros. Le importaba tan poco lo que hubiera sido de aquel chico como para no haberse preguntado siquiera el motivo de no haber recibido noticia alguna por su parte. Solo lamentaba haberle dado un adelanto y no haber esperado a pagarle una vez hecho el trabajo, e ignoraba por completo que el chico llevara casi dos semanas desaparecido.

Después de atravesar la planta de la vivienda de lado a lado, los cinco llegaron a la cocina. Una vez acomodados Luis y Helena en los sillones de reposabrazos negros y respaldos rojos que adecentaban el triste salón aledaño, Sandra se acercó al frigorífico, abrió tres botellines de cerveza y comenzó con su plan para alejar momentáneamente a Marc de sus padres.

—A vuestra salud —brindó, ofreciéndoles un par de botellines aún calientes. No habían pasado más de diez minutos en el frigorífico, pero eso no le importó lo más mínimo.

Con orquestados movimientos, Luis y Helena procedieron a dejar sus respectivos botellines sobre la mesa acristalada situada entre el sofá y la pared frontal de la cocina, a la que no le faltaban sus estanterías, su chimenea y demás parafernalia de un corte clásico tremendamente aburrido. Toda la decoración estaba bañada por una capa de insulso protocolo, como una casa de exposición donde no hubiera un solo libro con verdaderas páginas en su interior.

—Y vosotros dos —se dirigió a los niños, que curioseaban junto a las estanterías tocando todo lo que había en estas. Era la primera vez que veían una chimenea. También era la primera vez que veían un jarrón floral dentro de una chimenea—, ¿qué os parece si os dejamos ir a explorar por toda la casa?

Aprovechando que Sandra se encontraba dándoles la espalda, Helena dejó caer su cuerpo hacia Luis, sentado a su derecha, y le susurró a la oreja sin quitarle el ojo de encima a la anfitriona.

—¿A explorar la casa? —Las puntas de sus zapatos golpeaban incesantemente contra las baldosas del suelo—. ¿Está de broma?

No estaba de broma. El problema que tenía Helena —y que habría tenido cualquier persona en el mundo— era el de ser incapaz de confiar en la buena fe de una mujer de la que nunca sabía lo que esperar. Después de su comportamiento en su último encuentro, para Helena estaba cada vez más claro que Sandra no era una persona en la que confiar.

Helena hizo el amago de levantarse para evitar que Marc le tomara la palabra a Sandra y saliera pitando en misión de reconocimiento por aquella casa llena de infinitos tropiezos.

Luis cortó de raíz el arranque sobreprotector de su mujer. Casi a ras del suelo, colocó la palma de su mano izquierda en la espinilla de Helena, a la altura media de su tibia, lejos de la visual de Sandra.

Con la sensatez por bandera en el tono de sus palabras, le pidió a Helena un poco de margen para el muchacho.

—Tiene que vivir su infancia —respondió en modo ventrílocuo.

Lejos de retraerse, la intensidad en el zapateo de Helena contra el suelo de baldosas fue en progresivo aumento.

Luis, por su parte, requirió la presencia inmediata del pequeño y, cuando lo tuvo frente a sí, le habló con los ojos abiertos de par en par:

—Date una vuelta a explorar, pero solo por el piso de abajo y despacito, ¿entendido? Nada de subir escaleras y aún menos de bajarlas.

El pequeño asintió con la cabeza como solían hacer los niños de tres años: dándole un larguísimo rango de movimiento a cada asentimiento: desde absolutamente arriba hasta absolutamente abajo. Un *sí* que no dejaba espacio para la duda. Aunque con los críos, a menudo un sí era un no y viceversa.

—Marc... —Con su mirada puesta en la puerta que daba al pasillo, Luis tuvo que insistir un par de veces para captar su atención—... Marc, hijo... ¿me has entendido? Dime que me has entendido.

—Sí, papá.

—No os preocupéis —respondió Sandra con su habitual indiferencia—. Yo los acompaño. Vosotros disfrutad un poco de la terraza.

Luis y Helena podrían haber desconfiado de Sandra, pero su sospecha habría sido similar a la de alguien que sospecha de un vecino introvertido y luego descubre que es un asesino en serie. Prever cualquier cosa era mucho más sencillo conociendo el desenlace, pero no tanto antes de que este sucediera. Por eso, por poco prudente que les resultara la actitud de Sandra, no había mayores cimientos en los que fundamentar la sospecha de algo realmente grave.

A regañadientes Helena, siguiendo el *flow* de la situación Luis, ambos se alzaron del sofá para salir a la zona exterior a la que daba la cocina. No era más que un rectángulo de unos pocos metros cuadrados, con el suelo de hormigón sin nivelar y unos bancos y una mesa, también de hormigón, con unas flores rojas

impresas sobre sus respectivas superficies. Sus patas, como pequeños capiteles invertidos con relieves de hojas de acanto, horrorizaron a Helena más si cabe que lo que la horrorizaba la propia Sandra.

Luis dejó vagar su mirada por el espacio exterior al que Sandra se había referido como la terraza. Olfateó el aire en una secuencia de breves inspiraciones, como una aspiradora atascada, y el fuerte olor a humedad le volvió a recordar que debían acordarse de ventilar la pequeña casa de campo, que no siendo siquiera exclusivamente de su propiedad, tenían en el mayor de los abandonos pese a haberse comprometido a alquilarla.

—Disfrutad de la terraza, dice.

Ambos vieron a Lucas saliendo a correr por el jardín situado más allá de los confines de la casa, hacia el lado opuesto a la entrada principal, donde se perdió rápidamente investigando por los graneros. No había crío en el mundo capaz de resistirse a una tentación como aquella.

Marc le miró correr hacia el jardín con curiosidad, pero sin ninguna intención de seguir los pasos de su hermano mayor. A Luis le resultó increíble el ejercicio de madurez que representaba el hecho de quedarse allí inmóvil cuando todo a su alrededor vibraba de la forma en la que lo hacía.

Sin perder la visual del interior de la casa, Luis y Helena se sentaron en los bancos de hormigón esperando que el paseo de los niños fuera breve. Debían de confiar en que Marc, pese a su corta edad, fuera capaz de entender lo que podía y lo que no podía hacer.

En el interior de la casa, Sandra permaneció al lado de Marc vigilando que no le diera por seguir los pasos de su hermano. Perderle de vista tampoco entraba en sus planes.

—Espera aquí, ¿ok? —le ordenó—. Hay mucho trasto suelto ahí fuera y no querrás caerte, ¿a que no?

Si Sandra era una sociópata o no, eso estaba aún por dilucidar. Lo que estaba claro es que sabía muy bien cuándo sintonizar con los riesgos que podía correr Marc exponiéndose al entorno solo para tenerlo a su entera disposición.

Guardando silencio, el pequeño recorrió el perímetro a su alrededor con la mirada. Entretanto, Sandra comenzó su verdadero plan pegando un sonoro alarido a pulmón hacia la estancia aledaña, haciendo dar un respingo a Luis y Helena:

—¡Que vienen los requetés!

No tuvo que transcurrir ni medio segundo hasta que se escuchó el motor eléctrico de la silla con aspecto de mantis religiosa

rugiendo con impertinencia de forma cada vez más audible. Sobre esta, el viejo Geluco hizo acto de aparición con la expresión en la cara de irse directo al frente de batalla.

El universo pareció detenerse bruscamente alrededor de los allí presentes en el preciso instante en el que Geluco entró en la estancia y cruzó la mirada con el pequeño Marc, que se tambaleó de un lado a otro hasta perder el control sobre su cuerpo como una marioneta cuyos hilos hubiera soltado el titiritero desde las alturas. De forma súbita, niño y anciano abandonaron sus respectivos roles para convertirse durante una mínima fracción de segundo en dos sujetos totalmente diferentes, distantes a sí mismos, creando una tensión de tal magnitud que pareció derrumbar la casa desde sus cimientos. Reinó una cordura imposible durante un instante, pero también odio y avaricia en la mirada de Geluco. En el lado opuesto, la expresión de repulsión apoderándose de cada músculo en el rostro del pequeño Marc añadió una disonante nota de contraste a la escena de por sí dantesca. Su expresión no era la de un niño, sino el esbozo de una cara adulta y llena a reventar de rabia contenida.

Como una pompa de jabón desintegrándose al menor rozamiento en el aire, Marc volvió rápidamente en sí y salió corriendo en busca de sus padres, asustado por los gritos desaforados de Sandra hacia su padre:

—¡Es él! ¡Es él! ¡Es él! —exclamaba fuera de sí. Una impronta grotesca se apoderó de todo gesto corporal en Sandra, desde los pies hasta la cabeza, como un demoledor huracán que llevara días ganando velocidad y que fuera devorándolo todo a su paso.

Sandra salió corriendo tras el niño esperando poder cogerle a tiempo. Ahora no tenía la menor duda sobre la veracidad de lo que el chico de la Puch Maxi les había contado el día de la visita a Pontedeume. Y tanto que lo era, joder, ¿había visto alguien en el mundo una… como podía llamarlo… una migración de personalidad como la que acababa de presenciar? ¡Dios! Ni siquiera encontraba palabras para explicar lo que acababa de ver con sus propios ojos.

Alertada por los gritos histéricos de Sandra, Helena echó a correr desde la terraza hacia el interior de la casa, con la fortuna de agarrar a tiempo a Marc antes de llegar este a estamparse contra con la puerta abierta de uno de los muebles del pasillo, cuyas molduras exageradamente pronunciadas le habrían marcado la frente durante al menos un buen par de semanas.

Como un dibujo animado, Sandra tuvo que tirar en seco del freno de mano para no impactar contra Helena y el crío.

Por el bien de Marc, Helena se contuvo las ganas de poner a

Sandra de vuelta y media por su irresponsabilidad.
—¿Qué cojones está pasando aquí? —increpó a Sandra en un tono de voz cada vez más cercano al de la reprimenda que consideraba que se merecía aquella insensata.
Luis, que había salido un instante a la zona de los graneros para vigilar que Lucas no se alejara demasiado, regresó a toda velocidad alertado por el alboroto y sumó su desconcierto a la indignación de su mujer. La escena tampoco era fácil de gestionar para Sandra, quien muy lejos de estar dispuesta a compartir su secreto, solamente acertó a decir:
—Este niño tiene que quedarse aquí.
Luis y Helena intercambiaron miradas de incredulidad.
—¿Cómo que tiene que quedarse aquí? —respondió Luis sin esperar una respuesta. Después miró hacia Helena. Sus ojos clavados en la anfitriona eran los de un perro de caza deseando saltar sobre la yugular de su presa.
—Eso no te lo crees ni tú, guapa —añadió Helena, comprobando que llevaba su bolso encima. Tampoco se habría molestado en volver a buscarlo en caso de olvidarlo por descuido en la terraza. Lo que sí le preocupaba era el paradero de Lucas en aquel momento en que desaparecer de allí era la opción más sensata.
Como telón de fondo perfecto para convertir aquel lugar en la casa de los horrores, el viejo Geluco no paraba de despotricar farfullando a voz en grito, de forma ininteligible, sobre dos cuadros que tanto Luis como Helena imaginaron que debían responder a algún tipo de refriega familiar con motivo del reparto de una herencia.
—¿Y Lucas? —le preguntó Helena a Luis. Estaba notablemente alterada, quería salir de allí a toda velocidad, pero al mismo tiempo sentía que Sandra merecía que alguien le dijera un par de cosas bien dichas.
Sin ningún tipo de reparo, probablemente fruto de su desesperación, Sandra provocó el advenimiento de una situación sumamente incómoda cuando se le ocurrió la genial idea de agarrar del brazo a Marc.
—¡Este niño tiene que quedarse aquí! —insistió completamente fuera de sus cabales sin reparar siquiera en los zarandeos que su estado de agitación estaban provocando en el pequeño.
Los reflejos felinos de una madre a la defensiva evitaron un mayor contacto de Sandra con Marc más allá del inoportuno agarrón de su brazo, al tiempo que Luis se interpuso entre estos para propiciar una huida inminente de aquella endemoniada casa.
Encorvada como un licántropo, ríos de sangre hirviendo

recorriendo hasta el último de los capilares venosos de su cuerpo, Helena elevó el tono en su voz muy dispuesta a lo que tuviera que suceder, incluso si tenían que ir más allá de las palabras:

—¡Pero qué coño le pasa a esta mujer!

En el momento álgido de una disputa a la que ni Luis ni Helena se explicaban cómo habían llegado, una figura difuminada rompió repentinamente la luminosidad del pasillo.

De pie, en el pequeño descanso intermedio situado entre las dos secciones de escaleras que daban al piso superior, Elías dejó caer el peso de su cuerpo sobre la pared con su hombro huesudo como único punto de apoyo. Tapaba con su cuerpo parte del ojo de buey que iluminaba el pasillo, reduciendo su luminosidad a lo mínimo indispensable. La tranquilidad en su forma de hablar contrastaba con la intensidad de la escena que estaban viviendo.

—Mi madre está que no caga por dos cuadros de tu abuelo —afirmó Elías desde las alturas, asegurándose en todo momento de hacer contacto visual con Luis.

Helena giró inmediatamente la vista hacia su marido en una torsión explosiva de cuello producto de tener los sentidos a flor de piel.

—¿Se puede saber de qué está hablando *este* ahora?

Ajeno a cualquier información que pudiera relacionar en su cabeza con ningún cuadro, Luis se limitó a encogerse de hombros y dejó que sus labios temblorosos hablaran por él.

Elías continuó desvelando los verdaderos propósitos de su madre al invitarlos a pasar aquella tarde.

—Tenía la esperanza de que, al juntarlos —continuó explicándoles sin moverse un solo centímetro—, tal vez el crío acabaría recordando algo sobre el paradero de los Grecos.

Elías miró hacia su madre:

—¿No es así, madre?

Con los ojos fuera de sus órbitas, ciega ante la perspectiva real, casi tangible al tacto, de acabar terminando la búsqueda que su padre comenzó años atrás, Sandra se limitó a quedarse en el sitio esperando la reacción de Luis Velasco al recibir la información sobre la existencia de los cuadros.

El nivel de absurdo le pareció tocar techo a Helena. El chico, sin embargo, parecía tan seguro de sí mismo que resultaba convincente sin pretenderlo siquiera.

Desafiante, Elías le insistió a su madre una vez más:

—¿No esperabas hacerle recordar al niño la situación exacta de esos dos cuadros?

Helena buscó a Luis con la mirada:

—¿De qué está hablando?.

Elías se dirigió acto seguido hacia Luis:

—¿No se lo has contado a tu mujer? —le preguntó inquisitivamente—. ¿O es en realidad tan poco lo que sabes de tus antepasados?

Tratando de no darle crédito alguno a lo que decía aquel chico recién aparecido como de la nada, Luis trató de buscar en su memoria algo que encajara con lo que este estaba afirmando. ¿Cuadros del Greco en su familia? Aquello no tenía ningún sentido, comenzando por el hecho de que, en caso de haber tenido un solo cuadro del Greco en propiedad, probablemente su familia no estaría en la situación de mediocridad económica en la que estaba desde que él tenía uso de razón.

Luis miró a Helena negando con la cabeza.

—No sé de qué coño está hablando —añadió en su descarga—. Y ya hemos tenido suficiente, ¿no te lo parece?

Elías se iba a enfrentar a problemas de los gordos en un futuro no muy lejano, a juzgar por la expresión de su madre al mirarle.

En el mejor momento posible, Lucas asomó la cabeza desde la puerta de entrada de hierro negra en el frontal de la casa, justo por donde habían entrado todos no mucho tiempo atrás. Era momento de largarse de allí.

Luis, Helena y Marc agarrado de la mano de su padre avanzaron a lo largo del pasillo hasta llegar a la altura de Lucas. Sin mirar atrás, los cuatro salieron de la casa y caminaron dejando tras de sí una estela de sospecha y recelo a lo largo del camino de cemento hacia la puerta de entrada de la finca.

Ausente durante toda la refriega, el bueno de Lucas no entendía a qué venían tantas prisas.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó alzando la mirada mientras caminaban flanqueados por árboles de los más diversos tamaños.

—No lo sé, hijo —respondió sin apartar la vista de la puerta insertada de mala forma entre los dos tramos de verja cochambrosa.

—No pasa nada, corazón —añadió Luis, marchando en fila de a dos.

Helena le pidió a Luis las llaves del coche. A falta de un cigarrillo, conducir le ayudaría a relajarse después de la confrontación con Sandra.

—¿Estás segura? —le preguntó Luis considerando su actual estado de agitación. Helena ignoró las palabras de su marido y le urgió a lanzarle las llaves cuanto antes si no quería lamentarlo después.

—No he estado más segura de nada en mi vida.

Ya estando bastante alejados, Sandra salió de la casa y caminó a

paso tranquilo hasta el límite de la explanada pavimentada. Como un vampiro al que no pudiera dar la luz del sol en la piel bajo castigo de calcinación, la esbelta mujer se detuvo allí donde comenzaba la zona de tierra y césped que quedaba a uno de los lados del camino de cemento flanqueado por los árboles. Allí permaneció estática con los brazos en jarra mientras miraba el coche de la pareja coger la carretera y desaparecer acto seguido a toda velocidad al otro lado de la verja metálica que rodeaba la finca. Su mandíbula descolocada era el mejor testimonio de la ira que estaba comenzando a mancillar su autoestima por momentos.

—Malnacidos —masculló.

Después regresó al interior de la vivienda sintiéndose moderadamente satisfecha. No había ido del todo mal, pese al gilipollas de su hijo tratando de joderla. A poco que Luis Velasco y su mujer movieran algunos hilos, más pronto que tarde se pondrían a buscar aquellos cuadros por todo medio posible. Y no podía venirle mejor que se pusieran a trabajaran por ella.

***

El camino por la carretera sinuosa de vuelta a Pontedeume no fue ni de lejos lo risueño y colorido que había sido en el viaje de ida. Si bien el paisaje en sí era el mismo, las circunstancias eran muy diferentes. Ahora, las sombras de los árboles proyectaban un juego de claros y oscuros sobre el vehículo que no parecía distraer lo más mínimo a sus ocupantes.

Tras unas cuantas curvas, Helena rompió el silencio que se había adueñado del interior del vehículo. Haciendo bailar su trasero de un lado a otro del asiento, trató sin éxito de encontrar una postura que la permitiera amoldarse al acolchado de calidad media tirando a baja. Con el volante aprisionado entre sus manos en posición de las 11.05, Helena giró la cabeza en pleno cambio de rasante para dirigirse hacia Luis.

—¿Sabías algo de esos cuadros?

Luis apuntó con el dedo índice hacia el parabrisas. Podía haberle corregido unas cien mil veces esa dichosa manía de mirar hacia un lado mientras conducía.

—Hacia adelante —le rogó atención a la carretera, y acto seguido trató de no resultar demasiado brusco—: Por favor.

Helena volvió a mirar al frente y negó varias veces con la cabeza.

—Qué sabrá esa tiparraca de nosotros… ¿y eso de *es él, es él*, gritando como una histérica? —Helena buscó a Marc en el retrovisor y volvió la vista hacia la carretera al verle mirando

atentamente a través de la ventanilla—. ¿Tú le has visto la cara al pobre?

Bajó el tono en su voz hasta dejarlo en un susurro, preocupada por la percepción parabólica que tenían los críos sobre todo lo que sucedía a su alrededor.

—Estaba temblando del susto… ¿se puede saber qué coño le pasa a esa mujer?

Con la mirada perdida en la frondosidad de los bosques, atestados de robles milenarios y espesos helechos altos como estrellas del baloncesto, Luis trataba en silencio de unir las piezas del rompecabezas.

Un repiqueteo de gotas de agua golpeando el cristal de la ventanilla le sacó de su particular momento de abstracción. Cerró los ojos durante unos segundos y, sin pensárselo dos veces, se llevó la mano al bolsillo del pantalón de tipo cargo para sacar su teléfono móvil dispuesto a salir de dudas de una vez por todas.

—¿A quién llamas ahora?

—Hacia adelante —repitió Luis, con la entonación de un sermón paternal.

Callados, los dos hermanos miraban por sendas ventanillas como esperando encontrar un hada madrina volando grácilmente entre los arbustos situados a ambos lados de la carretera.

Después de girarse para comprobar que ambos estaban bien, Luis volvió a su posición, recolocó el cinturón sobre su pecho y buscó a su madre en la agenda del teléfono móvil. Puso el teléfono en modo altavoz y escucharon con atención la sucesión de tonos hasta que Aurora respondió con un escueto saludo.

Luis fue directo al motivo de su llamada, causando cierta sensación de urgencia en su madre. Esto desembocó en una sucesión interminable de preguntas, cuestiones y miedos sobre la salud de su nieto para los que Luis no tenía tiempo ni paciencia.

—Madre —sostuvo el tono cordial en su voz como una vela imposible de extinguir—, ¿usted sabe algo de unos cuadros del Greco propiedad de nuestra familia?

Aurora parecía impermeable ante el verdadero motivo de la llamada.

—¿Pero el niño está bien?

—Madre, por favor. Marc está perfectamente… Lo importante ahora es que me diga usted si sabe algo de unos supuestos cuadros del Greco que pudieran haber sido propiedad de nuestra familia…

Antes de llegar siquiera a pronunciar una sola palabra reconocible, su madre se deshizo en un alud de titubeos que para Luis se extendió eternamente.

—¿Cuadros del Greco? —acertó a decir finalmente—. ¿En nuestra familia?

Después quedó muda, haciendo una de esas pausas de absoluto silencio que a Luis le ponían enfermo al hablar con ella por teléfono. Luis tosió un par de veces y su madre volvió a subirse al tren de la conversación.

—No sabría decirte… ¿a qué tipo de cuadros te refieres?

—¡Madre, por Dios! —gritó Luis a punto de perder los estribos, provocando una mirada reprobatoria de Helena pidiéndole calma —, ¡el tipo de cuadros es lo de menos!

Aurora podía irse muy fácilmente por las ramas.

—¿Podemos, por favor, no aparcar la conversación en el terreno de lo irrelevante? —dijo Luis—. ¿Por una vez en la vida?

Amilanada por el tono en la voz de su hijo, Aurora volvió a buscar amparo en la comodidad del silencio. Y conociendo a su madre como la conocía, todos los rodeos que la mujer estaba dando solo podían ser su forma de evitar darle una respuesta que pudiera hacer más mal que bien.

—Vale —dijo Luis tratando de poner fin a la discusión—. Confirmado entonces que *no* sabemos nada de ningún cuadro del Greco ni de ningún otro pintor conocido, ya que estamos, ¿es así?

Helena volvió a mirarle con un gesto de reprobación en la cara.

—¡Al frente, por favor! —Luis apuntó con el dedo índice extendido hacia la carretera—… Usted no, madre. Se lo decía a Helena… entonces, nada de unos cuadros del Greco, ¿estamos de acuerdo en eso?

A continuación miró hacia Helena y después negó con la cabeza tratando de dar por cerrado el tema.

Aurora carraspeó al otro lado de la línea, y Luis acercó a la boca la entrada de audio de su teléfono móvil.

—¿Madre? —la veía venir—. ¿Sabe algo de unos cuadros del Greco o no? ¡Dios! ¿Podemos llegar a una conclusión antes de llegar a Pontedeume?

—Perdóname hijo, que no me estoy enterando…

—¿De qué no se está enterando?

—Es que no tenemos ningún cuadro, ni del Greco ni de nadie más…

—Eso ya lo sé yo… Madre, por favor. Lo que le estoy preguntando es si alguna vez escuchó algo de unos cuadros del Greco. Cuadros en la familia. *De* la familia, para ser exactos.

—¡Ah, bueno!

A Luis se le arrugó la expresión del desconcierto.

—¿Cómo que *ah, bueno*?

—Es que escuchar, escuchamos muchas cosas…

Luis dejó caer su mano sobre sus piernas con el teléfono móvil agarrado a fuego entre sus dedos. En silencio, se cruzó de brazos y comenzó a mecerse la cara con la mano tratando de liberar la tensión que iba acumulándose en aumento: mentón, tabique nasal, cuencas de los ojos y cuero cabelludo. Suspiró y se acercó pesarosamente el teléfono de vuelta a la oreja.

—¿De qué *cosas* habla, madre? ¿Qué han escuchado sobre unos cuadros que nunca nos han contado?

—Es que son mitos, hijo…, cosas que se oían de cuando tu bisabuelo trabajaba de fotógrafo para el marqués…

¿Mitos? Por fin dejaban de andarse por las ramas para empezar a hablar de una santa vez.

—Soy todo oídos —respondió Luis. Su cuerpo iba oscilando de un lado a otro como un monigote con cada nueva curva en la carretera comarcal.

—Bueno, la cosa es que el marchante de arte…

—¿Qué marchante de arte?

—El marqués, hijo, que además de marqués, resultaba ser un marchante de arte…

—¡Joder, madre!

Helena tomó la siguiente curva de forma innecesariamente pronunciada haciendo menearse abruptamente a Luis sobre su asiento, de forma que este tuvo que vérselas para mantener la boca centrada a la altura del teléfono. No era cuestión de tratar así a su madre, por mucho que esta se anduviera por las ramas con un asunto tan importante como el que tenían entre manos.

Luis aseguró su posición sobre el asiento y regresó a la conversación con su madre:

—¿Vamos a hablar claro de una vez por todas?

—Pues eso —trató de explicarse Aurora—. Que el marqués para el que trabajaba el padre de tu abuelo Martín solía regalar algunos de sus cuadros para agradecer los favores a sus allegados…, pero más tarde se supo que solamente regalaba falsificaciones… Las obras buenas…, esas se las guardaba para su colección privada.

Aquellas palabras dejaron sin aliento a Luis, absorto en la carretera. Helena comenzaba a atar cabos, aunque todavía lejos de considerar que todo aquello pudiera beneficiarles en algo.

Aurora comenzó a impacientarse ante el silencio repentino al otro lado de la línea telefónica.

—¿Luis?

—Sigo aquí. Una cosa más…, ¿podrían haber desaparecido esos dos cuadros en algún momento de la historia?

—Ay, hijo…, qué preguntas me haces…

—¡Piense, madre! —De pronto era mucho lo que había en juego en la conversación. Todo estaba en juego—, ¡piense!

Pese a estar hecha un manojo de nervios, Dios sabía que la mujer estaba tratando de hacer memoria.

—No lo sé…, hay algo que me quiere sonar, pero… aunque yo era muy pequeña por aquel entonces, y…

—¡Madre! —exclamó Luis—. ¡Arranque ya, mujer!

Después de unos segundos de titubeos, Aurora recordó finalmente algo con claridad:

—A tu abuelo Martín comenzaron a llamarle de todo en el pueblo. Le acusaban de haber limpiado el taller de tu bisabuelo unos días antes de acabar en la cárcel…

—¿Limpiar como cuando queremos decir *robar*?

—Eso yo no lo sé, hijo…

—Está bien, no pasa nada —Luis trató de tranquilizarla.

—¿Qué está pasando, hijo?

—No lo sé todavía —respondió Luis con la mirada aún perdida en la cada nueva curva en la carretera—. Sinceramente no lo sé, pero vamos a averiguarlo como hay Dios.

Después de despedirse de su madre y asegurarle que la pondría al día en cuanto tuviera las cosas un poco más claras, una idea que le resultó sumamente improbable comenzó a formarse con cierta nitidez en su cabeza. Apartó la vista de la carretera y se dirigió hacia Helena, que seguía agarrada al volante con sus brazos rígidos, tensos como dos vagones de un tren de mercancías. Esta vez tenía la firme decisión de mover ficha.

—¿Podría mi abuelo Martín haber cogido esos dos cuadros del taller de su padre para esconderlos antes de ir directo a la cárcel?

La idea le empezó a sonar a Helena como otra de las aventuras investigadoras tan propias en Luis, así que trató por todo medio de mantener su expresión inalterable. El movimiento más sutil de un solo músculo en su cara podría despertar fácilmente suspicacias, haciendo que Luis empezara a dar ciertas cosas por hecho. Qué cosas exactamente, eso siempre era un misterio para ella.

—¿A qué viene esa cara de entierro? —le preguntó Luis al ver la reacción de Helena ante su propuesta. Conocía a fuego cada una de las miles de expresiones posibles en el rostro de su mujer, terreno ocasionalmente árido como el desierto y abrupto como un desfiladero profundo, estrecho y de paredes escarpadas.

—A nada.

—¿Cómo que a nada?

—¿En serio quieres que te lo diga? —dijo Helena, ahora sin apartar la vista del frente—. Otra discusión más me parece

perfecto para la ocasión.

Nadie asumía las discusiones como algo tan natural, incluso saludable para una relación, como Helena.

—Por favor, suelta de una vez lo que sea que estés pensando.

La bala estaba más que lista en la recámara.

—¿Quieres que te lo diga? —Helena asintió una y otra vez con la cabeza, como una saltadora de pértiga motivándose antes del gran salto—. Pues que ya estás otra vez con tus aventuras de Indiana Jones —continuó, esta vez sin apartar la vista de la carretera, sus manos estrangulado el volante.

—¿Aventuras de Indiana Jones? —respondió Luis—. ¿No te parece demasiada casualidad que esta Sandra Pavones ande buscando con tanto interés unos cuadros que son propiedad de mi familia, y que ahora mi madre me suelte alegremente que corrían unos rumores de unos cuadros que tal y que cual?

Una vez más, Luis se vio en la espinosa situación de tener que elegir entre la salud de su matrimonio o hacer su propia guerra buscando formas creativas de conseguir el dinero que necesitaban para costear el tratamiento de Marc. Y una de estas formas creativas —la de más reciente incorporación— pasaba por confirmar si su abuelo Martín pudo eventualmente tener en sus manos alguna de aquellas antiguas obras del Greco, a las que bien podría atribuirse un valor considerable sin tener que investigar mucho. Joder, ¿quién no había estudiado al Greco en primaria?

—Será una aventura de Indiana Jones y todo lo que tú quieras —dijo Luis—, pero aquí está pasando algo.

Helena siguió mirando al frente, pendiente de la siguiente salida hacia la AP-9 con dirección hacia Pontedeume.

—¿Te has dado cuenta de cómo mi abuelo se ha convertido en el epicentro de toda nuestra existencia en el curso de las últimas dos semanas?

Helena le reconoció haber dado en el clavo con esa apreciación.

—Primero —Luis se fue ahorcando un dedo de la mano tras otro y sucesivamente—, el tío de Cabo Prior presentándose en nuestra casa para preguntarnos si no podría ser que la enfermedad de Marc pudiera ser el reflejo de algún antepasado muerto en circunstancias particularmente violentas, ¿no es eso lo que dijo?

Helena se dispuso a darle la réplica, algo difícil de conseguir estando su marido lanzado como estaba.

—Espera, espera —replicó Luis—, déjame acabar.

Helena le dio su conformidad a regañadientes.

—Luego está lo de la forma en la que efectivamente murió mi abuelo y, bueno, puedes llamarlo casualidad, pero el parecido

con los síntomas de la enfermedad de Marc me resulta, en el menor de los casos, increíble.

Helena volvió a tratar sin éxito de recuperar el turno de palabra.

—Espera, espera, que aún hay más. Y para acabar, la loca esta —dijo Luis haciendo aspavientos en el aire refiriéndose a Sandra—, emperrada en... ¿cómo ha dicho exactamente el chaval con pinta de adorador de Satán? Ah, sí. En juntar a Marc con su padre, no conmigo, no, con *su* padre, que vete tú a saber qué cojones pinta en todo esto, para ver si a Marc le da por desvelar el paradero de unos cuadros del Greco de los que, por otra parte, es la primera vez en la vida sobre los que escucho una sola mención.

Helena apuntó con el dedo índice hacia Luis y él retomó una vez más su exposición: estaba claro que no le dejaría abrir la boca hasta haberlo soltado todo.

—Un momento que ya termino. Es que esta es la guinda del pastel... Ahora resulta que mi madre ha sabido de toda la vida de unos supuestos cuadros del Greco, que ahí es nadie, el mismísimo Domenicos Theotocopoulos ni más ni menos, y de un conocido marchante de arte que andaba regalando cuadros a diestro y siniestro y que podría perfectamente haberle regalado uno o dos o tres cuadros a su fotógrafo de cámara, que no es ni más ni menos que el padre de mi abuelo Martín..., es decir, mi bisabuelo, a quien supuestamente el primero, mi abuelo, quiero decir, *limpió* el despacho en el que entiendo que guardaba esas supuestas pinturas regalo del tal marqués que ahora resulta que debían ser falsas..., pero que, por otra parte, esto es solo una suposición, claro.

Helena había perdido toda esperanza de conseguir el turno de palabra a esas alturas de la conversación, así que se limitó a elevar las cejas en silencio a la espera de que fuera el propio Luis quien le soltara el consabido «¿no tienes nada que decir?», tan habitual en él después de haber intentado responderle unas doscientas veces.

—Y digo yo que si en lugar de darle gato por liebre, al tal marqués le hubiera dado por regalarle un par de obras auténticas del Greco a mi bisabuelo, y si mi abuelo las hubiera escondido en algún lugar..., que es lo que habría hecho cualquiera en plena Guerra Civil, ¿no es así? Pues igual resulta que mientras hablamos hay dos cuadros del Greco escondidos en algún sitio cuya propiedad sería, por cosas de la vida, nuestra.

Ahora sí que había terminado con su exposición.

—¿Eso es todo? —preguntó Helena.

—Sí, eso es todo. Bueno, espera. Eso es todo en este momento, dentro de diez minutos podríamos enterarnos de cualquier otra cosa aún más descabellada.

Helena permaneció unos segundos en silencio solamente por darse el gustazo de escuchárselo decir una vez más.

—¿Y bien? —no tardó en preguntarle Luis—. ¿No tienes nada que decir?

Pese a la tensión acumulada en la última hora, Helena no pudo reprimir una sonrisa al escuchar a Luis cumpliendo con sus expectativas: ¿No tienes nada que decir?

Encogida de hombros sobre el volante, Helena no sabía en realidad ni lo que decir ni lo que pensar. ¿Unos cuadros perdidos del Greco en la ecuación de su enrevesada realidad familiar? ¡Venga! Después de todo, cosas más raras se habían visto en el mundo. Y si tenía que decantarse por una posibilidad, la de los cuadros ocultos durante ochenta años parecía tener más sentido que la del abuelo Martín manifestándose a través del pequeño Marc.

—Mira, yo qué sé —respondió Helena entre suspiros—. Últimamente no entiendo nada de lo que nos pasa.

Ninguno de los dos podía intuir que el peor de los presagios posibles estaba a punto de hacerse realidad. Un huracán de urgencia desmedida por encontrar una forma de reunir el millón de euros en menos de tres meses, coincidiendo con la fecha límite fijada por el equipo médico liderado por el doctor Cordón para confirmar si querrían participar en el tratamiento. Como si conseguir esa ingente cantidad de dinero fuera una simple cuestión de lanzar una moneda al aire y decidir.

Capítulo 25

Sonsoles sintió un intenso hormigueo en el estómago, como si estuviera a punto de perder el control de su esfínter, y notó cómo se le erizaba el vello de los brazos rozando las mangas de su camisa de verano. Todo eso sucedió justo en el momento en que las palabras llenas de frustración atravesaron finalmente los confines de sus labios.

—Y no creas que lo sabes todo de Lisardo —advirtió a Nono, y se arrepintió al momento de no haber cerrado la esclusa de su mandíbula a tiempo de contenerse.

El comentario apenas caló en su hijo. Le pareció más bien un arrebato (bastante pueril, a decir verdad) provocado por el evidente malestar en su madre al verle meterse en berenjenales que no eran de su incumbencia, llamados a acabar con sus posibilidades de vivir una historia romántica con Lisardo.

Nono sacó una bolsa de galletas del armario situado sobre el fregadero y se sentó frente a la gran mesa de losas verdes dispuesto a devorar una tras otra hasta dejar la bolsa tiritando.

—¿Esa es la nueva forma de darme los buenos días un domingo por la mañana? —respondió, y en su forma de quitarle hierro al asunto le envió un dardo envenenado a Sonsoles—. ¿Advirtiéndome sobre los peligros de entablar una relación de… cooperación con tu pretendiente?

«Por Dios, mujer —pensó Sonsoles—, ¿se puede estar más desesperada?». Sabía que su hijo tenía razón, un brote de sensatez que llamaba a su puerta demasiado tarde como para recular sin acabar dando tres vueltas de campana.

—Porque puestos a elegir una forma de empezar el día —añadió Nono fingiendo no darle importancia a la reciente insinuación sobre Lisardo—, prefiero que vayamos calentando motores antes de empezar a discutir… no sé, comenzando por unas caras largas…

Se metió una galleta María de golpe en la boca y comenzó a emitir balbuceos en lugar de palabras.

—… seguidas de varios silencios incómodos… lo normal en cualquier familia, ¿no te parece?

De pie junto a la cafetera, esperando que el agua alcanzara el punto de ebullición y tratando de no alcanzarlo ella misma, Sonsoles miraba a su hijo con recelo. ¿Por qué tenía que ser siempre tan resabiado? No eduqué a mis hi… no eduqué a mi hijo

para acabar engendrando a un amargado insolente.

Nono apartó la vista de la bolsa de galletas, miró hacia Sonsoles y gesticuló una mueca de indiferencia. No le convenía olvidar la reciente visita de Luis Velasco a su casa en Cabo Prior, esa visita en la que le había pedido su ayuda para saber más sobre los renacimientos. Y no le pareció que fuera a tirar la toalla fácilmente. La idea de que Lisardo pudiera ser un majadero consumado resultaba nefasta para los intereses de Luis Velasco, que habría perdido su tiempo persiguiendo la fantasía de un pirado, un valioso tiempo que podrían haberle dedicado a seguir cualquier otra vía con más posibilidades de procurarle una cura a su hijo.

Su teléfono móvil vibró en el bolsillo de su pijama de tela casi transparente de usarlo hasta la saciedad. Nono ignoró la interminable sucesión de tonos y tomó nota mental de devolverle la llamada a Velayos. El teléfono volvió a masajearle suavemente el muslo una vez más. ¿Qué querría este ahora llamándole en pleno fin de semana? Rechazó la llamada en esa segunda ocasión y Velayos se dio finalmente por vencido.

—Bueno qué —dijo Nono—, ya has lanzado la primera piedra. Ahora es cuando yo muerdo el anzuelo y te pregunto a qué te refieres con que no lo sé todo sobre Lisardo.

Sonsoles reparó una vez más el jardín en el que estaba a punto de meterse si seguía por esos derroteros. Fue completamente consciente de ello. Y era tan tentador tener no una, sino dos cabezas de turco a quien colgar el muerto de una relación infructuosa más en su lista, que no fue capaz de dar el paso atrás que a todas luces debería haber dado. ¿En qué narices estaba pensando? ¿Creía acaso que podría recuperar el interés de Lisardo poniéndole palos en las ruedas de esa manera, a traición?

—Para empezar —Sonsoles se esforzó en mostrarse serena y convincente— nadie le toma realmente en serio.

Después se tomó una pausa para elegir bien las palabras que decir a continuación, aunque a ella misma le resultó obvio no haber sido tiempo suficiente.

—¿Te ha contado que fue el hazmerreír en la defensa de proyectos para el doctorado?

Dios, ¿el *hazmerreír*, Sonsoles? Tampoco hacía falta exagerar de esa manera, pensó.

—¿Es doctor?

La actitud de Sonsoles, cambiando la posición de sus brazos cada pocos segundos según la reacción de su hijo, le restó toda credibilidad a la firmeza que trataba de imprimir a las palabras que brotaban de sus labios.

—No es doctor. —Y añadió con cierta dosis de calculada inquina—: Obviamente.

A Nono no pareció resultarle importante aquel detalle.

—No me ha contado nada al respecto —objetó, repasando todo a su alrededor con la mirada sin verdadero interés en nada en particular.

—¡Plagió al director de su tesis! —A Sonsoles parecía molestarle aquello más a título personal que lo que podría haberle importunado a su hijo, que era el único afectado—. ¡A su propio director!

—¿Y?

—¿*Y*? —La cabeza apenas aguantaba a Sonsoles en equilibrio sobre su cuello—. ¿En serio me vienes con un *y*?

Vacía de argumentos, Sonsoles se sintió estúpida por volver a jugársela a una sola carta con un experto en lanzar balones fuera como era su hijo. El aire fresco del verano inundaba la cocina, creando un ambiente todavía agradable. Sentado en la banqueta de madera junto a la mesa, con sus piernas cruzadas de forma despreocupada, Nono dejó vagar su mirada por el jardín a través de la puerta holandesa, donde las hojas de los árboles danzaban al compás de la suave brisa. A su lado, la bolsa de galletas yacía vacía como un testigo mudo de su pequeño festín.

Miró el reloj de la cocina con desdén, como si el tiempo avanzara demasiado lento para su gusto. Sus ojos se desviaron hacia el fregadero, donde descansaban unos platos y cubiertos sucios que Sonsoles no había encontrado el momento de fregar. Los observó un instante, pero no hizo ademán de levantarse para lavarlos. Sonsoles le observaba expectante, esperando el siguiente desafío.

Siguiendo una melodía invisible, los dedos de los pies de Nono comenzaron a tamborilear en el suelo como tratando de marcar el compás de su respuesta. Se aclaró la voz, dándose una pausa antes de retomar la conversación, y respondió al infame intento de su madre por disuadirle de seguir confiando en Lisardo.

—¿Sabes cómo se sacó Alfonso Mejías su tesis doctoral?

Sonsoles no podía más con los aires de superioridad que se daba su hijo. Era superior a ella. Estaba al borde de pedirle desaparecer de su vida. Y cada vez tenía más ganas de ser ella quien le empujara por el precipicio.

—¿Quién es ese Alfonso Mejías, para empezar?

—Eso es lo de menos —Nono solamente conocía aquella historia de oídas, después de todo—. Mejías publicó una suculenta oferta de trabajo, solo apta para los candidatos mejor preparados. Una oferta de trabajo imaginaria, por supuesto. Un sueldazo,

competencias de astronauta... ¿y sabes qué puso como principal requisito para los aspirantes al puesto de trabajo que no existía en realidad?

Sonsoles negó con la cabeza.

—Enviarle sus tesis doctorales —respondió el propio Nono—. No importaba si estaban aún por terminar. Recibió proyectos de todo el mundo en infinidad de idiomas. Hay traductores gratuitos bastante aceptables, ¿los conoces? Pues no me preguntes cómo se las ingenió, pero acabó haciendo un refrito que resultó en una tesis de más de mil doscientas páginas. Usó un programa para cambiar unas expresiones por otras y fue presentándole todo a su director de tesis...

Mientras Sonsoles esperaba diligentemente, Nono le animó a pronosticar un desenlace:

—¿Qué dirías que pasó?

—Pues no lo sé, la verdad.

—¿Consiguió Mejías engañarlos a todos?

—Se habría engañado a sí mismo, para empezar.

—Sí, bueno. La tesis no le sirvió de mucho de todas formas. Es un culo de mal asiento. Creo que lo hizo para quedarse a gusto.

—Entonces, ¿qué me quieres decir?

—Un segundo. Por supuesto que no se sacó el doctorado. Su director de tesis vio de qué pie cojeaba desde que entró por la puerta de su despacho.

—Mira, me alegra saberlo.

—Sí, sí, pero con eso de copiar unos textos por aquí y por allá, se fue cociendo una idea en su cabeza. Una idea que supongo que debió de ser la leche. Y le fue dando forma. Y se lo debió ir creyendo. Y la madre que lo parió.

—¿Qué pasó?

—Lo último que supe de él es que fue nombrado por el MIT la persona más innovadora menor de treinta años de Europa.

Sonsoles sintió que todos sus esfuerzos serían en vano hiciera lo que hiciera. El nivel de choteo superaba ya todo lo permisible.

—¿A dónde quieres llegar?

Nono se alzó de la banqueta dispuesto a poner fin a una discusión que consideraba ganada por goleada.

—A que si el problema es que tu novio cogió unos textos de donde no debía...

Sonsoles lo tenía en bandeja para batirse en retirada y todo quedaría finalmente en un pequeño desliz sin mayores repercusiones. Y por desgracia para ella, lo único que podría disuadir a su hijo de seguir confiando en Lisardo tenía el calificativo de alta traición en los estamentos militares.

Aquel día Sonsoles parecía estar muy dispuesta a enfrentarse a un consejo de guerra si así conseguía disuadirle de distraer a Lisardo de lo que a ella más le importaba: consolidar una relación amorosa con él, o puestos a sincerarse con ella misma, con quien fuera.

Marcarse un «de perdidos al río» habría tenido un pase al tratarse de algo que una hacía sin ser realmente consciente de las consecuencias. Pero lo que hizo Sonsoles no fue exactamente un de perdidos al río, sino un «sé que de esta me gano el infierno, el odio eterno de mi hijo y con toda seguridad el rechazo de la única persona que parece apreciar mis rarezas».

—No hay ninguna universidad en Virginia —Sonsoles se inyectó una última dosis de autodestructiva debilidad y de falta de entereza—, ni un departamento de ciencias neuroconductuales ni nada por el estilo.

Eso sí era algo para tener en cuenta.

—¿Qué mentira es esa? —preguntó Nono contrariado, más desafiante siquiera que antes. Ya había tomado la precaución de buscar información sobre la Universidad de Virginia y le constaba su existencia.

—Esa universidad existe —dijo.

—Sí, claro que existe.

—¿Entonces qué me estás contando?

Sonsoles dejó caer una larga bocanada de aire por sus fosas nasales, vistió de gala sus palabras con una subida y posterior caída de hombros, y apuntilló su ataque de la mejor forma que pudo:

—Son cábalas mentales que Lisardo se monta en su cabeza.

Nono cedió el interés justo para satisfacer su curiosidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues eso, cábalas mentales.

Reinó el silencio momentáneamente.

—En su imaginación —continuó Sonsoles—, Lisardo se considera un importantísimo enlace con la Universidad de Virginia. Como digo, en *su* imaginación.

Nono reconoció para sus adentros haber visto algo particularmente llamativo en que aquel hombrecillo de aspecto tan inapetente afirmara ser el enlace con dos reputados científicos norteamericanos. No le dio más importancia en aquel momento. Se limitó a ignorar cualquier señal contradictoria que implicara pararse a pensar que todo aquello pudiera oler a farol. Había pasado sus últimos tres años de vida siendo un cabrón despiadado con cientos de personas, ¿cómo podría pensar que se la iban a colar a él? Pero ahora la situación era muy diferente.

Sogorb ya le había asegurado vivir por y para convertir su vida en un infierno, y lo último que necesitaba era ser el responsable de nada que pudiera pasarle al hijo de Luis Velasco por haberse metido donde nadie le había llamado. Así que ya podía ir disuadiéndole de seguir dándole cuartel al tema del renacimiento.

Nono dio por terminada la conversación con su madre. Le convenía curarse en salud advirtiendo a Luis Velasco de lo absurdo de continuar explorando cualquier idea que no saliera de un equipo médico, por mucho que esto contrariara el motivo de su reciente visita a su casa en Pontedeume.

Tras telefonearle un par de veces sin éxito, optó finalmente por dejarle un mensaje escueto y conciso en su buzón de voz: borra de tu cabeza todo lo que tenga que ver con la absurda idea de los renacimientos.

***

Luis regresó a su habitación después de terminarse el desayuno inacabado de Marc —siempre repetía de sus cereales favoritos, pero nunca le daba el estómago para tanto—, cuando vio una notificación en la pantalla de su teléfono de marca coreana. Tenía un nuevo mensaje de voz entrante. Activó el altavoz y acto seguido dejó el teléfono móvil sobre la pequeña cómoda de IKEA que hacía las veces de mesilla auxiliar junto a su lado de la cama. Escucharía el mensaje mientras guardaba en el armario la ropa limpia recién doblada de forma que la semana comenzara al día siguiente lo más fluida y organizada posible.

El escueto mensaje de voz que acababa de recibir de Nono hacía apenas unos minutos no decía gran cosa, sino más de lo mismo que se había encontrado al ir a visitarle el miércoles previo, cuatro días antes. Fue el particular tono en su voz lo que le dejó a Luis la sangre helada, clavándole sobre las tablillas transversales del parqué. Sumido en un mar de dudas, Luis comenzó a luchar con una gran percha de madera mientras trataba de colgar un pantalón de estilo chino de forma que las dos perneras quedaran bien alineadas. Se acercó hacia la mesilla, no a toda prisa, sino al paso de quien camina por el corredor de la muerte. Agarró su teléfono y activó la función de repetición, prestando esta vez más atención a las particularidades en la pronunciación de cada palabra de Nono en la grabación de su recién enviado mensaje. Sacudió la cabeza. Quería reiniciar su memoria antes de viajar al pasado en el buzón de su teléfono para escuchar un mensaje antiguo, uno recibido un par de semanas atrás. Después de pasar uno tras otro multitud de mensajes de voz sin la menor

transcendencia, llegó al mensaje al que estaba temiendo llegar.

Acto seguido, Helena entró en la habitación sujetando un cubo de plástico azul rebosando por los cuatro costados la ropa recién recogida del tendedero. La expresión en la cara de su marido no presagiaba nada bueno.

—¿Ha pasado algo?

Incapaz de ocultar lo que por todo medio hubiera querido borrar de la existencia, Luis solo pudo confesarse ante Helena:

—Nos la han metido doblada.

—¿De qué estás hablando?

Luis se tomó un momento para respirar y tragar saliva antes de responder. Lo que iba a contarle a Helena a continuación no era para tomárselo a la ligera.

—Hace un par de semanas recibí, ¿cuántas? Unas doscientas llamadas de un número desconocido, ¿recuerdas? También me llegaron otras tantas alertas de haber recibido mensajes de voz, aunque solo uno contenía un mensaje de voz como tal. Los demás apenas duraban unos segundos y colgaban casi de inmediato.

—¿Y bien?

—Era de una empresa de cobro de deudas. Bueno, en realidad era un tío llamando en nombre de una empresa de cobros de deudas, que a su vez llamaba en nombre de los bancos que nos han ido concediendo créditos desde que empezamos con los tratamientos.

Helena inspiró una profunda bocanada de aire y volvió a sacarlo de sus pulmones lenta y pausadamente. Sabía lo suficiente de empresas de recuperación de deudas como para entender que era lo último que necesitaban en sus vidas en aquel momento.

—¿Y qué narices quería?

—Meternos el miedo en el cuerpo, básicamente. No-sé-qué del BOE, de no volver a recibir un préstamo en la vida y otras tantas historias para no dormir.

Luis activó la audición del mensaje y le estrechó el teléfono a Helena, de forma que esta pudiera escucharlo de primera mano.

Helena escuchó el mensaje sin prestarle más atención que la justa y necesaria.

—Bueno, tú lo has dicho, ¿no? Historias para no dormir.

—Sí —Luis retrajo el brazo y comenzó a deslizar a toda velocidad la yema del pulgar sobre la pantalla de su teléfono—. Ahora escucha este otro mensaje.

Extendió nuevamente el brazo y colocó la salida de audio del teléfono a unos pocos centímetros de la sien de Helena, junto a la oreja que, haciendo de alzapaños, recogía su media melena. En

esta ocasión se trataba del mensaje de voz enviado por Nono unos minutos atrás.

—¿Te suena?

—Es la misma persona.

—Así es.

A Helena le resultó obvio que había algo más detrás de aquella coincidencia, algo que Luis trataba de decirle sosteniendo una mirada enigmática, casi conspiradora.

—¿Aún no caes?

—Pues no.

—Te doy una pista: ha estado en tu salón esta misma semana.

—¡Qué dices!

—Es el puto Nono, joder. Y su nombre real es Javier Garrido. Es él, joder, es el cobrador de deudas que me estuvo friendo a llamadas hace un par de semanas.

—¿Cómo sabes su nombre?

—El muy idiota me envió varios mensajes de texto amenazándome con esto y lo otro. En el segundo mensaje de texto olvidó quitar un hipervínculo antiguo, un enlace que quedó anclado a la última letra de una palabra, lo típico que queda confundido con un subrayado, ¿me explico? Pues ese hipervínculo, metido claramente por error, enlaza directamente a una carpeta pública de Drive con un porrón de documentos internos de su empresa.

—¿Has visto lo que contienen?

—A eso iba ahora. He sido precavido y lo he abierto en modo incógnito para que no rastree mi dirección IP, por si acaso, y no te lo vas a creer. Son expedientes disciplinarios de su empresa, Rekobra, por haber llevado a la práctica estrategias poco éticas para el cobro de deudas pendientes.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? Enviarte esos documentos, quiero decir.

—Querer no, pero viendo el tipo de mensajes que me envió en su momento, no me extrañaría que los redactara en su ordenador usando una plantilla antes de enviarlos. Seguro que copió un texto antiguo donde una palabra estaba enlazada a esa carpeta, que además es de acceso libre a quien tenga el enlace. Obviamente reparó en ello y procedió a borrarlo, pero olvidó eliminar el hipervínculo por completo y una letra quedó enlazada.

—Ha metido la pata pero bien.

—Si quería proteger su identidad, sí.

La revelación le sentó a Helena como un ultraje. La peor de las traiciones. Sintió cortársele el estómago. Aquel era el tipo de

noticias que solían provocarle desagradables mareos, haciéndole balancearse hasta el punto de necesitar tomar asiento.

—Y espera, que aún hay más. He investigado un poco, y la empresa de cobros para la que este tío trabaja tiene un marrón de los gordos encima. Le ha caído una demanda colectiva de cojones, pero todavía no hay nada decidido. Esta gente consigue salir indemne una vez tras otra. Y si no, fíjate en la impunidad con la que trabaja la gente como este Javier Garrido. El otro día, en su casa…

Helena abrió los ojos de par en par:

—¿Cómo que en su casa?

Luis le pidió dejar ese detalle para después, pero Helena le exigió una aclaración inmediata. Adoptó una postura corporal cerrada sobre sí misma, como un árbol cuyas propias ramas le hubieran envuelto para protegerlo de un temporal.

—Luis —insistió—, ¿cómo que en *su* casa?

El día de su visita, Luis había escuchado más de lo que Nono había supuesto de su conversación en el jardín con Velayos.

—Helena, escúchame por favor. Este tío está con la soga al cuello y me da que alguien de su entorno le está amenazando con tirar de la cuerda. Alguien de entre su propia gente, tal vez para salir airoso de una demanda que podría cerrarles el chiringuito de una vez por todas.

Ella estiró los brazos, apoyó las manos sobre el mullido colchón y, acto seguido, se sentó sobre la cama.

—¿Qué es lo que quiere de nosotros?

—Trabaja para una empresa de cobros, la más sucia de todas, así que espérate lo peor.

La conversación adquirió el ritmo de una procesión de Semana Santa, progresando fatigadamente entre la multitud de pensamientos que se agolpaban en sus respectivas cabezas.

—¿Y para qué montar todo este circo? Puedo entender las mil llamadas, los mensajes con amenazas, pero ¿qué necesidad de… de… de meterse en nuestra santa casa? ¿Qué necesidad de hacer algo así?

Decir que Helena estaba alterada era quedarse corto. Sentía traicionada su confianza, y dudó mucho de que realmente hubiera esperanza en el ser humano.

Luis la agarró suavemente de los hombros y trató de calmarla.

—Tranquila…

La habitación se le hizo diminuta a Helena, que no acertaba a saber si sentirse atrapada en un espacio finito le ayudaba a sentirse más a salvo de las amenazas que acechaban al otro lado o todo lo contrario.

Alzó la vista hacia su marido y con una mirada interminable, le rogó una solución que él no se sentía capaz de darle.
—¿Cómo me puedes pedir que esté tranquila ahora?
Pecar de optimista era siempre un arma de doble filo con Helena. Si algo detestaba en el mundo aparte de los impostores era la autocompasión. Aun así, Luis sabía que una lectura más detenida de la situación podría aportar otro punto de vista. Podía llamársele tomarse las cosas con filosofía.
—Mira. No alcanzo a entender qué es lo que este tipo quiere de nosotros. Sinceramente, no lo sé. Lo que sí sé es que hace una semana estábamos en un callejón sin salida y ahora sin embargo tenemos más opciones.
Helena recordó el episodio en casa de Sandra Pavones y cómo la madre de Luis les había sugerido la existencia de aquellos cuadros.
—¿Te refieres a unos supuestos cuadros escondidos desde hace setenta u ochenta años?
—Sí, joder. Lo más fácil es pensar que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para ayudar a Marc, ¿no es así? Lo fácil es acomodarnos en las leyes que rigen lo que conocemos y esperar lo mejor. Y también sé lo que es la vergüenza de haberse dejado llevar soñando con lo imposible y que, luego, para más inri, nos despellejen por ser unos ingenuos.
—¿Entonces?
—Se trata de Marc. Y te juro que si se confirma en algún momento la existencia de unos cuadros de incalculable valor escondidos en algún lugar mientras mi hijo abandona este mundo por no poder pagarle un tratamiento, no me lo perdonaré jamás. No lo haré. Tal vez me tire desde un puente o me cuelgue de un árbol.
A Helena le resultó particularmente chistoso aquel arrebato de heroísmo romántico en su marido.
—Tendrás que elegir una de las dos.
—Pues elegiré lo más doloroso.
—Eres un romántico.
Luis permaneció unos segundos en silencio, pensativo. Una idea empezaba a cobrar forma en su cabeza, pero no sabía si Helena se subiría al carro tan fácilmente. Decidido a dar el salto, Luis la miró con determinación.
—¿Guardaste el contacto del periodista?
—¿El que nos hizo el reportaje?
—Ese mismo —respondió Luis.
—Sí, supongo. En algún sitio debo tenerlo. Y si no, seguro que cruzamos más de un *e-mail* con él en su momento. ¿Por qué lo

dices?
—Tenemos el interés de la prensa, ¿no? Hemos salido en entrevistas y, qué coño, la cuenta de Instagram acumula cada vez más seguidores.
Helena hizo una diminuta reverencia.
—Si esta gentuza de Rekobra está en la cuerda floja —continuó Luis—, démonos el gustazo de ser quien les dé la estocada mortal, ¿no te parece?
Después se acercó hacia Helena y le meció el pelo que colgaba por detrás de su oreja. Ella dejó caer el peso de su cabeza hacia un lado, quedando esta descansando sobre la cadera de él. No podía creer que le hubieran abierto la puerta de su hogar al mismísimo diablo.
—Sé que esto suena exactamente a meternos en la cama con el enemigo —Luis le leyó el pensamiento—, pero ¿y si compartimos un objetivo común con este Javier Garrido, después de todo?
—¿Qué objetivo?
—No tengo la menor idea, pero te diré una cosa. La semana pasada, cuando vino a visitarnos acompañado de Sandra Pavones, el muy canalla no dejaba de hacer alusiones a nuestras deudas con los bancos, ¿recuerdas? Lo de los renacimientos era solo un pretexto, podría haber sido cualquier otra cosa con tal de hacernos renegociar nuestras deudas. Es como si necesitara librarnos de ellas más que nosotros mismos. Como si el que perdiera fuera él.
—¿Entonces?
—Este tío es un cobrador de deudas, probablemente de los mejores. Su empresa se enfrenta a una demanda colectiva brutal y le están chantajeando. Quizás quieran desviar la atención desentendiéndose de los métodos empleados por sus trabajadores y le están forzando a recuperar nuestras deudas… ¿a quién habrías elegido tú? ¿A un ludópata consumido por las deudas del juego? ¿O a una familia cuya situación particular ha salido a toda página en un periódico de primer orden?
Luis continuó con su explicación ante la mirada atónita de su mujer:
—Después, por alguna razón que desconozco, el chico pensó que podría ayudarse de otra manera a salir del apuro y ahora se le ha complicado el asunto por vete tú a saber qué razón…
Helena elevó las cejas, dejó escapar un largo suspiro y soltó exactamente lo que Luis estaba pensando en ese instante:
—¿Sabes una cosa? Creo que le tenemos cogido por los huevos.

Capítulo 26

Cárcel de San Esteban, 1937

Veinticuatro horas antes del asalto de los milicianos

—¿Justicia? —pronunciar aquella palabra carente de toda sustancia le sonaba extremadamente ridículo. Después de seis meses en la cárcel pendiente de su juicio, Alfonso Benavente había perdido toda fe en las promesas de la República por recuperar la dignidad en las prisiones. Los buenos propósitos de Largo Caballero —el peor en el bando de los buenos, según decían muchos—, se habían quedado en eso: en nada más que buenos propósitos.

Martín se mantuvo en silencio a la espera de conocer las verdaderas intenciones del preso al contarle todo aquello.

—Mira, Nuevo —aquel apodo representaba todo el ingenio del que pudo hacer gala el preso, hijo del famoso veterinario Víctor Benavente—. La justicia apunta hacia un lado u otro según sople el viento —continuó hablándole mientras le sostenía la mirada a Martín de forma desafiante—. Por si no te has dado cuenta todavía, aquí todos somos culpables hasta que se demuestre lo contrario.

Cuatro días compartiendo una celda común con otros tantos presos políticos resultó para Martín tiempo más que suficiente para ponerse al día del rumbo que había tomado la contienda en la capital en los últimos meses, por muy castigado que estuviera hablar de esos temas en la cárcel. La vida en una fábrica de artillería podía ser muy absorbente cuando uno se entregaba en cuerpo y alma a las labores de sabotaje, tanto como para perder la noción de lo que pasaba en el frente de guerra.

—El SIM, el DEDIDE… —continuó Benavente, demostrando una gran soltura en todo lo referido a una de esas cuestiones políticas que a Martín le resultaban absolutamente ajenas—, ¿crees que todo esto no es más que propaganda de las virtudes del sistema democrático?

Para poner freno a quienes intentaban tomarse la justicia por su mano, el aparato ejecutivo de la República acababa de instaurar dos nuevos órganos para castigar a quienes, como el Ángel y otros animales de la misma ralea, iban haciendo matanzas indiscriminadas por donde quiera que fueran: el Servicio de Información Militar y el Departamento Especial de Información del Estado, o dicho abreviando, el SIM y el DEDIDE. Pero la

contienda se había ido de madre hasta el punto de poder afirmarse que el país entero era un campo de concentración en sí mismo, con ambos bandos, el de los unos y los otros, cometiendo las mismas tropelías en nombre de sus respectivas causas.

—Lo único que sé —respondió Martín mientras miraba de un lado a otro como un periscopio, queriendo tenerlo todo controlado—, es que en una cárcel del bando contrario no estaría mucho mejor que donde estoy ahora.

Sentado sobre las frías baldosas del suelo, con su espalda apoyada contra la pared de la celda colectiva y las piernas cruzadas, Benavente observó una vez más la última foto de su familia al completo, padres y hermana incluidos, rozando la obsesión por alcanzar lo inalcanzable. Trataba de no dejarse derrotar por el impulso de la melancolía, un espinoso propósito sabiendo que difícilmente volvería a abrazarlos, a darles consuelo, a decirles que todo iba a salir bien. Los muros le habían convertido en un oportunista, y de aquel chico decente que disfrutaba de una vida acomodada ya poco quedaba.

—Eso no lo dirías después de unas vacaciones en la checa de Fomento —acertó a decirle el preso a Martín sin dejar de mirar la fotografía, que sujetaba por las yemas de sus dedos ennegrecidos tratando de no echarla a perder.

—¿Has pasado por allí? —le preguntó Martín. Todo el mundo conocía la checa de Fomento, al menos de oídas.

La pregunta arrancó la mirada de cuajo a Benavente, hasta entonces clavada como una estaca en los rasgos delicados de su hermana pequeña, en el solemne bigote de su padre y en la habitual elegancia de su madre.

—Por la checa de Fomento, quiero decir.

—Afirmativo —respondió Benavente—. Y no creas que tenían motivos para hacerlo. Aunque al menos pudimos verlo venir. —Y añadió—: Literalmente.

—¿Cómo literalmente?

—Vivimos… vivíamos —se corrigió Benavente muy a su pesar— en un piso enorme en la plaza del Callao, en plena calle Gran Vía.

Martín asintió.

—El balcón era…, bueno, para que te voy a engañar…, aquel balcón era una auténtica gozada. —El preso alzó la vista hacia el techo como si aquel gesto fuera a hacer más vivo el recuerdo en su memoria—. En los buenos tiempos solíamos salir a tomar el aperitivo mirando hacia la plaza de España, mis hermanos, mis padres, nuestros amigos… pero aquel día, la estampa en la Gran Vía era muy distinta. Pudimos sentirlo todos los presentes a los pocos minutos de salir a tomar el fresco a la balconada.

El preso amagó el gesto de caerse hacia adelante en un traspiés.

—A mi madre casi se le cae el vermut por la terraza al ver una tropa de milicianos quemando banderas al tiempo que subían hacia la plaza de Callao.

—¿Por qué?

—Ya, ¿por qué? Eso mismo dije yo. Ni que estuviéramos silbando la marcha real con un altavoz de diez palmos… En cualquier caso, y esta es una gran lección vital: cuando tu madre te diga que corras, tú échate a correr sin cuestionarla ni un solo segundo. Ya quisiera un perro de presa tener el olfato de una madre cuando sus hijos están en peligro.

Benavente buscó a su madre en la fotografía y amagó con acariciar su rostro sin llegar a entrar en contacto con el delicado papel de foto.

—A una madre no se le discuten estas cosas.

Sin duda, debió ser en ese preciso momento cuando el brindis al sol empezó a convertirse en una pesadilla para la familia de Benavente, pensó Martín.

—Esa misma mañana —continuó el preso—, los milicianos llamaron a la puerta armados hasta los dientes. «Tranquila, señora, que no les pasará nada», le dijo a mi madre una mujer que los acompañaba. Yo no tengo ni afiliación ni carné ni nada de eso. Igual que mi padre, que es veterinario. Y nos vienen con que «vosotros sois de derechas, que lo sabemos nosotros de buena tinta»… En fin, que esa misma noche me estaba confesando con otros cincuenta desgraciados en la checa de Fomento.

—Y de ahí hasta aquí —apuntilló Martín.

El preso no respondió ante lo que era evidente.

Benavente se vio inmerso en uno de esos momentos en los que, en medio de su sufrimiento, los presos hacían proyectos para un futuro ficticio en el que solamente creían tras engullir la cafeína y el aceite alcanforado que conseguían sustraer ocasionalmente de la enfermería.

—Te sugiero que vayas buscando buenos amigos aquí dentro, Nuevo, y que lo hagas cagando hostias.

Buscar protección era la primera lección en el manual del nuevo recluso, algo con lo que Martín ya contaba de antemano. Con los quinquenarios acechando al cobijo de las sombras y la posibilidad de una ronda de fusilamientos en cualquier momento, más le valía ponerse a forjar buenas amistades cuanto antes.

El preso Benavente alzó la barbilla y apuntó con el dedo índice hacia el techo señalando un pequeño ventanuco situado a unos

dos metros y medio de altura. Luego le ofreció subirse a su hombro derecho, propinándose una sucesión de pequeños golpes a la altura del deltoides con la mano contraria.

—Súbete y echa un vistazo, anda.

Apoyando su pie descalzo sobre el hombro huesudo del preso, Martín dio un pequeño salto para agarrarse del alféizar y, con un tirón de bíceps, aguantó arriba unos segundos durante los que alcanzó a echar una mirada hacia el exterior del presidio.

Se arrepintió en el preciso momento en que comenzó a notar el extremo final de la clavícula de Benavente clavándosele en la planta del pie. Miró hacia abajo y, desde la altura, haciendo equilibrio para no caerse de bruces contra el suelo, pensó el largo tiempo que debía llevar aquel hombre sin mirarse al espejo. Una reacción habitual en los presos al ser liberados después de largos periodos entre rejas era la de echarse a llorar al ver, por primera vez en mucho tiempo, su reflejo después del largo encierro.

Martín retiró el pie del hombro de Benavente y quedó colgando del alféizar, aún con fuerzas después de tres días de confinamiento. Un sonido seco emanó de la clavícula del reo, como una rama de encina partiéndose en dos mitades. El preso respondió con un repentino estertor lastimero que acompañó de un gruñido ahogado, presumiblemente disfrazado de falsa tolerancia al dolor. Dar muestras de debilidad podía resultar letal en la cárcel.

Aguantando el agarre, empezando a sentir dolor en la cara interna de los dedos de sus manos, Martín miró hacia abajo esperando no haberle partido un hueso.

El sonido sin embargo resultó ser una bendición para Benavente, quien sabía que un hueso roto bien podía significar una semana a cuerpo de rey en la enfermería.

—¿Lo ves al fondo? —le preguntó Benavente sin prestar atención al dolor punzante en la articulación de su hombro derecho.

Martín no alcanzó a ver nada reseñable en un primer momento.

—En la ensenada —apuntó Benavente tratando de estimular el riego sanguíneo alrededor de las tiras de carne mechada que eran sus hombros—. Montaña arriba, a unos quinientos metros. Suelen estar junto al Hispano-Suiza.

Martín consiguió mantener los brazos flexionados colgando del alféizar durante unos segundos más, aunque sus músculos empezaban a darle avisos de estar a punto de claudicar.

—Qué, ¿los ves ahora?

—Sí, los veo —respondió Martín después afinar la vista cerrando los párpados.

Como una barra de mantequilla derritiéndose bajo el sol, el sudor en las manos de Martín quebró rápidamente la solidez de su agarre, haciéndole soltar el alféizar de manera coordinada para caer al suelo de baldosas en una posición estable.

—Pues prepárate para verlos mucho más de cerca. Y por más cerca me refiero a aquí. —El preso se pegó la palma de la mano a la cara—. Ayer andaban pegando tiros a diestro y siniestro, ¿sabes lo que eso significa, Nuevo?

—Que están muertos de hambre.

—Eres listo, Nuevo. Eres listo. Por eso sé que sabes lo que te conviene. Están muertos de hambre y también están hasta los huevos de esperar que algo suceda en la retaguardia. Lo apostaría todo a que los tenemos aquí en menos de dos días. Y quizás aún menos. Te he visto hablar con el viajero —continuó Benavente—, pero déjame que te advierta que ese solo pelea para sí mismo. Ya lo viste con los quinquenarios. Tú lo que necesitas es un grupo fuerte, un grupo sólido.

Martín elevó las cejas. No alcanzaba a entender qué suerte de grupo «fuerte y sólido» podían formar aquellos presos, de los que la inmensa mayoría eran sacos de huesos que no valían ni para darle mal sabor a un caldo.

—Tenemos la fuerza bruta, tenemos las herramientas, tenemos la rabia de nuestro lado —recitó Benavente convencido, aunque a Martín le sonó más a lo que pondría en un panfleto propagandístico que a otra cosa—. Pero tienes que mover ficha, antes de nada.

—Estoy aquí dentro, ¿no?

—Mira, Nuevo… todo grupo es tan fuerte como el soldado más débil, ¿entiendes? Y mis hombres necesitan garantías de que estarás con nosotros hasta el final, ¿sabes por dónde voy? Esto no es un club social donde uno pueda entrar y salir a su antojo.

Y en eso tenía razón. La cárcel no era un círculo de amigos sobre el que pudieras pedir referencias antes de inscribirte. Tampoco era una sesión de *speed dating* en la que encontrar el *match* perfecto con los reclusos más afines para una relación longeva y saludable. Ni se impartían sesiones de *coaching* individualizado para entender las necesidades de cada preso: «Estoy buscando alguien empático, capaz de entender lo que siento sin la necesidad de tener que preguntármelo cada minuto…».

La cárcel eran lentejas. Rancias e insípidas lentejas.

Respecto a si debería confiar o no en Benavente, el preso idílico que le ofrecía protección a cambio de aumentar en número sus efectivos, Martín tenía que tomar una decisión crítica: confiar su

seguridad al colectivo o ignorar la oferta de protección e ir por su propia cuenta, como Medardo el viajero.

—... A mí me gusta pensar en nosotros como... —continuó Benavente, y gesticuló el caprichoso contoneo en el aire de una batuta imaginaria—... como en una orquesta. Una gran orquesta donde el menor desliz no puede tener cabida... ¿Me explico?

Sus labios fruncidos dejaron entrever dos colmillos vagamente alineados con el resto de las piezas dentales, seguramente afilados en un pasado no muy lejano, aunque ahora estaban romos de usarlos prácticamente para todo, desde abrir latas de sardinas hasta aguijonear brazos y piernas a base de feroces dentelladas.

—Y esos cabrones —apuntó con el dedo hacia el ventanuco, con la sonrisa ladeada y un movimiento espasmódico de cabeza—... esos cabrones no van a descansar hasta que corra la sangre en este decrépito y retorcido convento.

Por primera vez desde su arresto por parte de la columna, Martín sintió el reloj correr en su contra. «¿Quién me manda hacer nada por nadie? No, Martín... —se censuró a sí mismo—, hiciste lo que hiciste porque alguien tenía que hacerlo. Tu objetivo nunca fue llenarte el pecho de condecoraciones. Te dijiste una y otra vez que asumirías las consecuencias de tus actos, ¿no fue así?».

—¿Qué te quita el sueño, Nuevo?

—Si tal es, como dices, el riesgo de un inminente ataque...

Con un donaire suspicaz, Benavente elevó la barbilla y observó a Martín de los pies a la cabeza, como un sastre tomándole la medida a un nuevo cliente recién llegado a su sastrería.

—¿Y bien? —preguntó el preso.

—No lo sé —respondió Martín distraídamente, dudando seriamente de que una pequeña facción anarquista pudiera irrumpir en el presidio—. No te veo sentir la presión como sería lo normal ante una amenaza como la que estás tratando de venderme.

—¿Presión? ¡Eh, Taborda! ¡Este dice que si no sentimos presión por los de la ensenada! ¡Dile tú lo que es sentir presión!

Emergiendo de entre las sombras, el aludido se acercó hasta su altura y, poniéndose en cuclillas, reveló su rostro bajo la tenue luz que entraba por el ventanuco. Su mejilla izquierda parecía una operación estética coordinada por dos rottweilers hambrientos.

—El bueno de Taborda encajó un tiro en la cara en el 32, ¿qué cojones de presión me estás contando?

Benavente le dio unas palmadas en la rodilla y el soldado

Taborda volvió a sumergirse entre el pestilente olor de la multitud.

—No tienes que responderme ahora —añadió el preso al ver abstraído a Martín en sus propios pensamientos—. Puedes macerarlo en la sopa del mediodía.

Con actitud serena, Benavente comenzó a canturrear una cantinela inventada sobre la marcha:

—No te duermas en los laureles, moreno…

Acto seguido, imitó el vuelo errante de una mariposa despistada con su mano, revoloteando cada vez más cerca de Martín en una velada invitación a dejar correr el aire entre ellos.

—¡Tira millas, Nuevo!

***

Doscientos presos hacinados no daban apenas margen de maniobra para dejar correr el aire entre unos y otros. Esto chocaba de bruces contra las normas de la prisión, que prohibían expresamente formar grupos, pero al mismo tiempo también prohibían estar en sitios «indebidos», como junto a los ventanucos, única fuente de luz natural, o en lugares considerados de tránsito.

Se castigaba todo intento de formar amenas tertulias y aún más se castigaba cualquier conversación sobre cuestiones políticas. Nada de intentar comunicarse con el exterior por las ventanas ni de recibir mensajes o noticias de lo que se cocía más allá de los muros de la cárcel. En cuanto al respeto hacia los guardias, siempre debía saludárseles con el saludo establecido y levantarse al momento si uno estuviera sentado cuando aquellos pasaran. Demostrar la mínima nota de pereza al levantarse estaba generosamente retribuido con una ración triple de garrotazos por parte de los funcionarios. Según el turno que tocara, respondían a los nombres de Pérez, Contreras, Casado, Urquijo, Ochoa y, con mayor ensañamiento si cabe que todos los demás, de Pavones, el recién incorporado sargento de varas.

Los guardias se referían a este tipo de correctivo como a aplicar un *galvanizado* a los presos, por la galbana con la que algunos de los nuevos reclusos se tomaban las órdenes de los guardias. Hasta recibir la primera somanta de palos y acabar un tiempo en la enfermería, se entiende. El único de los guardias que parecía preocuparse en mantener el respeto hacia los presos respondía al nombre de Villanueva, aunque resultaba evidente el vacío que le hacían el resto de los guardias.

Para su propia desgracia, su aspecto tosco y rocoso difícilmente podía competir con una expresión jovial en su cara que tiraba

por tierra todo intento de resultar amenazante. Igual que Benavente, los guardias también eran de la opinión de que todo grupo era tan fuerte como su miembro más débil, y de la selección natural de Darwin también sabían lo básico.

La conversación con Benavente le dio que pensar a Martín. Caminando de vuelta hacia su catre se preguntó si no le convendría adentrarse en la zona común de la gran celda colectiva, ese espacio central en el que se arremolinaban los presos cansados de estar en sus catres metálicos, donde los quinquenarios confabulaban sin nada que perder y donde otros tantos esperaban, temerosos, su turno para ir a hacer sus necesidades.

Le quitó las ganas de hacerlo el simple hecho de reparar en el aspecto nauseabundo de todo a su alrededor, sin apenas más luz que el resplandor de unas pocas bombillas macilentas, sin un sistema de ventilación medio decente e invadidos por todo tipo de criaturas cuya proliferación se veía favorecida por el propio entorno: el orín sulfatando el ambiente, las heces incontenidas, el sudor rancio y los restos de comida putrefacta conformando un verdadero parque de atracciones para cualquier alimaña dispuesta a morir en el intento de pegarse un homenaje.

Cucarachas, tijeretas y otros artrópodos comunes salieron huyendo en una silenciosa estampida en busca de una grieta en la que ponerse a salvo cuando la puerta metálica de la gran celda colectiva comenzó a rugir como si anunciara un inminente apocalipsis. Era el momento de las *listas*.

Intercambiando miradas abyectas, los guardias Urquijo y Contreras asomaron al interior de la celda tapando histriónicamente narices y bocas con sus respectivas pañoletas, uno más entre los múltiples microcastigos psicológicos con los que los guardias se esmeraban en socavar la moral de los presos. Y aunque al principio lo conseguían, muchos de los presos ya se habían acostumbrado al hedor a base de bien y ni siquiera le daban importancia. Por eso los guardias se esforzaban tanto en buscar nuevas formas de sutil tortura psicológica.

Urquijo fingió una serie de sonoros tosidos, añadiendo uno más a su repertorio de microcastigos. Aunque Contreras reconoció la innovación de su compañero al momento, optó por no resultar redundante y se guardó para otro momento las ganas de imitarle. Sabía bien que la verdadera esencia de este tipo de castigos psicológicos hacia la población reclusa estaba en hacer que resultara natural, improvisado y siempre sutil. Como concepto, el microcastigo era demasiado tentador como para regularlo poniendo límites a su libre circulación.

—¿Cómo hostias aguantáis aquí dentro? —preguntó Urquijo a uno de los presos situados a su alrededor procurando hacerse escuchar entre los presos circundantes.

Como cada tarde sin excepción, los guardias procedieron a leer las listas con los nombres de los presos a los que se les prometía la libertad a cambio del pago de ciertas sumas de dinero. De entre todos los momentos desmoralizadores del día, el de la lectura de las listas se llevaba la palma, algo especialmente desmoralizador para aquellos reclusos que no tenían el dinero suficiente o que ni siquiera tenían la menor posibilidad de contactar con algún familiar o amigo que pudiera pagar las fianzas prescritas por los guardias. La amistad podía pagarse muy cara en tiempos de guerra, así que tocaba elegir muy bien las amistades.

En contra de lo que su actitud pudiera dar a entender, no todo eran cerebros de bellota entre los funcionarios de la prisión. Un servicio de inteligencia secreto formado por un grupo de guardias (ajeno a oídos del director Alcudia) dedicaba gran parte de su tiempo a averiguar a qué presos podían exprimir como naranjas. Era la competencia directa con la que se había encontrado el Ángel al entrar como sargento de varas unos días antes en el presidio, competencia que no tardaría en poner a Martín en el centro de sus ambiciones.

En el momento de las listas solía suceder algo parecido a los días en que había fusilamientos selectivos: la cárcel olía diferente, el aire tenía un regusto metálico cuyo origen nadie acertaba a explicar. El griterío habitual perdía enteros, se venía abajo en un par de notas sin una razón aparente, y los presos escupían más de lo habitual. Si se hubiera hecho un estudio en los momentos previos a la lectura de las listas, se habrían contabilizado más lágrimas que en cualquier otro día bañando las mejillas angulosas de los presos. Era algo anormal.

Mientras Urquijo sujetaba la primera lista sobre una tablilla, Contreras iba cantando los nombres en ella escritos, uno a uno, junto con el precio a pagar por recuperar su libertad.

Leyeron muchos nombres, más nombres de lo habitual. Se veía que el servicio de inteligencia había puesto a trabajar a sus mejores hombres, pueblerinos entre los que se encontraban conserjes, tenderos, amas de casa…, en síntesis, todo aquel que pudiera, a cambio de tres miserables pesetas, traicionar la confianza de algún vecino.

—¡Matarranz! —La cara de Urquijo al llamar a cada nuevo preso parecía la de un duende maleducado y consentido—. ¡Quién cojones es Liberto Matarranz!

No había signos de interrogación en aquellas preguntas de carácter imperativo, aderezadas con trazas de una sutil intimidación.

En función de lo bien o mal apadrinado que estuviera el preso de turno, se abriría en ese momento un círculo a su alrededor, un cerco acrecentado por el más absoluto egoísmo. Ni una vedette representando *Las mil y una piernas* ante su entregado público habría destacado más que la persona recién nombrada por los guardias.

En tono confidencial, los guardias le indicaron a Matarranz el precio de su libertad: «Por ser tú, dos mil pesetas».

—¡Y no nos mires así, hombre! —dijeron con sorna al batirse el pobre diablo en retirada—, que nos ha contado un pajarito que a los Matarranz no os cuesta llegar a fin de mes.

Aquel último microcastigo ponía al recluso en una tesitura difícil de asimilar: ahora, el resto de los presos creían que tenía dinero, su apellido pasaba a ser de dominio público y acababa de enterarse de haber sido vilmente traicionado por alguien de su entorno, siendo esto último lo más doloroso de todo.

—¡Velasco! —Urquijo siguió desgañitándose con la lista en las manos y el pulso firme—. ¡Martín Velasco!

Todos los presos comenzaron a mirar a su alrededor tratando de adivinar por dónde comenzaría esta vez a surgir un claro en la gran celda colectiva, de cuyo límite convenía apartarse a toda velocidad: nadie quería verse absorbido por la desdicha ajena.

Ser un completo desconocido en el presidio libró a Martín de convertirse en el protagonista de un nuevo cerco diáfano a su alrededor, lo que comenzó a generar en su lugar pequeños cercos independientes alrededor de quienes, por su aspecto, se postulaban como Martines Velasco.

—¿¡Me has oído, hijo de la gran puta!? —vociferó Contreras.

Urquijo llamó la atención de su compañero con voz trémula, troceando las palabras en porciones fáciles de digerir. Martín no formaba parte orgánica de la lista, sino que era una petición expresa del director Alcudia. Martín Velasco podía resultar ser el primo sin dos dedos de frente de la cuñada del director, así que convenía medir sus formas con él.

Contreras volvió a llamarle, ahora en un tono más comedido:

—¡Martín Velasco!

Martín salió de entre la multitud esperando ser informado sobre el precio de su libertad, que podía ser desde una cifra desorbitada hasta simplemente ridícula. Sabía en cualquier caso que sería una cifra imposible de asimilar para su familia y que lo único que conseguirían era ponerle en el centro de todas las

miradas.

Previa inmovilización por sus muñecas, Urquijo y Contreras lo sacaron de la celda sin darle más explicaciones después de dar por finalizada la lectura de las listas.

La primera sensación de Martín al abandonar la celda le cayó como un jarro de agua hirviendo derramándose por el cogote: el ambiente en el exterior de la mazmorra era aún más tenso que en el interior, formalmente incisivo y letal. La esperanza al vivir entre rejas iba acompañada de una adaptación paulatina a la rutina, iniciando desde un sentimiento de desolación para terminar con la eventual resignación esperando que ahí fuera, llegado el momento, el sol volviera a brillar. Pero este no parecía ser el caso en la cárcel de San Esteban.

En su camino hacia el despacho del director Alcudia, Urquijo y Contreras fueron intercambiando miradas silenciosas con el resto de los guardias que pululaban nerviosos por el corredor del segundo piso. La expresión contrita en los ojos de estos, su forma poco resuelta de caminar y sus pupilas ganando enteros al color de sus ojos hacían evidente que los demás sabían algo que los dos guardias que custodiaban a Martín ignoraban por completo.

Cuando había sacas selectivas en la cárcel, los funcionarios solo estaban a salvo hasta cierto punto. Muy rápidamente podían acabar recibiendo su respectiva ración de plomo. Una enseñanza de hermano mayor cobraba aquí todo el sentido: jamás te acerques a curiosear en una pelea o acabarás recibiendo tu merecido. Los funcionarios más espabilados se lo tomaban al pie de la letra. El otro tipo de funcionarios, el de los inconscientes, el de los que anteponían la integridad de los presos frente a la suya misma, el de los héroes que plantaban cara a los insurgentes, ese era el tipo de funcionarios que a menudo acababan pagándolo caro. Huelga decir lo mucho que escaseaban este tipo de funcionarios y lo mucho que abundaban los primeros.

Caminando inmediatamente detrás de Martín, Urquijo y Contreras llegaron hasta el antiguo auditorio, espacio que había hecho suyo el director Alcudia como centro de operaciones. La puerta estaba cerrada, algo poco habitual dada la sensación de cercanía que el director se empeñaba en transmitir a sus subordinados.

Nacido en Sevilla, hijo de un ferroviario y de una empleada de la fábrica de tabaco, el director Alcudia tenía los ojos extrañamente elevados sobre la altura de las orejas (más bien poco separados entre sí). Sumándole su peculiar nariz, que tenía la fisonomía de un triángulo isósceles, el conjunto recordaba a la forma de una balanza de la justicia, convirtiendo sus cejas en el

brazo superior de esta.

Después de probar suerte en el mundo del toreo, el joven Alcudia se había ido dejando seducir por la política, ganándose enemigos entre los de su propia ideología por su particular respeto hacia los partidarios del bando contrario. Con él había nacido un nuevo y raro espécimen: el miliciano humanista dispuesto a proteger a las personas por encima de los colores, un auténtico *rara avis* en tiempos de guerra.

Aunque había tenido la ocasión de entablar estrecha relación con todo tipo de animales a lo largo de su defensa de la libertad, pocos le resultaban tan dignos de su respeto y admiración como el toro. Pocas cornadas le habían resultado tan dolorosas a lo largo de su corta carrera como torero como cuando decidió defender sus ideas políticas. A sus cincuenta años recién cumplidos, el director Alcudia era un superviviente de tres intentos de asesinato, probablemente pertrechados por los de su propio bando. Un puñado de hijos de puta con ganas de ir pegando tiros como los que andaban armando jaleo en las inmediaciones del presidio no le iban a quitar el sueño.

Urquijo llamó a la puerta varias veces seguidas sin obtener respuesta alguna. Pasados unos largos segundos, el director Alcudia abrió la puerta y les instó a entrar en el despacho.

—¿Qué cojones os pasa a vosotros dos? —dijo el director, y volvió caminando a su escritorio con la mirada perdida en sus propios pasos.

Alcudia llevaba siempre un arma encima. A veces se le notaba más y a veces se le notaba menos, pero ahí estaba su arma de cinto formando parte de su atuendo habitual. Nunca había considerado, por otra parte, que fuera necesario llevarla cargada, de forma que podía estar tranquilo sabiendo que no sería él quien cometiera una estupidez de la que arrepentirse más tarde.

—Martín Velasco, señor —dijo Contreras, y lanzó a Martín hacia delante de un empujón completamente innecesario.

Alcudia no era ni de lejos la persona más sutil en el uso de la comunicación no verbal. Al contrario, si hubiera querido retirar de su vista a dos de sus más serviles subordinados, jamás lo habría hecho barriendo una motita de polvo imaginaria en el aire con los dedos de una mano. Habría volcado la mitad de su pesado cuerpo sobre su escritorio agitando el brazo por todo lo alto, derrochando la entrega de un hombre expansivo y contumaz como él solo.

—Vale, vale, se entiende quién es este hombre, largo ya de aquí, por Dios. Urquijo, Contreras, ¿es que no tienen nada que atender?

Ambos permanecieron en silencio, ¿a qué se refería el director exactamente? Podían seguir chantajeando a los presos, buscando informantes, etc., ahí había faena para rato. Aunque probablemente se refiriera a otro tipo de menesteres, así que los dos funcionarios se limitaron a dejar al director despacharse a gusto con Martín. Después solo tendrían que encontrar el momento justo para largarse de allí sin hacerse notar lo más mínimo, o al menos esa era su esperanza.

—Tengo doscientos hombres hacinados en el espacio propio de una boda pretendidamente íntima —les increpó el director, y el aspecto de los dos funcionarios se volvió repentinamente beato y gazmoño—. Joder, ¿no pueden, por ejemplo, tratar de agilizar los trámites para la conmutación de las penas?

Por la expresión en sus dilatadas facciones propias del calor en el interior del presidio, Urquijo, Contreras y Martín debieron pensar exactamente en lo mismo: que las bodas íntimas no existían.

Escrutando a sus esbirros con una mirada silenciosa y llena de estupefacción, Alcudia les dijo:

—¿Para qué cojones vienen ustedes dos cada mañana, si puede saberse? ¡Cojones, Urquijo! ¡La mitad de esos pobres hombres no han tenido ni siquiera el beneficio de un juicio justo, joder! ¿Qué hacéis paseándoos por aquí como si esto fuera un mercadillo de domingo? ¡Esto es la cárcel, señores, no el Rastro, la madre que os parió!

***

Después de unos discretos saludos a la velocidad del rayo, los dos esquivos funcionarios emprendieron el camino de vuelta hacia el exterior del despacho dando un pequeño paso tras otro, caminando marcha atrás con la cabeza gacha como dos huidizos cangrejos en la playa. El director Alcudia extendió la mano apuntando hacia la vieja silla de madera situada frente a su escritorio.

—Por favor, Velasco —dejó que su respiración recobrara su ritmo normal—, tome asiento.

Una serie de carteles del mundo de la lidia trataban de darle algo de personalidad al improvisado despacho: Esparterito, el rey del acero reconocido por sus formidables volapiés, y un barbilampiño Antoñete Iglesias con aspecto de mozo de almacén que deslumbraron en la plaza de toros de Toledo le guardaban las espaldas al director. Y a ellos confiaba con fe ciega su amparo y protección.

Con pausada calma, Alcudia extrajo del cajón uno de los

pesados libros de registros, gruesas bitácoras que contenían toda la información sobre los presos recién incorporados. Con el ceño intensamente fruncido, hizo mediar distancia entre el final de su nariz y las páginas del libro de registros y buscó la ficha carcelaria de Martín entre los ingresos más recientes.

—Su ficha viene lo que se dice pelada, Velasco… —murmuró el director sin despegar la vista de la ficha, mirándola por delante y por detrás como si fuera a llenarse de jugosos antecedentes por el simple hecho de voltearla una y otra vez.

Martín se limitó a esperar a que el director le revelara el motivo de su llamada. Contra todo pronóstico, su oportunidad de salvar el pellejo se le presentaba mucho antes de lo esperado. Tenía que aprovecharla pese al riesgo de recibir un severo castigo por el simple hecho de querer limpiar su nombre.

El director Alcudia soltó la ficha de ingreso en prisión de Martín como quien se despega una hoja seca del zapato y la deja echar a volar movida por la corriente de aire.

—¿Cuál fue el motivo de su detención?

Aunque era una pregunta delicada, Martín confiaba en que manejarse con el director de un centro penitenciario no podía dársele del todo mal después de haberse desenvuelto durante cinco años con un coronel del ejército en la fábrica de explosivos.

No pasó inadvertida para Martín la temática taurina, campo de conocimiento que decidió usar en favor de ganarse la simpatía del director sin tiempo para sopesar sus pros y sus contras.

—Tomar el chiquero equivocado, señor —acertó a responder tratando de sacar rédito de lo poco que sabía sobre terminología taurina—. Ese fue el motivo.

El director Alcudia alzó la vista movido por una repentina curiosidad. Tenía un rictus más bien tirando a crispado en su expresión, una ligera inclinación en su cabeza hacia un lado y las comisuras de sus labios apuntando hacia el suelo de forma poco amigable.

—Así que tenemos un pico de oro entre nosotros —resolvió el director con desgana antes de volver a fijar su mirada en la ficha de ingreso.

Martín trató de disimular su desconcierto con una sucesión de toques de mentón, pelo y orejas totalmente involuntarios. Después de tres largos días de severa restricción calórica desde su ingreso forzoso en la prisión, el hambre había empezado a provocarle un significativo dolor a la altura del estómago, y la molesta sensación en sus vísceras de estar pegándose las unas con las otras no contribuía a sobrellevar el largo ayuno del día y de la noche.

De nuevo, la mirada atenta del director Alcudia clavada en Martín. ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Qué es lo que quiere?

—Voy a preguntárselo de nuevo, Martín—le llamó por su nombre de pila con astuta familiaridad—, aunque lo haré de una forma ligeramente diferente en esta ocasión.

Martín asintió con la cabeza en una sucesión de oleadas cada vez menos pronunciadas hasta quedar finalmente estático.

—¿Cuál cree usted que fue el motivo, insisto, de su detención?

Aquel rictus en el rostro de Alcudia no dejaba espacio para la duda. Ese rictus venía a decir que no era momento ni lugar para andarse con juegos de palabras.

—Armar misiles en la fábrica del Huétor, señor.

Alcudia resopló sonoramente por sus inagotables fosas nasales.

—Ahora nos entendemos.

El director del presidio comenzó a resultarle a Martín un punto más soberbio y desdeñoso de lo que se había figurado al verle meter en cintura a los dos funcionarios unos instantes atrás.

—¿Ve cómo no es tan difícil?

De perfil, con una expresión circunspecta en la cara, cualquiera habría dicho que, con profunda pena en su mirada, el maestro Antoñete Iglesias no hacía siquiera el menor intento de sonreír mientras posaba para un cartel que ahora decoraba los muros del viejo convento convertido en cárcel.

Tampoco sonreía Martín, y aún menos sonreía el director Alcudia. LA CORRIDA EMPEZARÁ A LAS CINCO EN PUNTO. Martín dejó vagar la mirada por los textos de los carteles taurinos, uno después del otro.

—Ahora, dígame —continuó el director—, ¿qué podría en este mundo empujar a un buen hombre a trabajar armando misiles destinados a combatir contra la República?

—No me empujó nada, señor. Me limité a seguir trabajando cuando…

El director le cortó entre grandes aspavientos antes siquiera de darle a Martín la opción de terminar la frase.

—Cuando se encontró arrollado por el nuevo régimen… claro, claro… cómo si no hubiera trabajos en el mundo para un joven seguramente…

Alcudia interrumpió bruscamente sus propias palabras para comenzar a quejarse por la falta de detalle en los trabajos de admisión de los nuevos presos, y después volvió a revisar compulsivamente la ficha de ingreso por ambos lados sin acabar de dar crédito.

—¿Se puede saber quién cojones le ha registrado el alta a este individuo? ¿Y por qué no incluye ni una sola referencia

mínimamente útil para este abnegado director?

Después de unos segundos indignado, negando con la cabeza de lado a lado, el director Alcudia hizo memoria y continuó con lo que venía a expresarle a Martín.

—... seguramente, decía yo, como si no hubiera trabajos para alguien tan bien preparado como usted, ¿verdad?

—Es todo lo que sé hacer, señor. —El maldito taburete, incapaz de mantenerse firme y estable—. Me preparé concretamente para eso, señor.

—No, no, no —respondió agitadamente el director—. No me venga con esas, Velasco, no me ningunee delante de mi gente.

El director se refería, aunque no de forma tan evidente como para que cualquier otra persona más que él mismo pudiera entenderlo, a Esparterito, a Antoñete Iglesias y a los demás valientes toreros que adornaban la pared con sus trajes de luces apagadas.

—El hombre resuelto no se prepara para esto o lo otro, o lo de más allá, no... La vida no es un mercadillo de ocasión donde uno elige libremente lo que le apetece. El hombre resuelto es una esponja que absorbe, ¡que se nutre! —exclamó Alcudia con la pasión de un orador, con su dedo índice anillado apuntando hacia el techo ruinoso del pequeño auditorio—... que se nutre de todo lo que le rodea para enfrentarse a toda la suerte de retos que este miserable, ¿no le parece, Velasco?, miserable, sí, pero a la vez hermoso mundo, se le antoje ponerle por delante.

Quizás con el estómago a punto de estallar después de un buen plato de cocido, él también lo habría visto así. Pero no era el caso para Martín. Su por el momento breve estancia entre rejas había sido más que suficiente espera para hablar con alguien que firmara de una vez su puesta en libertad. No había que saber sumar dos más dos para entender que su trabajo en la fábrica había sido lo mejor que podía haberle pasado a la República.

—Señor —Martín moduló en su voz el tono firme y lacerante de quien se siente, con buenos motivos para ello, ultrajado hasta la médula—, créame cuando le digo que no entiendo lo que pinto aquí.

—Sinceramente, Velasco, yo tampoco lo entiendo. Pero aquí tenemos un procedimiento, y hasta que no pueda contrastar las dos versiones de la historia...

—¿A qué historia se refiere, señor, si me permite preguntarle?

—De su implicación en la fabricación de toneladas de explosivos que habrán segado incontables —hizo gravitar su voz alrededor de lo solemne— e inocentes, sí, inocentes vidas en el frente de batalla.

—Señor, explosivo que ha pasado por mis manos, explosivo que ha sido manipulado de una forma u otra para no hacerle daño a nadie.

El brillo en los ojos del director pareció viajar entre las partículas de polvo que pululaban suspendidas en el aire del auditorio.

—Vaya, vaya… así que va a ser usted.

No había que tener dos dedos de frente para intuir lo rápido que viajaba la información entre los muros de aquel flatulento presidio.

—Y, dígame, Velasco, ¿tiene alguna forma de demostrarlo?

Sí que tenía varias formas de demostrarlo, aunque dadas las circunstancias, todo dependía de las ganas que el director tuviera de creerle. De su último encuentro con el coronel Píbode en su despacho sabía de primerísima mano que el mismo general Franco había enviado un ultimátum a la fábrica del Huétor para poner fin al envío de explosivos defectuosos al frente de batalla. También podían preguntar a sus enlaces en el frente, donde alguna de las notas que él mismo había introducido en cientos, si no en miles de artefactos, debía haber llegado a los ojos de algún artificiero. Quizás incluso algún periódico se hubiera hecho eco del hallazgo de los misteriosos mensajes de ánimo dentro de los explosivos manipulados para no explotar. *El Socialista*, por ejemplo, ¿no querría un periódico como aquel rendir homenaje al hombre que decidió arriesgar su vida para animar a los soldados? Y, además, de aquella espectacular forma. Enviando proyectiles que causarían una tremenda alegría entre las tropas al observar en su interior ese mensaje de confraternización de un ángel de la guarda infiltrado en las filas del bando contrario.

Aquello no era más que pura especulación aderezada con fantasías propias de la privación de libertad. Hasta la fecha, Martín no había recibido indicio alguno en tal sentido y, quizás, después de todo el esfuerzo, nadie hubiera encontrado ni uno solo de los mensajes que, jugándose la vida, había introducido en aquellos proyectiles antes de ser sellados, empaquetados y enviados al frente.

Martín trajo a la memoria la llamada recibida por el coronel Píbode el día de su huida de la fábrica de explosivos.

—¿Le parece prueba suficiente una carta del mismísimo general Franco poniendo al director de la fábrica de vuelta y media por el envío de explosivos defectuosos al frente?

En realidad, el mensaje no iba dirigido expresamente al coronel Píbode, sino que había sido una queja general dirigida al conjunto de fábricas de artillería controladas por el bando

nacional.

El director carraspeó, algo tan poco propio en él que al mismo Martín le resultó fuera de lugar. Probablemente el mismo Alcudia supiera lo absurdo de la pregunta que estaba a punto de formular.

—¿Tiene usted una copia de esa carta?

¿En qué cabeza cabía que él tuviera una copia de esa carta? Además, siendo puristas, no había sido una carta como tal, sino una llamada.

Cuidándose de no meterse de lleno en terrenos de aguas movedizas, Martín respondió lo más honestamente que pudo:

—No, señor.

—Pero el caso es que usted lo sabe, ¿no es así? La queja del jodido Francisquito —puntualizó Alcudia con retintín—. O dice saberlo.

Aunque las palabras del director desprendían cierto recelo, Martín no las percibió como intrínsecamente malintencionadas

—Sí, pero una cosa es saberlo y otra bien distinta es tener un documento físico que jamás pasó por mis manos.

—¿Y quién dice usted que podría dar fe de sus… manipulaciones?

—El coronel Ramiro Píbode, señor.

La onda expansiva provocada por la larga exhalación de aire que dejó escapar por su nariz el director llegó rápidamente hasta Martín. No le resultó un buen presagio en absoluto.

—Lamentablemente, Velasco, el coronel no va a poder resultarle de gran ayuda a nadie de un tiempo a esta parte.

En silencio, el director elevó el puño de su mano izquierda hasta la altura de su nuez, hizo saltar el dedo pulgar y recorrió acto seguido su garganta de lado a lado rozándola con la uña.

De una forma u otra, el coronel Píbode había acabado pagando el precio de su mano izquierda, el precio de su buena fe. Y todo por su culpa, por haberse dejado engatusar por la sensación de victoria que le causaba toda la confianza que el coronel le había concedido para hacer de su capa un sayo.

—Martín, créame cuando le digo que yo quiero ayudarle.

La expresión en la cara del director resolvió la sentencia antes de que lo hicieran sus propias palabras.

—Pero tengo que poner algo aquí antes de firmar su libertad —continuó, y demostró su firme determinación propinándole un seco golpe de nudillos al libro de registros—. Aunque me pese, y créame que me pesa en la conciencia tenerle en confinamiento un solo día más, sea lo que sea lo que finalmente pongamos en su ficha, debe estar mínimamente contrastado.

Alcudia cerró el libro de registros con la goma que su propia portada tenía engarzada de alguna manera, abrió el cajón bajo su escritorio y lo guardó en aquel antes de cerrarlo de un fuerte y sonoro empujón.

—En otro orden de cosas —continuó seriamente Alcudia—. No he podido pasar por alto el interés particular de uno de los nuevos guardias en usted, ¿sabe a quién me refiero?

El director esperó con atención la reacción de Martín.

—Oh, claro que lo sabe —dijo—. La expresión en su cara me acaba de confirmar todas mis sospechas.

¿Estaba tratando el director de la prisión de llevárselo al huerto?

—Lo que me pregunto es a qué puede deberse este interés tan… tan… recalcitrante. ¿Tiene usted alguna idea, Martín, de por qué este tal Clemente Pavones podría querer convertirse en su sombra sin ninguna razón aparente? Déjeme explicarme. Del total de doscientos desgraciados entre los que elegir para hacer lo que haya venido a hacer aquí, que dista mucho de ofrecer su ayuda desinteresada a la causa, que eso ya lo sé yo, pues de todos ellos, fíjese que solo parece estar interesado en usted.

Martín titubeó antes siquiera de pronunciar palabra.

—¿Y bien? —le preguntó Alcudia con el ceño fruncido—. ¿No le parece, cuando menos, sospechoso?

—Pues depende de quién sospeche usted. Si es de mí de quien sospecha, sepa usted que yo no tengo nada que ocultar.

«Sabe algo. Este alcaide canalla sabe algo. Después de jugarme la vida de sol a sol, ¿así me lo van a reconocer? Me llevo a la tumba el secreto, si hace falta, ¡rastreros!».

—Me refiero a que no me extrañaría que este personaje tuviera su propia agenda para conseguir algo de usted, ¿me sigue, Martín?

El director Alcudia podía saber mucho más de lo que pudiera parecer en un primer momento, así que Martín optó por mantenerse firme en la negación y esperar que todo fuera un farol.

—Seguirle, le sigo —respondió—, lo que no entiendo es a dónde quiere llegar hablándome con paños calientes.

Con la gracilidad de una mantis religiosa, el director Alcudia se reclinó hacia adelante, apoyando el peso de su cuerpo sobre los codos, quedando estos bien clavados sobre su escritorio. Entonces, juntó las manos frente a su boca y comenzó a dar inocuas palmaditas con aire pensativo.

—¿Sabía usted que antes de acabar en esta pocilga, aquí donde me ve, monté yo solito un centro para la protección del pueblo

en el palacio del marqués de Viana?

Aquella era la primera noticia que Martín tenía al respecto.

—Veo en su expresión, Martín, que no es lo que esperaba de un tipo como yo, ¿me equivoco? Pues déjeme que le cuente algo. Por el centro para la protección del pueblo paraba gente de lo más variopinta. Buscando refugio, sabe usted. Y se lo dábamos, créame que se lo dábamos a quien realmente lo necesitaba.

No es que Martín no le creyera, más bien no sabía a dónde quería ir a parar el director con aquel arranque narrativo.

—Oficiales del ejército, falangistas, pequeños industriales, funcionarios de prisiones, ¡hasta curas! Nómbralo y seguro que le dimos un salvoconducto.

—Eso es lo que sucede en la guerra, ¿no?

—No, hijo, no. Eso es lo que sucede cuando la violencia muerde el corazón de todos sin hacer distinciones de ningún tipo.

El director postró sus antebrazos desnudos sobre la mesa, desnudos tanto en sentido literal como figurado. Apenas los cubría una imperceptible capa de pelo grisáceo de aspecto veraniego, ligero, adelantado a su tiempo dadas las pelambreras que se estilaban por norma general. Después de una breve pausa teatral, Alcudia continuó hablando del palacio en el que había organizado el centro para la protección del pueblo:

—Aquel palacio era..., bueno, se trataba indudablemente de un lugar especial —recordó el director dejándose llevar por un momento de ensoñación—. Hicimos inventario de la colección de obras de arte del marqués... el marqués de Viana, quiero decir. Y ya puede usted figurarse su alcance..., estatuas... ¡oh, Afrodita, con ese cuerpo tan eróticamente velado! La armadura del conde duque de Linares, daba gusto verla resplandecer..., y esos Goya, y esos Zurbarán, y los Rivera... ¿Ha tenido algo así ante sus propios ojos, Martín?

—En museos, supongo.

—Claro, claro —repitió el director a la velocidad del rayo—, en museos, como todo el mundo, porque ¿dónde si no?

Martín se encogió de hombros.

—Enviar todo ese material y, además, tan delicado, al exilio, pues sepa usted que no deja de tener su enjundia, un problema tras otro, ¿sabe? ¿Se lo puede imaginar?

—Difícilmente.

—¡Difícilmente! —El director constató la respuesta de Martín de forma explosiva, solapando una palabra con la otra, guante sobre guante—. ¿Verdad que sí? Difícilmente —constató una vez más, añadiendo ligeras trazas de aspereza en su voz, ahora cargada de solemnidad—. Esos cuadros al óleo no maridan bien con la

humedad, ni con el polvo, ni con el paso del tiempo… y no resulta fácil encontrarles acomodo suficiente como para dejarle a uno la conciencia tranquila cuando se le ha encomendado la misión de protegerlos con su vida.

Que se lo dijeran a él, pensó Martín, y dijo, acto seguido:

—Verdades como puños.

El director le miró con un repentino gesto de sorpresa.

—¿Ah, sí? —dijo escuetamente, aunque lo que quiso expresar fue en realidad un «¿Es que sabe usted algo del tema?».

Martín se arrepintió al momento de haber abierto la boca cuando podía haberse limitado a asentir con la cabeza como había hecho hasta el momento sin merma alguna en su credibilidad. ¿Verdades como puños? ¡Dios!

Martín se reprochó no haber pensado mejor su respuesta. Puestos a no decir nada, podía haber elegido cualquier otra expresión que no le confirmara tan explícitamente al director su conocimiento de los problemas habituales al almacenar, manipular y transportar obras de arte antiguas.

—Entonces, dígame, Martín, ¿sabe de lo que le hablo?

Martín trató con torpeza de corregir su infortunado movimiento, cayendo en la trampa de verse obligado a reconocer lo que nadie medianamente sensato querría reconocer ante la persona de la que dependía su libertad: que se le está dando la razón como a los tontos.

—Usted ya me entiende, señor.

—¿Está siendo condescendiente conmigo, Velasco?

—En absoluto, señor.

—Pues esa no es la impresión que me está dando, ¿sabe usted, Martín? ¿Sabe qué impresión me está dando? Me está dando la impresión de que usted tiene algún as en la manga, de que sabe más de lo que deja entrever. ¿Hay algo que deba saber antes de continuar esta conversación? Porque si vamos a jugar a los secretos y a las medias verdades, le advierto que no soy el más indicado para este tipo de juegos.

***

La dificultad para arrancarle la menor expresión de alegría al director Alcudia resultaba desalentadora para un tipo como Martín, acostumbrado a sacarle sonoras carcajadas a un coronel del ejército del bando nacional. ¿Estaba jugando al gato y al ratón? ¿O era habitual en el director Alcudia este tipo de desencuentros con la población reclusa?

Quizás otro tipo de persona con menos tolerancia ante el desacato habría ido más directa al grano, pero no era el caso del

director Alcudia. Que toda corrida acabara en la inevitable muerte del toro no era excusa para acelerar el proceso, ni siquiera para tenerle una pizca menos de respeto al animal.

El director rebuscó entre los papeles que había repartidos sobre su escritorio y sacó de entre aquellos el negativo de una fotografía, de gran tamaño y con espacio a su alrededor por sus cuatro costados. Se trataba de un autorretrato, en uno de cuyos laterales podía a duras penas leerse una dedicatoria y lo que parecía un escueto poema. Lo contempló absorto durante unos instantes, lleno de orgullo y añoranza de unos tiempos pretéritos que ahora le parecían estar en un guardarropía lleno de hermosas prendas de una talla diferente a la suya.

Aquel negativo le recordó a Martín uno de esos «avales» de los que le había hablado el director unos instantes atrás, de los que decía conceder a individuos de los dos bandos en el consabido centro para la protección del pueblo. La dedicatoria impresa en él estaba escrita junto a la identidad de un sujeto cuyos apellidos compuestos iban sobrados de pompa. Saltaba a la vista la calidad de la fotografía, claramente tomada en un estudio como el de su padre.

Alcudia le acercó a Martín el negativo arrastrándolo sobre el escritorio, lenta y pausadamente. Sin prisa. No había por qué apresurarse: el toro no saldría de allí por su propio pie salvo en caso de ganarse el merecido indulto por su bravura, nobleza y entereza.

—Fíjese bien, Martín.

El director siguió con mucha atención el repaso visual que Martín empezó a hacer del negativo.

—¿Qué es lo que más llama su atención? —le preguntó Alcudia transcurridos unos segundos de cortesía.

Su pronunciado peso, su aspecto inacabado, los tonos grisáceos exentos de toda vitalidad… Martín podía haber mencionado al menos media docena de detalles irrelevantes que le habrían ayudado a hacer pasar desapercibido su conocimiento de lo que diferenciaba una buena de una mala fotografía en negativo. No en vano, ya en el colegio, Martín era el niño rarito que —cuando le era permitido— pasaba las tardes rodeado de la amalgama de productos químicos y utensilios que, en la misteriosa cámara oscura, permitían a su padre preparar las placas fotosensibles para revelar después las imágenes que sacaba para sus clientes.

Pero en aquel momento, delante del director Alcudia, con la apariencia de sabelotodo de este, Martín cayó en el imperdonable error de dejar que fuera su ego el que hablara por él.

Cogió el negativo y lo observó detenidamente en busca de una

inscripción en el borde de la placa, donde no tardó en reconocer la palabra NITRATO impresa. Después se acercó el negativo a la nariz e inspiró dos o tres veces seguidas. No de forma profunda, sino más bien de forma entrecortada.

Tal como había supuesto, el característico olor a ácido nítrico le confirmó un incipiente estado de deterioro en el negativo.

Después lo dejó de nuevo en el escritorio, cuidándose de no contribuir más a su deterioro.

—Le sugiero guardarlo en un cartón libre de ácido —observó Martín.

El director Alcudia asintió esperando una explicación detallada, y Martín no iba a perder la ocasión de darle una lección sobre química aplicada a la fotografía. En eso era un maestro.

—La mayoría de los materiales fotográficos son muy inestables. Y por lo general están muy expuestos a lo que sucede a su alrededor para sobrevivir. El nitrato de celulosa, sin ir más lejos —dijo con elocuencia— es un material muy volátil. Es muy parecido al algodón de pólvora, y le sucede exactamente lo mismo que al nitrato: es más inflamable cuanto peor es su estado de conservación.

El ABC del maestro polvorista.

Martín apuntó con su dedo meñique hacia el negativo, muy de cerca, pero sin llegar a hacer contacto con aquel.

—¿Lo ve justo aquí? —El director se inclinó ligeramente tratando de ver algo ahí donde Martín señalaba con el dedo meñique—. Se nota el deterioro en estas zonas viscosas de por aquí y por el fuerte olor que desprende.

Martín instó al director a oler el negativo, siguiéndole este el juego.

—¿Lo reconoce?

—Ácido nítrico.

El director dejó el negativo sobre la mesa, dándose unos segundos para recomponerse después del desagradable derechazo a su olfato.

—Así es —suscribió Martín—. A poco que avance el deterioro del negativo —continuó dejando a su ego seguir horadando el suelo al cavar su propia tumba—, la imagen acabará por perderse por completo hasta quedar reducida a un polvo fino —frotó las yemas de los dedos en el aire—, similar a… —se lo pensó dos veces antes de decantarse por un ejemplo de polvo fino entre lo cotidiano—… similar al café molido.

El director caviló aparentemente sorprendido.

—Café molido —repitió, desprendiendo ahora cierto aroma a suspicacia que no pasó desapercibido para Martín.

El director Alcudia tenía más que suficiente, superando de largo la confirmación que buscaba de sus sospechas. No le quedaba ahora ninguna duda de que Martín Velasco era el hijo de Francisco Velasco, una persona de quien su propio fotógrafo personal —que había asistido al director Alcudia en tiempos remotos para hacer inventario de las obras del marqués de Viana — le había hablado en incontables ocasiones con sincero aprecio por su trabajo.

—El mundo es un pañuelo, ¿sabe usted, Martín?

El director Alcudia sonrió por primera vez en todo el encuentro. Sin dejar de menear la cabeza hacia adelante y atrás, sus cejas batiéndose en retirada cediendo todo el protagonismo a sus ojos primitivos que, abiertos de par en par, se consagraban por completo a la entrega de una mirada ladina, rebosante de astucia.

—Mire usted, Martín. Todos tenemos algo que esconder. No me malinterprete. Más pronto que tarde entenderá que nunca hablo por hablar. Es lo primero que salta a la vista en el reconocimiento médico que hacemos a todos los nuevos presos: el yeso en las uñas, los callos en las manos… Seamos serios, hombre, ¿desde cuándo se ha visto un señorito andaluz andar por la vida presumiendo de callos en las manos? Ahora resulta que todos vamos a ser pintores, albañiles o aparceros.

La expresión le cambió a Martín en una fracción de segundo.

—Yo no sé exactamente lo que usted ha escondido o dejado de esconder. Donde jamás me equivoco es al reconocer una sanguijuela hambrienta dispuesta a todo para sacarle provecho a la situación. Y usted, Martín, permítame que lo diga, tiene una sanguijuela así de grande acechándole desde el mismo día en que puso un pie en este lugar.

—Desde antes, incluso.

—Y déjeme decirle aún más. —El director bajó el tono en su voz como si alguien hubiera instalado escuchas por el auditorio. Después, apuntillando la superficie de su escritorio con su dedo índice, añadió—: ¿Aquí dentro? Aquí dentro las sanguijuelas se multiplican como los conejos. Por eso…

Ahora es cuando el director procedería a cortarle la oreja al astado, pensó Martín.

—Por eso… lo que trato de decirle, Martín, es que podría estar mucho más tranquilo si decidiera alejar de las miradas ajenas cualquier…, digamos… —El hombre se esforzó en evitar a toda costa el uso de palabras de índole económica en la línea de expresiones como «bienes» o «patrimonio»—… cualquier recuerdo de su padre… —optó por decir finalmente—. Y no le

pueden culpar, insisto, no-le-pueden-culpar —enfatizó cada sílaba— de querer lo mejor para su familia...

Al fin quedaban sobre la mesa las verdaderas intenciones del director. Un aliciente más para dejar los dos Grecos donde estaban, reconoció Martín. Quizás el director Alcudia lo supiera todo desde el principio, quizás toda habladuría acababa llegando hasta sus oídos entre aquellos muros que ninguna verdad ni mentira se dignaban a guardarse para sí.

—Además —continuó el director—, esos *recuerdos* estarán mejor a buen recaudo, donde se merecen estar...

El director miró a Martín con el semblante circunspecto, celoso, pagado de sí mismo, disfrutando muy en el fondo del tantas veces contraproducente atrevimiento de la mentira.

—... donde los pueda ver bien todo el mundo, ¿no es así, Martín? Como esos Goyas y esos Zurbarán y esos Rivera que decía usted haber visto..., ¿qué expresión es la que ha utilizado antes?

Martín dio la callada por respuesta.

—Ah, sí —recordó el director Alcudia, de aspecto ahora entumecido y opaco—. Que decía usted haber visto en *algún museo*.

***

Escoltado por Urquijo y Contreras, Martín regresó a la celda colectiva caminando a trompicones. El zapato se desprendió de su pie derecho al rozar repetidamente con las baldosas del suelo, aunque ninguno de los guardias consideró necesario detener su camino para dejarle recuperarlo. Como un niño girando el cuello para mirar algo que ha llamado la atención a sus espaldas mientras sus padres tiran de él hacia el frente, Martín solo pudo ver su zapato alejarse más y más en el corredor del segundo piso.

A juzgar por las respectivas medias sonrisas esbozando tenues trazas de autosuficiencia en sus caras, lucía en los dos guardias una expresión triunfal vagamente disfrazada de compañerismo. Por un momento habían llegado a dar por sentado que sería Alcudia quien se llevara finalmente el gato al agua. Podían seguir adelante con su propio plan de extorsión, ahora aún más convencidos del valor que atesoraba ese preso que, de un día para otro, había comenzado a acaparar todas las miradas en el presidio.

Para Martín, cualquier duda quedaba despejada tras su visita al despacho del director: la avaricia despuntaba hasta en el último rincón de las más impolutas conciencias. Un triste pensamiento que le hizo sentir un repentino golpe de realidad asestándole un

martillazo a la altura del cogote. La muerte inmediata era algo real, algo tangible. Ya le había tocado experimentarlo en la fábrica. Vivir con el miedo en el cuerpo no era, en contra de lo que dijeran por ahí, algo a lo que nadie llegara a acostumbrarse. Lejos de convertirse en el aliado que debía ser para su supervivencia, el miedo estaba resultando ser un inútil incordio para Martín. Las hienas permanecían, con sus orejas gachas y las miradas por encima del ecuador de los ojos, a su acecho en todos los frentes: el sargento de varas, los guardias, los quinquenarios, un más que seguro motín donde hasta el último criminal trataría de sacar tajada. Y ahora el mismo director del presidio.

Su entrada en la celda colectiva le confirmó a Martín el peor de sus temores. Se había corrido la voz, más allá incluso de los susurros que discurrían por sus frías paredes como la hiedra hambrienta. El ambiente era de insana competición sin reglas de ningún tipo. Gana la atrocidad por una zancada. Guardias corruptos. Quinquenarios con un visado para su excarcelación en quince días. Benavente y su tropa. El Ángel. La columna de anarquistas acampando en la ensenada. Todos listos y en sus puestos preparados para librar la batalla final por llevarse el ansiado trofeo, los dos Grecos de su padre que en mala hora tuvo a bien regalarle el maldito marqués de Silvela y Osma.

Hincándole la punta de la porra a la altura del hígado, Urquijo progresó hasta llegar al catre de Martín bajo la despreocupada supervisión de Contreras. Este último decidió esperarle sujetando con la punta del zapato la pesada puerta de hierro de acceso a la celda colectiva. Si una jauría humana hubiera devorado a su compañero Urquijo en aquel instante, a Contreras le habría bastado con alzar la punta del pie y ponerse a salvo al otro lado de la puerta. Lo que pasara en el interior de la celda a partir de ahí se habría quedado en una anécdota pasajera.

Aunque hambrienta, la hiedra también tenía sus gustos y preferencias. Y si podía elegir, elegía. Cuando un preso resultaba ser tan valioso, tenerlo cerca podía ser la mejor de las decisiones para un guardia ansioso de custodiar cualquier secreto que este, a punto de morir, quisiera transmitir a sus familiares.

Una vez escoltó a Martín hasta su catre, Urquijo caminó de vuelta hacia la puerta de salida recorriendo el perímetro con la mirada. De allí iría directo al depósito de armas sin perder un solo minuto. Dios sabía bien que la inminente revuelta no le cogería por sorpresa.

Tumbado boca arriba en el catre aledaño, Medardo Planchuelo vio venir a Martín mientras repasaba las notas escritas en su cuaderno, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Se

esforzaba en mantener unido un manojo de páginas que se habían desgarrado en el ataque de los quinquenarios, usando varios anzuelos de pesca para ello. Había obtenido aquellos anzuelos de un antiguo recluso que, antes de ser encarcelado, solía pescar en el río Tajo, no muy lejos de Toledo, y que había conseguido ocultar a los guardias durante más de tres años. Dos días antes de ser fusilado, ese compañero se los entregó a Medardo como si presintiera su propio destino. Medardo lo había guardado no solo como un recuerdo de ese compañero y de la fragilidad de la vida en prisión, sino como una herramienta de defensa, sabiendo que, en prisión, un pequeño objeto puntiagudo podía ser la diferencia entre la vida y la muerte cuando se enfrentaba a enemigos internos.

Martín soltó su peso a plomo sobre el catre.

—Si tengo que morir —dijo Martín tratando de normalizar su nefasta realidad—, no quiero hacerlo sin saber qué es lo que te traes entre manos con ese cuaderno tuyo del diablo.

Medardo cerró el cuaderno lentamente, lo dispuso sobre su estómago y cruzó los dedos de sus manos sobre el primero soltando una voluminosa bocanada de aire a continuación.

A Martín le recordó a un profesor de primaria tomando la determinación de guiar al alumno menos dotado de todos, pero infinitamente más terco que los demás y con una verdadera voluntad de aprender.

—¿Tu viajas, Martín?

—Más bien poco.

—Pues esto —dijo poniendo el cuaderno de pie sobre su estómago— es para viajar.

—¿Viajar a dónde?

Todavía dolorido por los recientes golpes y magulladuras en su cuerpo fruto del reciente ataque de los quinquenarios, Medardo se incorporó para quedar firmemente sentado sobre su catre.

—Verás —le dijo—, he visitado muchos lugares del mundo. Lugares remotos que nadie en esta cárcel siquiera alcanza a imaginar. Lugares que llevo conmigo aquí dentro. De todos esos lugares, el que más me marcó fue la India, con diferencia. Lo que comenzó como un viaje de trabajo acabó convirtiéndose en una travesía personal. Un viaje de conocimiento. Allí presencié cosas difíciles de explicar, ¿sabes, Martín? Cosas por las que aquí te tomarían por un loco. Pero déjame que te diga una cosa. Sé muy bien lo que vi, y nadie ni nada me va a convencer de lo contrario.

En un acto reflejo de imitación, Martín adoptó la misma postura que el viajero, quedando situados ambos en los lados opuestos de una línea imaginaria entre ellos. Evitando estar el uno frente al

otro podían mantener una conversación sin llamar la atención del resto de los presos.

—¿Qué es lo que viste?

—Se llamaba Nacip —continuó el viajero—, Nacip Kapoor. Jamás podré olvidar su nombre.

Martín repitió aquel nombre como si se hubiera propuesto no borrarlo jamás de su memoria.

—Nacip Kappor.

—La vida del viajante es..., bueno, no lo llamaría exactamente mendigar, pero es cierto que acabas tomando por costumbre alojarte donde alguien te abre las puertas de su casa. Y Nacip no dudó en hacerme un hueco en su hogar a pocos días de dar con mis huesos en la India más profunda.

—Ahá.

—Indika, la mujer de Nacip, estaba a punto de dar a luz. Vivían con la madre de esta, que estaba en su lecho de muerte. No pude llegar en mejor momento.

Aunque no había viajado en su vida, Martín reconoció lo inoportuno de la aparición de aquel hombre en un momento de tal relevancia para cualquier familia.

—El caso es que, en los últimos días de vida de su madre, con Indika a punto de romper aguas, comenzaron a practicar un ritual diario al que asistían lo que a mí me parecían primos, hermanos, cuñados, en fin, todo hijo de vecino.

—¿Qué tipo de ritual?

—Cada atardecer durante los que a la postre resultarían ser los últimos cinco días de vida de su anciana madre, Indika rebañaba con el dedo sobre un bloque de mantequilla, haciéndole una marca a su madre detrás de la oreja. En aquel momento no me pareció más que una anécdota.

—¿Y no lo era?

—Una vez fallecida la madre de Indika, esta parecía estar más alegre y motivada que nunca con la criatura que llevaba en su interior. Como si esperara algo más allá de lo natural en su estado, algo que mi cerebro no era capaz de procesar acostumbrado a llorar a mis muertos durante semanas e incluso meses. ¿Me sigues?

El aire viciado junto el calor de los presos hacinados en la celda hacía necesario respirar cada vez más fuerte para mantenerse despierto.

—La verdad es que no —reconoció Martín entre jadeos.

—Yo tampoco lo entendí en aquel momento. Afortunadamente, el lenguaje de signos es mucho más potente de lo que puede parecer a primera vista cuando dos personas ponen de su parte

para entenderse. A su manera, Nacip me explicó lo unida que estaba su mujer a su madre. Toda la familia lo estaba. Simplemente no querían tener que verla marchar, así que le hicieron aquellas marcas en el cuello de forma que pudieran reconocerla cuando estuviera lista para regresar.

—¿Regresar a dónde?

—Espera, hijo. No te aceleres. Indika dio a luz una semana después de estos eventos. La criatura estaba perfectamente, cinco dedos en cada mano y todo lo demás, pero no fue esto lo que generó tal revuelo entre sus familiares.

—¿Ah, no?

—No sé si esperaban la visita para tan pronto. El caso es que, sobre la piel oscura del recién nacido, justo detrás de su oreja con la forma de una pequeña fruta confitada, una marca claramente visible con la forma de la yema de un dedo índice lucía como si fuera lo más normal del mundo. Y todo eran sonrisas y celebraciones de júbilo recordando a la abuela de la criatura, a la que saludaban mirando al bebé. Pero yo seguía sin entender nada.

—A mí me parece una casualidad.

—Sí, pero luego pregunté. Pregunté en otros países. Y resultó no ser tan poco frecuente este tipo de casos. Escuché de casos similares en Turquía, incluso me hablaron de casos en Tailandia y en otros países. Y no solo te hablo de marcas en el cuerpo. Mi afán por entender lo que tuve la suerte de presenciar me llevó a buscar más casos allá donde me fueron llevando mis viajes. Aparte de las marcas en el cuerpo, a menudo los propios críos traían a la memoria recuerdos de vidas pasadas, de familiares fallecidos, por lo general, pero no siempre.

Martín escuchó con suma atención cada palabra que salía de los labios del viajero, y así continuó durante las siguientes dos horas de aquella agónica gesta que era sobrevivir un día más entre rejas. Le habló de aquellos casos de lo que Medardo insistía en llamar *renacimientos*. Nunca desde un punto de vista religioso. Más bien desde el punto de vista de la consciencia, algo mucho más allá del simple hecho de estar despiertos, decía. Le habló de los casos de ancianos en tribus repartidas por todo el mundo que hacían predicciones certeras sobre qué persona fallecida se manifestaría en qué recién nacido, de los sueños premonitorios, de los niños que recordaban episodios de vidas pasadas y finalmente, de las marcas y defectos de nacimiento que pasaban de una generación a otra sin una explicación razonable. E incluso entre completos desconocidos distanciados por largos años.

Sin considerarse especialmente espiritual, Martín recordó lo

mucho que le había marcado escuchar la historia de su tío Javier siendo un crío, quien varios días después de despertar tras más de un mes en coma por una caída accidental, aseguraba haber viajado a través de un túnel de paz y tranquilidad que no tenía la menor intención de abandonar.

Medardo sacudió la cabeza como tratando de despejar sus pensamientos antes de dar por terminada la conversación.

—En cualquier caso, nunca me impactó tanto como transcurridos cinco años desde mi viaje a la India. Antoncín tendría unos tres años y medio. Mi hijo, como puedes imaginar.

Martín sonrió con desgana y se sorprendió al sentirse cohibido al dejar escapar una emoción tan básica como la de una sonrisa complaciente.

—Dicen que, en el preciso momento de nacer, aún constreñidos como higos chumbos, los niños tienen un gran parecido a sus padres, ¿lo sabías? No sé si es cierto... Lo que sé es que, al nacer, nuestro Antoncín no se parecía a nadie que hubiéramos conocido antes.

Estaba claro que había una segunda lectura en esas palabras, por lo que Martín se limitó a esperar en silencio.

— Nació un 10 de marzo, risueño como él solo. Su madre rompió a llorar al ver su mejilla izquierda atravesada por una lengua de piel más blanca que el resto. Tenía la textura de una vieja cicatriz que hubiera horadado la mejilla dividiéndola en dos partes, como si fuesen masas de tierra moldeadas por las grandes fuerzas de la naturaleza, unidas por la fusión de materiales en el abrazo cálido del subsuelo. Tenía otras tantas manchas repartidas por el cuerpo, benignas todas ellas, según los médicos. Lo dejamos estar y comenzamos con nuestra nueva vida como padres.

Quizás la vida entre rejas le hiciera a uno más susceptible a creer en lo inexplicable, Martín no podía decirlo a ciencia cierta. Cualquiera que fuera el motivo, lejos de mostrarse escéptico, Martín se abrió a la historia del viajero.

—Un buen día, como de la nada —continuó narrándole el viajero—, Antoncín comenzó a decir cosas sin sentido. Comenzó a hablar de episodios que no podía conocer de ninguna manera, ¿me explico? No lo hacía con mucha frecuencia, cada varios meses, tal vez. Pero a medida que fue pasando el tiempo, esos recuerdos espontáneos comenzaron a ir acompañados de lloreras, de mal humor o de desgana por hacer nada propio de su edad. Si has presenciado en alguna ocasión la rabieta de un crío, todavía estás a años luz de lo que es una verdadera rabieta.

Medardo hizo una pausa.

—No podía creer que todo lo que había estudiado en los últimos años le estuviera pasando a mi hijo, ¡a mi propio hijo! Joder, ¿quién podía haberle contado esas historias de soldados, francotiradores y emboscadas?

—¿No es eso a lo que juegan todos los críos?

—Sí. Hasta que tu crío empieza a utilizar términos como el de los *boches* para referirse a los soldados alemanes. Tardé más de cinco semanas en dar con alguien capaz de explicarme el significado de esa expresión. Un militar de alto rango retirado que estaba familiarizado con la jerga que usaban los marines norteamericanos en el frente.

El ruido empezó a volverse ensordecedor en la gran celda colectiva, forzando a Medardo a subir su rango de voz varias octavas.

—A menudo nos daba la impresión de tener delante un marine de las fuerzas norteamericanas en plena guerra mundial, no un niño de tres años. Fue entonces cuando entendí el sentido de todo lo anterior.

—¿Qué era *todo* lo anterior?

—Todo, ya sabes. Lo de las marcas de nacimiento, cosas que nadie supo explicarnos en su momento.

—¿Localizasteis algún nombre?

—No, y no solo eso. Los episodios comenzaron a espaciarse más en el tiempo, así que empecé a registrarlo todo en este cuaderno mientras pude…

—¿Con qué objetivo?

—No sabría decirlo con certeza. Creo que tenía la esperanza de llegar a saber algún día la identidad de quienquiera que fuera aquel hombre, un marine norteamericano, aunque no sabría decir su rango o cuerpo.

—Lo entiendo —suscribió Martín.

—Y hay algo más.

Martín no alcanzaba a imaginar de qué podía tratarse. Lo que sí pudo sentir calándose hasta sus huesos fue la densidad del aire y el ambiente más allá de enrarecido —que era lo habitual—, cuajado y derrotado por goleada.

—Son interminables las formas de perder la vida en el frente —le dijo el viajero, y en su expresión nació el testimonio de haber vivido la muerte de incontables compañeros.

Para sorpresa de Martín, la imagen de los hermanos Alfredo y Abelardo Urquijo achicharrados cobró vida en su memoria, siendo transportados en volandas hacia la enfermería de la fábrica.

—A cuál más cruda que la anterior —continuó Medardo—. Aun

así, estoy absolutamente convencido de que aquel marine debió sufrir una muerte brutal, una muerte dolorosa más allá siquiera de lo imaginable. Una muerte violenta como pocas.

—¿Cómo lo sabes?

—Por lo que he visto en mis largos viajes, en la mayoría de los casos las marcas se transmiten cuando la persona muere de forma natural, anciana y rodeada de su familia. Cuando mueren en paz y, además, rodeados de una fuerte espiritualidad. Pero me da por pensar que experimentar una muerte violenta y dolorosa, como en el caso del marine norteamericano, podría actuar como un catalizador, como una especie de purga que impulsa de manera más intensa ese trascendental viaje.

—¿Qué fue de tu hijo Antoncín?

—En el exilio —dijo el viajero apesadumbrado—. Sé que no volveré a verlo de la forma en que él espera verme, pero…

—¿Pero?

—Sé que nos veremos tarde o temprano.

Por la expresión suspicaz en su rostro, triste, pero a la vez contento, o más que contento, extrañamente satisfecho, a Martín le resultó evidente que el viajero estaba guardándose algo que no consideraba necesario revelarle, algo que entendería por sí mismo en cuanto lo viera.

—Tranquilo, Martín —le dijo serenamente—. Lo entenderás mucho antes de lo que imaginas.

El alboroto incipiente a su alrededor empezó a hacer prácticamente imposible mantener la conversación, algo que incomodó al viajero. Tenía que quitarse de encima la pesada losa que llevaba encima. Era el momento de compartir con alguien aquella insoportable carga.

Medardo tuvo que elevar la voz para hacerse escuchar por Martín, quien no dejaba de dar buena cuenta del ambiente viciado y sofocante en el interior de la gran celda colectiva.

—Llevo mucho tiempo buscando una respuesta, lo comprendes, ¿no? Y por los casos de los que he tenido constancia… desde la India hasta Tailandia, pasando por… —A duras penas lograba terminar las frases entre el griterío cada vez más estridente—… creo que en la vida hay ocasiones en las que…

—¿Qué?

—¡Hay ocasiones en las que una…!

—¿Cómo dices? —Martín se esforzó por entender a su interlocutor pese al ruido ensordecedor del enjambre que formaban los doscientos presos agitándose a su alrededor—. ¡Habla más alto! ¡Más alto, por Dios!

—… ocasiones en las que de una muerte atroz puede florecer

algo… ¡eterno!

Poniendo fin de forma estrepitosa a la conversación entre Martín y el viajero, un escuadrón de quinquenarios liderado por los individuos con los que Medardo había tenido que vérselas unos días antes formó un círculo a su alrededor.

Martín se alzó del catre con todo el ímpetu que la adrenalina consiguió ganarle a su estado de inanición, pero no pudo hacer nada por su compañero de catre cuando los quinquenarios le echaron una vieja cuerda al cuello al viajero y se lo llevaron a rastras hasta ser devorado por la multitud. El único esfuerzo que pareció urgirle hacer al viajero en pleno ataque de los quinquenarios fue para ocultar el cuaderno debajo del catre de Martín, de forma que este pasara desapercibido para sus captores. Para el pasmo de Martín, en los ojos del viajero no había ni la menor expresión de lucha o pujanza, ni un intento de librarse del ataque de los quinquenarios en aquella segunda ocasión. Quizás ahora sí que estaba preparado para emprender su viaje, pensó Martín.

Martín se revolvió como un jabato ante los brazos de otros dos quinquenarios que trataban de mantenerlo inmóvil. Los dos presos que se encargaban de mantenerle al margen entendieron que no sería tan fácil reducirle y optaron por esfumarse rápidamente antes de que los guardias entraran a imponer el orden en la gran celda colectiva. Cuidándose de no ser visto ni por unos ni por otros, Martín se inclinó junto a su catre flexionando las rodillas, con su torso firme y erguido. Agarró el cuaderno extendiendo una mano bajo la estructura metálica del catre, introdujo las hojas fragmentadas y lo ocultó en la pernera de su pantalón asegurándose de cerrar la parte inferior usando el calcetín como torniquete.

La muerte de su compañero le asestó un duro golpe a Martín, quien vio desvanecerse cualquier esperanza de salir con vida de aquel lugar. Y aquella expresión en la mirada del viajero, con sus ojos esperanzados al ser arrastrado por los venenosos tentáculos de la cuadrilla de quinquenarios hacia una muerte más que segura, como resultó ser el caso instantes después. Sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. En aquel preciso momento y lugar, Medardo había iniciado uno de esos viajes de los que le había hablado justo momentos antes del repentino ataque de los quinquenarios. Martín no pudo dejar de preguntarse si no sería aquel tipo de *viaje* su única opción para no morir llevándose el paradero de los dos lienzos del Greco a la tumba. Si una anciana en la India podía transmitir a sus descendientes una señal haciéndose una marca en el cuerpo con

mantequilla, quizás él también pudiera enviar un mensaje cifrado a sus descendientes a través de otro tipo de marcas. Y dado que no podía permitirse el lujo de esperar a morir de anciano ni tendría una segunda oportunidad, el precio a pagar pasaba por asegurarse de sufrir una muerte horrible, violenta y dolorosa. Exactamente igual que Medardo, el viajero.

Capítulo 27

Actualidad

Este medicamento te cambiará la vida, pero tú no podrás permitírtelo jamás. A pesar de tener fresco el recuerdo de Sandra corriendo histérica detrás de Marc, Helena no conseguía quitarse de encima ese doloroso pensamiento en su camino de vuelta a casa después del trabajo, el día después de su abrupta visita a la finca de Sandra Pavones: había un tratamiento, pero no podrían permitírselo por mucho que lo intentaran. ¿De dónde esperaban las farmacéuticas que la gente de a pie se sacara un millón de euros? ¿Atracando un banco en plan Bonnie y Clyde? La idea de entrar agarrada de la mano de Luis en una sucursal bancaria equipados con pistolas de juguete y pasamontañas era lo único que conseguía arrancarle el esbozo de una sonrisa arrastrada, pero rápidamente desaparecía de su rostro bajo la capa de frustración que lo cubría todo cada vez con más frecuencia. Pronto volvían los malos augurios a rondar su cabeza: vale, no me preguntes cómo, pero supongamos que conseguimos un millón de euros para pagar el primer año de tratamiento, ¿y después qué? ¿Qué pasa con los años sucesivos? ¿Y si Marc presentara una reacción adversa al tratamiento? Un «y si» tras otro en un círculo vicioso del que parecía imposible escapar.

Desgraciadamente, lo de situar el coste del tratamiento en un millón de euros no era una forma de hablar. Ese tipo de cantidades astronómicas eran el pan de cada día para quienes, como en su caso, tenían que lidiar con enfermedades de unos pocos casos por cada millón de nacimientos. Helena había leído recientemente, para su estupor, cómo la farmacéutica suiza Novartis había roto todas las estadísticas sacando un nuevo fármaco para tratar una enfermedad genética causante de un tipo muy particular de distrofia muscular acelerada. ¿El precio de venta al público? Más de dos millones de euros la dosis. Dos millones y ciento dos mil euros, para ser precisos. Afortunadamente, la farmacéutica prometía no hacerse necesaria más dosis adicionales de refuerzo, pero ¿y si estuvieran equivocados? ¿Y si resultara ser finalmente necesario aplicar nuevas dosis de refuerzo? ¿Tendrían que desembolsar otros dos millones de euros cada nueva dosis que hubiera que administrarle al paciente? Helena sabía bien que la investigación en el caso de las enfermedades raras como la de Marc era

tremendamente compleja, lo que sumado a la circunstancia de haber pocos clientes potenciales, daba como resultado el cóctel perfecto para unos precios desorbitados. Súmale la dificultad de encontrar cobayas suficientes para los ensayos clínicos junto con el eterno proceso de aprobación, y ahí lo tenías: un medicamento salvavidas que jamás podrías permitirte.

Esa era la tónica habitual en los medicamentos desarrollados para tratar las enfermedades raras, como por ejemplo el caso de la lipodistrofia. En este caso, el tratamiento tenía un coste anual de medio millón de euros y solo diez personas podían considerarse afortunadas de poder recibirlo sin tener que pagarlo de su propio bolsillo. Su sueño recurrente era el de la llegada del día en que un centro médico puntero como el Hospital Clínico de Santiago sacara uno de sus programas de acceso expandido al paciente específicamente para el KZR-616 que necesitaban costear. Se trataba de un proceso habitual momentos antes de la autorización para la comercialización de un nuevo fármaco, en el que el hospital lo suministraba como medicamento de uso compasivo.

Desafortunadamente, se había paralizado hasta en cinco ocasiones la incorporación del KZR-616 como medicamento financiado por el sistema de salud pública. Y aunque el hospital coordinaba el tratamiento de forma experimental, el coste del fármaco corría por cuenta de los afectados.

Así que, por lo pronto, no les quedaba otra más que seguir con las interminables pastillas diarias de Alendronato para evitar las fracturas en sus pequeños huesos, y con las inyecciones de hormona del crecimiento para detener la pérdida de los tejidos musculares.

La cruda realidad era que la gente moría en listas de espera mientras la EMA autorizaba el pago de infinidad de medicamentos para enfermedades raras. Y aún peor eran aquellas personas, muchas de estas menores de edad que, pese a haber mejorado notablemente su salud con los medicamentos administrados, se les cortaba repentinamente el suministro por una «eficacia limitada» cuando menos cuestionable.

Helena bajó la rampa del garaje sin apenas prestar atención a los sistemas de suspensión del coche, aparcó el vehículo en un solo movimiento y subió hasta la planta baja para revisar el buzón antes de subir a casa. Había carta. Había carta. Había carta.

No tuvo siquiera que abrir el buzón para extraer el sobre, ¿quién se había olvidado de enseñarle al cartero las reglas mínimas de privacidad en la correspondencia? Cualquiera podría

cogerla y, en fin... El remitente era el Hospital Clínico de Santiago. No se lo pensó dos veces antes de abrir el sobre de un decidido corte con la llave más larga de su llavero, rompiendo el inquebrantable acuerdo de no abrir ninguna carta sin estar Luis delante, y viceversa.

Extrajo la carta del sobre, la desplegó a toda mecha —el sonido del papel le resultó excesivo, al punto molesto e inoportuno—, y leyó su contenido tratando de no dejarse llevar por las emociones:

> Apreciados Sres.
>
> Les comunicamos que el plazo para presentar un espónsor válido para la financiación del tratamiento experimental con el fármaco KZR-61 o, en su defecto, la aprobación por parte de la Dirección General de Cartera Común del Sistema Nacional de Salud y Farmacia confirmando la admisión del paciente en su programa especial de financiamiento de fármacos especiales, expira el próximo 30 de octubre.
>
> Les urgimos a enviar la documentación pertinente antes del plazo señalado.
>
> Atentamente.
>
> Maximiliano Cordón.

¡Eso no eran ni siquiera dos meses! Al paso que iban, no conseguirían un espónsor ni en tres años buscándolo hasta debajo de las piedras. ¿Y el Ministerio de Sanidad, de donde formaba parte la Dirección General de la Cartera... como fuera que se llamara aquella panda de inútiles, insensibles peones al servicio de la burocracia? Ya habían sido muy claros al rechazar el pago del tratamiento. Y en más de una ocasión.

Suficiente.

A marchas forzadas, casi de cualquier manera, Helena volvió a introducir la carta en el envoltorio y se encaminó hacia la zona de la planta baja del edificio en la que se encontraba el único ascensor con el que contaba toda la comunidad de vecinos. Caminaba con las llaves de casa preparadas en la mano, como si se tratara de una de las ridículas pruebas de abrir puertas de los *Juegos sin fronteras*.

Golpeó nerviosamente el botón para llamar al ascensor. Clic, clac, cloc, clic, parecía sonar de forma diferente cada vez que lo apretaba, una revisión no vendría mal, de vez en cuando. Tampoco parecía tener ninguna intención de bajar a por ella. Como de costumbre, algún vecino desconsiderado estaría sujetando la puerta unos cuantos pisos más arriba, ¿con qué derecho?

Helena optó finalmente por subir por las escaleras, profiriendo todo tipo de improperios en el camino.

Ya en el tercer piso, entró en la vivienda, dejó las cosas de cualquier manera y en cuanto besó a los niños, se dirigió hacia Luis con determinación:

—A tomar por saco, ¿me oyes? ¡A tomar por saco!

Se sentó en el sofá del pequeño salón, se apartó el pelo de la cara e hincó los codos sobre sus muslos con las manos entrelazadas. Saltaba a la vista que la nueva versión de Helena llegaba dispuesta a meterse en el barro hasta las rodillas, si es lo que hacía falta para conseguir un millón de euros.

—Perdón por mi inglés —se disculpó.

Luis buscó la complicidad de los niños con la mirada, quienes ya estaban bañados y a punto de empezar con la cena.

—Disculpas aceptadas.

—¿Por dónde empezamos?

Luis no necesitó más explicaciones. Sabía de sobra a lo que se refería Helena con aquel *por dónde empezamos*.

—Un momento… ¿Cuántos cafés te has bebido esta tarde, si se puede saber?

Helena le miró como diciéndole «¿quién es ahora el aguafiestas?», suficiente para hacer a Luis darse por aludido.

—Vale, vale —respondió él.

Helena extrajo el sobre con la carta del bolsillo de su pantalón y lo lanzó con desdén sobre la mesa baja del diminuto salón. Luis sacó la carta del sobre y la leyó siseando algunas palabras entre dientes. Después la dejó nuevamente sobre la mesa. No era nada que no supieran ya, o que no pudieran haber imaginado.

—¿Y bien?

Helena arqueó las cejas por todo acuse de recibo.

—¿Y bien… qué?

—Bueno, pues que esto ya lo sabíamos, ¿no? ¿O pensabas que esta gente iba a esperar indefinidamente hasta que nos cayera un millón de euros del cielo?

En realidad, Helena sabía muy bien el plazo que tenían para encontrar una fuente de financiación. La carta no era más que el doloroso aguijón clavado en la piel después de recibir el correspondiente picotazo.

—No, bueno, sí… pero es que, joder, el 30 de octubre está ahí.

El golpe encima de la mesa, los tacos, todo aquel espectáculo eran la forma en la que Helena trataba de esquivar el inevitable hecho de acabar dándole voz a una serie de pensamientos cada vez más presentes en su cabeza: la vida después de la muerte, la supervivencia de la conciencia, los hechos probados, lo desconocido, la ignorancia absoluta, los intereses velados de Sandra Pavones, la realidad de la familia de Luis, gente por cuyas

manos pasaron obras de arte que ahora valdrían millones, algunas de las que podrían andar en paradero desconocido… si accedía a creer en lo imposible.

—Acaban de venir los Reyes Magos —le avisó Helena, de forma que no hubiera reproche alguno a toro pasado—. Y te recomiendo que aproveches la inercia del momento para poner sobre la mesa todo lo que se te haya ocurrido que pueda ayudarnos a juntar el dinero que hace falta.

—¿Todo?

—Es un paréntesis, ¿lo entiendes? Un paréntesis.

—Sí, sí, un paréntesis. Esa es la expresión que usan los chaqueteros para arrimarse al sol que más calienta.

—¡Joder, qué tío! Te lo voy a decir más claro: sí a todo.

—Así me gusta.

—¡La madre del cordero!

Helena se deshizo en una inspiración interminable que desencadenó un resoplido largo, denso, pero a su vez liberador.

—Para que yo me aclare —continuó Helena, con sus pensamientos impactando contra las paredes internas de su cráneo a ritmo de centrifugado—, ¿qué frentes tenemos abiertos ahora mismo?

—No tantos, en realidad.

—¡Y cuáles son, por Dios!

—Ya va, mujer, ya va…

Al borde de la exasperación, a Helena estaba a punto de agotársele la poca paciencia que le quedaba.

—¿Podemos ir al grano, chico?

—A ver…

—Sí, a ver.

Como un estratega orquestando el siguiente paso en la batalla decisiva para alcanzar la ansiada victoria, Luis caminó con paso firme y decidido hacia su particular centro de operaciones en el pequeño salón de la vivienda. Echó una mirada de soslayo y, al comprobar que Helena le seguía el paso por el estrecho pasillo, se aproximó a la mesa del comedor y apartó de un revés la infinidad de estudios médicos, convenientemente impresos, grapados y clasificados, de los que prácticamente no había entendido nada.

—Por un lado, están las pinturas, los cuadros, los lienzos o como quieras llamarlo, de mi abuelo —recapituló Luis—. O de mi bisabuelo, mejor dicho. Aquí la cuestión es si, por lo que quiera que sea, siguen escondidos en algún lugar. Y si están en algún sitio, que ya es raro que nadie los haya encontrado todavía, pero bueno, si siguieran escondidos en algún remoto lugar, ¿dónde coño pueden estar? Y suponiendo que diéramos con su paradero,

¿en qué bendito estado de conservación se encontrarían? ¿Serían nuestros, así como así?

Helena agarró un folio en blanco y, con la ayuda de un plastidecor de color azul asfixiado, procedió a ir tomando nota de todo con letras mayúsculas, que siempre resultaba más legible que su desastrosa caligrafía en minúsculas.

—Vale —dijo Helena, y añadió acto seguido, como si fuera una sola palabra—. Cuadros del abuelo Martín.

Luis seguía con curiosidad los garabatos que Helena iba imprimiendo sobre el papel.

—¿Qué más? —añadió ella en modo *dame más, dámelo todo*.

—Luego está el otro asunto —continuó Luis—, ese asunto en el que pasamos por completo de la medicina avanzada para creernos una teoría paranormal sobre lo que le está pasando a Marc.

—La medicina avanzada será muy moderna y revolucionaria y todo lo que tú quieras, pero no nos está ayudando en gran cosa. Bueno, sí, en sacarnos un millón de euros.

Después de unos segundos cavilando, Helena atizó una vez más el folio en blanco con el plastidecor de color azul.

—¿Ecos? —A Luis pareció resultarle acertada aquella forma de referirse a la posibilidad que estaban barajando—. Ecos del abuelo Martín —escribió decididamente sobre el papel.

No era mal comienzo.

—Entonces tenemos lo de los cuadros, los ecos y ¿algo más?

—Sí, un *algo* enorme. Averiguar qué pinta Sandra Pavones en todo esto.

En eso estaban de acuerdo, y Helena no pudo por menos que expresar la sensación que le provocaba su sola estampa.

La mujer de cabellos cobrizos pasó a ser el tercer elemento en la lista con la que Helena tenía toda la intención de dejarse llevar por su instinto de una vez por todas.

—Cuadros, los ecos de tu abuelo y Sandra Pavones. Dime, por favor, que eso es todo.

—Y poco menos de dos meses para sacarle punta.

Helena le dio un repaso visual al papel, primero con la cabeza inclinada hacia un lado y después con la cabeza inclinada hacia el lado contrario. Luis había sido el instigador de aquella teoría, el de las visitas furtivas a Cabo Prior —a sus espaldas—, había sido Don Corazonadas, y ahora, ¿no tenía nada más que decir?

Helena rompió un silencio que acabó por hacérsele incómodo. Clavó su mirada en Luis y le dijo:

—Supongo que ahora es cuando te sacas un as de la manga que nos lleva directos hacia la primera pista.

Como buen investigador autodidacta, Luis agradeció la confianza con un guiño terriblemente ejecutado y se restó acto seguido todo protagonismo.

—No sé si diría tanto como un as en la manga —respondió—, pero me sé de alguien a quien no tendremos que presionar mucho para sumarle al equipo.

Helena abrió los ojos de par en par, sorprendida por tomarse con toda naturalidad lo que estaba segura de que propondría Luis a continuación.

—¿Te refieres a Javier Garrido, nuestro enemigo número uno?

—A ese mismo —respondió Luis sin dejar espacio para el titubeo—. Y, por la razón que sea, parece que le necesitamos nosotros a él tanto como él nos necesita a nosotros.

***

Si lo que Sogorb le había dicho entre gritos era cierto, su cuenta de ahorro estaba ahora bloqueada de forma permanente y los cien mil euros que había conseguido ahorrar en una gesta épica no eran más que anotaciones contables sin ningún valor monetario. Aparte de esto, por si no estaba lo suficientemente hundido con ver desaparecer por arte de magia lo único que le animaba a despertar cada mañana y seguir adelante, un último aviso por vía correo ordinario de la CNMV le había dado la última estocada para sumirle de lleno en la miseria. Fue entonces cuando Nono entendió aquello que Sogorb le había repetido hasta la saciedad en su última conversación telefónica: «Firmaste Dulce rendimiento, gilipollas». Pronto necesitaría un abogado, uno de los buenos, y ni siquiera sabía de dónde iba a sacar el dinero para pagarlo.

Velayos lo había clavado. Con el tiempo suficiente, Sogorb se había encargado de organizar un esquema de inversiones fraudulentas que le tenía ahora al borde del procedimiento penal. En los círculos menos optimistas, la expresión *penal* significaba algo con lo que Nono todavía no estaba familiarizado: significaba pasar un tiempo a la sombra. Para él, que a duras penas sobreviviría al viaje en autobús hasta la trena, el *cuánto* tiempo era lo de menos.

Con su aspecto habitual de haber asaltado la sección juvenil de un H&M, Luis Velasco se presentó nuevamente en busca de respuestas en la casa de Sonsoles en Cabo Prior, donde Nono seguía ubicado temporalmente. Para este último, que aquel hombre insistiera con tal vehemencia en conseguir más datos sobre los supuestos casos de renacimientos le resultó desconcertante hasta el punto de suponer que solo podía tratarse

de algún tipo de venganza. Para mayor sorpresa, pasados unos segundos de conversación, el interés en aquel tipo resultó ser legítimo, real, confirmándole a Nono una clara evidencia: lejos de querer devolverle la jugada, lo que Luis Velasco quería era su ayuda. Es más, le exigía su ayuda, con el extraño convencimiento de que la obtendría.

«De no pararle los pies rápidamente —pensó Nono—, este acabará exigiéndome que le ayude a encontrar el cáliz perdido».

—Mira —respondió Nono—, estás loco si crees que me voy a meter en este jardín ahora mismo.

Demostrando una gran paciencia, Luis comenzó a inyectar en la conversación una sucesión de pequeñas dosis de control de la situación y de una sutil posición de poder.

—Verás —respondió Luis sin alterarse—, es que *no* te lo estoy pidiendo.

—Vaya, pues resulta que ahora no me sale de los cojones ser yo quien os meta la absurda idea del renacimiento en la cabeza.

—Y yo lo celebro, fíjate tú —respondió Luis socarronamente—, pero es que no tienes otra opción, amigo mío.

—¿Ah, no? ¿Y si te digo que me lo he inventado todo?

Resultaba evidente lo que su enemigo número uno estaba tratando de hacer, pero Luis no estaba dispuesto a ceder ni lo más mínimo.

Luis fingió divagar en sus propios pensamientos:

—Así que ni se han documentado casos de renacimientos, ni hay casos de niños con recuerdos de vidas pasadas ni nada por el estilo, ¿eso es lo que quieres decirme?

—¿Renacimientos? —dijo Nono, tratando de restarle toda verosimilitud al fenómeno en cuestión—. ¿En serio?

—¿Y si te digo que hay dos lienzos del Greco escondidos en alguna parte, dos lienzos que podrían valer millones cuyo legítimo dueño tienes delante? ¿Cambiaría eso las cosas?

Aquella perita en dulce sonaba bien, tan bien como para ser algo inventado a la desesperada. Con la cabeza ligeramente ladeada, Nono negó varias veces dándole a entender a Luis su respuesta.

Luis repasó en su cabeza el siguiente movimiento táctico, tal como lo había planeado aquella misma mañana con Helena, quien optó por quedarse en casa para no ejercer más presión de la cuenta. No alcanzaba a imaginar la respuesta que obtendría de aquel tipo, pero no tenía alternativa. Por Marc. Por Lucas. Si hacía falta, por ellos sería el más malo del lugar, ya lo creía que sí.

—A ver si empezamos a hablar claro, Javier.

Nono lamentó haber perdido tan rápido la débil protección que hasta ahora le había dado el anonimato. Por muy teatral que pudieran resultar aquellas palabras de Luis Velasco, estaba claro que había encontrado la forma de dar con su identidad.

El propio Luis interrumpió el repentino titubeo en su sorprendido interlocutor, cuyo talante resultaba ahora palpablemente más conciliador que antes:

—Solo queremos tu ayuda —dijo Luis tratando de aliviar una tensión que no le ayudaba en absoluto—, eso es todo.

Para Nono, aquella inofensiva petición de ayuda tenía mucha más miga de lo que podía parecer a simple vista. No es que no hubiera reparado en ello. De hecho, ya lo había pensado: ¿Qué hay de malo en seguirles un poco la corriente hasta que ellos mismos se den cuenta de lo gilipollas que han sido? Pues eso mismo. Que a nadie le gusta que le hagan sentir como un gilipollas.

—Lo sé —respondió Nono, y una repentina fisura en su particular coraza amenazó con dejar entrever el niño atemorizado que escondía en su interior—, pero no puedo ayudaros. —Y añadió sin un ápice de impostura—: No ahora mismo.

Si con el marrón que tenía encima había algo que no tenía ningún sentido, eso era alentar a aquel hombre a ir en la dirección equivocada con la enfermedad de su hijo. Hasta él lo sabía, por mucho que el propio Luis Velasco quisiera empeñarse en lo contrario. Cualquier cosa que hiciera aquel hombre por encontrar una cura para su hijo estaría justificada, ¿pero él? Ah, no. A él se lo comerían vivo por haberle metido pájaros en la cabeza a esa familia.

Obstaculizada toda posibilidad de entendimiento, Luis sintió no poder contar con su ayuda por las buenas y, de alguna extraña forma, sintió cierta lástima por él. En ese instante, la imagen de Nono reconociendo las siglas FAH impresas en el banderín el día de su visita le atenazó el cerebro como un rayo cayendo sobre su cabeza en plena tormenta. Había luz en Javier Garrido, aunque se esforzara en ocultarla entre tinieblas.

Acorralarle no sirve de nada —se dijo—. Un tigre enjaulado puede resultar mortal de mil formas que ni siquiera alcanzas a imaginar.

—Investigué sobre casos de marcas de nacimiento —dijo Luis, quien no quería caer en el error de querer clavar tornillos a martillazos—, tal como sugeriste. Tenías razón.

Nono respondió distraídamente motivado por el vago interés que aquello resultó despertar en él.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y no hay motivos por los que descartar categóricamente la posibilidad de un renacimiento.

Los martillos son para los clavos.

Abstraído al escuchar a Luis Velasco hablarle de los episodios de renacimientos con absoluto convencimiento, Nono recordó el cuaderno de notas, el mensaje oculto en el obús y la sensación de formar parte de algo mayor al reconocer las siglas FAH inscritas en este al visitar la casa de Luis Velasco en Pontedeume.

—Una cosa es que haya una posibilidad —respondió reticente a soltar lastre de una vez por todas y dejarse llevar—, y otra muy distinta es que sea el caso de vuestro hijo.

Luis tomó la respuesta de Nono como una contraoferta sobre la que seguir trabajando para llegar a un posible entendimiento. Extrajo el teléfono móvil del bolsillo interior de su chaquetilla vaquera *low cost* y buscó entre las últimas imágenes dentro del carrete fotográfico. Depositó el teléfono sobre la gran mesa de baldosas verdes, en la cocina, y se lo acercó a Nono para que pudiera verlo con sus propios ojos. Saltó de una imagen a la siguiente y luego al revés, hacia el lado contrario. Eran las fotos de las marcas en las muñecas y en la cabeza del pequeño Marc.

—Todos tenemos marcas de nacimiento —observó Nono.

Después dispuso el dedo índice de su mano en forma de gancho, se lo acercó al cuello de la camiseta y tiró de la banda elástica con firmeza dejando a la vista una parte sustancial de piel más oscura que el resto de su cuerpo producto de haber jugado con fuegos artificiales sin licencia para ello.

—Todos tenemos algo, sí. Pero que mi hijo tenga sendas circunferencias en las muñecas y una línea recta perfecta en la coronilla —dijo Luis en alusión a las heridas mortales de su abuelo Martín—... Déjame que te diga algo: si esto es fruto de la casualidad, que me parta un mal rayo ahora mismo. Mira... —continuó Luis—, no tengo la menor idea de lo que significa todo esto... —Por todo *esto*, Luis se refería simple y llanamente a todo lo que había descolocado más aún su vida en los últimos días: a la visita de Nono y Sandra, a las palabras de su madre, Aurora, a los estudios que había visto con sus propios ojos, a lo que la ciencia supiera o dejara de saber al respecto de la rara enfermedad del pequeño Marc—. Necesito alguien que me lo explique. Y que lo haga *ahora*.

Después matizó, para despejar cualquier duda:

—Como si fuera el tonto de la clase.

Nono inspiró una larga bocanada de aire, se dejó caer hacia atrás sobre el respaldo del asiento de madera y dejó vagar su

mirada sin una dirección definida mientras contemplaba sus opciones. Podía enviárselos a Lisardo y que fuera él quien asumiera toda la responsabilidad de conducirles por el camino de la insensatez. Por lo poco que le conocía, sabía que recibiría la petición de ayuda de Luis Velasco como poco menos que una bendición. Y, después de todo, la idea había sido del propio Lisardo, qué cojones. Por otro lado, aquel era un movimiento que su madre jamás le perdonaría. Con Lisardo obnubilado por la posibilidad de dar el salto en su carrera profesional, su relación con Sonsoles pasaría automáticamente a un ultimísimo plano. Tu casa ardiendo, tu mujer con otro y en tu casa un avispero, ¿a por qué irías primero? En tu culo un avispero. Y el avispero llevaba el nombre de una o varias denuncias por fraude, quién podía saberlo con exactitud, y los ahorros de toda su vida desvaneciéndose para siempre. Era momento de dar por terminada la conversación.

—Mira… no sé qué más quieres que te diga.

Luis suspiró con fuerza y, como quien se dice a sí mismo que lo ha intentado todo por las buenas, procedió a decirle a Nono cómo iba a seguir su relación de ahí en adelante:

—Está bien, está bien… —dijo alzándose del asiento—, así es como tú lo has querido, Javier Garrido.

La expresión de sorpresa en la cara de Nono ayudó a Luis a crecerse un poco más.

—Oh, sí. Sabemos bien quién eres y a lo que te dedicas —dijo Luis—. Y te recomiendo ser un poco más precavido al enviar mensajes a tus víctimas, no vaya a ser que acabes aireando todos tus trapos sucios por descuido…

Luis localizó en su teléfono móvil la carpeta con los informes internos de Rekobra sobre sus prácticas abusivas. Bendito almacenaje de documentos en la nube.

—Y déjame que te diga que tienes unos cuantos trapos sucios…, guao. Seguro que haríamos muy bien en coger unas capturas de los últimos mensajes que nos enviaste para darles un poco de *aire*, ¿no te parece?

La situación no podía estar más clara para Nono: no solamente le constaba una denuncia encima por diversos fraudes, había perdido todo su dinero, su empleo, su proyecto de inversión en ladrillo, todo, absolutamente todo, sino que además tenía que subirse por fuerza a una montaña rusa desengrasada, sin las últimas diez revisiones técnicas superadas y con un macaco aporreando botones y palancas en la cabina de control.

—Ahora que ya nos conocemos —dijo Luis con sorna—, ¿puedo preguntarte algo?

—Tú mismo.

—¿Por qué te haces llamar Nono?

El trabajo de recuperador de cobros no era algo que pudiera hacer cualquiera, no al menos para poder vivir dignamente de ello. ¿Quieres ceñirte a las reglas? Prepárate para echarte a llorar cuando entre tu nómina mensual y veas que tus comisiones no llegan ni para pagarte unas vacaciones en una pensión de mala muerte en Benidorm.

—Si quieres rascar un dinero serio como cobrador —respondió Nono sincerándose—, tienes que ir con el cuchillo entre los dientes: no, no, no, no y más no a todo lo que te digan tus víctimas. *Nono.*

Acto seguido, inspiró largo y profundo antes de lanzarse al vacío hacia un futuro que solo podía pintar de negro.

—¿Qué queréis que haga?

—Ya te lo he dicho antes —se reafirmó Luis—, que te mojes de una vez y nos ayudes con todo esto del dichoso renacimiento.

Al menos, pensó Nono, aún podía salvar la relación con su madre dejando a Lisardo a un lado de todo aquel circo, alejándole de todo posible contacto con Luis Velasco. Su madre era, después de todo, el único activo que le quedaría después de la debacle. Meter a Lisardo en la ecuación significaría una ruptura definitiva con ella.

—Por cierto —añadió Luis antes de despedirse—, y más te vale venir acompañado de tu amigo el investigador, ¿entendido?

***

Los quioscos de la Rambla de Barcelona a finales de los años sesenta controlaban cómodamente el monopolio de reventa de cromos, o al menos así lo hicieron durante muchos años hasta que un chaval de unos diez u once años comenzó a inflarles las pelotas a los quiosqueros haciéndoles la competencia después de darse cuenta del valor que estos tenían entre los críos de su edad. El muchacho les ofreció llegar un acuerdo de no competencia bajo la amenaza de echarles el negocio abajo, y estos acabaron aceptando porque no les quedaba otra: el chico conocía mejor que nadie a los coleccionistas. Joan Mendoza, un tipo curtido que llevaba más de cincuenta años en el negocio y portavoz de los quiosqueros afectados, llegó a decir que el crío los tenía de plomo y que algún día sería un cabronazo de cuidado. Más adelante, este mismo chaval, solamente un poco más crecido, comenzó a pasar sus tardes en las cajas registradoras de los supermercados pidiéndole a las señoras los recibos de sus compras, sumando infinitos puntos promocionales que después

canjeaba por todo tipo de productos (batidoras, secadores de pelo, ese tipo de artículos) que luego vendía en los mercadillos callejeros sacándose una buena tajada. El chaval continuó haciendo crecer sus negocios hasta haber montado un entramado empresarial en el que tenían cabida todo tipo de empresas siempre al borde de la legalidad. Y ahora, por primera vez en su vida, a Emiliano Sogorb iba a venírsele todo abajo si no conseguía echarle el muerto a otro.

Con una barriga más que prominente, Sogorb tuvo que hacer un notable esfuerzo para acercar sus dedos de longaniza hasta el dispositivo a través del que se comunicaba con el conductor de su limusina, situado en el compartimento central tras el respaldo del mismo chófer. El mecanismo llevaba tiempo dando problemas, por lo que no consiguió hacerse escuchar hasta después de haber recibido un par de secos latigazos en sus discos intervertebrales a causa de los socavones en la carretera.

—Ten cuidado con los baches —le dijo a su chófer en un tono próximo a la amenaza de despido—, por tus muertos.

Después, Sogorb bajó la ventanilla situada a su derecha y escupió lo que quedaba del puro sobre la carretera que discurría hasta el faro de Cabo Prior. Cayó sobre un pequeño charco que tardó en acabar con la existencia del cigarro, que se resistió a morir ahogado de aquella manera.

No es que los paisanos no vieran coches de alta gama con cierta frecuencia por aquellos lares; de hecho, la zona estaba cobrando cierta fama entre nórdicos acaudalados que buscaban un lugar donde desaparecer del mundo. Pero una cosa era un coche de alta gama y otra bien distinta una limusina de representación como la que usaba Sogorb en sus desplazamientos, de un color negro brillante en cuya superficie se reflejaban los verdes campos a su alrededor como un agujero negro capaz de devorar todo rastro de vida a su paso. Sogorb necesitaba espacio para viajar y celebrar reuniones al mismo tiempo, y aquella limusina era perfecta para ello. Podía igualmente pedirle a Carlos, su chófer, que diera una vuelta mientras transcurría la reunión de rigor, envolviéndola en un halo de frustración para aquellos con los que se reunía al sentir haberse metido en la boca del lobo.

—Ya hemos llegado, señor.

Una vez se detuvo el vehículo junto a la rampa exterior de la casa de Sonsoles, Sogorb descendió una pierna y permaneció con el resto de su cuerpo dentro del coche. Entrar y salir suponía un titánico castigo físico al que no estaba dispuesto a someterse si no era absolutamente necesario. Con su traje impecable y su aura de poder, Sogorb se sintió dueño y señor de todo lo visible,

aunque para los pocos transeúntes pasara totalmente desapercibido más allá de lo anecdótico del flamante vehículo en el que aguardaba sentado.

—¿Quiere que llame a la puerta, señor?

—No hará falta —respondió Sogorb. Su sola presencia debía bastar para que el universo de materia a su alrededor respondiera a sus antojos dándole lo que quería. Así que se limitó a esperar convencido de que no pasarían más de un par de minutos antes de que alguien saliera a recibirle. Miró su reloj de muñeca y, sin la menor preocupación comenzó una cuenta atrás desde el tres, hasta el dos, hasta el uno…

El portalón comenzó a rugir al momento. Nono sabía que Sogorb no era trigo limpio, pero no llegaba a sentirse tan amenazado como para no plantarle cara ahora que se presentaba la oportunidad. Tenía, eso sí, que ir con sumo cuidado. Los dos sabían —o creían saber— quién de los dos tenía todas de perder.

—Sube, hijo.

Ignorando la repugnante muestra de falso paternalismo, Nono cerró el portalón a sus espaldas y caminó cuesta arriba durante un par de metros hasta llegar a la altura del parachoques en el lado del copiloto, donde tuvo la precaución de detenerse. La puerta trasera del lado opuesto se abrió de forma casi mágica, invitándole a entrar en la lujosa limusina.

—Te he dicho que subas —insistió Sogorb, quien metió la pierna y cerró la puerta de un fuerte tirón.

Nono echó la vista atrás y se sintió arrastrado hacia el fondo del lecho marino sin ser capaz de hacer nada por evitarlo. El sueño convertido en pesadilla.

Caminó alrededor del coche por la parte delantera echando una buena mirada a través del parabrisas frontal buscando una señal de humanidad en el chófer. La expresión natural en la cara de Carlos, para su desconsuelo, era la del líder de una mara salvadoreña pese a ser un tipo especialmente afable prácticamente la mayor parte del tiempo. Tragó saliva y subió al vehículo consciente de que podía tratarse de la peor decisión de su vida. El frescor de la tapicería de cuero en su espalda le hizo salir del momento de trance y esperó que Sogorb dijera lo que hubiera ido a decirle.

—Dime que ese Luis Velasco no te ha camelado.

—¿Por qué iba a camelarme?

Sogorb buscó acomodo en el asiento de cuero, haciéndolo sonar de una forma estridente.

—Lejos de cumplir tu cometido —dijo—, nos has puesto las cosas aún más difíciles.

—¿A qué se refiere?

—Mira, hijo, conmigo no te hagas el bobo.

—Dígame en primer lugar qué cojones ha hecho para bloquear todo mi dinero y luego veremos a dónde nos conduce la conversación.

—Ah, sí… Dulce rendimiento…

—¿Dulce rendimiento?

—Sí, amigo —respondió Sogorb disfrutando cada segundo—. Dulce rendimiento. Y créeme si te digo que perder tus ahorros no es el peor de tus problemas ahora mismo.

—¿De qué cojones está hablando?

Sogorb abrió la caja de madera y extrajo de esta un cigarro que procedió a cercenar con su cortapuros de oro amarillo de Tiffany & Co.

—No sabes lo que has firmado. En serio, *no* lo sabes.

Aquello no era del todo cierto. Aunque Nono no sabía exactamente lo que había firmado, Velayos le había dado una pista bastante bien encaminada sobre todo lo que Sogorb podía haber orquestado en su nombre.

—Tengo una ligera idea.

Después de guardar silencio durante un par de segundos, Sogorb rompió a reír soltando una sombría carcajada que terminó en una interminable sucesión de tosidos abigarrados.

—Y tan *ligera* —consiguió decir entre toses.

Nono esperó a que Sogorb recuperara el aliento.

—No ha venido hasta aquí para soltarme algo que podía decirme por teléfono en cualquier momento, ¿verdad?

—Si te dignaras a contestar mis llamadas… —respondió Sogorb con la voz de un casquivano senador en la antigua Roma.

Nono guardó silencio.

—Tu amigo Luis Velasco está haciéndonos la guerra por su cuenta.

Nono abrió la boca como si tuviera algo que decir, pero no consiguió articular palabra.

—¿Sorprendido?

Lo estaba, estaba realmente sorprendido. Bien visto, Sogorb.

—Me pregunto cómo puede haber llegado hasta sus oídos el santo nombre de Rekobra para ponerse ahora a echarnos mierda por todo medio posible. ¿Se te ocurre cómo puede haber sucedido algo así?

Nono reparó en los ojos de Carlos, el chófer, que aparecían y desaparecían en el espejo retrovisor atentos a sus reacciones. Después negó con un movimiento de cabeza y respondió secamente a la pregunta:

—No sé cómo puede haberse enterado.

—Claro, claro… Tú solo quieres tu dinero, ¿a que sí? Y que te dejen vivir tranquilo, como todo el mundo.

Sogorb comenzó a quemar el pie de su puro marca Montecristo 1935, a razón de cien euros la unidad, en una liturgia para la que se esforzó en demostrar no tener ninguna prisa. Nono trató sin éxito de hacer descender la ventana a su izquierda y después volvió a cruzar miradas de suspicacia con Carlos en el retrovisor. «Este cabrón se debe creer piloto de Boeing tocando los botoncitos», pensó.

Sogorb contempló el Montecristo humeando entre sus dedos como quien observa con satisfacción el desarrollo muscular de su caballo de carreras. Después se lo llevó a la boca y le propinó una sucesión de apretones que hicieron casi imposible respirar en la cabina trasera del vehículo. Nono trató de oxigenar el ambiente dando fuertes y repetitivos manotazos en el aire. Probablemente el propósito de Sogorb consistía en hacerle perder el conocimiento, llevárselo a lo alto de un cerro y lanzar su cuerpo inconsciente a los acantilados.

—No he venido a pelearme contigo —dijo Sogorb mostrándose magnánimo. Con un sutil ademán se dirigió hacia Carlos, quien procedió a desbloquear el control de las ventanillas desde el asiento trasero. Nono se apresuró a bajar la ventanilla y respiró una profunda bocanada de aire fresco—. Vengo a proponerte hacer borrón y cuenta nueva.

—¿Eso implica devolverme mi dinero?

—Así es.

Sogorb era plenamente consciente de que, aunque cien mil euros pudieran parecer una suma considerable para el ciudadano promedio, este importe de dinero palidecía en comparación con lo que le costaría a Nono enfrentarse a años de litigios. Y no solo para intentar implicar a Sogorb en el fraude financiero orquestado en su contra, sino incluso para probar su propia inocencia.

—En realidad implica mucho más que devolverte tu dinero —añadió Sogorb.

Buenas noticias para Nono, quien se irguió en el asiento de cuero con esperanzas renovadas. Solo tenía que asegurarse de no volver a ser víctima de su manipulación, algo que no debía ser difícil de conseguir ahora que sabía estar en su punto de mira.

—Quiero mi dinero en una cuenta personal que crearé hoy mismo a tales efectos —exigió Nono sin titubeos—, ¿entendido? Además, quiero que la devolución se realice a través de una entidad reconocida, nada de…

—Eh, eh, eh… —le cortó Sogorb rápidamente—. Las cosas de palacio van despacio, ¿no te sabías esa?

El asiento de cuero pareció succionarle a Nono todo rastro de energía vital como un improvisado aparato de tortura psicológica. Decir que «las cosas de palacio iban despacio» solo era una forma de desmentir la anterior propuesta de entendimiento. El propio Nono reconoció haber recurrido a esa táctica en incontables de ocasiones: ofrecer algo jugoso, algo con lo que alumbrar una tenue luz en el camino, y a continuación revelar de forma sutil —a ser posible, recurriendo a una frase hecha— por qué lo único que importaba era salirse con la suya.

—Me vas a contar algo sobre Luis Velasco —continuó Sogorb en tono solemne—, un trapo sucio, un trapo muy, muy, muy, muy sucio. Tan sucio que da vergüenza hasta decirlo en voz alta, ¿entiendes del tipo de trapo sucio al que me refiero, mequetrefe?

La estrategia de Sogorb estaba clara.

—¿Un trapo sucio de Luis Velasco? —A Nono le resultó absurdo tratar de sacarle la punta a un lapicero perfectamente afilado—, ese tío no ha roto un plato en su vida.

Sogorb avivó el Montecristo dándole una serie de firmes caladas.

—Vamos a ver, tú quieres recuperar tu dinero y esas cosas, ¿no es así?

—Así es.

—Pues ya puedes ir arreglándotelas para darme un jodido pelotazo. Y por jodido pelotazo quiero decir algo que haga a este tío cagarse en su miserable existencia.

Nono se sitió como un idiota por pensar que todo aquello iba a terminar tan fácilmente.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Eh, Carlitos —Sogorb requirió la atención de su chófer—. Este pregunta que cuánto tiempo tiene.

El conductor respondió con una carcajada muda. Saltaba a la vista el respeto que le infundía su jefe, su propietario, por lo que no quería hacerse notar más de la cuenta.

Sogorb miró la hora en su reloj de pulsera.

—El tiempo que tienes es un minuto contando a partir de ahora. Cincuenta y nueve segundos. Cincuenta y ocho. ¡Vamos, hombre, que no tengo todo el puto día! Y, además, el campo me da ganas de vomitar.

En la cara de Sogorb no había rastro que indicara la presión que estaba sufriendo en aquel preciso momento. Solo había condescendencia y una parsimonia absoluta.

—Cincuenta segundos y tu dinero está a punto de esfumarse

para siempre.

Quizás no para Sogorb, pero para alguien como Nono, cien mil euros era mucho dinero, ya creía que sí. Cualquier persona habría hecho lo mismo en su situación, ¿no era así? ¿O ahora íbamos a ser todos santa Teresa de Calcuta?

Nono se concedió cinco segundos más para tomar una decisión. El camino correcto estaba claro.

—Esto no es un trapo sucio como tal, pero…

Sogorb le miró expectante. Quizás Carlos tuviera que explicárselo mejor al muchacho.

—¿Pero?

—Ese hombre —dijo, refiriéndose a Luis Velasco— está buscando explicaciones paranormales para encontrarle una cura a su hijo.

Sogorb meneó la cabeza como un toro de lidia bramando y atizando la arena del ruedo antes de salir a empitonar al primero que se le pusiera por delante. Ni se molestó en decirle que con eso no tenía ni para empezar.

—Vas a tener que esforzarte un poco más.

«Dios santo —pensó Nono, presa de la frustración—, nunca va a ser suficiente. Nunca».

—Una llamada. —Sogorb rompió el silencio metiendo un nuevo aliciente en la conversación—. Una sola llamada y tendrás el dinero en tu cuenta en el día. Y ni el menor indicio de tus incursiones en el lado oscuro de las finanzas… Como te he dicho antes, borrón y cuenta nueva.

—¿Se puede saber qué ha hecho, cabronazo hijo de la gran puta? —dijo Nono. El tono de sus palabras no era de amenaza sino de desesperación.

Sogorb elevó sus cejas gruesas como cepillos de limpiar zapatos.

—Has sido pero que muy, muy codicioso últimamente —dijo, y miró con fingida sorpresa el reloj en su muñeca—: ¡Diez segundos! ¡Nueve!

«Está bien, hijo de puta. Quieres algo, pues aquí lo tienes».

—Luis Velasco mencionó ser el legítimo heredero de dos cuadros del Greco —respondió Nono pesadamente, aunque no pensaba que aquella información fuera a trascender más allá de lo anecdótico—. Quizás los estén buscando ahora mismo.

—¿De qué coño me estás hablando?

—De dos cuadros…

—Sí, joder, sí, eso ya lo has dicho. Era una pregunta retórica, ¿entiendes?, una pregunta retórica.

Capaz de sacar petróleo de un charco de meados secos, Sogorb reconoció tener más que suficiente para devaluar todo intento de

Luis Velasco por hundir su negocio. Cruzó miradas con Carlos en el retrovisor. La puerta a la izquierda de Nono se abrió automáticamente, una invitación a abandonar la lujosa limusina.

—Eh, eh, un momento, ¿qué hay de mi dinero?

En un esfuerzo épico dada su complexión, Sogorb consiguió rotar su cuerpo ligeramente hacia el lado en el que se encontraba Nono y comenzó a propinarle patadas con el exterior de su lustroso zapato.

—¡Fuera de aquí, sanguijuela!, ¡Largo de aquí!

Consciente de no estar en posición de arremeter contra ciento veinte kilos de materia grasa y seguro que algo de hipertrofia muscular en su tren inferior, a Nono no le quedó más remedio que salir del vehículo para verlo alejarse de brazos cruzados por la destartalada carretera. Sogorb no tenía pensado devolverle su dinero, lo que le hizo sentirse una vez más como un ingenuo confiado. Por otra parte, acababa de revelarle al tío más hijo de puta del mundo una información sobre Luis Velasco que nadie en este mundo tenía por qué saber. En el lado bueno, ¿qué podía hacer Sogorb con esa vaga información? Ignoró una vez más que, dándole el enfoque adecuado, el líder de Rekobra era muy capaz de tergiversarlo todo hasta el punto de hacer quedar a Luis Velasco como el más interesado, insensible y codicioso padre del mundo.

Capítulo 28

Condujía Helena. Luis alzó su mentón y abrió los ojos como un lagarto para indicarle la salida de la AP-9 hacia la carretera que iba hasta Cedeira. Ella ignoró sus indicaciones.

—Gira a la derecha —le indicó Luis, buen conocedor del camino hacia Cabo Prior, y elevó la vista acto seguido. «Could you say me why Astano non fai barcos?». La reivindicación de aquel mensaje impreso con caligrafía atropellada sobre la destartalada fachada del viejo edificio abandonado del Consorcio de Transportes resistía imperturbable el paso de los años.

—Si necesitara un GPS para llegar hasta Cabo Prior —le advirtió Helena— me lo habría puesto en el teléfono móvil, ¿no te parece?

Luis selló sus labios con una cremallera imaginaria. El silencio duró apenas unos segundos. Ni siquiera se habían puesto de acuerdo sobre la estrategia a adoptar frente a su recién revelado enemigo.

Veinte minutos después en aquella mañana de domingo llegaron hasta la entrada al chalé de Sonsoles donde vivía el desenmascarado Javier Garrido. La sensación de estar a punto de dar un paso al frente hacia lo desconocido no le restó emoción alguna al viaje. Helena giró lentamente aparcando en la rampa de entrada y tiró del freno de mano como si quisiera clavar el Ford Focus sobre el hormigón armado. Luis exageró su sorpresa por aquel tirón a todas luces inesperado.

—Tranquila. —Inclinó la cabeza hasta que sus globos oculares quedaron a punto de desaparecer bajo sus párpados superiores—. De aquí no se va a mover.

—¿Preparado, Sherlock?

Luis se sintió reconfortado. Por una vez, Helena no se refería a sus iniciativas investigadoras en términos que le hacían sentirse ridículo. Inspiró con fuerza y, a continuación, dejó que su diafragma volviera progresivamente a recuperar su posición normal.

—A por ello.

Nono salió a recibirles al pesado portalón de entrada al jardín de la vivienda. Se había comprometido a ayudarles (aunque no sabía bien a qué), así que decidió no oponer más resistencia y seguirles la corriente. Tenía un aspecto claramente desaliñado y la expresión en su cara de estar esperando un inmediato ataque sorpresa por cualquier lado de la carretera. No tener noticias de

Sogorb después de su reciente visita solo podía ser sinónimo de los peores presagios, con un silencio administrativo que dictaba una sentencia que podía ejecutarse en cualquier momento. Ya había recogido sus escasas pertenencias y pensaba desaparecer de la vista de Sonsoles en las horas siguientes. Daba por hecho que su madre cortaría definitivamente todos los lazos con él al ver a Lisardo unirse a la reunión con Luis Velasco y su mujer.

Se saludaron secamente y, no sin echar antes un último vistazo temeroso a los dos lados de la carretera, Nono cerró el portalón y procedió a acompañarlos hacia el interior de la vivienda, a la sala de estar de la planta baja.

Segundos después llegó Lisardo en su impecable Lancia Dedra. Vestía con su habitual atuendo de señor mayor, con los pantalones de pinza color caqui y una camisa blanca sin ningún tipo de marca o logotipo reconocible.

—No podías llegar en mejor momento —dijo Nono con inquina al salir a recibirle.

Una vez en la sala de estar, Lisardo tomó asiento y sus brazos cayeron lánguidos a ambos lados de su tronco como dos espárragos sin rastro de circulación de savia vital. Nono le miró con desconfianza. Si lo que había afirmado su madre unos días antes era cierto y el tipo con aspecto de mojigato resultaba ser un farsante... Dios, ¿desde cuándo su madre tenía debilidad por los tipos como este, con horchata en las venas, en lugar de sangre?

Nono le observó discretamente antes de coger una silla que había junto a la mesilla auxiliar para sentarse a cierta distancia de él. ¿En qué narices estaba pensando cuando alumbró la idea de poner a esos dos infelices, con la que ya tenían encima, a merced de las pajas mentales de un majadero como el que podía acabar resultando ser Lisardo? Si acabar siendo el principal villano en un reportaje a toda página sobre la criminalidad de las empresas de cobro de deudas no era suficiente castigo —Velayos había sido muy claro en eso: el reportaje tenía luz verde por parte de la dirección editorial del periódico—, poner en ridículo a la familia de Luis Velasco de aquella manera era la guinda para acabar de convertirse en el tipo más odiado del planeta. No le habían dejado otra alternativa. La cárcel empezaba a no sonar tan mala opción.

Después de presentarlo como un especialista en el estudio de los casos de renacimientos, Nono descargó en Lisardo la responsabilidad de satisfacer todas las dudas de la pareja y se cruzó de brazos dispuesto a no aportar absolutamente nada a la conversación. Cuando menos dijera, tanto mejor para él.

Ansioso de entrar en faena, Luis se dirigió directamente hacia

Lisardo.

—¿Y dices que trabajas en…? —le preguntó inquisitivamente antes siquiera de dejarle quitarse su cazadora de entretiempo.

Lisardo gesticuló una mueca bonachona. La mueca de una persona capaz de repetir la misma explicación doscientas veces a sus sobrinos preguntándole si los fantasmas existían, solamente por no herir sus sentimientos.

—En el departamento de ciencias neuroconductuales —respondió académicamente—. Ya contamos con…

Nono le miró sabiendo lo que venía a continuación y añadió con sorna:

—Con nuestro departamento propio.

Quizás lo más sensato fuera restarle a Lisardo toda credibilidad cuanto antes. Luis y su mujer perderían todo interés en los renacimientos y Lisardo buscaría ahogar sus penas en el confort que sin duda su madre estaría dispuesta a darle después de dedicarle unas caras largas.

—En la USC —matizó Lisardo.

Por muchas siglas que Luis estuviera acostumbrado a ver en su cruzada personal por aprenderlo todo sobre la enfermedad de Marc, esas siglas en concreto le resultaron totalmente desconocidas.

—¿USC? —preguntó.

—La Universidad de Santiago.

Luis asintió como un autómata y siguió empecinado en satisfacer en primer lugar sus inquietudes más inmediatas.

—¿Y en qué consiste exactamente tu trabajo en la universidad?

Su lado escéptico, esa reminiscencia de vivir con Helena durante más de quince largos años de cuestionarlo todo y creer muy poco, necesitaba un dique de contención para el aluvión de objeciones que inundaban su mente.

—Hacemos de enlace para la Universidad de Virginia.

Nono no se vio capaz de reprimir un esbozo de sonrisa al escuchar a Lisardo fantasear de aquella manera, sin duda condicionado por lo que su madre le había contado de él. Una mala idea cuando lo último que necesitaba Luis Velasco en aquel momento de su vida era cualquier indicio de ser la víctima de una tomadura de pelo. O tal vez sí, pensándolo bien.

El propio Nono reconoció al momento lo desafortunado de su reacción y esperó que esta hubiera pasado desapercibida.

—¿Cuál decías que era tu contacto en Estados Unidos? —le preguntó a Lisardo creando una distracción en la conversación. Si era el fraude que su madre le había pintado, no tardaría en caer en alguna contradicción.

—Jim Tucker.
—¿Y el otro? —Con el dedo índice, Nono esbozó una secuencia de círculos imaginarios en el aire—. ¿El primero en estudiar todo esto?
—No fue el primero, pero…
—Pero sí uno de los primeros, ¿no?
—Eso sí.
—¿Entonces?
—Ian Stevenson.
Como si le hiciera falta resuello para asimilar la información, Luis respiró hondo y continuó formulando preguntas con las que esperaba superar el primer obstáculo y más complejo obstáculo de todos: el de la confianza.
—¿Me estáis diciendo que se destina dinero de las arcas públicas para estudiar casos de… —dudó sobre cuál era el léxico más adecuado para expresarlo—… casos de renacimientos?
Sus palabras hicieron mella en la empatía que Lisardo solía sentir de fábrica prácticamente hacia cualquier persona.
—Con más limitaciones que en Estados Unidos —respondió, con molestia contenida—, pero sí, aquí también se destina cierta cantidad de dinero público para estudiar las ciencias neuroconductuales.
—¿Y a qué os dedicáis? —preguntó Luis.
A Nono le resultó evidente que la entrada de Lisardo en escena no estaba siendo el revulsivo que había esperado que fuera. Tampoco lo arregló Helena al añadir de una forma que a Luis le resultó grosera y poco afortunada:
—¿A la güija?
En su posición marcadamente a la defensiva, con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo, Lisardo miró hacia Nono con un leve movimiento ocular. Entonces volvió a centrar su mirada sobre el mantel de flores que cubría la mesa y después volvió a clavar los ojos en su escéptico público:
—Estoy absolutamente convencido de que nuestros colegas del departamento de Estudios Perceptuales de Virginia documentan y analizan *es-cru-pu-lo-sa-men-te* los datos que recopilan con respecto a las experiencias que sugieren que la mente y el cerebro pueden ser distintos… separables —rebuscó en su repertorio la palabra más adecuada—, y que la conciencia humana puede persistir más allá de la muerte corporal.
—No, no, no. —Helena se cerró repentinamente en banda, adoptando ahora un nivel de hermetismo mayor aún, si aquello era posible.
Lisardo le respondió con firmeza, no sin antes dedicarle una

mueca de incredulidad:

—¿Cómo que *no, no, no*?

—La conciencia está ligada al cerebro —respondió ella, negando con la cabeza—. Si no hay cerebro, no hay conciencia.

Lisardo tomó aire antes de responderle. Le viniera o no de serie, saltaba a la vista la mano izquierda de la que el estudioso hacía gala lidiando con el escepticismo natural a su alrededor.

—¿Y qué autoridad eres tú para afirmar eso con tanta seguridad?

Helena miró hacia Luis y, gesticulando un paréntesis con las manos, respondió:

—Olvidé mencionar que, aparte de médica, soy una atea convencida. La vida después de la muerte no es más que una fantochada igual de creíble que Papá Noel, lo mismo que el cielo y el infierno.

Meciéndose el mentón con los dedos índice y pulgar, Lisardo trató de contenerse resoplando una vez tras otra. Aunque sus rasgos faciales apenas demostraban signos de inquietud, un pequeño Lisardo dentro de su cabeza se esforzaba en tirar del freno de mano con todas sus fuerzas.

—¿Quién está hablando aquí de cielos o de infiernos? —acertó a decir finalmente con voz sosegada.

Helena calló, Luis se limitó a elevar las cejas por toda respuesta y Lisardo añadió:

—Hablamos de la conciencia.

Después, acompañó sus palabras de un movimiento con la mano que recordaba a lo que sería la parafernalia visual de echarse un conjuro a uno mismo.

—Con-cien-cia —repitió—, ¿se entiende?

—Sí —respondió Helena con firmeza—, claro que se entiende.

—Permíteme que lo ponga en duda.

A Helena le sorprendió aquel ardid cuya única finalidad podía ser perfectamente la de poner en evidencia su ignorancia.

Con la seguridad de quien tiene el conocimiento de su lado, Lisardo continuó la conversación en términos cordiales, pero sin dejarse arredrar en ningún momento.

—¿Qué crees que sabes de la conciencia?

—Creo... —respondió Helena tras cierta vacilación—, no creo, *sé* que la conciencia es el producto de la evolución del cerebro humano.

—Vamos a ver...

Helena asintió sin gran entusiasmo y dejó a Lisardo continuar con su disertación.

—Se te pueden ocurrir mil objeciones para no creer que *una*

conciencia pueda viajar libremente de un cuerpo a otro —adelante con la artillería—. Las conocemos de sobra, ¿verdad? Comenzando por el reducido número de casos, que en realidad es discutible, porque ¿cuántos casos hay en el mundo para algunas enfermedades consideradas rarísimas? Muy pocos, como tú bien sabes; aparte, está la fragilidad de los recuerdos en los casos de renacimientos… especialmente en los niños, además del fraude o, sin ir más lejos, de nuestro simple desconocimiento de la relación entre el cuerpo y la mente.

—¿Lo ves? —Helena elevó las cejas y abrió los ojos de par en par—. Tú mismo me lo estás reconociendo.

Lisardo se llevó las manos hacia la cara, se buscó el tabique nasal y lo masajeó elevando sus gafas metálicas con los nudillos. No podía creer tanta dureza de mollera. O pensándolo bien, sí que podía creerla. La tenía delante en aquel instante.

Después empezó a sisear para el botón de su camisa, cualquiera habría dicho que como un completo majadero:

—… dos partículas subatómicas pueden presentar dos realidades distintas —balbuceó contrariado—, y aún hay gente por el mundo dudando de la volatilidad de la conciencia…

Luis y Helena intercambiaron miradas, aunque fue Luis quien manifestó sus dudas al respecto:

—¿Se puede saber qué tiene eso que ver con la enfermedad de mi hijo?

Lisardo reordenó las ideas en su cabeza y optó por tomar una vía más fácil de explicar. Sin mediar palabra, se levantó de la silla y centró su atención en el alféizar de la ventana que daba al jardín, hacia donde se dirigió caminando pausadamente. Una vez junto al alféizar, con Sonsoles al fondo del jardín, junto a las hortensias, Lisardo centró su atención en las carnosas hojas de la planta conocida como un «collar de corazones» que colgaba exuberante desde una pequeña maceta de barro allí colocada. Sus flores eran tubulares, hinchadas en la base y con cinco lóbulos en forma de ganchos peludos de color rojo oscuro casi negro, que se juntaban formando una especie de jaula realmente llamativa.

Lisardo agarró la maceta con las dos manos y, cuidadosamente, se giró para regresar a su asiento y una vez junto a la mesa, colocó la maceta en el punto central de aquella, dejando los interminables tallos colgar hasta el suelo por el precipicio.

Miró directamente hacia Nono:

—¿Dirías que una persona puede hacer que una planta crezca a un ritmo diferente con solo pensar en ello?

Luis soltó una forzada carcajada de incredulidad.

—Yo diría que sí —respondió Nono, y buscó el contacto visual

con Luis, quien le devolvió una mirada poco esponjosa y aún menos receptiva.

—¿Por qué tendría que ser una locura? —añadió el propio Nono, acto seguido. Si bien podía no tener mucho que aportar a la conversación, quizás pudiera empujarla hacia adelante y tal vez acabarían antes con el paripé.

Lisardo observó a Luis tratando de encontrar en él una brecha en la capa de incredulidad con la que resultaba obvio lo mucho que se estaba esforzando en protegerse.

—Se llama «interacción mental directa con sistemas vivos» —explicó Lisardo—, y estoy convencido de lo mucho que os sorprendería saber la cantidad de estudios que se han dedicado a comprobar cuánto de cierto hay en ello.

—Patrocinado por floristerías Colvin —bromeó Luis con escepticismo, aunque Lisardo apenas respondió con el lejano esbozo de una sonrisa.

—Poco vamos a avanzar si seguís cerrándoos en banda de esta manera —dijo Lisardo—, de eso no me cabe la menor duda.

—Lo de las flores me parece circunstancial —respondió Luis dejando de asomar un pequeño amago de arrogancia.

—Si eso fuera lo único, tal vez —respondió Lisardo, seguro de contar con una buena batería de recursos adicionales—. ¿Y si te digo que al menos ciento treinta estudios han encontrado una relación más que probable al estudiar, ojo, en un laboratorio, la interacción de la mente humana curando heridas de animales o haciendo crecer bacterias o reduciendo el tamaño de ciertos tumores?

—Te diría que dependerá de lo que consideras más que probable.

Lisardo tragó saliva repetidas veces, una muletilla que arrastraba desde su infancia y que anunciaba cada vez que estaba a punto de revelar algo que consideraba importante.

—Hablamos de una posibilidad entre cien de que esa influencia aparente de la mente se deba a una cuestión de pura casualidad. ¡Una entre cien!

Quizás bajo esa máscara de incredulidad en Luis, la brecha estuviera cediendo espacio por el que atacarle, después de todo.

Lisardo trató de aprovechar la inercia para rematar su argumentación con un ejemplo más sobre lo inexplicable presente dentro de lo cotidiano:

—¿Te has sentido alguna vez observado y al girar la cabeza encontraste una mirada clavada en tu cogote?

Nono levantó enérgicamente la mano, con la palma hacia el frente.

—A mí me pasa constantemente —reconoció el propio Nono, y añadió—: Siempre miran hacia otro lado disimulando de forma lamentable.

—Pues es exactamente lo mismo: una interacción mental directa que tiene lugar entre seres vivos.

—Vaya soberana tontería —dijo Luis.

—¿Ah, sí? Que sepas entonces que se han publicado al menos quince estudios basados en el efecto de la mirada remota, y en todos ellos se han encontrado indicios que sugieren una capacidad humana de intuir cuándo estamos siendo observados.

—¿Mirada remota? —preguntó Luis sin aparcar el tono burlón en su voz.

—Es el nombre que se le ha puesto —respondió secamente Lisardo. Por su particular introversión, a menudo le costaba discernir cuando la gente le hablaba en tono de broma.

—¿Y dices que está todo publicado en fuentes reconocidas? —preguntó Nono buscando la oportuna contradicción que no terminaba de llegar.

Lisardo le dedicó una mirada de incomprensión.

—Anda, ¡mira este! —le respondió sin acritud—. Parecía que no estaba con nosotros y lleva con la antena puesta toda la conversación.

De no haber echado el freno, Lisardo se habría pasado el resto de la tarde hablándoles de la conciencia y sus pormenores.

—La física tiene todavía mucho que entender sobre lo que nos parece real y lo que nos parece fantasía —continuó Lisardo cerrando el tema—. Y cualquier persona haría bien en apostar que sabe mucho menos de lo que sabe en realidad.

La expresión en la cara de Luis denotó una sensación difícil de explicar con palabras. Exactamente la sensación de haber llegado al límite de objeciones a partir del cual solo estaría negándose ante lo evidente. Intentó conectar mentalmente con el collar de corazones en un momento de delirio momentáneo, aunque no tardó en tirar la toalla. Después dejó escapar una larga exhalación, soltando lastre de una vez por todas. Que sea lo que tenga que ser, pensó.

Lisardo, por su parte, sentía la confianza rebosar por todos sus costados, esa confianza y determinación que le eran tan ajenos en su vida personal.

—Si queréis dejarlo aquí, adelante. Nada os lo impide. Pero si queréis continuar, si queréis intentarlo al menos, entonces soy todo oídos —dijo Lisardo en un tono firme, mucho más del que encajaba con su aspecto físico tirando a lánguido y viscoso.

Luis tomó aire, buscó la aprobación de Helena con la mirada y,

al obtenerla, dijo:

—Mi abuelo Martín murió de una forma atroz.

Luis permaneció en silencio unos segundos, aunque solo hasta que Lisardo decidió olvidar la capa de humanidad que tanto se esforzaba en mantener.

—Bueno, eso es una buena noticia.

Lisardo se dio cuenta de su falta de tacto al instante.

—Lo siento por tu abuelo —se disculpó ruborizado—. Quería decir que un alto porcentaje de los casos registrados de renacimientos y recuerdos del pasado implicaron muertes violentas, y eso es una confirmación positiva sobre lo que estamos teorizando.

—Eso tenía entendido —dijo Luis, haciendo alusión a lo que Nono le había contado con anterioridad—. Lo que no alcanzo a entender es qué relación tiene eso con Marc. O, más concretamente, con el síndrome de osteoporosis con pseudoglioma que el pobre padece.

—Veréis —respondió Lisardo—, los casos que estudiamos son principalmente aquellos en los que un niño de unos tres o cuatro años parece recordar memorias inexplicables. Pero no son menos los casos en que los recuerdos inexplicables de estos niños vienen acompañados de diferentes tipos de marcas en el cuerpo, de señales de distinta consideración…

—Hay partos muy aparatosos —objetó Luis, no sin razón.

—No, no, no —Lisardo se mostró tajante—. Obviamente, descartamos cualquier marca corporal artificial, bien producida por un fórceps, bien rasguños accidentales, ya sabes, todo eso. Se trata de marcas que vienen de serie sin una causa justificada.

—¿Marcas sobre la piel, quieres decir?

—No siempre. También hemos documentado casos de malformaciones en órganos internos. Es menos frecuente, y solo podemos especular por qué se han producido, pero la posibilidad no se puede descartar sin un argumento convincente.

Sabiendo que debía proceder con un tacto al que no estaba acostumbrado, con una discreción que simplemente no le salía de forma natural, Lisardo continuó centrado el caso particular que era objeto de su visita.

—Por ejemplo —miró hacia Luis—, dices que tu abuelo murió de forma violenta, ¿correcto?

—Así es.

—Sería *im-pe-ra-ti-vo* —Lisardo enfatizó cada sílaba haciendo honor a la marca de la casa— saber cómo murió exactamente tu abuelo. Saber la causa de su muerte es lo que nos dirá dónde debemos buscar, hacia dónde debemos dirigir nuestra mirada.

Con esto bien claro, el siguiente paso será encontrar alguna conexión con los síntomas de tu hijo.

Nono volvió la vista hacia Luis.

—¿Sabes cómo murió? —le preguntó, y un brillo pálido en sus ojos pareció destilar el comienzo de un sincero interés en algo más allá de su propia agenda particular. Hasta aquel momento, su preocupación más inmediata seguía siendo que su madre decidiera tomar parte de la conversación con Luis Velasco y que, como una reacción en cadena, Lisardo decidiera que su relación con ella prevalecía sobre su trabajo. Que Luis Velasco y su mujer aparcaran la idea del renacimiento y se fueran por donde habían venido.

—Vagamente —admitió Luis—, pero podría daros unas pinceladas. Lo encontraron varios días después de morir, así que supongo que su cuerpo no estaría en su mejor momento.

Lisardo extrajo una pequeña libreta de notas y comenzó a tomar notas con la gracilidad de un copista.

—¿Algún indicio de las heridas que causaron su muerte?

—Lo encontraron con las manos amputadas a la altura de las muñecas, eso para comenzar. Y una estocada en la coronilla, probablemente debida al filo de un machete de grandes dimensiones.

—¿Eso es todo?

La decepción del investigador por la falta de información, por la pobreza en los datos alrededor de los que edificar una teoría, se traducía en una absoluta falta de tacto para el humano de a pie.

Luis miró a Lisardo como si este viniera de otro planeta.

—¿Te parece poco?

Lisardo carraspeó. No se sentía cómodo disculpándose constantemente por querer hacer bien su trabajo. Por otra parte, tampoco quería dar la apariencia de ser un desalmado insensible.

—Discúlpame.

Lisardo volvió a carraspear.

—Verás —continuó, en tono confidencial—, es importante que dejemos a un lado el mal trago de recordar la muerte de tu abuelo en busca de un beneficio mayor. Sé que es duro, pero necesitamos poder repasar sus últimos minutos de vida al pie de la letra si queremos encontrar algo de dónde tirar.

Acto seguido, miró a sus dos interlocutores directamente a los ojos, alternando de uno a otro sucesivamente.

—¿Me explico?

Apretando los labios como un trompetista e inflando los carrillos, Luis asintió con resignación. No le quedaba otra alternativa. El reloj parecía correr cada vez más rápido a cada

minuto que pasaba, y ver los días transcurrir en el calendario le hacía sentir una impotencia difícil de traducir en palabras. La sensación era exactamente la misma en Helena.

—Volviendo al fallecimiento de tu abuelo… Dices que murió por los cortes en las manos y por un golpe fuerte en la cabeza, con un machete o algo parecido, ¿correcto?

—Así es.

—Bien —subrayó Lisardo, motivado por el progreso—. Ahora, ¿has identificado en tu hijo alguna marca de nacimiento que pueda corresponderse con esas heridas?

Con los dedos de la mano, Lisardo apretujó la piel alrededor de su mentón apenas prominente, revelando las cicatrices apenas visibles provocadas por su caída de bruces sobre la rugosa rampa de un garaje con no más de siete u ocho años.

—¿Lo veis? —giró la barbilla alternativamente hacia Luis y Helena.

Ambos agacharon sus respectivas cabezas tratando de encontrar sin éxito algo digno de atención en la barbilla de Lisardo.

—Yo no veo nada —objetó Nono.

—A eso me refiero —respondió Lisardo—. El tiempo va borrando las marcas cutáneas… o, más que el tiempo, el inevitable envejecimiento. Pero eso no significa que no estén ahí.

Luis se apresuró a mostrarle a Lisardo las fotos que había tomado de las muñecas y del cuero cabelludo del pequeño Marc a la altura de la coronilla. Lisardo reparó en que la expresión de Luis había vuelto a cambiar hacia el hermetismo y la autoprotección. Resultaba evidente cómo Luis luchaba, sin éxito alguno, por hacerle un hueco a la explicación más descabellada que nadie le había planteado para explicar la enfermedad de Marc.

Lisardo les dedicó una mirada resuelta. Tenían bastante con lo que trabajar.

—Bueno—dijo—, pues este es el comienzo. ¿Algo más que añadir?

—Oh, sí—respondió Helena.

—¿El qué?

Buscó a Luis con la mirada antes de responderle:

—El espectáculo que nos montó Sandra Pavones el sábado pasado, en su casa.

—¿Qué pasó? —preguntó Nono con natural curiosidad. Después de verla comportarse como una psicótica en casa de Luis y Helena, esperaba cualquier cosa de aquella mujer.

—Se las ingenió para distraernos con la única finalidad de poner a Marc delante de su padre, como si esperara que algo

sobrenatural sucediera al enfrentarlos entre sí.

—¿Por qué querría hacer eso?

—No lo sé, pero después se volvió completamente loca.

***

A falta de una mejor propuesta del resto de participantes en el cónclave sobre la línea de investigación a seguir, Lisardo decidió continuar siguiendo el protocolo que seguía habitualmente al entrevistarse con padres de hijos que fueran potenciales casos de renacimientos.

—Bien —dijo—, ahora ya sabemos lo esencial, lo que nos da un punto de partida.

Lisardo volvió a echar mano de su libreta de anotaciones y comenzó a esbozar círculos en el aire antes de lanzarse a escribir una sola palabra en ella.

—Ahora: por encima de todo lo demás, ¿qué es lo que estamos buscando aquí? —abrió la ronda de preguntas de calentamiento.

Luis y Helena cruzaron miradas, cediéndose la palabra mutuamente. En este punto no podía haber el menor desacuerdo entre ellos.

Con los codos hincados sobre sus muslos, Nono se cubrió el rostro con las dos manos esperando evadirse mágicamente de aquella ridícula farsa, a la que por otra parte no encontraba forma de poner fin. Confiaba en que haber metido a Lisardo en la ecuación le colocaría rápidamente en un segundo plano y, con suerte, acabaría por hacerse invisible del todo. Sonó su teléfono, miró el número desconocido y decidió ignorarlo. Volvió a sonar el teléfono y lo volvió a ignorar, y todos los presentes le miraron esperando poder continuar con la sesión. Volvió a sonar por tercera vez, y en esta ocasión sí que cogió el teléfono: «Deja de tocarme los cojones, ¿quieres?». Después enmudeció, atento a la voz al otro lado de la línea. «Escúchame bien: vete a tomar por el culo, ¿entiendes? Me suda tres cojones en qué lista me metas o si mandas a visitarme a la Yakuza, ¿te ha quedado claro? ¿Sí? Pues ahora coge el teléfono y métetelo por el culo, hijo de la gran puta. Gracias».

Después miró hacia Luis y dijo:

—Así es como se contesta a estos cabrones.

Sin duda acababan de designarle como objetivo para algún cobrador de Rekobra, probablemente alguien de su propio equipo o tal vez una nueva incorporación deseosa de demostrarle su talento a Sogorb.

Después de un intercambio de gestos entre Luis y Helena, el primero respondió a la cuestión formulada por Lisardo: «¿Qué es

lo que estamos buscando aquí?».
—Una vida mejor para Marc —miró hacia Helena y esta respondió asintiendo con la cabeza—, eso es lo que estamos buscando.
Con su particular manera de escribir a base de escuetos latigazos, haciendo volar la punta del bolígrafo después de cada pocas palabras, Lisardo procedió a ir tomando notas sobre la primera hoja en blanco que encontró casi al final de su libreta.
—Vida mejor para Marc…
Luis y Helena se miraron expectantes por la determinación con la que Lisardo se entregaba a su labor de maestro de ceremonias.
—¿Y qué haría que Marc tuviera una vida mejor? —preguntó elevando la vista.
—Una cura para esta mierda…
Helena cortó a su marido sin querer echarle más leña al fuego.
—Una cura —dijo—, sin más.
Nono observaba con atención a Lisardo mientras buscaba a su madre con la mirada a través de la ventana. Le convenía mantenerla cerca de la escena. Si a esta le daba por dedicarle a su pretendiente una de sus miradas reprobatorias, quizás Lisardo se diera por aludido y depusiera su actitud colaboradora definitivamente, dando por terminado el encuentro.
No encontró rastro de su madre, al menos no en la porción del jardín a la que tenía acceso visual desde la salita de estar.
—Vale… —musitó Lisardo. Podía apreciarse con toda claridad la capilaridad de sus venas proyectando sangre oxigenada hacia su cerebro en pleno funcionamiento—. ¿Y de qué depende encontrar una cura para su enfermedad?
Luis titubeó antes de responder a aquella pregunta.
—¿Ahora mismo? —preguntó.
—Claro, hombre —le increpó Helena—, ¿cuándo si no?
—Por lo pronto —apostilló Luis—, encontrar la cura para Marc depende de un millón de euros.
—¿Y ese es el único camino? —preguntó Lisardo con suspicacia.
—También podría comenzar a remitir la enfermedad por sí sola, lo que sería poco menos que un milagro.
—¿Y algún otro camino factible? —preguntó Lisardo—. Poco probable, pero factible, en cualquier caso.
—Si nos ponemos en plan creativo —dijo Luis—, está la teoría de que mi abuelo, no sé cómo decirlo… de que mi abuelo tenga algo que ver en todo eso.
Lisardo escribió las palabras «enfermedad» y «abuelo» en su libreta y lo subrayó hasta en tres ocasiones con una contundencia tal como para horadar el papel hasta casi rozar con la punta del

bolígrafo la superficie de la mesa sobre la que estaba apoyado.
Sorprendido, el científico con aspecto de bibliotecario levantó el papel para comprobar si le iba a tocar pagar los desperfectos.
—¿Cómo de factible consideráis esta última explicación?
Helena tomó la delantera:
—Honestamente, me parece tan factible como decir que los humanos somos una simulación virtual con la que se divierten unos seres del futuro.
Lisardo buscó a Luis con la mirada, dueño ahora de un rostro que denotaba estar de común acuerdo con su mujer.
—En eso estamos de acuerdo —respondió—. Por muy exótico que pueda sonar lo del renacimiento, lo sigo viendo poco factible.
Lisardo se tomó unos segundos para hacer un rápido repaso mental de la situación. No quería por nada del mundo perderse un detalle menor que pudiera resultar decisivo, especialmente cuando lo que estaba en juego era la vida de un niño. Sonsoles debía estar realmente contrariada con él, pero, qué narices, si se confirmaba lo que creía, podrían estar hablando de uno de los casos más espectaculares de renacimientos en todo el mundo occidental, ¡todo occidente! Un billete directo hacia la Universidad de Virginia y el respeto de sus compañeros de profesión.
Nono, por su parte, no perdía detalle de cada uno de los gestos y expresiones en Lisardo, sus cejas subiendo y bajando, su torso, moviéndose hacia adelante y hacia atrás, clavando los codos sobre la mesa para despegarlos acto seguido… Dios, ¿podía una mente como la suya estar inventándose toda aquella majadería? Y de ser así, ¿cómo era capaz de creérselo él mismo?
—Centrándonos en un posible camino alternativo hacia una curación para vuestro hijo, ¿qué más sabemos sobre tu abuelo?
Lisardo apartó la mirada de sus notas para centrar toda su atención en la respuesta de Luis.
—Como decíamos antes, sabemos que murió de forma violenta, con cortes en las manos…
—Amputación de las dos manos —precisó Helena.
Aquel rapto de rigor arrancó a Luis una mirada de sorpresa. Sin duda, algo había cambiado en Helena en las últimas horas.
—Con la amputación de las dos manos y el fuerte golpe en la cabeza —matizó Luis a continuación.
—Y lo del muro —añadió Helena.
Luis volvió a dejar de prestarle atención a Lisardo por un segundo para volver a clavarle una mirada de incredulidad a su mujer.

—¿Se puede saber qué has desayunado esta mañana?

Helena le devolvió una mueca de circunstancia y después, el silencio.

—¿Y bien? —preguntó Lisardo.

—Sí, lo del muro —continuó Luis—. Parece que la causa de su muerte pudo ser el aplastamiento debajo de un muro de varias toneladas, más que las heridas a base de machetazos.

Helena comenzó a agitar su dedo índice en el aire como quien quiere dejar constancia de algo, aunque la vida le vaya en ello:

—Y las marcas en las muñecas y en la cabeza de Marc.

No había más que ver la concentración en la cara de Lisardo para entender que aquel hombre estaba en su salsa.

Se giró hacia Luis en esta ocasión:

—¿Similares a las que causaron la muerte de tu abuelo?

—Podría ser.

—Insisto en que es *ab-so-lu-ta-men-te* crucial saberlo todo sobre los últimos días de tu abuelo. ¿Sabéis dónde murió?

—Por lo poco que sabemos —Luis recordó vívidamente la conversación con su madre—, en un convento convertido en cárcel.

—¿A qué se dedicaba el hombre para acabar en la cárcel?

—Trabajaba en una fábrica de explosivos.

—Cielo santo, ¿haciendo qué?

—Hasta aquí puedo leer.

Lisardo se reclinó sobre el respaldo de la silla, agarró los reposabrazos con las manos y comenzó a dar golpecitos con los dedos rítmicamente, sonando como una lejana tropa de caballos cabalgando hacia tierras lejanas.

—No te envían a la cárcel por trabajar en una fábrica, ¿no?

Por alguna razón, Lisardo buscó ahora en Helena una respuesta, requerimiento ante el que ella respondió con ligereza:

—En los años treinta —viajó mentalmente en el tiempo—, vete tú a saber si no te enviarían directo a la cárcel solo por toser en el momento equivocado.

—Y seguramente por mucho menos que eso —se aventuró a opinar Luis—. Desde la más absoluta de las ignorancias lo digo.

—Pues la ignorancia es nuestra principal enemiga, señores.

Helena le hincó el codo a Luis en el costado.

—Llama a tu madre.

«¿A qué viene ahora esta lentitud de reflejos?», pensó Helena.

—¡Llámala ya, muchacho!

—Espera —intervino Lisardo—. Igual no nos hace falta.

En un movimiento casi artístico, Helena giró la cabeza hacia Lisardo preguntándose por qué tendría que contradecirle a *ella*.

—¿Ah, no?
—No, si me contáis lo mucho o poco que sabéis de él.
—El hombre apareció un buen día en su pueblo —dijo Luis—. Cogió las llaves del estudio de fotografía de su padre y nunca supieron más de él hasta encontrarlo alrededor de una semana más tarde en una cárcel medio en ruinas.
—Arrasada por el fuego enemigo —matizó Helena—, o por el fuego amigo. Qué sé yo.
—Habría un motín, como en las cárceles de Sudamérica —respondió Lisardo—, ¿habéis visto alguna? Son brutales, para qué decir menos.
—Algo así debió suceder.
Nono entendió en aquel momento lo que estaba pasando a su alrededor. La cuestión no se limitaba ya a Lisardo soltando disparates a diestro y siniestro. Los propios Luis y Helena estaban, llegado aquel punto en sus vidas, atrapados en la turbulenta dinámica de las teorías paranormales. El violento alud era ahora imposible de detener y su papel a partir de entonces quedaba relegado a algo meramente testimonial. Solo esperaba un descargo de responsabilidad cuando la bomba del sentido común explotara arrasándolo todo a su paso. Y a ser posible, quería ese descargo por escrito.

***

Entre recuerdos y conjeturas, el tiempo pareció diluirse en el salón donde Luis y Helena compartían con Lisardo los retazos de una historia familiar que aún les resultaba confusa y enrevesada. Mientras tanto, Nono, sumido en sus propias reflexiones, observaba la escena con cierto distanciamiento, como si presenciara el desenlace de una obra de teatro en la que aún no sabía si era actor o espectador. La conversación había amainado, dejando en el aire un palpable manto de incertidumbre. Era el momento perfecto para que Lisardo, con su característica meticulosidad de investigador, retomara el hilo.
—¿Qué más sabemos de sus últimos días? —continuó indagando.
Helena miró como un relámpago hacia Luis:
—¿No te dijo tu madre que le llamaban de todo menos bonito en el pueblo, siendo ella una cría?
Luis sacudió la cabeza y añadió:
—Así es. Y eso parece importante.
—¿Que *parece* importante? —replicó Lisardo—. Yo creo que tener a todo un pueblo en contra tiene mucho que decirnos sobre lo que pudo suceder.

—Pudiera ser que la visita de tu abuelo al estudio fotográfico de su padre no fuera para echar el rato —observó Nono movido por una repentina fuerza interior—, sino para llevarse algo de allí.

—¿Los supuestos cuadros? —preguntó Lisardo.

—Algo así, supongo. Algo que no debiera caer en manos ajenas.

—Y lo siguiente fue la cárcel.

—Eso parece.

—Y nunca se supo nada de esos cuadros.

—Correcto.

—Y esos cuadros tendrán un nombre, ¿no? —preguntó Lisardo —. *Las Meninas*, de Velázquez; *Saturno devorando a sus hijos*, de Goya, pues lo mismo para esos cuadros… ¿Tenéis algún indicio del nombre de su autor?

—Sí —respondió Luis con diligencia, echando en falta el calor cegador de un potente foco de interrogatorio apuntando directamente hacia su cara—. Por lo visto eran dos pinturas del Greco.

—¿Del Greco? ¡La osa! —Lisardo casi se cayó de la silla al escuchar el nombre del célebre maestro pintor—. Recuerdo hacer un viaje con el colegio a Toledo para conocer la casa del Greco. Anda que no ha llovido desde entonces… dos cuadros del Greco. Eso ya son…

Helena no le dejó siquiera terminar la frase:

—Son palabras mayores —sentenció, atropellando con su voz gruesa las palabras del individuo con pinta de erudito.

—Otros cantares, iba a decir —matizó Lisardo, restándole importancia a la discrepancia—. Pero bueno, el caso es que ya tenemos algo de dónde tirar. Un tema sin duda interesante, el de una posible relación de la enfermedad de vuestro hijo con tu abuelo nos conduce a una segunda teoría que, supongo que no he sido el único en verlo, podría conduciros a la solución del gran problema que ha sido el punto de partida en esta reunión.

—¿Ah, sí? —dudó Helena entre tanto ir y venir de hechos, de datos y de líneas argumentales—. ¿Y cuál es esa segunda teoría?

—¿Qué tal suena el hallazgo de una obra inédita del Greco con la que costear el tratamiento para vuestro hijo, previa subasta?

—Una obra o a lo mejor más de una —matizó Luis.

Lisardo abrió los ojos de par en par.

—Mejor me lo pones si al final resultan ser más —dijo.

Por primera vez, Luis y Helena cruzaron los dedos porque el abuelo de Luis hubiera elegido un buen lugar para esconder esos dos supuestos lienzos.

Luis se sintió como en una montaña rusa en la que ahora estaban arriba y acto seguido estaban abajo.

—¿Dónde coño escondes dos cuadros del Greco? —preguntó de forma retórica.

—Comenzamos mal —respondió Lisardo.

—¿Mal por qué?

—La cuestión no es dónde los esconderíamos tú o yo, sino donde los escondería tu abuelo. Y con qué objetivo en mente. ¿Querría alejarlos lo máximo posible? De ser así, ¿de quién? ¿Esperaba recuperarlos en un corto plazo de tiempo y optó por buscarles acomodo en un escondite provisional?

La pareja comenzó a soñar con la perspectiva de encontrar esos cuadros perdidos, de que nadie los hubiera encontrado hasta entonces y de que no hubieran sido un delicioso manjar para las ratas hambrientas.

—Vale —Lisardo trató de reconducir la conversación—, nos paramos aquí un momento. Lo primero es plantear una hipótesis que a continuación nos esforzaremos por todo medio en descartar, ¿estamos de acuerdo?

—¿Descartar? —Luis dobló el pase hacia Helena buscando su complicidad—. ¿Para qué la planteamos cualquier hipótesis si pensamos descartarla después?

Lisardo se apresuró a darles una explicación precisa:

—Porque en el remoto caso de que no encontremos razones suficientes como para echarla abajo, no nos quedará más remedio que asumirla como una posibilidad.

Helena asintió desentendiéndose de las dudas de Luis, preguntándose cómo podía este no haber aprendido nada sobre los métodos básicos de investigación después de meses consultando estudios médicos como un maníaco.

—Entendido —respondió Luis pulcramente.

—La primera de todas las hipótesis y que yo, personalmente, veo con toda claridad, se formula de la siguiente manera: las heridas que causaron la muerte de tu abuelo en circunstancias especialmente violentas, y esto es lo importante, en circunstancias es-pe-cial-men-te violentas, se están manifestando físicamente a través de vuestro hijo. Y lo están haciendo de varias formas: por un lado, en esas sutiles marcas similares a cicatrices; por otro lado, en lo que conocéis como los síntomas médicos de la enfermedad que se le ha diagnosticado y que podría guardar algún tipo de relación con el advenimiento de algún tipo de lapidación como la que me acabáis de comentar. Por cierto, ¿cuáles son los síntomas más destacados en la enfermedad del pequeño?

Luis comenzó a recapitular todo lo que representaba un grave riesgo para la supervivencia de Marc.

—Fragilidad ósea…
—Extrema —añadió Helena.
—Una fragilidad ósea extrema.
Lisardo asintió varias veces con la cabeza a la velocidad de la mecedora de una octogenaria.
—Tiene sentido —observó seguidamente.
—¿Qué quieres decir?
—Significa que dados los casos similares que se han documentado en los últimos años, tenemos los ingredientes precisos para explicar por qué el pequeño Marc habría desarrollado una enfermedad inexplicable que solo afecta a una entre varios millones de personas y para la que entiendo que se han propuesto razones genéticas.
—Así es.
—¿Y ya está? Quiero decir que con esto, ¿qué hacemos?
—Por lo pronto, poca cosa.
Las expresiones compungidas en Luis y Helena revelaron cierto grado de decepción. Lisardo, una persona que al entrar en modo de sesudo investigador no cedía ni un solo centímetro a las emociones, continuó sembrando la semilla de una posible solución a todos sus problemas. Una solución que ni en sus mejores sueños habrían concebido como posible.
—¿Ha recordado el chico algún episodio del pasado, algo que pudiera guardar relación con tu abuelo?
—No, que nosotros sepamos —respondió Luis, y a juzgar por su expresión, cualquiera habría dicho que la simple idea propuesta por Lisardo le parecía una soberana locura—. ¿Sería bueno que hubiera recordado *algo*?
—A ver…, los recuerdos inexplicables constituyen el tipo de comportamientos que generalmente cuestan más de explicar a través de argumentos normales. Te pongo un ejemplo. Si vuestro hijo se levanta un buen día entonando la copla favorita de tu difunto abuelo a quien jamás conoció, cantándola palabra por palabra, una copla que jamás habría sonado en vuestra casa… sería tentador pensar en algún tipo de presencia inmortal de tu abuelo *en* el pequeño Marc. Pero quedaría descartado por una sencilla razón: podría haber una explicación mucho más mundana, poco probable tal vez, pero con más papeletas de ser cierta, a todas luces. Quizás vuestro hijo hubiera escuchado esa copla varias veces sin que os hubierais dado cuenta, qué sé yo, un día sonando Radio Olé en la cocina, y siendo una copla pegadiza, el chico habría conseguido memorizar su estribillo perfectamente. Difícil, sí, pero en principio parece más probable que atribuírselo a un caso de renacimiento, ¿me sigues?

—Ahá.

—O tal vez tu hijo podría narrarte con todo lujo de pormenores, así, como quien no quiere la cosa, mientras le das un baño calentito en la bañera, un detalle íntimo de tu abuelo que solamente tu propio abuelo y tu abuela podrían conocer. Por ejemplo, el motivo de su primera discusión fuerte, una información que tu abuela, en caso de estar hoy viva, podría corroborar en dos sentidos: ser cierta y no habérselo contado a nadie, y aún menos a su nietecito que todavía se lo hace todo en los pañales.

—No va a ser el caso.

—Vale. Pero, aun así, el pequeño podría haber escuchado a tu abuela hablando sola, rememorando aquella discusión con su marido. De nuevo, parece más probable que asumir que los muertos a veces se quedan entre nosotros.

—Lo parece, sí.

—¿Y si el pequeño describiera algo sobre lo que nadie tuviera la menor idea, algo que, de haberse sabido, habría sido de conocimiento general en la familia? ¿Y si el niño os suelta, así, como de la nada, que «qué pena que nadie haya encontrado nunca el testamento que el abuelo Martín escondió en un falso suelo en la finca del pueblo»? Y además de esto, se da la circunstancia de que, efectivamente, encontráis en ese preciso lugar el testamento que se daba por perdido. ¿Cómo explicas algo así? Podría haberse dado la afortunada casualidad más colosal habida y por haber, a saber, de que el niño hubiera tenido esa ocurrencia de manera espontánea, y que, igual que a alguien le toca la lotería cada semana, a él le tocó inventarse una historia que resultó ser cierta de puro y absoluto churro.

—Ahá...

—¿Se ve a dónde quiero ir a parar? Puedes encontrar razones que justifiquen los recuerdos más precisos de un niño respecto de la vida de otra persona, hasta que llega el punto en el que no hay manera de encontrar una explicación razonable. Y cuando es una, y luego otra, y luego otra, y con el paso del tiempo resulta que tu hijo sabe más de la vida de tu abuelo que cualquier otra persona en la familia, y además utiliza expresiones que él usaba cien años antes, y lo hace de manera habitual, entonces se abre la puerta a las explicaciones que tu cerebro no quiere asumir como ciertas.

—¿Y si te cierras a ellas?

—¡No puedes! ¿Estás loco? No puedes quedarte tan tranquilo ante algo así. Si el presidente de los Estados Unidos convocara una rueda de prensa mundial para informar a todos los países de

que se ha establecido contacto con una civilización alienígena, y que la NASA ha desarrollado un complejo sistema de comunicación que ha resultado ser efectivo para intercambiar conocimiento sobre el cosmos, ¿seguirías tan tranquilo removiendo el café de la mañana o lo que quiera que estuvieras haciendo al recibir la noticia?

—Supongo que no.

—¡Claro que no! Pues con esto sucede exactamente igual. Si después de seguir un riguroso protocolo de investigación no se encuentra forma alguna de explicar por qué tu hijo sabe todo eso, y creedme que no sería el primer caso ni será el último, si sabe todo eso y se han agotado todas las vías para explicarlo llegándose a la conclusión de que se trata de algo simplemente inexplicable, pero ojo, inexplicable desde las convenciones de nuestro día a día, en ese caso solo se puede hacer una cosa: abrir la puerta a razonamientos para los que no tenemos una explicación. Por ejemplo, que la conciencia de tu abuelo o parte de esta no murió con su muerte física y que, de alguna forma, se está manifestando a través del pequeño Marc.

—Quizás todos lo entendamos sin el menor atisbo de duda cuando nos llegue la hora, quién sabe. —Y Lisardo añadió—: Pero, bueno, no nos desviemos del tema… El caso es que el chico no os ha sorprendido recientemente con ningún recuerdo espontáneo fuera de lugar, ¿correcto?

—Así es.

—Vale.

Resultaba evidente lo mucho que Lisardo quería demostrar, probablemente de forma inconsciente, su dominio de la materia. Generoso ganándose desafectos por su particular forma de ser, propenso a salir corriendo para entregarse por completo a revisar sus últimas anotaciones en la tranquilidad de su pequeño despacho abierto día y noche, ahora tenía un público devoto al que no quería decepcionar. Solo lamentaba, aunque fuera lejanamente, no contar con la aprobación de Sonsoles.

De pie, con los brazos en jarra y mirando hacia la mesa floreada sobre la que descansaba su libreta, Lisardo recordaba la versión debilucha de un estratega contemplando sobre un mapa el despliegue de efectivos realizado sobre el terreno enemigo.

Lisardo inspiró una larga bocanada de aire y la expiró de un fuerte soplido.

—Vamos ahora con la segunda hipótesis, que se describe tal que así: antes de su horrible fallecimiento, tu abuelo Martín escondió dos valiosos cuadros de su padre, cuadros que aún estarían en paradero desconocido y que hoy podrían tener un valor

incalculable.

Nono observó con sorpresa cómo Helena, tan incrédula en su primer encuentro en Pontedeume, parecía ahora haber mudado de piel despojada de su habitual cubierta de escamado escepticismo.

—Genial.

—Bueno, yo no diría tanto como *genial* todavía…, pero lo cierto es que el optimismo no solo es bienvenido, sino también necesario en este tipo de empresas. Así que…, en fin, lo que trato de deciros es que os sintáis libres de expresar vuestras emociones.

—Era una forma de hablar —dijo Luis.

—Oh, claro. En cualquier caso, y para no trabajar en balde, habría que descartar que esas dos pinturas no estén en un museo o en una colección privada, quizás fuera del país. Me consta que durante la Guerra Civil hubo un trajín importante de obras de los grandes maestros españoles, muchas de las que andan al otro lado del charco. ¿No os suena la historia del americano?

Sus tres atentos interlocutores negaron con la cabeza.

—Un señor que se dedicó a hacerse millonario vendiendo todo lo vendible a coleccionistas del mundo entero… Vamos, que si todas las obras exportadas sin supervisión de las autoridades de la época regresaran a nuestros museos, creo que no quedaría ni un solo centímetro disponible en sus paredes.

Las obras de arte propiedad del bisabuelo de Luis eran, nada más y nada menos, que una María Magdalena en tránsito al cielo y un San Francisco de Asís, aunque ninguno de los presentes alrededor de la mesa floreada podía siquiera concebir el alcance de sendas piezas de colección. Juntas podían alcanzar un valor en el mercado más que suficiente para pagar el tratamiento del pequeño Marc durante cinco años seguidos, suponiendo que fuera necesario más de un año de tratamiento, opuestamente a lo que garantizaba el fármaco KZR-616.

Desde su incómoda posición entre decidir si Lisardo era un impostor y, en segundo lugar, dejarse preparado un plan de escape, Nono entendió el punto de inflexión al que acaban de llegar. Si, en un giro repentino en los acontecimientos, Lisardo acababa siendo el precursor de una campaña para dar con dos cuadros del Greco, Goya o quien quiera que fuera, y finalmente los encontraban, lo último que le interesaba era no llevarse parte del mérito.

—Vuestro primer objetivo debe ser, por lo tanto —continuó Lisardo—, averiguar el nombre de las pinturas al óleo de tu abuelo.

Al no darse por aludidos, Lisardo tuvo que hacerles espabilar para sacarles del estado de fantasía transitoria en el que tanto Luis como Helena estaban atrapados.

—¿A qué esperáis? ¿No os quedaréis de brazos cruzados hasta que abran las bibliotecas, en la era de internet?

Captando la indirecta, Luis sacó su ordenador portátil y los demás se acurrucaron a su espalda quemándole el cogote con sus alientos palpitantes.

—¿Por dónde narices empiezo a buscar? —preguntó Luis con una expresión descompuesta en sus facciones.

***

La conversación derivó rápidamente en un sinfín de conjeturas, con cada participante aportando su visión particular del misterio que ahora los unía.

Tras un breve receso en el que cada uno parecía soñar a su manera sobre la magnitud de lo que podrían descubrir, Lisardo tomó la palabra dispuesto a dirigir sus esfuerzos hacia una búsqueda más pragmática y menos fantasiosa:

—Si fuera yo —respondió Lisardo—, comenzaría consultando la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional, ¿me explico?

Luis comenzó a aporrear religiosamente el teclado de su ordenador portátil, aunque una inesperada interrupción le detuvo repentinamente.

—Y si fuera yo —objetó Nono, tratando de entrar en la conversación como una flor que emerge de la tierra yerma—, buscaría directamente en Google.

Lisardo tuvo que resignarse a asumir su papel de observador y dejar que buscaran la información como Dios les diera a entender. Se giró hacia Luis, impulsado ya no solo por la posibilidad de tener un caso de renacimiento entre manos, sino por los dos cuadros y su incalculable valor, y le preguntó por el origen de los supuestos cuadros:

—¿Sabes cómo pudieron llegar esos dos cuadros del Greco a manos de tu bisabuelo?

Los labios de Luis vibraron sutilmente antes siquiera de soltar la primera palabra, y sus manos, moviéndose en el aire como tratando de atrapar la información que desconocía, denotaron cierto reparo en mostrar su ignorancia.

—Por lo que poco que sabemos —respondió—, mi bisabuelo fue el fotógrafo de un famoso marchante de arte, así que entiendo que debió comprarle las obras a un precio asequible. Dudo mucho de que ningún marchante de arte vaya por la vida regalando pinturas del Greco, así como así, ¿no os parece?

La expresión en el rostro de Lisardo se ensombreció ligeramente, perdiendo parte de su innata jovialidad como si un embarazoso descubrimiento le hubiera robado la calma.

—Solo hay una razón para ir regalando alegremente por la vida obras del Greco…

—Efectivamente.

—¿Y bien? —preguntó Helena sin ocultar su molestia. No le gustaba ser la única en pasar por alto un detalle importante.

—Que se tratara de unas estupendas imitaciones —respondió Lisardo, sin ocultar su pesar.

Tanto Luis como Helena alumbraron exactamente el mismo pensamiento. Y aunque Luis evitó expresarlo en voz alta para no hacerlo más real, Helena no dejó la ocasión de mencionarlo.

—¿No dijo tu madre…?

—Sí… no me lo recuerdes.

—¿Puedo preguntar qué es lo que dijo tu madre? —se interesó Lisardo movido por un interés enteramente profesional.

Luis emitió un sonoro bufido y se dejó caer sobre el frágil respaldo de la silla de mimbre, que aguantaba a duras penas las embestidas de un culo de mal asiento como Luis, incapaz de permanecer estático cuando se ponía a machacar el teclado de su ordenador portátil buscando información.

—Que el marchante de arte para el que trabajaba mi bisabuelo solía regalar falsificaciones. —Sus facciones se desmoronaron en una mueca de desesperación, y su cuerpo se encorvó abatido—. Que era un pufo, vaya.

Los labios de Helena se tensaron formando dos líneas rectas mientras intentaba procesar la noticia.

—Así que era de ese tipo de gente.

—Claro —respondió Luis—, ¿por qué iba a ser la excepción que confirmara la regla?

—¿Qué regla?

—Que hay una razón por la que la gente de pasta tiene tanta pasta: pensar en ellos mismos antes que en los demás.

—Igual este hombre, el marchante de arte, quiero decir, era la excepción a la regla.

Helena clavó el dedo en la pantalla del portátil y dijo:

—Búscalo.

—¿Cómo coño lo busco? —Luis no le veía sentido a seguir ahondando en la herida causada por la decepción—. Ni siquiera sabemos su nombre.

Acto seguido, se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y extrajo una pequeña gamuza con la que se esmeró en borrar las huellas de Helena de la pantalla de su ordenador portátil.

—Joder, chico, qué sé yo… busca en Google algo como «marqués marchante de arte» y a partir de ahí ya iremos viendo…

Luis siguió las indicaciones de Helena sin entrar en una acalorada discusión indeseable para todos los presentes. El primer titular que apareció entre los resultados arrojados por el buscador no contribuyó precisamente a mejorar el ánimo de los presentes.

—Mira eso de ahí —le pidió Helena, cuidándose de no tocar por nada del mundo la pantalla del ordenador de Luis.

—Alfredo Álvarez Márquez… Este no tiene pinta de marqués, precisamente.

—¿Y ese otro? —Helena estaba animada, imbuida por una sensación de estar rozando algo, ni siquiera podía imaginar qué, con las yemas de sus metódicos dedos—. Baja un poco, anda… Arcadio de Silvela y Osma…

Todos fijaron la mirada en el titular que ahora copaba la pantalla del ordenador portátil:

—¿«Marqués de Silvela y Osma, Los grandes robos de arte»? Pues empezamos bien, si al final resulta ser este tío el marchante para el que trabajaba mi bisabuelo.

—Oh, espera, espera —dijo Helena, y la emoción le hizo dar pequeños saltos de apenas unos pocos centímetros de altura—. Abre ese otro artículo…

Siguiendo las indicaciones de su mujer, Luis accedió al artículo señalado. Bajo la imagen de un retrato del marqués de Silvela y Osma en tonos ocres, un extenso párrafo narraba los éxitos más destacados del susodicho.

—Impulsor de la Red Nacional de Paradores, fundador del Ministerio de Turismo, del Museo Romántico y de la Casa de Cervantes… —Luis fue elevando el tono en su voz a cada nuevo título del marqués hasta el punto de quedarse sin aire—. Aquí ponen a este señor por las nubes…, fíjate…, carismático y de una personalidad excepcional… ¿Por qué iba a ser un estafador? Es más, ¿por qué querría encasquetarle dos falsificaciones a su propio fotógrafo? ¿Con qué necesidad?

Concentrado en su ordenador, Luis permaneció en silencio unos segundos. No sería hasta el momento de comenzar a despegar sus labios lentamente cuando los demás entendieron el motivo de su expresión.

—Por *esto*.

Todos miraron hacia la esquina de la pantalla sobre la que Luis mantenía el puntero del ratón, quien tragó saliva y volvió a leer en voz alta:

—Fundador de la Casa y el Museo del Greco en Toledo. —Luis

leyó palabra por palabra, literalmente—. La obra del Greco, junto con la ciudad de Toledo y alrededores, fueron las máximas ambiciones del marqués durante toda su vida.

—Que tuviera una especial inclinación hacia el Greco —observó Helena, poniendo la nota discordante— no quiere decir que fuera por la vida dando gato por liebre.

—¿Ah, no? —A Luis le pareció totalmente lo contrario—. ¿Cuántos coleccionistas van regalando sus mejores adquisiciones a la primera de cambio, por muy agradecidos que estén con sus empleados?

—Bueno, bueno —intermedió Lisardo—. Por el momento no tenemos pruebas ni de una cosa ni de la contraria. Además, el hecho de que pudieran pasar muchas obras del grandísimo Greco por las manos del marqués es una muy buena noticia para nosotros, ¿no os parece?

—¿Ah, sí?

—¡Oh, claro que sí! Esto corrobora el contacto directo del padre de Martín, es decir, de tu bisabuelo, con esas obras, que tendrían que ser fotografiadas en su proceso de documentación. Pensad en las exposiciones, en las publicaciones de arte o en las ventas a coleccionistas. El fotógrafo debía tener un papel totalmente trascendente en ello. Quizás incluso pasara tiempo con las obras, o incluso quizás hiciera acopio de estas hasta encontrarles su emplazamiento definitivo. Esto colocaría directamente las obras del gran maestro al alcance de tu abuelo Martín.

—Entonces, ¿qué hay de la mención a eso de los grandes robos del arte?

—Quizás se refiera al envío de pinturas al extranjero —apreció Lisardo, y sus labios se convirtieron en dos gruesos neumáticos a punto de reventar—, que fue un robo descarado del patrimonio artístico de nuestro país.

—Así nos va.

—Por ahora, tenemos la primera confirmación que necesitábamos para seguir adelante con esta línea de investigación: en un escenario moderadamente optimista, ahora podemos afirmar como algo posible, ni siquiera digo que probable, pero sí posible y, creedme, esto es un gran paso adelante, que tu abuelo Martín tuviera contacto con una o más obras del Greco.

Luis y Helena intercambiaron miradas.

—¿Siguiente paso? —preguntó Luis.

Lisardo revisó sus anotaciones sumido en una actitud reflexiva, dejando vagar su mirada por los garabatos en ellas impresos.

—Bien —dijo, tras una profunda exhalación—, ¿qué más

sabemos sobre sus últimos días?

—Que salió huyendo de la fábrica de explosivos, llegó a la localidad en la que vivían sus padres y a los pocos días estaba preso en la cárcel.

—¿No dijeron algo los vecinos?

—Sí, que había desvalijado a su propio padre.

—¡Magnífico! —exclamó Lisardo con el poco tacto que le caracterizaba al tratar temas personales. Sin duda, su punto débil como investigador—. Esto nos permite concebir una tercera hipótesis —continuó con su disertación—: ¿Y si tu abuelo Martín no tuviera ninguna intención de robar a su propio padre, sino de poner sus pertenencias de mayor valor a salvo de manos ajenas?

—Podría ser, sí…

—No sabemos qué pasó en la fábrica para hacerle escapar de allí con tanta prisa —continuó Lisardo—, pero supongamos que su visita a la residencia familiar y, acto seguido, al estudio fotográfico de su padre no fueron fortuitas. Tenía un objetivo claro en mente, el mismo objetivo que cualquiera habría tenido en esa época, ¿no? Salvar todo lo salvable antes de que sobreviniera la gran catástrofe.

—De ser así —observó Luis con acierto—, no habría tenido mucho tiempo para esconder nada.

—Eso no lo sabemos con exactitud, pero si su ingreso en prisión fue del todo inesperado para la familia, lo más probable es que también fuera inesperado para él. Además, en caso de haberle encontrado manejando cualquier obra de arte de un mínimo valor, habría podido negociar una rápida salida de la cárcel, o incluso no haber llegado a entrar en ella. Hagámonos por un momento a la realidad de los años treinta: quien podía pagar por su libertad, conseguía escapar del paredón.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Luis.

—Digamos que en mis ratos libres me tengo por un pequeño aficionado a la historia bélica española.

Aquella afición del erudito con pinta de ratón de biblioteca no podía venirles mejor, eso había que reconocérselo.

—Vale, pero hay algo que me sigue chirriando en todo esto —añadió Helena—. Seguimos sin tener ninguna prueba de que las pinturas que buscamos no hayan sido encontradas en algún momento en los últimos… qué sé yo, en los últimos cincuenta años.

—Ni siquiera sabemos de qué obras se trata…

—Busca en la Hemeroteca Digital, hazme el favor… Igual hasta te sorprendes con lo que encuentras.

Luis abrió una nueva pestaña en su navegador y buscó el centro

de recursos históricos. Una vez dentro de la página de la Biblioteca Nacional, buscó las publicaciones más relevantes realizadas entre 1930 y 1935, añadiendo como término de búsqueda el nombre del marqués y el primer apellido de su abuelo: Velasco.

Ninguno de los presentes dio crédito a lo que vieron sus ojos en la pantalla del portátil de segunda mano de Luis. Sus ojos comenzaron a moverse con rapidez a través de las palabras, de los textos y de las imágenes, sus labios moviéndose silenciosamente mientras trataban de ordenar sus pensamientos antes de poner el grito en el cielo.

Luis fue el primero en romper el siseo colectivo, con un grito que resonó en el garaje de la gran casa y regresó en forma de una sutil reverberación que pasó inadvertida para todos, salvo para el propio Luis:

—¡No puede ser!

—¿Cómo que no puede ser? —respondió Lisardo—. ¡Mirad esa fotografía!

Helena se llevó las manos a la cabeza, adentrándolas en su espesa melena como un rastrillo horadando un prado de altas gramíneas.

—¡La madre que te parió, Luis! —gritó Helena—. ¡Ese tiene que ser tu bisabuelo!

El nombre del marqués se encontraba con mucha frecuencia entre los resultados devueltos por el buscador de la Hemeroteca, en medios impresos de la época tales como *La Voz*, *La Mañana* o *La Época*. Pero solo en uno de los resultados aparecían de forma conjunta el nombre del marqués junto con el nombre del bisabuelo de Luis. Y la fotografía en blanco y negro que acompañaba al artículo en cuestión no dejaba espacio para dudas: en la exposición organizada por la Real Academia de Bellas Artes, el marqués agradecía a Francisco Velasco su trabajo fotografiando y documentando los procesos de restauración de más de diez obras del Greco, dos de las cuales se le hacían entrega al fotógrafo por su gran labor: una María Magdalena en tránsito hacia los cielos y un san Francisco de Asís de menor tamaño, pero del mismo calibre artístico. El resto fue consultar la relación de obras en paradero desconocido publicada por el Museo del Prado para confirmar que, efectivamente, esas dos obras del inimitable Greco no se encontraban en colecciones privadas ni en museos ni se conocía su hallazgo, algo que también quedaba recogido en el listado.

Lisardo depositó su bolígrafo junto a su cuaderno de notas, asegurándose de dejarlos en perfecta alineación.

—Después de todo —Su rostro se iluminó en una sonrisa de satisfacción—, no ha hecho falta mucho más que un poco de sentido común, ¿no es así?

—Tú eres un genio —respondió Luis, consiguiendo sonrojar al erudito a quien por primera vez en la vida tildaban de *genio*.

Lisardo solo lamentó que Sonsoles no estuviera delante en ese preciso momento. Quizás de esa forma habría compensado el hecho de haberle dado prioridad a su interés profesional antes que a la relación que empezaba a surgir entre ambos, algo que Sonsoles no le perdonaría.

En silencio, esperando el momento en que el barco se hundiera por el propio peso de la insensatez, a Nono le cambió la expresión de forma repentina. El bulo, la falsa noticia, la fabulación de Lisardo podía acabar no siendo tal, después de todo. Lo que acababa de presenciar con sus propios ojos era, sencillamente, increíble.

Como una ola que llega apenas una fracción de segundo detrás de la anterior, Lisardo sacó a Luis y Helena de sus pensamientos:

—Tenéis algo que los mejores buscadores de tesoros del mundo pagarían un dineral por tener en sus manos —observó—. Tenéis un hilo con una mínima base de fundamento del que tirar para localizar dos obras de arte que bien podrían seguir allí donde las escondió tu abuelo Martín hace ochenta años. Ahora la decisión es vuestra: ¿hasta dónde estáis dispuestos a llegar?

—¿Qué hay que decidir? —preguntó Luis.

—Si queréis que esto salga a la luz antes siquiera de dar un paso en falso, con todo lo que eso supone —respondió Lisardo, y sus ojos denotaron saber mucho más de lo que su inocente apariencia dejaba entrever—: Captar la atención de los medios, quedar a merced del escrutinio de las autoridades culturales... Por no hablar del hecho de llamar la atención de todo tipo de sanguijuelas ávidas de conseguir fama y dinero rápido... Hablo de ese tipo de cosas...

Tanto Luis como Helena fijaron su atención en Nono, quien no tardó en suponer lo que alguno de los dos diría a continuación. Resultó ser Luis quien finalmente rompió el momentáneo silencio:

—No tiene por qué salir a la luz si nadie abre la boca.

Luis alternó su mirada entre Nono y Lisardo.

—Sobra decir que todo esto es absolutamente confidencial, ¿me he explicado bien? Esto queda entre nosotros. Y si alguien tiene la tentación de abrir la boca, solo tiene que pensar en Marc y seguro que se le quitan las ganas de hablar más de la cuenta.

***

Aunque trataba de mostrarse sereno, a Nono se le veía marcadamente más agitado cada minuto que pasaba. Había contabilizado varias docenas de mensajes de texto y unas quince llamadas durante el tiempo en que tuvo silenciado su teléfono móvil a lo largo del encuentro con Luis y Helena, y la cuenta habría seguido creciendo de forma exponencial de no haberlo apagado discretamente. Sabía de sobra (y lo sabía mejor que nadie) de qué iba todo aquel rollo, el de las llamadas y los mensajes, lo que no lo hacía ser menos incordio. Omitió igualmente una ristra de mensajes desde el teléfono de Sogorb, donde el líder de Rekobra le había enviado una lista de enlaces a noticias recientes en distintos medios, además de varios hilos de Twitter colmados de comentarios incendiarios sobre Luis Velasco. No los vería hasta ser demasiado tarde como para prepararse algo en su defensa para cuando Helena, entre confusa e indignada, se aproximara a su marido con su teléfono en la mano temblorosa, le mostrara algo en la pequeña pantalla y los dos perdieran abatidos sus miradas en el suelo de baldosas de la sala de estar, que fue exactamente lo que sucedió a continuación.

Luis fue el primero en alzar la mirada. Helena le siguió poco después, pero al contrario que el primero, ella fijó sus ojos casi llorosos directamente en su anfitrión.

—Estarás satisfecho —le dijo.

Como quien da por perdida toda esperanza en su hijo adolescente después de infinitas oportunidades y una decepción tras otra, Luis dijo casi entre susurros, más para sí mismo que para el propio Nono:

—¿Se puede saber qué has hecho esta vez?

Nono los miró confundido, y ambos, Luis y Helena, entendieron que no tenía la menor idea de lo que le estaban hablando. Tener delante la viva imagen del clásico inútil que no para de meter la pata sin ser siquiera consciente de ello no era razón para compadecerse de él.

—Apuesto a que no tienes ni idea de lo que está pasando —continuó Luis—, ¿a que no? —Acto seguido añadió—: El pobre de Javier Garrido no llega ni a eso.

Nono trató de mostrarse molesto, indignado, vilipendiado, pero resultaba imposible sentirse honestamente ultrajado cuando todo apuntaba hacia una metedura de pata bien gorda por su parte. Un oloroso tufillo a su alrededor empezó a darle una pista cada vez más obvia de por dónde podían ir los tiros mientras Luis y Helena seguían mirándole con cara de póker.

Luis giró la cabeza y se inclinó para mirar el teléfono de su mujer, que esta mantenía entre las dos manos sobre sus muslos.

Leyó lo que a todas luces parecía un titular destacado:

—«Lusi Velasco rentabiliza la enfermedad de su hijo».

—Sí, y el primer párrafo tiene tela —dijo Helena.

—¿*Lusi* Velasco?

—El becario te ha hecho un favor.

—¿Qué favor? Esa errata la arreglan en medio segundo.

Luis comenzó a leer el artículo en voz baja, siseando una palabra tras otra, saltándose aquello que le resultaba demasiado doloroso.

—¿Tan mal padre soy?

Helena le acarició el hombro en una serie de rápidos movimientos hacia adelante y atrás, sin llegar a cubrir una gran superficie.

No hizo falta explicarle nada a Lisardo. La expresión de haber recibido un puñetazo en la boca del estómago le dejaba libre de toda sospecha.

Luis se dirigió hacia Nono dispuesto a proponerle una última ocasión de redimirse:

—¿Algo que decir en tu descargo?

Cualquier excusa que hubiera puesto habría sido peor que limitarse a no decir nada.

—Ya decía yo —se adelantó Luis—. Espero que al menos te haya merecido la pena acabar de jodernos la vida.

A la vista estaba lo poco que le había merecido la pena. No había sido más que una marioneta al servicio de Sogorb, y ahora lo sabía a ciencia cierta.

—No era mi intención joderle la vida a nadie —se excusó Nono —, sino que no me acabaran jodiendo la vida a mí.

—Pues lo has conseguido.

—¿El qué?

—Fracasar por partida doble.

Lisardo entró en la conversación. No podían cambiar de opinión ahora que lo tenían tan, tan cerca.

—Esa noticia no cambia nada —dijo, tratando de mostrar la firme convicción de poder sortear la montaña de mierda que suponía que Luis y Helena se hubieran convertido en la comidilla del momento.

A Helena se le dilataron las pupilas como a un gato a punto de lanzarse sobre su presa.

—Esta noticia lo cambia todo —respondió con natural nerviosismo—. Lo cambia absolutamente todo.

Lisardo buscó sin éxito una chispa de complicidad en Luis, lo que solo consiguió exasperar más a Helena. Luis no respondió.

—¿Estamos locos? —exclamó Helena con los ojos abiertos de

par en par, sus fosas nasales dando cuenta de su respiración acelerada—. Ahora lo que toca es meterse en la cueva y no salir hasta que escampe —dijo seriamente—, si es que llega a escampar algún día.

A continuación, miró hacia su marido:

—Y da gracias a que no se ha filtrado lo de los cuadros de tu abuelo.

El consuelo duró unos instantes hasta que Luis y Helena, seguidos de Lisardo, clavaron la mirada en Nono.

—Puede que también se haya filtrado algo sobre ese tema —reconoció Nono sabiendo que tarde o temprano, aquella mierda también le acabaría cayendo encima.

Los tres se llevaron las manos a la cabeza, incluyendo a Lisardo. Lo último que le interesaba como investigador de algo tan particular como los casos de renacimientos era que todo aquello se hiciera público de la noche a la mañana.

—¡Joder! —exclamó Helena, y quedó petrificada mirando su teléfono móvil.

—¿Qué pasa?

—Sigo recibiendo mensajes, cientos de mensajes. —Helena miró hacia Luis con una amarga mueca de sorpresa en su cara—. Me dice Emi Lodeiros que ya te han puesto un mote.

—¿Qué mote?

—Indiana Jones. Un Indiana Jones, según dicen, «más interesado en su propia gloria que en el bienestar de su familia».

Nono se sintió profundamente humillado, utilizado por la mente retorcida del líder de Rekobra, ¿cómo podía haber sido tan ingenuo todo este tiempo?

—¡Puto Sogorb!

—Tus jefes nos han jodido bien a todos —dijo Luis—. A ti tanto como a nosotros. Y ahora ya no hay nada que esté en nuestras manos.

Lisardo cerró los ojos, inspiró una larga bocanada de aire y volvió a abrirlos una vez expulsados sus peores temores. Dejar aparcada la búsqueda por un pequeño traspiés sería un delito imperdonable. Ya no por su trabajo, cuyo reconocimiento ansiaba más que nada en el mundo, sino por la vida del pequeño Marc.

—Ni hablar —susurró antes de elevar la voz—: ¿Os tengo que recordar todo lo que habéis conseguido en apenas dos semanas? Tú —comenzó por Nono—, encontraste el viejo cuaderno sin el que nada de esto habría llegado a suceder.

Lisardo hizo una pausa cargada de efectiva teatralidad, algo poco habitual en alguien poco acostumbrado a tener que vender

su producto a los demás.

—¿Y vosotros dos? —Puso en el foco a Luis y Helena—. Habéis confirmado la existencia de dos obras de arte de un valor incalculable y habéis conseguido vincularlas con tu abuelo Martín.

La realidad tenía un solo nombre para Lisardo; la realidad se llamaba acción inmediata.

—¿Hola? —requirió la atención de los tres—. ¿Estáis en vuestros cabales? Pues escuchad con atención lo que os voy a decir: como adversarios, formáis un equipo capaz de hacer que ocurra un milagro.

***

—¿Lanzarnos nosotros? —cuestionó Helena—. ¿Con qué medios? ¿Y con la ayuda de quién? —Le dedicó una mirada acusadora a Nono, quien seguía descendiendo a paso firme hacia el fondo de un frío, inhóspito y oscuro abismo de frustración, desconsuelo y rabia por haber perdido todo lo que había conseguido… a base de hundir en la miseria a quien se le pusiera por delante. Y en ese saco ahora entraba la salud de un crío de tres años llamado Marc Velasco.

—¡Vamos! —contestó Lisardo con el espíritu de quien se sube al carro del equipo ganador en el último minuto—. ¡Si lo tenéis hecho!

—¿Ah, sí, *amigo*? —respondió Luis con inquina—. Se nota el optimismo que corre por tus venas cuando no tienes nada que perder.

—No es optimismo, es la realidad.

—Eso es fácil decirlo cuando no es la vida de tu propio hijo lo que está en juego.

—Solo digo que tal vez tengáis más información de la que creéis. Si te encierran en la cárcel justo después de esconder algo de mucho valor para tu familia, ¿cuál sería la principal de tus preocupaciones?

—Salir cagando virutas —dijo Nono con la mirada perdida en el vacío, pensando en sus cien mil euros desaparecidos de la existencia.

—Aparte de salir de allí a toda velocidad.

—Evidentemente —respondió Luis—, hablar con alguien de mi familia para revelarle la situación exacta de los cuadros.

—Y por lo que se sabe, eso no llegó a suceder.

—Correcto.

Nono volvió súbitamente en sí. Se agachó hacia un lado y extrajo de su mochila el viejo cuaderno que había sacado, con la

complicidad de Elías, de la caseta en la que el viejo Geluco guardaba sus objetos más preciados. Era el momento de quitarse el disfraz, de librarse de aquella máscara detrás de la que durante tantos años se había esforzado en negarse ante lo evidente: la herencia que le había dejado su padre no podía quedarse en un rencor ciego motivado por la pérdida de su negocio de prestamista. Su padre le había dejado en herencia algo de un valor infinitamente mayor, y ahora por fin empezaba a reconocerlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Helena.

Nono carraspeó. Dejando atrás las aristas de su habitual carácter altivo y engreído, Luis y Helena pudieron ver por primera vez en él al niño agazapado detrás de un monstruo enfurecido.

—Cuando habéis mencionado cómo Sandra Pavones juntó a Marc con Geluco lo he visto con toda claridad. Tu abuelo Martín y el padre de Sandra debieron de tener algo en común… No sé el qué, pero no puede ser un antojo de Sandra lo de poner a vuestro hijo frente a su padre. Después de todo, encontró muy oportuna la teoría de tu abuelo Martín, o de su conciencia tratando hacerse oír a través de vuestro hijo pequeño, ¿no os parece?

Tres años urdiendo estrategias mentales para desarmar a cientos de deudores en cuestión de minutos había cosechado en Nono la habilidad de hilvanar razonamientos indiscutibles (de lo puramente enrevesado) a partir de ideas sueltas que por sí solas no decían nada. Quizás fuera ahora el momento de hacer algo bueno con aquella habilidad nacida de lo moralmente cuestionable.

Luis y Helena asintieron con la cabeza.

—Mirad esto.

Con sumo cuidado, Nono desdobló el pequeño fragmento de papel que él mismo había emplazado a buen recaudo entre las páginas del viejo cuaderno de notas interceptado en la caseta llena hasta los topes con todo lo que Geluco había guardado a lo largo de los años.

La pareja, junto con Lisardo, dirigieron sus miradas con toda atención hacia el pequeño papel que ahora reposaba sobre la mesa floreada.

—Lo importante no es el papel en sí —matizó Nono—, sino dónde lo encontré…

—¿Dónde? —preguntó Luis.

—En un viejo obús de la Guerra Civil, abandonado entre los trastos que Sandra tenía en su jardín. ¿Sabéis que siglas llevaba impresas el armatoste en el exterior de su carcasa?

—¿Cuáles?
—FAH.
—¡No me jodas!
—¿Qué me he perdido? —preguntó Lisardo, procurando no quedar fuera de la conversación por nada del mundo.
—Son las siglas de la fábrica de explosivos en la que trabajó mi abuelo —aclaró Luis—. Las reconozco por el banderín que tenemos en el salón de nuestro piso en Pontedeume.
—¿Qué dice la nota? —preguntó Helena.
—No acabo de entender bien lo que pone… pero algo como «mi corazón está»… luego no sé si continúa con una cosa u otra porque, honestamente, no se ve un carajo…
—¿Puedo verlo?
Nono le acercó a Luis el pequeño trozo de papel. Después de examinarlo durante unos segundos, Luis añadió un par de posibles palabras de las escritas más adelante.
—Creo que aquí dice algo de las víctimas. ¿Lo veis? —señaló con el dedo índice hacia un punto en el papel, el resto de congregados asomaron intrigados—. La zona central ha aguantado un poco mejor el paso del tiempo, pese a la doblez. Incluso yo diría que aquí dice que «no estallará»… o algo así.
—No sé quién metió esa nota ahí —observó Nono—, pero algo me dice que tuvo que ser necesariamente un trabajador de la fábrica de explosivos de El Huétor.
—¿Tu abuelo? —Helena clavó la mirada rígida en Luis.
—No lo sé. —El miedo a descubrir una fea realidad sembró una vez más la duda en Luis—. Quizás sí, o quizás no.
—Podría haber sido el motivo de su repentina huida de la fábrica… —añadió Lisardo.
—¿Por qué alguien iba a hacer algo así? —cuestionó Helena, escéptica respecto de tal muestra de bondad en el ser humano.
—Joder, nena —respondió Luis—, no todo va a ser escoria en este mundo. Qué pena de pensamiento, mujer.
Un pensamiento que, en caso arrastrar a los demás hacia una vorágine de victimismo respecto de la bondad del ser humano, les habría privado de encontrar una pista decisiva para dar con los cuadros escondidos: la prueba real de la caligrafía de Martín Velasco.
Luis echó mano de su ordenador portátil dispuesto a seguir golpeando sus teclas hasta dar con la información que iban buscando.
—¿Y si buscamos a ver si hay alguna información sobre el padre de Sandra? —propuso—. ¿Cómo era su apellido?
A Helena se le atragantó el recuerdo de la visita al desguace de

Sandra Pavones.

—Pavones —respondió, y frunció los labios ácidamente.

—Geluco Pavones.

—Busca por Ángel Pavones —dijo Helena—, si eso.

Luis se recriminó no haber atado cabos antes:

—Claro, joder.

Después siguió aporreando el teclado del ordenador portátil con los dedos índices de ambas manos.

—Hay mucha basura entre los resultados.

—Sigue bajando a ver… —le pidió Helena.

—Ángel Pavones, LinkedIn. Ángel Pavones esto y lo otro…

—No parece que sea ninguno de estos, en concreto.

—No lo parece, no.

—¿En qué cárcel estuvo tu abuelo?

—No sé el nombre, pero supongo que cerca de Illescas.

—A ver… mete ahí «Ángel Pavones cárcel Illescas».

Los cuatro lo vieron al instante en la pantalla del viejo portátil de Luis, siendo este el primero en dar cuenta de lo que tenían delante:

—La madre del cordero.

—Clica ahí…

—Es la ficha de su detención en el archivo nacional de represaliados por el bando nacional.

—Vaya angelito.

Luis leyó en voz alta el contenido de la ficha de detención:

—Clemente Pavones (El Ángel), natural y vecino de tatatá… Ingresó en el la cárcel de Alicante en el 34… Un consejo de guerra condenó a doce años y un día de prisión por intento de asesinato… De malos antecedentes, afecto a la causa roja, especialmente violento y temerario, en julio de 1937 animó a un grupo de milicianos a asaltar la cárcel de San Esteban… Se le atribuyen varios asesinatos sin esclarecer…

Por su expresión, ávida de alimento, ansiosa por leer noticias en su favor, cualquiera habría dicho que Helena estaba a punto de estallar de la emoción contenida, de la simple idea de encontrar la cura para Marc de la forma más increíble que jamás hubiera imaginado.

—¿Qué más?

—Fue trasladado a la prisión de Elche, donde permaneció prisionero hasta 1940… Consigue la libertad condicional en el 41… Se le pierde la pista a partir de entonces.

Lisardo interrumpió el silencio cauteloso propio de su rol como parcial observador:

—¿Os dais cuenta de lo que esto significa? Si averiguáis la fecha

exacta en la que murió tu abuelo… ahí tenéis la causa probable que necesitáis como agua necesita el sediento.

Luis localizó el número de su madre en el teléfono y esperó impaciente que esta respondiera a su llamada. Lisardo había dado en el clavo. La fecha exacta de la muerte de su abuelo Martín era, efectivamente, un día indefinido a principios de octubre de 1937. Y había tenido lugar en la cárcel de San Esteban.

Helena solo puso en palabras el pensamiento que Luis no quería ver materializarse en su cabeza. Una idea clara y demoledora a la que poner difícil objeción, y por añadidura, bastante aterradora.

—Tu abuelo falleció en la revuelta instigada por el padre de Sandra Pavones, ¿es que no ves la relación?

A Luis pareció hinchársele la cara, incluso adoptar una tonalidad grisácea por la ira contenida.

—¡Traidora hija de puta!

Para Nono resultó inevitable darse por aludido, bajó la mirada y jugó distraídamente con el borde del mantel que caía sobre sus rodillas.

Como buen mediador, Lisardo trató de aplacar los ánimos.

—Un poco de calma. Que el padre de esa tal Sandra Pavones sea un asesino despiadado no quiere decir que ella también lo sea.

—¿Qué no? —se apresuró a responder Helena—. Eso es porque tú no la has visto gritar como una perturbada tratando de agarrar a mi hijo.

—De tal palo, tal astilla.

Luis negó con la cabeza de lado a lado.

—Aquí tiene que haber algo que no estamos alcanzando a ver.

—Sí, pero ¿qué?

—Algo entre tu abuelo y el padre de Sandra, ese tal Geluco que ahora sabemos que participó en el motín en el que murió tu abuelo.

—Vale, sabemos que coincidieron en el mismo sitio y en el mismo momento… —recapituló Helena—, ¿qué se puede sacar en claro de eso?

—Tiene que haber algo más que una simple coincidencia —apreció Luis—, algo que todavía no somos capaces de ver.

Coordinados por un titiritero imaginario, los tres mosqueteros —Luis, Helena y Nono— dirigieron sus miradas hacia Lisardo.

—¿Por qué me miráis así?

Como todo ser humano, el hombrecillo de aspecto de bibliotecario también tenía su derecho a, simplemente, *no saber*.

Con el viejo cuaderno entre las dos manos, Nono cerró los ojos y se lo pegó a la frente esperando recibir algún tipo de mensaje.

Aunque solo fuera por los años que pasó detrás del mostrador en la tienda de empeños de su padre. Quizás, pensó por primera vez sin miedo a salir lastimado, los mejores años de su vida.

—¿Y si este cuaderno viniera directamente del asalto de Geluco a la cárcel en la que estaba encarcelado tu abuelo?

—¿Cambiaría eso las cosas? —preguntó Luis.

—Estoy pensando en voz alta pero…

—¿Pero qué?

—La hostia puta…

—¿La hostia puta, qué?

—¡Joder! —volvió a exclamar Nono, sus manos agitándose frenéticamente mientras trataba de encontrar las palabras precisas para lo que acaba de imaginar en su cabeza, su pulso acelerándose como antes de marcar el siguiente número al llamar a sus víctimas en Rekobra. Ahí le sobrevino una amarga sensación de derrota al recordar que no había sido más que un peón al servicio de Sogorb.

Luis tuvo que arrancarle de aquel momento de trance.

—¿Joder, qué?

—Si este cuaderno hubiera llegado a pasar por manos de tu abuelo de alguna forma —razonó Nono, recobrando la compostura—, podría justificarse su conocimiento de al menos un caso de renacimiento —buscó a Lisardo con la mirada—, ¿y no es eso lo que representa exactamente *este* jodido cuaderno?

Poco amigo de la ambigüedad, Lisardo respondió de forma contundente:

—Sin lugar a la menor duda.

Suficiente claridad para Nono, que continuó elaborando su compleja y enrevesada teoría edificada a partir de pequeñas porciones de aparente *nada*:

—Dijiste que se han registrado casos de renacimiento provocados, ¿no es así?

—Correcto —respondió Lisardo—. Hemos documentado infinidad de casos de una transmisión no accidental de marcas corporales, marcas muy sutiles… leves señales sobre la piel que los familiares de una persona cerca de la muerte marcaban con pintura, o incluso con mantequilla, en una parte muy concreta de su cuerpo, como detrás de la oreja, o en la base del cuello… esperando ver una marca idéntica en alguno de los siguientes nacimientos en la familia.

—¿Y funcionó el experimento?

—En los casos que hemos estudiado… lo cierto es que no tenemos una explicación para lo que hemos visto.

Nono se giró enérgicamente hacia Luis.

—La principal preocupación de tu abuelo era transmitir a su familia el paradero de esos cuadros, ¿no es así?

—O salvar el pellejo.

—¿Y si salvar el pellejo se convirtió en una quimera? ¿Y si la presión propia de la cárcel, o un inminente motín donde comenzó a correr la sangre salvajemente hizo a tu abuelo tomar una decisión drástica, una decisión a la desesperada?

—¿De qué decisión estás hablando?

Nono se preparó para la perla que estaba a punto de soltar sin importarle cómo pudiera sonar:

—La de enviaros un mensaje a través del tiempo.

—¿Por qué iba a pensar mi abuelo que algo así fuera posible? —cuestionó Luis.

Nono sacó el cuaderno y depositó en él toda su atención.

—Quizás este cuaderno perteneció a un compañero de celda. Y quizás ese compañero sabía más de los renacimientos de lo que nos están contando sus páginas garabateadas.

—Cierto —apuntó Lisardo—. El cuaderno, tal como se muestra ante nosotros, no es más que una pequeña parte de lo que en realidad representa.

—¿Lo veis? —Nono les pidió confianza en lo imposible, sin importarle ya que su credibilidad estuviera en constante tela de juicio. Podían encontrar esos cuadros, Dios, podrían salvar al crío, ¡si Ociel le hubiera visto atando cabos!

Lisardo eligió entre su repertorio de sonrisas y eligió aquella que usaba cuando estaba a punto de sacar a relucir sus conocimientos de historia, o de cualquier otra materia de su dominio.

Miró hacia Luis y le dijo:

—Imagina ese preciso momento en que tu abuelo llegó a asumir cuál era su destino más inmediato. Se encuentra en plena rebelión interna, silban las balas, la muerte acecha a la vuelta de la esquina entre los muros de la cárcel. Quizás Sandra sabe lo de los cuadros porque su padre sabía lo de los cuadros, ya por aquel entonces.

—Claro que lo sabía, el muy hijo de puta.

—Tu abuelo Martín está ahora contra la espada y la pared —Lisardo siguió retratando el momento de su muerte—, quizás indefenso frente a sus verdugos… o frente a su único verdugo.

—Continúa —le exhortó Luis.

—No ha conseguido el favor de ningún preso para enviar un mensaje a su familia de la forma convencional, con una nota en un pequeño papel, y empieza a temer que el secreto se va a ir con él a la tumba.

—Está desesperado —puntualizó Nono.
—Así es. —Lisardo parecía un San Bernardo inocente y bonachón—. Ya no es el dolor que va a experimentar su familia por su muerte, sino que además de quedar como un ladrón, les va a dejar sin el único recurso que podría garantizarles una vida digna después de la guerra.
—Ante esa perspectiva, ¿no harías una locura?
—No lo sé…
—Quizás tú no, pero una persona que se ha jugado la vida en la boca del lobo saboteando la fábrica de explosivos del bando contrario… Quizás nuestros antepasados estaban hechos de otra pasta, sin redes sociales, ni teléfonos móviles ni doscientos canales de televisión.
—¿De qué pasta?
—De la pasta necesaria para planear su propia muerte: dos manos cortadas y un golpe en la cabeza, ¡zas!
—¿Y qué significaría eso?
—Significaría que ahí tenemos el mensaje que trató de dejar tu abuelo para la posteridad.
—¡Qué mensaje, por Dios! —exclamó Helena.
Lisardo forzó una pausa teatral, respiró hondo y aclaró, de una vez por todas, lo que tenían en sus manos:
—La situación exacta de los dos Grecos de los que seríais los legítimos herederos en el preciso momento de recuperarlos.
—Eso sería fantástico, pero ¿qué mensaje hay en dos manos cortadas y un golpe en la cabeza? —preguntó Helena—. ¿Se pueden meter esas indicaciones en Google Maps?
—Me temo que no.
—¿No me digas?
Cabizbajos, temieron haber llegado a un insalvable punto muerto. Un convoy de motocicletas subiendo por la carretera desde el puerto detuvo su camino junto a la entrada a la casa. A los pocos segundos, los tubos de escape volvieron a tronar y el estruendo se fue disipando poco a poco. Sonaron las bisagras del portalón. Sonsoles se acercó a abrirlo antes siquiera de reparar en el cónclave que tenía lugar en la sala de estar, dentro de la casa. A los pocos segundos, Sonsoles abrió la puerta de madera y echó un vistazo al interior, sin tener que fingir sorpresa por el comité investigador que formaban Lisardo, Luis, Helena y su propio hijo.

***

Sonsoles ignoró a sus allegados (Lisardo y el propio Nono) y saludó con un ademán a los padres de Marc como si no le

extrañase lo más mínimo su presencia. Detrás de ella podía intuirse la figura de alguien conocido para al menos uno de los presentes. Acababan de dejarle en moto los chicos del puerto, de ahí los sonoros tubos de escape rugiendo como cohetes espaciales.

Nono se alzó de la silla de ratán.

—Vi todo lo que pasó en casa de mi abuelo —dijo Elías, su mirada asomando decidida entre los mechones de pelo negro zaíno. Sujetaba un sobre de plástico de un tamaño no superior a un cuarto de folio—. *Esto* es lo que estáis buscando.

Sin más, Elías dio un par de desganados pasos hacia adelante y echó el sobre de plástico sobre la mesa floreada alrededor de la que se encontraban todos. Sin intención de quedarse a ver los fuegos artificiales, descaminó los dos pasos y permaneció estático junto al umbral de la puerta.

—¿Qué es *eso*? —preguntó Sonsoles.

Con el sobre entre sus manos, Nono obtuvo una perspectiva bastante clara de lo que este contenía.

—Son notas de despedida —miró hacia Elías, buscando su confirmación—. Notas de despedida, ¿no es así? *Las* notas de despedida —enfatizó su carácter único y excepcional.

—Lo que hagáis con ellas —respondió Elías con el rostro ensombrecido, al punto hastiado—, eso ya es cosa vuestra.

—Y tú, ¿qué quieres a cambio?

—Que esto acabe de una vez.

Por *esto* Elías no se refería a una sola cosa, sino a un compendio de circunstancias que estaban cerca de acabar doblegando su moral, habiéndole llevado en más de una vez a un abismo de autodestrucción: la relación tóxica entre su madre y su abuelo, pero aún más, la sensación de abandono, de no importarle a su madre una mierda, que el propio Elías se había, hasta entonces, negado a aceptar.

Elías salió al paseo empedrado y a los pocos segundos no se supo más de él aparte del sonoro rugido de su motocicleta.

En el interior de la casa, ahora con la nueva incorporación de Sonsoles, todos observaron el contenido del sobre de plástico con fascinación —algunos—, o simple curiosidad —los otros—, pero ninguno de ellos se sintió capaz de mirar hacia otro lado.

Asumiendo la enorme relevancia de aquellos viejos papeles (su padre lo hubiera dado todo porque algo así hubiera caído en sus manos), Nono comenzó a examinarlos uno a uno.

—Con cuidado —aconsejó Lisardo, moviendo sus manos hacia adelante y atrás esperando impaciente su turno para echar un vistazo al increíble hallazgo—, si lo que ha dicho el chico es

cierto, estos papeles deben tener más de ochenta años.

Luis clavó los puños sobre la mesa y, con los brazos tiesos como dos grúas mecánicas, se inclinó ligeramente hacia el centro de la mesa para tener un mejor ángulo de visión. Una de aquellas escuetas, ínfimas, notas de despedida podía haber sido escrita del puño y letra de su abuelo Martín antes de morir.

—¿Cuántas notas habrá ahí dentro? —preguntó Helena distraídamente, sin esperar que nadie acertara la respuesta.

—A ojo de buen cubero... —Luis fue tocando con las yemas de sus dedos el borde de los pequeños papeles tratando de controlar el sutil temblor en sus dedos—, aquí puede haber ciento y pico notas. Y todas parecen contener mensajes de despedida.

Elevando los talones del suelo, Helena se reclinó hacia adelante rozando a Luis con su brazo desnudo.

—Para ser notas de despedida —observó mirando de lado a lado como un gato olfateando su presa— las veo bastante cortas de contenido, ¿no te parece?

Luis permaneció en silencio. Helena le echó una mirada reprobatoria a la que él respondió con un gesto de fingida indignación.

—¿Qué pasa? —preguntó Luis elevando sus cejas pobladas como pacas de trigo seco.

—Si tuvieras que despedirte de mí —dijo Helena—, ¿no te faltaría espacio en el papel para todo lo que tendrías que decirme?

—No cuando el mensajero tiene que atravesar infinitos controles para entregar el mensaje.

Incapaz de contenerse medio segundo más, Lisardo entró de nuevo en escena.

—¿Sabéis qué significa esto? —Nadie contestó a su pregunta—. Nuestro sujeto de interés —continuó—, Geluco, acaba de ganarse un premio de la Academia a la mejor actuación.

—¿A qué te refieres? —preguntó Luis.

—¿Por qué tendría en su poder doscientas y pico notas de despedida si no fue ganándose la confianza de los presos allí confinados, probablemente a punto de morir ejecutados?

—Maldito bastardo.

—Si no fueran notas anónimas... sus familiares vivos en la actualidad las recibirían con los brazos más que abiertos.

Con sumo cuidado de no echar a perder los frágiles papeles, algunos de los que eran directamente papel de fumar tabaco, Nono los fue colocando como una baraja de naipes sobre la mesa floreada.

—¿Ningún preso escribió su nombre o el de sus familiares? —

observó Luis, y añadió, acto seguido—: El mensajero tenía que saber sí o sí a quién entregar el mensaje de despedida… vamos, digo yo.

—Sí, claro —respondió Nono con sarcasmo—, y delatar a los de tu propia sangre. El trato con el mensajero debía ser de palabra, y a rezar porque no tuviera mala memoria.

—Así que no tenemos los nombres de los remitentes.

—Tenemos uno.

—¿Cuál?

—El de tu abuelo —respondió Nono.

—¿Cómo es posible?

—Muy sencillo.

Ni Helena ni Luis tenían tiempo ni paciencia para acertijos, y así se lo expresaron casi al unísono.

—¿Y bien?

—La nota de despedida cuya caligrafía coincida con la letra que aún se puede leer impresa en el mensaje que encontré dentro del obús en el jardín de Sandra, esa nota de despedida solo puede ser de tu abuelo Martín. Si encontramos una coincidencia… quedaría confirmado que fue efectivamente tu abuelo quien introdujo ese mensaje de ánimo dentro del obús.

Tomándose como una afrenta personal, Luis golpeó la mesa con las palmas de las manos abiertas como hojas de palmera.

—Y el condenado Geluco lo tenía en sus propias narices…

—Sí, pero que encontremos entre estas notas un mensaje de despedida de tu abuelo, si es que la encontramos, no significa que nos vaya a decir dónde están los dos lienzos. Habría sido un movimiento absurdo por su parte, ¿no os parece? Escribir en la nota de despedida la situación exacta de dos obras de arte millonarias.

La urgencia ahora era cotejar las caligrafías contenidas en los pequeños trozos de papel —casi descosidos por el tiempo— con el tipo de letra en el mensaje contenido en el obús de Sandra Pavones.

—¿Tienes el mensaje? —instó Luis a Nono.

—Claro —respondió Nono, y se apresuró a mostrar nuevamente el mensaje que había encontrado en el revestimiento interno del obús sin carga explosiva. Después procedió a comparar su caligrafía con la de las notas de despedida que Elías acababa de facilitarles, y que venían directamente de la sala de trofeos de su abuelo Geluco, el despiadado Ángel que fue sembrando el terror en los años treinta.

Después de ir colocando una nota de despedida tras otra junto al mensaje encontrado en el revestimiento interno del misil

dispuesto sobre la mesa, Nono se detuvo en seco con una nota en la mano. Un inequívoco brillo en sus ojos vaticinó lo que estaba a punto de anunciar.

—Jaque mate.

Ocasionalmente, la suerte podía hacer que el viento soplara a favor, a *su* favor.

—No soy un perito calígrafo —dijo Nono, y la satisfacción en su cara parecía la de un niño pequeño con un juguete nuevo—, pero yo diría que estas dos notas salen del puño y letra de la misma persona.

Todos se acercaron a la mesa como pequeñas gotas de mercurio adhiriéndose a la gota de mayor tamaño. Tenían frente a sus ojos las últimas palabras escritas en vida por Martín Velasco, ¡sus últimas palabras!

—¡Fijaros en cómo terminan las eles y las tes! —exclamó Helena, y solo le faltó fundirse en un abrazo con cada uno de los presentes.

—¿Qué es lo que pone exactamente?

—Pues dice algo así como… «sed más devotos que nunca y»… aquí no entiendo lo que dice… oh, aquí ya se lee un poco mejor… sigue con un «tened claro que tres ángeles guardarán lo que más…», «lo que más… queremos». Sí, sin duda pone «queremos», justo aquí, ¿lo veis?

—No os obcequéis con esto —echó el freno Lisardo, metódico y cauteloso como buen investigador—, recordad que tenemos otro mensaje de tu abuelo Martín tan importante como este en la ecuación: las marcas de vuestro pequeño en su cabeza y muñecas.

—¿Podría referirse a una iglesia?

—Sí, ¿pero cuál de las doscientas mil iglesias que hay repartidas por todo el país?

—No en todo el país, sino en una muy, muy cerca de Illescas.

—Entre dos y tres iglesias en cada pueblo o ciudad, haz tú misma los cálculos.

—Sí, pero no cualquier iglesia.

—¿Hay alguna iglesia sin manos?

—Eso no ha tenido gracia.

—En absoluto —le corrigió Lisardo—, tiene todo el sentido. Tu abuelo os está hablando ahora mismo, Luis, ¿no os dais cuenta? ¡Os está hablando!

Los momentos de silencio eran un necesitado digestivo para Luis, con serias dificultades para digerir todo lo que acababa de salir a la luz.

—Se está comunicando con vosotros de la manera que consideró

que tendríais más posibilidades de entender —continuó Lisardo —. Seguramente, fruto de un arrebato de locura transitoria provocado por la brutal presión a su alrededor, conocedor de su inminente desenlace fatal.

—O en un arrebato de clarividencia.

La conversación volvió a su curso cuando Nono recordó las pequeñas piezas que los clientes de su padre empeñaban en su tienda. Y a menudo no tan pequeñas, a juzgar por el espacio anexo que su padre tuvo que alquilar junto a la tienda de empeños y que supuso el inicio del fin de su negocio.

—Muchas esculturas —dijo Nono, y se sorprendió a sí mismo a medida que iba relatando información que creía borrada de su memoria—, incluso relieves, no los hacen desde un solo bloque del material que sea. Los brazos, por ejemplo, a menudo van enganchados como piezas independientes.

Sabía que «enganchados» no era la expresión exacta para referirse a las piezas engarzadas, pero el matiz pasó desapercibido. Y no le importó en absoluto. Aquel simple recuerdo trajo a su memoria toneladas de detalles que el propio Nono había apartado de su memoria después de la muerte de Ociel. Aquel incidente había hecho saltar los plomos y nadie, y aún menos el propio Nono, se había molestado en levantar el interruptor para que la corriente de emociones fuera recuperando su circulación normal. Y así había permanecido durante largos años de hermetismo hasta el momento en que algo —podría decirse que la entrada en escena de Elías, o su propia curiosidad al adentrarse en los confines del desguace—, le hizo encontrar el viejo cuaderno y, poco después, el mensaje insertado en las paredes internas del obús sin carga explosiva. A partir de ese preciso momento, muy poco a poco, como un sutil, pero decidido goteo, los recuerdos comenzaron a circular por su memoria, y emociones soterradas bajo múltiples capas de cinismo empezaron a resonar en su interior cada vez con más insistencia.

—Mirad la Venus de Milo —añadió Nono para terminar su discreta, pero significativa disertación sobre artes plásticas.

Con la cabeza puesta en el reconocimiento que supondría haber dado con un caso de renacimiento como el que tenían entre manos, Lisardo siguió espoleando enérgicamente los ánimos de Luis y Helena.

—¿Hace falta que os diga lo que toca ahora? —les dijo.

Lisardo no alcanzaba a entender cómo en un momento cumbre como el que estaban viviendo, la pareja no se ponía a dar saltos de alegría. Para él suponía una necesitada bocanada de oxígeno

en una incursión a pulmón hacia las profundidades, el reconocimiento profesional que llevaba años esperando y que estaba a punto de hacerle caer en una depresión que no se atrevía siquiera a reconocer.

Después de bajar finalmente la guardia y adentrarse de cabeza en la fantasía de la que sus tres contrapartes, Nono los animó a dar el primer paso. Por un momento se olvidó del dinero perdido, del esquema de fraude organizado por Sogorb a su nombre y de todo lo que no fuera encontrar esos dos cuadros. Se alegró de que Lisardo no acabara siendo un fraude, después de todo. Su madre tenía que reconocérselo, abrazarlo y ensalzarlo, joder. ¿Quién era él para ponerle más palos en las ruedas?

—¡A buscar iglesias en Illescas como cabrones! —exclamó a voz en grito.

A juzgar por la expresión comedida en sus caras, resultó evidente que Luis y Helena todavía tenían serias dudas sobre la misión.

—¿En qué debemos fijarnos? —preguntó Helena.

—¿Qué tal si comenzáis buscando fotos de iglesias en Illescas —propuso Lisardo— o en sus alrededores?

Sentado y con sus dedos machacando el teclado —Luis—, coordinando la infatigable búsqueda en pie —Helena—, la pareja localizó rápidamente al menos cinco edificios religiosos candidatos a alojar, en algún escondrijo aún por discernir, las dos supuestas obras del Greco escondidas deprisa y corriendo por su abuelo Martín. Estaban en sintonía por primera vez en mucho tiempo y saltaba a la vista.

Helena alzó la vista de la pantalla y confirmó a Lisardo sus pesquisas:

—Tenemos cinco iglesias —le indicó, y comenzaron a debatir cuál tendría más posibilidades de ser la elegida, si esta por parecer más primitiva o si esta otra por tener dos ábsides en lugar de uno solo.

Entretanto, Luis fue ampliando las imágenes de las fachadas principales de todas ellas hasta que una de aquellas le hizo sentir sus esfínteres perder su tensión normal.

—Dios santo.

Helena clavó una mirada en su marido, cuyo rostro parecía una de las ceras blancas de la marca Manley con las que Lucas ya hacía sus primeros pinitos con el arte.

—¿Se puede saber qué pasa ahora? —le preguntó Helena.

Luis era pura determinación, con sus movimientos controlados y los ojos fijos en un punto en el infinito que despejaron cualquier duda en ella sobre la firme determinación de su marido

por seguir adelante.

—Diles a tus padres que se quedan con los chicos esta noche, ¿quieres?

A Helena se le caían las pestañas con la simple idea de tener que pedirles un favor de tal calibre a sus padres, los únicos que se negaban a ver la realidad de la enfermedad de Marc; los que lo achacaban su enfermedad a los designios del Señor y se empeñaban en creer que todo en esta vida sucedía por algo, y que si el Señor así lo había planeado, el pequeño Marc se recuperaría más pronto que tarde, así, como de la nada, de forma milagrosa. Dios, ¿cómo podía dejar a su hijo en manos de alguien que pensaba de aquella forma? ¿Qué madre sensata se prestaría a algo así?

—Joder, Luis —Helena intentó ocultar su verdadero temor a la reacción de sus padres ante una situación de peligro—, ¡sabes que están a dos horas de casa!

Luis devolvió el saque rozando la red con una dejada de pragmatismo:

—Razón de más para irles avisando —respondió serenamente—. Además, es domingo así que habrán descansado de... de lo que sea que hagan tus padres los domingos.

—¿Avisándoles de qué?

—Ve pensando en hacer la mochila.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Nos vamos de excursión

***

Si el viejo Geluco hubiera conseguido hacer una pausa en su cada vez más pronunciada ausencia del mundo real para disponer de unos pocos minutos de lucidez mental y, lo más importante, si alguien hubiera tenido a bien explicarle que la pista definitiva, la clave esencial para dar con la situación exacta de sus dos anhelados Grecos, llevaba más de cuarenta años a plena vista en el desangelado jardín de su propia finca, una bala atravesando su cráneo le habría curado todos los males con una sola dosis. Y la habría disparado él mismo sin dudarlo ni un segundo.

Si, además, tal como estaban las cosas en el mercado del arte, le hubieran explicado que el valor de los últimos lienzos del Greco sacados a subasta en Sotheby’s, o en Christie’s, qué importaba dónde, había superado con creces los cinco millones de euros la pieza, antes de pegarse un tiro en la cabeza se habría encargado de organizar una masacre de la que se habría hablado durante mucho tiempo.

A pesar de que pareciera improbable que alguien en un estado tan delicado como Geluco pudiera unir las piezas de aquel rompecabezas, lo que no se podía negar era que al menos una de las notas, escrita de puño y letra por Martín durante su tiempo en la fábrica de artillería del Huétor, seguía intacta. Ahora, la nota estaba en manos de Luis y Helena, algo que irónicamente tenían que agradecer a su principal enemigo, pues su curiosidad había sido lo que permitió que el mensaje de su abuelo Martín acabara llegando a su destino en un viaje a través del tiempo. Ni los Tedax se habían molestado en echar un ojo al interior del proyectil, ¿para qué tendrían que haberse tomado la molestia?

Más allá del mensaje en sí —unas palabras de ánimo de parte de Martín Velasco para quienes se dejaban la piel en el frente de batalla—, lo verdaderamente valioso en aquel pedazo de papel era la caligrafía impresa a lápiz por un maestro polvorista unos setenta años antes. En ese ajado pedazo de papel estaba la clave que Geluco había pasado más de medio siglo —medio siglo *largo* —tratando de encontrar sin éxito alguno, y por lo que había acabado perdiendo el juicio. Ironías de la vida, en caso de haber creído a Martín Velasco al hacerle prisionero en tiempos remotos, quizás a Geluco le habría dado por echar un vistazo dentro de aquel obús (adquirido en un mercadillo en los años setenta como recuerdo de una época que consideraba irrepetible en su vida) y, tal vez motivado por la curiosidad del verdugo, habría comprobado entonces que, efectivamente, Martín decía la verdad sobre su costumbre de manipular cada misil que pasaba por sus manos. Y sea como fuere, había acabado cayendo uno de los explosivos manipulados por Martín en sus manos, ¡en sus propias manos! Martín no habría mentido entonces al relatar sus proezas ni era una argucia para librarse de pasar unos años entre rejas. Geluco habría conseguido de esta forma el santo grial perseguido durante tanto tiempo: una muestra directa de la caligrafía de Martín. Este hallazgo le habría ayudado a distinguir su nota de despedida de entre los doscientos y pico ejemplares que había requisado a lo largo de los años a base de encerronas y embauques, y que aún conservaba en un sobre precintado en el almacén de sus cosas privadas. Le habría bastado con hacer una sencilla comparación visual hasta encontrar aquella nota de despedida que hubiera sido escrita con idéntica caligrafía a la del mensaje escondido en el obús. Algo que un perito calígrafo le habría sabido decir en menos de diez minutos.

Pero lo único que quedaba de aquel Ángel despiadado e inteligente a partes iguales era Angeluco, un viejo senil que se creía un señorito andaluz en los años treinta. Incluso su viejo

nombre de batalla, el Ángel, se había convertido en una triste caricatura de la que ahora solo quedaba el viejo Geluco.

Sandra tampoco sabía nada de ninguna nota dentro del viejo obús ni su imaginación alcanzaba a fantasear con la idea de que la clave para encontrar aquellas obras del Greco estuviera en su propio jardín, *dentro* de ese maldito proyectil. Un artefacto cuya simple imagen le causaba antipatía, rechazo, un profundo malestar tan plomizo como los meses de aplastante calor. Ese mostrenco que tenía que ver cada día entre las flores y para el que cada día fantaseaba con deshacerse de las más diversas maneras. Fundiéndolo. Reventándolo. Desintegrándolo. Ahogándolo en el mar. Sí. Esta última era la que más romántica le parecía. Aunque a veces no sabía si profesaba esos sentimientos hacia el viejo obús o hacia su propio padre.

Joder, ¡había llegado tan lejos! Ese maldito Nono o como fuera que se llamase… Quizás debiera buscar un par de macarras y hacerles un encargo. A todo esto, ¿qué habría sido del buceador? No le quitaba el sueño en realidad, salvo por la posibilidad de que este hubiera encontrado algo al irrumpir en la casa de los Velasco y no pensara decírselo. A ella misma le resultaba milagroso todo lo que había conseguido averiguar tirando de Google y haciéndose pasar por una natural de Illescas en dos o tres grupos de Facebook. Nada en el mundo como hacerse la tonta para que la gente empezara a largar de lo lindo. Para más inri, de todos los lugares del mundo en el que podrían vivir los descendientes del tal Martín Velasco, fotógrafo del otro tal marqués de Silvela y Osma, un tío con mucho arte, el nombre no importaba una mierda, el caso es que de todos los posibles lugares del mundo, los herederos tenían que vivir en Pontedeume…, ¡en el puto Pontedeume! ¿Querías señales, nena? ¡Pues ahí las tienes! Por lo que a ella respectaba, estaba dispuesta a intentarlo todo, absolutamente todo, si con eso conseguía su objetivo. ¿Creer por un día en seres de ultratumba? Si por eso pasaba encontrar los dos cuadros del puto Greco, adelante.

¡Dios! Esos lienzos tenían que andar escondidos en algún lugar. Dar con su paradero era una cuestión personal: no estaba dispuesta a tener que limpiarle la baba a su padre ni un solo día más.

Capítulo 29

A pesar del inamovible paso de las horas, el barrio residencial del Ensanche de A Coruña permanecía inmóvil y silencioso como cada noche. Solo una pequeña luz parpadeaba en la oscuridad nocturna, correspondiente al pequeño piso del agente Luján, en el edificio donde compartía espacio con otros tantos habitantes típicos de la clase media de A Coruña. Pasaban las dos de la madrugada del domingo, momento en que los perros ya habían sido paseados y la basura retirada, fuera de la vista de sus dueños. Luján seguía apoltronado en su sofá, con los párpados medio abiertos frente al televisor. Aquel aparato era el único punto focal en la oscuridad de su escueto salón amueblado según lo que daba de sí su sueldo de funcionario público. Su esperanza de aguantar hasta la siguiente proeza de la humanidad retransmitida en directo desde el campeonato mundial de halterofilia en Kioto recaía, pendiendo de un finísimo hilo, de la energía que pudiera proporcionarle la última porción de pizza hawaiana, fría y seca como la mojama, que esperaba su turno en la grasienta caja de cartón. Luján no alcanzaba a entender cómo un tío de sesenta y un kilos —seguía tratando de explicarse completamente atónito—, podía levantar una barra de ciento setenta y cuatro kilos para ponérsela en un par de movimientos sobre su cabeza con los brazos extendidos. Además, resultaba obvio que quienes fallaban en el intento lo sabían de antemano sin el menor atisbo de duda. Meneaban la cabeza conscientes de que el único motivo de su reciente fracaso había sido perder todo rastro de fe en sus posibilidades, dejando que la negatividad tomara las riendas. Habían perdido antes siquiera de empezar.

Que el individuo de la colina situada junto a la playa de Santa Comba hubiera encontrado el casquillo recién detonado por los hermanos Aldán y Artai era un juego de una posibilidad entre un millón, pero no había espacio para el menor tipo de vacilación si quería encontrar a Nando Villaboi: el primer paso para el fracaso era creer a pies juntillas en el fracaso.

Luján apagó el televisor, se alzó del sofá a duras penas y, una vez estuvo en su habitación, se acostó en la cama convenciéndose de estar a apenas unos escasos milímetros de dar con el paradero del portentoso buceador desaparecido. Durmió resueltamente las pocas horas que la noche aún podía robarle al día y, después del café de la mañana, puso rumbo hacia el chalé que la niña había

señalado unos días antes, segura de conocer al responsable de su decepcionante día de pesca de proyectiles en las inmediaciones de la playa de Santa Comba. *Los escarabajos no matan.*

Una vez a la altura de la casa, Luján aparcó en la rampa de hormigón y tiró sin pretensiones del freno de mano. Según levantó el pie del freno acto seguido, el coche emprendió un camino en picado hacia la fachada de la vivienda, obligándole a girar el torso hacia la derecha para clavar el coche tirando del freno de mano con las dos manos. El desgarrador sonido a carraca hizo vibrar los cristales de las ventanas en la fachada exterior del chalé, al otro lado de los que se encontraba la persona a la que iba buscando matando los últimos resquicios de la muerte por chocolate que quedaba en el frigorífico.

Nono se alzó de su asiento en la cocina para echar un vistazo a través de la ventana que daba a la rampa de entrada a la casa. Recordó la imagen de Luis y Helena saliendo de esa misma rampa quemando ruedas dos días antes, aquel mismo sábado, convencidos de poder localizar dos obras de arte cuyo valor podría traducirse en varios millones de euros. Ya se lo había dicho Velayos: «haz que sus deudas desaparezcan», ¿no lo había expresado así? Con esos dos cuadros saliendo a la luz, todos sus problemas desaparecerían por arte de magia. Los bancos ya no querrían seguir persiguiéndoles; ahora esas malditas entidades financieras querrían ser sus mejores amigos, amigos de toda la vida. El único que no sacaría nada positivo de todo aquello era él, bloqueado financieramente, embaucado por Sogorb y perseguido por la Comisión Nacional del Mercado de Valores. Esperaba poder llevarse algo de crédito si Luis Velasco tenía a bien mencionar su nombre al encontrar los cuadros perdidos. Si los encontraban.

Ni siquiera necesitó esperar a que el agente de paisano se presentara como policía para entender la razón de aquella visita en la mañana de aquel lunes aciago, en el que la emoción del día anterior había dado paso a una tenaz sensación de derrota. Sabía que no tendría que pasar mucho tiempo hasta que los documentos enviados por Sogorb a la prensa surtieran su efecto, ni para que las instituciones financieras le pusieran un ultimátum para explicar todo lo que aquel malnacido había hecho en su nombre.

Una vez dentro de la propiedad, de pie en el jardín aún brillante por el rocío de la mañana, Luján se presentó cortésmente tal como exigía el protocolo policial. Después verificó el nombre del investigado, quien no tuvo reparos en mostrarle su documento de identidad, y procedió a explicarle el propósito de su visita con

actitud firme y decidida, ajustando el tono de amenaza en el mínimo permitido.

—Hace exactamente dos semanas —precisó Luján, y guiñó el ojo como si aquel gesto pudiera introducir un calendario imaginario en la conversación—, se reportó la desaparición de un muchacho junto a la playa de Santa Comba, aquí al lado.

No quería ni darle más información de la necesaria ni pecar de cauteloso, lo que podría haber despertado una actitud poco colaborativa en su entrevistado. Por su parte, Nono pensó lo primero que pensaría cualquier persona sensata al recibir la visita de un policía investigando los hechos alrededor de un delito: que quieren colgarle el muerto para resolver el caso cuanto antes.

—¿Y bien? —respondió Nono con serenidad, con su barbilla apuntando al cielo y la mirada ladeada, un conveniente disfraz ante el temor que le producía la posibilidad de que aquel tipo no fuera quien decía ser. Sogorb era muy capaz de enviarle a uno de sus esbirros a partirle las piernas a plena luz del día.

—Oh, no, para nada —respondió Luján, fingiendo su mejor representación del poli bueno—. No es más que el procedimiento habitual en un proceso de instruc… en una investigación.

Luego le enseño su placa identificativa y Nono quedó relativamente más tranquilo.

—Solo por saberlo —le cortó Nono controlando el tono en su voz, más confiado a medida que el visitante parecía ser, efectivamente, un policía—, ¿esto es un interrogatorio?

—En absoluto —respondió Luján—. Se trata de una entrevista. Pura formalidad, nada más…

Los dos asintieron y, acto seguido, medió un momento de silencio en el que ambos quedaron esperando que el otro abriera la boca. El primero que hable, pierde.

Nono llevaba un par de días sin noticias de Velayos, lo que traducido al trabajo de un periodista consumado se podía traducir en al menos un par de reportajes capaces de doblegar el buen nombre de cualquiera. El plazo que Sogorb le había concedido para convertir la vida de Luis Velasco en un infierno había expirado hacía ya unos cuantos días, aunque eso ya le daba igual. Una extraña sensación de calma le revolvió el estómago. Apenas había pegado bocado en los últimos dos días y solo esperaba que cuando sucediera lo que tuviera que suceder, al menos no le pillara por sorpresa.

—¿Sabe a lo que me dedico?

—Pues la verdad es que no —reconoció Luján—, ¿debería?

—Supongo que no.

Quizás no hubiera llegado la sangre al río todavía. Quizás Velayos hubiera conseguido interceptar los papeles enviados por Sogorb a su periódico, y en un alarde de generosidad, los hubiera pasado por la trituradora de documentos.

—Pero tal vez se lo pregunte más adelante.

—¿Y eso por qué?

—Por abrir la boca.

En esta segunda oportunidad que el subinspector Peirallo le había concedido, para Luján era crucial ceñirse totalmente al protocolo de actuación con los testigos. Lo último que quería en aquel punto era presentarse ante su inmediato superior con un testimonio vago o, peor aún, con un testimonio coaccionado e ilegítimo.

Centrándose en el día posterior a la noche de la desaparición de Nando Villaboi, Luján le pidió a su posible testigo —y posible implicado, nada se podía descartar— que le relatara su día completo, el domingo posterior a la desaparición, de principio a fin.

A base de monosílabos y sin un gran interés en recordar los detalles de aquellos días, Nono repasó el insulso cortometraje que había sido aquel fin de semana en particular.

—Y después del baño en Santa Comba me eché a dormir un rato antes de comer.

—Un segundo, amigo. No tan rápido. Vamos a centrarnos un momento en tu paseo de vuelta desde la playa hasta tu casa.

Luján señaló hacia Santa Comba, aunque desde el jardín no gozaban de una visión directa de aquella debido a la arboleda que los separaba, a él y a Nono, del punto en que se podía contemplar una visión panorámica completa de la playa en toda su extensión.

—¿Podrías contarme con todo detalle lo que hiciste exactamente en ese último trayecto?

—No fue el último.

—No juegues conmigo, chico. Sabes a lo que me refiero.

Para Nono, un paseo de vuelta a casa desde la playa era exactamente como sonaba: un paseo de vuelta a casa desde la playa. Lo último que podía intuir en aquel momento es que aquel agente tuviera el menor interés en su habitual labor de recolección de proyectiles en los alrededores del campo de tiro.

—Piensa, muchacho. Piensa.

—No lo sé —Nono trató de recordar algo medianamente reseñable—, nada especial que yo recuerde.

Un *nada que yo recuerde* era, ni más ni menos, la perfecta expresión de las peores noticias que Luján podía haber esperado.

Se mordió el labio inferior, frunció el ceño e intentó no dejarse llevar por la frustración.

—Pero pasaste por las dunas, ¿no es así?

—*Tengo* que pasar sí o sí entre las dunas al volver de Santa Comba.

—¿Ves cómo vamos progresando?

Luján estaba en el punto de agarrarse a un clavo ardiendo con tal de no perder la motivación.

—Paseaste por las dunas, perfecto. ¿Y no hiciste nada en particular en las dunas? ¿Nada que quieras contarme?

Joder, Luján. Ya te estás saltando olímpicamente el protocolo.

—¿Nada cómo qué? —preguntó Nono. Aquella cuestión estaba más que justificada. Para alguien quien, como era su caso, había pasado sus últimos diez veranos recogiendo restos de munición al regresar de Santa Comba, aquello no era un hecho ni siquiera mínimamente reseñable.

—Había una niña pequeñita muy decepcionada el otro día —le hizo saber Luján—, en la zona de las dunas.

Nono se encogió de hombros, y el inevitable recuerdo de su hermano fallecido haciendo lo propio en el campo de tiro le asaltó sin previo aviso. Últimamente le tenía mucho más presente que de costumbre.

—Andaba con un cubo vacío en una mano —recordó Luján—. La pobre todavía albergaba la ilusión de poder llenarlo, pero lo único que encontró fue el tornillo desvencijado de algún parachoques a punto de soltarse.

Luján clavó su mirada en los ojos de Nono.

—¿No te imaginas lo que podría andar buscando?

En ese momento Nono lo vislumbró con toda claridad. Recoger aquel proyectil, aquel que había visto brillar bajo el sol con la intensidad de una moneda de cobre recién acuñada, acabaría trayéndole problemas tarde o temprano. Quizás fuera ese su destino: librarse de Sogorb para caerle otro marrón mucho peor en su lugar, y así sucesivamente hasta convertir su vida en el más absoluto agujero negro. En el verdadero vacío.

—La niña te acusó de quedarte con todos sus tesoros, ¿te lo puedes creer?

Cuidado con las sutilezas, Luján.

—Mira, no es ningún delito recoger casquillos del suelo —añadió antes de que Nono pudiera articular una respuesta—, y menos en un campo de tiro abandonado.

Luján hizo una estudiada pausa en su exposición.

—Los problemas llegan —continuó— cuando uno de esos casquillos representa la prueba principal de un crimen.

La palabra crimen acojonaba mucho más en una conversación real con la policía que en las películas, reconoció Nono. Podía sentir las afiladas aristas en cada una de sus sílabas, el delicado pero férreo encapsulado que convertía aquella palabra en algo tangible, en algo potencialmente dañino.

Nono rebajó sus pretensiones de ocultar aquel pequeño detalle que para Luján era ya una cuestión existencial: si se equivocaba en esa ocasión, ¿en cuántas otras ocasiones no erraría el tiro igualmente?

Luján percibió la vacilación en la expresión de su investigado, momento que aprovechó para meter la directa hacia la respuesta que buscaba, la única respuesta válida y de la que dependía su credibilidad en el cuerpo de policía:

—Ahora que nos entendemos, ¿podrías mostrarme todos los proyectiles que hayas recogido en los últimos días junto a las dunas? Igual me sirven proyectiles detonados que tuercas que cojones rebozados, ¿me explico? Enséñamelo todo. To-do.

El aire entre Luján y Nono se volvió denso a medida que la presión aumentaba en ambas partes. Colaborar con la policía no era una opción para alguien como Javier Garrido. Por la única experiencia en su vida en la que habrían podido resultarle de ayuda, lo único que encontró fue a tres agentes de la Policía Local incapaces de tomar las riendas en una situación de parada cardiorrespiratoria en un niño de seis años. No se podía decir, por lo tanto, que confiara en las fuerzas del orden policial. Aun así, accedió finalmente a mencionar que, efectivamente, el día de marras se detuvo unos minutos en la zona de las dunas, y que, sin grandes pretensiones de encontrar nada nuevo, fue atizando la superficie terrosa con la punta de su chancla para tratar de encontrar algún casquillo más antes de llevarle el cubo al chatarrero, del que esperaba recibir unas monedas a cambio o, con suerte, un cochambroso billete de diez euros. El pasaporte directo hacia la nada, en realidad.

—Entonces, ¿recogiste algo la mañana del domingo ocho de agosto? —le inquirió Luján tratando contener su corazón palpitante cada vez más acelerado.

—Poca cosa —respondió Nono pesadamente—, dos o tres casquillos como mucho.

—¿Dónde los tienes?

Nono respondió al agente como si la respuesta fuera obvia:

—En un cubo en mi habitación.

—¡Y a qué esperas para traérmelos! —exclamó Luján, fuera de sí. A juzgar por el movimiento de todos sus músculos acompañando sus palabras, más que un agente de la ley parecía

un portero de primera división a punto de enfrentarse a una tanda de penaltis—. ¡Corre a por ellos, copón!

Luján comenzó a soñar despierto con la visión de que uno de aquellos proyectiles destacara sobre el resto por su reciente detonación. Transcurrieron un par de minutos de máxima quietud que a Luján le resultaron eternos. Después, un alarido sofocado desde el piso de arriba echó por tierra todas las esperanzas de Luján por resolver el caso.

—¿Dónde está el cubo que había en mi habitación? —gritó Nono a pleno pulmón, aunque no recibió respuesta alguna de la persona a la que iba dirigida la pregunta.

Por lo que a Nono respectaba, a esa hora de la mañana su madre podía llevar ya un par de horas despierta, haberse dado un paseo hasta el puerto ida y vuelta, haber regado sus apreciadas hortensias y ahora estar de cháchara con algún vecino de los que salían a trabajar el campo desde bien temprano. Descendió rápidamente por las escaleras y se encontró con Luján asomado a la puerta que daba a la salita de estar de la mesa floreada.

—Siempre me hace lo mismo.

—¿El qué?

—Es incapaz de regatear con el chatarrero.

—¿Dónde están los casquillos?

—Mi madre se los debe haber llevado por su cuenta —respondió Nono, y acto seguido miró hacia la puerta que daba al garaje a poca distancia de la cocina. Las puertas del garaje se abrieron de par en par, y el sonido ultrajado de sus bisagras hizo a Nono y Luján mirarse el uno al otro. A paso ligero, Nono caminó unos pocos metros hasta entrar en la cocina, desde cuya ventana obtuvo una óptica directa de la salida del garaje hacia la rampa de hormigón, y Luján hizo lo propio.

Como empujado por una gracia divina, el morro del viejo Kia familiar de segunda mano de Sonsoles comenzó a asomar desde detrás del umbral de las grandes compuertas de madera del garaje.

—¿Esa es tu madre? —preguntó Luján, y buscó con la mirada el camino más directo hacia la rampa exterior de la vivienda, saliendo por la cocina hasta el jardín y desde ahí, al exterior de la casa.

—Así es.

—¡Joder!

Por suerte para Luján, el Kia de Sonsoles no era precisamente la máxima expresión de la velocidad y el rendimiento sobre las cuatro ruedas. Por otra parte, Luján tampoco era precisamente Usain Bolt, lo que dejó la competición en una sobresaliente

desventaja para el agente por muy utilitario familiar de segunda mano que fuera el coche de Sonsoles. Después de unos veinte metros de carrera sobre el destartalado asfalto de la carretera, con las manos apoyadas sobre sus muslos y el corazón a punto de salirle por la boca, Luján dio finalmente por perdida la batalla.

Al mirar por el espejo retrovisor y ver a un individuo corriendo como un rinoceronte detrás de su coche, Sonsoles reaccionó instintivamente, haciendo a su Kia girar bruscamente hacia la derecha. El vehículo se desvió justo lo suficiente para que la rueda delantera cayera en el arcén, provocando que Sonsoles perdiera el control del vehículo. Este quedó en un ángulo inclinado a un lado del arcén tras rodar sin control durante unos treinta metros. Al ver la forzada maniobra, Nono echó a correr como alma que lleva el diablo hacia el coche accidentado. La abrupta parada en seco sobre la zanja lateral de la carretera meneó el coche con una fuerza tal que la puerta del maletero se abrió por la fuerza del vaivén, dejando vía a libre para el más absoluto desmadre del kilo y medio de munición que este contenía, fruto de varios veranos de búsqueda en cada camino hacia la playa de Santa Comba.

Cientos de casquillos deformados y de balas dañadas se dispersaron rápidamente por el asfalto y el arcén, quedando divididos en varios cúmulos de distintos tamaños a lo largo de unos tres o cuatro metros de distancia. El estómago le dio un repentino vuelco a Luján, quien se llevó las manos a la cabeza agarrándose del pelo como si fueran dos hatillos de hierba seca. ¿Cómo pensaba encontrar ahora el casquillo específico que buscaba entre el suelo pedregoso, la hierba espesa y los desagües que había junto al arcén? Con todo, el peor inconveniente no era localizar el proyectil, que tarde o temprano acabaría apareciendo. Lo realmente jodido de aquel contratiempo era haber debilitado el poder de la evidencia, y Luján era perfectamente consciente de ello. Si, efectivamente, localizaban el casquillo a un lado de la carretera, entre los helechos, o junto a una mierda de oveja, ¿cómo justificarían que fue detonado en las dunas y no ahí mismo? Por poder, a los hermanos Aldán y Artai podría haberles dado un aire y ponerse a disparar al cielo en un paseo nocturno por la carretera hacia el faro. Cosas más raras se habían visto. Luján se dio cuenta finalmente del alto precio que tendría que pagar para encerrar a sus principales sospechosos de la desaparición de Sandro Villaboi.

***

Después de comprobar el buen estado físico de su madre tras el

inesperado vaivén, Nono se sumó a Luján en la búsqueda de lo que fuera que este estuviera buscando, algo que podía intuir aunque todavía no de forma consciente.

—¿Qué buscamos, exactamente?

—Un casquillo de *este* tamaño —Luján seleccionó una porción de dedo índice de una mano con los dedos índice y pulgar de la mano contraria, emulando con estos un calibre pie de rey que cualquier profesional de balística habría usado para medir las dimensiones de un proyectil.

Acto seguido, añadió:

—Buscamos un casquillo que nada tiene que ver con cualquiera de entre todos los demás.

Nono se irguió como una jirafa y se alejó un par de pasos de Luján a un lado de la estrecha carretera. Sabía muy bien el tipo de casquillo al que se refería el agente, ahora *sí* que lo sabía sin ninguna duda. Y lo sabía porque, tal como lo había encontrado hacía dos semanas, en la superficie terrosa, cuando todos sus hallazgos, esos con los que había llenado un cubo entero de munición detonada, estaban siempre semienterrados bajo varias capas de arena y vegetación, todo aquello le había hecho sentir un escalofrío que fingió no haber sentido siquiera. En sus batidas de terreno en la zona de las dunas había tenido la ocasión de recoger cientos, si no miles de casquillos de esa medida aproximada. A la vista estaba la gran cantidad de ellos que yacían ahora repartidos sobre el lateral de la calzada y sus alrededores.

—¿Cómo debo reconocerlo? —preguntó Nono fingiendo interés, poco dispuesto a esforzarse por encontrarlo.

—Debe estar reluciente —matizó Luján elevando el tono en su voz—, como recién sacado de la armería.

Varios convoyes de coches comenzaron a cruzarse desde ambos sentidos de la carretera, poniendo aún más fuera de sí a Luján, que empezó a buscar sin éxito a su alrededor algún utensilio con lo que cortar esa porción de asfalto por ambos lados de forma que los restos de munición no se esparcieran todavía más. Las dudas comenzaron a morderle el ánimo como un tropel de pirañas hambrientas: ¿y si aquel casquillo, la evidencia que tanto ansiaba encontrar, no existía más que en su imaginación? ¿A qué delincuente con un mínimo de experiencia se le ocurriría la brillante idea de ponerse a disparar un arma en plena zona de juerga atestada de gente, cuando bastaba con enseñarla en el cinturón para hacerle a cualquiera cagarse en los pantalones?

Sin mucho esfuerzo, tras unos minutos de búsqueda sosegada, Nono reconoció de casualidad un casquillo de singular lustro sin

siquiera tener que agacharse. Desde su posición en la misma zanja a un lado de la carretera podía ver perfectamente el culote del proyectil, bajo una plancha de acero que hacía de salvaguarda en la entrada a la finca aledaña. Había sido una casualidad que el casquillo no hubiera caído en la rejilla del alcantarillado que estaba a menos de un paso de la plancha de acero y por la que podría haberse colado sin llamar la atención de nadie.

Sacando sus enjutas pantorrillas a pasear, Nono tiró del pantalón de su chándal, a la altura de las rodillas y, de una rápida flexión, se agachó junto a la placa de acero tratando de alcanzar el casquillo con los dedos de la mano.

Verle agachándose para introducir el brazo por debajo de la plancha prendió la mirada de Luján de una llama de luz repentina.

—¿Has encontrado algo? —gritó el agente a unos veinte metros de distancia, usando las palmas cóncavas de sus manos como altavoz improvisado.

Tras unos segundos tratando de encontrar el ángulo adecuado para extraer el proyectil sin romperse la articulación del codo, Nono sacó finalmente el brazo de la oscuridad, se irguió y alzó la mano sujetando un proyectil de calibre nueve milímetros con el aspecto de estar recién sacado del concesionario.

—¿No será este el casquillo que andabas buscando? —dijo meneando el brazo de un lado a otro en todo lo alto, como un hincha moviendo la bandera de su equipo favorito.

Luján comenzó a dar saltos de alegría y echó a correr hacia Nono para comprobarlo con sus propios ojos.

—¡Ya os tenemos, cabrones!

Después de apresurarse a sacar una bolsa de plástico del bolsillo de su chaquetilla vaquera, Luján urgió a Nono a darle el ansiado casquillo, quien no tuvo el menor reparo en entregárselo. Precintó la bolsita de plástico con el casquillo en su interior y se centró en la siguiente cuestión en liza: las circunstancias exactas que rodeaban su hallazgo, a saber, el lugar y el momento preciso.

Apeada del coche y en perfecto estado de salud, Sonsoles se acercó hacia Nono sin saber ni quién era Luján ni la razón por la que este estaba hablando con su hijo de aquella inusual manera, a partes iguales entre cómplice y amenazante. Tampoco entendía por qué había tenido que ponerse a perseguirla como un loco en primer lugar.

Una vez Sonsoles llegó a la altura de estos, Luján la saludó con un ademán y regresó de inmediato su atención hacia su principal testigo y pieza vital en la investigación de la desaparición de

Nando Villaboi.

—Ahora es muy importante, eh, mírame un momento, ahora es importante que recuerdes si este casquillo —Luján alzó la bolsa de plástico emplazándola junto a su oreja—, *este* en particular, estaba el sábado en el mismo sitio y lugar donde lo encontraste el domingo que vino inmediatamente después, ¿me explico?

A falta de un recuerdo claro en su memoria, Nono respondió lo que pensaba, simple y llanamente:

—En caso de haberlo visto, me habría parado a recogerlo.

Como si aquello pudiera estimular la memoria del testigo, Luján chiscó los dedos sucesivas veces en el aire mirándole fijamente.

—¿Podrías ser un poco más preciso?

— En caso de haberlo visto en el mismo sitio —matizó Nono sin añadir más ornamentos de los necesarios—, seguramente me habría parado a recogerlo.

—¡Así es! Lo más normal es que no estuviera ahí, porque en caso de estar, lo habrías visto sin ninguna duda, ¿no es así?

—Puede que sí…, pero no siempre tomo el mismo camino de vuelta a casa. El casquillo podría llevar tres meses tirado en el mismo sitio sin llegar a darme cuenta de su presencia hasta el domingo.

No era una respuesta que Luján pudiera dar por buena sin pelearla hasta el final. El agente comenzó a negar llevando la cabeza de lado a lado.

—Espera, espera… Fíjate bien en cómo resplandece bajo el sol… —Luján contempló el casquillo dentro la bolsa como un niño mirando un pez recién salido de la tienda de animales—. Lo habrías visto aunque hubieras pasado a varios metros de distancia, ¿no te parece?

Ante la falta de un criterio claro para decidir la respuesta menos comprometida, Nono optó por responder de la forma más neutra posible:

—Pues… ni una cosa ni la contraria.

La expresión de Nono se endureció, dejando claro que no estaba dispuesto a caer en la trampa. Aquello dejó a Luján en un lamentable punto muerto.

Luján chasqueó los labios contrariado, sabiéndose a punto de pisar la línea que separaba la investigación de la coacción.

—Lo mejor sería acercarnos al punto exacto donde encontraste el casquillo —propuso Luján—. Igual de esta forma sales de dudas, ¿no te parece?

En silencio hasta ese momento, pendiente de la conversación entre su hijo y Luján, a Sonsoles empezó a subirle la temperatura a pasos agigantados. Como buena psicóloga, conocía de primera

mano el potencial de la psicología para ayudar a obtener pruebas de testigos en las investigaciones policiales, además de contribuir en la prevención de errores judiciales posteriores. Además, había impartido más de un seminario sobre psicología en procesos de investigación, así que no dudó en intervenir antes de que Nono pudiera decir algo que le comprometiera.

—Eh, eh, un momento —se dirigió hacia Luján con fuego en su mirada, los hombros tensos y la barbilla ligeramente levantada —. Si puedo hablar en nombre de mi hijo, me da la impresión, y por favor, corríjame si me equivoco, pero me da la impresión de que sus insinuaciones podrían estar falseando los recuerdos del chico, ¿no le parece…, agente?

Sorprendido por su reacción defensiva, Luján centró su atención en Sonsoles, quien no le pareció de aquellas personas que hablaban sin conocimiento de causa. Y no le faltaba razón: un comportamiento poco profesional en una entrevista a un testigo potencial podría reducir a cenizas el valor probatorio de las declaraciones más adelante. Además, cualquier entrevista quedaba sujeta al minucioso escrutinio del subinspector Peirallo, y con eso quedaba todo dicho. Le convenía echar el freno y ceñirse al protocolo por mucho que aquello le picara.

—Podemos tomarle declaración en comisaría —le propuso Luján aferrándose a la siempre imponente mención de la *comisaría* —, si eso le deja más tranquila.

Aquello fue el suficiente caramelo como para hacer que Sonsoles aflojara el pedal.

—No creo que haga falta —respondió más tranquila—. Siempre que usted formule las preguntas correctas.

—Por supuesto.

Ambos asintieron en señal de conformidad, primero Sonsoles y después, haciendo gala de un vago principio de reciprocidad, Luján.

El agente se giró hacia la cuneta, donde el Kia de Sonsoles descansaba encallado en la zanja con la inclinación suficiente como para hacer imposible sacarlo sin ayuda.

—Sobre este traspiés… ¿pensaba dar parte del accidente?

—No ha sido nada —respondió Sonsoles apurada—, quizás no haga falta ni llamar a la grúa.

Aquello fue un alivio para Luján, toda vez que se abría la posibilidad de correr un tupido velo sobre la manipulación de la prueba que representaba el cubo de casquillos esparcido por la carretera. Apenas habían sido unos pocos segundos el tiempo que el casquillo había pasado fuera del cubo donde lo había depositado el chico, pero ya era mucho más del tiempo que un

buen abogado necesitaba para echar por tierra el valor de la evidencia. Y el abogado de los hermanos Aldán y Artai no tenía un pelo de tonto.

Luján dejó escapar una larga bocanada de aire y, con un forzado tono de concesión y sacrificio en su voz, le dijo:

—Haremos entonces como si el contenido de este cubo nunca se hubiera desparramado por la carretera, ¿sí?

Sonsoles miró a su hijo incrédula hasta decir basta.

—¿Se puede saber de qué está hablando?

Tratando de ocultarse de la vista de Luján, Nono miró a Sonsoles y, acto seguido, se llevó el dedo índice a los labios pidiéndole silencio.

Luján se arremangó la chaqueta apresuradamente, miró hacia su reloj de pulsera y comenzó a propinar pequeños golpes con la uña sobre la esfera de cristal, siempre con el tiempo jugando en su contra. Si llegaba a tiempo a la comisaría, los de balística podrían hacer una prueba rápida para cotejar las marcas impresas en el casquillo y, en el mejor de los casos, encontrar una coincidencia. Después se acercó hacia Nono y Sonsoles, aún alejados un par de metros, e interrumpió su conversación —desde la distancia, antes siquiera de abrir la boca— agitando los brazos compulsivamente en el aire.

—Mirad, esto es más sencillo de lo que parece. Aquí no hay trampa ni cartón. El chico —dijo, refiriéndose a Nono— recogió el casquillo en la arena, donde las dunas, y por la impresión que me ha dado al hablar contigo, estás bastante seguro de no haberlo visto del día anterior, ¿no es así?

Nono admitió finalmente lo que había intuido desde el preciso momento en que se agachó para recoger aquel casquillo reluciente bajo el sol de la mañana: que le acabaría metiendo en problemas.

—Supongo que sí—respondió vagamente.

—¿Solo supones que sí o *rotundamente* sí? —La indecisión en su único testigo empezaba a ser un enigma para Luján—. A ver, ¿en qué quedamos?

La expresión en la cara de su madre, quien le miraba con aspecto de futura reprimenda, bastó a Nono para entender que no tenía sentido seguir llevándole la contraria al policía por deporte. Le diría, ni más ni menos, que lo que quería escuchar, y su madre quedaría tranquila.

—Lo vi—respondió sin un ápice de dudas—, lo recogí, y si hubiera estado antes en el mismo sitio, seguro que lo habría visto.

—Pues no se hable más —celebró Luján liberando la tensión

acumulada, y luego añadió—: Lo que te ha costado, chico.

Una vez satisfecha, Sonsoles se encaminó hacia la casa para solicitar un servicio de grúa mientras el agente se despedía agradeciéndoles la colaboración.

***

—Veamos qué me traes hoy, querido Luján…

La perita experta en balística identificativa Rosa Agudo iba completando la ficha técnica mientras canturreaba la clasificación taxonómica del arma que el equipo de Peirallo había requisado a los hermanos Artai y Aldán en el maletero de su coche.

—Lo que tenemos aquí es un arma de fuego portátil, de puño, del orden de las pistolas, para ser exactos…

A la perita forense le faltaba espacio en las paredes de su despacho para los títulos formativos que daban buena cuenta de su completa formación, atesorando especialidades que iban desde la grafoscopía forense hasta el peritaje caligráfico, pasando con la mayor de las excelencias por el estudio de la balística forense, que era su principal área de trabajo.

Mantenía el color tostado en su piel propio del habitual mes de junio que acababa de pasar, como cada verano, disfrutando del sol en Fort Lauderdale, Miami. El resplandor de los focos del laboratorio en sus mejillas hinchadas creaba la ilusión de una fuente de agua helada brotando de sus fosas nasales hacia ambos lados de su rostro y su cabello, de color rubio platino, le confería de alguna inexplicable forma el aspecto de una persona accesible dispuesta a caer bien a todo el que así lo quisiera.

Con toda la admiración del mundo por el ejemplar que tenía entre manos, la perita balística fue recitando las cualidades del arma que tenía en sus manos:

—… de tiro automático, calibre nueve milímetros… Un hermoso espécimen de la factoría Bonifacio Echeverría, ¡sí señor!

Bajo el nombre comercial de Star, los hermanos Julián y Bonifacio Echeverría comenzaron a comercializar alrededor del año 1910 una de las armas con más seguidores a lo largo de casi cien años. Para los entusiastas de la armería popular española como la perita Agudo, reconocer el nombre de sus creadores por encima de la marca comercial era una especie de tributo.

—¿Tenemos *match*? —preguntó Luján aceleradamente.

—No tan rápido, vaquero. Por cierto, traerme la bala junto al casquillo habría resultado de lo más útil para el análisis.

Una cosa era encontrar el casquillo de la Star, reluciente, de un buen tamaño para la vista humana. Y otra cosa era encontrar la

bala, la cabeza del proyectil, por decirlo así, que podía estar a cientos de metros del lugar donde uno de los dos hermanos detonó el arma. O alojada en el interior de Nando Villaboi, aunque esto habría dejado un mínimo rastro de sangre que no se había localizado en las dunas ni en sus inmediaciones.

—Me pides lo imposible, querida.

—Qué más quisieras tú, ¿verdad? —respondió la perita socarronamente sin apartar la vista de su objeto de análisis.

—Qué más quisiera yo —respondió Luján como si llevara el peso del mundo en una mochila colgada de su lastimosa espalda —. Tú lo has dicho.

—No pasa nada —le tranquilizó Agudo devolviéndole una mueca benevolente en su rostro, pero sin apartar la vista del arma—. Trabajaremos con lo que tenemos.

Con el arma de fuego confiscada en su mano —protegida con un guante de látex azul celeste—, la perita se dispuso a comenzar con el minucioso proceso de análisis, el aspecto de su trabajo por el que se había despertado cada mañana durante más de treinta años, dibujando una sonrisa bobalicona en su cara.

—¿Te quedas ahí pasmado o me acompañas?

La forense condujo a Luján hacia la sala de tiro, un espacio diáfano insonorizado aledaño al laboratorio donde harían la detonación del arma incautada para obtener las vainas testigo.

—A por las indubitadas —añadió animadamente la forense.

—A por ellas —respondió Luján, y añadió—: ¿Qué son las indubitadas?

—¿En qué mundo vives, Luján? —Agudo le miró con su sonrisa característica, esa que achinaba sus ojos dándole el aspecto de estar esperando continuamente una respuesta—. ¡Los casquillos, hombre! ¿Cómo pensabas comparar nada?

Después de protegerse la vista y los oídos con los accesorios de seguridad correspondientes, Agudo introdujo el cañón de la Star en la abertura frontal del recuperador automático de proyectiles y realizó tres disparos seguidos. Aquel recuperador automático era la joya de la corona en el departamento de balística forense que dirigía Rosa Agudo, un RDX3 equipado con tecnología punta para el análisis comparativo de proyectiles.

Una vez recogidos los casquillos del recolector que la máquina disponía a tales efectos, ambos regresaron a la zona principal del laboratorio, donde se encontraba el potente microscopio comparativo.

—Ahora cotejaremos las vainas anónimas con las vainas testigo para obtener la relación de identidad entre estas.

Luján asintió en silencio, siguiendo con atención la lección en

balística que Agudo estaba a punto de regalarle.

—Las lesiones deben encajar en forma, tamaño y ubicación para que podamos realizar una correspondencia perfecta que nos dé garantías de fiabilidad en la identidad establecida. Si no, ya sabes lo que pasará con el abogado de turno, ¿no?

Agudo emitió la sonora onomatopeya de una deposición diarreica.

—Pues eso, que debemos estar al cien por cien seguros.

Si el recuperador automático de proyectiles era de última generación, el microscopio de comparación no se quedaba atrás. Y Agudo disfrutaba como nadie cada vez que tenía la ocasión de sacar a relucir hasta la última de sus cualidades.

—Tiene hasta cien aumentos, ¿sabes? —murmuró mientras echaba un vistazo por las lentes oculares de la máquina—. Aunque con treinta aumentos tenemos más que suficiente... Además de las luces de fibras ópticas, las imágenes en 3D, los objetivos planocromáticos... ¡La vida puede ser maravillosa, Luján!

Agudo sacó los ojos de los oculares para verificar si a Luján seguía latiéndole el corazón.

—¿No te lo parece, Luján? ¡La vida, hombre! ¿No te parece maravillosa?

—Sí, claro, claro. Si me das un *match* seguro que me lo parecerá aún más.

Agudo regresó la mirada a los oculares.

—Estos pequeñines llevan entre nosotros desde la Primera Guerra Mundial —apreció la perita forense para el desaliento de Luján.

—No me digas eso justo ahora, mujer.

La gran pantalla LCD de treinta pulgadas dispuesta a la izquierda del potente microscopio de comparación proyectó la yuxtaposición de dos imágenes correspondientes a la base de ambas, el culote.

—Parecen idénticos, ¿no es así?

—Caray, Luján —Agudo le dedicó una mirada reprobatoria—. Desde lejos todos los chinos parecen iguales. Déjame que le meta aumentos para empezar y a partir de ahí, hablamos.

—¿Qué coincidencias buscamos, exactamente?

—Las buscamos todas, cariño.

—¿Algo más concreto?

—Buscamos una coincidencia exacta entre las marcas generadas por la aguja percutora, en las marcas creadas por la uña extractora, en las marcas producidas por el botador... Debemos fijarnos en cualquier marca que sea repetitiva y que haya sido

producida por el contacto entre las partes del arma con el cartucho.

—¿No nos vale con *una* sola coincidencia?

Agudo le miró con una mueca de fingido disgusto en su cara.

—Al mundo se viene llorado, Luján. Llo-ra-do.

La forense apartó la vista de los oculares y se centró en escudriñar las dos imágenes yuxtapuestas, la del casquillo testigo y la del casquillo que Javier Garrido había encontrado junto a la playa de Santa Comba.

—Los estampados de fábrica nunca ayudan, la verdad —observó Agudo con el ceño más fruncido que nunca—. ¿Lo ves ahí? La marca y el calibre impresos en la base pueden confundirse con las marcas generadas en la detonación.

Más malas noticias para Luján.

—¿Alguna buena noticia?

—Sí, hombre. Las marcas repetitivas se reproducen mejor en la vaina que en la bala, por lo que hacer una identificación positiva es algo menos complicado.

—¿Ah, sí?

—Claro. El cartucho está bien quietecito dentro de la recámara antes de recibir el gorrinazo, por eso la estampación en cada disparo apenas difiere de una ocasión a otra. Relájate, Luján.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Ya lo creo. Tenemos un *match* clarísimo. El casquillo que me has traído fue detonado sin la menor de las dudas por la Star confiscada por tu equipo.

Con el número de serie de la Star se confirmó que fue obtenida de forma legal por un tal Ernesto Sagunto en el año 2011 en la ciudad de Vigo, quien registró una denuncia por la pérdida del arma un año después tras sufrir un robo que le cogió desprevenido en la ciudad de A Coruña. Entre los principales sospechosos se encontraban dos de los esbirros habituales a los que recurrían los hermanos para trabajos de baja estofa.

La confirmación inequívoca de que la Star nueve milímetros de los hermanos Aldán y Artai fue detonada en el último lugar en el que se supo de Nando Villaboi era motivo más que suficiente para ordenar su puesta a disposición judicial. Y salvo que los hermanos pudieran explicar de una forma convincente cómo el arma había llegado al maletero de su coche, la cosa pintaba mal para ellos.

***

Por el aspecto que le conferían las duras facciones de su rostro, resultaba difícil determinar si el abogado de los dos hermanos,

mieles de gomina retando a la gravedad en su pelo, venía de los juzgados o de comprar dos gramos de cocaína. Con toda probabilidad, representante y representados podían ser amigos de la infancia cuyas vidas habían tomado derroteros no tan diferentes. De lo que nadie dudaba era del cambio en el talante del abogado en esta segunda ocasión en que visitaba, junto a sus clientes, la comisaría principal de A Coruña.

Después de más de dos horas en la sala de declaraciones, Luján podía formarse una buena idea del episodio entre Nando Villaboi y los hermanos de Catabois. Y la historia parecía tener sentido. Nando les habría pedido ayuda, decían ahora sin titubeos bajo la atenta mirada de su abogado, para irrumpir por la fuerza en un chalé en la zona de Ragón. Por el interés del propio Nando en las paredes de la vivienda —no abrió ni un solo cajón, dijeron los hermanos con asombro—, les pareció que iba buscando algún tipo de objeto que debiera estar a la vista. Alguna pieza de arte, supusieron. El chico habló desde su teléfono móvil con lo que les pareció ser una mujer —no perdió la ocasión de alardear como un gallito sobre esto y lo otro, lo que no habría hecho en caso de estar hablando con otro hombre, o no con esa entonación—, y eso fue todo en el chalé. Más tarde pensaron que al chaval se le podía sacar más información, momento en que decidieron ir a por él. No les costó encontrarlo de juerga dando tumbos por las dunas junto a la playa de Santa Comba, esperaron el momento justo para amenazarle y se lo llevaron de allí por uno de los muchos senderos que conectaban la playa de Santa Comba con la carretera comarcal. Dispararon al aire solo para asustarle, una sola vez que ellos recordaran. Después de una parada en el cuartel abandonado junto a la carretera de Cabo Prior, a la fuerza se lo llevaron en coche a una casa abandonada en medio del campo en Meirás para seguir azuzándolo con mano dura, hasta que a uno de los dos hermanos (tal vez a Artai, o quizás a Aldán, no se ponían de acuerdo en ese detalle) se le ocurrió usar con él la técnica del ahogamiento inducido. La cosa quedó en que Nando no soltó prenda después de un par de intentos y le dejaron perfectamente consciente.

Con los dos hermanos en una sala aledaña, el abogado engominado trató de rebajar el papel de sus clientes en la desaparición de Nando con una repentina llamada al entendimiento. Tenía el aspecto de un mosquito vestido de impecable traje y corbata dispuesto a seguir chupando hasta no poder siquiera moverse del sitio. Se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta, que tenía la tersura de un traje de kevlar, y extrajo de aquella un pequeño teléfono móvil Nokia prepago. Ajustó el

cuello de su camisa convenientemente almidonada sobre sus hombros y se aproximó a la mesa con la actitud de un jugador de póker con una mano insuperable.

Luján no dijo nada, pero su expresión no pudo ocultar su sincero interés por la entrada en escena de aquel cacharro pleistocénico.

—Comprueba tú mismo las llamadas.

Por si no había quedado claro el mensaje, el abogado de los dos hermanos aclaró lo que significaba aquel teléfono. Para ponerle las cosas más difíciles a Nando, Artai le había quitado su teléfono móvil. Y aunque su plan era deshacerse de este lanzándolo en plena carretera, un absurdo arrebato le había hecho quedárselo en última instancia.

—¿Vas a tener el rostro de decirme que no has robado ni una sola vez en tu vida? —le preguntó el abogado a Luján.

Molesto con la insinuación del abogado, Luján negó varias veces con la cabeza y trató de borrar de su memoria aquella afrenta.

Después cogió el teléfono —ceño fruncido y miradas de soslayo al abogado, su ceja izquierda en todo lo alto—. Luján observó el dispositivo móvil ceñudamente y, acto seguido, lo agitó en el aire mientras echaba una mirada ladeada hacia el cristal de la puerta. Esperaba una rápida reacción de Ramírez, siempre presente al otro lado del ojo de buey, reacción que no se hizo esperar. Su compañera entró en la sala de interrogatorios con el rostro agrio, rezumando bilis por cada poro de su piel. Dios, no había forma humana de expresar lo mucho que le gustaba aquella mujer. Tal vez podría expresarlo en forma de gruñidos y otra suerte de ruidos primitivos, quién podía saberlo a ciencia cierta.

—¿Te encargas de…? —Luján dudó la forma en que pedírselo. La orden era sencilla, obvia a más no poder, pero *distancia* (de cualquier tipo) era lo último que quería con Ramírez —… Bueno —continuó—, tú ya sabes lo que toca…

Ramírez nunca defraudaba.

—Claro que sé lo que toca, cariño.

La agente cogió el teléfono y, sin importarle tener entre sus manos un antiguo objeto a todas luces inútil en la actualidad, lo guardó en el bolsillo de su pantalón azul y se condujo al exterior de la sala de interrogatorios para proceder según el protocolo. Por suerte, en los teléfonos móviles bajo la modalidad de prepago (como era el caso del Nokia descatalogado de Nando Villaboi) los operadores telefónicos tenían la obligación de conservar todos los datos para permitir a la Policía rastrear el destino y el origen de las llamadas, así como la identidad de todas las personas

implicadas en ellas. Eso sí, previa autorización judicial. El subinspector de turno tendría que hacer las llamadas pertinentes y, con un poco de suerte, tendrían la orden en unas pocas horas.

—Quiero que conste que mis clientes han colaborado en todo lo posible —añadió el abogado.

Con las manos apoyadas sobre la gran mesa blanca de la sala de declaraciones, Luján negó varias veces con la cabeza:

—Con eso no estoy del todo de acuerdo...—respondió—. ¿Sabes cómo habrían colaborado todo lo posible?

El abogado permaneció en silencio a la espera de escuchar esa otra vía que sus clientes deberían seguir en su declaración para salir aún mejor parados. Conocía bien cómo funcionaba el sistema, y sabía que en ocasiones no hacía falta más que confiar en la propia incompetencia de la policía.

—Habrían colaborado todo lo posible no llegando a salir del coño de su madre. —Luján acompañó sus palabras con un fuerte golpe a mano abierta sobre la mesa—. Así habrían hecho un buen servicio a la comunidad.

Resultó evidente en su expresión acidulada el vínculo más allá de lo profesional que unía al abogado con los dos detenidos. Mientras este se limpiaba las comisuras de los labios con un pañuelo de bolsillo, Luján asomó la cabeza al pasillo y pidió la localización de la propiedad que los hermanos habían asaltado junto con el propio Villaboi. Pasados unos minutos, un funcionario de aspecto desaliñado le entregó un papel con la información del responsable de la gestión de la casa, propiedad compartida entre dicho individuo y una cantidad incontable de primos hermanos, y de cuyo mantenimiento se encargaba el primero de mutuo acuerdo.

—¿Pero qué letruja es esta, Martínez? ¿Esto es una be o una ele?

—Una ele, y después una a... ¿lo ves?

—Ahá. Luis Velasco. ¿Y este número de aquí?

—Ese es su teléfono.

Capítulo 30

Sonsoles tenía por costumbre mantener encendida la pequeña televisión LCD de diez pulgadas que remataba una esquina imposible de aprovechar situada junto al microondas, en la cocina, fingiendo ignorar los exabruptos de los tertulianos de turno en el programa de televisión matinal. Era uno de esos trastos que llevaban una mampara protectora incorporada, lo que oscurecía la imagen hasta el punto de hacer inútil esforzarse en distinguir un color del otro. Por qué Sonsoles no se limitaba a retirar la dichosa mampara era una de las eternas discusiones con Nono, quien se habría deshecho de aquel aparato de mil amores en más de una ocasión.

La noticia de última hora en el informativo matinal pasó totalmente desapercibida para Sonsoles. Según se esforzaba en transmitir la reportera de rasgos rectilíneos y expresión de constante gravedad, el Juzgado de lo Mercantil N.º 1 de A Coruña había admitido finalmente a trámite la demanda colectiva interpuesta por la asociación de damnificados por las prácticas abusivas de una empresa de cobro de deudas con base en la capital. Quizás pudiera no parecer gran cosa, pero la aceptación a trámite constituía la yesca perfecta para hacer que los responsables de Rekobra comenzaran a temer acabar viendo sus bien contorneados traseros arder en la hoguera. En nombre de los afectados, la asociación había presentado con anterioridad las correspondientes diligencias preliminares para solicitar que Rekobra explicara abiertamente sus prácticas y metodologías de trabajo, además de reconocer el daño infringido a los afectados en los términos que estos habían denunciado.

Reducida a su esencia, la respuesta de Sogorb como máximo responsable de la empresa a las anteriores diligencias había sido que tururú. Rekobra estaba en el punto de mira y, siendo consciente de ello, su líder había tomado la firme determinación de quemar sus propias naves antes de que nadie a bordo alumbrara la idea de ponerse un chaleco salvavidas y se acomodara en una barcaza junto a quienes trataban de escapar de las llamas.

Las cuentas que eran clientes de Rekobra, grandes entidades financieras que trataban de reducir su índice de morosidad por la puerta de atrás se apresuraron a correr un tupido velo cuando la prensa empezó a husmear entre sus tejemanejes. Una prensa

ansiosa de hincarle el diente al primer cabeza de turco que tuviera a bien alzar la vista y sostenerle la mirada sin soslayo.

Sogorb creía haberles puesto a la persona perfecta en bandeja. Y así era. Con las entidades cerrándose en banda y Sogorb falseando auditorías gracias a una de sus tantas sociedades, la insaciable impronta periodística centró su atención en un desalmado cobrador de deudas incapaz de ganarse la vida de una forma que no implicara tener que hurgar en la llaga de quienes atravesaban dificultades financieras. Y, por lo visto, decía la reciente leyenda urbana recién nacida alrededor de aquella persona sin alma, la sanguijuela disfrutaba jactándose de ello, ¿se podía ser peor persona?

Velayos tuvo la integridad de avisarle con unos días de antelación, si acaso esto servía de algo. Agarró el teléfono, buscó su número entre sus contactos y se quitó la tirita de la única forma que tenía sentido hacerlo, sin pensarlo y de un fuerte tirón. Podrían brotar lágrimas, pero solamente un par o tres. La llamada de su amigo encontró a Nono sobre la cama del cuarto de invitados, siendo aún mediodía, tumbado como una momia dispuesta a seguir así otros tantos milenios. Su mirada permanecía clavada en el techo mientras dejaba pasar los interminables minutos del día, y el silencio a su alrededor, con claras reminiscencias de un encierro forzoso, obligado por las circunstancias, le resultó doloroso e insultante. Dios santo, ¿cómo podía haberse dejado engañar por Sogorb y sus promesas de hacerle un hueco en su selecto club de hijos de puta? ¿Se podía ser más necio? Una vez alcanzado el punto más profundo de sus miserias, agotada toda posibilidad de regresar a la superficie sin sufrir un síncope, lo único que le quedó fue reconocer que se la habían metido doblada y que, escudándose en mil pretextos (encabezados por el odio injustificado hacia un conjunto de personas a quienes había culpado del fiasco empresarial de su padre), se había entregado a los deseos de aquellos a quienes había vendido su lealtad usando su alma como moneda de cambio.

Velayos evitó andarse con rodeos.

—Pues es lo que hay —le dijo secamente, sin una sola nota de acritud en su voz.

—¿Cuándo sale publicado?

—El próximo domingo.

—Ya veo. ¿Alguna sugerencia?

—¿Cómo qué?

—No lo sé —respondió Nono, y un áspero malestar se extendió por todo su cuerpo—, ¿organizar una rueda de prensa en mi

descargo?

Le resultó realmente difícil incorporarse en la cama sin sentir que estaba a punto de romperse en mil pedazos.

—Los tienes cuadrados, Javito.

Llamarle así no era casual. Velayos sabía lo poco que le gustaba a su amigo que se dirigiera a él por su nombre de pila bautismal.

—Tú podrías organizar una rueda de prensa, ¿no?

A Velayos le resultó realmente poco usual que su amigo no le pidiera en aquella ocasión dirigirse a él por su sobrenombre.

—¿Se te ha ido la cabeza? —respondió el periodista—. A partir de ahora tu futuro está en las manos de los algoritmos más enrevesados.

Nono trató en primer lugar de entender qué pintaban los algoritmos en todo aquello. Después guardó silencio durante unos segundos, silencio que le resultó más punzante incluso que los cientos de puñaladas que él mismo había asestado a infinidad de personas con serios problemas financieros.

—Amigo mío —Velayos rompió el silencio, inyectando una dosis de cruda realidad en la conversación—, internet en general y las redes sociales en particular pueden hacer dos cosas por ti ahora mismo: acabar definitivamente contigo, machacándote hasta convertirte en un despojo al borde de la depresión, o limitarse a hacerte imposible llevar una vida medio normal a partir del momento en que así lo decidan.

Nono parpadeó fugazmente y sintió sus músculos más débiles que nunca, incapaces de mantenerle erguido.

—¿Esas son mis dos únicas opciones?

—Mírale el lado bueno —Si le hubiera tenido delante, Velayos le habría dado un par de palmadas condescendientes en la espalda—. Sogorb se ha quedado relativamente tranquilo echándote a las hienas de la prensa encima. Ahora le toca comerse un marrón de los gordos, uno que le va a tener entre rejas durante unos cuantos años. Con suerte, se olvidará de ti... en algún momento. No eres tan importante, ni Sogorb tiene tiempo para otra cosa que no sea meterse en otro carajal en cuanto pueda.

—Sí, pero qué pasa con mi dinero, ¿eh?

—Aunque tu situación es muy jodida —respondió Velayos como si fuera su padrino protector—, no todo está perdido. Por suerte tengo contactos en el ámbito financiero, en el lado malo y en el lado socialmente aceptado. Si puedes demostrar que has sido una víctima en todo este entramado y que no tenías conocimiento de las actividades fraudulentas de Sogorb, tal vez llegues a salvar parte de tus ahorros.

—¿Cuánto tiempo llevará? —respondió Nono, y en ese preciso momento se arrepintió de haberle preguntado algo a Velayos cuya respuesta no le gustaría escuchar.

—Seré honesto contigo, Javito. Probablemente te lleve mucho, mucho tiempo recuperarlo. Y tendrás que enfrentarte a una serie de procesos y a una burocracia insufribles. Aunque puedas demostrar tu inocencia, será una carga en tu vida que arrastrarás durante años.

Nono chasqueó la lengua contra sus dientes, y su paladar, seco como la mojama de no beber agua por el malestar, le pareció tener el tacto de un filete de ternera tieso como la suela de un zapato.

—Ese trabajo era una puta mierda —trató de animarle Velayos —. Lo sabes mejor que nadie. Mira a dónde te ha llevado, si no. Por lo pronto, a rezar porque a tus próximos quién sabe si cinco, diez o veinte empleadores no les dé por buscar tu nombre en internet antes de darte un trabajo. Eso solo para empezar. Por no hablar del sambenito de cabronazo desalmado que se te va a quedar para siempre colgado en la frente y del papelón que tienes ahora con la CNMV.

Sin saber si no sería mejor echarse a dormir y no salir de la cama hasta haber pasado la tempestad, Nono respiró profundamente mientras jugaba distraídamente con el borde de su camiseta, hecha jirones, la que planeaba convertir en su vestimenta oficial a partir de aquel momento.

—Te lo compro todo—respondió Nono—, menos lo del sambenito de cabronazo. Cuando me hayan despellejado vivo pasarán al siguiente y así sucesivamente, así que ya será menos.

Velayos sacudió la cabeza incapaz de asimilar el estado de negación en el que se encontraba su amigo.

—¿Que ya será menos?

El tono en su respuesta bastó para hacerle entender a Nono lo que vendría a continuación, un nítido y refrescante ejemplo basado en acontecimientos demostrables que le dejaría contra las cuerdas, exhausto tras el combate dialéctico perdido de antemano con Velayos, arrinconado y sin argumentos.

—¿No conoces la historia del tío aquel cuya foto cayó en manos de otro alguien a diez mil kilómetros de distancia a quien le dio por hacer un meme diciendo que esa cara, su cara, representaba la imagen de la persona más odiable del mundo?

Nono se aclaró la garganta antes de responder.

—Primera noticia.

—Así que primera noticia, ¿eh? —respondió Velayos con sorna —. Tú tómatelo a la ligera que igual acabas como esta persona,

teniendo que aguantar insultos de completos desconocidos por la calle.

No era una perspectiva agradable ni tan siquiera para el tipo con menos escrúpulos del mundo, y él no era una excepción.

Nono dejó caer sus hombros por debajo del nivel de la clavícula y su mirada, perdida entre los adornos de la alfombra del cuarto de invitados, pareció incapaz de recuperar su temperatura habitual, decidida, directa y resolutiva.

Agradeció ser interrumpido repentinamente por Velayos un segundo antes de articular sus labios para añadir algo vacío y sin sentido a la conversación, dominada por la cruda realidad de su futuro más inmediato.

—Por cierto —dijo Velayos al borde del bostezo, y se disculpó acto seguido con un escueto «perdona, son estos horarios criminales»—, ¿qué pasó al final con Luis Velasco?

En el intento de cambiarse el teléfono de una oreja a la contraria, el aparato se le resbaló a Nono de entre los dedos para acabar cayendo en el oscuro agujero que quedaba entre el tablero lateral del mueble que sostenía el colchón y la pared, un agujero oscuro que convertía en invisible todo lo que caía dentro.

Tuvo que gritar para hacerse escuchar por Velayos.

—No sabría ni por dónde empezar a contarte.

Después de un minuto largo maldiciendo y estirando el brazo todo lo estirable, Nono consiguió recuperar el teléfono de entre las tinieblas.

Comprobó si su interlocutor seguía al otro lado de la línea.

—¿Velayos?

—Estoy aquí.

—No sabría por dónde empezar a contarte.

—¿Qué tal un anticipo?

—Un anticipo, dice.

—En forma de agradecimiento.

Nono forzó una sonora carcajada exenta de todo rastro de alegría.

—¿Agradecimiento por qué, Juanito?

—Por mantenerme fiel a mis principios, ¿o te parece poco regalo tener a alguien realmente íntegro a tu alrededor?

Nono masculló de una forma que a Velayos le recordó el ronroneo de un viejo gato callejero lejos de sus días de gloria, acomodado ahora en los cuidados propios de un gato doméstico. Cazando recibos de la compra convertidos en bolitas de papel y espantajos con forma de ratón.

—Lo que ha ocurrido a mi alrededor en las dos últimas semanas no se puede reducir a un simple anticipo.

Velayos frunció el ceño. Esperaba recibir algo más por su parte, dadas las circunstancias.

—Quizás seas tú el que debieras estar más agradecido, Javito. Te estoy tendiendo la mano para ayudarte a salir del paso y no haces más que ponerte en primer lugar.

Nono permaneció en silencio unos segundos, con su mirada perdida en un punto en la pared y sus pensamientos saltando de un recuerdo a otro en eventos pasados, eventos que últimamente florecían en su cabeza cada minuto, cada segundo incluso.

—¿No tienes nada que decir?

—Claro que sí, amigo—respondió Nono, y en su cabeza cristalizó la imagen de una historia que vendería cientos de miles de ejemplares. Una historia con mensajes ocultos en antiguos proyectiles trucados, con cuadernos misteriosos, con la trágica entrega de un maestro polvorista a su propio destino, revelando el paradero de dos invaluables obras del Greco. Todo ello entrelazado en la vida de Luis y su esposa, ahora empeñados en descifrar el enigma.

—¿Y bien?

—Quizás quieras tomar asiento y ponerte cómodo.

—¿Y eso por qué?

—Porque voy a regalarte un reportaje digno del premio Pulitzer.

Capítulo 31

Cárcel de San Esteban, 1937

El día del asalto de los milicianos

—¡Hasta las cejas estoy de las jodías cortezas de naranja! —se lamentó el aparcero, un hombre de campo encarcelado bajo la acusación de liderar una marcha de campesinos en huelga para intimidar, amenazar y, finalmente, expulsar a otros trabajadores que fueron contratados en los pueblos de los alrededores para sustituir a los huelguistas. Dado que la justicia a menudo se administraba de forma apresurada y las razones para el encarcelamiento no siempre estaban claras, al hombre le habían caído tres años y un día de buenas a primeras por si acaso.

La mirada despectiva que le dedicó su compañero de celda, un curtido militar nacional llamado Lorenzo Gil, lo dijo todo sin tener nada más que añadir. Los labios del militar eran densos, pero a su vez extrañamente delicados, y una fina línea de tonalidad marrón los precintaba haciéndoles parecer dos senderos que se extendían hasta el infinito por sus comisuras.

—Conténtate, aparcero —contestó el militar, rompiendo la perfecta estampa en la que su pétrea mirada había aparcado la conversación un segundo atrás—, que en la prisión de Santa Arcadia nos teníamos que conformar con comernos las hojas de los árboles.

Y no exageraba. Los cortes de suministro en las innumerables prisiones que punteaban la piel del toro tenían a los encarcelados en el punto de llevarse a la boca cualquier cosa que pudiera masticarse. Y eso incluía las hojas marchitas de los abedules que a menudo aportaban un necesitado refugio contra el sol en los patios en muchas prisiones.

El aparcero se puso derecho y subió el volumen de la conversación lleno de entusiasmo. Sus manos callosas eran de un tamaño desproporcionado en relación con el resto de su cuerpo y su ropa estaba hecha jirones después de catorce meses de confinamiento.

—¡Buah! —exclamó, y las arrugas alrededor de sus ojos evidenciaron el reciente ingreso de aquel tipo en la cárcel de San Esteban—, ¡hablarás en serio!

—Y tan serio —respondió el militar.

En un acto de inusitada gentileza, este último echó mano a su zurrón y, después de gesticular en el aire como quien calcula

cuánto tiempo pasará sin comer después de aquel innecesario gesto, sacó una vaina de algarroba seca y la lanzó en dirección al otro preso. Llevaba varios anillos en los dedos y un collar de oro que era apenas visible entre la profusa pelambrera que lucía el hombre en la pechera, lujos que contrastaban con la miserable vida en prisión. Cómo había conseguido ocultarlos del registro de los guardias el día de su ingreso en el presidio, eso era todo un misterio.

—Toma —dijo el militar—. Y date con un canto en los dientes.

Después, cerró el zurrón y se lo guardó dentro de la camisa, haciendo las veces de una prominente prótesis de barriga. Junto a cada preso siempre había una bolsa —o algún tipo de contenedor en su defecto— del que no se despegaban ni un solo segundo, como era el caso de Medardo Planchuelo con su cuaderno. Eso y la consabida lata de sardinas necesaria para aliviar el metabolismo.

Como parte del folclore propio de la Guerra Civil que asolaba el país (y para el pesar de sus devotos sacerdotes, muchos de los que también acabaron entre rejas), un buen puñado de conventos acabaron transformados en cárceles para presos de los dos bandos. Llegado cierto punto en la contienda, el volumen de presos por los dos lados era tan elevado que acabó haciéndose necesario buscar espacios alternativos. Y por su particular configuración, los conventos resultaron ser perfectos para hacer el trabajo. En cualquier lugar se podía montar una cárcel deprisa y corriendo: en unos cines, en una plaza de toros o en un instituto meteorológico. Y en cuanto al tema de las comidas, la cosa pintaba realmente mal para los internos. Así que muchos presos comían lo primero que encontraban o, con suerte, lo que sus familias tuvieran a bien llevar al presidio.

—¿Y la parienta? —se interesó el militar Gil—. ¿Es que no te trae nada?

—La parienta tiene suficiente con mantener a cinco fieras.

—No le da a uno la vida con peseta y media, ¿eh? —dijo el militar refiriéndose a la asignación que hacía la administración carcelaria para sufragar la alimentación de toda una jornada. Una vergüenza hasta para la época.

A continuación, el aparcero le devolvió una mirada llena de curiosidad al militar, rozando el comienzo de una admiración que aún tendría mucho camino por delante para terminar de fraguarse.

—Y a ti, ¿qué te traen?

—Depende del día —respondió el militar de forma airada.

—Así, por lo general.

—Un cocido, si la mujer está de buena gana —exageró. En realidad, rara era la vez que su mujer podía acercarle algo de comida al presidio y, cuando podía, más extraña era la vez que el condumio superaba el arancel de los guardias. Por un lado estaba el director Alcudia, buen hombre, de fe y de sólidas convicciones. Amante del toreo por encima de todo lo demás. Un tipo con buenas relaciones entre algunos de los presos considerados modélicos. Y luego estaban los guardias, que jamás dejarían pasar la ocasión de abrocharse un buen cocido casero.

—¿Ah, sí? —Un trasfondo de interés pernicioso refulgió como un farolillo en la mirada del aparcero, sus tripas revolviéndose famélicas del hambre eran más que un rumor, un lamento—. ¿Con su chorizo y su tocino?

El militar, que percibió al momento las intenciones del aparcero, se alzó y caminó hasta donde este se encontraba. Después se encaró con él y le dijo con toda la calma del mundo:

—Ni en tus mejores sueños, canalla. —Y escupió a su lado acto seguido cuidándose de hacerlo tan cerca como para darle a entender al aparcero lo poco que le importaba echarse a los puños.

El aparcero se hizo pequeño en cuestión de segundos, adquiriendo un color anaranjado parecido al de las baldosas húmedas de la gran celda colectiva.

Se había corrido el rumor de que habría un canje en las horas siguientes, así que la mayoría de los presos llevaban sus pertenencias encima por si tenían la suerte de formar parte del supuesto intercambio de presos. Los guardias, especialmente los corruptos, conocían muy bien las formas de hacer que los presos sacaran todo lo que tenían de valor.

El aparcero lo guardaba todo en una saca marrón de la que no se despegaba ni un segundo así le cosieran a puñaladas los quinquenarios, igual que el militar y todos los demás con quienes compartían sitio en la prisión. Aunque podía tratarse de un rumor como tantos otros, la noticia de ese intercambio de prisioneros había sido un revulsivo para la moral de muchos de los presos, varios de los cuales ya habían comenzado a contemplar el suicidio como la única salida. En la misma celda se agolpaban de forma conjunta los carlistas, los monárquicos y unos pocos falangistas. Pero de lo que más había era de presos sin afiliación política conocida, gente como Martín, que sin verlo venir se había visto privado de su libertad y que ahora presenciaba, desde una posición retirada, las idas y venidas en las conversaciones de sus compañeros de celda.

A unos cinco metros a su izquierda, también apoyado contra la

pared, otro preso miraba en silencio en todas direcciones. Estaba sentado, con las piernas entrecruzadas, resignándose a su encierro con sus manos apoyadas sobre el suelo como si sus brazos delgados pudieran contener el peso del mundo. Trató de mantenerse rígido, como si fuera a caerse hacia un lado de un momento a otro. Sin levantarse de las frías baldosas, agrupadas de cuatro en cuatro y de color naranja intenso, el preso se fue acercando a Martín dando pequeños saltos sobre su propio trasero, ayudándose con las manos para ello.

—Eh, tsssss…

Sin despegar el resto del cuerpo de la rugosa pared de la estancia, Martín giró la cabeza hacia su izquierda y permaneció callado. Ante la duda, callar siempre era la mejor opción en prisión. En las cárceles no solo había presos políticos, también había presos comunes, rateros y los encarcelados en virtud de la Ley de Vagos y Maleantes. Los vagos habituales, los rufianes y los mendigos profesionales estaban en el punto de mira de esta ley, lo que no ayudaba a mantener las cárceles en unos niveles normales de población. Y no solía ser gente de fiar.

El preso situado a su izquierda volvió a llamar su atención:

—Eh, Nuevo.

Con su mirada vidriosa clavada en la conversación entre el militar y el aparcero, Martín se perdió por momentos en el recuerdo de Medardo Planchuelo siendo engullido por la jauría de quinquenarios. Aquella visión le había dejado el cerebro entumecido y desde entonces su presencia en la celda había sido la de un fantasma. Solamente consiguió solidificar un pensamiento en su cabeza: de una muerte atroz podía florecer algo eterno, un pensamiento que se repetía una vez tras otra infatigable como una noria. El hambre, la falta de esperanza, las sacas, la amenaza de un inminente ataque de los milicianos acampados en la colina… nada contribuía a despejar el juicio entre las ásperas paredes del presidio, sino más bien todo lo contrario.

Antes siquiera de darse cuenta, su compañero de celda le estaba soltando perdigonazos de saliva en la oreja.

—¿Lo del canje? —dijo retóricamente mientras Martín trataba de mantener sus ojos castaños bien amarrados dentro de sus respectivas cuencas, mirándole con estupor, y luego añadió—: El canje no es más que una excusa para no tener que admitir que estamos ganando esta guerra.

Martín se alejó un par de palmos hacia la derecha esperando disuadir al otro preso de seguir regándole la mejilla de sucios salivazos. El preso en cuestión era Juan Gubianes, más conocido

entre los presos como el Gubio. Era lo que, según la Ley de Vagos y Maleantes, se conocía como un vago habitual. Y aunque había trabajado durante algunos meses antes de ser encarcelado en la cárcel de San Esteban, aquello no fue razón suficiente para dejar de considerarlo como un elemento peligroso para la sociedad. Era considerado literalmente una «mala persona» y frecuentaba lugares poco recomendables para lo que se consideraba un hombre de bien. Para darle un castigo ejemplar, le habían enviado a una casa de templanza por un tiempo indeterminado. Y lo de la *casa de templanza* no era más que un eufemismo para indicar que alguien se iba derecho a la cárcel.

La puerta de la gran sala convertida en celda colectiva se abrió súbitamente desde fuera, y ambos —Martín y el Gubio—, dirigieron su mirada para ver de quién se trataba, igual que hicieron el resto de los presos que se arremolinaban en la sala, fría y desangelada como una cueva excavada en la montaña.

—¡Ya están aquí! —gritó uno de los internos, rubio como un querubín y con la morfología de una torre de ajedrez. Un júbilo natural se adueñó de todos los músculos de su rostro y la expresión en su mirada brilló como hacía tiempo que no brillaba por la emoción de la noticia.

Se trataba de Brosnicio, un herrero con la complexión de un buey y los brazos de un tamaño titánico, con dos puños en sus extremos capaces de forjar el hierro a base de manotazos. Después de dar la noticia, corrió hacia la siguiente estancia con un juego de llaves tintineantes en la mano. Algunos presos se empezaron a mirar los unos a los otros buscando con quién empezar a celebrar la noticia.

Desde el interior del convento se empezaron a escuchar motocicletas yendo y viniendo, un griterío cada vez más claro y disparos en todas las direcciones.

—¿Lo ves, señorito? —le dijo el Gubio con una expresión de suficiencia en su rostro—. Ya vienen a por nosotros.

Martín le devolvió la mirada con gesto abatido:

—Aciertas y te equivocas, Gubianes.

—¿Pero qué dices? —El preso le miró con desprecio, como si no valiera ni la molestia de discutir con él.

—Vienen a por nosotros —respondió Martín—, pero no habrá ningún intercambio.

El Gubio señaló hacia la puerta —ahora abierta de par en par— por la que los presos se agolpaban para echar un vistazo como la mierda asomando por el trasero de un perro.

—¿Es que no has visto la cara de alegría que llevaba el gorila? —replicó Gubianes incapaz de ver más allá de la débil promesa

de salvación que era el bulo del canje de presos, totalmente infundado y sin el menor respaldo por parte de la dirección del presidio.

Martín reconoció la ignorancia de su compañero de celda. No sintió pena en absoluto ni tampoco se quería mostrar condescendiente con él. Así que se limitó a explicarle, lo más llanamente posible, lo que iba a pasar aquella noche que empezaba a mostrar signos de una fuerte tormenta.

—Vienen —Martín se clavó un puñal imaginario en el esternón— a terminar con nosotros.

Si algo tenía claro era que no habría ningún canje de presos aquella noche, y la mejor prueba era la alegría con la que el herrero Brosnicio había ido gritando el «ya están aquí» de celda en celda. No solamente le traían sin cuidado al herrero los rumores de aquel canje, sino que aquel tipo llevaba incontables sesiones de tabas ilustrando a toda la población reclusa del presidio con los detalles más siniestros del asedio a la cárcel convento de La Marquesilla. De cómo los presos, estando sobre aviso del inminente asalto, presentaron una fiera resistencia improvisando barricadas con colchones y catres tras los que consiguieron parapetarse, y que apenas murieron un puñado de ellos. Lo que más frustración le podía causar al herrero era morir en el paredón sin haber tenido la ocasión de batirse a muerte con aquellos que le habían privado de su libertad. Así que no, el sonoro júbilo del herrero al anunciar la misteriosa llegada de quienes fuera que ya estuvieran allí no podía deberse a verse privado sus más intensos deseos vitales de hacer correr la sangre.

Nadie pareció apreciar ese detalle salvo Martín, y todos dentro de la estancia empezaron a aplaudir impregnados por un júbilo tergiversado, por una patética y triste impronta de victoria amañada de antemano en favor de los milicianos asentados en la ensenada.

—¡Bravo!

—¡Viva!

—¡Vámonos, compadres!

—¡Coge las cosas, que nos largamos!

Por fin tenían buenos motivos para abrazarse, aunque no fueran —muy a su pesar— motivo alguno de celebración.

Aquella algarabía se extendió en el tiempo durante un largo rato hasta que los presos empezaron a dar verdadera cuenta del sonoro jaleo que llegaba desde los alrededores del presidio y desde el patio interior. El rugir de las motos en el exterior, el coro de voces femeninas jaleando victoriosas y todo ello unido a la incipiente tormenta como evidente mal presagio, nada de

aquello parecía cuadrar en realidad con los prolegómenos de un pacífico canje de presos entre los dos bandos.

Como bolas de billar chocando unas con otras a la velocidad del rayo, el desasosiego en los ojos del primer preso que advirtió su inminente destino al asomarse por uno de los ventanucos de la celda colectiva se fue extendiendo como la pólvora de un preso a otro, hasta que no quedó ninguno con verdaderos motivos para celebrar nada salvo Brosnicio, el herrero. La alegría exagerada y los abrazos dieron paso a un silencio sepulcral dentro de la celda colectiva. En cuestión de segundos no quedó rastro de una sola sonrisa en sus caras, ahora mustias y desprovistas de todo recuerdo de alegría.

Todos salvo Martín pensaron una misma persona: el herrero y con él, sus historias de resistencia y lucha frente a los saqueadores. Historias que ahora serían bienvenidas para tener una idea sobre lo que acontecería.

—¡Buscad al herrero!

—¡Él sabrá lo que hacer!

—¿Y los guardias civiles qué?

—Esos ya están a cubierto en la segunda planta.

—¿Y la Guardia de Asalto? ¿A qué espera para venir a poner orden?

—¡Iban a darles para el pelo a esos milicianos!

Martín jugaba en otra liga. Supo lo que iba a pasar desde el mismo momento en que Brosnicio asomó su cara de pandereta por la puerta, con sus ojos de huevo duro fuera de sus órbitas y la mandíbula desencajada. Ahora solo podía pensar en la decisión que tenía que tomar con carácter de vida o muerte antes de que la turba decidiera elegirle apto para el paredón. Y entonces no habría manera alguna de soltar el lastre que le oprimía el pecho y le quitaba el aliento. Los dos lienzos quedarían ocultos por lo menos durante las siguientes, ¿cuántas?, ¿diez generaciones? ¿Cuál era la vida media de una iglesia antes de que alguien viniera a echarla abajo y revelara los secretos ocultos entre sus muros?

O, peor aún, el caprichoso azar de las guerras acabaría por sacarlos a la luz y caerían en manos ajenas. Morir fusilado con el secreto en sus entrañas. Ese era con diferencia el mayor de sus miedos.

***

Al director Alcudia se le agotó finalmente el tiempo para tomar una decisión sobre lo que hacer en aquella situación de extrema gravedad, con más de medio centenar de milicianos dejándose la

piel para acceder al recinto carcelario. Tenía un teléfono pegado a la mano desde el que pedía continuamente refuerzos al gobernador civil, un tipo rechoncho y con pinta de holgazán que era en realidad bastante resuelto según el poco trato que había tenido con él. Mientras esperaba la contestación de la operadora desde el otro lado de la línea, el director gritaba a voz pelada para reunir al equipo de guardias de inmediato.

Ordenó cerrar las puertas a su lugarteniente Álvarez y colgó con fuerza el teléfono. Esperaba recibir la llamada del gobernador como agua de mayo, pero el temor a una inminente carnicería aumentaba a cada nuevo minuto que pasaba, a cada segundo.

—¡Manda cojones la parsimonia del funcionariado!

La situación era límite para Alcudia y, por extensión, para los más de trescientos internos en el presidio. Organizar una férrea defensa pasaba por echar mano de una cuidada selección de reclusos de confianza como Brosnicio y de los pocos guardias que, al contrario que Clemente Pavones, estaban por la labor de cumplir con su cometido. Alcudia no se había caído de un guindo. Sabía bien que había en sus propias filas quien no dudaría en mirar hacia otro lado. Lo que todavía no sabía a ciencia cierta era quién sería el primero en hacerlo.

Alcudia ordenó una reunión relámpago con todos los guardias de la prisión en la zona del patio, a la que el grupo de milicianos intentaba entrar por todo medio posible.

—¿Tenéis clara la consigna u os la tengo que estampar en la frente?

—¡Sí, señor! —gritaron al unísono.

—¡Impedimos la entrada a cualquier persona ajena al recinto! ¿Entendido? ¡Y no entregamos las llaves a quien no sea funcionario o una autoridad competente!

El director les miró uno a uno sabiendo que no había tiempo para más. Habría escupido serpientes por la boca si eso hubiera ayudado a hacerles entender la importancia crítica de no ceder ante la presión del contrario, pero no había tiempo ya para vendajes improvisados. El torniquete era, llegados a aquel punto, la única opción posible.

—¿Está claro? —gritó imbuyendo sus palabras de un frenetismo digno de una situación extrema como la que les tocaba vivir.

Con suerte y en circunstancias normales, Alcudia se podía fiar de tal vez seis de los ocho guardias que trabajaban a sus órdenes en el presidio. Siempre había un par de hombres de moral distraída a los que no había que insistir mucho hasta hacerles aceptar un soborno, compartir información confidencial o mirar hacia otro lado. Pero el ataque de una horda de milicianos no era

bajo ningún concepto una circunstancia normal. La cifra de guardias leales bajaba abruptamente a un solo hombre de confianza o a dos a lo sumo.

Con sus ocho hombres en formación al frente, Alcudia trató de adivinar cuál sería de todos ellos el eslabón más débil de la cadena. Sabía bien que detrás de uno iría el siguiente, así que cortar la mala hierba de raíz era la mejor forma de reducir el riesgo de una sublevación interna. Los miró uno a uno, no dedicándole más de un par de segundos a cada cual. Pérez… Contreras… Casado… Urquijo… Ochoa… Pavones…

Se detuvo un momento al llegar con la vista a Clemente Pavones. En caso de haber alguien postulándose el primero para ponerle la alfombra roja a la turba exaltada, ese era él sin ningún género de dudas. El Ángel, cuyas andanzas no le eran ajenas al director Alcudia, ofrecería poca o ninguna resistencia al violento empuje frontal por parte de los milicianos. O ese era al menos su mejor pronóstico.

Alcudia trató de mantenerse sereno para no hacer notar su resolución mental. Después continuó repasando al resto de sus hombres con la mirada: Huertas en penúltimo lugar y, finalmente, Villanueva, el único por el que podría poner la mano en el fuego.

—¿Villanueva?

—Sí, señor.

—Cuál es el recluso… ya sabe…

Alcudia, un tipo comedido y respetuoso incluso en un momento como aquel, no acertaba a expresar mediante gestos el tamaño de la pandereta que llevaba el recluso Matías Brosnicio por cara. Finalmente, colocó sus manos formando un círculo, como si tuviera un balón de playa imaginario entre las manos, y los puso frente a Villanueva.

—Manuel Brosnicio, señor.

Alcudia separó sus manos rápidamente, no sintiéndose cómodo con aquella forma de referirse a uno de sus internos.

—Búsquele de inmediato —le urgió—, comenzando por la zona de las cocinas y de ahí hacia arriba.

Villanueva asintió y se dispuso a ir en busca del preso que más parecía saber sobre asedios a prisiones.

—Espere, Villanueva.

El funcionario se detuvo en seco y se giró para escuchar al director.

—¿Tiene usted familia?

—Mujer y dos niñas, señor.

—Bien —respondió el director, y le estrechó algo que tenía

entre sus manos—. Guarde esto como si fueran sus hijas.

Todos los guardias, sin excepción, miraron descaradamente y sin ocultar su interés hacia lo que Alcudia estaba entregando a Villanueva. Era la pieza más codiciada por cualquiera dispuesto a irrumpir en una cárcel en plena contienda: los libros de registros de la prisión. Dos viejos cuadernos con tapa marrón y páginas descoloridas donde aparecían uno a uno los nombres de los presos, su afiliación política, sus pertenencias y toda aquella información que pudiera ser relevante. Con todo lujo de detalle. El santo grial para cualquiera que quisiera articular un expolio en condiciones dejando los cadáveres precisos como perfecta justificación del ataque.

El resto de los guardias esperaban instrucciones por parte de Alcudia.

—¡Venga! —gritó el director—. ¡Todos a cubrir los puntos críticos! —Y añadió—: Menos Pavones. —Le señaló con el pulgar—. Usted se viene conmigo a localizar al preso Brosnicio por el segundo piso.

Los amigos, siempre cerca. Y los enemigos, mucho más.

El Ángel asintió con la cabeza sin soltar palabra, confirmando así que había entendido la orden de su superior. Inclinó la cabeza y sonrió sin que nadie entre los presentes llegara a advertirlo. No había nada en el mundo como cuando las cosas venían rodadas, pensó. Sobre todo cuando su enemigo pensaba ingenuamente tenerle bajo su control.

***

Alrededor de las diez de la noche reinaba un absoluto caos en la cárcel convento de San Esteban. Los peores presagios del director Alcudia quedaron confirmados tan pronto como el grupo de milicianos liderado por Eduardo Follano, el segundo de abordo designado por el propio Ángel unas horas antes, en la ensenada, consiguió abrirse paso hasta el patio del convento. Lo hicieron escondidos dentro de un vehículo de emergencias, una ingeniosa versión castellana del caballo de Troya, aunque menos elegante y mucho más rastrera. Una vez dentro, ninguno de los guardias opuso la menor de las resistencias, lo que dio vía libre para que los asaltantes comenzaran a programar el plan de ejecuciones para aquella lluviosa noche de septiembre.

Bajo las órdenes de Eduardo Follano, los milicianos dejaron de disparar por un segundo. Amenazándoles uno a uno con su bayoneta, el cabecilla de los instigadores trató de hacerse con los libros de registros, el objetivo último del ataque orquestado por el Ángel cuya única finalidad era llevar a Martín hacia una

situación de máxima presión.

Con una actitud altiva y prepotente, Follano se acercó hacia los guardias, quienes estaban dispuestos a negociar una entrega de los presos que a él se le antojaran.

—Y bien, ¿dónde están los tochos?

Ochoa miró distraídamente hacia el techo. El resto de los guardias, a saber, Contreras, Casado y Urquijo, todos bajaron la cabeza. Cuando Follano amagó con hacer un espeto del primero de estos, este delató a su compañero Villanueva sin pensárselo ni una fracción de segundo:

—Los tiene Villanueva.

El miliciano le miró y se echó a reír sin preocuparse por el cirio que había montado a su alrededor.

—Así me gusta.

Acto seguido, le dio una palmada en la espalda y se dirigió hacia Villanueva, quien después de buscar sin éxito a Brosnicio, se vio obligado a personarse en la planta baja para reforzar la entrada de acceso al presidio y contener la irrupción del coche de emergencias, que chorreaba milicianos por todas sus juntas.

Sin esperar a que los milicianos subieran a recorrer las salas en las instancias superiores para proceder a sacarlos por la fuerza, los presos del piso superior se pusieron a lanzar por la barandilla todo aquello que podía hacer algo de mella en los asaltantes: botellas, sillas, catres y, en general, todo lo que les sobró una vez montadas las improvisadas barricadas. Una buena parte de los reclusos estaba más que dispuesta a plantar cara a los atacantes, como tanto le habían escuchado hablar al Brosnicio. Otros estaban temblando del pánico a ser fusilados.

Los milicianos contrarrestaron disparando a destajo en todas las direcciones posibles, dando paso entonces a la que sería una de las jornadas más sangrientas conocidas en la historia de los asaltos a prisiones durante toda la Guerra Civil.

Con la presión de la revuelta interna por parte de los presos encima, Follano se acercó a Villanueva sin la menor intención de resultar magnánimo.

—¡Los tochos, joder!

Apoyó el cañón de su revólver Tokarev contra la frente despejada del guardia, golpeándole con una dureza innecesaria, y le escupió acto seguido en la cara llamándole traidor, rata y sucia serpiente.

Villanueva pensó una vez más en sus hijas —*¿Tiene familia? Mujer y dos niñas, señor*—, pero a fuerza de empujones y codazos se hicieron hueco en su cabeza otras palabras no tan conciliadoras.

—¡Los tochos o te reviento la cabeza, hijo de la gran puta!

Villanueva estaba temblando, un sudor frío goteando como un torrente desde la altura de sus sienes y un extraño sabor metálico bajo su lengua. Sabía que perdería el control de su vejiga de un momento a otro, y entonces no solo sería un traidor a la República, sino también un cobarde que se meaba encima. Estaba pero que bien jodido.

Reinó un momento de silencio monacal.

Sin previo aviso, un repentino aluvión de plomo a granel comenzó a caer sobre los milicianos, haciendo a Villanueva apretar los esfínteres repentinamente. Tal reacción le ayudó a mantenerse entero, librándole de la posible vergüenza de haber traicionado la confianza del director Alcudia. Moriré, pero tal vez no sea hoy el día.

Tanto los guardias como los milicianos se echaron al suelo con la mayor agilidad de la que pudieron hacer acopio, que era más bien poca, y se repartieron por el claustro protegiéndose con todo lo que encontraron en su camino: bancos de madera volcados, estatuas y grandes maceteros con plantas marchitas. Los gruesos muros del antiguo convento ofrecían cierto refugio contra los posibles disparos, pero el eco de los pasos apresurados y el sonido sordo de las balas que impactaban contra la piedra creaban una atmósfera de absoluto pánico y confusión. Las vidrieras, que una vez filtraron la luz en colores sagrados, ahora estallaban haciendo volar fragmentos multicolores mientras las sombras de los combatientes se movían rápidamente de un lado a otro.

El torrente de disparos tenía su explicación. Después de correr de sala en sala para tratar de dar con Brosnicio, Clemente reparó en un desafortunado detalle para él. Y es que si bien los libros de registros le traían sin cuidado, en las manos de sus milicianos se convertirían automáticamente en una dura competencia para sus propósitos. Disfrazados de justicia, los asaltos a las cárceles eran empresas con un fin puramente económico perfectamente programadas, y perder los libros de registros era conceder una seria ventaja a sus secuaces.

Comenzó entonces para el Ángel una agónica búsqueda del director Alcudia. Tenía sus pupilas dilatadas y la sangre estaba a punto de echar a hervir y abrasarlo por dentro mientras recorría los pasillos del segundo piso sin acabar de dar con él. Ahora le necesitaba más que nunca para contener a la turba de milicianos, para contener a sus propios esbirros.

—¡Joder! —se deshizo en un grito ahogado.

Siguiendo las indicaciones de los presos, el Ángel fue a dar finalmente con el director Alcudia cerca de las cocinas, junto a

una puerta trasera donde algunos afortunados presos de los que estaban confinados en la primera planta tomaban las de Villadiego con el beneplácito del director. Ahí los dejó salir por su propia cuenta y riesgo. El panorama en las inmediaciones del convento tampoco era mucho más halagüeño que de puertas para adentro.

Después, el Ángel y Alcudia subieron por las escaleras dispuestas en la esquina contraria a donde los milicianos habían intercambiado impresiones con Villanueva, con la sensata precaución de no ser vistos. Saltaban los escalones de tres en tres, lesionándose los gemelos del titánico esfuerzo sin siquiera reparar en ello.

Junto con Brosnicio —a quien Alcudia equipó con un fusil Mauser que parecía un mondadientes a su lado—, se pusieron los tres a soltar ráfagas de plomo hacia abajo.

El Ángel apuntó directamente al cogote de Villanueva, que debió tener el día más afortunado de su vida porque el primero no encontró forma de atinar ni uno de los disparos. Ni se molestó en disimular. Aquel desliz no pasó desapercibido para Alcudia, que ya le había tomado la matrícula al nuevo sargento de varas desde su sospechosa aparición como voluntario en su oficina, con la mirada nerviosa y un extraño interés en empezar lo antes posible a trabajar con los presos.

Alcudia no daba crédito a lo que veían sus ojos: Pavones apuntando directamente hacia el único leal de sus subordinados.

—¿Pero qué cojones está haciendo, Pavones?

El Ángel se encogió de hombros, apartó la vista de la mirilla y haciéndose el sueco, amagó recolocar el fusil sobre la barandilla como si hubiera sido un error de posicionamiento.

—¡Al enemigo, cojones! —le gritó el director dejando salir víboras y culebras de entre sus labios secos como la mojama—. ¡Al enemigo!

En principio, el Ángel no tenía la intención de matar a ninguno de los suyos. Pero si alguno de aquellos cenutrios tenía que llevarse un balazo con su firma en el fragor de la batalla, que así fuera. Comenzó a sentirse profundamente desorientado. Debido al fuego cruzado, pensó, a los gritos del director Alcudia y al estupor general que imperaba en el presidio. Disfrutaba asaltando, quemando y trinchando, como también gozaba con la adrenalina de sentirse al borde del abismo, su droga favorita, pero no dejaba por ello de ser de carne y hueso, tan vulnerable como el que más al estruendo ensordecedor, al plomo y a los improvisados cuchillos que confeccionaban los presos en sus ratos libres. Entonces comenzó a vislumbrar vivamente la imagen

de Martín, muerto de un tiro en la nuca, sus ropas teñidas de rojo y junto a él, un reguero de sangre matizando el color naranja de las baldosas. Y los milicianos celebrando la caza mayor por todo lo alto.

Los tiros marchaban con generosidad. Proyectiles silbando en todas direcciones, trozos de la estructura del convento volaban generando una particular nube de polvo en el aire. Ya no había posibilidad alguna de diálogo y cualquier negociación pacífica solamente habría sido un ejercicio absurdo. El desenlace lo dictaría de forma definitiva e inapelable quien tuviera más de los tres ingredientes esenciales: munición, agallas y capacidad de aguante.

La resistencia por parte de los pocos guardias que se mantenían leales junto con el director Alcudia estaba siendo férrea, con su particular contienda desde la segunda planta y los presos amotinados actuando de forma ejemplar. La cuenta de cadáveres ganaba enteros a la velocidad de un rayo, pese a todos sus esfuerzos. Como un virus infecto que aprovechaba la herida para abrirse hueco hacia el torrente sanguíneo, una miríada de milicianos armados hasta las cejas impartía justicia con los presos más débiles a medida que los iba cercando en las distintas celdas del presidio.

Revelando su posición arrodillados en las escaleras, pero con un mejor ángulo de disparo, el Ángel fue abatiendo a tantos milicianos como alcanzó a tener a tiro, todos ellos compañeros de correrías. El esfuerzo era tan inútil como tratar de taponar un corte sangrante valiéndose de un trozo de papel mojado. Según unos caían, nuevos milicianos sedientos de sangre accedían al presidio por la enorme brecha causada en la entrada para seguir donde lo habían dejado los caídos en la refriega.

Parapetado detrás de una robusta columna, Rafael Lortes, aquel de los milicianos que antes había sido jornalero, se dirigió a Juan Ferrá, escondido detrás de la gruesa puerta maciza de la bodega, esperando recibir el consuelo de una pronta incorporación de nuevos efectivos al asedio al convento convertido en presidio.

—¿Es que nadie va a venir a apoyarnos con esto? —preguntó Lortes elevando la voz por encima del sonido ensordecedor de los proyectiles que volaban como mosquitos mortales.

—Llegan refuerzos desde Illescas —respondió Ferrá. Su expresión triunfal contrastaba con los movimientos espasmódicos que efectuaba para cubrirse las espaldas por todos los ángulos posibles—, la columna castellana llega esta misma noche. Solo hay que aguantar un poco más, ¡un poco más, joder!

—¿Y qué cojones han hecho hasta ahora?

—Andar quemando iglesias.
—Vaya novedad.
Cada vez tenían que gritar más alto para hacerse escuchar.
—La última —continuó Ferrá—, la del Santo Justo, en las afueras del pueblo. Se dice que el cura y su ayudante no les han durado ni tres minutos.
Entre frase y frase, ambos milicianos disparaban allí donde veían un guardia o alguien con la particular vestimenta de los presos.
—Se habrán puesto las botas con ellos, esos cabrones.
—Pues sí —Ferrá jadeaba al hablar, cada vez más falto de oxígeno en la vorágine del asalto—. Varios cálices de plata, eso que yo sepa, además de una custodia, un copón y un incensario. Se han llevado de allí hasta el cepillo de las ánimas.
—¡Cuidao!
Agachándose bajo los nubarrones de humo espeso, los dos milicianos caminaron de cuclillas para ponerse a salvo de la lluvia de plomo que les estaba cayendo desde el piso superior.
—¿Eso es todo lo que han birlado?
—Eso y dos cuadros que el cura estaba tratando de salvar del fuego —añadió Ferrá—, ¡el muy canalla! Los han quemado en su puta cara, por si le gustaba la pintura al muy hijo de puta.
—Su buen merecido le habrán dado.
—Y tanto.
—¿Se lo han llevado de paseo a darle su merecido?
—Para qué decir menos.

***

Mientras la encarnizada contienda escalaba en el interior del presidio, Martín se redujo a su mínima expresión acurrucándose junto a la pared de la celda colectiva, junto a las improvisadas barricadas elaboradas con los catres y colchones de los presos. Colocó las palmas de sus manos sobre las baldosas del suelo. Sintió el suelo ganar temperatura. El fuego incipiente en determinadas secciones del corredor al otro lado de la celda colectiva comenzaba a ser uno de los peores enemigos de quienes aún esperaban salvar la vida quedándose muy quietecitos, cuidándose mucho de no pisar una ramita seca que pudiera delatar su presencia.
Un repentino cóctel de culpabilidad le dejó parcialmente inmóvil sobre las baldosas naranjas del suelo. Se sintió incapaz de pensar, de razonar con claridad. No tenía sentido seguir negándolo por más tiempo. El ansia de reconocimiento a su pericia como químico le había convertido en un peón al servicio

de la guerra, ¿y qué era lo único que había logrado al tratar de enmendarlo? Que el coronel Píbode pagara un alto precio. Que pagara con su propia vida. Poner a su propia familia en el punto de mira.

Eso era todo lo que había logrado.

Visto el despilfarro de sangre que estaba teniendo lugar en la planta baja del presidio, con los milicianos haciendo de su capa un sayo y los presos, plantando una feroz resistencia los menos, muriendo como ratas los más, algunos de los reclusos comenzaron a lanzarse al vacío desde las ventanas de la celda colectiva. Aquellos malditos panfletos sobre el suicidio, ¡pura demagogia!

Martín estaba absolutamente horrorizado. La historia de Medardo brillaba con luz en su memoria. Su último aliento. El cuaderno echando a volar por los aires. De una muerte atroz puede florecer algo eterno, gritó el viajero sin rastro de temor en sus ojos negros como dos sumideros. El fuego cruzado, la artillería externa destruyendo el edificio por momentos, ¡bum! La explosión de un proyectil de gran calibre a menos de treinta metros de su posición en la celda hizo a Martín echar a rodar lastimosamente por el suelo de baldosas, a cuál más quebradiza que la anterior.

El impacto de la metralla quemándole el cuerpo y la sensación de tener los tímpanos destrozados por el estruendo no fue nada en comparación con la crudeza de los gritos de algunos presos rogando piedad, pidiendo clemencia a los invasores a la desesperada. La profunda desorientación solo parecía habilitar espacio en su cabeza para el remordimiento. Había dejado pasar la única buena ocasión de poner a salvo los Grecos de su padre, de entregárselos al director Alcudia, quien se batía fieramente como solo haría alguien íntegro, alguien innatamente bueno. ¿Había perdido definitivamente su capacidad de reconocer la bondad en el ser humano? Qué triste final. El mal corrompiendo lo único que aún era puro, apenas disfrazándolo vagamente. Nadie saldría vivo de aquel lugar. Y él no sería una excepción. La cuestión era si encontraría el arrojo necesario para hacer de su muerte algo eterno.

Asumiendo la proximidad de su muerte, las decenas de presos que todavía permanecían en la celda colectiva se apresuraron a buscar la forma de despedirse de sus familiares. Algunos consiguieron hojas de libros viejos, otros usaron el reverso de las fotografías que guardaban de sus familiares, otros usaron papel de fumar y otros tantos, a la desesperada, comenzaron a escribir breves mensajes en sus propios antebrazos con punzones

improvisados: os quiero, os amo, no sufráis por mí.

Martín consiguió sustraerle al Gubio un lapicero de la marca de leche condensada El Niño, o lo poco que quedaba de este. De su longitud original apenas quedaba alrededor de un centímetro y medio de lápiz, haciendo que escribir con él fuera todo un reto. Escribió su mensaje de despedida en un papel de fumar, un mensaje que llevaba tiempo repasando en su cabeza. Había contemplado dejársela a algún otro preso que tuviera la suerte de salir vivo de allí, algo que dejó de parecerle una opción viable en cuanto irrumpieron los milicianos en el recinto. Pensó igualmente dejarla en el bolsillo de su pantalón junto con los bártulos de jugar al mus, el juego de tabas y alguna cosa más. Aquellos bolsillos eran interminables, verdaderos agujeros sin fondo. No era prudente llevar aquella nota de despedida encima. Tampoco había tiempo para coserla en el interior del pantalón, aunque con algo de tiempo cualquier preso espabilado le habría conseguido una aguja y el hilo suficiente para hacerlo. Una segunda explosión reventó una gran sección en el techo de la celda haciendo a todos los presos soltar lo que tenían entre manos, perdiendo sus respectivos mensajes de despedida entre la densa humareda que lo cubrió todo en un instante. Aquellas hojas de libros, papeles de fumar o fotos representaba en aquel momento su principal esperanza de comunicarse con sus familiares. Y en el caso particular de Martín, de hacer a su familia recuperar los lienzos ocultos. Miró a su alrededor en todas direcciones, en el suelo, sobre su ropa, desesperado, pero no consiguió dar con el pequeño papel de fumar con su nota de despedida. *De una muerte atroz puede florecer algo eterno.* Pensó en sus dos hermanos y en su hermana, que estaban repartidos por el país después de seguir diferentes caminos. Pronto empezarían los emparejamientos, las bodas y los primeros bautizos. No había mejor momento para creer en lo imposible, para provocar un renacimiento.

Martín buscó un claro mental entre la densa humareda que se cernía a su alrededor. ¿Cuál podía ser el rasgo distintivo de la iglesia del Santo Justo, donde había escondido los dos lienzos detrás del retablo mayor? Algo que su familia, en un alarde creativo sin precedentes, pudiera reconocer de alguna forma. Salvo el relieve del apóstol san Juan al que tiempo atrás se le habían desprendido las manos, insertadas al resto del cuerpo del santo como módulos independientes, la iglesia no tenía nada ningún otro rasgo distintivo que pudiera vincularse de alguna forma con las heridas generadas en su propio cuerpo tras un acto de extrema violencia. Aquella era la forma en la que el viajero

había sugerido la posibilidad de volver a nacer en un descendiente en algún momento incierto en el futuro. La posibilidad de *renacer* por la vía rápida.

Aparcó la idea en un rincón de su cabeza. Sería un milagro si alguien en su familia adivinaba la situación de los dos cuadros a partir de sus heridas mortales. ¿Y cómo en el mundo podía alguien procurarse una muerte *a la carta*? No tenía tantas agallas como para cortarse las manos ni para arrearse un machetazo mortal en su propia cabeza, ni las agallas ni la técnica necesaria.

Pasaron tres extenuantes horas de batalla encarnizada durante las que, con el apoyo de unos pocos guardias leales, de Brosnicio y de otros tantos presos con instrucción militar a sus espaldas, el director Alcudia pudo hacer frente a las embestidas de la columna. Con el teléfono en la mano, pidiendo refuerzos por enésima vez, el director encontró finalmente la muerte en el ruedo, como tantos de sus admirados matadores. No sintió lástima, ni temor siquiera, sino una profunda sensación de haber cumplido con su deber.

Llegadas las cinco de la madrugada, pocos eran ya quienes seguían con vida de entre los doscientos presos. Otros consiguieron escapar por la vía que abrió el propio director Alcudia en la zona de las cocinas. De entre todos los presentes, solamente quedaron tres individuos ahora enfrentados en el patio central del convento convertido en improvisado presidio: el Ángel, su fiel perrito faldero Luciano Fresnedo y Martín.

Sin armas de ningún tipo, el cuerpo dolorido tras absorber la onda expansiva en dos explosiones, hambriento y a punto de desfallecer, Martín entendió cuál era su irrevocable destino. Jugaba en desventaja contra gente diestra en el arte de matar. Jamás había matado una mosca. Nadie acudiría en su ayuda. Moriría allí mismo a manos del Ángel, su verdugo. Palpó sus muñecas, primero una y después la otra, sintiendo tendones, músculos y venas discurrir aún generosas de vida. Después su frente, donde pronto recibiría una estocada casi mortal. Quizás tuviera los arrestos necesarios, después de todo. No tenía nada que perder. Señor, lléname de entereza para hacer lo correcto.

Capítulo 32

Actualidad

Tomarse un triste café en un bareto de mala muerte a las seis y media de la mañana no era ninguna novedad para Helena, acostumbrada a levantarse de noche para llegar en hora al trabajo. Y si no se tomaba ese café en el bar que hacía pared con el portal de su casa, el *desguace* —tal como lo llamaba Luis dada su particular clientela tendiendo a estar en las últimas, mayormente jubilados con problemas de severo alcoholismo—, se lo tomaba en la cafetería para empleados de la que podía hacer uso al llegar al hospital. En el caso de Luis se apreciaban, sin embargo, serias dificultades para mantenerse en pie a esa hora del día. Si acaso se ponía el despertador, jamás marcaba un minuto menos que las siete y media, lo que ya le parecía una abominación. Pero como él mismo solía decirse a base de espolonazos de cruda realidad, los críos no se iban a educar solos.

Con el infernal sonido de la cafetera industrial como telón de fondo, el camarero se les acercó con dos cafés y un cruasán sin apenas lustro. Los bollos suizos no tenían mejor aspecto que el cruasán o que el propio camarero, una especie de payaso moreno por el sol de Benidorm que utilizaba exclusivamente frases hechas para comunicarse, del estilo «es lo que toca» o «como mandan los cánones».

Después del escueto desayuno, pagaron la cuenta y salieron camino hacia Illescas, con Helena aún sorprendida por la capacidad del camarero para no comunicar nada con una mínima sustancia.

—¿Te has fijado en que no ha dicho nada con sentido?

Para Luis, que todavía estaba tratando de sobreponerse al intempestivo madrugón, lo que el camarero dijera o dejara de decir en acto de servicio no entraba en su mismo plano de realidad.

Luis esbozó un esperpéntico bostezo acompañado de un estiramiento de brazos sobre su cabeza que a Helena se le hizo eterno.

—¿De quién hablas?

—Del camarero.

A Helena le sorprendió la dificultad de Luis por adaptarse al horario de madrugada.

—¿Y tú pensabas conducir en ese estado? —le preguntó, tomando la delantera para sentarse en el asiento del piloto.

Luciendo ojeras tridimensionales, Luis le dedicó a su mujer una mirada de apariencia fría y desalmada, aunque solo era el resultado de los músculos de su cara pidiéndole a gritos un par de horas más de sueño.

—Dame las llaves, anda —Helena tecleó el código de seguridad en su teléfono móvil y se lo entregó a Luis—. ¿Podrás encargarte al menos del GPS?

Luis se limitó a resoplar sonoramente, asintiendo pesadamente con la cabeza. Después de todo, ¿qué eran seis horas de carretera? Tres películas: *Jungla de Cristal*, *Balas sobre Broadway* y *Antes de que anochezca*. A falta de algo mejor, pensaba repasar mentalmente el argumento de cada uno de esos tres *blockbusters* hasta caer profundamente dormido.

—¡Eh, eh! —Cada vez que a Helena le daba por mirar a su derecha se encontraba una y otra vez la misma imagen, la de Luis completamente dormido rompiéndose el cuello. La barbilla humana resultaba entonces una útil ventaja evolutiva para reducir el riesgo de lesiones cervicales.

La *power nap* duró el tiempo más que suficiente para darle a Luis un par de cargas más de batería.

Quinientos kilómetros después y al menos un par de multas por superar la velocidad máxima permitida en más de treinta kilómetros hora, Luis y Helena llegaron a Illescas con la sensación de viajar a lomos de una mullida (y extrañamente sólida) nube de algodón de azúcar. Contaban con suficientes evidencias como para dar por buena la teoría sobre la existencia de los dos cuadros del Greco ocultos en algún edificio religioso en Illescas, así que no podían sentirse menos que dos exploradores en busca de un tesoro perdido. Después de todo, el apodo de Indiana Jones con el que la prensa sensacionalista había etiquetado a Luis después de filtrarse la noticia sobre la existencia de los cuadros no iba mal encaminado.

Una vez en Illescas, se apresuraron a recorrer las calles del casco antiguo en busca de la primera iglesia que debían visitar. No tardaron en identificar la primera parroquia a explorar, una imponente construcción de brillantes tonos lacados y aspecto milenario. Pese a no presentar ningún rasgo decorativo que pudiera vincularse con la carta de despedida del abuelo Martín, debían hacer la inspección de rigor por pérdida de tiempo que pudiera resultarles.

La ilusión de unos instantes atrás se disipó rápidamente al ver la iglesia perfectamente operativa. El párroco se mostró amable,

pero les prohibió la entrada de buenas a primeras. Había demasiados fieles rezando, les dijo sin tratar de ocultar su irritación, y sería simplemente imposible buscar algo entre sus muros.

Abandonaron el templo sintiendo el azote de aquella primera negativa, no por esperada menos lastimera. Atravesaron entonces la plaza Mayor y se dirigieron a paso firme hacia la segunda iglesia, que no era más que una pequeña capilla con unas pocas estancias de acceso más bien enrevesado. Luis comenzó a buscar sin mucho entusiasmo, mientras Helena se sentó en un banco y comenzó a deshacerse en suspiros. ¿Por dónde empezar a buscar? No había nada que hacer en aquel lugar. Quien dijera lo contrario, mentía o era un completo iluso.

La tercera iglesia fue más de la misma historia. Una estructura grande y antigua que no permitía el acceso a su interior.

Abatidos y desalentados, llegaron a la cuarta iglesia, una construcción bastante recoleta pero con un aire especial, para ser justos. El párroco, un anciano de cabello blanco y frente con arrugas como dunas en un desierto les dejó entrar en el edificio, ofreciéndoles su ayuda. Les contó que había sido reconstruida desde los cimientos hacía al menos treinta años. Si buscaban algo desesperadamente —les dijo, mientras mecía largos hatillos de cabello blanco con sus dedos huesudos—, pero no sabían exactamente de qué se trataba, quizás debieran caminar hacia las afueras, donde una pequeña iglesia abandonada trataba de resistir las embestidas del paso del tiempo, para la admiración de unos pocos y el desprecio de la mayoría. Aquella sería su última baza, siendo realistas. Si el destino no les tenía preparado el mayor golpe de suerte de sus vidas, no había nada que hacer más que poner rumbo de vuelta a casa para seguir con su dura realidad.

Siguiendo las indicaciones del párroco, condujeron hacia las afueras del pueblo y aparcaron el coche en una zona en obras junto al parque que rodeaba la A-42, una zona con poco tránsito. A partir de aquel punto continuaron su camino a pie atravesando una zona de pequeños árboles, matorrales y otras formaciones arbustivas variadas hasta vislumbrar un sendero que les condujo directamente hasta la iglesia, dejando a la izquierda lo que parecían los restos de un pueblo fantasma.

Según su estado actual, aquella iglesia debía llevar una tira de años abandonada. Pese al notable deterioro de su fachada exterior, el rosetón en su fachada frontal seguía resultando imponente y saltaba a la vista el efecto visual que debió causar en su momento de máximo esplendor.

Desde la distancia, Helena se formó una idea de lo peligroso que podía resultar un intento de acceder a la iglesia en ruinas. Calculó un nivel de riesgo asumible, al contrario que Luis, que estimó que lo más prudente sería no aventurarse a dar un paso en falso dentro de una iglesia abandonada y con quién sabía qué peligros acechando. Su integridad física era uno de los pocos activos con los que aún podía contar para ayudar a Marc, y por nada quería exponerse a perderlo.

—No pensarás entrar ahí, ¿no?

Con la expresión facial de una buscadora de tumbas perdidas, Helena ignoró el comentario de Luis y recorrió con la mirada cada rincón de la fachada lateral de la iglesia.

—¿Ah, no? —respondió sin girarse hacia su marido—. ¿Para qué nos hemos comido seis horas de viaje, entonces?

Mientras Luis miraba a su alrededor temiendo ser increpado por algún paisano perdido por aquel remoto lugar, Helena comenzó a arrastrar por el suelo una valla metálica amarilla que pensaba usar como escalera para acceder al interior de la iglesia por la ventana situada en una de sus fachadas laterales. Retiró fácilmente la red metálica que tapaba la ventana y, antes de que Luis se diera cuenta, Helena ya estaba de pie en el interior de la vieja iglesia.

Se encontraba en el nártex, la zona inmediatamente anterior al comienzo del pasillo rodeado de banquetas a ambos lados que conducía al presbiterio, donde se situaba un altar central aún orgulloso de ser el centro de atención hacia el que en tiempos pasados se habrían dirigido infinitas miradas llenas de admiración, entusiasmo o de simple curiosidad.

Las banquetas, donde los feligreses habrían orado en tantas ocasiones, estaban cubiertas con lonas viejas y la proyección del sol a través de los rosetones que troquelaban la fachada lateral izquierda de la iglesia creaban una atmósfera cautivadora, verdaderamente litúrgica.

La planta de la iglesia era de cruz latina, con dos brazos cortos junto a la cabecera plana, con una sucesión de capillas poco profundas situadas entre los contrafuertes. Una bóveda semiesférica con linternas y una decoración geométrica radial de una increíble factura le daban un aspecto tristemente magistral al edificio, cuyas paredes parecían gimotear desgarradamente por recuperar una ínfima parte de su pasado esplendor.

Procurando no torcerse los tobillos al saltar desde la ventana, Luis procedió a seguir los pasos de Helena con serias reservas sobre el plan que tenían entre manos.

—Esto es la hostia —reconoció Helena, con sus ojos abiertos

como platos y un sucinto brillo en su mirada que Luis hacía tiempo que echaba mucho de menos—. ¿Cuánto tiempo llevará abandonada?

—Por el abandono general en esta zona del pueblo, yo diría que muchos años.

—Ya. Muchos años es lo que pienso yo.

El optimista, el de pensar *out of the box* —como él mismo solía decir—, el de hacer cosas distintas para obtener resultados distintos, ese mismo, se sentía ahora como pez fuera del agua sin un recurso informativo (bien fuera Google, bien fuera su amado NCBI) que le indicara cómo debían proceder.

—Qué cojones estamos haciendo…

—¿Ahora te entran las dudas?

—No, pero…

—¿Entonces? Estamos aquí, ¿no? Pues arremángate y ponte a mover todo lo que se pueda mover. Si tu abuelo escondió los cuadros en esta iglesia, todavía nos queda una remota posibilidad de que sigan ocultos aquí.

Cegada por una fe a todas luces absurda, Helena quería creer por una vez en su vida, como le había pedido que intentara Emi Lodeiros apenas unos días atrás en su pequeño despacho en el hospital.

Entretanto, comenzó a sonar el tono del teléfono móvil de Luis, quien se llevó rápidamente la mano al bolsillo para comprobar el origen de la llamada. Aunque atendía siempre llamadas desde números desconocidos, la emoción del momento embargó su buen juicio habitual y se limitó a silenciarla sin más.

—Joder… —se quejó Luis—, esta es la mayor estupidez que se nos ha ocurrido.

—¿Se puede saber a qué viene esto ahora?

—Mira a tu alrededor. Piensa, ¿cuánta gente puede haber pasado por aquí en los últimos ochenta años? Si hubo algo escondido alguna vez, me juego el cuello a que alguien lo encontró hace mucho tiempo.

—Bueno, pues vamos a buscar, ¿no te parece?

—¿Buscar? ¿Dónde buscar?

A Helena se le empezó a atragantar el pesimismo incipiente en Luis, hasta el punto de tener que morderse la lengua para no ponerle de vuelta y media por aquella repentina mojigatería.

—Sabemos —dijo—, y lo sabemos con datos contrastados, que tu abuelo se llevó los dos cuadros y que los escondió en algún lugar no muy lejos de su pueblo, ¿no? Pues para empezar, este sitio encaja con la descripción.

—¿Y si los escondió en la otra punta del pueblo? ¿Y si los

escondió en pleno campo? ¿Y si están en las alcantarillas? ¿Y si…?

—¿Y si dejas de poner objeciones por una vez en todo el viaje? ¡Jesús! Tenemos el mensaje de despedida de tu abuelo, ¿no? ¿Y qué decía?

Luis evitó pisar sobre una gran mancha de lo que parecía alquitrán seco derramado sobre el suelo.

—Decía «lo que más queremos…».

No tuvo que hacer memoria. Helena le tomó el relevo y continuó recitando la frase que había quedado grabada a fuego en su memoria.

—Eso es, «sed más devotos que nunca y tres ángeles guardarán lo que más queremos», joder, ¡es que me lo sé de memoria!

—¿Y…?

Helena agarró a Luis de sus dos mejillas y forzó un giro de cuello hacia el frontal de la iglesia. Sin oponer resistencia alguna, Luis se dejó manejar como un títere desprovisto de una estructura muscular entre la base de su cabeza y la parte superior de su espalda.

—¿Ahá? —le increpó Helena, ahora convencida de algo que jamás se atrevió a creer.

En la mayor posible de las ignorancias, cada paso que daba Luis era la copia exacta de los decididos pasos de su abuelo Martín ochenta años antes, quedándose mudo, igual que él, arrebatado por la inesperada belleza que todo lo copaba en el interior del templo, dudando de si ese sería el lugar correcto para traspasar el testigo del legado familiar a sus descendientes.

Luchando contra el paso del tiempo, un esquivo mosaico azul escapaba de la luz del mediodía en la pared interior de una de las pequeñas capillas situadas en el lado izquierdo de la planta. Endiosados por el dorado remate de las plumas de las que hacían gala, tres ángeles de miradas inexpresivas contemplaban al niño Jesús sobre una cuna de heno como quien oye llover.

—¡Dios bendito! —Con el corazón en un puño, Luis se vio incapaz de añadir prácticamente nada más.

Solo acertó a exclamar a pecho abierto:

—¡Tres ángeles!

Con el pulso acelerado al máximo, sintiendo por una vez estar en el sitio correcto y en el momento correcto, Helena caminó hasta la puerta de la iglesia y comprobó si podía abrirse desde dentro a base de fuertes y desgarrados tirones con las dos manos.

El teléfono móvil volvió a repicar en el bolsillo del pantalón de Luis. El número impreso en la pantalla era el mismo número de antes. No lo reconoció, pero algo en él le resultó vagamente

familiar. Con un ligero temor, decidió no responder y esperar. Unos momentos después, su teléfono emitió el sonido de un nuevo mensaje de texto. Lo abrió y se encontró con un mensaje oficial: “Policía Nacional de A Coruña. Por favor, contacte con el agente Luján respecto a un asunto urgente que requiere su atención”.

Luis experimentó una repentina sensación de pánico recorrer sus extremidades. Imposible control de esfínteres, el pulso desbordado y un temor primitivo a haber perdido lo más importante en sus vidas recorrió su cuerpo sin dejar de arañar ni un solo recoveco de sus órganos internos.

Gritó alarmado como respuesta inmediata al incipiente estado de alerta que tomó el control de todos sus músculos:

—¡Dios santo, Helena!

Ella le devolvió una mirada quejumbrosa, con la mirada soslayada de un perrito abandonado a su suerte. Mucho más que preocupada, angustiada.

—¿Qué pasa?

Podía haberles sucedido cualquier cosa a los niños. Una caída. Un robo a mano armada, ¡un robo a mano armada! ¿Cómo iban a enfrentarse sus suegros a algo así? Dios, en qué cabeza cabía sacarse de la manga un viaje improvisado de aquella manera, sin tiempo para preparativos, sin una formación de rigor a sus suegros, joder, ¡si el padre de Helena no era capaz, no-era-capaz de freírse un huevo frito! ¡Un puto huevo frito!

Luis presionó la opción de rellamada en su teléfono mientras Helena seguía preguntándole como una maniaca qué demonios estaba pasando. Gus Luján, el agente encargado de la desaparición de Nando Villaboi, acababa de parar en una gasolinera en las inmediaciones de Illescas para repostar, así que no pudo responder a las llamadas de Luis.

Buscó el número de su suegra y la llamó con el corazón latiéndole a ciento sesenta pulsaciones por minuto. Helena, tiesa como una tabla, con su espalda firmemente pegada a la gran puerta de la iglesia, era un manojo de nervios acordonados por una tremenda sensación de impotencia.

Elisa respondió rápidamente a la llamada. Al menos ahí había estado acertada, la mujer.

—Los chicos están bien, Luis —respondió agitada—, ¿se puede saber qué pasa?

Luis dejó caer su brazo izquierdo lánguidamente, con el teléfono agarrado con fuerza desmedida entre los dedos de la mano contraria. Buscó a Helena con la mirada y resopló profusamente, achicando la angustia que le oprimía por dentro

dando paso a una indescriptible sensación de alivio.
—No pasa nada —le dijo, aunque su mirada no desprendía la tranquilidad implícita en sus palabras—. Los chicos están bien.
De entre los labios constreñidos de Helena emanó una bocanada de aire capaz de llenar un globo aerostático. Le faltaba el aliento para expresar toda la suerte de nefastos pensamientos naciendo de sus peores miedos como un volcán en plena erupción.
—Joder, Luis…
El teléfono volvió a sonar una vez más. Luis se apresuró a atender la llamada en esta segunda ocasión. Se trataba del agente Gustavo Luján, quien conducía a toda prisa en una labor de seguimiento a la principal sospechosa en el caso de la desaparición de Nando Villaboi.
—¿Luis Velasco? Al habla Gus Luján, de la comisaría central de Policía de A Coruña. Verá usted, se reportó recientemente una desaparición en Cabo Prior y tenemos motivos para pensar que uno de los últimos lugares en los que estuvo la persona desaparecida fue en una vivienda unifamiliar de su propiedad. ¿Cómo dice? No, eso es todo lo que podemos decirle hasta el momento. Por lo visto esta persona buscaba algún tipo de obra de arte, ¿han echado de menos algo entre sus pertenencias? Ahá. No, no. Se trata de un sujeto varón. Aunque tenemos razones para pensar que no actuaba solo, sino a petición de una mujer aún por confirmar. Señor Velasco, ¿podría pasar usted mañana por comisaría? Mañana a primera hora. Por ahora no hay motivos para alarmarse, pero una persona potencialmente peligrosa podría estar interesada en algo que le pertenece. Si puede ir pensando de quién puede tratarse y qué es lo que podía ir buscando, iremos más ágiles mañana. Tranquilícese, hombre. Insisto en que no hay razón para alarmarse.
El agente colgó la llamada desde el panel frontal del dispositivo Parrot que tenía malamente instalado en el viejo Golf. Después buscó algo de música en la guantera para amenizar el viaje por carretera. La orden judicial había llegado con inusitada rapidez, y el registro de llamadas desde el teléfono prepago de Nando Villaboi a la hora aproximada a la que irrumpía en el chalé cuya propiedad Luis y Helena gestionaban no dejaba espacio para las dudas. El encargo había sido realizado por una tal Sandra Pavones, y a dónde quiera que se dirigiera su principal sospechosa en aquella calurosa mañana de julio —y ya llevaba conducidos casi quinientos kilómetros—, él la seguiría muy de cerca.
Después de casi medio minuto en silencio tras su conversación con el agente, Luis pareció despertar de un largo estado de coma.

—¡Hija de puta!
—Joder, Luis, ¿qué narices pasa ahora?
—¡Hija de la grandísima puta!
—¡Luis! ¡Dime algo de una vez, hombre!
Por mucho que Helena quisiera insistirle, la mirada enrabietada de Luis le indicó que tenía la cabeza en otros menesteres. Movía su cabeza de un lado a otro haciendo crujir juntas y engranajes de su musculatura cervical como si de un matón de barrio se tratase, aunque —como reconoció la propia Helena al momento —, distaba mucho de serlo.
—La muy cabrona ha enviado a alguien a husmear en la casa de Ragón —acabó por decir Luis—. Y ahora está desaparecido.
—¿Quién?
—Ese *alguien*.
—¿Te han confirmado que es ella?
—Pues no, ¿se te ocurre alguna candidata mejor?
Luis tenía toda la razón.
—¿Qué más te han dicho?
—Que no hay porqué alarmarse —respondió Luis tratando de mostrarse sereno.
Helena abrió los ojos de par en par, incapaz de procesarlo todo.
—¿Que no hay por qué alarmarse?
—Eso ha dicho, sí.
Mientras discutían sobre quién o a cuento de qué decidieron que sería buena idea aceptar la ayuda de Sandra Pavones en primer lugar, la aludida aparcaba su portentoso todoterreno en un camino de tierra situado en las inmediaciones de la iglesia, a no más de doscientos metros de distancia de su puerta principal. Sacó una pierna del coche y después la otra, su bota de montaña pisando el firme con la misma fuerza y determinación con la que estaba dispuesta a conseguir su objetivo. Se vanaglorió por el éxito de haber colocado un dispositivo de seguimiento en los bajos del coche de la pareja y sonrió para sus adentros.
Una vez en pie sobre el terreno, se agachó para mirarse en el retrovisor lateral del coche, en primer lugar, después en su reflejo en la ventanilla trasera y acto seguido se dirigió hacia el maletero con paso firme y decidido. Elevó la compuerta trasera y se detuvo frente al espacioso maletero con sus dos brazos en jarra y las llaves colgando del dedo índice de la mano. Alargó el brazo, elevó la rodilla para apoyar el pie sobre el guardabarros del todoterreno y extrajo la escopeta del arsenal de caza de su padre. Después echó a caminar hacia la iglesia dando zancadas que parecían extenderse kilómetros. No viviría un día más de esa miserable existencia sin hacerse antes con esos dos malditos

cuadros, y no le importaba quien cayera en el camino.

***

Después de una primera inspección ocular del interior de la iglesia, Helena se dirigió hacia la puerta de acceso principal para salir al exterior y poder echar un vistazo a la fachada frontal del edificio, que aún no había visto al haber accedido por una de las fachadas laterales. Uno de los últimos rayos de luz del día empapó el primer tramo del templo a medida que la gran puerta de madera cedió ante la fuerza de una madre dispuesta a todo por salvar a su hijo.

Limitándose a seguir luchando, Helena ya no decía nada, ni siquiera reparó en Luis y su reciente subidón de optimismo. Una vez en el exterior, la gran puerta pareció sellar una línea divisoria entre la pareja de un fortísimo portazo.

Sobresaltado, Luis apartó la vista del mosaico con los tres ángeles y miró hacia la entrada buscando a su mujer. Corrió hacia la sección inicial del recinto, tiró de la pesada puerta de madera y con la poca visibilidad que un rayo de luz solar le condecía, adivinó la figura de Helena frente a él, que permanecía absorta mirando en absoluto silencio hacia la fachada frontal del edificio desde la explanada de tierra que precedía a la entrada.

La fachada se estructuraba en dos cuerpos bien diferenciados, incluso para los ojos no educados en arquitectura religiosa. En el primero de estos —el de la sección más baja— se abría un vano de acceso de medio punto a modo de arco triunfal, flanqueado por dobles columnas jónicas que se convertían en pilastras corintias en la zona superior. Las hornacinas de los intercolumnios cobijaban figuras de san Ildefonso, santo Domingo, san Juan Evangelista y san Juan Bautista, todas ellas mutiladas sin sus respectivas extremidades superiores a la altura de las muñecas.

El convencimiento de no haber errado el tiro se hizo omnipresente en ambos. Luis sintió la esencia de la gran cantidad de óleos que había visitado hacía años en el Museo del Prado, en Madrid, y la sintió más vivo que nunca. Helena se vio, por su parte, inmersa en un recuerdo vago y translúcido cuyas formas se volvieron repentinamente nítidas. Estaba en el colegio, en las clases opcionales de pintura, y la visión de los tubos de colores dejando fluir gusanos brillantes de las tonalidades de colores más vivas le hicieron tener que parpadear varias veces antes de regresar a la realidad.

—¡Es aquí, joder! —exclamó Helena—. ¡Los lienzos tienen que estar aquí!

Volvieron a entrar en el templo decididos a remover cielo y tierra para encontrar esos dos lienzos. Si había una sola posibilidad entre un millón de que los cuadros hubieran resistido los envites de una guerra, su posguerra y una transición, no podían permitirse dejarla pasar.

—Con las prisas naturales de alguien que se siente perseguido —observó Luis—, ¿dónde esconderías dos cuadros de este tamaño?

—No se trata de dónde los escondería yo —replicó Helena, parafraseando las palabras de Lisardo—, se trata de dónde los escondería tu abuelo.

Luis miró hacia un lado. A su derecha, aún con la puerta de la iglesia justo a sus espaldas, una pequeña portezuela entreabierta revelaba el comienzo de unas escuetas escaleras de caracol a su derecha.

—No pensemos en lo que hizo —añadió Helena, y comenzó a subir las escaleras peldaño a peldaño—, ¡pensemos en lo que trató de comunicarnos!

Las escaleras de caracol les condujeron directamente hacia el coro situado en una segunda altura, desde donde encontraron una panorámica frontal completa sobre el presbiterio, el altar y el ábside.

—Las marcas de Marc en la cabeza… ¿estaban ahí, verdad? ¿Las viste tan bien como las vi yo, no es así?

—Estaban tanto como las marcas en sus muñecas.

—¿Cómo se llama la parte aquella —Helena extendió el dedo índice señalando hacia el extremo final de la iglesia—, la de más al fondo?

—Me quiere sonar, pero ahora mismo no estoy muy fino en arquitectura religiosa.

Entretanto, Luis echó de forma mecánica sus manos hacia el bolsillo de su pantalón.

—¿Y ahora qué haces?

—Buscarlo en Google. Ya está. La parte frontal se conoce comúnmente como la cabecera de la iglesia.

—Dios, ¿podrían estar ahí… en alguna parte?

Luis le leyó la mente:

—¿A la vista de cualquiera?

Ambos bajaron las escaleras de caracol a marchas forzadas, enfilaron el pasillo central y se aproximaron hasta la zona donde en otros tiempos se encontraba el altar con su sagrario y el retablo de unas dimensiones colosales, ahora completamente desvencijado por el natural abandono. Allí donde años atrás lucieron infinidad de figuras con motivos religiosos de lo más

variados, ahora solo se veían los huecos de haber sido arrancadas a pedradas, y ni una de sus pequeñas columnas permanecía en su forma original. Era el triste recuerdo de un retablo ahora exento de toda impronta de luz, viveza o esperanza.

Lo único que se había salvado del vandalismo era la estructura general del retablo, eso y parte del sotabanco inferior con el que no parecía realmente guardar la menor afinidad estética u ornamental.

Aparte de aquello, no parecía haber nada en los metros a su alrededor que pudiera sugerir un escondite. Ni en el suelo, ni en las salas laterales, ni en las alturas.

—¿Y detrás de este armatoste? —preguntó Helena retóricamente, más para convencerse a sí misma de la mera posibilidad que esperando una respuesta por parte de Luis.

Trató acto seguido de empujar con las manos sobre la estructura para comprobar si cedía al menos unos centímetros a la presión, momento en que Luis se aproximó al lateral izquierdo de esta con el fin de verificar el sistema de anclaje a la pared.

—Esto es un bloque macizo —respondió Luis en lo que debía entenderse como el resultado de su examen visual.

—¿Eso es todo lo que has averiguado?

Luis se situó junto al lateral izquierdo del retablo, donde un larguero de madera maciza dispuesto verticalmente cerraba el acceso a su parte trasera. Poniéndose de puntillas y estirando su cuerpo al máximo, Luis trató de alcanzar con el dedo índice de su mano el extremo superior del larguero de unos dos metros de altura. Si conseguía encaramarse a este, tal vez podría echar un vistazo al otro lado.

—¿Qué más quieres que te diga? —respondió Luis jadeante.

Tan solo necesitaba unos pocos milímetros más. Solamente eso y llegaría a tocar el corte horizontal en el extremo superior del listón, aunque tenía la clara sensación de no ser más que el acceso a un agujero negro lleno de polvo y oscuridad.

Sin mayor interés en el retablo, Helena requirió la ayuda de Luis en algo más productivo que el juego absurdo de querer tocarlo todo, que era lo único que estaba haciendo a su entender. Eso y perder su valioso tiempo.

—Joder… —se quejó Helena—, en este lugar no puede haber nada. Y tú, ¿qué tal si dejas de hacer el gamba y me ayudas a buscar por este otro lado?

Luis estaba concentrado en encontrar la forma de encaramase a lo alto del listón lateral. Movido por una indescriptible curiosidad, sus yemas estaban literalmente a punto de entrar en contacto con la sección superior de la gruesa traviesa de madera

que cerraba el gran retablo por sus lados, uniéndolo con la pared situada tras este.

—Espera… solo será un segundo…

Con las emociones escalando de graduación como una montaña rusa, de más a menos y de menos a más en apenas una fracción de segundo, Helena acabó perdiendo la paciencia.

—¡Hostia, Luis! ¡Deja eso ya, hombre!

—¡Solo un segundo, me cago en la puta! —exclamó Luis entrando en un incipiente estado de irritación momentánea. Nada que pudiera resultar ofensivo para Helena, quien sabía que a Luis se le iba el genio por la boca.

Para su sorpresa, tocó una pequeña pieza situada sobre el extremo superior del larguero. De pronto, se escuchó un suave sonido de deslizamiento y, al instante, el batacazo ahogado de la parte alta del travesaño después de caer por lo que se reveló en ese preciso instante como un espacio hueco entre el retablo y la pared a la que este estaba anclado.

—¡Lo sabía!

Todavía junto al lateral izquierdo del retablo, Luis encendió la linterna de su teléfono móvil, se lo llevó a la boca, mordió con fuerza sobre su carcasa de plástico y pegó un salto para agarrarse con las dos manos del extremo superior del listón lateral de la estructura. Una vez agarrado del canto, con el borde astillado pasándole factura en las palmas de las manos, elevó la barbilla para iluminar el espacio entre el retablo y la pared.

En una proeza digna de un escalador profesional, Luis consiguió soltar una mano del borde de larguero para sacar su teléfono móvil del bolsillo, activar la linterna y morderlo fuertemente con los dientes. En esa postura, trató de vocalizar con todas sus fuerzas para hacerse entender:

—¡A-hí-ha-ah-ho!

Hasta entonces merodeando por lo que debía haber sido la sacristía de la iglesia, Helena regresó al ábside, junto al viejo retablo destartalado. Una vez junto a este, tuvo que mirar hacia arriba para encontrarlo encaramado como una garrapata al lateral del retablo.

—¿Puedes soltar el teléfono antes de hablar!

Luis giró la cabeza hacia su derecha y escupió el teléfono móvil de entre sus dientes, que cayó al vacío junto a los pies de Helena. Después se dejó caer con la precaución de flexionar las rodillas al entrar en contacto con el suelo, y se quejó ñoñamente imitando a un niño consentido.

—¡Ahí detrás hay algo! —exclamó Luis una vez sobre el suelo firme. Palmeó sus manos varias veces para quitarse los restos de

astillas y la suciedad que cubría toda la estructura de madera.

—Podías haber bajado con el móvil entre los dientes y te habrías ahorrado tener que comprarte un teléfono nuevo.

Una vez incorporado del todo, Luis le devolvió a su mujer un gesto de aprecio por la ironía en sus palabras.

—Si lo que acabo de ver es lo que creo que es —le dijo—, tener que comprarme un nuevo teléfono móvil va a ser la última de mis preocupa…

Un fuerte estruendo interrumpió súbitamente la conversación entre ambos. El golpe de la durísima culata de madera de nuez turca del rifle golpeando contra la gran puerta de la iglesia resonó en todas las paredes alrededor de la nave principal.

Helena fue la primera en mirar hacia el nártex, donde se hizo visible la inconfundible silueta femenina retando a la luz del sol en su intento de penetrar en la iglesia. Portaba con soltura y confianza un rifle de caza mayor, detalle que ni Luis ni Helena se tomaron a la ligera. Tampoco les resultó desdeñable la cuestión del joven desaparecido recién revelada unos minutos atrás por el agente de policía, cuyo probable desenlace cristalizó rápidamente en sus cabezas. Ahora no les cabía la menor duda de la implicación de Sandra Pavones en la desaparición de aquella persona.

Apuntando el fusil hacia el suelo, Sandra comenzó a caminar a lo largo del pasillo de la vieja iglesia simulando burlonamente recorrer el paseo nupcial en la celebración de una boda del montón. La expresión en su cara les bastó para entender lo que estaba dispuesta a hacer para salir satisfecha de aquel lugar. Disfrutaba saboreando las mieles no tanto de su propia victoria —más que segura, a su juicio—, sino de la derrota del contrario.

Inmovilizados por el pánico a una reacción inesperada de Sandra, Luis y Helena se acercaron el uno al otro, protegiéndose con los brazos mutuamente a un lado de la imponente estructura del retablo.

Sandra era una mujer tan fuerte que podía gesticular con un fusil en la mano mientras hablaba. Y estaba absolutamente crecida, eufórica por estar a punto de alcanzar su objetivo.

—No sé si apreciáis tanto como yo lo irónico de esta situación —les dijo, y siguió caminando lentamente con el arma apuntando al frente.

Por desgracia para Luis y Helena, nadie conocía su paradero. Las viviendas habitadas más cercanas quedaban a varios cientos de metros de allí, y en caso de haber alguien en las inmediaciones, la circulación atropellada en la autopista a aquellas horas del día se encargaría de reducir a un lejano

susurro el sonido de las dos detonaciones con las que Sandra planeaba acabar con sus vidas en aquel mismo lugar. Era el lugar sencillamente perfecto, y le ofendió que aquellos dos desgraciados no reconocieran la ironía. Como si sus cerebros no estuvieran lo suficientemente alterados y la situación no les hiciera cagarse en los pantalones por lo que pudiera estar a punto de ocurrir.

Sandra agarró la escopeta con ambas manos, caminando como un cazador acechando su presa.

—¿Sabéis a lo que me refiero? —insistió—. La ironía en todo esto.

Después alternó un cruce de miradas con los dos, dejando que una devastadora superioridad fluyera en sentido unidireccional para su satisfacción.

—¿Luis?

Le instó a responderle con el tono de voz de una detestable profesora de infantil dirigiéndose altivamente a sus alumnos de tres años. El aludido no habría sabido si tildar la situación de irónica. Más bien le parecía tremendamente desafortunada y realmente preocupante.

—La historia se repite, ¿eh? Solo que en esta ocasión Sandra Pavones se va a llevar el trofeo a casa —se glorificó hablando de sí misma en tercera persona—, y Luis Velasco… bueno, otro Velasco va a estar criando malvas dentro de nada.

—Serás hija de…

—¡Eh, eh, eh! —Sandra alzó el rifle de un estético golpe de cadera y le apuntó directamente al pecho—. No estás en condiciones de…, bueno, no estás en condiciones de nada en realidad.

Helena agarró a su marido con toda su fuerza de donde podía agarrársele, sudadera, camiseta y de su epidermis, dejándole un buen jirón como recuerdo. Las terminaciones nerviosas en su piel estaban dormidas por la adrenalina, de forma que lo único que sintió Luis fue la emoción por el instinto protector de Helena. Aquel arranque hizo cristalizar en él una sanadora sensación que llegó a rozar lo material, tangible como nada que nunca antes hubiera sentido, elevada a la enésima potencia.

—Todavía no me explico cómo os han bastado dos semanas para dar con este lugar —dijo Sandra, y el recuerdo de su padre y toda una vida buscando los dos lienzos le causó una sensación amarga que disfrazó rápidamente de indiferencia—. Al viejo le va a dar algo cuando se entere, si es que todavía le quedan neuronas para sumar dos más dos.

Quedó una vez más del todo claro que no había villano que no

perdiera el tiempo disfrutando de tener el control, ansiando satisfacer sus ambiciones más ruines. Y Sandra no iba a ser la excepción a la regla.

—Perded cuidado —les dijo—. Ya tendréis ganas de contármelo con todo lujo de detalle en cuanto saquéis de ahí las pinturas.

Sandra distaba mucho de llegar a entender siquiera el verdadero alcance de la ironía implícita en aquella situación por mucho que se jactara de hacerlo. Tratándose de nada más que de un vil pretexto para acercarse al entorno de la pareja, había sido el mercadillo benéfico organizado por ella lo que les había facilitado a Luis y Helena la pista definitiva para localizar el paradero de los dos lienzos. De no haberlo organizado, nadie habría encontrado allí el viejo obús y aún menos le habría dado por inspeccionar en su interior aquella tarde bajo la lluvia incipiente a media tarde.

Helena, sin embargo, reconoció la paradoja al momento.

—Tu acción *benéfica* ha acabado resultando de gran ayuda, para qué engañarnos.

Asumiendo tratarse de una respuesta bañada en sarcasmo, Sandra ignoró el comentario que, por otra parte, contenía la respuesta a su imperativa curiosidad de saber cómo habían estado a punto de ganarle la partida.

Ni Luis ni Helena podían creer cómo podían haber estado tan cerca de conseguir lo imposible. Luis lo había visto con sus propios ojos al apuntar con la linterna en el hueco entre el retablo y la pared. La esquina izquierda del marco de mayor tamaño asomando por el rudimentario embalaje no dejaba lugar para las dudas. Ochenta años después, los dos lienzos escondidos por su abuelo Martín seguían inmóviles en el mismo sitio, inamovibles tras largos años a la sombra.

Bajo la atenta mirada de Sandra, con el rifle cargado y listo para disparar, Luis y Helena entendieron que tenían que sacar lo que fuera que hubiera detrás de aquel retablo, aunque solo fuera para dejárselo arrebatar y ver esfumarse al instante sus sueños de darle una vida feliz a su hijo. Formaron una escalera superponiendo las banquetas del pasillo unas sobre las otras. Una vez construida la escalera en forma de media pirámide truncada, Luis la escaló fácilmente hasta quedar su cintura al nivel del punto desde el que podía acceder al estrecho hueco que quedaba detrás del retablo. Si entraba ahí dentro, una cueva estrecha como una profunda garganta en la noche desértica, tal vez ni siquiera consiguiera salir por sus propios medios. Y aún menos con un proyectil en la cabeza. Entrar en aquel hueco era firmar su cartilla de defunción y, acto seguido, la de Helena. La imagen

de sus hijos desamparados se formó como una fotografía Polaroid en su cabeza. Ni pensarlo. Lucharía con su vida igual que lo hizo su abuelo. Moriría matando, si hacía falta.

Helena percibió al momento la vacilación de su marido, la mirada de este perdida en la oscuridad tras el retablo y la perceptible tensión muscular que precedían una acción movida por el instinto de supervivencia.

Para Sandra, sin embargo, pasó desapercibida toda reacción en Luis y se limitó a regodearse pensando en lo bien que pintaba todo para ella, después de todo.

—¡Eh, tú! —increpó a Luis alzando la vista—. ¿Se puede saber a qué esperas? ¡Salta ahí dentro de una puta vez!

Luis estiró sutilmente su brazo izquierdo, tapándolo con su cuerpo para dejarlo fuera del alcance visual de Sandra. Agitó los dedos de la mano tratando de llamar la atención de Helena. Necesitaba que esta retrasara su posición al menos un par de pasos respecto de la primera banqueta de las que formaban la base de la pirámide truncada. Después, alzó apenas unos centímetros el pie del mismo lado y fingió disimuladamente pisar varias veces sobre la cúspide de la media pirámide de banquetas.

Sandra agarró el rifle con las dos manos y adoptó la posición de tiro. Sostuvo con la mano izquierda el guardamanos, con el codo ligeramente apuntando hacia abajo, mientras la mano derecha sostenía el mango con el dedo sobre el gatillo. Estaba preparada para hacer todo lo que fuera necesario, y nada ni nadie se lo impediría.

—¡Se me está acabando la paciencia, hijo de puta!

Piensa, piensa, piensa Luis. Aún está lejos de la escalera. La necesitas pegada a la primera banqueta, ¡piensa, joder!

Tras unos instantes tratando de ganar tiempo, Luis se agarró del lateral del retablo haciendo equilibrio como un casteller varios metros por encima de las cabezas acogotadas de la multitud exaltada en el nivel del suelo.

Como si hubiera una remota posibilidad de convertirla en su cómplice, Sandra miró hacia Helena:

—¿Se puede saber qué coño está haciendo tu marido?

Luis quería dificultarle el ángulo de tiro. Tenía que conseguir ponérselo difícil a la tiradora. Un par de pasos, nada más. Vas sobrada de control sobre la situación, so cabrona, ¿a cuento de qué arriesgarte a fallar el tiro? ¡Acércate, por Dios! ¡Acércate a la base de la pirámide de banquetas!

Un rumor diferente al de la circulación en la autopista se hizo repentinamente perceptible en la lejanía. Apenas unos segundos después, el vaivén de una sirena se hizo perfectamente

reconocible al reverberar su eco en el interior de la iglesia.
Sandra miró a su alrededor desconcertada, empapándose de la mierda que se le venía encima como una gasa absorbiendo los líquidos emanados a través de una herida purulenta.
—¡Joder!
Se los llevaría por delante si hacía falta. Oh, ya lo creo que sí. Pero no podía fallar el tiro. Controlando a Helena con el rabillo del ojo, calculó la distancia a través de la mirilla y avanzó un par de pasos hacia la base de la escalera improvisada. Una vez ahí, elevó una rodilla y pisó a continuación sobre la primera banqueta para ganar estabilidad en el tiro. Ya lo tenía.
Helena soltó un grito desgarrador, resonando con toda la fuerza de sus pulmones, un alarido como nunca antes había emitido en toda su vida. Sus vidas dependían de ello:
—¡Ahora!
Valiéndose del saliente lateral del retablo donde antaño debió lucir la figura de un ángel rubicundo ornamental, Luis hizo un esfuerzo sobrehumano por extender al máximo sus piernas en un potente salto vertical y se dejó caer a continuación como un misil sobre la banqueta que formaba el último peldaño de la media pirámide de banquetas.
El estruendo del disparo a bocajarro retumbó en el interior del edificio y, después, el alud de pesadas banquetas de madera maciza ganó una tempestuosa inercia arrasando con todo a su paso al tiempo que colapsaba sobre el cuerpo de Sandra, convirtiéndolo en una marioneta sin nadie al control de sus extremidades.
Helena corrió en dirección al rifle y lo agarró con fuerza desmedida, aunque ahora ya no le haría falta usarlo bajo ninguna circunstancia, no al menos mientras Sandra permaneciera tendida en el suelo cubierta de banquetas de madera maciza que debían pesar una tonelada.
—¡Luis!
Helena corrió hacia el cuerpo de su marido, que yacía inconsciente sobre una pila de banquetas desperdigadas alrededor del altar después de una caída aparatosa a más no poder.
—¡Luis, dime algo!
Como premio de consolación, Sandra le dejó a Luis un balazo a la altura de su hombro izquierdo, aparte de las contusiones y roturas provocadas por la tremenda caída desde más de dos metros de altura.
Con su Glock empuñada apuntando al frente, el agente de policía Luján entró súbitamente a la iglesia al tiempo que pedía

refuerzos y un equipo de asistencia médica para atender a los heridos. Después de recorrer el perímetro buscando posibles tiradores, Luján pudo visualizar con claridad la figura de Sandra tendida en el suelo, inconsciente.

—Ya eres nuestra, *monipenni*.

***

El agente Luján no advirtió ni una sola de las quince llamadas que martillearon sin piedad su teléfono móvil hasta haber conducido ciento cincuenta kilómetros de vuelta hacia A Coruña. Estaba más entretenido observando la parsimonia con la que Sandra Pavones, esposada en el asiento trasero del Golf, miraba los campos que iban atravesando como si la cosa no fuera con ella. Su teléfono volvió a sonar por decimosexta vez y en esta ocasión sí que reparó en ello. Se trataba de la agente Ramírez, quien titubeaba sensiblemente afectada al otro lado de la línea telefónica.

Tristes noticias las que traía el equipo de búsqueda de Nando Villaboi. En una vieja casa de campo situada en Vilamoire, rodeada por un gran muro de piedra, con un tejado de chapa en medio de un abanico de verdes prados y bosques al pie de una montaña, el cuerpo sin vida del joven acababa de ser identificado gracias a la documentación que aún llevaba en el bolsillo de su pantalón.

Luján desconectó el dispositivo manos libres para mantener la conversación en privado y comenzó a conducir agarrando el volante con una mano y el teléfono con la contraria.

—Luján, aquí se ha montado la de Dios es Cristo —le avisó Ramírez, que a duras penas conseguía mantenerse entera—. Acaba de llegar el subinspector Peirallo.

—¿Qué pasa, Ramírez?

La agente carraspeó, lo que solo contribuyó a poner más nervioso a Luján de lo que ya lo estaba.

—¿Homicidio clarísimo, no es así?

Penalti claro, roja directa y expulsión.

—No está tan claro, Luján.

Ramírez procedió a explicarle a Luján las circunstancias en las que habían encontrado a Nando. Para Luján, las probabilidades de que aquello no fuera un homicidio eran ridículas. Tal vez no hubiera sido intencionado, pero aquello no le restaba culpa si los hermanos Adán y Artai habían intentado coaccionarle a través de la técnica del ahogamiento simulado.

—Tú misma me lo has dicho, Ramírez. El chico tiene la cabeza cubierta por una bolsa de lona empapada y ambas manos…

Luján buscó el contacto visual con Sandra en el reflejo del retrovisor. Describir en su presencia la escena del crimen al detalle no era la mejor de las ideas, así que bajó el tono de su voz al nivel de un susurro, encendió la radio y ajustó la configuración de los altavoces en el equipo de sonido para sonar solamente en aquellos situados junto al asiento trasero. No había forma de que la detenida escuchara nada con una claridad razonable desde el compartimento trasero del coche.

—Y eso no es todo—continuó Ramírez—. El chorro de agua de la ducha estaba dirigido específicamente hacia su cabeza para que la bolsa de lona se empapara bien con el agua. El agua corrió por la bolsa de lona empapando toda su cabeza, mientras el terror se apoderaba de él de dentro a afuera y al revés.

—Entonces, ¿qué me estás contando, Ramírez?

La porción de césped sobre la que la agente daba vueltas sin ton ni son quedó rápidamente reducida a un diminuto barrizal.

—Dice el forense que podría tratarse de caso de suicidio complejo. Que no es frecuente, pero que podría ser el caso.

El volantazo consiguió sacar a Sandra de su momento de abstracción.

—¡Eh, tú! —increpó al agente—. ¡Quisiera llegar de una sola pieza!

Luján ignoró tanto el comentario de Sandra como el estruendo de varios cláxones pitando enloquecidos a su alrededor.

Volvió a girar la cabeza hacia su axila izquierda tratando de mantener un tono confidencial.

—¿De un qué?

—Lo que oyes. Dice que Nando pudo haberse atado las muñecas con las cuerdas de nailon, que pudo ponerse después la bolsa de lona en la cabeza y atarla con otra cuerda de nailon. Finalmente, pudo haber atado con un candado las dos cuerdas, que antes estaban amarradas alrededor de cada mano, y haber abierto el grifo de la ducha con la rodilla o con el pie.

A Luján todo aquel razonamiento le sonaba a un forense tratando de llevarle la contraria a las evidencias.

—¿Para qué iba a hacer algo así?

—No lo sé… dice el forense que es una estupenda forma de no poder echarse atrás por mucho que uno se arrepienta en el último momento.

—¿Estupenda forma?

—Ya sabes el tacto que le caracteriza.

—No lo entiendo, Ramírez. Tuvieron que ser los hermanos, no me cabe ninguna duda.

La agente se lo pensó dos veces antes de responderle.

—¿Y si no tuvieron nada que ver en esto? Luján, sé que estás pletórico por lo del casquillo y todo eso, y no me interpretes mal, me parece la hostia lo que has hecho. Pero creo que esos dos son rateros de poca monta, no unos asesinos.

Aunque no consiguió discernir sobre quién hablaba el agente de policía que le llevaba bajo su custodia, Sandra decidió poner la oreja discretamente. Luján respondió parando el vehículo en la siguiente gasolinera para hablar tranquilo tras el escudo protector que le ofrecía el estruendo en la autopista. Abrazó el reposacabezas del asiento del copiloto con el brazo derecho y giró el cuello para hablar cara a cara con su detenida.

—Ahí quietecita, ¿entendido?

Después bloqueó las puertas del Golf presionando sobre el mando a distancia y regresó a su conversación con la agente Ramírez.

—¿Por qué iba a querer el muchacho quitarse la vida después de aceptar un trabajo para ganarse un dinero? Si lo tenía todo planeado como dices, el dinero le habría servido de más bien poco.

—No lo sé, Luján. Quizás sí que lo tuviera todo planeado, tal vez no así, pero cuando vio la oportunidad pudo armarse de valor, o de rabia, qué sé yo.

Ante el silencio ártico al otro lado de la línea, Ramírez trató de apuntillar la teoría planteada por el forense echando mano de las evidencias.

—¿No dijeron algunos de sus conocidos que Nando fantaseaba con la idea de morir ahogado, tan buen buceador que él era?

—No sabría decirte ahora mismo.

Lo sabía perfectamente, sobre todo después de haber entrevistado en persona hasta al último mono de los presentes en la fiesta del campo de tiro.

—Quizás la frustración y las ganas de darle su merecido a los dos hermanos después de amenazarle y retenerle fueron suficiente para hacerle cometer una locura. No sería la primera vez que alguien acabara quitándose la vida por asfixia.

—Ya lo sé, pero, joder…, no de esa forma.

—Mira, Luján. Sé que quieres que se haga justicia, y creo que esa justicia que buscas, tu justicia, llegará de una forma u otra.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que la familia del muchacho va a aceptar un suicidio de su hijo en esas condiciones? ¡Ni hablar! Moverán cielo y tierra hasta dar con un responsable y no abandonarán hasta enterrar la idea de haber perdido a su hijo porque este así lo quiso. Contratarán un abogado y, en el mejor de los casos, Aldán y Artai

lo tendrán pero que muy complicado demostrar su inocencia. Igual hasta acaban pagando por un crimen que no cometieron.

—Pierde cuidado. —Luján reparó en los camiones transitando como cohetes por la carretera, en el trasiego en la gasolinera, en el carajo que parecía importarle todo a la gente—. Acabarán librándose de una forma u otra.

Luján advirtió la mirada inquisitiva de Sandra repasándole de arriba a abajo desde el interior del coche, una mirada despejada pero oscura. Algo había cambiado en su expresión, que dejó en algún momento de rezumar confianza y seguridad. Su cabeza ligeramente inclinada y dos cortinas de cabello cobrizo dejaron entrever poco más que una estrecha columna de su rostro hermoso, obtuso y de aristas traicioneras. Suficiente para congelarle el alma a Luján.

—¿Luján?

—Ramírez. Sí, discúlpame. Tengo que colgarte.

Capítulo 33

La resaca del festejo solo fue equiparable a la emoción por el reciente hallazgo tras el viejo retablo de la iglesia abandonada del Santo Justo. Aunque aún había que analizar las obras, cubiertas por completo de mugre y carbón negro, Luis y Helena estaban más motivados que nunca pese a la experiencia traumática y a la fragilidad en el estado de salud del primero. Todavía no le habían dado el alta por las fracturas generadas en la caída desde lo alto de la torre de banquetas y el impacto del proyectil en el hombro. Un rasguño que por suerte no requirió cirugía de ningún tipo.

Desde la incomodidad del viejo sillón extensible dispuesto para las visitas en la aséptica habitación de hospital, Helena agarró con fuerza la mano de Luis sin quitar el ojo del monitor de frecuencia cardiaca. Por el momento, los dos lienzos ya estaban en el estudio de Christian Latorre, un conocido perito de arte y antigüedades de aspecto siempre pulcro y refinado afincado en A Coruña. De entre los pocos peritos especializados en este tipo de valoraciones a los que llamaron en el camino de vuelta a Pontedeume, Latorre fue el que mejores sensaciones les dio tras un breve intercambio de palabras sobre el asunto que tenían entre manos.

A la encarecida recomendación del perito en no tocar nada hasta poder ser valorado por su equipo de expertos, ni Luis ni Helena habían podido evitar echar una mirada por los huecos que el precintado de los dos cuadros, bastante rudimentario por otra parte, les permitía aprovechar.

De lo que no cabía duda era de que se trataba de dos marcos como los de cualquier lienzo que verías en un museo, con sus esquinas recargadas con todo tipo de ornamentos y un brillo particular entre lujoso y chabacano.

—Dios santo, ¿y si no llegamos a echarle cuenta?

Helena miró a su marido con curiosidad.

—¿A quién te refieres?

—Al cobrador… A Javier Garrido.

—Te resultará extraño escucharlo de mí —respondió Helena—, pero empiezo a creer que si él no hubiera aparecido en nuestras vidas, habríamos acabado encontrando los cuadros de cualquier otra forma.

—Efectivamente, me resulta muy extraño escucharlo de ti —

respondió Luis con esa expresión de fingida displicencia que reservaba para las ocasiones especiales.

Un día después de dejar las dos piezas en su estudio de tasación, el propio Christian Latorre les llamó para reunirse en cuanto fuera posible. Mientras la valoración de los lienzos estaba en marcha, les recomendó dosificar muy bien sus emociones por lo que pudieran encontrar.

—Os sorprendería la cantidad de clientes que nos llaman después de haber encontrado lo que confían en que sea un Picasso o un Murillo —les explicó seriamente—, y en la mayoría de los casos no son más que vulgares copias a varios años luz de las originales.

Ellos le escucharon con suma atención, mudos como dos lagartijas.

—Aún es pronto para poder afirmar con toda seguridad de qué obras se trata, así que os recomiendo poneros en el peor escenario posible.

¿Que aún era pronto? Por lo que a ellos respectaba, ya habían contactado con el equipo médico para confirmar que disponían de una fuente de financiación prácticamente confirmada para costear el tratamiento experimental.

—Por lo pronto —continuó el perito tratando de poner un punto de prudencia—, tenemos algunas banderas rojas que podrían hacer que la identificación de los dos lienzos tomara un rumbo distinto al deseado por todos los aquí presentes.

Luis y Helena tragaron saliva en perfecta coordinación.

—¿Ah, sí? —preguntó Helena inquieta—. ¿Y qué banderas rojas son esas?

—Mi equipo ha constatado que el marqués de Silvela y Osma tuvo al menos a dos artistas de renombre copiando obras del Greco. Una efectiva manera de ganarse los favores de la gente influyente a su alrededor, ¿sabéis?

Las botellas de cava iban a tener que esperar a otra ocasión para llenar de rabiosa espuma el escueto la aséptica sala de hospital. Resultaba difícil no recelar de cualquier cosa que le dijeran sobre aquellas pinturas supuestamente tan valiosas.

Helena hincó el codo en un rincón despejado de la cama en la que yacía postrado Luis, manteniendo el teléfono alineado verticalmente con su antebrazo como una aceituna clavada en un palillo.

—¿Cómo piensan proceder con el análisis? —preguntó, y se ruborizó acto seguido por interesarse en algo de lo que no sabía ni lo más básico.

—Veréis —respondió el perito dándole a su voz una leve

inflexión académica—, el proceso habitual comienza con un examen detallado de las obras, desde la pincelada, su estado general, alguna anotación que nos dé una pista sobre su origen, de forma que podamos valorar si merece la pena meterse en el costoso proceso de restauración.

Cuando Luis trató de hacer un esfuerzo mayor para incorporarse, Helena extendió su brazo y detuvo su avance con la palma de su mano. No era el momento de hacer esfuerzos innecesarios.

—¿De cuánto coste estamos hablando? —le preguntó al perito.

—Depende, pero una restauración completa puede rondar los 25.000 euros por pieza. Y hasta meterse con ellas en profundidad, mi equipo no podrá evaluar si las obras son realmente trabajos del Greco o si son muy buenas réplicas hechas posteriormente. Menos aún hacer una valoración económica de los dos lienzos.

—Joder —exclamó Luis sintiendo un dolor punzante a la altura del hombro.

—Ahora depende de si os compensa pagar esa cantidad… ¿Os compensa hacerlo?

—Hombre —respondió Luis—, entiendo que la restauración se detendrá en el momento en que salten las alarmas… sobre su autenticidad, quiero decir.

La pesada exhalación que dejó escapar Latorre fue el mejor testimonio de lo habitual que era esa pregunta entre sus clientes.

—A ver… ¿podríais ahorraros una pequeña parte del trabajo de recuperación? Tal vez, pero no os podría garantizar cuánto. Ningún tasador en su sano juicio lo haría.

La respuesta no pareció satisfacer ni a Luis ni Helena.

—Y no dejéis de tener en cuenta que esto solo es el comienzo —continuó el perito—. Las etiquetas que a menudo encontramos en el reverso de los bastidores se pueden falsificar… Las historias sobre la propiedad se pueden inventar y a menudo, por más que les pese a quienes las han encontrado, su autenticidad es imposible de comprobar. Y ningún tasador experimentado se va a pillar los dedos dando por buena una obra de la que no puede estar totalmente seguro.

Helena buscó a Luis con la mirada.

—¿Por qué todo es siempre tan difícil?

El tasador carraspeó y aclaró la voz antes de romper el incómodo silencio.

—Hay quien se ha ofrecido a costear la restauración… a cambio de un porcentaje de los beneficios en una hipotética subasta.

—¿Y de cuánto hablamos?

—Del cincuenta por ciento.
—¡Vete a cagar!
Helena se disculpó por su francés y trató de recomponerse dándole a su voz un forzado tono conciliador.
—¿Qué nos recomiendas?
—Si queréis mi opinión, e insisto en que es una opinión provisional, creo que esas dos pinturas no corresponden al auténtico Greco con un 99,9% de probabilidades. Tomarlo o dejarlo es cosa vuestra, pero es el veredicto que yo haría, asumiendo el riesgo que supone para alguien como yo equivocarme en algo así. Tenemos accesos a registros de colecciones privadas, accesos que nadie más tiene. Y os doy esta información porque creo que no tenéis por qué pasar por este trago, y creedme cuando os digo que la Ascensión a los cielos de Magdalena y el Francisco de Asís, esos que me habéis enseñado en la vieja foto de archivo —Latorre se refería a la fotografía en la que el bisabuelo de Luis posaba junto al marqués—, están a muy buen recaudo decorando el salón de una familia de ricachones al otro lado del Atlántico. Insisto, esto es lo que yo puedo deciros.
Aprovechando un descuido de Helena, Luis se las arregló para incorporarse y colocar un cojín entre el respaldo de la cama y su espalda. Por lo que a él respectaba —fruto de su ingenuidad, según decía siempre Helena—, hacer al perito ser genuinamente honesto pasaba por tocarle la fibra sensible con sus allegados.
—Si fuéramos tus familiares —expuso Luis—, ¿qué nos dirías?
El perito ni siquiera se tomó un segundo para responder.
—Os diría que son copias —respondió sin el menor atisbo de titubeo—, no lo dudéis ni un segundo. Una cosa es que mi familia me vea el pelo de pascuas a ramos y otra bien distinta que quiera ponérmelos a todos en contra sin un buen motivo. De nuevo, con la información que tenemos, que son el nombre de los cuadros y esta vieja foto. Otra cosa es que se trate de otros lienzos diferentes a los que creéis que son, ¿habéis contemplado esa opción?
—No, no —respondió Luis, casi ofendido por la simple insinuación—. No pueden ser otras pinturas.
El tiempo pareció detenerse para Luis.
—Así que todos los esfuerzos de mi abuelo fueron para salvar dos copias que, ¿cuánto pueden valer, si es que valen algo?
—Poca cosa. Unos miles de euros, tal vez. Y no olvidéis de la Comisión de Arte. Si no podéis demostrar que esas pinturas eran propiedad de vuestros antepasados, al estar en un lugar privado, la Iglesia podría atribuirse su propiedad. A no ser que aparezca

algún documento que diga lo contrario, o que una comisión se tome la molestia de investigar cómo los cuadros pudieron llegar hasta donde los habéis encontrado detrás de ese retablo.

—Es decir, que si escondo algo en tu casa, ¿pasa automáticamente a ser de tu propiedad? Vaya chollo para los traficantes de droga.

—Sería una forma maravillosa de quitarse problemas de encima.

El teléfono magullado de Luis comenzó a sonar sobre la repisa auxiliar que flanqueaba la gran cama mecanizada, momento que Helena aprovechó para despedirse de Christian Latorre con un escueto hasta pronto. El hallazgo había llegado a oídos del alcalde de Illescas, quien les reclamaba la cesión de las obras encontradas para seguir el procedimiento de devolución a sus legítimos propietarios. Nada fuera de lo común, les diría el tasador días después.

—Ahora todo el mundo quiere apuntarse un tanto —se lamentó Luis.

—Si eres el legítimo propietario —respondió Helena—, ¿qué me está contando este alcalde de pacotilla?

—Tendremos que demostrarlo de alguna forma. Con las fotos, con documentos, con lo que esté en nuestras manos, pero vamos a conseguirlo cueste lo que cueste.

Capítulo 34

Illescas, 1937

Iglesia del Santo Justo

Don Jesús no era de los que optaban por mirar hacia otro lado ante la realidad, y sabía que su templo caería tarde o temprano en las manos de las turbas milicianas sedientas de sangre eclesiástica. No era un párroco al uso, no al menos para la suerte de párrocos que se estilaban en los años treinta.

Una vez se despidió de Martín, no tuvo que atar muchos cabos para entender lo que se le había perdido al joven en su iglesia presentándose de aquella manera, casi de puntillas. En la realidad de los pueblos, tratar de mantener un secreto era siempre un incómodo quiero y no puedo. Por eso acertó al pronosticar el motivo por el que Martín, hijo de Francisco Velasco, fotógrafo del marqués de Silvela y Osma (viejo conocido en los círculos religiosos) andaba merodeando por su iglesia. Hasta el párroco de una iglesia de segunda en Illescas sabía que aquellas dos pinturas que tanto se había esforzado Martín en ocultar detrás del retablo eran obscenamente falsas. Pero había que andarse con pies de plomo con estas cosas, y tantas veces Francisco Velasco le hubiera invitado a su estudio de fotografía para contemplar el aura celestial de ambos lienzos, tantas veces don Jesús habría callado. Para contentar a los ricachones del otro lado del charco, el marqués de Silvela y Osma usaba pinturas auténticas. Y para contentar a sus subordinados —como era el caso de su fotógrafo personal, el padre de Martín—, un par de habilidosos copiadores hacían mil maravillas con el pincel.

Era el momento de redimirse para don Jesús, quien no dudó en requerir la ayuda de Julián, su joven sacristán, a quién pidió elevarle unos dos metros junto a uno de los laterales del retablo para sacar de ahí lo que a todas luces eran sendas copias de dos notables obras del Greco, pero copias a fin de cuentas. Después de un titánico esfuerzo, finalmente lo consiguieron utilizando para ello un gancho de los que usaban para colgar diversas herramientas pesadas en la bodega de la iglesia.

—Al chico le mueve la buena fe, eso es indudable —le dijo a su asistente refiriéndose a Martín—... pero jugarse el cuello por dos lienzos que valen menos que sus marcos... ¡Álzame con fuerza, Julián! ¡No me seas blandengue!

Sacando fuerzas de donde no las tenían, el párroco y su

ayudante se apresuraron a sacar los cuadros de detrás del retablo. Resbalones, caídas, hubo dolor, pero no tanto como el que sobrevendría unos días después. Con la poca agilidad que la sotana le permitía pero a paso firme, el párroco se acercó a la zona del crucero de la iglesia y, uno a uno, descolgó los dos cuadros situados en la nave del transepto. Eran una cesión temporal de una familia catalana de buena posición social que había preferido permanecer en el anonimato. Dos obras de una calidad artística sin parangón, auténticas obras de arte hasta la última de sus fibras.

Batiendo el dedo índice en el aire, don Jesús señaló hacia los dos huecos recién descubiertos al descolgar los dos lienzos.

—Pon estas dos burdas copias en el lugar de estas otras dos antes de que sea demasiado tarde, hijo mío, ¿quieres? Tienes las herramientas en una caja metálica —señaló hacia la sacristía—, en el pequeño almacén contiguo.

—¿Qué hacemos con las dos obras buenas?

—¡Pues tú qué crees, muchacho! Envuélvelas como buenamente puedas usando el embalaje de las dos copias y escóndelas detrás del retablo, justo de donde hemos rescatado las dos falsificaciones.

Rascándole la lengua a falta de una buena copa de vino, don Jesús se encaminó hacia la sacristía.

—Eres un chico fuerte… seguro que consigues apañártelas tú solo.

Siguiendo al dedillo las órdenes de don Jesús, Julián embaló las dos obras que antes cautivaban las miradas de los feligreses y, no sin serias dificultades, consiguió finalmente darles cobijo en el estrecho hueco que quedaba en la parte de detrás del retablo, donde quedarían ocultas a salvo de las manos ajenas durante más de setenta largos años.

Una columna formada por unos cincuenta milicianos irrumpió en la iglesia tres días más tarde, desatando su ira salvaje sobre el párroco y su ayudante. Después de saquear todo lo que brillaba en la iglesia, a saber, varios cálices de plata, un incensario y varios copones, uno de los milicianos reparó en los dos lienzos colgados en la nave del transepto.

La última heroicidad de don Jesús en vida fue la de fingir un verdadero interés en poner a salvo aquellos dos lienzos, como si fueran dos verdaderas obras de arte únicas en el mundo, alejando la atención y el interés de aquellos cabestros en seguir husmeando en busca de algo de valor. Un machetazo silenció rápidamente cualquier opción de hacerle confesar nada más al valiente párroco.

Con el cuerpo de don Jesús yaciendo inerte en el suelo y el fuego engullendo parte de las estructuras de madera laterales de los dos cuadros, un miliciano preguntó a otro:

—¿Crees que valen algo?

—Ni hablar, ¿estarían ahí en caso de valer algo?

—Pues sí.

—Además, fíjate en el color.

—¿Qué les pasa?

—He visto sacos de patatas con colores mucho más vivos, ¿tú no?

—Pues a la hoguera con ellos.

Los cabestros tomaron aquella extraña tonalidad grisácea provocada por el carbón por la más evidente muestra de no tener ningún valor real. No en vano se trataba de dos elaboradas falsificaciones con las que el marqués de Silvela y Osma había querido ganarse la simpatía de su fotógrafo de cámara, don Francisco Velasco.

Capítulo 35

Actualidad

—Termina el plazo para presentar el dinero. ¿Qué vamos a hacer, Luis? ¿Qué le vamos a contar a Marc, por Dios bendito?

—Tiene tres años —respondió él sin reparar en las palabras que el desánimo, como un alacrán batiendo su aguijón a la desesperada, acababa de colocar a traición en el abismo de sus labios—. ¿Qué más dará decirle una cosa u otra?

Ambos estaban visiblemente destrozados por la noticia, aunque esta fuera provisional, acerca de la falsedad de los dos cuadros. Habían elegido subirse a la montaña rusa de las emociones fuertes y ahora estaban pagándolo con un buen revoltijo en sus respectivos estómagos.

Luis rompió a llorar a pleno regadío. Sus lágrimas golpearon una tras otra las puntas de sus zapatos, y una marcada mueca dibujó la viva imagen de la frustración en su rostro. Helena trató de mantenerse entera, más por Luis y por sus hijos que por tratar de levantar un muro de hormigón emocional ante la debacle. Le habría agradecido, no obstante, que se hubiera mantenido entero y de una sola pieza.

Habían sopesado una y otra vez las opciones a su alcance. La primera, pagar 25.000 euros, no era una opción en realidad. Quedaba automáticamente descartada. La segunda era regalar la mitad del valor de los cuadros en caso de ser efectivamente las obras auténticas que esperaban que fueran. Doloroso. No por avaricia, sino porque el tratamiento podía requerir la cantidad íntegra del valor de los cuadros si finalmente resultaban ser auténticos. Regalar la mitad era quedarse a medio camino, y las posibles opciones de financiación se habían agotado hacía tiempo para ellos.

Después de recibir el alta, regresaron a su domicilio y, apenas dos días después, el perito volvió a contactar con ellos vía telefónica para citarse en su estudio cuando fuera posible. Se personaron allí aquella misma tarde plomiza en que la ciudad de A Coruña les resultó más pequeña que nunca, y sus calles, más que estrechas, aplastantes.

Caminaron a paso ligero, tirando el uno del otro, dando grandes zancadas sobre la acera caliente en el ajetreado centro urbano.

—Ahorrarnos esos veinticinco mil euros podría salirnos muy caro —observó Luis sin perder de vista los coches que circulaban

a ambos lados—, ¿has tenido eso en cuenta? Nos podría salir tan caro como varios millones de euros.

De un último empujón llegaron a la seguridad de la acera contraria.

—Pero tú quién te has creído que eres —respondió Helena después de recobrar el aliento—, ¿Willy Fogg apostador? ¿Jugador y casi siempre ganador? ¿O tengo que recordarte el ridículo que hiciste en el Casino de Villagarcía jugando al blackjack?

Totalmente embaucado por las técnicas de venta del casino, Luis había perdido todo el control después de la tercera copa de ron cortesía de la casa.

—Hablamos de perder lo poco que tenemos. Y estar aún más en el pozo de lo que ya lo estamos ahora. Me parece una insensatez.

Dejaron de hablar y continuaron caminando como dos galgos hasta la dirección que el perito les había facilitado.

Una vez en el estudio de Christian Latorre, este les invitó a pasar a su despacho y se sentaron frente a su gran escritorio de madera caoba.

—Tengo dos noticias buenas y una mala —comenzó a explicarles el perito sin andarse por las ramas.

Luis buscó el beneplácito de su mujer respecto de la noticia que escuchar en primer lugar. Habían recibido suficientes malas noticias en los últimos meses como para saber de forma unánime, sin necesidad siquiera de comentarlo, que la mejor opción era en todo caso la de pasar el mal trago cuanto antes.

—Adelante con la mala.

Ignorando la decisión de la pareja, el perito resolvió comenzar de otra manera.

—Esperaba poder empezar por las buenas noticias. —Latorre sonrió para sus adentros—. De hecho son *tres* las buenas noticias.

Ni Luis ni Helena tenían ya las ganas ni las fuerzas para discutirle nada al perito, así que callaron limitándose a esperar que todo terminara cuanto antes.

—Y os aseguro que es la primera vez que hago algo así en más de treinta años de profesión… En fin, podrán tacharme de imprudente, pero si había una ocasión para hacerlo, esa era esta.

—¿Y bien?

El perito carraspeó atropelladamente.

—Ordené a mi equipo comenzar con los trabajos de restauración —continuó—. Sin coste para vosotros, lógicamente.

Luis y Helena asintieron como dos autómatas, todavía reticentes a festejar cualquier noticia relacionada con los dos dichosos lienzos.

—¿Y la siguiente buena noticia? —preguntó Helena.

—Las obras que habéis encontrado *no* son falsificaciones.

Luis y Helena se miraron con incredulidad, y en sus caras se hizo tangible la viva expresión de la fantasía, del cuento de hadas, de estar encerrados por un día en sus respectivas tiendas de juguetes favoritas, en un puesto de helados a su entera disposición.

Luis trató de adelantarse a la que se figuraba que era la mala noticia. Si las obras eran auténticas, la mala noticia solo podía ser una.

—Están en un lamentable estado de conservación —trató de adivinar Luis.

—En absoluto —respondió el perito mostrando satisfacción por el trabajo realizado por su equipo. De hecho, quienquiera que las empaquetara hace ochenta años tuvo mucha paciencia para hacerlo de la forma en la que lo hizo. Esa es la segunda buena noticia: la restauración llevará su tiempo, pero dejará las dos piezas en perfecto estado.

—¿Entonces?

Hecha un manojo de nervios, Helena tomó la iniciativa.

—¿Cuál es la mala noticia, por Dios?

—La mala noticia es que *no* son dos obras del Greco—resolvió el perito.

—Ah, ¿no?

—Me temo que no. Dicho lo cual, ¿podéis demostrar que vuestra familia tuvo pinturas de otros artistas en propiedad?

Helena miró a Luis esperando una respuesta afirmativa. Sabía que era demasiado pedir, pero se permitió ser complaciente consigo misma.

—No lo sé —dijo Luis—, la verdad.

Por desgracia, las únicas obras de arte que llegaron a ser propiedad de Francisco Velasco habían sido esas dos elaboradas copias del Greco que fueron pasto de las llamas tras la irrupción de la columna de milicianos en la iglesia de San Justo.

—¿Qué obras son, si puede saberse?

—Faltaría más.

El perito revisó los informes de la evaluación preliminar con una expresión sesuda y los depositó de vuelta sobre su escritorio.

—Se trata de un Goya y de un San Juan Bautista, de Tiziano, ni más ni menos. Fueron concedidos en forma de préstamo temporal a la iglesia en los años veinte, y tienen la trazabilidad suficiente como para saber quiénes son sus legítimos propietarios. Ya hemos contactado con ellos.

Con aquellas palabras se vino abajo toda la ilusión, la alegría y

la esperanza que llevaban refrenando en los últimos dos días.

—Eso son dos malas noticias.

—¿Qué dos?

—Que no son los Grecos de mi abuelo y que tienen propietarios.

—Técnicamente, lo segundo no es tan mala noticia.

—¿Ah, no? —respondió Helena con sorna—. ¿Nos los van a regalar?

—No lo creo. Pero para comenzar, están obligados a ceder una parte a quienes las encontraron.

—¿Cuánta parte?

—Una veinteava parte de su valor, ni más ni menos.

—¿Y si se niegan?

—Es lo que dice la ley, les guste o no. Es pronto para decirlo… pero para un valor cercano a los cinco millones de euros, hablaríamos de 250.000 euros en vuestro bolsillo.

—¡Un cuarto de millón! —exclamó Helena.

Era una cifra realmente generosa, pero aún quedaba lejos del millón de euros que debían reunir para estar tranquilos con Marc.

—Con eso no tenemos ni para el aperitivo —apuntó Luis, víctima de un incipiente pesimismo.

—Probablemente no —reconoció el perito, conocedor de la situación que atravesaba la pareja.

—No sé si decirte que pares de darnos noticias de ningún tipo —dijo Luis—. Ni siquiera las buenas, que a fin de cuentas, quedan anuladas por las malas.

—Por favor. Dejadme acabar.

Luis dejó escapar un sonoro suspiro.

—La tasación final llevará su tiempo —continuó el perito—, aparte del papeleo que implica todo ello para los legítimos herederos. Quizás no veríais ninguna compensación hasta pasados un par de años como poco.

Luis tensó los músculos del cuello de forma involuntaria. El dolor de trapecios que le generaba la ansiedad se pagaba en sesiones de fisioterapia.

—¿Qué es lo que hay que hablar, entonces?

La tranquilidad en el tono de voz de Latorre desprendía un suave tufillo a optimismo justificado por un pequeño detalle aún por sacar a la palestra. El as debajo de la manga, la paloma saliendo indemne del sombrero de copa. La tercera buena noticia.

—Se da la circunstancia de que los legítimos propietarios pertenecen a un estrecho círculo de coleccionistas con los que tenemos buena relación.

—¿Y eso en qué nos puede ayudar?

—En que han escuchado hablar de vuestro caso.

El perito reconoció la sorpresa y el desconcierto a partes iguales en el silencio que le dieron por toda respuesta.

—Sí, ¿verdad? —Al perito también le parecía igual de sorprendente—. Es lo que tiene vivir en la era de las redes sociales.

Luis y Helena necesitaban una respuesta, y la necesitaban de forma inmediata.

—Resumiendo… —dijo Helena tendiéndole la mano para un rápido desenlace.

El perito le tomó la palabra.

—Resumiendo —respondió—, están dispuestos a donar la mitad del valor alcanzado por las dos obras en una subasta rápida, siempre que el dinero esté destinado a cubrir los gastos médicos derivados del tratamiento de vuestro hijo y que un intermediario audite cada gasto en el que se incurra en virtud de dicho tratamiento.

Luis y Helena clavaron sus pupilas el uno en el otro en perfecto emparejamiento. ¿Dónde estaba la trampa? Desearon con toda su fuerza que no fuera una forma de hablar. Que no fueran cosas de ricos. Las condiciones parecían reflejar, contra toda línea de pensamiento lógico para la pareja, la seriedad de una propuesta real. Tan real como la existencia de un tratamiento que pondría freno a la terrible enfermedad de Marc. Si lo que planteaba Christian Latorre era cierto, podrían empezar a soñar con ver a Marc haciéndose mayor, pasando de la guardería al colegio y del colegio al instituto, quien sabe si regalarle su primer ciclomotor, ¡su primer ciclomotor! Tener pareja, cientos de parejas, si se le antojaba, sentar la cabeza, formar una familia. Solo faltaba saber si sería suficiente para cubrir los gastos médicos asociados al tratamiento.

El dinero podría ser un tema tabú para cualquier otra persona. No para ellos, que fueron directos a la yugular sin el menor titubeo:

—¿Se sabe el valor que podrían alcanzar las dos obras?

El perito carraspeó antes de elaborar una respuesta objetiva.

—Según las estimaciones preliminares de una de las principales casas de subastas de arte, podrían alcanzar fácilmente un valor a partir de los dos millones de euros la pieza, eso si salieran a subasta mañana mismo. Sin contar el valor añadido que puedan aportar las circunstancias en las que han sido hallados los dos lienzos, claro, lo que en ciertos casos ha llegado a triplicar su valor. Y la forma de la que habéis localizado esos dos lienzos,

aparte de ser un misterio que mi equipo estaría encantado de conocer, tiene todas las papeletas de convertirse en una noticia de las que acaparan titulares durante años.

—¡Dios Santo!

—Y eso podría elevar aún más el interés de los coleccionistas.

Quisieron lanzarse a por el perito, abrazarle, llorar de alegría en su regazo. ¡Cielo santo! Lo habían conseguido. Y se deshicieron en lágrimas por ello.

—Está bien, está bien… Disfrutad del momento.

Aunque trataba de calmarse, el diafragma se le inflaba y desinflaba a Luis como si hubiera acabado de correr un Iron Man. A su particular manera, Helena mostraba su entusiasmo al no dejar de cubrirse la boca con las dos manos abiertas.

Cuando su respiración recuperó un ritmo medio normal, Luis tragó saliva y se aventuró a hacerle la pregunta clave al perito. No quería bajar de la nube por nada del mundo, pero ya habían vivido suficientes sobresaltos.

—¿Cómo de firme es la propuesta?

—Tan firme como la reputación que me precede.

Volvieron a gritar de alegría, a llorar y a abrazarse, ahora ya sin miramientos de ningún tipo. Pese a tratar por lo general con un tipo de gente a quien varios millones de euros no marcaban una gran diferencia en sus vidas, el perito encajó la impronta emotiva de la pareja con soltura y elegancia.

El cálculo era fácil. Si los legítimos herederos se ofrecían a asumir el coste del tratamiento por el valor de la mitad del importe alcanzado en la subasta, significaba contar con los fondos suficientes para costear el tratamiento de su pequeño durante el tiempo que hiciera falta. Y respecto a sus deudas con los bancos, solo era cuestión de negociar la devolución sabiendo que su deuda ya no iría al alza a partir de aquel momento. Eso si las mismas entidades que contrataban los servicios de empresas como Rekobra no se subían al carro de la noticia para apuntarse a una limpieza de imagen condonando sus deudas, que fue lo que no tardó en ocurrir. Sus deudas, tal como Velayos le había sugerido a su amigo que hiciera para quitarse un marrón de encima, habían desaparecido.

—Enhorabuena.

Lo habían conseguido. Milagrosamente, pero lo habían logrado. Y no habría sido posible sin la ayuda de la persona menos esperada: alguien que, bajo unas circunstancias distintas, bien podría haber sido el responsable de su más absolutas miserias.

Capítulo 36

En un agradable paseo matinal, empleando su antebrazo como única protección ante el sol cegándole la vista camino hacia el faro, una sonrisa genuina dibujó en su rostro el claro indicio de que algo había cambiado para Sonsoles. Por una vez, disfrutaba de la compañía de su hijo en su camino diario hasta la pequeña playa pedregosa situada junto a la Cetárea.

—Habrá quien siga insistiendo en que todo esto no ha sido más que una coincidencia —dijo Nono sin mayor preocupación por lo que la gente pudiera creer o dejar de creer.

—¿En qué sentido? —preguntó Sonsoles.

—En que seguro que andan por ahí diciendo que ni el abuelo de Luis provocó su propia muerte, ni tenía siquiera la menor intención de comunicarse con sus descendientes y que las marcas en las muñecas de Marc o su enfermedad incurable, por increíbles que puedan ser los parecidos con las heridas mortales de su bisabuelo, no son más que una coincidencia. Pero todo eso da absolutamente igual, ¿no es así?

—¿Cómo puede dar igual algo así?

—Fíjate en esto. Incluso si nos empeñamos en negar la mayor, hemos ayudado a Luis Velasco a encontrar los dos cuadros que escondió su abuelo, ¡y los han encontrado! Y no los escondió ahí para que los encontrara cualquier persona, los escondió para que los encontraran sus descendientes.

—No tengo muy claro de qué forma esto contribuye a arrojar luz sobre eso de los renacimientos, la verdad.

—¿Todavía no lo entiendes?

Dentro de su escepticismo natural, Sonsoles *quería* entender. Miró hacia su hijo tratando de no dejarse cegar por el sol de la mañana, un sol impertinente quizás por lo poco frecuente de sus apariciones.

—¿Cambia algo que esa familia haya encontrado unos cuadros escondidos durante no-sé-cuántos años?

Nono convirtió su antebrazo en una improvisada visera elevándolo sobre su rostro, y la luz radiante del día abandonó un fugaz destello en su mirada. Sonsoles apreció el color natural de sus ojos por primera vez en mucho tiempo, de tonos ocres con pequeñas motas fosforescentes.

—Cambia en que sabemos que el mensaje llegó a su destino, ¿no es así? Y eso no se puede discutir. No sé a través de qué

medio, no sé a través de qué sustancia, pero el abuelo de Luis trató de comunicarles algo antes de morir… y no sé a ti, pero a mí me parece bastante claro que se lo ha comunicado.

—¿Y eso qué narices significa?

—Que hemos sido testigos del envío de un mensaje a través del tiempo que difícilmente podrás explicar de otra forma.

—¿Lo dices por la nota de despedida?

Nono miró a su madre como si esta fuera de otro planeta.

—El papel con la nota de despedida es lo menos sorprendente de todo —respondió Nono moviendo la cabeza de lado a lado—. De hecho, han aparecido casi doscientas notas de despedida entre las pertenencias del viejo Geluco.

Sonsoles asintió una vez con la cabeza, mientras Nono alzaba la vista hacia el cielo como pidiendo ayuda divina para ilustrar a su madre.

—¿Aún no lo ves? El abuelo de Luis se la jugó metiendo mensajes de ánimo dentro de los misiles que pasaban por sus manos. Y ha sido precisamente *eso* lo que ha hecho posible materializar su verdadero objetivo. No la nota de despedida en sí misma. De no ser por uno de sus mensajes, el que encontré en el interior del obús, ni siquiera me habría dado por seguir husmeando en la finca de Sandra Pavones. No habría encontrado el viejo cuaderno y Lisardo no se habría quedado pasmado al verlo.

Sonsoles le dirigió una mirada por encima del hombro, con altivez teatral, fingiendo tener más control del que en realidad tenía.

—Tendrías que verte la cara ahora mismo —dijo Sonsoles burlonamente.

—Tómatelo a guasa —replicó Nono—, pero hemos sido parte de algo muy grande. Y empiezo a pensar que mucho más grande de lo que nuestros cerebros pueden asimilar.

Sonsoles se llevó las manos al bolsillo del pantalón, donde se encontró con la carta que llevaba semanas paseando de un lado a otro. La redujo a una nimia pelota de papel arrugado, a un simple recuerdo en su memoria.

—Por cierto —preguntó Sonsoles—. ¿Sabes algo de Marc?

—Sé que han podido comenzar el tratamiento y que los resultados están siendo bastante buenos. Alentadores, eso es lo que dijo Luis Velasco en una entrevista hace poco. La subasta fue un éxito, con mucha gente interesada…, así que tienen dinero suficiente como para continuar con el tratamiento durante el tiempo que haga falta.

Sonsoles perdió la vista entre los guijarros que poblaban la

estrecha carretera camino hacia el puerto.

—Es duro, ¿verdad?

Nono sabía bien a lo que su madre se refería. No había forma de que el caso de aquella familia reavivara recuerdos dolorosos de su propio pasado.

—Sí que lo es.

Nono volvió a fijar su vista en el suelo vagamente asfaltado de la carretera.

—¿Alguna vez creíste que el abuelo de Luis pudiera tener algo que ver con la enfermedad de su propio bisnieto?

Sonsoles se tomó unos segundos antes de darle una respuesta.

—Quizás sean dos respuestas igual de válidas—dijo con la clara intención de no darle más vueltas al asunto—. En cada uno está elegir una de las dos.

Nono detuvo un momento el paso y permaneció un par de segundos pensativo hasta que finalmente dijo:

—Como en *Desafío total*.

Poco amiga del cine de acción, Sonsoles apenas consiguió alumbrar un vago recuerdo de aquella película. Se limitó a responder con una cariñosa mueca negando varias veces con la cabeza.

—¿Sabes algo de tu amigo Velayos?

—Sí, hablé ayer mismo con él.

—¿Y bien?

—Han parado el reportaje sobre los documentos internos de Rekobra a cambio de la exclusiva con todo lo que ha pasado con lo de los cuadros de Luis Velasco.

—¿Y sobre lo otro?

—¿Qué otro? —respondió Nono, aunque solo bromeaba. Sabía de sobra a lo que se refería su madre.

Después fingió hacer memoria.

—Ah —se hizo el sorprendido—, te refieres a ese *otro*. Velayos me ha puesto en contacto con un especialista en delitos financieros de su confianza.

—¿Y puede arreglarlo?

—Es posible, pero difícilmente puede hacerlo solo. Quizás haga falta la ayuda de un forense financiero, de un experto en ciberseguridad, de un auditor… En fin, que puedes ir olvidándote de tu regalo de cumpleaños durante los próximos quince años.

Sonsoles le abrazó con fuerza, más de la que habría esperado Nono de su madre. No tenía necesidad de ocultar que su hijo le gustaba infinitamente más así, tal como le había conocido tiempo atrás antes de dejarse engatusar por la promesa de éxito y dinero a cualquier precio.

—Querrás decir que me olvide de mi regalo de cumpleaños durante *otros* quince años más —respondió Sonsoles socarronamente.

Él sonrió y ella trató de ayudarle a sobrellevar la carga que suponía todo lo que le había caído encima.

—Vayamos poco a poco.

A unos cien metros, y desde detrás de una de las sinuosas curvas con las que la carretera le buscaba las cosquillas al monte, apareció un Volkswagen Polo blanco que Nono pudo reconocer al momento. Eran los chicos del puerto, los buceadores regresando de una jornada de pesca. El piloto aminoró la velocidad al llegar a la altura de Nono y Sonsoles, que se arrimaron aún más a las espinosas zarzas que amenazaban con rasgar su piel. Descamisado, el joven que iba sentado en el asiento del piloto lucía aquella particular marca que le atravesaba todo el torso, desde la base del cuello hasta el arco inguinal, y que parecía una quemadura de primer grado. Reparó en la atención que su particular señal estaba generando en Nono y, después de asegurarse de haber echado el freno de mano, miró hacia su propio torso y asintió con satisfacción.

—Aunque me gustaría decirte que me lo hice en una lucha a muerte con un pez raya, me temo que su origen no es tan glamuroso.

—¿Ah, no? —titubeó Nono dudando si preguntarle por el verdadero origen de aquella impactante marca sobre su piel.

—Es de nacimiento. —El muchacho miró al frente a punto de retomar el curso de su camino.

Acto seguido, añadió:

—¡Algunos nacimos tocados por un ángel!

Después de eso, el joven aceleró y el Volkswagen Polo blanco se perdió rápidamente en las sinuosas curvas de la estrecha carretera.

Por lo que respectaba a Sonsoles, volver a ver a su hijo relacionándose con la gente, sin importar mucho quién, era motivo más que suficiente como para sentirse satisfecha.

—Entonces —retomó Sonsoles la conversación—, ¿cómo terminaba esa película... *Desafío total*?

—¿En serio quieres saberlo?

—Venga, ¿en qué termina la cosa?

—En que puedes creerte la versión que mejor te parezca.

Una brisa de aire fresco hizo a Sonsoles cruzar los brazos sobre el pecho. No encontraba un fácil acomodo en su cabeza para la idea de tener que elegir entre dos opciones para explicar exactamente los mismos hechos. Perdió momentáneamente el

foco en la conversación.

Nono se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón.

—Perdona —dijo, sintiéndose tentado de no atender la llamada —, el teléfono otra vez.

Al otro lado de la línea hablaba Luis Velasco, invitándole a sumarse al homenaje que organizaban en nombre de su abuelo Martín.

—¿Te apuntamos como *Nono*?

Un gran momento para salir del armario.

—Apúntame como Javi. A secas.

—¿Contamos contigo entonces, *Javiasecas*?

—Intentaré ir.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Pues la verdad es que no.

—Puedes decírselo a Lisardo, y a tu madre si quieres.

—Lo haré. Por cierto, ¿qué tal Marc? ¿Encadena ya más de dos palabras seguidas?

—Sí encadena, sí, pero nada que entendamos en realidad. Esta mañana ha montado una casita con bloques de madera y nos ha invitado a entrar en ella, inventándose palabras que no había forma de entender.

Nono y Sonsoles caminaban en fila de a uno por la estrecha carretera de vuelta hacia su casa, visible a unos cien metros más arriba.

—¿Y qué os decía?

—Que la casita era un taller de fulmicotón.

—¿Y qué coño es eso?

—Vete tú a saber.

Nono inspiró una larga bocanada de oxígeno cargado de esencia marina y contempló la inmensidad del océano más allá de la playa de Santa Comba. Esperaba lo mejor para Luis y su familia, pero sabía que después de aquellas intensas dos semanas, sus vidas tomarían rumbos muy distintos.

—Dile a Marc que mucho ánimo, que él puede con todo y con más, ¿quieres? —le pidió Nono antes de despedirse.

—Por supuesto.

Luis aguardó en silencio al otro lado de la línea, dejando un espacio momentáneo de silencio en el que Nono pudo reconocer perfectamente la voz de Marc jugando al otro lado de la línea. Nono dejó escapar una risa a duras penas contenida entre dientes.

—No sé qué leches es eso del fulmicotón —dijo Nono—, pero me da la impresión de que no es una palabra lo que se dice actual.

Luis estaba a otra cosa, respondiéndole casi por inercia

mientras trataba de no quitar el ojo de su hijo Marc, quien corría haciendo círculos a su alrededor, irradiando toda la vitalidad que tan pronto en su infancia le había sido privada debido a su implacable enfermedad ahora controlada.

—¿Ah, sí? —respondió Luis socarronamente, prácticamente sin saber a qué estaba respondiendo.

—Sí —respondió Nono, impregnado ahora en una increíble sensación de calma y tranquilidad, de confianza más allá de lo que podía explicar con simples palabras—. Eso del fulmicotón me suena a cosas de la Guerra Civil… Así que si Marc vuelve a mencionarlo, recuerda saludarle de mi parte, ¿quieres?

—¿Saludar a quién?

Nono dejó escapar una sonrisa ligera, y el presentimiento de haber sido elegido le hizo sentir lleno de esperanza por primera vez en mucho tiempo.

—Saludar a tu abuelo Martín.

FIN

Deja tu opinión

Lo increíble que es que hayas llegado hasta aquí solamente puede mejorar de una manera: con una valoración por tu parte sobre La última deuda y lo que su lectura te ha hecho experimentar.

Visita el sitio web de tu librería favorita (Amazon, Casa del libro, etc.) y comparte tu opinión con el mundo.

Visita mi página web

¿Has disfrutado de La última Deuda y te has quedado con ganas de más? Visita mi sitio web y suscríbete a la lista de correo para experimentar en primera persona el proceso creativo que sigo en mis novelas y estar al tanto de mis próximas publicaciones.

